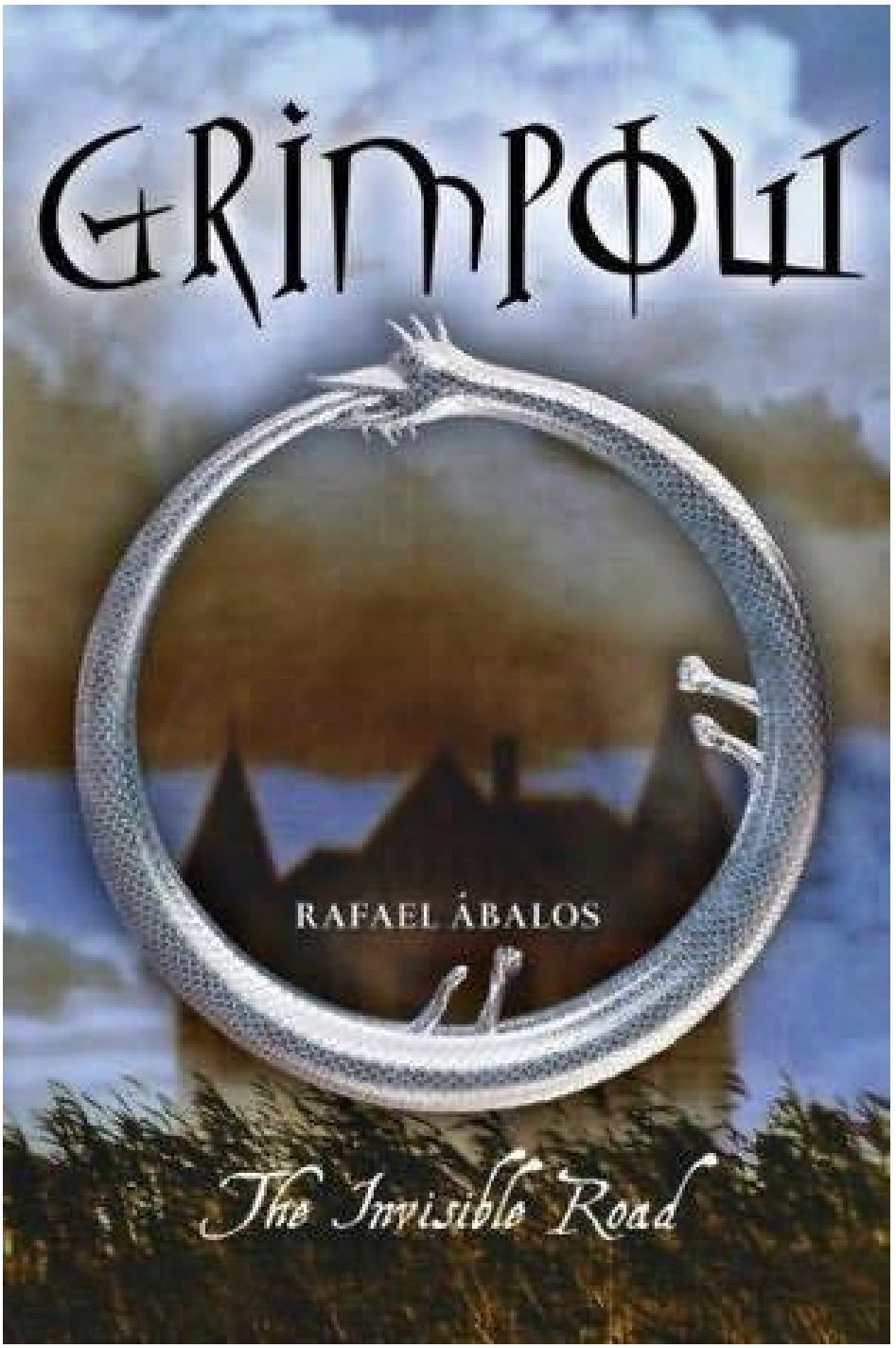

GRIMPOW
RAFAEL ÂBALOS
The Invisible Road

Rafael Ábalos

Montena

Primera edición: octubre de 2005
Segunda edición: noviembre de 2005
Tercera edición: noviembre de 2005
Cuarta edición: noviembre de 2005
Quinta edición: diciembre de 2005
Sexta edición: diciembre de 2005
Séptima edición: enero de 2006

© 2005, Rafael Ábalos Nuevo
© 2005, Grupo Editorial Random House Mondadori, S. L.
Travessera de Gracia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2005, Fernando Gómez Lobato, por los dibujos y el mapa

Esto es una copia de seguridad de mi libro original en papel, para mi uso personal. Si llega a tus manos es en calidad de préstamo y deberás destruirlo una vez lo hayas leído, no pudiendo hacerse, en ningún caso, difusión ni uso comercial del mismo.

Printed in Spain — Impreso en España

ISBN: 84-8441-76-8
Depósito legal: B. 4.043-2006

Compuesto en Fotocomposición 2000, S. A.

Impreso en Novagrafik
Vivaldi, 5. Montcada i Reixac (Barcelona)

Encuadernado en Imbedding

GT 12768

Edición digital: Noviembre 2007
Scan: Adrastea. Corrección: Mer

A Constantino Bartolo,
sin duda

ÍNDICE

PARTE I LA ABADÍA DE BRÍNKDUM *8*

Un cadáver en la nieve 9

Visitas inesperadas 20

Una historia y una leyenda 36

La cuadratura del círculo 51

Un grito en la noche 65

Más allá de las estrellas 78

El oro de los alquimistas 92

Quiso el sol enamorar a la luna 106

PARTE II LOS CASTILLOS DEL CÍRCULO *115*

El árbol de los ahorcados 116

La maldición del ermitaño 130

El bandido sanguinario 138

Llamas sobre Cornill 152

La llave de los misterios 169

Noticias inquietantes 177

Hay magia en las estrellas 184

La carta de la muerte 191

Lanzas y espadas 199

La reina de los torneos 207

Al fin, la verdad 220

La posada de Junn el Cojo 227

La voz de las sombras 234

Metidos en un barril 241

La cámara sellada 248

Tiempo y vida. Tiempo y muerte 257

El asalto a la fortaleza 267

PARTE III EL CAMINO INVISIBLE *275*

La oscuridad y la luz 277

Juntos de nuevo 290

La barcaza del trovador 297

Las últimas palabras 303

Una flor en el laberinto 319

DRAMATIS PERSONAE *336*

AGRADECIMIENTOS *337*

Nos hallamos en un mundo desconcertante. Queremos darle sentido a lo que vemos a nuestro alrededor y nos preguntamos: ¿cuál es la naturaleza del universo? ¿Cuál es nuestro lugar en él y de dónde surgimos él y nosotros?

STEPHEN W. HAWKING,
Historia del tiempo

I
PARTE

La abadía de Brínkdum

Un cadáver en la nieve

La niebla le impedía distinguir más allá de sus propios pasos sobre el espeso manto de nieve que cubría las montañas. Por eso Grimpow no vio el cadáver hasta que tropezó con él y cayó de bruces a su lado. Sólo entonces se dio cuenta de su siniestro hallazgo, y miró aterrado el rostro del hombre muerto que yacía junto a él como si estuviese dormido. Impulsado por el miedo, Grimpow se puso en pie de un salto y corrió cuanto pudo hasta la cabaña, exhalando vaho por la boca como un ciervo perseguido por lobos hambrientos.

—¿A qué viene tanta prisa? —le preguntó Dúrlib, después de abrir la puerta que Grimpow golpeaba como un alucinado.

—¡Hay... hay un hombre muerto cerca de aquí! —respondió Grimpow con voz entrecortada, al tiempo que señalaba hacia el blanco bosque de abetos que se extendía a su espalda.

Dúrlib se puso pálido.

—¿Estás seguro de eso, muchacho? —inquirió alarmado.

A Grimpow le bastó un gesto de asentimiento para contestar, mientras dejaba caer sobre un tronco cortado el par de conejos que acababa de cazar con su arco junto a las heladas cascadas del valle.

—Aguarda un momento, he de coger mi espada —dijo Dúrlib.

Entró en la cabaña, cogió su manto de pieles y se ciñó al cinto una larga espada que siempre dejaba colgada junto a la puerta.

—Vamos, Grimpow, llévame al lugar donde encontraste a ese hombre.

Y ambos partieron en busca del cadáver del caballero desconocido, como dos espectros difuminados por la niebla.

Grimpow caminaba deprisa, con su arco en la mano izquierda y el carcaj repleto de flechas colgado en la espalda, dispuesto a usarlas contra cualquier sombra que se moviese a su alrededor. Sentía que el corazón le palpitaba en el pecho con golpes de tambor, mientras su mirada seguía el rastro de sus propios pasos en la nieve. Las huellas de su carrera hasta la cabaña eran tan nítidas y profundas que no podía equivocarse. Sólo tenía que desandar el mismo camino

entre peñascos y abetos, y el cuerpo de aquel hombre tendido sobre la nieve volvería a aparecer ante sus ojos como si estuviese dormido.

—¡Ahí está! —gritó Grimpow, al ver el bulto oscuro de un cuerpo semioculto en la nieve.

Dúrlib se detuvo a su lado.

—Quédate aquí y no te acerques hasta que yo te lo diga —le ordenó.

El cadáver estaba tumbado de costado y tenía el rostro mirando al cielo neblinoso, como si el último deseo de aquel hombre antes de encontrar la muerte hubiera sido despedirse de las estrellas. Tendría unos sesenta años y, a juzgar por las ropas que vestía y la capa de grueso paño que llevaba prendida en la espalda, Dúrlib no dudó de la nobleza de su linaje. Se acercó despacio, se arrodilló ante el caballero muerto y le cerró los ojos aún abiertos. Diminutas estalactitas de hielo pendían de sus largos cabellos, de sus barbas blanquecinas y de sus cejas, su piel tenía un color azulado, y en sus resecos labios parecía esbozarse el amago de una sonrisa.

—Está congelado —dijo Dúrlib después de examinar detenidamente el cadáver—. No veo en su cuerpo ninguna herida que permita pensar que lo han asesinado. Probablemente se alejara de su cabalgadura y se perdiera anoche entre la niebla. El frío se coló en sus venas y le heló la sangre. Creo que ha tenido un final apacible, a pesar de su desgraciada muerte —añadió.

En ese instante, Dúrlib vio que la mano derecha del cadáver estaba cerrada con fuerza, como si guardara en ella un objeto valioso del que el caballero muerto no hubiera querido desprenderse ni siquiera en los últimos momentos de su vida. Dúrlib cogió la mano rígida y helada del difunto y fue separando con dificultad cada uno de los dedos hasta que quedó visible una piedra pulida y redondeada del tamaño de una almendra. Su color era extraño e indefinido, como si cambiara de tonalidades al moverla o girarla.

—¿Qué ocurre? —preguntó Grimpow impulsado por la curiosidad.

—Acércate —dijo Dúrlib.

Cuando Grimpow se situó a su lado y contempló de nuevo el rostro del cadáver confirmó que aquel hombre parecía dormido. Tal vez la muerte sólo sea un plácido y eterno sueño, pensó. Luego reparó en la pequeña piedra que Dúrlib tenía en la mano, y le preguntó:

—¿Qué es esa piedra?

—Quizá el caballero muerto la usara como amuleto y la tomara en su mano poco antes de morir, al tener la certeza de que había llegado el momento de encomendar a Dios su alma —dijo Dúrlib, al tiempo que le lanzaba a Grimpow el talismán del difunto—. Guárdala tú, desde ahora esta piedra irá unida a tu destino —añadió en tono misterioso.

Grimpow cogió la piedra al vuelo y notó en sus manos el cálido tacto del mineral a pesar del aire helado de las montañas.

—¿Qué quieres decir con que esta piedra irá unida a mi destino? —preguntó desorientado, pues nunca había oído a Dúrlib hablar de un modo tan enigmático.

—Supongo que si es un amuleto te protegerá de los espíritus malignos y te dará suerte —dijo Dúrlib con indiferencia.

—Yo ya tengo un amuleto —replicó Grimpow, abriéndose el jubón y mostrándole la bolsita de lino que su madre le colgara del cuello cuando era niño y que contenía unas ramitas de romero.

—Pues ahora ya tienes dos, y no habrá mal de ojo, maldición o veneno que pueda hacerte daño. Pero, como puedes ver en la cara helada de este caballero, no debes fiarte del frío. A él no parece que le haya servido de mucho su amuleto.

Grimpow recordó que su madre solía decirle que él había nacido con el siglo XIV, y que, según auguraba la redondez de la luna llena que iluminaba el cielo la noche de su nacimiento, el futuro habría de depararle toda la suerte y todas las bondades que a ella le había negado su desdichado destino. Entonces Grimpow pasó la yema de sus dedos por la pulida superficie de la piedra, y tuvo el presentimiento de que los vaticinios de su madre comenzaban a cumplirse. Sin embargo, algo dentro de sí también le hacía temer unos acontecimientos inciertos que apenas si podía vislumbrar, y que le provocaban una profunda desazón. Pensó que esa inquietud sólo era debida a su encuentro con el caballero muerto, cuyo cuerpo sin vida aún tenía ante sus ojos, pero, a pesar de su corta edad, no era ése el primer cadáver que él veía. En tiempos de epidemias la gente moría en la comarca de Úllpens con una facilidad pasmosa, y Grimpow había visto los cadáveres de muchos hombres, mujeres, ancianos y niños, amontonados a las puertas del cementerio como siniestros espantajos, negruzcos y desfigurados.

En esto pensaba Grimpow cuando la voz asombrada de Dúrlib lo sacó de sus cavilaciones.

—¡Mira estas maravillas! —exclamó sin ocultar su alegría.

Luego se quitó con precipitación su manto de pieles, lo extendió sobre la nieve, e inmediatamente volcó sobre él el contenido de una alforja de cuero que halló bajo el cadáver. Al abrigo de la niebla, y bajo la pálida luz del mediodía, destellaron un par de dagas de distinto tamaño que tenían el puño de marfil incrustado de zafiros y rubíes. Había también abundantes monedas de plata, algunas alhajas, una carta lacrada, y un sello de oro de los que usaban los reyes y los nobles para autentificar sus documentos y mensajes, guardado en una cajita de madera tallada.

—¿No pensarás quedarte con esas riquezas? —preguntó Grimpow, alarmado ante la visión de las joyas más valiosas que jamás contemplaran sus ojos.

Dúrlib le miró descreído.

—¡Pero qué dices, Grimpow! ¡Somos vagabundos y ladrones! ¿Es que lo has olvidado?

—Pero no somos profanadores de cadáveres —replicó Grimpow, con una autoridad que a él mismo le sorprendió.

—¡Oh, vamos, amigo mío! —dijo conciliador Dúrlib—, en mi larga y miserable vida de proscrito y vulgar salteador de caminos, jamás puso el cielo a mi alcance un tesoro tan valioso como el que ahora tengo en mis manos sin necesidad de jugarme el pescuezo para conseguirlo, y tú me pides que no lo haga mío. ¿Es que te has vuelto loco, muchacho? —inquirió exaltado.

Grimpow daba vueltas a la piedra que tenía en la mano, buscando argumentos con los que convencer a Dúrlib de lo equivocado de sus intenciones.

—Ni siquiera sabemos quién es ese hombre, ni de dónde ha venido, ni cómo llegó hasta estas montañas. Hasta es posible que alguien sepa que pasó por aquí y vengan pronto a buscarlo.

—La nieve caída durante la noche ha borrado todas las huellas, no debes preocuparte por eso —dijo Dúrlib con afán tranquilizador.

—¿Y su cabalgadura? —insistió Grimpow.

—Los lobos se ocuparán de su caballo, si es que montaba alguno.

—Los lobos no podrán devorar las riendas ni la silla, y si alguien las encontrara nos acusarían a nosotros del asesinato del caballero desconocido, y nos darían muerte con el peor de los martirios —aclaró Grimpow con un desparpajo que llegó a aturdirlo, pues nunca antes se había expresado con un conocimiento tan claro de lo que quería decir.

—En eso no había pensado —admitió Dúrlib, rascándose la cabeza—. Será mejor que vayamos a esconder el tesoro cerca de la cabaña y regresemos al atardecer para dar sepultura al caballero difunto antes de que anochezca. No es costumbre de buenos cristianos dejar los cuerpos de los muertos como pasto de alimañas. Luego nos cobraremos el favor con estas riquezas, y así su alma quedará en paz con Dios, y las nuestras redimidas de todo pecado —concluyó, persignándose como un fraile predicador.

—Deberíamos avisar al abad de Brínkdum —dijo Grimpow con sequedad.

Los ojos de Dúrlib no ocultaron su asombro al oír la sugerencia de su amigo.

—¿Al abad de Brínkdum? ¡Ese abad es el peor ladrón que han conocido estas tierras desde los comienzos del mundo! Si sus ojos llegan a ver este tesoro, estoy seguro de que se lo quedará para él solo, en pago de las muchas misas y oraciones que cada día dedicará su abadía a salvar el alma del caballero muerto —dijo Dúrlib con sarcasmo.

—Pero él podrá averiguar de quién se trata, y podrá ocuparse de enterrarlo en la iglesia del monasterio como corresponde a la alcurnia de un caballero —replicó Grimpow, pertinaz en su empeño de no profanar aquel cadáver.

—Y no te quepa duda de que también sabrá cobrarse con creces el hospedaje de tan generoso y noble difunto —apostilló Dúrlib, más irónico aún.

—Eso no es cosa que a nosotros nos incumba —dijo Grimpow desdeñoso.

Ante el súbito silencio de Dúrlib, Grimpow pensó que se daba por vencido.

—Me pregunto quién podría viajar solo por estas montañas, con un tesoro como éste en su alforja —inquirió Dúrlib, sin que Grimpow supiera si le dirigía a él la pregunta o se la formulaba a sí mismo en voz alta.

—¿Qué piensas tú? —respondió Grimpow con otra pregunta.

—Tal vez sea uno de esos caballeros cruzados que volvieron hace años de Tierra Santa cargados con los tesoros de los infieles, o un peregrino que se dirige en solitaria penitencia a expiar sus culpas ante las reliquias de algún santo apóstol. También podría tratarse de algún rey destronado que ha huido de su lejano reino con lo único que le cabía en su alforja, o quizá sólo sea un simple ladrón como nosotros, disfrazado de nobleza para disimular el alcance de sus fechorías. Pero en cualquier caso, no creo que se trate de un señor de estas tierras. Jamás he visto dagas como éstas, templadas con el mejor acero y con puños de marfil repletos de joyas tan hermosas y perfectas —discursó Dúrlib sin mucho convencimiento.

—Parece que fuera portador de algún mensaje —dijo Grimpow, señalando la carta lacrada.

Dúrlib cogió el mensaje sellado y lo examinó con detenimiento. Luego cogió el sello de oro y lo comparó con las marcas del lacre, un extraño dibujo de una serpiente mordiéndose la cola que formaba un círculo con su cuerpo, orlado por signos incomprensibles.

—Se trata del mismo sello —confirmó, después de contrastar las filigranas de su trazado—. Si rompemos el lacre de la misiva quizá podamos averiguar algo sobre el caballero muerto.

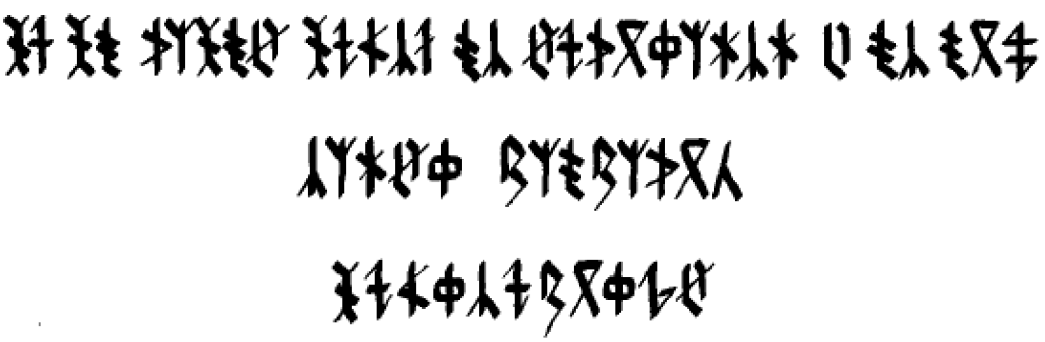
Dúrlib miro a Grimpow como si esperase ver en sus ojos la confirmación de que también él deseaba conocer el contenido de aquel mensaje. Fue entonces cuando Grimpow comenzó a percibir el oculto poder que encerraba la piedra que, sin darse cuenta, hacía girar en su mano como si fuese un juguete infantil.

—Ábrelo —dijo sin dudar.

Dúrlib rompió el lacre limpiamente sirviéndose de la daga más pequeña, y por la expresión de su rostro Grimpow dedujo que no les serviría de nada abrir el mensaje, pues jamás entenderían lo que en él estaba escrito.

—¿Qué significarán estos símbolos? —preguntó a media voz.

Grimpow le pidió que le dejara ver el mensaje y, apenas lo tuvo ante sus ojos, una cadena de palabras se fue formando en su mente, como si para él aquella sucesión de signos extraños no guardara ningún secreto.



—En el cielo están la oscuridad y la luz. Aidor Bílbicum. Estrasburgo —dijo Grimpow de corrido, sin que él mismo pudiese comprender por qué fueron ésas, y no otras, las palabras que salieron de su boca, a la vez que su mente se poblaba de un sinfín de imágenes irreales y confusas.

Dúrlib le miró con una mezcla de asombro y desconfianza.

—¿Cómo puedes tú saber eso?

—No lo sé —admitió Grimpow—. Es como si pudiera leerlo sin conocer ese lenguaje, del mismo modo que digo pájaro sin saber escribirlo, o pronuncio cualquier otra palabra. Creo que ha sido esta piedra extraña la que me ha permitido interpretar ese enigma —razonó aturdido, mientras sentía que la insólita piedra que tenía en su mano parecía fundirse con su piel, y que todo un universo de conocimientos iluminaba su mente de un modo tan mágico e inexplicable que llegó a pensar que era el mismísimo caballero muerto quien se había apoderado de su alma.

Entonces el hielo que pendía de los cabellos y las cejas del cadáver comenzó a deshacerse en pequeñas gotas de agua, su rostro adquirió una coloración rosada, y todo su cuerpo comenzó a fundirse sobre la nieve como un muñeco de cera expuesto al calor del fuego, hasta que desapareció completamente ante ellos.

—¡Por las cicatrices de un ladrón apaleado! ¡Que me cuelguen del árbol de los ahorcados de Úllpens si esto no ha sido obra del diablo! —exclamó Dúrlib, incrédulo ante la súbita desaparición del cadáver.

A Grimpow, sin embargo, no le sorprendió un hecho tan prodigioso.

—Creo que el caballero muerto ha regresado al lugar del que vino —dijo Grimpow meditabundo, sin dejar de sentir el contacto de la piedra en su mano, y sin estar muy seguro de si era él quien realmente hablaba.

Dúrlib le miró alelado.

—¿Y cuál es ese portentoso lugar, donde los muertos se esfuman en el aire como por encantamiento?

—No lo sé exactamente, pero desde que cogí esta piedra siento como si algo inexplicable me hiciera ver cosas que tú mismo jamás podrías imaginar —dijo Grimpow.

—¡Vamos, Grimpow, déjate de peroratas! ¡Hace apenas un instante teníamos el cadáver de un hombre ahí, justo delante de nuestras narices, y ahora no está! Es evidente que se trata de algún sortilegio realizado por un nigromante aliado del demonio —soltó Dúrlib, persignándose de nuevo con fingida devoción.

—Ni Dios ni Satanás tienen nada que ver con esto, créeme —dijo Grimpow sin saber por qué.

—Pues no seré yo quien se quede en este bosque maldito ni un momento más para averiguarlo, a riesgo de que el fantasma de ese caballero nos corte la cabeza y la clave en una picota, para que los buitres se deleiten con el sabor de nuestros ojos.

Las manos de Dúrlib recogieron con precipitación el valioso tesoro del caballero muerto, que él mismo había esparcido sobre su manto de pieles. Lo introdujo todo en la alforja del difunto y se dispuso a marcharse de allí.

—¡Tú nunca has creído en fantasmas, Dúrlib! Además, algo me dice que ese misterioso cabañero tenía una misión que cumplir, algún cometido importante que llevar a cabo y que no ha podido culminar como era su propósito. Nosotros deberemos hacerlo por él, a cambio de quedarnos con su tesoro —dijo Grimpow.

A juzgar por la cara que puso Dúrlib al oír esto, a Grimpow no le cupo duda alguna de que su amigo temía que la piedra que servía de amuleto al caballero muerto, y que él tenía en su mano, le hubiese trastornado el juicio.

—¿Y eligió venir a estas montañas nevadas y despobladas para encontrarse cara a cara con la muerte, hacernos herederos de sus riquezas y desaparecer como Cristo después de ser crucificado? —inquirió irónico.

—Quizá sólo anduviera de paso hacia otro lugar, camino de Estrasburgo probablemente, para llevar a ese tal Aidor Bílbicum el mensaje de la carta lacrada —reflexionó Grimpow en voz alta.

Dúrlib suspiró y agrandó los ojos como un sapo.

—Tú puedes pensar lo que quieras, pero sólo el diablo y su corte de brujos, hechiceros y nigromantes, son capaces de obrar prodigios como el que aquí acaba de ocurrir, y del que nosotros, aún no sé si para nuestra desgracia y tormento, hemos sido testigos. Así que mejor será que nos marchemos a la abadía de Brínkdum antes de que la noche cubra de tinieblas el bosque. En su iglesia asistiremos al último culto del día, y purificaremos nuestros cuerpos y nuestras almas con abundante agua bendita. Sólo así evitaremos el daño que el espíritu de este caballero muerto, mago, brujo o lo que quiera que sea, pudiera depararnos con sus maleficios de ultratumba.

—Ya veo que en el fondo eres tan supersticioso como glotón —dijo Grimpow riendo—. Pero no creo que el caballero muerto, que tan generoso ha sido al poner a nuestro alcance su valioso tesoro, tenga intención de convertirnos también en objeto de su venganza. Además, ¿qué daño le hemos hecho nosotros, que incluso pensábamos darle cristiana sepultura junto al altar

de la abadía de Brínkdum? —añadió Grimpow, convencido de la solidez de sus argumentos.

El entrecejo de Dúrlib se contrajo para refrendar sus dudas.

—Confió en que las dotes de adivino que esa piedra parece haberte regalado sean tan certeras como las flechas de tu arco, pues, en otro caso, mucho me temo que la maldición del caballero muerto se pegue a nuestros talones como la sombra del diablo al pellejo de un endemoniado.

—¡Olvida tus temores, Dúrlib! Aún no sé adónde nos llevará el hallazgo del cadáver del caballero que ha desaparecido ante nuestros ojos, ni el de la piedra que él tenía en su mano y que ahora yo tengo en la mía, pero, si no me equivoco, es esta misma piedra la que nos conducirá a desvelar el misterio que tanto te perturba —dijo Grimpow, convencido por primera vez de sus palabras.

—A mí ya me basta con las riquezas que la diosa Fortuna ha puesto a nuestro alcance, aunque se haya servido de un caballero muerto que goza del fantasmagórico y temible embrujo de la invisibilidad. Pero si es tu deseo desvelar su misión en este mundo nuestro, no seré yo quien te abandone cuando la aventura nos llama a su lado como el dulce canto de una hermosa doncella —concluyó Dúrlib su discurso.

—¡Entonces partamos hacia la abadía de Brínkdum cuanto antes! —dijo Grimpow, contento.

A medida que descendían hacia la abadía, la niebla se elevaba en delgados jirones que flotaban sobre las copas de los abetos como nubes esponjosas y deshilachadas. La capa de nieve era más delgada, y caminar sobre ella se hacía más cómodo y ligero por la estrecha senda rodeada de arbustos espinosos que llevaba hasta el valle. Los temores de Dúrlib a la venganza del fantasma del caballero muerto parecían haberse disipado como la niebla, y caminaba junto a Grimpow tarareando una cancioncilla que siempre solía cantar cuando se sentía tranquilo y feliz.

Dúrlib sabía tocar la vihuela, recitaba romances, y hacía trucos de magia y malabares con la agilidad de los más afamados juglares y saltimbanquis de las comarcas cercanas. Pero por encima de todo, Dúrlib era un embaucador y un ladrón, capaz de desposeer de su bolsa a campesinos, caminantes, peregrinos, mercaderes, monjes y caballeros, tanto con la habilidad de la palabra como con la eficacia de sus manos y de su espada. Cuando le conoció un año antes en las fiestas de primavera, Grimpow trabajaba de mozo en la taberna oscura y maloliente que su tío Félsdron el Cascarrabias, como todos le llamaban, tenía en Rhíquelwir, y a la que Dúrlib solía acudir para animar con sus destrezas la borrachera de los clientes llegados de todas las aldeas. Una noche tormentosa en la que Dúrlib acababa de desvalijar la bolsa de un grupo de incautos artesanos que aceptaron jugar con él una partida de dados, fue reconocido por un rico mercader de ganado al que esa misma mañana le había robado las

ganancias de su negocio, amenazándolo con la punta de su espada en un cruce de caminos de la comarca. A cambio de unas monedas, el humillado comerciante le pidió a Grimpow que vigilara al ladrón y lo siguiera adondequiera que fuese, mientras él corría a alertar a los esbirros del señor que ejercía jurisdicción dentro de las murallas de Rhíquelwir, para que hicieran preso a su asaltante y lo ahorcaran sin tardanza en la plaza de la ciudadela, tan pronto despuntara el alba. Sin embargo, conmovido por el cruel castigo que le aguardaba a quien para él no era sino un intrépido y amable truhán, Grimpow corrió a darle aviso de la amenaza que se cernía sobre él si no huía al instante de la taberna. Dúrlib vació la jarra de vino en su garganta de un solo trago, se limpió la boca con la manga de su jubón, y dijo:

—¡Triste es el destino de un proscrito! —Y lanzándole a Grimpow un guiño de complicidad, añadió—: ¿Hay alguna otra salida de la taberna por la que pueda escabullirme, antes de que los soldados del conde me destripen como a un cerdo atiborrado de bellotas?

Grimpow le hizo una señal para que le siguiera y, aprovechando un descuido de su tío, cruzaron la bodega atestada de telarañas y barriles de vino, y salieron al patio trasero de la taberna. Allí abrió el portón por el que entraban y salían los carros en época de vendimia, y le pidió a Dúrlib que aguardara un momento afuera, vigilando la calle. Luego se dirigió al pequeño establo en el que su tío Félsdron el Cascarrabias guardaba un viejo caballo de tiro, le puso las riendas, cogió una manta raída que le colocó a modo de montura sobre el lomo, y regresó tirando del animal para vencer su pereza.

—¿Cómo podré pagarte tu generosa ayuda? —le preguntó Dúrlib, haciendo intención de sacar unas monedas de la bolsa que guardaba bajo su jubón.

—Llévame contigo —dijo Grimpow sin titubear—. Cuando ese mercader y mi tío descubran mi engaño no dudaran en azotarme hasta romperme la espalda —añadió, suplicándole a Dúrlib con los ojos que no le dejara allí.

Dúrlib se quedó mirándolo mientras pensaba qué hacer con el muchacho. Pero, al fin, dijo sonriendo:

—Súbete a la grupa de este penco, y huyamos de aquí antes de que la jauría de mis perseguidores nos huela el rastro y pueda darnos alcance. Si nos atraparan, seríamos dos los ahorcados al amanecer, en lugar de uno.

Así lo hizo Grimpow. De un salto acrobático se subió al caballo sin disimular su alegría, y bajo la lluvia se dirigieron a la casa de su madre en la aldea de Óbernalt, que estaba a poco más de una hora de camino desde Rhíquelwir, para pasar allí la noche.

—No parece que te agrade mucho estar en compañía de ese tío tuyo —dijo Dúrlib entre el murmullo de la tormenta que se alejaba, y los rayos que a ráfagas iluminaban el cielo en el horizonte.

—Es el marido de una hermana de mi madre, y el único de nuestra familia que tiene una posición acomodada. Hace dos años que mi padre murió de viruela, y mi madre me mandó a trabajar con mi tío para que al menos no

pasara hambre y aprendiera el oficio de tabernero. En la aldea de Óbernalt los cultivos son escasos y el viento frío del norte destroza cada año las cosechas. Mi tía es una buena mujer, pero mi tío Félsdron es en verdad un cascarrabias que se pasa las horas gruñendo, y casi todos los días paga su mal humor conmigo, maldiciéndome y dándome toda clase de golpes y latigazos.

—¿Y qué piensas hacer ahora? —preguntó Dúrlib, sin dejar de mirar la oscuridad en la que se adentraron al poco de dejar atrás la pequeña ciudad de Rhíquelwir.

—Si quieres puedo ser tu criado —le contestó.

—Los vagabundos como yo no tienen criados. Además, a mí me gusta estar solo, y mi vida errante de proscrito no es mejor que la que tú tenías en la taberna de tu tío.

—¡Pero tú eres libre de ir donde quieras! —dijo Grimpow.

—Mi libertad sólo me servirá para acabar ahorcado un día en cualquier aldea miserable. No puedo aceptar que vengas conmigo.

—Entonces déjame estar a tu lado sólo algún tiempo, hasta que encuentre mi propio camino en la vida —le rogó el muchacho.

Hablaban sin verse las caras a causa de la oscuridad y de su posición sobre el caballo, pero en esa ocasión Dúrlib giró la cabeza y miró directamente a los ojos del muchacho.

—Deberías intentar ser algo más que un simple ladrón como yo —dijo.

—Siempre quise ser escudero, para aprender el manejo de las armas y combatir en las guerras.

—En las guerras los hombres se matan unos a otros sin saber muy bien por qué lo hacen, deberías buscar otra cosa en la que ocuparte.

El silencio los envolvió y los acompañó durante un buen rato, hasta que Dúrlib, sintiéndose en deuda con el muchacho que le había salvado de ser ahorcado, dijo:

—Está bien, puedes quedarte a mi lado si quieres. Pero sólo durante algún tiempo —matizó sin volver la mirada.

Grimpow sabía que su madre se alegraría al verle, aunque se enfadara luego, una vez que conociera la historia de su huida de la taberna de su tío. Cuando llegaron a la aldea de Óbernalt calados hasta los huesos, Grimpow le contó a su madre lo ocurrido, y aunque sus proyectos de futuro con Dúrlib, a quien le presentó como un digno juglar, no llegaron a convencerla de que saliera ganando en el cambio de oficio, todo fueron besos y parabienes al despedirle de nuevo. Quizá porque por un momento su madre llegó a temer que tuviera otra boca que alimentar en su casa, donde, además de a sus cuatro hermanas, Grimpow vio a dos niños pequeños a los que ni siquiera conocía.

Así fue como Grimpow comenzó su nueva vida junto a Dúrlib, vagando por aldeas y ciudades, robando en granjas y mercados, asaltando a mercaderes y peregrinos, pidiendo limosna a las puertas de las iglesias fingiéndose ciegos o lisiados, haciendo malabares y recitando romances en las plazas y en los

castillos, o cazando en los inviernos furtivamente en las montañas. Con él aprendió a manejar el arco y a rastrear las huellas de los conejos, de los ciervos y los corzos, de los linces, los osos, los lobos y los zorros. Aprendió a sobrevivir entre las miserias de la pobreza, a querer a un buen amigo y a contemplar, en las noches sin luna, las estrellas.

Todos estos recuerdos acudieron a su mente mientras avanzaban sobre la nieve camino de la abadía de Brínkdum cargados con el valioso tesoro del caballero muerto, sin que Grimpow pudiera imaginar entonces que, muy pronto, se separaría de Dúrlib para siempre.

Visitas inesperadas

Entre las débiles luces del atardecer, la abadía de Brínkdum apareció ante ellos como una mole de piedra rojiza cubierta por tejados colmados de nieve. La abadía estaba situada al nordeste de la comarca de Úllpens, al pie de un fértil valle rodeado de bosques, ríos y montañas. Había sido construida hacía tres siglos por un grupo de monjes ermitaños que creyeron haber encontrado en aquel hermoso lugar las mismas puertas del Paraíso, y la alta torre del campanario se alzaba majestuosa sobre el resto de los edificios, haciéndose visible desde la lejanía como guía de peregrinos extraviados y clara advertencia a los demonios.

No era ésa la primera vez que Grimpow visitaba la abadía con Dúrlib, pues el abad, un monje de mediana edad cuyos ojos diminutos e inexpresivos parecían de estatua, gustaba de poseer toda clase de joyas y alhajas a pesar de sus votos de pobreza, y, en más de una ocasión, él mismo se había quedado con parte del botín de sus asaltos a los caminantes a cambio de comida y vino abundante, de permitirles vivir en la cabaña del bosque durante el invierno, cazar en las montañas y hacer la vista gorda a sus delitos.

—Será mejor que escondamos nuestro tesoro antes de llegar a la abadía, no sea que la curiosidad se despierte en el abad y quiera conocer el contenido de esta alforja, metiendo en ella sus narices —dijo Dúrlib, cuando se disponían a cruzar un pequeño arroyo por un vado cercano.

Grimpow miró a su alrededor la abundante vegetación, los altos abetos que salpicaban el paisaje y las masas de roca gris a las que el viento había arrancado su frágil manto de nieve. No muy lejos de ellos, una pequeña cruz que señalaba el camino a la abadía se alzaba sobre un pedestal de piedra. Pensó que aquél podía ser un lugar adecuado para enterrar la alforja, y lo señaló con el brazo extendido.

—Al pie de esa cruz estará bien guardado el tesoro —dijo.

Dúrlib se limitó a asentir y se dirigió hacia el lugar elegido. Abrió la alforja y sacó las dos dagas adornadas con zafiros y rubíes. Le dio a Grimpow la más pequeña y él se reservó la de mayor tamaño.

—Escóndetela entre el jubón y las calzas —dijo.

—¿Crees que correremos algún peligro entre los monjes de la abadía? —preguntó Grimpow desconcertado.

—Después de lo que he visto hoy prefiero desconfiar de todas mis creencias —dijo Dúrlib con una sonrisa fugaz.

También Dúrlib ocultó su daga bajo el jubón tal como le había indicado a Grimpow, desenvainó su espada y cavó un agujero detrás del pedestal que sostenía la pequeña cruz de piedra. Pero antes de introducir la alforja en el escondrijo, la volvió a abrir y sacó algunas monedas de plata de las que portaba el caballero muerto.

—Se las cambiaremos al abad de Brínkdum por dos buenos caballos de los que con tanto esmero cría en sus cuadras. No sé muy bien dónde está Estrasburgo ni cuántos días hacen falta para llegar hasta allí, pero estoy seguro de que será más cómodo ir a caballo que andando.

Saber que Dúrlib, a pesar de sus recelos, deseaba ir a Estrasburgo tanto como él para averiguar qué podía significar el mensaje que portaba el caballero muerto aumentó las ansias de Grimpow por llegar a la abadía. Durante el camino no sólo había estado recordando el modo en que había conocido a Dúrlib, también estuvo pensando en lo que acababa de ocurrir con el caballero muerto que encontraron en las montañas y desapareció en la nieve. Grimpow había guardado la piedra en la pequeña bolsa de lino que siempre llevaba colgada del cuello con unas ramitas de romero, y aunque ya no sentía el calor que desprendía mientras la tuvo en la mano, no dejaba de percibir su cercanía. Sabía que aquel mineral era algo más que un simple amuleto, y algo inexplicable, como una llamada silenciosa y lejana, le impulsaba a averiguar de qué se trataba realmente. Para lograrlo, las únicas pistas de las que disponían eran el mensaje lacrado y el sello de oro del caballero muerto, y Grimpow no dejaba de pensar en ellas una y otra vez.

Después de cubrir con tierra y nieve el agujero en que ocultaron la alforja con su pequeño tesoro, emprendieron de nuevo el último tramo del camino a la abadía de Brínkdum, ascendiendo por una tortuosa pendiente.

—En el cielo están la oscuridad y la luz —dijo Grimpow en voz alta, repitiendo las mismas palabras que pronunciara al leer el mensaje escrito con signos extraños en la carta lacrada que portaba el caballero muerto.

—Esas palabras suenan como el conjuro de un mago, ya te lo dije, y será mejor que no las pronuncies tan cerca de una iglesia, no sea que un rayo divino nos fulmine con su luz celestial y nos mande para siempre a la oscuridad de los infiernos —proclamó Dúrlib, divirtiéndose con sus juegos de palabras.

—Yo creo que significan mucho más que eso, Dúrlib. Estoy pensando que quizá ese mensaje sea una contraseña, una clave cuyo verdadero sentido sólo conoce ese tal Aidor Bílbicum de Estrasburgo.

—Los magos y los brujos son los únicos que conocen la utilidad de las palabras mágicas que pronuncian en sus ritos y conjuros, estamos hablando de lo mismo. Una vez vi a una vieja bruja exorcizar a una mujer cuyo cuerpo no paraba de dar saltos y sacudidas sobre el suelo mientras babeaba como una fiera moribunda, y las palabras que la bruja pronunciaba sin dejar de danzar en torno a ella parecían salidas de la boca de un ser monstruoso y diabólico.

—Pero tú me hablas de creencias y supersticiones, de embrujos y hechizos, y yo me refiero a mucho más que eso. Incluso diría que lo que esa frase significa es que en el cielo están la ignorancia, que es la oscuridad, y la luz, que no es otra cosa que el conocimiento o la sabiduría. Las supersticiones y los encantamientos de los que tú hablas son fruto de la ignorancia. Los dioses y los demonios no existen, Dúrlib, sólo son un invento de los hombres para explicar el mundo —arguyó Grimpow, extrañado una vez más de sus propias palabras.

—¿Estás seguro de que eres tú quien me habla y no el espíritu del misterioso caballero muerto? —inquirió Dúrlib, mirándolo sin ocultar de nuevo sus temores y sus dudas.

—¿Qué importa eso? —cuestionó Grimpow, incapaz de contestar a esa pregunta.

—Importa, y mucho. Si te oyera el abad de Brínkdum pensaría que los demonios se te han metido en el cuerpo y haría que te quemaran en una hoguera ante toda la comarca de Úllpens, como escarmiento de herejes.

—Puedes reírte si quieres, pero creo que era precisamente de una hoguera de lo que huía el caballero muerto —soltó Grimpow convencido.

—Razón de más para considerarlo un mago, un brujo o un adorador de las tinieblas de esos que persigue la Inquisición para purificar sus almas entre llamas de fuego —dijo Dúrlib, justo en el instante en que llegaban a las puertas de la abadía de Brínkdum.

La noche dejaba caer sobre el valle espesos velos de penumbra cuando les abrió el portillo un sirviente gigantón, encorvado y huraño, al que los monjes llamaban Kense, y que no parecía sentir muchas simpatías por los recién llegados. Al verlos ante sí se quedó mirándolos sin decir nada, como si hubiese enmudecido o hubiera sido el viento quien acabara de golpear las puertas de la abadía con sus manos invisibles.

—¿No vas a dejar entrar en la abadía a dos pobres caminantes que no tienen fuego donde calentarse ni lecho donde reposar su cansado cuerpo, amigo Kense? —dijo Dúrlib, imitando una reverencia inacabada.

El sirviente volvió a cerrar la puerta sin decir una palabra, y Grimpow y Dúrlib oyeron sus pasos alejarse en el interior de la abadía con un siseo de

sandalias arrastradas. Supusieron que iría a avisar a algún monje o al abad para que autorizara su entrada en la abadía, pero, ante su tardanza en volver, Dúrlib golpeó de nuevo la aldaba de la puerta con más vehemencia.

—¡Ya va, ya va! —se oyó decir al otro lado a una voz aflautada.

Era el hermano Brasgdo, un monje risueño y gordo como un tonel de vino, al que Grimpow siempre había visto trajinando en la cocina entre ollas y fogones, pedazos de carne y manojos de verduras. Desatrancó el portillo, y, al verlos plantados y ateridos de frío frente a él, dejó que de sus gruesos labios se colgara una sonrisa burlona, al tiempo que dijo:

—Pasad adentro, antes de que el frío os deje sin aliento y os hiele los huesos. —Luego preguntó—: ¿Puede saberse a qué se debe esta inesperada visita?

—Hemos decidido abandonar la cabaña de las montañas para no volver más a este infierno de hielo —dijo Dúrlib, entrando decidido en la abadía.

—El infierno al que debéis temer no es de hielo sino de fuego, y en él arderéis eternamente a menos que Dios os perdone vuestros pecados —dijo el monje, volviendo a atrancar la puerta después de que Grimpow traspasara el umbral.

—Con tal propósito venimos a esta santa casa, hermano Brasgdo, para alimentar nuestro espíritu en la iglesia de la abadía y acompañaros en vuestros rezos y plegarias, antes de emprender nuestro largo viaje a tierras lejanas —explicó Dúrlib con fingida beatitud.

—Y supongo que de paso también querréis llenar vuestros estómagos, y dormir protegidos del frío y del viento en nuestra casa —dijo con ironía el monje.

—Al menos por esta noche —admitió Dúrlib, sacudiéndose la nieve de su manto de pieles—. Como lecho nos bastará un jergón de paja y una manta en la sala de los peregrinos, y como alimento nos contentaremos con un pedazo de pan, un buen trozo de queso y una jarra de vino, de ese que tan secretamente guardáis en vuestra despensa —dijo Dúrlib riendo.

El monje rió también.

—Este año ha sido muy mala la cosecha —matizó, encaminándose hacia la cocina e indicándoles con una señal de su mano que le siguieran.

En el interior de la abadía todo estaba oscuro, y sólo una antorcha que ardía en uno de los muros de piedra, al fondo de la gran sala de entrada, permitía ver entre sombras un largo pasillo abovedado.

—Así que os proponéis emprender un largo camino —dijo el hermano Brasgdo, bamboleando su enorme barriga bajo el hábito pardo de su orden religiosa.

—Así es. Y lo haremos mañana mismo, después de las primeras luces del día —confirmó Dúrlib.

—¿Y habéis decidido ya cuál será el destino de vuestro viaje?

—¡Buscaremos el fin del mundo! —dijo Dúrlib ilusionado.

—Según he oído contar, *finis mundi* queda muy lejos de aquí, más allá de los profundos mares de occidente, y allí sólo habitan monstruos y demonios horribles —murmuró el monje, forzando una mueca de espanto con su cara regordeta.

—También hay quien asegura que allí se encuentran las invisibles puertas del Paraíso, y que en esas tierras lejanas abundan el oro y las piedras preciosas, las mujeres son las más hermosas que nadie haya visto nunca, la comida y la bebida están siempre al alcance de la mano y la juventud es eterna —alegó Dúrlib.

El hermano Brasgdo le lanzó una mirada reprobadora en el instante mismo en que abría la puerta de la cocina.

—Las puertas del Paraíso ya están en este valle creado por Dios para regocijo de nuestros ojos —dijo con brusquedad—, y esos lugares de los que hablas aún no han sido vistos por nadie; sólo existen en la imaginación de algunas mentes perversas y alucinadas que han cedido su voluntad a las tentaciones del diablo. ¿No serás tú uno de ésos? —insinuó el monje.

—Yo sólo soy un ignorante que teme al poder de Dios y reza cada día para alcanzar Su Reino —dijo Dúrlib, adulador, para calmar las dudas del monje.

—Ya veo que eres mejor comediante que rufián —sentenció el hermano Brasgdo sin dejar de sonreír.

Entraron en la cocina, en cuya gran chimenea central aún ardían unos gruesos troncos de leña, y el hermano Brasgdo les invitó a sentarse a una mesa provista de un banco corrido y sin respaldo. El calor era allí sofocante, al punto que les obligó a desprenderse de sus mantos de pieles. En un ángulo de la amplia estancia, una pequeña puerta comunicaba con el refectorio, y por ella entraban y salían un par de criados llevando y trayendo cazuelas de barro. Desde su posición en la mesa Grimpow podía ver que los monjes de la abadía acababan de comenzar a cenar. Permanecían en completo silencio, alumbrados por la tenue luz de unas lámparas de aceite repartidas sobre las mesas, mientras miraban cabizbajos y meditabundos la comida. Sin embargo, hasta los oídos de Grimpow llegaba, como un murmullo cercano y hueco, la voz del monje encargado de la lectura de los salmos.

El hermano Brasgdo les trajo un pan redondo y grande, un plato de sopa caliente, unos trozos de cerdo asado, un pedazo de queso, otro de tocino salado, y la jarra de vino que Dúrlib le había pedido.

—Si te pregunta el abad por lo que bebes dile que sólo es agua —bromeó el monje al dejar la jarra sobre la mesa.

Luego se sentó junto a ellos y se puso a descascarillar unas nueces, haciéndolas crujir entre las palmas de sus manos.

—¿Sabe el abad que estamos aquí? —preguntó Dúrlib, sin dejar de sorber ruidosamente en el tazón de la sopa.

—Cuando Kense me avisó de vuestra llegada y fui a abriros, ya había comenzado la cena de los monjes en el refectorio y no quise interrumpir al abad

para no romper nuestra regla de silencio. Se lo comunicaré una vez que terminen todos de cenar, antes que dé comienzo el último culto del día en la iglesia. Pero ya sabes que es deber de cristianos ofrecer cobijo a los caminantes y peregrinos, y no pondrá ningún reparo a que os quedéis esta noche en la abadía.

—Debo hablar con él antes de que se retire a sus aposentos —explicó Dúrlib, después de dar un largo trago de vino.

—¿Algún asunto en el que yo pueda ayudarte? —dijo el monje sin ocultar su curiosidad.

—Quiero tratar con el abad un trueque de caballos por monedas de plata.

—Ya veo que ahora no careces de fortuna —dijo el hermano Brasgdo—. ¿Y quién ha sido en esta ocasión la víctima de tu rapiña? —añadió suspicaz.

—¿A quién podría asaltar en estas montañas desoladas en pleno invierno, cuando ni siquiera los grajos sobrevuelan el bosque? —volvió a preguntar Dúrlib alarmado.

—Tal vez a un fantasma —dijo el monje en voz baja, llevándose una nuez a la boca y machacándola con su muralla de dientes amarillos.

Dúrlib miró a Grimpow con los ojos desorbitados, pero pronto disimuló su estupor y dijo con calma:

—Son unas monedas de plata que guardaba para una ocasión tan precisa como ésta.

Grimpow asistía a la conversación expectante y mudo como Kense, el sirviente grandullón y retrasado del convento, hasta que el monje dirigió hacia él sus ojos de ardilla, y, como si no le interesaran las explicaciones de Dúrlib, le preguntó:

—¿Y tú por qué no te quedas de novicio en la abadía y dedicas tu vida a servir a Dios, en lugar de irte a recorrer el mundo acompañando a un ladrón como Dúrlib?

—Quiero encontrar mi propio camino en la vida —afirmó Grimpow con timidez.

—Pues no encontrarás camino más santo que el de la oración y el trabajo. En los tiempos que corren, los campos y los bosques están plagados de ladrones, frailes rebeldes y mendigos —dijo mirando a Dúrlib con intención—, y no hay mejor refugio para huir de las tentaciones del pecado que el de la casa de nuestro Señor. Aquí podrías aprender a leer y a escribir en latín y griego, a cuidar la granja, a cultivar el huerto, a recolectar flores y plantas medicinales, a curar enfermos, a copiar manuscritos, a iluminarlos o traducirlos. Hasta podrías ser aprendiz de cocinero, y ocupar mi puesto una vez que yo me haya muerto, lo que espero que ocurra mucho después de llegar a viejo —dijo alzando la mirada al techo.

—No me gusta el silencio —contestó Grimpow animado por el parloteo del monje.

Al hermano Brasgdo pareció hacerle gracia la respuesta del muchacho y soltó una carcajada.

—Como ves, el cocinero está dispensado de la observancia de esa estricta regla de la orden. Me sería imposible entenderme con los criados si tuviera que hacerlo usando la mímica de mis manos, en lugar de las palabras —alegó riendo.

—Y posiblemente reventaríais si tuvieseis que permanecer callado todo un día —apostilló Dúrlib, a quien los vapores del vino comenzaban a turbarle el habla.

El hermano Brasgdo se tomó a broma el jocoso comentario de Dúrlib, al que conocía lo suficiente como para no apreciar malicia alguna en sus palabras, y todos rieron en voz baja para no perturbar el silencio de la abadía.

Al rato, un rumor de bancos y pies deslizándose sobre el suelo les anunció que los monjes habían terminado de cenar y abandonaban taciturnos el refectorio.

—Disculpadme un momento, avisaré al abad de vuestra llegada —se excusó el monje.

Tan pronto el hermano Brasgdo salió de la cocina, Dúrlib le preguntó a Grimpow en voz baja:

—¿Has oído lo que ha dicho?

Grimpow asintió inclinando varias veces la cabeza.

—¡Ha hablado sin dudarlo de un fantasma, refiriéndose al poseedor de las monedas de plata que yo tenía intención de cambiar al abad por los caballos! —insistió Dúrlib con precipitación.

—Posiblemente sólo haya sido una manera de expresarse, al buscarle una justificación a que tengas en tu poder esas monedas de plata —razonó Grimpow.

—¿Y si el caballero muerto estuvo aquí, antes de que le encontrásemos nosotros? —inquirió Dúrlib, mirando a Grimpow a los ojos como si quisiera adivinar su pensamiento.

Grimpow no pudo contestar a esa pregunta porque en ese momento el hermano Brasgdo entró de nuevo en la cocina por la pequeña puerta que comunicaba con el refectorio, seguido por el abad de Brínkdum.

—Mal tiempo han elegido estos zorros para abandonar su guarida en las montañas —dijo el abad sonriendo, nada más verlos sentados junto a la chimenea.

Dúrlib se puso en pie y corrió a besar el gran anillo de la mano que el abad extendía ante ellos. Grimpow lo imitó, y sintió en sus labios el frío tacto del oro como si hubiese besado un pedazo de hielo. El abad de Brínkdum no sólo era la máxima autoridad del convento, sino que su poder abarcaba toda la comarca de Úllpens y parte de las comarcas vecinas. De él se decía que fue un intrépido caballero que abandonó las armas a la edad de treinta años para hacerse monje y vivir el resto de sus días apartado del mundo como un anacoreta. Sin

embargo, según el hermano Brasgdo le había informado a Dúrlib hacía tiempo, la verdadera causa de la devoción religiosa del abad fue una hermosa dama que le negó su amor por expreso deseo de su padre, y a la que el abad seguía visitando como confesor en un castillo cercano, agasajándola con toda clase de regalos y ofrendas. Grimpow imaginó entonces que esa dama luciría en sus delicadas manos una parte de las joyas que ellos habían robado como salteadores de caminos, y que agradaban al abad tanto o más que los cantos de sus monjes.

Después de saludar amablemente a los recién llegados, el abad dio instrucciones al hermano Brasgdo para que les acomodase en la sala de los peregrinos de la abadía, emplazándolos para que, una vez terminado el último culto del día en la iglesia, acudiesen a sus aposentos, situados junto a la sala capitular.

Apenas el abad hubo abandonado la cocina en dirección al claustro, lo hicieron el monje cocinero, Dúrlib y Grimpow por una puerta lateral, donde unas estrechas escaleras en espiral conducían directamente a la sala de los peregrinos. Ascendieron por las escaleras en silencio, y sin más luz que una pequeña lámpara de aceite que el hermano Brasgdo portaba en su mano. La sala estaba a oscuras, y sólo la llama tambaleante de la bujía les permitía ver algunos jergones de paja colocados en línea sobre el suelo de piedra. Era una estancia amplia y rectangular con bóveda de cañón en el techo, sin más adornos que las pequeñas ventanas arqueadas de uno de los muros laterales. Estaba situada sobre la cocina, y en el centro se localizaba un enorme tubo cilíndrico por el que ascendía el humo de la chimenea de la sala inferior, y que proporcionaba a la estancia una temperatura confortable durante los duros inviernos de las montañas, aunque en esa época del año los peregrinos y caminantes eran escasos a causa de la nieve que cubría el valle, y rara vez alguno se hospedaba en la abadía.

—Al menos durante esta noche no tendréis que soportar los ronquidos y las pestilencias de otros huéspedes —dijo el hermano Brasgdo, mientras sacaba de un arcón desvencijado un par de gruesas mantas de lana.

—¿Hace mucho tiempo que nadie duerme aquí? —pregunto Dúrlib mientras husmeaba el aire como un sabueso.

—Probablemente desde que cayeron las primeras nieves a comienzos del invierno. Desde entonces, sólo vosotros habéis entrado en esta sala.

En el rostro relajado de Dúrlib pudo adivinar Grimpow su pensamiento. Si el hermano Brasgdo no mentía, era evidente que el caballero muerto no había pasado por la abadía antes de adentrarse en los bosques de las montañas; de manera que nadie allí podía saber de su existencia ni de su misteriosa desaparición.

—Sin embargo —prosiguió el monje, bajando la voz hasta descender a un tono confidencial—, ayer salí de la abadía antes del atardecer para estirar las piernas y recoger algunas nueces, y me pareció ver entre la niebla a un jinete

solitario que se dirigía hacia las montañas. Pensé que se habría extraviado y que, a causa de la niebla, no encontraba el camino de la abadía. Incluso le grité para llamar su atención, pero entonces giró la cabeza, me miró con unos ojos que a mí me parecieron vacíos como los de una calavera, y continuó su camino como un alma en pena hasta desaparecer de nuevo entre la niebla.

Las palabras del hermano Brasgdo, pronunciadas entre las sombras que se agitaban a su alrededor, produjeron en Dúrlib y en Grimpow un intenso escalofrío que llegó a enmudecerlos.

—¿No habéis visto a ese jinete en las montañas? —preguntó el monje ante el silencio de sus huéspedes, elevando la llama de la bujía para verles mejor los ojos.

Grimpow iba a negar con la cabeza cuando Dúrlib carraspeó y dijo:

—¿Habéis hablado de esto con el abad, hermano Brasgdo?

—Si lo hubiera hecho el abad pensaría que estaba borracho, y que fueron los vapores del vino los que hicieron que viera esa imagen fantasmal merodeando por los alrededores de la abadía —contestó el monje con desdén.

—¿Y lo estabais? —insistió Dúrlib como si fuese su confesor.

—Te juro por las reliquias de san Dustán que se guardan en la cripta de la iglesia abacial que en todo el día de ayer no bebí más que agua.

—Entonces podéis dar crédito a vuestros ojos, porque también los nuestros vieron esta mañana a ese misterioso jinete cabalgando por el bosque cercano a nuestra cabaña, como si fuese un aparecido —dijo Dúrlib, dejando a Grimpow tan helado como el cadáver que esa mañana había encontrado en la nieve.

—¿Es cierto lo que dices? —inquirió el monje, como si las palabras de Dúrlib le reconfortaran, o le confirmaran una creencia de la que él mismo dudara.

—¡Que me quemen ambas manos en el fuego de vuestra cocina si os miento! —soltó Dúrlib en voz baja, extendiendo los brazos y ofreciendo las manos abiertas al monje para mostrar su sinceridad.

Por un momento, Grimpow pensó que su buen amigo iba a contarle al hermano Brasgdo todo cuanto ellos habían presenciado esa mañana en las montañas, incluido lo de la piedra, la carta lacrada y el valioso tesoro del caballero muerto.

—Es cierto —confirmó Grimpow para refrendar las palabras de Dúrlib y poner fin a su relato—. Al ver a ese caballero desconocido frente a la cabaña, yo mismo me acerqué a él, y cuando me dispuse a saludarlo y acariciar su caballo, ambos se desvanecieron en el aire como si fueran un sueño.

—¡Una increíble y espantosa pesadilla, diría yo! —añadió el hermano Brasgdo, pues también él había sido testigo de la misteriosa presencia del caballero desconocido en las cercanías de la abadía.

—Tanto miedo sentimos al ver lo ocurrido que abandonamos la cabaña al instante y corrimos a buscar refugio en la abadía, donde ni los fantasmas ni los diablos pueden hallar cobijo —dijo Dúrlib, volviendo a persignarse con la

misma devoción con que ya lo hiciera tras la desaparición del caballero muerto sobre la nieve de las montañas.

El monje se persignó también, y murmuró en voz baja:

—He oído muchas leyendas paganas sobre genios y demonios de las aguas, de los bosques y las montañas, que cuentan hazañas terribles de gigantes, de dragones, de ondinas, hadas, brujas, magos, enanos y elfos, pero nunca vi un fantasma tan verdadero como el del caballero del que habláis, cuyo rostro, lejos de ser humano, me pareció la misma faz de un espectro diabólico, uno de esos seres infernales que vagan invisibles y en completa soledad por los caminos del mundo, para saldar después de muertos las deudas y los errores de su vida pecaminosa.

Dúrlib estimó cumplido su propósito de embaucar al hermano Brasgdo con la historia del fantasma del caballero muerto, que por demás él también creía como una verdad irrefutable, y preguntó expectante:

—¿Le habéis hablado a algún monje de la abadía sobre un asunto tan delicado?

—¿Me tomas por loco? —le espetó el hermano Brasgdo frunciendo el ceño—. Si estos hechos fantásticos y terribles llegaran a oídos del abad, de los frailes o de las gentes de la comarca de Úllpens, considerarían maldito este valle y sus montañas, y no habría monje, peregrino ni creyente que pusiera sus pies en la abadía, por temor a toparse con el fantasma de ese caballero desconocido y ser blanco de sus iras y rencores.

—Tal vez el fantasma del caballero haya seguido su camino, y a esta hora de la noche esté muy lejos de aquí, al otro lado de las montañas —sugirió Grimpow para disipar los temores del hermano Brasgdo.

—Confiemos en que así sea —dijo el monje.

—Pues para evitar que su espíritu impuro pueda anidar en nuestras almas, vayamos a la iglesia y roguemos a Dios por nuestra salvación eterna, tal como era nuestra intención al venir a la abadía —concluyó Dúrlib.

Accedieron a la iglesia abacial desde unas amplias escaleras situadas al fondo de la sala de los peregrinos, que desembocaban en un gran patio descubierto. Al salir a la intemperie el frío era intenso, y pequeños copos de nieve se deslizaban ante ellos, pigmentando de blanco la oscuridad de la noche. Cruzaron corriendo hasta una puerta claveteada que comunicaba directamente con la nave lateral de la iglesia, única entrada posible para los caminantes y peregrinos. Dentro, unos velones situados en las esquinas de la nave central apenas iluminaban las gruesas columnas que se elevaban formando trenzas imposibles hasta el techo abovedado, a esa hora ennegrecido como un cielo nocturno.

Nada más entrar en el templo, Dúrlib se acercó hasta una pila de agua bendita situada frente a la puerta, empapó en ella su mano y se santiguó tres veces seguidas para conjurar las malas vibraciones que el espíritu del caballero

muerto pudiera ejercer sobre sus vidas. Incluso sacó las monedas de plata de un bolsillo disimulado en sus calzas de paño y las introdujo distraídamente en la misma pila para purificarlas de toda maldición o embrujo.

Cuando regresó a uno de los bancos centrales de la iglesia se sentó junto a Grimpow, y aprovechando que el hermano Brasgdo se había postrado de rodillas y se cubría el rostro con las manos en actitud de meditación y arrepentimiento, le susurró al oído:

—Tú deberías hacer lo mismo con la piedra que el difunto caballero usaba de amuleto.

Grimpow hizo oídos sordos a las palabras de Dúrlib y prestó atención a la entrada de los monjes en el coro de la iglesia para el culto de completas, que momentos antes habían anunciado las campanas de la torre. Todos llevaban las capuchas cubriéndoles las cabezas inclinadas sobre el pecho, y desfilaban con las manos juntas y en fila de a uno, mientras se iban acomodando delante de sus respectivos bancos. Llegó a contar hasta treinta monjes de distintas edades y aspectos, a pesar de que todos iban ataviados con el mismo hábito pardo de la orden. Luego, uno de ellos, que a Grimpow le pareció por la voz casi un muchacho, comenzó a entonar un cántico tan dulce y melodioso que Grimpow se quedó profundamente dormido.

Al terminar el culto, Grimpow sintió que el codo de Dúrlib se clavaba en sus costillas para avisarle de que el abad se dirigía desde el coro hasta ellos. Grimpow abrió los ojos, aún aturdido por la somnolencia, y la alta y delgada figura del abad, recortada al trasluz de los cirios encendidos en el coro, se le antojó más fantasmal y temible que el cadáver del caballero que murió sobre la nieve.

—Debe de ser un milagro que este par de ladronzuelos muestre tanta devoción hacia los cultos religiosos de la abadía —dijo el abad en voz baja, achicando aún más sus diminutos ojos, tan pronto llegó al banco en que Dúrlib y Grimpow estaban sentados al final de la iglesia.

Se pusieron en pie respetuosamente, y el hermano Brasgdo contestó por ellos:

—Han decidido abandonar la cabaña de las montañas y buscar una vida más libre de pecado en algún lugar lejano, hacia el que desean partir al amanecer con vuestra bendición.

—¿Es cierto eso? —quiso saber el abad, dirigiendo la estrechez de su mirada hacia Dúrlib.

—Iremos hasta Estrasburgo. Antes de que comenzara el invierno oí decir que en esa ciudad están construyendo una nueva catedral, y tal vez allí encontremos trabajo como canteros.

Grimpow miró a Dúrlib admirado por su capacidad para inventar una patraña.

—Los canteros son muy celosos de su oficio, y no abren las puertas de sus logias a nadie que no sea de su confianza —dijo el abad.

—Había pensado que quizá vos podríais recomendarnos al obispo. Estoy seguro de que con vuestra ayuda no tendremos dificultad en conseguir un trabajo digno para que Grimpow emprenda una vida alejada del pecado —sugirió Dúrlib, adulador.

—El mayor pecado de este muchacho ha sido estar a tu lado durante estos años, pero Dios es bondadoso y sabrá comprender que la maldad no era suya, sino de quien ha sido como un padre para él —disertó el abad, desplazando de uno a otro sus ojillos de pájaro.

—Dúrlib ha sido para mí el mejor padre que jamás hubiese podido imaginar, y nunca me separaré de su lado —soltó Grimpow en defensa de su amigo, al tiempo que se mordía la lengua para contener sus deseos de decirle al abad lo que pensaba sobre él y sobre sus pecados.

En ese instante, Grimpow notó un tirón en la manga de su camisa, y advirtió que se trataba del hermano Brasgdo, que le reprimía de ese modo por el tono insolente con que se había dirigido al abad.

—Será mejor que vayamos a mis aposentos, allí podréis darme detalles más precisos de vuestras intenciones, pues, según creo, deseabais hablar conmigo en privado —dijo el abad, indiferente al desafío que latía en las palabras del muchacho.

Los monjes salieron del coro de la iglesia de forma ordenada y en silencio, encaminándose como una hilera de hormigas disciplinadas por una escalera cercana que conducía directamente a su dormitorio: una sala alargada y alta, con techos de madera, y sin más mobiliario que los jergones de paja alineados uno tras otro sobre el suelo. Ni siquiera usaban mantas para protegerse del frío, y las pequeñas ventanas del muro exterior del dormitorio permanecían abiertas durante toda la noche para dejar entrar el aire helado de las montañas.

El hermano Brasgdo se quedó rezando en la iglesia, mientras que Dúrlib y Grimpow se dirigieron al interior de la abadía siguiendo los silenciosos pasos del abad. Salieron al patio y comprobaron que no sólo había dejado de nevar sino que la niebla se había disipado completamente, y que en el cielo, al que Dúrlib y Grimpow alzaron los ojos, se abrían grandes claros que dejaban ver entre nubes el brillo de las estrellas.

Regresaron al edificio principal por una portezuela situada en una esquina del patio, y recorrieron un estrecho y corto pasadizo en el que destellaba la diminuta luz de una lamparita de aceite colgada del techo. Pronto accedieron a una de las galerías del claustro, intensamente iluminado por antorchas, y de súbito surgió ante sus ojos un bosque de arcos y columnas de una belleza inconmensurable. Grimpow se detuvo en la contemplación del capitel de una columnita del claustro, en el que estaba tallada una figura humana rodeada de fieras, y debajo de la cual había una leyenda que no tuvo ninguna dificultad en comprender, a pesar de estar escrita en latín:

DANIELEM CUM LEONIS

El abad, sorprendido por la curiosidad de Grimpow, se detuvo a su lado y le preguntó:

—¿Sabes lo que significa esa imagen?

—Es una representación del profeta Daniel, por cuya lealtad a Dios sus enemigos lo arrojaron a un foso con leones —explicó Grimpow de corrido.

Dúrlib le miró con el mismo asombro que el abad.

—¿Y sabes si los leones llegaron a devorar al profeta Daniel? —insistió el abad en tono paternal, clavando en el rostro del muchacho su afilada mirada.

—No —dijo Grimpow—. Un ángel enviado por Dios cerró la boca de los leones y no pudieron herirlo.

—¿Quién te ha enseñado esa historia? —inquirió el abad algo turbado.

Grimpow sabía que no podía hablarle de la influencia de la piedra del caballero muerto que llevaba colgada del cuello, y supuso que si le decía que había sido Dúrlib cambiaría su opinión sobre su amigo y sería más generoso con ellos llegado el momento de cambiar las monedas de plata por los caballos de su cuadra. Así que no lo dudó, y contestó:

—Dúrlib me ha contado muchas historias sobre Dios en las montañas —dijo con ingenuidad, a sabiendas de que mentía.

Dúrlib se sonrojó pero, como cada vez que tenía que salir de algún atolladero recurriendo a su imaginación, dijo sin dudar:

—Bueno, sólo le he repetido al muchacho las historias que el hermano Brasgdo me ha contado alguna vez en la cocina de la abadía.

El abad los miró receloso.

—Al menos me alegra saber que en esa cabaña de proscritos y ladrones en la que pasáis los inviernos no se ha pronunciado el nombre de Dios en vano —dijo, y continuó andando hacia sus aposentos.

Luego caminaron bajo las arcadas abovedadas del claustro hasta dejar a un lado la sala capitular, y al fin entraron en una estancia cuadrada y fría, cuyas paredes desprendían un intenso olor a humedad y a cera quemada.

El abad encendió las velas de un candelabro situado en una mesa en la que había una Biblia, un Libro de Horas y algunos rollos de pergamino, y les indicó que tomasen asiento en dos sillas situadas frente a un sillón con respaldo alto y tallado, en el que se acomodó él con la solemnidad de un patriarca.

—De modo que pensáis abandonar estas tierras al amanecer —afirmó el abad.

—Así es —apostilló Dúrlib—. Hace tiempo que vengo pensando que la cabaña de las montañas no es un lugar adecuado para un muchacho como Grimpow, y no quiero que él se pase la vida huyendo de una aldea a otra como he hecho yo desde que guardo memoria.

—¿Y habéis pensado ir a la ciudad de Estrasburgo en pleno invierno?

—La ciudad de Estrasburgo es rica y próspera, y allí podremos encontrar un lugar para vivir honestamente como ya os he dicho antes. Conozco un paso por el que podremos cruzar las montañas sin ningún peligro.

Mientras Dúrlib y el abad conversaban, Grimpow fingía estar distraído, curioseando en las cubiertas de los manuscritos cerrados sobre la mesa, y sorprendiéndose al comprobar que podía leer sin dificultad los títulos escritos en ellas.

—Sabes que si el muchacho quisiera podría vestir el hábito de nuestra orden religiosa como novicio, y quedarse a vivir en el monasterio como han hecho muchos jóvenes de origen noble y humilde desde que se fundó esta abadía hace más de tres siglos.

—Yo mismo se lo he aconsejado así en muchas ocasiones, y hace un rato, en la cocina, también el hermano Brasgdo le ha hablado de ello, pero Grimpow es un muchacho demasiado libre para someterse a las estrictas y sacrificadas reglas de vuestra orden.

—Dios ha querido que los hombres sean nobles, clérigos y siervos —dijo el abad dirigiendo hacia Grimpow su mirada—. Los primeros sirven a las armas y los últimos sirven a los primeros, sólo los clérigos tenemos el privilegio de servir a Dios. Tú sólo eres un siervo, y esa libertad de la que habla Dúrlib no es más que una quimera.

—Es posible que sea como vos aseguráis, pero Grimpow se niega a separarse de mi lado y tampoco yo deseo abandonar su compañía —dijo Dúrlib, expresando fielmente los sentimientos de ambos.

—¿Y tú no dices nada? —le preguntó el abad a Grimpow ante su silencio.

—Creo que nunca llegaría, a ser un buen monje —respondió simplemente, volviendo a mostrarse distraído.

—Está bien, sea como más te agrade. Ya veo que eres tan tozudo como tu maestro. Y ahora, decidme de qué queríais hablarme en privado —dijo el abad, recostándose en su cátedra y entrelazando los dedos de sus manos sobre el regazo.

Dúrlib carraspeó.

—Necesitamos dos de los mejores caballos de vuestros establos.

—Sabes de sobra que los caballos de las cuadras de la abadía no están en venta —dijo el abad sin inmutarse.

La mano derecha de Dúrlib se desplazó con rapidez hasta el bolsillo disimulado en sus calzas, sacó las monedas del caballero muerto como si practicara un truco de magia y las depositó con levedad sobre la mesa. El abad se incorporó sobresaltado, agrandó los ojos al ver los destellos de la plata bajo la pálida luz de las velas, y preguntó:

—¿Dónde has conseguido esas monedas?

—Se las robé hace tiempo a un mercader de sedas veneciano, cerca de la ciudad de Molwíler —contestó Dúrlib sin dudar.

El abad cogió una de las monedas en su mano, se la acercó a los ojos y la examinó con detenimiento.

—Que son de plata es indudable, pero jamás vi algo parecido a estos extraños signos —dijo.

—¿Tendremos entonces los caballos? —preguntó Dúrlib, para evitar tener que dar más explicaciones sobre el origen de las monedas.

—Hablaré esta misma noche con el cillerero. Mañana podréis retirar dos caballos de nuestras cuadras, y llevaros algunas provisiones para el viaje.

—¿Nos dará también su bendición y una recomendación para el obispo de Estrasburgo? —pidió Dúrlib, aprovechando la manifiesta generosidad del abad.

—Daré satisfacción a ambos deseos al amanecer.

El trueque con el abad se produjo siguiendo el mismo ritual que Grimpow había presenciado en anteriores ocasiones: Dúrlib manifestaba sus deseos y el abad negaba la posibilidad de concedérselos, entonces Dúrlib dejaba caer sobre la mesa alguna joya, casi siempre una sortija o un brazalete de oro, y el abad le otorgaba sin más remilgos los favores que le pedía. Grimpow pensó que quizá también así fuese el modo de proceder del abad con la dama de sus sueños.

Ya se disponían a salir de los aposentos del abad cuando el sonido seco de una aldaba al golpear el portón principal del edificio resonó como un trueno en medio de la noche, dejando paralizados y mudos a todos los habitantes de la abadía.

—¿Quién, además de unos truhanes como vosotros, puede vagar por las montañas en una noche de invierno como ésta? —preguntó el abad, intrigado por el estruendo.

Dúrlib y Grimpow se miraron sin saber qué responder.

—Saldremos de dudas si vamos a averiguarlo —propuso Dúrlib al cabo de unos segundos.

Apenas habían salido al claustro cuando nuevos golpes en la puerta volvieron a romper el silencio. Al mismo tiempo, y tras la línea de columnas de la galería arqueada de enfrente, vieron la sombra oronda del hermano Brasgdo que se acercaba corriendo desde la cocina, seguido por un pequeño grupo de criados que murmuraban algo en voz baja.

—¿Qué ocurre? ¿A qué se debe tanta alarma, y por qué nadie abre las puertas de la abadía? —inquirió el abad al monje cocinero tan pronto llegó hasta ellos.

—Ninguno de nosotros ni de los sirvientes se atreve a hacerlo. Detrás de las puertas se oyen tales ruidos de armaduras y relinchos de caballos que parece que los Cuatro Jinetes del Apocalipsis hubiesen llegado hasta la abadía con su terrible cortejo de desgracias —explicó el hermano Brasgdo, respirando como si se ahogara a causa de la carrera y del temblor que agitaba su cuerpo.

Al oírlo, a Grimpow no le cupo duda alguna de que el hermano Brasgdo estaba convencido de que el fantasma del caballero que creía haber visto cabalgando por los alrededores del monasterio el día anterior había reunido a la

Santa Compaña en los bosques de las montañas y se disponía a asaltar la abadía con su lúgubre procesión de muertos y calaveras. También Dúrlib debió de pensar algo parecido, a juzgar por el miedo que se reflejó en su rostro. Grimpow, sin embargo, tuvo el presentimiento de que los jinetes que aguardaban ante las puertas de la abadía eran más siniestros y malvados que todos los fantasmas imaginables, siendo como eran seres de carne y hueso.

—Vayamos a dar la bienvenida a quienesquiera que sean los que con tanto ímpetu llaman a nuestras puertas —dijo el abad, encabezando una improvisada comitiva.

Un numeroso grupo de monjes había bajado del dormitorio y se había congregado en la gran sala de entrada a la abadía. Todos esperaban alarmados y expectantes la llegada del abad y, al verlo acercarse por el fondo de la galería abovedada, se apartaron a un lado formando un estrecho pasillo. Algunos monjes portaban velas encendidas, mientras que otros tenían las manos cruzadas bajo el escapulario como si se dispusieran a entonar un canto de alabanza a los recién llegados.

—¡Abrid el portón de las caballerías! —ordenó el abad a los sirvientes.

El crujido de los cerrojos apagó el murmullo de los monjes y bajo la densa oscuridad de la noche se hicieron visibles las sombrías siluetas de seis jinetes embozados en largos mantos, negros como sus caballos, y con capuchas que ocultaban rostros sobrecogidos por el frío.

—¿Quién de vosotros es el abad? —gritó una voz grave desde lo alto de una cabalgadura que removía inquieta sus patas sobre la nieve.

El abad avanzó hasta quedar bajo el dintel del portón abierto.

—Yo soy el abad de Brínkdum, pero sois vos quien debe decirnos vuestro nombre y el de quienes os acompañan antes de entrar en la abadía.

Uno de los caballos relinchó y elevó sus patas arañando el aire.

—¡Mi nombre es Búlvar de Góztell, de la santa Orden de los Dominicos, inquisidor de Lyon y legado del papa Clemente V! ¡En su nombre os solicito hospedaje en vuestra abadía, para mí y para los soldados del rey de Francia que me acompañan! —dijo con solemnidad el jinete, al tiempo que se desprendía de su capucha y dejaba ver un rostro marcado por abundantes cicatrices, que disimulaba una barba corta y blanquecina.

El hermano Brasgdo respiró aliviado al oír las credenciales que portaba el fraile dominico, pero su rollizo semblante no tardó en ensombrecerse de nuevo después de que los recién llegados cruzaran el portón de la abadía y el monje cocinero comprobara que, detrás del último soldado, entraba sin jinete el mismo caballo blanco que él viera montado por el fantasma del caballero muerto, camino de las montañas.

Una historia y una leyenda

Los sirvientes se ocuparon de llevar los caballos a los establos; los monjes regresaron al dormitorio; el hermano Brasgdo acompañó hasta la cocina a los soldados del rey para darles algo de comer y de beber; el abad invitó a Búlvar el inquisidor a sus aposentos, donde gozaría de una cena abundante mientras le hablaba de los importantes motivos de su visita; y Dúrlib y Grimpow se retiraron a descansar a la sala de los peregrinos, a la vez que el silencio volvía a reinar en todos los rincones de la abadía.

Tumbados sobre sus jergones y sin más luz que la de una pequeña lámpara de aceite que ardía sobre el suelo, Dúrlib, que tenía la cabeza apoyada en las palmas de las manos entrelazadas tras la nuca y miraba al techo abovedado como si lo hiciera al infinito, le participó en voz baja a Grimpow sus preocupaciones.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —le preguntó.

—Creo que sí.

—El caballo blanco sin jinete del que tiraba uno de los soldados podría ser el del caballero muerto —especuló Dúrlib.

—El hermano Brasgdo está seguro de ello. Vi su cara de terror cuando ese caballo pasó por delante de él —dijo Grimpow.

—Es posible que el animal huyera del bosque asustado por las alimañas y ellos lo encontrasen en la parte baja del valle —alegó Dúrlib.

—Al ver al caballo cojeando me fijé en sus patas y vi que tenía algunas heridas y manchas de sangre, como mordeduras de colmillos de lobo.

Dúrlib se removió en su jergón, sintiendo el picotazo de alguna pulga despiadada.

—Me preocupa que ese fraile dominico comience a hacer preguntas y el hermano Brasgdo se vaya de la lengua, sobre todo si ha bebido antes algunas jarras de vino —dijo.

—No creo que el hermano Brasgdo se atreva a contarle a un inquisidor que ha visto el fantasma de un hereje adentrándose en las montañas —lo tranquilizó Grimpow.

—También está el abad, a quien los signos incomprensibles de las monedas de plata no han dejado de causarle extrañeza.

—Tienes razón, pero tampoco el abad querrá hablar con el legado del Papa de sus corruptelas —dijo Grimpow.

—Tal vez el fraile dominico y los soldados de su escolta sólo vayan camino de Úllpens, y encontraran el caballo en el valle por pura casualidad —especuló Dúrlib como si no deseara darle más importancia al asunto.

—No —dijo Grimpow—. Ahora no me cabe duda de que el inquisidor Búlvar de Góztell venía persiguiendo al caballero muerto para quemarlo en la hoguera, pero no consigo ver por qué, aunque sospecho que posiblemente tengan mucho que ver el mensaje de la carta lacrada y la piedra que portaba —dijo Grimpow, cerrando los ojos para concentrarse en las imágenes que se dibujaban, confusas, en su mente, como si fuese un adivino.

—¿De verdad puedes ver esas cosas que dices? —le preguntó Dúrlib, aún admirado y descreído con esas visiones.

—Sólo veo imágenes extrañas, Dúrlib, sólo eso —respondió Grimpow, cansado.

—Intenta dormir un poco ahora, yo iré a hablar con el monje encargado de los establos para que nuestros caballos estén listos al amanecer, y de paso intentaré averiguar algo sobre ese fraile dominico y los motivos que lo han conducido hasta aquí.

—Tengo miedo, Dúrlib —dijo Grimpow arrebujándose bajo la manta como si una sombra siniestra se abatiera sobre él.

—Esa maravillosa piedra que llevas colgada del cuello te protegerá; ahora duérmete, mañana ya no estaremos aquí —aseguró Dúrlib, sin que ni él ni Grimpow pudiesen adivinar que se equivocaba.

Dúrlib se puso en pie, cogió la lámpara de aceite y salió de la sala por la estrecha escalera que comunicaba con la cocina de la abadía, donde las voces animadas de los soldados del rey de Francia volvían a romper la regla de silencio.

Envuelto por la oscuridad, Grimpow sacó el amuleto del caballero muerto de la bolsita de lino, y entonces sintió cercano el leve resplandor de un rescoldo que parecía arder entre sus dedos. Abrió la mano, y allí estaba la piedra: viva, rojiza y destellante como una estrella fugaz recién caída del cielo. La insólita luz de la piedra fue creciendo entre sus dedos hasta iluminar la sala de los peregrinos con tonalidades de fuego, dejando visibles las nervaduras del techo abovedado como si fuesen el esqueleto de un animal gigantesco y milenario. Sin saber muy por qué, en ese instante intuyó que ya nada volvería a ser como antes, y recordó

su aldea de Óbernalt y la mísera casucha de sus padres, sus años infantiles al cuidado de los cerdos y las cabras, la recogida de las cosechas, sus alocados juegos y disputas con otros niños de la aldea, sus risas y sus llantos en la taberna de su tío Félsdron el Cascarrabias. Pero ahora tenía certeza de que esa infancia quedaría atrás para siempre, difuminada en su memoria como jirones de neblina arrastrados por el viento, y temió no ser capaz de afrontar los difíciles y peligrosos retos que la luz de la piedra le anunciaba. Al fin y al cabo, él sólo era un muchacho que acababa de comenzar a descubrir con Dúrlib la cruel existencia de los hombres.

Grimpow no supo cuánto tiempo estuvo dormido, sólo recordaba que en sus ensoñaciones vislumbró confusas imágenes de tiempos pasados y futuros, que se mezclaban sin sentido con multitud de rostros desconocidos que le hablaban en lenguas remotas y extrañas, y alternaban sus palabras con infinitos números y signos incomprensibles. Y en sueños llegó a ver con nitidez estallidos celestes que multiplicaron por millones las estrellas del firmamento, cataclismos planetarios que transformaron continentes y océanos en hermosos paisajes sin tiempo, hielos eternos que cubrieron el mundo bajo cielos ennegrecidos por impenetrables cenizas, epidemias que asolaron la Tierra, máquinas monstruosas y despiadadas que lanzaban vaharadas de fuego entre explosiones de horror, guerras que exterminaron a millones de hombres, mujeres y niños.

Hasta que de pronto sintió que alguien le despertaba de esa pesadilla, y casi gritó de espanto al ver ante sí, iluminado por la débil luz de un candil, el rostro arrugado y fúnebre de un viejo monje a quien Grimpow no conocía.

—¡Vamos, vamos, levántate! —le urgió el monje en voz baja.

—¿Qué ocurre? —preguntó Grimpow sobresaltado, y con los ojos aún entrecerrados por el sueño.

—Ahora no hay tiempo para explicaciones. Tienes que salir de aquí cuanto antes —dijo el monje, tirando de él para que se incorporara sin tardanza.

—¿Y Dúrlib? —insistió Grimpow, al comprobar que el jergón de paja que había junto al suyo estaba vacío.

—Nos ocuparemos de él más tarde, ahora vayámonos.

El viejo monje apagó de un soplo la luz del candil que portaba en una mano, asió del brazo a Grimpow con la otra y comenzó a andar con agilidad entre la oscuridad, dirigiendo sus pasos hacia la escalera que llevaba al patio de la iglesia. Asustado y pegado a su cuerpo como si fuera su misma sombra, Grimpow le seguía a tientas sin decir nada. Dejaron la entrada de la iglesia a la izquierda y continuaron andando deprisa hasta el fondo del patio. Allí, el monje que le guiaba como a un ciego empujó una puerta con el hombro y le condujo por un corredor que Grimpow imaginó largo y lóbrego por el mucho tiempo que tardaron en recorrerlo. En medio de la más profunda oscuridad, Grimpow sólo podía oír el sonido de sus pasos sobre el enlosado de piedra de la abadía, y un lejano rumor de agua, como una corriente subterránea que discurriera bajo

sus pies, mezclado con el chillido agudo de las ratas. Luego, por el roce áspero de los muros en su brazo, notó que bajaban una estrecha escalera de caracol, hasta que al fin se detuvieron en un rellano, y el viejo monje volvió a encender el candil entre el leve temblor de sus manos huesudas y ásperas. Entonces, Grimpow vio aterrado multitud de calaveras amontonadas unas sobre otras, que parecían mirarlo con sus ojos invisibles desde unos nichos excavados a un lado y a otro de las paredes de roca.

—No te asustes —dijo el monje—, sólo son cráneos de muerto ya no les importa que alguien como tú venga a perturbar su reposo de siglos.

Indiferente al terror del muchacho, el monje avanzó algunos pasos, giró una de esas calaveras como si quisiera romper el cuello inexistente y, ante los ojos de Grimpow, desorbitados por la sorpresa y el miedo, una parte del muro situado frente a ellos comenzó a deslizarse ruidosamente, hasta dejar abierto un hueco lo bastante ancho para que un cuerpo pudiese pasar por él sin dificultad. Grimpow pensó por un momento que se encontraba ante las puertas del mismísimo infierno, y recordó cuanto le dijera Dúrlib en el bosque de las montañas sobre la maldición del caballero muerto.

—¿Adonde me lleváis? ¿Por qué no me decís dónde está mi amigo Dúrlib? —preguntó sin atreverse a mover un solo músculo de su cuerpo.

—Sólo te llevo a un lugar seguro —dijo—. Ahora sígueme, arriba te lo explicaré todo.

El viejo monje le miró con tal bondad en sus ojos desprovistos de pestañas, que todos los miedos de Grimpow se disiparon como por ensalmo. Al ver al monje tan cerca de él, Grimpow calculó que debía de tener más de ochenta años, y, sin embargo, hablaba y se movía con la agilidad de un novicio. Sólo el leve temblor de sus manos, y su tez tostada y repleta de surcos tan profundos como el abismo al que acababan de descender, delataban que ya no era el hombre fuerte y aguerrido que debió de haber sido algún día.

Grimpow decidió seguirlo para averiguar cuanto antes qué era lo que ocurría y por qué debía esconderse en aquel agujero tan recóndito e inaccesible como una tumba. Sin mirar a los lados, cruzó el pasillo flanqueado de calaveras que le separaba de la entrada a la pequeña gruta abierta en el muro, y entró en un espacio reducido del que arrancaba una escalera, tan estrecha y retorcida como las que suben a los campanarios de las iglesias o a las torres de los castillos.

Subió detrás del monje y llegaron a una sala cuadrada que tenía las paredes forradas de estantes repletos de manuscritos y rollos de pergamino. No había puertas ni ventanas, sólo la trampilla que cerraba el hueco negro de la escalera por la que habían llegado hasta allí. Un olor rancio a cerrado se mezclaba con un agradable aroma de flores secas, cuyo origen no pudo Grimpow determinar.

—¿Dónde estamos? —preguntó Grimpow mientras admiraba los cientos de libros que los rodeaban, sintiendo como si pudiera leerlos sin necesidad de

abrirlos, o como si ya conociera cada una de las palabras que guardaban en sus páginas.

—En una habitación secreta de la biblioteca de la abadía de Brínkdum.

El monje dejó el candil sobre una mesa de madera situada en el centro de aquella insólita estancia, cogió un cabo de vela suelto y lo prendió en la llama. Con él fue encendiendo las lámparas que colgaban de unas cadenas prendidas al techo, hasta que la estancia quedó envuelta por una cálida luz anaranjada. Luego apagó el cabo de vela cerrando sus dedos sobre la llama, y Grimpow pudo ver que el viejo monje tenía las yemas pintadas de negro. Días más tarde supo que era debido a la tinta con que había copiado decenas de libros a lo largo de su vida.

—El fuego es el único enemigo despiadado que podrás entrar aquí dentro. Deberás tener mucho cuidado al encender y apagar las lámparas cuando estés solo —le advirtió a Grimpow, sentándose con aire cansado en la banqueta de un escritorio situado en una esquina de la sala.

Grimpow se sentó frente al monje.

—¿Pensáis dejarme aquí encerrado? —preguntó, impresionado por la triste soledad del cautiverio que, sin saber aún por qué, el viejo monje le anunciaba.

—Mejor estarás aquí que tirado en una mazmorra infestada de ratas y cucarachas. No conozco otro lugar más confortable donde los perros de presa que han llegado esta noche a la abadía no puedan encontrarte —dijo el monje.

—¿Y Dúrlib? ¿Qué le ha ocurrido a él? —preguntó Grimpow angustiado.

El viejo monje agachó la cabeza y, por la compungida expresión de sus ojos, Grimpow supo que no era nada halagüeño lo que iba a decirle.

—No lo sé exactamente, pero es muy posible que a estas horas ese amigo tuyo ya esté encerrado en una de esas mazmorras de las que te hablo, para ser interrogado por Búlvar de Góztell.

Al oír esto, Grimpow sintió como si la daga del caballero muerto que llevaba oculta en su cintura se le hubiese clavado en las entrañas produciéndole un intenso dolor. Desde que encontraron el cadáver en la nieve y tomó la piedra en su mano presintió que alguna tragedia le acechaba, y ahora sabía exactamente cuál era la causa de su desasosiego.

—¿Qué creéis que puede ocurrirle a Dúrlib? —inquirió, preocupado por la suerte de su querido amigo.

—Eso sólo Dios lo sabe.

—¿Quién sois vos, y por qué pensáis que el inquisidor de Lyon y los soldados del rey de Francia pueden interesarse por un pobre ladrón como Dúrlib y por un muchacho como yo, nacido en la mísera aldea de Óbernalt? —preguntó Grimpow intrigado.

El viejo monje tomó aire como un pez fuera del agua, y Grimpow supuso que padecía alguna dificultad respiratoria a causa de su avanzada edad.

—Mi nombre es Rinaldo de Metz, nacido el día diez de septiembre del año mil doscientos veintiocho, y bibliotecario de esta abadía desde hace más de

ocho lustros. Si lo deseas puedes llamarme hermano Rinaldo —dijo el monje, orgulloso de su nombre y de su origen.

Grimpow no supo cómo consiguió hacer el cálculo, pero inmediatamente supo que el anciano que le hablaba había cumplido ya la edad de ochenta y cinco años. Instintivamente palpó bajo su jubón y notó el puño de la daga que Dúrlib le había dado antes de enterrar la alforja del caballero muerto bajo la cruz del camino. Se dijo para sus adentros que con ella le bastaría para mantener a distancia al monje bibliotecario si intentaba causarle algún daño. Por un momento cruzó por su mente la descabellada idea de que el hermano Rinaldo de Metz pudiera ser un loco, a pesar de su aparente cordura.

—Aún no me habéis dicho qué puede querer de nosotros la Inquisición —insistió Grimpow ante el silencio del monje.

—Información sobre un caballero templario que Búlvar de Góztell viene siguiendo desde Lyon con el propósito de hacerlo preso, y que al parecer llegó ayer hasta estas montañas huyendo de sus perseguidores. El fraile dominico y los soldados que le acompañan encontraron su caballo en la entrada del valle, herido en las patas por alguna fiera: un lobo, un lince o un oso, quién sabe. El caballo tenía uno de los extraños símbolos la Orden de Temple marcado a fuego bajo la montura.

Era la primera vez que Grimpow oía hablar de un caballero templario y de la Orden del Temple, aunque tuvo la impresión de que una parte de sí mismo conocía bien esa historia.

—¿Un caballero templario decís? —preguntó.

—Así es. Tú eres demasiado joven para haber oído hablar de ellos, pero hubo un tiempo no muy lejano en que las hazañas de los Caballeros del Templo de Salomón eran conocidas en todos los reinos de la cristiandad.

—Ni Dúrlib ni yo sabemos nada de ese caballero templario del que habláis, y nunca hemos visto a nadie en las montañas —mintió Grimpow, incapaz de contarle al hermano Rinaldo la verdad sobre la historia del cadáver que habían encontrado en la nieve, el tesoro y el mensaje que portaba el caballero muerto en su alforja, la piedra y el modo en que su cuerpo desapareció ante sus ojos.

—A mí no es necesario que me mientas, yo sólo intento ayudarte a escapar de las garras de ese fraile malvado. El inquisidor Búlvar de Góztell sabe que Dúrlib le entregó al abad unas monedas de plata acuñadas con los extraños signos del Temple a cambio de un par de caballos de la abadía.

—¿Cómo podéis vos conocer eso?

—Pocas cosas ocurren entre los muros de la abadía de Brínkdum de las que yo no tenga noticias —dijo el viejo monje con aire misterioso—. Pero eso no importa ahora.

—Entonces, ¿ha sido el abad quien nos ha delatado? —quiso saber Grimpow.

—Así es —asintió con levedad el hermano Rinaldo—, pero el abad sólo le habló al fraile dominico de Dúrlib, no de ti.

—Pero ¿por qué lo ha hecho?

—Por temor a ser marcado con los hierros candentes de la Inquisición.

Grimpow sintió unas incontenibles ganas de gritar de rabia al imaginar lo que podía ocurrirle a Dúrlib en manos de los verdugos del inquisidor de Lyon. Él no conocía con detalle qué era el Tribunal de la Inquisición ni por qué torturaba y quemaba vivos en la hoguera a los llamados herejes, pero en una ocasión el propio Dúrlib le explicó que la Iglesia perseguía hasta la muerte a las brujas, a los magos, a los sabios y a todos los monjes y frailes mendicantes que no aceptaban sus riquezas, sus doctrinas y creencias. Fue al poco tiempo de conocer a Dúrlib, un aciago y caluroso día de verano en la ciudad de Úllpens, cuando vieron a un desdichado subido a una carreta, vestido con harapos manchados de sangre, que llevaba las manos atadas y una cruz de madera débilmente sostenida entre los dedos. Una gran herida abierta en la cabeza dejaba ver una masa informe de sesos y sangre reseca entre los cabellos enmarañados, y las piernas rotas le colgaban de un modo insólito junto a la banqueta en la que estaba sujeto. Un par de tambores precedían la comitiva de soldados que lo conducía hasta la pira de leña amontonada en la plaza, donde fue quemado vivo entre los alaridos de horror del hereje y los gritos de júbilo de cuantos contemplaban el atroz martirio.

—Llevadme ante Búlvar de Góztell, yo le contaré la verdad sobre ese caballero templario que busca —dijo Grimpow, aterrado por la idea de que su amigo Dúrlib pudiese correr la misma suerte que aquel desdichado.

El hermano Rinaldo le miró compasivo.

—¿Y crees que eso evitará que os mate a los dos después de que le hayas dicho lo que él desea saber? —preguntó, dejando abiertos sus ojos sin pestañas.

—No lo sé, pero al menos impediré que torturen a Dúrlib. No soportaría que le hiciesen daño por mi culpa.

—Debes dejar de pensar en algo que no está en tus manos evitar. Dúrlib sabrá defenderse por sí mismo. Ahora dime una cosa —dijo el monje, quedándose en silencio un instante como si no encontrara el modo de formular su pregunta. Pero al cabo dijo—: ¿Asaltasteis al caballero templario en las montañas para robarle las monedas de plata?

Por un instante Grimpow pensó mentirle, y decirle que se las ofreció el caballero a cambio de que le ayudaran a salir de las montañas, pero algo dentro de sí le impulsó a contarle al hermano Rinaldo la verdad de lo ocurrido.

—No, lo encontré muerto sobre la nieve cerca de nuestra cabaña, cuando regresaba de cazar unos conejos junto a las cascadas del valle. Dúrlib dijo que tal vez se separara de su cabalgadura y se perdiera en las montañas a causa de la niebla. Debió de morir de frío durante la noche.

—¿Y enterrasteis su cadáver?

Grimpow volvió a negar, esta vez moviendo sólo la cabeza, y añadió:

—Aunque os resulte imposible creerlo, no hizo falta. Pensábamos venir a la abadía para avisar al abad de nuestro hallazgo, y que él le diese sepultura en la

iglesia, pero de pronto su cuerpo se desvaneció sobre la nieve como si fuera un ser de otro mundo.

En los ojos del hermano Rinaldo destelló un brillo extraño.

—¡Entonces es cierto! —exclamó, abriendo con desmesura sus ojos sin pestañas.

—¿Qué queréis decir? —preguntó Grimpow aturdido.

—Que hay un secreto.

—No os entiendo. ¿Es que no dudáis de lo que os he contado?

—¿Por qué habría de dudar de ese prodigio? ¿Acaso no es prodigioso que cada mañana salga el sol por oriente y se oculte por occidente? ¿Es que acaso no hay misterio en las maravillas de la naturaleza, en los movimientos de la Luna o en la quietud de las estrellas?

—Pero ¿qué tiene que ver todo eso con la misteriosa desaparición del caballero templario? —insistió Grimpow, presa de la confusión.

—Que la antigua leyenda del secreto de los templarios es tan cierta como la historia que tú me cuentas —dijo el viejo monje entusiasmado—. Ese secreto es lo que quiere llegar a descubrir Búlvar de Góztell y por eso perseguía al caballero que tú encontraste muerto en las montañas.

—¿De qué antigua leyenda me habláis? —preguntó Grimpow, justo en el instante que en su mente se esbozaban débiles imágenes de tiempos remotos y tierras lejanas.

—Antes de hablarte de esa leyenda dime si encontrasteis algo más que las monedas junto al cadáver del caballero templario.

Una vez más Grimpow dudó entre decirle la verdad al hermano Rinaldo o mentirle, pero finalmente optó por hacerle un inventario de los objetos de la alforja, y no hablarle nada sobre la piedra que el caballero muerto tenía en su mano, y que él llevaba ahora oculta en la bolsa de lino que le colgaba del cuello.

—Junto al cadáver había una alforja que contenía muchas monedas de plata, algunas sortijas y alhajas, un par de dagas, un mensaje lacrado y un sello de oro —dijo de corrido.

—Un valioso tesoro, sin duda, que supongo habréis escondido en un lugar seguro —elucubró el monje—. Pero no es eso lo que más me interesa, yo hace ya muchos años que renuncié a las riquezas del mundo. Háblame del mensaje y del sello de oro. ¿Rompisteis el lacre?

—Lo hizo Dúrlib con esta daga —explicó Grimpow, sacando el puñal enjoyado de debajo de su jubón—. Contenía unos símbolos que ni Dúrlib ni yo podíamos comprender. Ninguno de los dos sabemos leer ni escribir —dijo sin mentir del todo, pero reservándose para sí el contenido del mensaje que él había conseguido comprender gracias a la piedra del caballero muerto.

Al ver la daga los ojos del viejo monje se agrandaron, como si Grimpow le hablara de algo que él había esperado décadas enteras poder oír.

—Esa daga con el puño incrustado de zafiros y rubíes es sin duda la daga de un caballero del Temple —dijo admirado—. ¿No llevas también el mensaje contigo? —añadió con un grave gesto de expectación en su rostro arrugado.

—Lo dejamos en la alforja junto con el sello de oro.

—No importa, no importa. Todo encaja con la misma precisión con que cada noche aparecen los astros en el firmamento —murmuró para sí.

—¿Cómo decís? —preguntó Grimpow.

—Sólo estaba pensando en voz alta —dijo el hermano Rinaldo abstraído en sus pensamientos.

A Grimpow le sorprendió que el viejo monje no le preguntara por el lugar en que Dúrlib y él habían escondido el tesoro del caballero muerto, y ello le confirmó que no eran las monedas de plata ni las joyas lo que le interesaba.

—¿Y qué me decís de la antigua leyenda que ibais a contarme? —dijo Grimpow para sacarlo de sus cavilaciones.

El hermano Rinaldo cerró los ojos y los mantuvo así durante algunos segundos, como si se dispusiera a entrar en los profundos abismos de su memoria para buscar en ella los lejanos comienzos de la leyenda del secreto de los caballeros templarios. Luego abrió los ojos sin pestañas lentamente.

—Hace ya casi dos siglos, en el año mil ciento dieciocho para ser exactos, nueve caballeros franceses y flamencos que, cansados de la vida caballeresca, habían elegido vestir el hábito de monjes, viajaron hasta Jerusalén y se presentaron ante el rey Balduino II con el propósito de convertirse en protectores de los peregrinos cristianos que, desde la primera cruzada, acudían en masa a Tierra Santa para venerar el sepulcro de Cristo. Allí se hospedaron en el antiguo Templo de Salomón, donde permanecieron largo tiempo dedicados a la meditación y a la oración, aunque según cuenta la leyenda su verdadera misión era descubrir dentro de las ruinas del recinto sagrado un secreto milenario del que hablaban antiquísimos manuscritos hallados por los cruzados después de la conquista de Jerusalén, y que podría otorgar a quienes lo encontraran el poder sobre el mundo, e incluso la inmortalidad. Pasados nueve años desde la llegada de los nueve caballeros al Templo de Salomón, seis de ellos regresaron a Francia llevando consigo una carreta gigantesca, que hizo pensar a muchos que habían cumplido su misión con éxito...

Movido por el interés de la leyenda que el hermano Rinaldo le contaba, Grimpow interrumpió su narración.

—¡Descubrieron el secreto que buscaban? —preguntó.

—Nadie lo supo nunca con certeza, pero muchas voces dijeron entonces que los caballeros del Templo de Salomón habían regresado a Francia llevando con ellos el Arca de la Alianza, a la que la Biblia atribuye un poder sobrenatural, y que una vez allí la escondieron de nuevo a los ojos de la humanidad en algún lugar desconocido. Otros muchos, sin embargo, aseguraban que lo que realmente encontraron los nueve caballeros en los establos del Templo de Salomón fue el Santo Grial.

—¿El Santo Grial?

—El Santo Grial es el cáliz en que Nuestro Señor bebió el Vino durante la Ultima Cena —aclaró—. Decían que ese fabuloso recipiente poseía virtudes maravillosas e inimaginables para los hombres.

—¿Y fue así realmente? —preguntó Grimpow, intuyendo que la piedra que él poseía era algo muy distinto a aquello de lo que el viejo monje le hablaba.

—No lo sé —admitió el monje—. Lo único cierto es que al poco tiempo la Orden del Temple estaba integrada por miles de monjes soldado, y se extendió rápidamente por todos los reinos de Europa, estableciendo en cada uno de ellos multitud de encomiendas, capillas y castillos. Tanto poder y riquezas alcanzaron los caballeros templarios que hasta los reyes creyeron que en verdad habían descubierto un tesoro de valor incalculable.

—¿Tan ricos y poderosos eran? —preguntó Grimpow, volviendo a interrumpirlo.

—Más de lo que hubiese llegado nunca a serlo un rey o un emperador —dijo el hermano Rinaldo.

—Entonces, ¿por qué los persiguen ahora?

—Según he sabido por algunos monjes llegados desde París a la abadía, hace seis años el rey de Francia Felipe IV, apodado el Hermoso a pesar de su fealdad y su cara de lechuza, cegado por su codicia y su crueldad, ordenó a sus soldados que hicieran presos a todos los caballeros del Temple que vivían en el reino, con la innoble intención de apoderarse de sus castillos, quitarles sus tesoros y descubrir sus secretos. Cientos de caballeros templarios curtidos en sangrientas batallas fueron encarcelados, humillados y torturados hasta la muerte. Injustamente los acusaron de negar a Cristo, de escupir sobre la cruz y de adorar a un ídolo diabólico al que llamaban Bafomet. Muchos templarios confesaron sus culpas ante la Inquisición bajo terribles tormentos, y luego fueron quemados sin piedad en la hoguera. Hasta el propio papa Clemente V, temeroso de la furia del rey francés, pidió a todos los reyes de la cristiandad que persiguieran a cualquier templario que pudiera esconderse en sus dominios, sin hacer nada por defender a quienes durante casi dos siglos tanto habían ayudado a sus antecesores en las cruzadas de Tierra Santa.

—¿Por eso el inquisidor Búlvar de Góztell perseguía al caballero templario que llegó a estas montañas? —preguntó Grimpow, creyendo haber entendido todo cuanto el viejo monje le relataba, y satisfecho al comprobar que no se había equivocado al revelarle a Dúrlib su presentimiento de que el caballero muerto huía de una hoguera.

—En parte sí, pero, por lo que he oído al fraile dominico Búlvar de Góztell contarle al abad esta noche —dijo el monje removiéndose en el sillón—, el último gran maestre del Temple, Jacques de Molay, que aún continúa preso en la Torre de París junto a otros comendadores de la Orden, confesó a sus verdugos que el secreto que los nueve caballeros descubrieron hace doscientos

años en el Templo de Salomón sólo era conocido por un grupo de sabios al que nadie, ni siquiera él mismo, había llegado a ver nunca.

—¿Y vos pensáis que el caballero desconocido que murió en las montañas, y a quien perseguían el fraile dominico y los soldados del rey, tenía algo que ver con ese secreto? —preguntó Grimpow para aclarar sus ideas.

—El inquisidor Búlvar de Góztell está convencido de que es así —aseguró el hermano Rinaldo—. Y a juzgar por el mensaje cifrado y el sello de oro que tu amigo Dúrlib y tú encontrasteis en la alforja del misterioso caballero de las montañas, tampoco a mí me cabe duda de ello —añadió.

—Pero ¿y si toda esa leyenda es falsa? —inquirió Grimpow, queriendo negarse a admitir que las claves del secreto de los templarios pudieran estar en la alforja que Dúrlib y él habían enterrado junto a la cruz antes de llegar a la abadía.

—Salvo lo del secreto que los nueve caballeros convertidos en monjes soldado descubrieron en el Templo de Salomón hace dos siglos, todo cuanto te he contado es tan cierto como que estamos despiertos a estas horas de la noche. Eso es historia, no una leyenda —dijo.

Entonces se le ocurrió a Grimpow algo en lo que hasta ese momento no había pensado.

—Vos fuisteis un caballero templario antes de recluiros en esta abadía, ¿no es cierto? —aseguró.

El rostro del viejo monje se contrajo en un rictus de inquietud. Sus ojos se achicaron y deslizó la mirada en torno a los manuscritos que se apilaban en los estantes que había a su alrededor.

—Es cierto que hubo un tiempo en que lo fui, pero de eso hace ya tantos años que mi torpe memoria se resiste a recordar por qué dejé de serlo —admitió sin pesadumbre.

—Quizá sea que no os agrada recordar lo que hicisteis entonces —dijo Grimpow.

—Es posible —dijo el monje mirando a Grimpow como si mirara a un profeta.

Grimpow percibió un leve temblor en las manos del hermano Rinaldo, que éste se esforzó en disimular cruzándolas sobre su regazo. Y después de unos segundos de hondo silencio, le contó las peripecias de su vida desde que, siendo apenas un muchacho algo mayor que Grimpow, ingresó en la encomienda que los caballeros del Temple tenían en su pequeña ciudad natal de Metz, en Lorena, al nordeste de Francia, siguiendo las recomendaciones de un tío suyo que era en aquel entonces comendador de la orden. Le dijo que había vivido en Tierra Santa desde que cumpliera los dieciséis años, defendiendo contra los infieles a golpes de espada las fortalezas templarías de Safed, Trípoli, Damasco, Gaza, Galilea, Damieta y Acre, y que había participado en la séptima y octava cruzadas junto al rey de Francia Luis IX, que iba al frente de los ejércitos cristianos y que murió de peste negra a las puertas de la ciudad de

Túnez en el año mil doscientos setenta, junto a otros miembros de la familia real.

—Ese mismo año, hastiado de ver tantos cadáveres, tantos cuerpos mutilados y tanta sangre inútilmente derramada en el nombre de Dios, decidí huir del mundo, de sus crueldades y de sus miserias, y vine a refugiarme en la aislada abadía de Brínkdum, sin más propósito que el de pasar el resto de mis días estudiando los valiosos manuscritos de su inmensa biblioteca. Estos que ves a tu alrededor son los libros prohibidos por la iglesia, y permanecen guardados aquí desde hace siglos, preservados de la mirada curiosa de los monjes —concluyó dejando escapar un suspiro.

—¿Vos los habéis leído todos? —preguntó Grimpow, mirando admirado a su alrededor.

—Todos sin excepción —dijo orgulloso—, y tanta sabiduría encierran que muchas veces yo mismo he llegado a dudar de existencia de Dios.

—No os comprendo —murmuró Grimpow.

—Si la idea de Dios como creador del cielo y de la Tierra nos sirve para explicar todo cuanto nos rodea, se hace difícil creer en Él cuando el cielo y la Tierra pueden llegar a explicarse por sí mismos. Muchos sabios han comenzado a conseguirlo, y sus ingeniosas teorías están en estos libros prodigiosos a los que la Inquisición tacha de herejías. Pero aun admitiendo que Dios existe, no volveré a creer jamás en el Dios guerrero y despiadado al que adoran papas, reyes y emperadores para saciar su codicia —dijo exaltado—. Cuando regresé de Tierra Santa comprobé que muchos frailes pertenecientes a órdenes mendicantes predicaban la caridad y la pobreza, y eran por ello perseguidos y encarcelados. Incluso los primeros caballeros templarios fueron partidarios de cultivar la pobreza y la sabiduría mientras duró su larga estancia de nueve años en Jerusalén, pero la fundación de la orden y el transcurrir del tiempo los fueron convirtiendo en guerreros tan ambiciosos y arrogantes como sus enemigos de ahora. Sólo algunos se mantuvieron fieles a sus principios, y fueron ellos los únicos herederos del secreto de los nueve caballeros del Templo de Salomón. La leyenda que te he contado habla de ese grupo de caballeros templarios, que jamás hizo uso de la espada, como los Elegidos.

—¿Los Elegidos? —preguntó Grimpow, interesado por el nuevo rumbo que cobraba su diálogo con el viejo monje.

—Un Elegido posee la inquietud del aprendizaje y del conocimiento como una fuerza interior capaz de desvelarle la realidad del mundo, para crear los eslabones de una cadena de sabiduría que está fuera y más allá de la humanidad, y que lo conducirá a desvelar el secreto de los sabios. Ese maravilloso tesoro que nadie ha visto aún, y cuyas puertas están cerradas para muchos, sólo es accesible a quienes lo buscan siguiendo los signos y los caminos adecuados.

—¿Vos también buscáis ese tesoro?

—Yo ya estoy demasiado cerca de la muerte para emprender aventuras que son propias de la juventud. Pero tú aún tienes la posibilidad de llegar a desvelar el secreto de los sabios.

—¿Creéis entonces que el caballero templario muerto en las montañas era un Elegido?

—Sin lugar a dudas. Y el destino también te ha elegido a ti —dijo—. Si tú encontraste su cadáver en la nieve, junto al sello y al mensaje que portaba, debes ser tú quien continúe la misión que él tenía encomendada y que no pudo culminar.

Al oír esto Grimpow confirmó sus propios pensamientos cuando en las montañas sintió el cálido tacto de la piedra entre sus dedos. Sabía que él debía proseguir la misión interrumpida tras la desgraciada muerte del caballero templario, pero no tenía idea de cómo hacerlo, más que buscando a Aidor Bílbicum, el destinatario del mensaje del pergamino, en la lejana ciudad de Estrasburgo.

—¿Y qué puedo hacer yo para desvelar ese secreto? —preguntó para salir de su propio aturdimiento.

—En primer lugar tendrás que descifrar el mensaje de la carta lacrada que encontraste junto al cadáver del caballero. Los templarios se servían de la cábala judía y de multitud de lenguajes jeroglíficos o cifrados que sólo los que estaban en posesión de sus claves podían llegar a comprender. Ni siquiera yo, a pesar de haber sido durante muchos años uno de ellos, estoy seguro de poder ayudarte aun teniendo el mensaje lacrado ante mis ojos.

A Grimpow no le cupo duda de la sinceridad que encerraban las palabras del hermano Rinaldo, y decidió corresponderle hablándole del mensaje de la carta lacrada que él había interpretado gracias a la piedra. Pensó que tal vez el viejo monje pudiera ayudarle a averiguar el verdadero significado de aquel texto enigmático que hablaba del cielo, de la oscuridad y de la luz.

—¿Y si os dijera que yo interpreté el mensaje de esa carta lacrada al verlo?

El viejo monje dio un respingo y le miró incrédulo, esperando que Grimpow continuara con sus revelaciones. Pero en vista de su silencio, preguntó en voz baja, temeroso de su respuesta:

—¿Has tenido una visión sobrenatural?

—No sé muy bien lo que es eso —contestó Grimpow—. Pero al mirar los signos extraños del pergamino, los comprendí como si una voz interior me descubriera mágicamente su verdadero significado.

—¡Es prodigioso! —exclamó el hermano Rinaldo pasándose la mano por la frente como si sudara, a pesar del intenso frío que reinaba en la estancia.

—El mensaje lacrado sólo decía: «En el cielo están la oscuridad y la luz. Aidor Bílbicum. Estrasburgo».

Las facciones del viejo monje expresaron su satisfacción al oír las palabras de Grimpow.

—Una contraseña, una persona y una ciudad —murmuró meditabundo.

—¿Y? —inquirió Grimpow, esperando que el hermano Rinaldo le dijera algo más de lo que él mismo ya sabía.

—Todo encaja, todo encaja —dijo simplemente. Luego repitió en voz alta y melodiosa—: En el cielo están la oscuridad y la luz.

—¿Qué creéis que puede significar eso? —preguntó Grimpow.

—En el cielo están la oscuridad y la luz, la noche y el día, las tinieblas y la claridad, la ignorancia y la sabiduría —dijo.

—Yo también pensé en algo parecido.

—Creo que es una clave. Al recibir este mensaje, ese tal Aidor Bílbicum sabría lo que debía hacer. Pero lo que no consigo explicarme aún es cómo tú, un muchacho que ni siquiera sabe leer ni escribir, ha podido descifrar ese enigma.

Y al decir esto se levantó de su asiento, se acercó a uno de los estantes que tenía a su espalda y cogió un grueso manuscrito iluminado. Lo colocó abierto sobre la mesa y acercó el candil encendido hasta que sus páginas adquirieron tintes dorados.

—Acércate —le dijo a Grimpow, expectante.

Grimpow así lo hizo y se situó a su lado, sin dejar de mirar las páginas abiertas del voluminoso libro, en el que un texto escrito en dos columnas bordeaba cuatro círculos iguales, en cada uno de los cuales se representaban escenas de ángeles y monjes pintados con vivos colores azules y rojos, junto a una ciudad amurallada enmarcada en pan de oro.

—¿Puedes comprender lo que dice aquí? —preguntó el viejo monje sin dejar de mirar a los ojos de Grimpow, mientras con su dedo índice señalaba el comienzo del texto, escrito con hermosos caracteres en latín.

—Y la muralla de la ciudad fue construida de jaspe y la propia ciudad de oro puro, semejante al vidrio puro. Las hiladas de murallas de la ciudad fueron adornadas con todo género de piedras preciosas... —comenzó a leer Grimpow, como si el latín fuera la lengua de sus padres y él hubiese aprendido a hablarla desde su nacimiento.

—Es suficiente, es suficiente —murmuró el viejo monje con el rostro visiblemente desfigurado por su propio asombro, al tiempo que un chisporroteo luminoso destellaba en sus ojos.

—Dúrlib está convencido de que todo lo que nos ha ocurrido desde que encontramos en las montañas el cadáver del caballero muerto ha sido obra del mismísimo diablo —comentó Grimpow.

—Cosas extrañas y extraordinarias son las que cuentas, sin duda, y si yo no hubiese visto con mis propios ojos cómo has traducido el texto en latín sin saber leer ni conocer esa antigua lengua, pensaría que sólo son fantasías de ingenuos comediantes y titiriteros. Pero está claro que, se trate de un milagro o de un sortilegio, algo inexplicable ha ocurrido en ti desde que encontraste muerto en las montañas a ese misterioso caballero. Muchos son los que han tachado a los caballeros templarios de magos y hechiceros, asegurando que consiguieron con las malas artes de la magia sus riquezas. Sin embargo, después de todo lo que

me has contado y yo mismo he visto, estoy convencido de que su secreto es algo más fantástico y enigmático que un simple conjuro de brujos.

A Grimpow sólo le faltaba hablarle al hermano Rinaldo del amuleto que el caballero templario tenía en su mano para que conociera con todo detalle lo ocurrido, y le confirmara, como él suponía, que era esa insólita piedra la que obraba en su mente tales prodigios. Pero en ese instante sonaron las campanas de la torre de la abadía llamando al oficio de maitines.

—Debo marcharme ahora, para que ni el abad ni el inquisidor Búlvar de Góztell me echen de menos al ver mi banco vacío en el coro de la iglesia durante la oración —dijo el viejo monje.

Se retiró de la mesa, y Grimpow vio que hurgaba con sus manos en uno de los anaqueles cercanos, y luego en otro, hasta que de súbito uno de los estantes repletos de libros giró sobre el suelo y dejó abierto frente a ellos un hueco tan oscuro como la noche.

—¿Volveréis pronto? —preguntó cuando el viejo monje se disponía a cruzar al otro lado de lo que Grimpow supuso que era alguna de las salas de la verdadera biblioteca.

—Te veré de nuevo después de la hora prima, una vez que amanezca. Intentaré traerte algo de comer y alguna noticia de tu amigo Dúrlib —dijo deteniéndose bajo el dintel que formaban los estantes más altos.

—Olvidáis el candil —le advirtió Grimpow antes de que se marchara.

Pero el viejo monje se giró sobre sus pasos y salió de la estancia secreta.

—Mis ojos están acostumbrados a ver en las tinieblas.

Su frágil imagen de anciano algo encorvado se perdió en la oscuridad, y al poco un sonido sordo volvió a cerrar el estante abierto, dejando sumido a Grimpow en la más completa soledad.

La cuadratura del círculo

Cuando al día siguiente despertó, Grimpow nada deseaba más que tener noticias de Dúrlib. Se había pasado casi toda la noche en vela, tiritando de frío sobre el incómodo e improvisado lecho que, después de apagar las lámparas colgantes y dejar encendida en un rincón la diminuta luz del candil para no quedarse completamente a oscuras, preparó sobre la mesa de aquella estancia envuelta en libros y penumbras. No dejaba de pensar en todo lo que el hermano Rinaldo le había contado sobre los caballeros templarios y su secreto, y temió que también a Dúrlib lo castigaran con terribles tormentos para hacerle confesar cuanto supiera sobre el caballero muerto en las montañas. Le parecía claro que si Búlvar de Góztell había encontrado el caballo del templario en la zona más baja del valle y había visto las monedas que Dúrlib le entregara al abad, no tendría la menor duda de que el fugitivo del Temple había estado en contacto con ellos, y que algo sabrían sobre él y su paradero. Pero sobre lo que Grimpow no tenía ninguna certeza era si el fraile dominico conocía también su presencia en la abadía. Al parecer, el abad sólo le había hablado de Dúrlib, para protegerlo a él de las temibles garras del inquisidor de Lyon.

Salió de dudas pasadas algunas horas, mucho después de que sonaran las campanas de la torre y los monjes acudieran al primer culto del día. Pero para su sorpresa no fue el hermano Rinaldo quien fue a verle como le había prometido. Al oír el ruido de la pared de roca girando al fondo de la trampilla supo que alguien entraba por el hueco rodeado de calaveras que él ya conocía. Sacó la daga de su cintura y se puso alerta, temeroso de que fueran el inquisidor Búlvar de Góztell y sus esbirros quienes iban a buscarle. Contuvo el aliento mientras unos pasos lentos ascendían por la escalera de caracol, y suspiró aliviado al ver que quien alzaba la trampilla dejando ver la mitad de su cuerpo de gigante era Kense, el criado algo retrasado de la abadía. Sin acabar de entrar en la estancia, Kense se quedó inmóvil, mirando a Grimpow como un búho que escudriña en la oscuridad para cerciorarse de que ha visto al pequeño roedor que buscaba. Luego sacó de una talega un odre con agua, un pedazo de pan,

una longaniza y un par de manzanas dulces, que depositó sobre el suelo. Y, sin más palabras, cerró de nuevo la trampilla sobre su cabeza y desapareció escaleras abajo con la misma lentitud con que había llegado.

Atormentado por la sed, Grimpow bebió agua del odre de cuero hasta saciarse. Luego llevó la comida a la mesa que le había servido de lecho durante la noche y devoró el pan, la longaniza y las manzanas como si fueran los más exquisitos manjares que hubiese degustado nunca.

La falta de luz natural en aquel habitáculo cerrado le impedía saber cómo avanzaba el nuevo día, aunque supuso que ya hacía tiempo que había amanecido. Con un cabo de vela volvió a encender las lámparas que colgaban del techo y se entretuvo curioseando entre los títulos de los manuscritos que atesoraba aquella habitación secreta. Comprobó que podía leerlos todos sin dificultad a pesar de que estaban escritos en latín, griego, hebreo y árabe, pero ya no se asombró de ese hecho prodigioso, tan natural para él desde que tocara la piedra del caballero muerto. Muchos libros sólo tenían textos escritos con delicadas y pulcras caligrafías, pero otros estaban iluminados con preciosas miniaturas adornadas con motivos vegetales de vivos colores y abundante pan de oro. Había manuscritos sobre filosofía, astronomía y astrología, sobre anatomía y medicina, sobre hierbas curativas, venenos, pócimas y conjuros, sobre magia, hechizos y brujería, sobre bestias, monstruos, demonios, animales fantásticos y territorios lejanos y exóticos, sobre geometría, aritmética y mineralogía, sobre física y alquimia. Grimpow se sintió fascinado al poder tocar y leer aquellas joyas de la sabiduría tan misteriosas como antiguas, pues la mayoría de ellas habían sido escritas hacía cientos de años, y procedían de los más diversos lugares del mundo conocido.

Se recreaba en la contemplación de una lámina que representaba la forma circular de las órbitas planetarias en los cielos celestes, dibujada hacía casi mil años por un sabio llamado Leaffhar Solabba, cuando oyó un ruido al otro lado de los anaqueles repletos de libros, y al momento se abrió el mismo estante por el que la noche anterior saliera el hermano Rinaldo hacia las salas contiguas de la biblioteca. Al ver entrar en la sala secreta al viejo monje, Grimpow cerró el manuscrito y, deseoso de oír sus noticias, le preguntó sin preámbulos qué sabía de Dúrlib.

—Ese amigo tuyo es más astuto que un zorro acorralado —soltó el hermano Rinaldo con una sonrisa, volviendo a cerrar tras de sí el estante abierto.

—¿Ha conseguido escapar? —preguntó Grimpow, ansioso por oír su respuesta.

—Aún no, pero estoy seguro de que pronto lo conseguirá. Cuando los soldados del rey le detuvieron anoche en los establos de la abadía mientras conversaba con el monje encargado de las caballerizas, se mostró tan dócil y servicial que el mismo Búlvar de Góztell creyó encontrar en él a su mejor aliado para detener al caballero templario que persigue, sin saber que ya está muerto.

—¿No lo han maltratado entonces? —quiso saber Grimpow, expresando su alivio con un suspiro.

—De momento se ha librado hábilmente del martirio. Dúrlib le dijo al fraile dominico que, en efecto, en la mañana de ayer se había encontrado cerca de su cabaña con un caballero sin cabalgadura que parecía haberse extraviado en las montañas a causa de la niebla. Le detalló los rasgos y la vestimenta del hombre desconocido y le explicó que conversó con él sobre el motivo de su viaje, diciéndole el caballero que se dirigía hacia el norte por un asunto urgente que no admitía demora. Dúrlib le aseguró al inquisidor de Lyon que le habló al caballero de la cercanía de la abadía de Brínkdum, sugiriéndole que en ella podría proveerse sin dificultad de una cabalgadura y de provisiones para su largo viaje, a lo que el caballero le respondió que estaba cansado y que la caída del caballo le había hecho daño en alguna costilla, por lo que le rogó a Dúrlib, después de entregarle algunas monedas de plata, que fuera él quien se acercara hasta la abadía y adquiriera un par de caballos para continuar su viaje, ofreciéndole además la posibilidad de acompañarlo como su sirviente, si así lo deseaba a su regreso.

—¡Entonces Dúrlib convenció al inquisidor Búlvar de Góztell de que el caballero templario aún vive! —exclamó Grimpow.

—Le aseguró sin ninguna duda que encontraría al caballero que perseguía tumbado en el jergón de su cabaña, esperando a que él regresara con los caballos y las provisiones, y se ofreció él mismo a conducir al fraile dominico y a los soldados del rey hasta las montañas, insistiendo en que no había rincón donde pudiera esconderse el caballero proscrito que Dúrlib conociera. El inquisidor, seducido por la idea de poder apresar al templario huido como si fuese una alimaña caída en una trampa, ordenó a Dúrlib que durmiera esa noche junto a los soldados en la sala de huéspedes nobles de la abadía, indicándole que esta misma mañana partirían hacia las montañas para capturar sin demora ni piedad a su valiosa presa.

—¿Y han partido ya camino de la cabaña?

—Hace apenas un rato que lo hicieron, y yo mismo les vi partir desde las caballerizas, encabezando Dúrlib la escolta con la arrogancia de un guía pendenciero —dijo sonriendo.

—Entonces estoy seguro de que Dúrlib sabrá darles esquinazo en cualquier recodo del tortuoso sendero que lleva hasta las montañas —afirmó Grimpow, convencido de la destreza de Dúrlib para escapar de la vigilancia de los soldados en un territorio nevado e inhóspito que él conocía como la palma de su mano.

—Búlvar de Góztell ha podido pecar de ingenuo al creerse la historia inventada por tu amigo, pero no es tan incauto como para permitir que Dúrlib pueda escaparse tan pronto se vea libre en campo abierto, así que le ha atado ambas manos a la espalda con unas ligaduras de cuero.

—¿Le visteis vos?

—Le vi, y, a pesar de cabalgar atado, tu amigo silbaba de contento como si le condujeran al banquete de bodas de un monarca y él portara las arras de la ceremonia.

Saber que Dúrlib se dirigía a las montañas le tranquilizó, pues Grimpow no dudaba de que aprovecharía la menor oportunidad para escapar de sus captores y regresar luego a buscarlo a la abadía, pero también le preocupaba qué podía saber el inquisidor Búlvar de Góztell sobre él, si es que sabía algo.

—¿Creéis que también el fraile dominico me buscará a mí?

—Ni siquiera sabe que estás aquí, pues el abad sólo le habló de Dúrlib para no involucrarte a ti en el asunto de las monedas de plata del caballero templario, y tu amigo tampoco le ha dicho nada al fraile sobre tu presencia en la abadía —explicó el hermano Rinaldo.

—Entonces, ¿tendré que permanecer encerrado aquí mucho más tiempo? —preguntó Grimpow, mirando alrededor para expresar sus ansias por salir de aquella estancia cerrada lo antes posible, liberándose de la claustrofobia que sentía.

—Al menos hasta que Búlvar de Góztell y los soldados del rey se marchen de la abadía. Antes del mediodía enviaré a Kense con un jergón de paja y algunas mantas de lana para que tu estancia aquí sea lo más grata posible.

—¿Es de fiar ese sirviente huraño? —preguntó Grimpow, receloso del gigantón que acababa de traerle la comida.

—Ese pobre diablo daría la vida por mí sin que yo se la pidiese. Cuando era apenas un muchacho, el abad lo encontró moribundo en un cementerio abandonado y lo trajo a la abadía para curarlo de la rara enfermedad que padecía. Desde entonces vive aquí, como criado personal del abad.

—¿Y qué ocurrirá cuando el fraile dominico descubra que Dúrlib se ha burlado de él? —inquirió Grimpow, volviendo al punto que más le interesaba.

—Si Dúrlib aún está en su poder cuando eso ocurra le arrancará la piel a tiras lentamente, y luego lo descuartizará y echará los pedazos de su cuerpo a la marranera para que lo devoren los cerdos. Espero que consiga huir antes de que tenga que contarle al inquisidor la verdad sobre lo ocurrido con el caballero templario en las montañas. Si le hablara de su muerte y de la desaparición del cadáver sobre la nieve, pensaría que se está riendo de él delante de sus mismas narices.

—¡Pero eso fue lo que realmente pasó! —exclamó Grimpow.

—¿Y supones que alguien podría creer eso?

—Vos lo habéis creído.

—Yo te he creído a ti, pero Búlvar de Góztell no creería en la desaparición de un cadáver ni aunque lo hubiese visto con sus propios ojos. Esta mañana, durante el desayuno en el refectorio, el hermano Ássben me dijo que conoció a ese fraile dominico hacía algunos años en la ciudad de Vienne, cercana a Lyon, y hace apenas un momento, en el *scriptorium*, me confesó que el inquisidor había sido un espía del rey de Francia infiltrado entre los caballeros del Temple

en Tierra Santa, para averiguar sus ritos de iniciación y sus secretos. Al parecer, Búlvar de Góztell fue uno de los más cercanos colaboradores del último gran maestre Jacques de Molay al que terminó traicionando tras su regreso a París, acusándolo de hereje. Búlvar de Góztell ingresó entonces como inquisidor en la Orden de los Dominicos, y se dedico en cuerpo y alma a perseguir a los templarios que consiguieron escapar de los esbirros del rey de Francia, muchos de los cuales huyeron al otro lado de las fronteras del norte, en Alemania, y se refugiaron en los castillos del Círculo de Piedra, bajo la protección del duque Gulf de Östemberg y de sus fieles caballeros.

La aparición de nuevos hechos y personajes en el relato del hermano Rinaldo avivó el interés de Grimpow por seguir oyendo sus palabras.

—Nunca oí hablar de esos castillos —dijo.

—Por lo que yo sé, aunque jamás llegué a verlo —continuó el viejo monje—, el Círculo de Piedra está formado por ocho pequeños castillos, edificados muy cerca unos de otros en las cimas de unos cerros rocosos e inaccesibles, que rodean en una línea imaginaria perfectamente circular la fortaleza del duque Gulf de Östemberg, ubicada a su vez sobre una elevada e inexpugnable cresta de roca en el centro mismo de la circunferencia...

El hermano Rinaldo le explicó entonces que esa formación circular de las defensas permitía la rápida ayuda de un castillo a otro en tiempos de guerra, y hacía sumamente difíciles los asedios de los asaltantes, pues, a los inconvenientes propios de la orografía del terreno sobre el que se alzaban, se unía la circunstancia de que el ejército sitiador de un castillo quedaba a su vez rodeado por los castillos restantes, incluida la fortaleza del duque de Östemberg, convirtiéndose así en víctima de su propio ataque. A esas complejidades se sumaban un sinfín de pasadizos en las rocas, y un intrincado laberinto de túneles y galerías subterráneos que comunicaban unos castillos con otros, y que permitían a los asediados eludir y burlar a los atacantes como un conejo escapa de los zorros por los muchos agujeros de su madriguera. El diseño circular de la ubicación de los castillos había sido sugerido a los antepasados duque Gulf de Östemberg por un gran sabio, en una época de frecuentes guerras fronterizas con sus vecinos del sur, codiciaban apoderarse de aquellos prósperos territorios atraídos por la fertilidad de sus tierras y por sus riquezas. Desde entonces, todos los sucesores del duque Gulf de Östemberg fueron educados por sabios caballeros templarios, convirtiéndose en sus mejores consejeros y aliados. Según cuentan, un sabio antepasado del duque Gulf apenas era un niño cuando realizaba complicados cálculos matemáticos, resolvía difíciles teoremas geométricos o situaba con precisión las constelaciones en el cielo. La primera espada que le regaló su padre, y los manuscritos que rebosaban en el reservado laboratorio del sabio que tuvo como maestro, fueron los mejores compañeros de su infancia, y pronto comenzó él mismo a elaborar sus propias teorías sobre el álgebra de los polinomios y las ecuaciones. También componía poemas, conocía el lenguaje de los jeroglíficos, y

a la edad de veinte años llegó a construir en el castillo de su padre, para asombro de todos, un observatorio astronómico en el que él y su maestro se pasaban largas noches sin dormir, contemplando maravillados el universo.

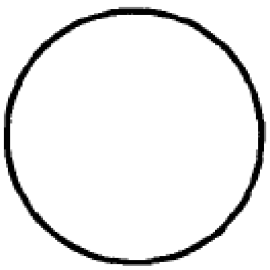
—¿El duque Gulf de Östemberg también es un Elegido? —preguntó Grimpow, recordando lo que el hermano Rinaldo le había dicho la noche anterior sobre los sabios conocedores del secreto que los nueve monjes templarios habían descubierto dos siglos atrás en el Templo de Salomón de Jerusalén.

—Eso nadie lo sabe, pero todos sus vasallos lo tienen por un gran sabio. Y aunque nunca perteneció a la Orden del Temple, al menos oficialmente, debía de estar muy vinculado a ella por haber sido su tutor un caballero templario, y por la forma circular de la línea imaginaria que une sus castillos.

—¿Y qué relación guardan los castillos del Círculo de Piedra con los caballeros templarios? —preguntó Grimpow, interesado por averiguar cuánto pudiera sobre la insólita piedra que él mismo poseía entonces, y que antes había pertenecido al caballero muerto en las montañas.

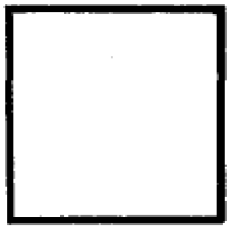
—Te lo mostraré gráficamente.

El viejo monje se acercó a un pequeño escritorio situado en una esquina de la sala cerrada y se sentó en él. Cogió una pluma de ave, la empapó en un tintero y con el canto de su mano izquierda alisó un trozo de pergamino sin usar, que estaba extendido sobre el pupitre. Grimpow se acercó al hermano Rinaldo y observó con curiosidad los lentos movimientos de su mano, que, a pesar de un leve temblor, trazaba sobre el pergamino una circunferencia perfecta.



—El círculo —comenzó a decir el viejo monje con solemnidad— es una de las formas geométricas que encierra mayores enigmas. La continuidad de su línea infinita representa la perfección y la eternidad sin principio ni fin que sólo puede hallarse en el cielo. Incluso la Luna llena y el Sol poniente tienen forma circular, como todos los astros del universo.

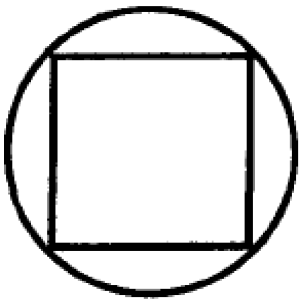
Luego el viejo monje hizo una pausa y dibujó bajo el círculo un cuadrado del mismo tamaño.



—Y si el cielo es el círculo...

—La Tierra es el cuadrado —lo interrumpió Grimpow, sin saber muy bien por qué hizo esa afirmación.

—En efecto —continuó el hermano Rinaldo, mirando a Grimpow a los ojos con contenida admiración—, si el cielo infinito está representado por el círculo, la finitud de la Tierra está simbolizada en el cuadrado, que es la forma geométrica opuesta y limitada. No es casualidad que los cuatro lados iguales del cuadrado se correspondan con los cuatro puntos cardinales: norte, sur, este y oeste; con las cuatro estaciones del año: primavera, verano, otoño e invierno, y con los cuatro elementos esenciales de la naturaleza: agua, tierra, aire y fuego. Además, el cuadrado, que es la Tierra, puede contenerse en el círculo, que es el cielo, compartiendo ambos el mismo centro cósmico. Y al decir esto dibujó con precisión un círculo y en su interior un cuadrado, de manera que el centro del círculo fuese también el centro del cuadrado.

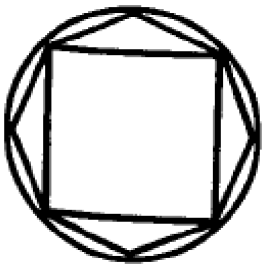


—De esta forma, el cielo y la Tierra forman un todo dual cuya fusión última es tan imposible como la cuadratura del círculo, en cuyo vano intento de transformación han fracasado todos los que pusieron su empeño en convertir el círculo y el cuadrado en una sola forma geométrica, porque ello sería tanto como unir la Tierra con el cielo y al hombre con Dios —dijo el hermano Rinaldo, satisfecho con la expectación creada en Grimpow, y esperando a que él le alentase a proseguir con su gráfica explicación del origen templario de los castillos del Círculo de Piedra.

—Por vuestras palabras me ha parecido entender que los ocho castillos del Círculo de Piedra simbolizan la perfecta combinación entre lo celeste y lo terrenal, entre lo divino y lo humano. Sin embargo, habéis asegurado que la cuadratura del círculo es imposible, y en el dibujo anterior en que habéis representado la integración de la Tierra en el cielo, es decir, la integración del

cuadrado en el círculo, sólo se producen cuatro puntos de unión entre uno y otro, y no ocho, como tendrían que resultar, al ser ocho los castillos del Círculo de Piedra que rodean el centro común en el que se sitúa la fortaleza del duque Gulf de Östemberg.

—Así es, Grimpow, pero ahora observa esto —dijo el viejo monje, y comenzó a dibujar de nuevo un círculo y un cuadrado en su interior, que luego completó con un octógono situado entre las líneas del círculo y del cuadrado.



Luego añadió complacido:

—Como tú mismo puedes comprobar ahora, si intentamos cuadrar el círculo aproximándolo en su forma al cuadrado, lo que obtenemos es una nueva figura geométrica de ocho lados iguales cuyo centro comparte con el círculo y el cuadrado. El octógono, como los ocho castillos del Círculo de Piedra, representa así la perfecta armonía entre el cielo y la Tierra, la equilibrada unión entre lo divino y lo humano, la complementariedad entre el espíritu y la materia, entre el alma y el cuerpo, entre lo invisible y lo visible.

—¡Entre la oscuridad y la luz! —dijo Grimpow de súbito acordándose del texto escrito con signos en el mensaje que el caballero muerto llevaba en su alforja.

—Ésa es sin duda la clave del mensaje, Grimpow, y por eso no me cabe ninguna duda sobre su origen templario —afirmó el hermano Rinaldo, pero Grimpow dudaba de que fuese así exactamente.

—¿Y cómo conseguisteis vos desvelar el confuso enigma del significado del octógono y de los ocho castillos del Círculo de Piedra? —preguntó Grimpow, sin retirar sus ojos de la figura geométrica dibujada entre el círculo y el cuadrado.

—Lo averigüé después de leer algunos manuscritos en esta sala secreta. Siempre me había llamado la atención la forma octogonal de muchas torres y capillas de la Orden del Temple, y quise saber cuál podía ser la razón de que la utilizaran en sus construcciones. Luego sólo tuve que aplicar mis propias conclusiones a los ocho castillos del Círculo de Piedra.

—¿Y siendo vos un caballero templario no lo sabíais?

—Un caballero templario como yo, entregado por su juramento a la guerra y a la oración, sólo debía obedecer a lo que se le ordenaba y no hacer preguntas. Tampoco me preocupé por adquirir ningún tipo de conocimiento que no

versara sobre el uso de la lanza, el arco y la espada hasta que llegué a esta abadía.

Mientras hablaba con el viejo monje, Grimpow no dejó de pensar en que la respuesta a todo el misterio al que se enfrentaba desde que había encontrado al caballero muerto en las montañas estuviese probablemente en la piedra que portaba y que ahora él llevaba colgada del cuello. Pensó hablarle de ella al hermano Rinaldo, pero una voz interior y silenciosa le aconsejaba que guardara ese secreto sólo para él, como los nueve caballeros templarios guardaron el secreto descubierto en el Templo de Salomón hacía más de doscientos años.

—¿Y por qué la palabra «piedra» aparece unida al nombre de los castillos del Círculo? —preguntó Grimpow, para intentar conseguir una pista más sobre lo que la piedra que usaba el caballero muerto como amuleto podía significar.

—Eso no lo he pensado nunca. Pero supongo que será por la dureza de las piedras de sus torres y murallas —dijo el viejo monje sin mucho convencimiento.

—Todos los castillos son de piedra —replicó Grimpow ante la simplicidad de ese razonamiento.

—Tienes razón, Grimpow, pero la respuesta a esa pregunta, si es que existe alguna, tendrás que buscarla tú mismo entre los pergaminos y manuscritos prohibidos de esta habitación sin puertas, aprovechando que debes permanecer encerrado en ella durante algún tiempo. En esa estantería que está detrás de ti —dijo poniéndose trabajosamente en pie y señalando con el dedo índice a su espalda— encontrarás multitud de libros que tratan de mineralogía y alquimia, y algunos otros que hablan de la piedra filosofal. Tal vez en ellos encuentres una explicación razonable a tu pregunta. Muchos templarios fueron grandes alquimistas, cuyo difícil arte aprendieron de los árabes después de años de estrecha convivencia con ellos y con sus costumbres en Tierra Santa. Hasta hay quien asegura que fue mediante la transmutación de metales pobres en plata y oro como consiguió la Orden del Temple sus riquezas y tesoros, pero a mí nunca me interesaron esos asuntos, ni llegué a creer en ellos.

—¿Y si fuera ése su secreto? —preguntó Grimpow, movido por la curiosidad que despertó en él oír hablar de la piedra filosofal.

—Entonces no deberías poner ningún empeño en encontrarlo, porque si lo consigues, probablemente ya no desees destruirlo. La tentación del oro es mucho más perversa que la del diablo —dijo con sequedad—. Ahora debo marcharme, pronto será mediodía y no quiero perderme el culto de sexta ni la comida. Volveré cuando regresen el inquisidor Búlvar de Góztell y los soldados del rey de su expedición por las montañas para contarte lo que haya ocurrido con tu amigo Dúrlib.

—¿Prometéis no ocultarme la verdad, por dura que sea? —le rogó Grimpow.

—Yo no te mentiría jamás —balbució el monje—, pero estoy seguro de que tú aún no me has contado toda la verdad sobre lo que sabes.

Grimpow se ruborizó, y miró avergonzado al suelo para eludir la frialdad de los ojos sin pestañas del viejo monje.

—Temo que el hermano Brasgdo pueda emborracharse y le hable al fraile dominico de mi presencia en la abadía. Él también vio al caballero templario cuando se adentraba en las montañas, aunque pensó que se trataba de un fantasma que purgaba sus culpas cabalgando sin destino entre la niebla como un alma en pena —se excusó.

—El hermano Brasgdo sabe contener su lengua cuando teme que se la corten por usarla —dijo el viejo monje, y salió de la estancia sin mirar atrás y riendo a carcajadas.

El criado Kense regresó a mediodía, cargado con un jergón de paja, algunas mantas y abundante comida. Pero como era habitual en él se limitó a dejarlo todo junto a la trampilla sin pronunciar una sola palabra. Grimpow imaginó que si algún fantasma vagaba entre sombras por la abadía, ése sin duda era Kense. Su rostro medio deforme y su boca desdentada le infundían un miedo atroz, aunque sus ojos conservaran aún la expresión de niño triste y desamparado que hacía muchos años impulsara al abad a salvarle la vida. De algún modo, también Grimpow le debía a Dúrlib la suya, aunque, a diferencia de Kense, él no hubiese sido capaz de dar su vida por salvar la de su amigo. Se sintió un cobarde por ello y deseó salir de aquella habitación cerrada para aguardar ante las puertas de la abadía el regreso del inquisidor Búlvar de Góztell, y contarle todo cuanto sabía sobre el caballero muerto en las montañas, ofreciéndole la mágica piedra que poseía a cambio de la libertad de Dúrlib. Inútilmente buscó entre los estantes las palancas ocultas que accionaban la apertura de la puerta invisible por la que entraba y salía el viejo monje hacia las salas contiguas de la biblioteca. Pero en los anaqueles sólo había manuscritos cubiertos de polvo y algunas telas de araña que se pegaron a sus dedos como si hubiese caído en la pegajosa trampa de un monstruo horrible y despiadado que le mostraba unas fauces de tinieblas. Movió de sitio algunos libros, y entonces reparó en el título de un antiguo manuscrito que llamó poderosamente su atención. Estaba escrito en latín, y el texto de la cubierta, desgastada por los años, rezaba así:

LAPIS PHILOSOPHORUM

—¡La piedra filosofal! —exclamó en voz alta.

Olvidó sus temores de antes y, sobre la mesa central de la sala, se dispuso a hojear las páginas de aquel libro inquietante, escrito por un autor desconocido. Grimpow estaba seguro de que en sus gruesas páginas de pergamino encontraría algunas respuestas a sus preguntas sobre el origen de la piedra del caballero muerto, y ardía en deseos de comenzar a desvelar aquel misterio.

Comenzó a leer el libro sin comprender muy bien el sentido de sus palabras, pero a medida que avanzaba en la lectura se iban esbozando en su mente las imágenes de una larga historia tan remota como el tiempo, protagonizada por sabios de épocas pasadas y países lejanos, cuyo mayor empeño fue la búsqueda de la piedra filosofal. Por lo que Grimpow pudo comprender, el manuscrito trataba del arte sagrado de la transmutación de metales en oro llamado alquimia, y explicaba un sinfín de confusos métodos empleados por aquellos sabios para conseguir crear en sus laboratorios la codiciada *lapis philosophorum*, a la que no sólo se le atribuía la virtud de convertir los más pobres minerales en oro puro, sino que también permitía a quien la encontrase alcanzar la total sabiduría y la inmortalidad. Debido a tales portentos, los procesos seguidos por los alquimistas sólo eran accesibles a los iniciados, por revelación del maestro a sus discípulos, para evitar que la piedra filosofal pudiese caer en manos de personajes sin escrúpulos, que usaran su prodigioso poder para enriquecerse y dominar el mundo. Grimpow pensó entonces que, quizá, la piedra que él poseía fuese la piedra filosofal de la que hablaba ese libro, y que los misteriosos caballeros templarios la hubiesen creado en sus laboratorios secretos a partir de algún manuscrito hallado en el Templo de Salomón, siendo por ello codiciada por el Papa y el rey de Francia, para llenar de oro sus arcas vacías y aplastar con sus ejércitos a sus enemigos. Incluso supuso que fue la piedra la que proporcionó a la Orden del Temple sus riquezas, y que el caballero muerto en las montañas tenía como misión esconderla en algún lugar seguro, después de que hubiera sido revelada su existencia por los templarios torturados a manos de los verdugos del rey en sus mazmorras de París, impidiendo así que se apoderaran de la piedra sus perseguidores. Pero Grimpow no podía imaginar entonces cuánto se equivocaba, ni que la mágica piedra que él poseía era mucho más prodigiosa que la piedra filosofal de la que trataba ese manuscrito.

Con estas reflexiones merodeando en su mente pasó el resto de la tarde, convencido de que tenía en su poder una piedra mágica de extraordinario valor, y con la inquietud de saber que esa misma piedra era deseada con una ambición sin límites por los dos hombres más crueles y poderosos de la Tierra.

Algún tiempo después de que sonaran las campanas de la torre de la abadía llamando al culto de vísperas, el hermano Rinaldo de Metz fue a verle a la sala de su cautiverio. Grimpow calculó que ya había anochecido y, por la expresión del rostro el viejo monje, adivinó que no eran gratas las noticias que le traía de Dúrlib. Nada más entrar en la habitación cerrada, el hermano Rinaldo se sentó en un banco junto a la mesa, apoyó los codos sobre ella y dijo con voz sombría:

—Dúrlib no ha regresado a la abadía con Búlvar de Góztell y los soldados del rey.

—¿Lo han matado? —preguntó Grimpow, asustado y entristecido.

El viejo monje movió levemente la cabeza.

—No, pero según le ha contado el fraile dominico al abad, Dúrlib intentó huir lanzándose desde un precipicio al vacío, y murió despeñado sobre las rocas.

—¿Estáis seguro de que ha muerto? —preguntó Grimpow conteniendo el llanto.

—La rabia del inquisidor Búlvar de Góztell por haber sido engañado con una estratagema tan ingenua así parece confirmarlo. Al fraile dominico le hubiese gustado vengarse de tu amigo dándole muerte lentamente con sus propias manos. Probablemente Dúrlib adivinó el final que le aguardaba cuando el inquisidor descubriese su ardid y optó por adelantar el fatal desenlace de la tragedia que había decidido representar para salir con vida de la abadía.

A pesar de la certeza que el malvado inquisidor de Lyon pudiera tener, Grimpow se resistía a aceptar que Dúrlib hubiese muerto. Ninguna habilidad dominaba tanto Dúrlib como la de engañar a sus perseguidores haciéndoles creer lo que a él le convenía. Dúrlib conocía cada recodo del sendero, cada paso estrecho, cada abismo y cada grieta peligrosa oculta bajo la nieve, de manera que si había decidido lanzarse al vacío en algún lugar de las montañas habría calculado con precisión su salto para caer sobre alguna repisa de rocas oculta a la vista del inquisidor Búlvar de Góztell y los soldados del rey.

—Es posible que Dúrlib haya huido simulando su propia muerte ante el inquisidor —dijo, queriendo convencerse a sí mismo de sus palabras, pues no olvidaba que Dúrlib llevaba las manos atadas a la espalda y que le habría sido difícil afrontar su nueva situación en las montañas, cualquiera que fuese su estado tras la caída.

—Dios quiera que sea como dices, Grimpow, y que no haya sufrido ninguna herida de la que no pueda recuperarse. Si ha salvado la vida vendrá pronto a buscarte, y si no fuese así le buscaremos nosotros tan pronto comience el deshielo para dar a su cuerpo cristiana sepultura en el cementerio de los sirvientes de la abadía. Ahora sólo nos queda esperar, y desear que Búlvar de Góztell abandone cuanto antes los muros de esta santa casa que, desde que él y los esbirros del rey llegaron, parecen temblar como si se aproximara el fin de los siglos.

—¿Creéis entonces que se marchará pronto?

—Al abad no le ha dicho nada al respecto mientras hablaban en la sala capitular tras su regreso de las montañas, pero no creo que seguir aquí le sea de alguna utilidad, sobre todo si aún está pensando que el caballero templario que perseguía está vivo y continúa su camino hacia las fronteras del norte. Si yo estuviese en su pellejo, pensaría que el proscrito se dirige hacia los castillos del Círculo de Piedra para buscar refugio junto a sus hermanos huidos en la fortaleza del duque Gulf de Östemberg.

Las últimas palabras del hermano Rinaldo reconfortaron a Grimpow, pues no sólo ardía en deseos de salir de su encierro, sino que también existía la posibilidad de que Dúrlib aún estuviese vivo.

—Ya veo que no has perdido el tiempo lamentándote de tu soledad entre estas cuatro paredes —dijo el viejo monje señalando el manuscrito sobre la llamada *lapis philosophorum*, que estaba abierto sobre la mesa—. ¿Has conseguido averiguar algo sobre lo que querías saber? —añadió.

—No exactamente, es un texto muy confuso e intrincado, aunque al menos he aprendido el modo de obtener en un laboratorio la piedra filosofal.

—¿Estás seguro de ello? La alquimia es un arte hermético, y como tal nada en ella es lo que parece.

—Creo que el velo de misterio que envuelve a muchos alquimistas no es más que pura palabrería —dijo Grimpow sin pudor.

—Es cierto que entre los falsos alquimistas abundaron, y aún abundan, los charlatanes, embaucadores, estafadores y bribones de ferias y mercados que ofrecían recetas maravillosas para fabricar oro, muchos de los cuales acabaron en el patíbulo, pagando con su vida su propia ignorancia y atrevimiento, pero algo de verdad hay en el afán de muchos sabios de todos los tiempos por adquirir un conocimiento certero de los secretos que rigen el mundo. Ésos son los verdaderos alquimistas, los que buscan en la piedra filosofal el ideal de la plena sabiduría.

—¿Vos creéis que la piedra filosofal existe realmente? —preguntó Grimpow.

—Muchos textos antiguos hablan del llamado *lapis philosophorum* como una fuerza misteriosa que transforma un metal vulgar en un metal noble como el oro, y por esa razón son muchos los que sueñan con poder fabricarla en su laboratorio a través del adecuado proceso alquímico, pero yo me inclino por pensar que esa transmutación sólo es una alegoría, un símbolo tras el que ocultar su verdadero significado, que no es otro que la búsqueda de la plenitud del conocimiento, como verdadera y primordial esencia del ser humano.

—Entonces, ¿pensáis que la auténtica piedra filosofal no es una piedra? —inquirió Grimpow, deseoso de oír la respuesta del viejo monje, pues su explicación se correspondía perfectamente con lo que él mismo había presentido desde que Dúrlib le diera el amuleto del caballero muerto en las montañas.

—¿Quién sabe? —dijo el viejo monje alzando su mirada al techo de madera como si quisiera encontrar la respuesta más allá de los tejados de la abadía, adentrándose mentalmente en el infinito cielo de la noche. Luego prosiguió con voz calmada—: Lo único cierto es que ningún sabio, alquimista o no, ha descrito nunca su exacta naturaleza, aunque algunos eruditos del arte de la transmutación afirman que la piedra filosofal es roja como las ascuas del fuego, y reluce en la oscuridad como un astro.

Eso era algo que Grimpow había podido comprobar que ocurría con la piedra, o lo que quiera que fuese el objeto mágico que él guardaba en la bolsita de lino que llevaba oculta, colgada del cuello, así que preguntó:

—¿Vos habéis intentado en alguna ocasión elaborar la piedra filosofal siguiendo las operaciones del proceso alquímico que se describen en este manuscrito? —preguntó, señalando el libro con la mirada.

—No tendría paciencia para soportar una espera tan larga e incierta, a pesar de mi afición por la astrología, para cuya observación es tan necesaria la paciencia como el tiempo —dijo sonriendo—. Pero puedo jurar ante Dios que el hermano Ássben, el monje herbolario, lleva años intentándolo en su pequeño laboratorio de la enfermería, usando todas las fórmulas, recetas y trucos que ha encontrado en estos libros prohibidos. Y desde que yo le conozco, y de eso hace ya muchos años, no ha conseguido obtener más que algunas tinturas de oro que hace siglos ya elaboraban los sacerdotes del antiguo Egipto para sus sepulturas y embalsamamientos, así como algún que otro exquisito licor de hierbas silvestres, que el hermano Brasgdo asegura que es el auténtico elixir de la vida —concluyó entre risas.

—¿Podré hablar con el hermano Ássben cuando salga de aquí?

—Estoy seguro de que se mostrará encantado de tener a un joven y apasionado discípulo como tú con el que compartir sus experimentos en el laboratorio de la enfermería.

Luego el viejo monje activó el mecanismo oculto que abría el estante giratorio y se marchó de la habitación secreta de su biblioteca como un espectro que atraviesa las paredes sin ser visto ni oído.

Un grito en la noche

Grimpow oyó el grito como si fuese el aullido lejano de una bestia inmunda, pero no supo lo que había ocurrido en la abadía hasta que a la mañana siguiente se lo contó el hermano Rinaldo.

Después de que sonaran las campanas de la torre llamando al oficio de maitines, todos los monjes se habían reunido en el coro de la iglesia y aguardaban somnolientos la llegada del abad para entonar el cántico de los salmos. Ante su tardanza, los novicios comenzaron a cruzarse miradas de extrañeza y agitación que no pasaron desapercibidas a los monjes más viejos del monasterio, sumidos como estaban en sus oraciones, o inmersos aún en las profundidades del sueño que acababan de interrumpir en el dormitorio. El hermano Rinaldo se incorporo de su banco para acallar los murmullos crecientes con un gesto de sus manos cuando el grito desgarrado del criado Kense rompió en mil pedazos el silencio de la abadía.

Entre un clamor de voces confusas y alarmadas, todos los monjes abandonaron sus asientos en el coro de la iglesia y corrieron hacia el claustro. Delante de los aposentos del abad encontraron a Kense tirado en el suelo, agitado por brutales convulsiones y con los ojos desorbitados de espanto. El hermano Rinaldo lo sacudió como a un moribundo mientras le preguntaba qué había ocurrido, pero sólo obtuvo como respuesta un balbuceo incomprensible, que se mezclaba con las babas que fluían de la boca desdentada del criado. Un monje joven entró en el gabinete del abad, y al instante volvió a salir con el rostro transfigurado por el miedo.

—¡Han degollado al abad! ¡Han degollado al abad! —gritaba mientras se persignaba como si hubiese visto la cara del mismísimo diablo.

El hermano Ássben entró inmediatamente en el aposento, seguido del hermano Brasgdo y otros monjes de mayor antigüedad, mientras el resto se agolpaba en la puerta, murmurando en voz baja su horror y alzando el cuello para ver mejor la macabra escena del crimen: el abad estaba sentado en la cátedra de su escritorio con la cabeza grotescamente inclinada sobre el hombro

derecho, una mueca de horror en su rostro, y los ojos en blanco perdidos en el infinito. Un corte limpio le abría en dos la garganta, dejando visibles unos colgajos de carne y piel bajo un incesante borboteo de sangre que le empapaba el hábito y goteaba sobre un charco negruzco en el suelo.

El hermano Rinaldo se había entretenido afuera atendiendo las repetidas convulsiones del pobre Kense, y, después de evitar con sus largos dedos que el criado se tragara la lengua a causa de su epilepsia, ordenó a unos sirvientes que se lo llevaran a la enfermería. Luego se abrió paso entre los monjes que taponaban la entrada a los aposentos del abad, y vio cómo el hermano Ássben cerraba los ojos del difunto, trazando con su pulgar una pequeña cruz sobre los párpados. Pensó que aquel crimen abominable no tenía otro móvil que el de sellar la boca del abad para siempre, aunque eso fuese algo que nadie más que él conocía. Desde la llegada del legado del Papa y de los esbirros del rey de Francia a la abadía, el hermano Rinaldo había estado espiando todas sus conversaciones privadas con el abad, sospechando que la visita del inquisidor de Lyon no era casual. Al principio incluso temió que fuese a él a quien buscara el malvado fraile dominico, aunque no fuese su pasado como caballero templario lo que le preocupara, sino las teorías heréticas de los frailes rebeldes y mendicantes que él mismo había defendido en varios libros escritos durante los últimos años en la abadía. Pero ahora no tenía ninguna duda de quién había sido el asesino del abad, ni de que lo habían degollado sin piedad para que no pudiese contar a nadie las intenciones del Papa y del rey de Francia de apoderarse del secreto de los sabios.

Al poco llegó hasta los aposentos del abad el fraile dominico Búlvar de Góztell, acompañado por los soldados del rey. Los monjes se apartaron al oír el sonido metálico de sus pisadas bajo la oscura arquería del claustro, y entonaron un canto fúnebre por el alma del hermano asesinado, que se oyó como un susurro de dioses en medio de la noche.

—Quienquiera que sea el que ha hecho esto sabe manejar con destreza una daga árabe —dijo el inquisidor después de contemplar con frialdad e indiferencia el cuello degollado del abad, al tiempo que miraba a su alrededor como si esperase encontrar entre los monjes presentes al homicida.

—¿Cómo podéis estar tan seguro de que ha sido con una daga árabe, y no con un puñal cristiano, con lo que el asesino ha degollado al abad? —preguntó el hermano Rinaldo.

—Si hubieseis estado alguna vez luchando en Tierra Santa sabríais tan bien como yo cómo degüellan los infieles a los cristianos.

El viejo monje conocía muy bien la crueldad con que los cristianos y los musulmanes se mataban unos a otros en nombre de la bondad de Dios, pero no dijo nada sobre sus dramáticas vivencias en las cruzadas.

—¿Insinuáis que al abad lo ha degollado un monje de esta abadía con la daga de un infiel? —preguntó.

—Muchos cruzados, entre ellos los monjes soldado de la Orden del Temple, aprendieron a matar a sus enemigos degollándolos como lo hacían los temibles guerreros musulmanes de la secta de los ashashins, a los que les bastaba con un solo golpe de sus afiladas dagas para rebanarle el pescuezo a un caballero cristiano.

El hermano Rinaldo no se amedrentó ante la arrogancia de Búlvar de Góztell.

—Entonces no busquéis al asesino entre nosotros, sino entre las gentes de armas —le espetó—. ¿Qué razón podríamos tener para matar a nuestro mejor hermano? —añadió desafiante.

—La misma razón que tuvo Caín para matar a Abel —respondió el fraile dominico, conteniendo su ira y fingiendo una bondad de la que carecía—. Pero no os inquietéis, el abad me advirtió que había visto merodeando por los alrededores de la abadía al mismo fugitivo templario que venimos siguiendo desde Lyon, y sobre él recaen mis sospechas de este crimen. La limpieza de ese corte en el cuello del abad —dijo señalando la herida abierta— no deja ningún lugar para la duda.

—En esta abadía no ha entrado nadie después de que al anochecer lo hicierais vos y los soldados que os acompañan —dijo el viejo monje.

—Supongo que no ignoráis que esos templarios han sido declarados herejes y proscritos por el propio papa Clemente, y que su perversa alianza con el Maligno les permite utilizar hechizos de brujos y nigromantes para aparecer y desaparecer a su antojo, traspasar paredes y muros, hacer enmudecer a las gentes y hablar a los animales, convertir en joven al anciano y al hombre en mujer, conversar con el diablo y entrar y salir del infierno como entraban y salían de sus encomiendas y fortalezas.

—Entonces, ¿cómo pretendéis apresar a ese templario huido, si habláis de él como si fuese el mismísimo Satanás convertido en hombre?

—Para su desgracia, la magia negra de sus poderes es tan fugaz como el brillo de algunas estrellas en el firmamento, y por eso no pueden huir ni esconderse eternamente. Os aseguro que atraparé a ese templario asesino aunque para ello tenga que remover el cielo y la Tierra. Ahora, como hermano más cercano al abad, deberíais ocuparos de que trasladen el cadáver a la iglesia, y de que los monjes recen por la salvación de su alma durante toda la noche, antes de darle mañana cristiana sepultura. Yo partiré al amanecer tras las huellas del proscrito, y no detendré el galopar de mi caballo hasta que le haya dado alcance —dijo malhumorado.

Los monjes regresaron cabizbajos y asustados al coro de la iglesia entonando un responso a media voz, mientras el hermano Brasgdo y el hermano Ássben, ayudados por dos criados que trajeron unas parihuelas, trasladaban el cuerpo del abad a la enfermería para amortajarlo.

Sería poco después del alba cuando el hermano Rinaldo fue a buscar a Grimpow a la sala secreta de la biblioteca para contarle lo sucedido en la abadía durante la noche. Luego alegró la expresión de sus ojos sin pestañas y le dijo que ya podía salir sin temor de su escondrijo.

—¿Se han marchado ya el inquisidor Búlvar de Góztell y los soldados del rey? —preguntó Grimpow sin poder creerse que fuera cierto lo que el monje bibliotecario le decía.

—Antes de la aurora ya preparaban sus monturas en las caballerizas, y partieron camino de Úllpens con las primeras luces del día. El fraile dominico ni siquiera quiso esperar a que enterrásemos al abad después del culto de tercia.

Aunque apenado por la incierta suerte de Dúrlib y la terrible muerte del abad, Grimpow supo que su ánimo recobraba el cálido aliento de la existencia tan pronto sintió en el rostro la caricia de la brisa helada del valle, que se colaba por las ventanas abiertas de la biblioteca. Muy pronto, su libertad recién recuperada le permitiría averiguar algo que le rondaba en la cabeza desde que el hermano Rinaldo le dijera que Dúrlib se había lanzado a un precipicio para huir del inquisidor Búlvar de Góztell, encontrando la muerte en su desesperado intento de volver a ser libre en sus montañas. Pensaba que si Dúrlib hubiese tenido la fortuna de salir ileso de su salto al vacío, a buen seguro habría regresado hasta la cruz que señalaba el camino a la abadía, donde enterraron la alforja del caballero muerto. Así que se propuso bajar hasta la cruz del camino a la menor oportunidad que tuviese de salir de la abadía sin levantar sospechas para comprobar si Dúrlib había recuperado la alforja que contenía su pequeño tesoro, el mensaje lacrado y el sello de oro.

Cruzaron varias salas de la biblioteca forradas de libros y avanzaron por un corredor amplio y luminoso, cuyos grandes arcos abiertos al claustro permitían ver un cielo agrisado y turbio. No nevaba, pero el intenso frío despabiló a Grimpow como si se hubiese lavado la cara en un estanque de hielo. Bajaron hasta el claustro y se encaminaron a la iglesia siguiendo el mismo recorrido que Dúrlib y él siguieron cuando acompañaron al abad hasta sus aposentos la noche de su llegada a la abadía. Grimpow imaginó por un momento la sangre del abad salpicada en los muros y en el suelo de su gabinete, y sintió un profundo estremecimiento. Hasta llegó a pensar otra vez que la mágica piedra del caballero muerto no fuese la llamada *lapis philosophorum* de la que trataba el manuscrito que había leído en la sala secreta de la biblioteca, sino un amuleto diabólico como Dúrlib le había sugerido, y por cuyo maleficio ya habían muerto dos seres inocentes. Sin embargo, muy pronto comprobaría que también en esto se equivocaba.

En la iglesia todo estaba preparado para el funeral del abad. Los cánticos de los monjes sonaban entre las naves del templo como el rumor melancólico de un coro de ángeles, y por las vidrieras de colores se filtraba una luz apacible que lanzaba difusos destellos sobre el cadavérico rostro del difunto, cuyo cuerpo, vestido con el hábito pardo y el cíngulo blanco de su orden religiosa,

yacía extendido con las manos juntas sobre un catafalco de madera, situado ante el altar. Tenía los ojos cerrados, pero a pesar de los esfuerzos del hermano Ássben por disimular con un maquillaje de su invención los vestigios del horror que aún impregnaban el rostro del abad, Grimpow pudo ver la tersa y pálida piel de su cara momificada y la mueca forzada de su boca, torcida hacia un lado en un extravagante gesto de burla, de tragedia o de aflicción. Cuatro grandes cirios ardían sobre altos candelabros de bronce colocados en cada uno de los ángulos de la capilla ardiente, y un penetrante olor a incienso flotaba bajo las bóvedas de la iglesia como una bruma invisible y perfumada.

Se sentó junto a los sirvientes de la abadía y oyó con sincera devoción la misa de réquiem por el alma del abad asesinado, que Grimpow también dedicó en sus adentros a la salvación de su querido amigo Dúrlib, por si era el caso que hubiese muerto despeñado como aseguraba el fraile dominico. Supuso que si no era así tampoco habrían de causarle daño alguno unos cánticos tan dulces y hermosos como los que entonaban los monjes.

—*Requiem aeternam dona ei, Domine*... —dijo el hermano Rinaldo al concluir la ceremonia.

Terminado el funeral, cuatro robustos sirvientes cogieron a hombros el catafalco y, seguidos por una doble hilera de monjes encapuchados que portaban gruesas velas encendidas en sus manos, el cortejo fúnebre comenzó a caminar hacia el cementerio de la abadía sin que cesaran los cantos y los rezos. De la iglesia salieron en procesión hasta el patio, y accedieron al estrecho y largo pasillo abovedado que conducía hasta el claustro. Luego entraron en la sala capitular, donde un monje con marcadas ojeras y una nariz prominente y redonda volvió a esparcir agua bendita sobre el cuerpo sin vida del abad, mientras recitaba una breve y dulce plegaria. Desde allí continuaron en completo silencio por otra galería del claustro, entraron en un pasadizo que Grimpow no conocía y, tras pasar por unas lóbregas dependencias iluminadas por antorchas, llegaron a un amplio jardín sembrado de tumbas y cruces, situado tras el ábside de la iglesia. Dos criados provistos con una pala aguardaban junto a un agujero excavado en la tierra. Los monjes se detuvieron formando un círculo deslavazado mientras los sirvientes que portaban el catafalco lo depositaron sobre el suelo. Luego colocaron el cuerpo sin vida del abad dentro de la tumba, y la cubrieron de tierra hasta dar forma a un pequeño túmulo presidido por una cruz de hierro. Algunos copos caían con lentitud de un cielo que comenzaba a ensombrecerse, anunciando que una fuerte tempestad de viento y nieve se aproximaba a las montañas.

Mientras los monjes regresaban en silencio a sus quehaceres, el hermano Rinaldo y el hermano Ássben, el monje herbolario, se quedaron paseando entre las tumbas del cementerio y los altos cipreses que las rodeaban. Grimpow se quedó cerca de ellos, atento a lo que hablaban.

—No sabía que un caballero de la proscrita Orden del Temple anduviese por el valle camino de las montañas —dijo el hermano herbolario, un monje bajito y delgado, de piel blanca y brillante como su cráneo afeitado, y a quien la tonsura que le bordeaba la cabeza y su nariz afilada le daban un aire de bufón bondadoso y risueño.

—Ningún monje lo sabía. Y estoy convencido de que ni siquiera el abad tenía noticias de ello.

—Pero Búlvar de Góztell aseguró anoche que el abad había visto al templario huido merodeando por los alrededores de la abadía.

—¿De verdad llegaste a creer la patraña del inquisidor de Lyon? —dijo el hermano Rinaldo mientras caminaba con lentitud sobre el delgado manto de nieve que cubría el cementerio.

—¿Y quién si no podría haber degollado anoche al abad? —contestó el hermano Ássben con otra interrogación.

—Pregúntate mejor qué podía saber el abad para que le asesinaran.

—No te entiendo —dijo el monje herbolario deteniendo sus pasos.

—Búlvar de Góztell, el que ahora es fraile dominico e inquisidor de Lyon, y al que tú mismo conociste hace años en Vienne como novicio, habló en privado con el abad en sus aposentos la noche de su llegada a la abadía, y le explicó los importantes motivos por los que perseguía sin descanso al templario huido.

—¿Qué motivos podría tener para apresarlo que no fuesen los mismos que en los últimos años han llevado a las mazmorras, al martirio y a la hoguera a cientos de caballeros del Temple? —preguntó el monje herbolario.

—Apoderarse de sus secretos y tesoros —murmuró el viejo monje, mirando disimuladamente a su alrededor como si alguien pudiese oír lo que hablaban.

—El rey de Francia ya se apoderó hace tiempo de las arcas repletas de plata y oro que los caballeros templarios guardaban en la Torre del Temple de París. Fue lo primero que hizo después de ordenar el apresamiento de todos los *freires*. Es verdad que hay quienes aseguran que, días antes de su detención, el gran maestre Jacques de Molay ordenó a sus caballeros más fieles que partieran con rumbo desconocido en una carreta que salió de madrugada de su fortaleza, pero eso sólo son habladurías de mendigos y alcahuetas.

—Me refería al misterio de la leyenda —aclaró el viejo monje.

—¿Al secreto que los nueve caballeros descubrieron en el Templo del Rey Salomón en Jerusalén hace dos siglos? —preguntó el hermano herbolario abriendo de par en par los ojos.

—Así es, el inquisidor Búlvar de Góztell le contó al abad que el gran maestre Jacques de Molay declaró bajo tormento que ese secreto estaba en poder de un grupo de sabios a los que él ni siquiera conocía.

—¡Entonces es cierta la leyenda! —exclamó el hermano Ássben, quitándose un copo de nieve que se había posado en su nariz como una frágil mariposa blanca.

—Tan cierta como para que el propio inquisidor de Lyon persiga por estas montañas al caballero templario huido —apostilló el viejo monje.

—¿Creen que es él quien posee las claves para desvelar el secreto?

—Por lo que yo sé, era portador de un enigmático mensaje.

Grimpow creyó que el hermano Rinaldo iba a contarle al hermano Ássben todo cuanto él mismo le había revelado sobre la inexplicable desaparición del caballero muerto en las montañas, y sobre las monedas, las dagas, las joyas, el mensaje lacrado y el sello de oro que llevaba en su alforja. Pero el monje bibliotecario no dijo nada al respecto.

—Me sorprende que todavía estés vivo, sabiendo tú sobre este asunto tanto como llegó a saber el abad —dijo el hermano herbolario dejando escapar un suspiro—. ¿Estuviste presente en sus conversaciones con Búlvar de Góztell? —añadió.

—No, pero no me preguntes como llegué a saberlo.

Ambos monjes se quedaron pensativos durante un instante mientras caminaban, como si meditaran sobre lo que acababan de hablar, o pensaran lo que iban a decir a continuación. Al cabo, el hermano Ássben dijo:

—Sin embargo, hay algo que no acabo de entender... —hizo una pausa y continuó—: Si fue el fraile dominico quien degolló al abad, ¿cómo es que llegó a la galería del claustro mucho después de que lo hiciéramos nosotros?

—Es posible que lo asesinara y regresara luego a la hospedería de los nobles a toda prisa —conjeturó el viejo monje.

—Del cuello del abad aún manaba sangre abundante cuando yo entré en su gabinete. Búlvar de Góztell no tuvo tiempo suficiente para cometer el crimen, ir hasta la hospedería de los nobles y regresar de nuevo al claustro como si nada hubiese ocurrido.

El hermano Rinaldo se sobresaltó como si toda su teoría sobre la culpabilidad del inquisidor de Lyon en el crimen del abad no fuese más que un desvarío. El argumento del pequeño monje herbolario era tan contundente como sensato, y no pudo evitar pensar que se hubiese equivocado en sus conclusiones. Por la velada expresión de su rostro, Grimpow adivinó que el viejo monje incluso estaba sospechando que también Dúrlib pudo ser quien asesinara al abad. Si había salido ileso de su salto al precipicio de las montañas, podía haber regresado a la abadía durante la noche y, después de saltar los muros de uno de los jardines, llegar hasta los aposentos del abad y degollarlo con la daga del caballero muerto, en venganza por haberlo delatado ante el fraile dominico. Pero esta idea le pareció tan descabellada que formuló un nuevo razonamiento:

—Tienes razón en lo que dices, y quizá no fuese Búlvar de Góztell quien degolló con sus manos al abad, pero estoy seguro de que fue él quien ordenó a uno de sus soldados que lo asesinara y se ocultara en algún lugar cercano a los aposentos, posiblemente en la sala capitular que carece de puertas, hasta que todo se calmara de nuevo. Nadie se daría cuenta si al fraile dominico le

acompañaba un soldado menos cuando apareció en el claustro al poco de llegar nosotros y encontrar a Kense convulsionándose como un poseso en el suelo.

—Es cierto —refrendó el hermano herbolario—. Entre el horror y la agitación provocada por un crimen tan atroz, no creo que ningún monje se preocupase de contar a los cinco esbirros del rey que acompañaban al inquisidor de Lyon. Además, no debe de ser casualidad que él mismo culpara del crimen a alguien que no había entrado nunca en la abadía.

—Por eso inventó la farsa de los poderes diabólicos de los templarios.

—Me consta que algunos monjes de la abadía le creyeron, y andan asustados y temerosos de que ese caballero templario los degüelle también a ellos. Y también he oído a algunos novicios murmurar que fue Kense quien mató al abad en un ataque de locura.

—Jamás habían visto a un hombre convulsionarse y gritar de un modo tan horrendo, es lógico que en su ignorancia puedan sospechar de él —se mostró comprensivo el monje bibliotecario.

—Sí, pero el pobre Kense sólo es un desdichado al que Dios privó de la razón en su nacimiento para que nunca entendiera las miserias de los hombres. Su percepción de la realidad es tan limitada que es incapaz de odiar o matar a nadie —dijo el hermano Ássben.

—Tampoco tenía ninguna daga en la mano cuando le encontramos, y él mismo me confesó esta madrugada antes de prima que llegó a desmayarse al ver al abad degollado, sin recordar nada de lo que ocurrió luego —matizó el hermano Rinaldo, encaminando sus pasos hacia la iglesia, justo en el momento en que un viento gélido comenzaba a soplar con fuerza sobre la abadía, doblando las copas de los cipreses del cementerio con la misma naturalidad con que Grimpow doblaba las puntas de su arco.

En la cocina, el hermano Brasgdo daba órdenes a los sirvientes para que colocaran los cubiertos y los platos sobre las mesas del refectorio. Era la hora del almuerzo. Una olla gigantesca reposaba sobre unas trébedes colocadas en el centro de la chimenea lanzando espesas nubes de vapor que olían a hierbabuena, y la sola idea de saborear un guiso tan exquisito como el que imaginaba bullendo en el fuego le hacía a Grimpow la boca pura agua.

—¡El hambre siempre fue un buen cebo para pescar rufianes! —exclamó el monje cocinero, sonriéndole con los mofletes de su cara inflados por el calor, y tan rojos como un carbón encendido, cuando vio a Grimpow entrar en la cocina.

Le indicó con un gesto que se sentara a la mesa, y después de que los criados comenzaran a servir la comida de los monjes en el refectorio, él mismo le acercó una humeante escudilla de barro repleta de un guiso espeso, un trozo de pan caliente y una jarra de agua.

—Siento lo de Dúrlib —dijo sentándose al lado—, los soldados me contaron que se había despeñado por un precipicio en las montañas.

—Sí, eso me dijo el hermano Rinaldo —asintió Grimpow, apenado de nuevo.

El hermano Brasgdo se acercó aún más a Grimpow, y para que nadie le oyese le susurró al oído:

—Está claro que el fantasma del caballero ha comenzado a hacer de las suyas: un fatal accidente y un crimen horrendo.

—¿Vos creéis que ambas desgracias han sido obra del misterioso fantasma? —preguntó Grimpow para darle coba a sus temores.

—Tan seguro como que un día vendrá la muerte a buscarme con su larga guadaña y su terrible faz de calavera —murmuró el monje cocinero besando un crucifijo que le colgaba del cuello—. Yo sospechaba que ese fantasma traería la desgracia a la abadía, pero no quería creerlo. Algunos frailes afirman que han oído extraños siseos y lamentos durante la noche, como susurros ahogados, y otros comentan que han visto sombras siniestras deslizándose por los tejados de la abadía. Las calamidades no han hecho más que empezar —prosiguió en voz baja—, como cuando al terminar el pasado milenio se temía el fin del mundo, y todas las gentes corrían despavoridas para huir de la profecía que aseguraba la llegada de Satanás, mientras la peste, el hambre y las guerras acababan con la vida de media humanidad —recitó como un profeta.

El hermano Brasgdo miraba a Grimpow con cara de pavor y, ante su silencio, prosiguió:

—El inquisidor Búlvar de Góztell dijo ayer que al abad, a quien Dios tenga en su gloria —hizo una pausa para persignarse de nuevo—, le había degollado el caballero templario que merodeaba por los alrededores de la abadía. Pero se equivoca si cree que se trata de un ser de carne y hueso como nosotros. Ese espectro errante, a quien como tú sabes yo mismo vi hace unos días cabalgando hacia las montañas, ha venido a saldar alguna deuda pendiente con su pasado, y no se marchará de este valle encantado hasta que lo haya conseguido. ¡Que Dios nos proteja de su daga asesina, antes de que sea demasiado tarde! —exclamó.

Y al decir esto sacó del bolsillo de su sayo una pata de conejo y una cabeza de ajo, y los tocó con ambas manos como si acariciara su propia salvación. Grimpow contuvo sus ganas de sonreír al comprobar, una vez más, los miedos y las supersticiosas creencias del monje cocinero, y le preguntó:

—¿Estáis seguro de que la pata de conejo y el ajo os protegerán de la afilada daga del fantasma?

—No conozco otro remedio más eficaz contra las amenazas de los espíritus malignos, pero no le cuentes nada de esto al hermano Rinaldo, o me impondrá como penitencia por mi pecado que permanezca en silencio más de un año entero, incluidas las horas del sueño —dijo el hermano Brasgdo como si se confesara.

—Quedaos tranquilo, seré discreto y mudo como el pobre Kense. ¿Sabéis si se ha repuesto ya de su enfermedad? —preguntó Grimpow.

—Hace un buen rato que le llevé algo de comida a la enfermería y le encontré dormido como un lirón sobre su camastro. Creo que el hermano Ássben le dio anoche una tisana de tila mezclada con una pócima de su laboratorio que lo dejó más muerto que vivo —dijo el monje soltando una risotada—. Pero tampoco te preocupes demasiado por él, Kense es tan inmortal como los dioses, y además tiene la dicha de probar todos los licores y pócimas que elabora el hermano herbolario en su búsqueda del elixir de la vida. No me extrañaría que nos sobreviviera a todos y llegase a alcanzar la edad del mítico Matusalén, que según cuenta la Biblia vivió novecientos sesenta y nueve años, y ni siquiera muerto parecía un anciano.

—¿Es cierto que algunos monjes han pensado que pudo ser Kense quien degolló al abad en un ataque de locura? —preguntó Grimpow para sonsacarle, convencido de que si algún monje conocía los rumores que corrían como centellas por la abadía, ése era, sin duda, el hermano Brasgdo.

—Esa calumnia sólo podría provenir de una lengua tan perversa y viperina como la que tentó a Adán en el Paraíso, y algunas conozco en este convento que merecerían estar encerradas en un nido de serpientes —dijo el hermano Brasgdo, llevándose a la boca una de las manzanas dulces que le acababa de ofrecer a Grimpow de postre. Luego le dio un mordisco con su muralla de dientes amarillos, y prosiguió—: Kense llegó a esta abadía cuando ya era casi un adulto. No tenía padres ni los había conocido nunca. Al parecer, su madre fue una ramera que lo abandonó al nacer en la cueva de una vieja bruja, a las afueras de la aldea de Corbéi. La vieja hechicera se apiadó de él y lo alimentó como pudo dándole de mamar leche de una cabra tan decrépita como ella. Luego, cuando Kense creció, los dos desdichados se buscaban el sustento pidiendo limosna en los días de ferias y mercados a las puertas de las iglesias. Pero en lugar de sentir compasión de él, la gente huía asustada de su lado al ver su cara monstruosa y su boca sin clientes. Cuando llegó aquí ni siquiera sabía hablar, sólo repetía una y otra vez, con un balbuceo incomprensible: «¡Escóndete, escóndete de los hombres y de sus maldades!».

—¿Por qué decía eso? —quiso saber Grimpow, intrigado por el relato del monje.

—Tiempo después supimos que era lo único que le había oído decir a la vieja bruja; y cuando ella murió, Kense se quedó solo en la cueva, siendo un verdadero milagro que no muriera él también de frío y de hambre. Tanto terror le causaban los vecinos de la comarca que se escondió en los bosques como la vieja le había aconsejado siempre, y no se le volvió a ver más por ninguna aldea cercana. Un día encontraron brutalmente asesinada a una mujer joven en una granja del bosque de Áltforf, y lo buscaron a él para ahorcarlo.

—¿Pensaron que él había asesinado a la joven?

—Siempre es más fácil culpar de un crimen *horribilis* a quien no puede defenderse de la acusación.

Grimpow imaginó que ésa fue la misma estrategia que el inquisidor Búlvar de Góztell había seguido para acusar al caballero templario de haber degollado al abad de Brínkdum, pero no comentó nada con el hermano Brasgdo, quien, entusiasmado con su particular verborrea, continuó:

—En su incansable huida, Kense llegó a esconderse en un cementerio abandonado, y, como un muerto viviente, permaneció metido en el panteón de una familia noble durante días, hasta que la desesperación del hambre le obligó a salir de su escondrijo. Sólo buscaba comida por los alrededores del cementerio después de caer la noche, y cuando conseguía encontrar algo, qué sé yo, algunos caracoles, lombrices, cucarachas, escarabajos, un sapo, alguna rata, un gato o un perro, regresaba al cementerio para devorarlos en la oscuridad como una bestia de los bosques.

Una náusea corrió atropelladamente por la garganta de Grimpow y le removió el guiso que con tanta dulzura reposaba en su estómago, pero no le sorprendió lo que el monje cocinero le contaba sobre Kense, pues en alguna ocasión también Dúrlib y él tuvieron que tragarse sin escrúpulos más de un bicho repugnante para adormecer el hambre que les devoraba las entrañas.

—¿Aún come esas inmundicias? —preguntó Grimpow conteniendo el asco.

—Alguna vez lo he sorprendido cazando ratas en las cloacas, aunque Kense me jura que sólo las caza por encargo del hermano Ássben, que se sirve de ellas en los experimentos de su laboratorio para elaborar quién sabe qué mejunjes y venenos.

—Entonces, ¿vos no creéis que el criado Kense haya podido asesinar al abad? —preguntó Grimpow, ante los continuos rodeos del hermano Brasgdo para responder a la pregunta que más le interesaba.

—El abad lo encontró un día tirado en medio de un camino cercano al cementerio en que se escondía, mientras sufría un ataque del mal de San Vito como el que padeció anoche. Lo subió a su caballo y lo trajo a la abadía para que viviese aquí como sirviente. ¿Crees que Kense podría asesinar al hombre santo que le salvó la vida? Ese pobre retrasado es como un niño inocente, incapaz de matar a una mosca si no es para comérsela —dijo el monje cocinero, volviendo a reír estrepitosamente.

Y no pasaría mucho tiempo antes de que Grimpow comprobara que Kense, el criado gigantón y retrasado de la abadía, seguía siendo un niño ingenuo a pesar de su horrible cara de monstruo.

Le volvió a ver esa misma tarde en la enfermería, cuando la tempestad de viento y nieve azotaba los tejados y los gruesos muros de la abadía con un estruendo apocalíptico. El hermano Rinaldo le dijo que, puesto que debía permanecer con los monjes hasta que resolvieran qué sería de su futuro ante la ausencia de su amigo Dúrlib, podía pasar las tardes ayudando al hermano Ássben en la enfermería, y dedicar las mañanas a estudiar las materias del

trivium y el *quadrivium* en la biblioteca. El viejo monje le dijo que si no tenía inconveniente él mismo sería su maestro, y Grimpow aceptó encantado. Al día siguiente Grimpow supo por él que el *trivium* era el nombre que los eruditos daban a las tres artes de la elocuencia: la gramática, la retórica y la dialéctica, y que el *quadrivium* versaba sobre las cuatro artes matemáticas: aritmética, armonía, geometría y astronomía. Y aunque pronto aprendió con el hermano Rinaldo los secretos del lenguaje y de la ciencia, nada le fascinó tanto como los misterios de la alquimia que Grimpow descubrió junto al monje herbolario en su laboratorio. La enfermería estaba situada en el ala sudoeste de la abadía, orientada hacia el mediodía para recoger los cálidos rayos del sol en las mañanas despejadas del invierno. El hermano Ássben solía decir que no había medicina más milagrosa que la de la luz y el calor del astro rey. Junto a la enfermería estaba la sala de los novicios, que se pasaban parte de la tarde rezando en una pequeña capilla. Cuando vieron pasar a Grimpow, algunos de los monjes más jóvenes le miraron con curiosidad, y él pudo apreciar en sus ojos nítidos destellos de envidia por su libertad. Sabían que Grimpow no tenía ninguna obligación de asistir a los oficios divinos en cada una de las horas litúrgicas, ni tenía que permanecer en completo silencio, ni debía ocuparse de atender los trabajos manuales de la abadía, como ellos hacían cada mañana después de la hora prima. Era, pues, lógico que se preguntasen qué hacía un muchacho como Grimpow en la abadía, y que anhelaran gozar de una vida tan libre como la suya, pues muchos de ellos habían vestido el hábito de monjes por antojo de sus padres más que por verdadera vocación religiosa o llamada divina. Sobre todo después de haber saboreado las mieles del amor y de la caballería, que tanto apasionaban a los jóvenes nacidos, para su dicha, entre las nobles murallas de los castillos de Úllpens.

Kense estaba tumbado en un camastro de la sala de entrada a la enfermería, bajo una ventana amplia cerrada con postigos de madera, tras los que se oían los rugidos del viento como alocados chillidos de fantasmas. El criado parecía estar dormido, pero al oír los pasos de Grimpow se sobresaltó, y, paradójicamente, le miró asustado. Grimpow le sonrió, conmovido por la dramática historia que el hermano Brasgdo le acababa de contar en la cocina, y para su sorpresa vio que el rostro de Kense también se contraía en una sonrisa tétrica pero amable.

El hermano Ássben salió a su encuentro desde una estancia contigua situada a su derecha, donde estaba la sala de los monjes. Había varios lechos alineados bajo las tres ventanas de la enfermería, pero sólo dos estaban ocupados por enfermos. En uno de ellos dormitaba un monje joven con una pierna entablillada, que según supo Grimpow más tarde se había partido el hueso por el tobillo al caerse de una escalerilla a la que había subido para reparar unas goteras del tejado de la iglesia. En el otro lecho Grimpow sólo vio un bulto cubierto por mantas, en el que yacía inmóvil el cuerpo de un monje centenario y barbudo que, por la forma en que miraba al techo abovedado con

los ojos fijos en un punto invisible, supuso que estaba ciego. Era el hermano más antiguo de la abadía, se llamaba Uberto de Alessandria, y llevaba veinte años sin moverse y sin ver más allá de sus pensamientos.

Más allá de las estrellas

Un etéreo y penetrante olor a estaño y azufre quemado impregnaba el laboratorio alquímico del hermano Ássben, situado en un pequeño patio contiguo a la enfermería. Era un habitáculo alargado y estrecho, que tomaba la luz diurna de dos ventanucos redondos abiertos en los muros, y al que se accedía por un arco de piedra cerrado con un astillado portón de madera claveteada. Dos columnas rechonchas soportaban un techo bajo y ennegrecido por el humo de los hornos, y multitud de tarros transparentes rellenos de líquidos de todos los colores se amontonaban en los estantes, mezclándose sin orden con una gran variedad de botellas, alambiques, probetas, crisoles, redomas, fuentes, cuencos de barro y calderas de cobre. Algunos manuscritos y pergaminos reposaban sobre una mesa cubierta de manchones oscuros, junto a un candelabro de cinco brazos curvados y varias plumas y tinteros. Todo en aquel recinto parecía revestido por una pátina de misterio tan antigua como el tiempo.

El pequeño monje herbolario no ocultó su entusiasmo por tener a Grimpow como su discípulo. Nada más entrar en su laboratorio le contó que hacía muchos años que él mismo había aprendido del hermano Uberto, el monje ciego que yacía postrado en el lecho de la enfermería, todo cuanto él sabía sobre las enfermedades del cuerpo y del ánima, y sobre las hierbas, plantas, ungüentos, pócimas, brebajes y hasta venenos que, en pequeñas dosis, servían para curarlas. Y como un erudito desbordado por el incontenible deseo de mostrar sus conocimientos médicos a quien nada sabía sobre ellos, le habló durante largo rato de la tuberculosis, la gangrena, los tumores, la viruela, la peste y la lepra como las más terribles armas de la muerte.

Luego, mientras preparaba un jarabe de miel y menta con el que aliviar los flujos pulmonares del monje centenario, así como un ungüento de áloe mezclado con manteca para que terminara de cicatrizar la herida de la pierna rota del otro monje enfermo, el hermano herbolario le confesó a Grimpow que su verdadera vocación siempre había sido llegar a ser un gran conocedor del

misterioso arte de la alquimia, cuyos arcanos también había aprendido a descifrar siguiendo las enseñanzas del hermano Uberto, antes de que el fatal estallido de un alambique le lanzara un enjambre de cristales rotos a los ojos y le dejara ciego para siempre.

—¿Perdió la vista mientras buscaba la piedra filosofal en este mismo laboratorio? —preguntó Grimpow, interesado en la historia del enigmático monje ciego.

—El hermano Uberto perdió mucho más que eso. Desde el día en que la luz despareció de sus ojos, desapareció también su ilusión por vivir y se quedó postrado día y noche en su lecho como un cataléptico, negándose a levantarse incluso cuando el abad así se lo ordenaba. Y a pesar de que el abad le amenazaba con la excomunión si persistía en su desobediencia, nunca más volvió a poner los pies en el suelo, ni siquiera para ir a las letrinas de la enfermería.

—¿Tampoco habla? —preguntó Grimpow.

—Sólo cuando le apetece, y eso rara vez ocurre. La última vez que le oí decir algo, y quiero recordar que profirió una blasfemia, fue el invierno pasado. No lo he olvidado porque también nevaba mucho. Creo que es el único monje de la abadía que cumple fielmente nuestra regla de silencio.

Grimpow acompañó al hermano Ássben hasta la sala de los enfermos y vio cómo le daba al hermano Uberto de Alessandria un fluido pastoso y amarillento con una cucharilla de metal. Entonces Grimpow se fijó en las cuencas resecas de los ojos y en la tez blanquecina del monje ciego, que, aunque ajada por más de un centenar de años, todavía conservaba los rasgos de un hombre sabio y noble.

—Te ha sorprendido que no parezca tan viejo, ¿no es cierto? —le preguntó el hermano Ássben a Grimpow cuando regresaban al laboratorio, después de que untara el bálsamo de áloe y manteca en la pierna entablillada del monje más joven.

Grimpow asintió sin decir nada, y el monje herbolario continuó:

—Poco antes de que sufriera el accidente que le privó del más hermoso de los sentidos, el hermano Uberto me dijo que creía que al fin había conseguido elaborar el elixir de la vida, y que lo había bebido tentado por la idea de alcanzar la inmortalidad, desafiando los preceptos de la Iglesia y sin temer al castigo de Dios por su osadía. Al quedarse ciego tiempo después, los monjes, incluido el abad, pensaron que Dios había hecho estallar el alambique por haberse atrevido a retar su poder misericordioso.

—¡Pero sólo fue un accidente, cómo podría Dios ser tan cruel! —dijo Grimpow ofuscado.

—El hermano Rinaldo y yo también pensamos lo mismo, pero de la razón a la superstición sólo hay un paso, tan corto como el que separa la vida de la muerte.

—¿Y el hermano Uberto no os reveló nunca la fórmula que él había empleado para fabricar la piedra filosofal? —preguntó Grimpow, como si ardiera en deseos de conocer la respuesta.

—No, jamás lo hizo, y si lo hubiese hecho no me habría servido de nada.

—El hermano Rinaldo me dijo que también vos buscáis el llamado *lapis philosophorum*, y que os pasáis las noches en vela en este laboratorio intentando encontrar la piedra filosofal.

El pequeño monje boticario sonrió con su cara de bufón bondadoso.

—Mi querido Grimpow, lo que a los verdaderos alquimistas les importa no es el resultado final del hallazgo, sino el aprendizaje de la búsqueda. Por eso, cada alquimista debe escoger su propio camino en el empeño por encontrar el ser genial y sabio que habita dentro de él. Y yo debo confesar que aún no lo he encontrado.

—Entonces, ¿vos no intentáis transmutar burdos metales en el oro más puro? —preguntó Grimpow, confundido por la disertación del monje.

—Sí y no —dijo—. Es cierto que experimento con metales para intentar hacerlos tan puros como el oro, pero no es la ambición lo que me motiva, ni son riquezas lo que deseo. Esa extraordinaria piedra filosofal que todos los alquimistas ansiamos encontrar, no es oro como falsamente aseguran muchos charlatanes, sino algo tan inmaterial como la sabiduría. La imagen del oro sólo es un símbolo, una alegoría con la que representar la perfección del alma que los verdaderos alquimistas se afanan en conseguir a través del conocimiento que el proceso alquímico para la transmutación de los metales les proporciona, y que demuestra la capacidad que tiene el ser humano para conocer y desvelar los secretos de la naturaleza. Lo que la alquimia intenta es dominar la materia, transformarla y crearla como hiciera el mismo Dios al crear el mundo. Ello es la causa de que cada tiempo sea distinto al que lo precedió y al que habrá de seguirle, y que el futuro de nuestra vida y el de toda la humanidad sea tan incierto y apasionante —dijo entusiasmado el monje. Luego carraspeó y prosiguió—: Cualquiera de nuestros hallazgos quedará pronto empequeñecido por las invenciones de muchos sabios que harán realidad cuantos ingenios pueda su mente imaginar, y lo único que debe importarnos es que tales prodigios sirvan al desarrollo de los seres humanos y no a su destrucción. Por ello, nuestros conocimientos, nuestras investigaciones y nuestros descubrimientos son guardados en el más absoluto de los secretos y sólo pueden acceder a ellos los iniciados. Los demás no los entenderían, o harían un uso perverso de ellos, y algunos, incluso, se los tomarían a risa.

—¿Por esa razón la Iglesia considera herejes a los alquimistas?

—A la Iglesia y a los reyes sólo les preocupa que alguien pueda de verdad fabricar oro puro y llegue a ser más poderoso que el propio Papa, como le ocurrió a la Orden del Temple hace años, a los que tacharon de herejes por el poder y las riquezas que alcanzaron.

De nuevo los caballeros templarios volvían a aparecer en escena, y Grimpow no pudo evitar pensar en la mágica piedra del caballero muerto que poseía y que, según lo que el hermano Ássben acababa de decirle, tenía mucho que ver con la alquimia, con la piedra filosofal y con la Orden del Templo de Salomón de Jerusalén. Pero de súbito tuvo el presentimiento de que quizá la piedra que él guardaba, si es que en verdad era un mineral como parecía, podía ser el principio de todas las leyendas forjadas a lo largo de los siglos en torno a la enigmática piedra filosofal, el *lapis philosophorum*, de la que todos habían oído hablar, pero de cuya existencia nadie tenía certeza, ni de qué significado o utilidad encerraba. Pero aún habría de pasar mucho tiempo antes de que Grimpow desvelase al fin ese secreto.

La tempestad de viento y nieve demoró algunos días su propósito de bajar hasta la cruz del valle que señalaba el camino de la abadía, para comprobar si Dúrlib había desenterrado la alforja que guardaba su pequeño tesoro, como señal inequívoca de que aún seguía con vida. Ése era su secreto, sólo suyo y de Dúrlib, pues nadie más conocía el lugar en que lo habían ocultado. Sin embargo, Grimpow no tardó en descubrir que los muros de la abadía encerraban tantos secretos como almas habitaban en ella.

Una mañana en que, próxima ya la hora del mediodía, las campanas de la iglesia acababan de llamar a los monjes al oficio de sexta, Grimpow se había quedado solo en la biblioteca estudiando un tratado de astronomía escrito por un egipcio llamado Ptolomeo, cuando vio la cara deformada de Kense asomada detrás de una columna, que con un gesto similar a una sonrisa le hacía señas para que le acompañase. Dejó el manuscrito sobre la mesa y, sin poder contener su curiosidad, siguió a Kense, pegado a su cuerpo como su sombra.

Por los sigilosos movimientos de su cuerpo al caminar por los pasillos de la biblioteca, así como por la precaución que mostraba al abrir y cerrar las puertas de las dependencias por las que cruzaban, Grimpow supuso que Kense prefería que pasasen inadvertidos y que nadie supiese el lugar al que le llevaba. Bajaron al claustro, dejaron a un lado la sala capitular y los aposentos del abad y se encaminaron hacia la hospedería de nobles, donde Kense abrió un portillo que conducía a la casa de los criados, el huerto y la granja. Un fuerte viento azotaba los árboles y arremolinaba los copos de nieve sobre sus cabezas, obligándolos a entornar los ojos.

—¿Adónde vamos? —le gritó Grimpow, en un vano intento de lograr que el criado gigantón, que caminaba deprisa delante de él, le hablase, pues no obtuvo ninguna respuesta.

Le siguió hasta que Kense entró en las caballerizas, donde al menos una docena de caballos de pura raza masticaban plácidamente el forraje que rebosaba en sus comederos, ajenos a la tormenta, el frío y el hambre. Todos eran negros como el azabache, menos uno de color blanco, al que inmediatamente

reconoció Grimpow como la cabalgadura del caballero muerto en las montañas. Se acercó al caballo blanco y sintió en su mirada que el animal se alegraba al verle, como si ya le conociera. Kense se situó a su lado y el caballo relinchó asustado, a la vez que movía su cabeza de un lado a otro sacudiendo sus crines. Grimpow le acarició el cuello para calmarlo y entonces vio la cicatriz pelada sobre su lomo. Era la marca a fuego de un signo que Grimpow ya había visto antes, en el mensaje lacrado y el sello de oro del caballero muerto en las montañas: una serpiente que se mordía la cola formando un círculo con su cuerpo.

—Creía que el inquisidor Búlvar de Góztell se había llevado a este caballo consigo —dijo Grimpow, esperando que Kense decidiera hablarle al fin.

Pero Kense se limitó a señalarle las patas traseras del animal, para que viese las vendas que las envolvían. Entonces imaginó Grimpow que aún no se habían curado las heridas causadas por los colmillos de las alimañas que lo atacaron en el valle, y que el inquisidor Búlvar de Góztell se había visto obligado a dejar al caballo en los establos de la abadía, sin poder llevarlo consigo a causa de su ostensible cojera. Grimpow se propuso pedirle al hermano Rinaldo que le permitiese sacar al animal a pasear, tan pronto cesara la tempestad de viento y nieve, y le agradeció a Kense que le hubiese llevado hasta allí para ver al caballo. Al oír las palabras de Grimpow una sonrisa de complacencia se dibujó en los labios de Kense, seguida de un balbuceo que Grimpow no llegó a entender, hasta que el criado tiró de la manga de su jubón, insistiéndole en que volviera a seguirle. Entonces comprendió Grimpow que no era el caballo herido lo que deseaba mostrarle.

Kense avanzó hasta el final de los establos, donde la cima de una montaña de paja llegaba a tocar las robustas vigas del techo. Apartó la paja de un lado y abrió una trampilla dejando visible un agujero tan negro y profundo como un pozo seco. Con gran facilidad se deslizó al interior, animando a Grimpow a que lo siguiera. Grimpow sabía que no tenía nada que temer de aquel gigantón con cara de monstruo y alma de niño, y le siguió sin dudarlo a pesar de la profunda oscuridad en la que se adentraban. La trampilla se cerró de nuevo sobre sus cabezas y descendieron sin ver nada por una escalerilla de hierro adosada a las paredes del agujero. Una vez abajo, Kense palpó en un rincón y encendió una antorcha que les permitió ver entre sombras el estrecho túnel en que se encontraban. Al final del largo pasadizo subterráneo se abría una espaciosa gruta por la que transcurría un riachuelo de aguas oscuras, las paredes eran de roca, y puntiagudas estalactitas brillaban sobre ellos como moluscos transparentes bajo la luz de la luna.

Kense se dirigió hacia lo que parecía una antiquísima arca de madera, y le hizo señas a Grimpow para que se acercara. Le dio la antorcha y él descorrió la tapa que cerraba el arca como si se dispusiera a desvelar un valioso tesoro, oculto durante siglos en esa gruta subterránea. Grimpow acercó la luz de la antorcha al arca abierta y se quedó petrificado al ver la magnífica espada que

reposaba sobre las vestiduras pulcramente dobladas de un caballero. Le preguntó a Kense que si sabía a quién pertenecía la espada, pero el criado se limitó a encogerse de hombros y a sonreírle con su boca desdentada. Grimpow no tardó en suponer que tal vez fuesen ésas las ropas que el hermano Rinaldo vestía cuando hacía años llegó a la abadía de Brínkdum para abandonar su condición de caballero de la Orden del Temple, refugiándose en la soledad de las montañas. La espada tenía el puño dorado y repleto de piedras preciosas, similares a las incrustadas en las dagas que portaba en su alforja el caballero muerto en las montañas; un círculo grabado remataba el puño conteniendo en su interior una cruz roja ochavada, y en el centro de la cruceta formada por el puño y la hoja de hierro tenía encajado un pequeño medallón con un jinete al galope enarbolando al aire una lanza. Grimpow le devolvió la antorcha a Kense y cogió la pesada espada con sus manos. Y al contacto del puño con sus dedos vio con nitidez una sucesión de imágenes en las que aparecía el hermano Rinaldo de Metz con el rostro oculto tras un yelmo con visera, vestido con cota de malla y una túnica blanca que tenía una gran cruz roja bordada a la altura del pecho; la misma cruz que llevaba cosida al hombro del manto blanco que le cubría la espalda; y la misma cruz que blasonaba su largo escudo y enmarcaba el pequeño círculo que coronaba el puño de su espada. Montaba un brioso corcel negro que se debatía entre una multitud de niños y mujeres que gritaban mientras huían envueltos por llamas de fuego, y a los que el monje decapitaba sin misericordia con su espada, embriagado de sangre, de odio y de rabia. Entonces, incapaz de seguir soportando aquella horrible visión de sangre y muerte, Grimpow cerró los ojos y tiró al suelo la espada, con gran asombro de Kense, que le miró aturdido y asustado, como si también él hubiese vislumbrado con sus ojos de niño aquella macabra matanza.

A la tempestad de viento y nieve le siguió un día despejado y luminoso a pesar del frío. Los picos de las montañas se recortaban en el horizonte del norte como afilados colmillos que quisieran devorar el cielo a dentelladas, y en lo más alto el sol vagaba parsimonioso en su eterno peregrinar desde el este hacia el ocaso. Sobre los abetos se apelmazaba la nieve hasta tumbar las ramas, y más al sur, junto a las cascadas, una bandada de buitres trazaba caprichosas espirales sobre el valle, presagiando un suculento festín de carroña.

Grimpow le dijo al hermano Rinaldo que iría a los establos para cuidar al caballo herido del templario, y salió de la abadía después de que los monjes entraran en el refectorio. La puerta principal estaba cerrada, pero Kense le había enseñado cómo llegar al huerto y a la granja, y desde allí le bastó saltar una pequeña empalizada para encontrarse fuera de la abadía. Llevaba consigo la daga del caballero muerto oculta bajo su manto de pieles, y unos enormes deseos de saber si Dúrlib había regresado a la cruz del camino para recoger la alforja enterrada que guardaba su tesoro. Sólo tenía que acabar de descender la

inclinada pendiente cubierta de nieve, bajo la que transcurría serpenteando el camino. La cruz estaba tan cerca que no tardó en verla en un claro abierto entre los abetos. Abundantes huellas de lobos trazadas en zigzag llamaron su atención mientras descendía enterrando sus piernas en la nieve hasta las rodillas. Las manadas de lobos hambrientos bajaban en invierno desde las montañas para buscar a sus presas entre los rebaños de ovejas de las aldeas del valle. Sobre todo después de grandes nevadas como la caída durante los últimos días. Echó de menos su arco y su carcaj, pero ni siquiera se acordó de cogerlos de la sala de los peregrinos cuando salió de la abadía.

El pedestal de piedra sobre el que se elevaba la cruz del camino estaba cubierto de nieve, que Grimpow fue apartando con sus manos hasta dejar de sentirlas a causa del intenso frío. Luego sacó la daga y excavó en la tierra para llegar a la alforja. No le fue difícil encontrarla, pero al verla en el mismo lugar en que Dúrlib y él la habían dejado, creyó que el corazón se le helaba como se heló el corazón del caballero muerto en las montañas. Si la alforja estaba aún allí era evidente que Dúrlib no había regresado para recogerla, y ello tenía que significar que, efectivamente, había muerto despeñado, como el inquisidor Búlvar de Góztell le había asegurado al abad. Entonces Grimpow dejó escapar, como un torrente desbordado, todo el llanto que había contenido durante días en la abadía, esperanzado en que Dúrlib siguiera con vida. Y recordó el día en que le había conocido en la taberna de su tío Félsdron y había decidido marcharse con él a recorrer el mundo, y cómo, con el lento transcurrir del tiempo, Dúrlib se fue convirtiendo en el padre que siempre había deseado y que nunca tuvo, pues el que Grimpow llegó a conocer cuando era un niño, y que murió de viruela unos años antes en su aldea de Óbernalt, no era más que un borracho pendenciero que maltrataba a su madre cada día, y los insultaba a él y a sus hermanas con su apestoso aliento a vino rancio y podrido.

Pero cuando entre sollozos Grimpow sacó la alforja del agujero y la abrió, comprobó que en su interior no estaban ni las monedas de plata ni las joyas del caballero muerto. Rebuscó con sus manos heladas en la bolsa de cuero para cerciorarse de que no le engañaban sus ojos, y descubrió que junto al pergamino y el sello de oro había unas ramitas de romero que antes no estaban allí. Un grito de alegría se le escapó de la garganta, y oyó cómo el eco lo repetía muy lejos de él, bajo las montañas. Y volvió a gritar tan fuerte, que si Dúrlib estaba aún escondido en los bosques cercanos, a buen seguro llegó a oírlo. Porque a Grimpow ya no le cabía ninguna duda de que su amigo Dúrlib estaba vivo. Así lo demostraban las ramitas de romero que encontró en la alforja.

Dúrlib debió de recordar que ése fue el amuleto que su madre le colgó del cuello cuando era un niño, y quiso convertir las ramas de romero en su señal. Sin haberlo pensado, también Dúrlib había creado un sencillo y secreto lenguaje entre ellos. Dúrlib sabía que Grimpow lo entendería, y comprendería que sólo él podía haber metido las ramitas de romero en la alforja, llevándose las joyas y las monedas de plata. Entonces Grimpow cogió el mensaje lacrado y el sello de

oro que Dúrlib le había dejado y volvió a meter la alforja vacía en el agujero. Estaba seguro de que Dúrlib regresaría para comprobar que él había recibido su mensaje secreto, y para que no le cupiese duda de que había sido Grimpow quien había abierto la alforja, cogió una pequeña piedra del agujero, similar en tamaño a la del caballero muerto, y la introdujo en la bolsa de cuero. Pensó que de ese modo Dúrlib también sabría comprender su mensaje y no tardaría en regresar a la abadía para reunirse con él de nuevo.

Y tal fue el júbilo de Grimpow, que cuando regresó a la abadía corrió directamente a la cocina para comunicarle al hermano Brasgdo la grata noticia. Pero, para su sorpresa, el monje cocinero ya la conocía.

—¿Y cómo habéis podido vos saberlo? —preguntó Grimpow, extrañado.

El monje cocinero se llevó un cucharón cargado de sopa a los labios, paladeó con deleite un sorbo, y volvió a meter el cucharón en la cacerola que burbujeaba sobre el fuego.

—Dúrlib estuvo aquí esta mañana después de tercia, cuando todos los monjes estaban ocupados en sus labores y tú estudiabas con el hermano Rinaldo en la biblioteca —dijo, como si le pesara hablar de ello.

—¿Y por qué no me avisasteis? ¡De sobra conocíais mis deseos de volver a verle! —le reprochó Grimpow furioso, y notó que el hermano Brasgdo desparramaba su mirada por el suelo de la cocina, intentando eludir los ojos chispeantes de Grimpow.

—Dúrlib me rogó que no te dijera que había estado aquí hasta que él se hubiese marchado de nuevo —dijo afligido—. Pensó que era mejor que no le vieras.

—¡Cómo es posible que Dúrlib no deseara verme! ¡Él sabía que yo estaba aguardando su regreso! ¡Teníamos que continuar nuestro viaje al fin del mundo! Él mismo os lo dijo la noche que llegamos a la abadía, ¿lo recordáis? —preguntó Grimpow lleno de ira y de pesadumbre.

El hermano Brasgdo se acercó a Grimpow y apoyó su mano rosada sobre su hombro.

—Grimpow, Grimpow, muchacho... —dijo titubeante—. Tu amigo Dúrlib no ha querido que siguieses llevando la vida de vagabundo y proscrito que él arrastraba como una maldita y eterna penitencia. Me dijo que durante estos días, después de haber estado a punto de morir a manos del inquisidor Búlvar de Góztell, en la soledad de las montañas había pensado mucho sobre tu futuro, y había llegado a la conclusión de que junto a él no saldrías nunca de la pobreza ni de la ignorancia, y acabarías un día ahorcado en la plaza de cualquier aldea miserable.

Grimpow recordó entonces que, cuando tocó por primera vez la piedra del caballero muerto en las montañas, presintió apasionantes y trágicos cambios en su vida, surgiendo en su interior una intensa inquietud por el conocimiento de todo cuanto le rodeaba. Por ello estaba contento de haber llegado hasta la abadía de Brínkdum y de haber conocido allí al hermano bibliotecario Rinaldo

de Metz, que tanto podía enseñarle sobre la naturaleza y el cosmos; pero, en el fondo, él seguía siendo el muchacho pícaro, alegre y rebelde que vagaba libremente junto a Dúrlib por aldeas y caminos, sin más inquietud por el futuro que la de mantener la esperanza de seguir vivo cada nuevo amanecer. De haber podido elegir, jamás habría cambiado las miserias e incertidumbres de su vida junto a Dúrlib por todas las riquezas y la sabiduría del mundo.

—¡Pero yo nunca quise separarme de su lado! ¡Dúrlib es mi único y verdadero amigo! —dijo Grimpow entre sollozos.

—Dúrlib decidió que era mejor para ambos que os separarais, ahora que te habías acostumbrado a vivir sin su compañía. Está convencido de que en esta abadía aprenderás todo cuanto él jamás podría enseñarte, y podrás encontrar tu propio camino en la vida. Me pidió que te dijera que nunca dejaras de buscar ese mágico camino con el que un día soñaste, y que si llegabas a encontrarlo te acordaras de él como si estuviese contigo.

Grimpow pensó que ésa era una manera oculta de decirle Dúrlib que, si algún día decidía continuar la misión del caballero muerto en las montañas, no dejara de intentarlo, y que por eso él no se había llevado el mensaje ni el sello de oro. Supuso que a Dúrlib le bastaría con las monedas de plata y las joyas para emprender una nueva vida alejada de la pobreza.

—Pero ¿por qué no me dijo todo eso a mí? Al menos habría podido despedirme de él —lamentó.

—Temía que si te volvía a ver no tuviese el valor suficiente para abandonarte en la abadía —dijo el hermano Brasgdo, algo más animado.

Grimpow aceptó resignado que Dúrlib decidiera que no volviesen a verse, y evitó dejar traslucir sus sentimientos de tristeza, que aún perdurarían en su ánimo durante largos días.

—¿Y no os dijo Dúrlib adonde pensaba ir, ni qué había decidido hacer de ahora en adelante? —preguntó.

—Sólo me dijo que iría a ver el mar, para comprobar si de verdad existen las sirenas.

Cuando a la mañana siguiente Grimpow le preguntó al hermano Rinaldo si él había visto el mar, los ojos sin pestañas del viejo monje se inundaron de melancolía. Y le explicó que el mar era como un inmenso lago sin orillas, y que a veces era verde como las esmeraldas, y otras, más azul que el mismo cielo; y le dijo que el mar podía parecer dormido cuando estaba en calma, o ser tan terrible como el infierno cuando sus olas gigantescas se encrespaban para engullir sin piedad a los navíos que osaban perturbarlas.

—¿Y llegasteis a ver en el mar alguna sirena? —le preguntó Grimpow, distraído con el viaje que Dúrlib le había anunciado al hermano Brasgdo.

—En mis travesías marinas nunca tuve la dicha de toparme con alguno de esos seres con cuerpo de mujer y cola de pez, de quienes los navegantes cuentan fabulosas leyendas.

El hermano Rinaldo le pidió que lo excusase un momento y salió de la sala de la biblioteca en la que Grimpow estudiaba un tratado sobre anatomía humana escrito por un sabio árabe llamado Avicena. El viejo monje dirigió sus pasos hacia la sala secreta de los libros prohibidos, y al poco regresó con un voluminoso manuscrito que depositó sobre el escritorio y que se titulaba *Liber monstruorum*. Lo abrió y busco entre sus páginas hasta que encontró una ilustración hermosamente pintada en la que aparecía una joven de insólita belleza, cuya dorada melena le caía sobre los hombros como una cascada de filamentos de oro. Sus ojos, de un delicado color cerúleo, parecían desafiar la mirada de Grimpow, que se recreaba sin ningún pudor en la contemplación de sus pechos redondos y grandes, sintiendo un cosquilleo gozoso y extraño. Bajo el ombligo, el cuerpo de la sirena se transformaba en la cola resplandeciente y plateada de un gran pez marino, que reposaba plácidamente sobre las rocas de un acantilado. Y junto a la imagen, una columna de texto escrita en latín decía: «Las sirenas son doncellas marinas que seducen a los navegantes con su espléndida figura y con la dulzura de su canto. Desde la cabeza hasta el ombligo, tienen cuerpo femenino, y son idénticas al género humano; pero tienen las colas escamosas de los peces, con las que siempre se mueven en las profundidades». Sin que Grimpow apartara sus ojos de los pechos desnudos de aquella joven, mitad pez y mitad humana, el hermano Rinaldo le contó una historia que él había oído en alguno de sus viajes, y que aseguraba que una expedición de cruzados cristianos que se dirigían por mar a Tierra Santa, y a la que una tempestad arrastró hasta una isla desconocida, oyó nítidamente los murmullos, los cantos y las risas de las sirenas. Los cruzados, seducidos por la dulzura de sus voces, cedieron a la tentación de amarlas, y nunca más se supo de ellos, hasta que años más tarde un navío de mercaderes venecianos arribó a las costas de la misteriosa isla y encontró los esqueletos de los caballeros, ataviados con sus mejores galas y esparcidos sobre las rocas del acantilado.

Oír esta leyenda inquietó a Grimpow, pues siendo propósito de Dúrlib buscar a las sirenas, temió que encontrara en el mar la muerte que había conseguido eludir en las montañas. Pero el viejo monje le tranquilizó diciéndole que él creía que las hermosas sirenas como la que tenían ante sus ojos sólo eran una quimera, con las que se simbolizaban los peligros de la lujuria y de la carne, que tantas desdichas acarreaban a los hombres desde que Adán fuera tentado por Eva.

Las muchas imágenes de ese bestiario despertaron la curiosidad de Grimpow, y pasó la mañana entretenido en su contemplación, mientras el hermano Rinaldo le hablaba con disimulado entusiasmo de seres tan fantásticos como el unicornio, el centauro, el dragón o el basilisco, un animal fabuloso con forma de serpiente y gallo que podía llegar a matar a un hombre con sólo

mirarlo. Y le dijo que todos esos seres y leyendas no eran sino fantasías creadas por los seres humanos desde los comienzos del mundo para representar a través de ellos toda la magia y el misterio que encierra el universo.

En los días que siguieron, Grimpow pudo comprobar, a través del estudio de muchos y viejos manuscritos de la biblioteca de la abadía, que los primeros pobladores de la Tierra utilizaron esas mitologías de seres divinos y fantásticos para explicar las maravillas que les rodeaban, estableciendo en el cielo la morada de los dioses, en la Tierra la de los animales y los hombres, y en sus tenebrosas profundidades la de los monstruos, los diablos y los demonios. Para ellos todo lo que ocurría en cada uno de esos mundos era caótico y fruto del azar, y sólo a los dioses les era dado poner orden en el devenir incierto de esos acontecimientos. Sin embargo, también aprendió que tras la aparición de la escritura hacía miles de años, algunos hombres sabios cambiaron su percepción del universo y la naturaleza, llegando a la conclusión de que los fenómenos que les rodeaban no eran consecuencia de la caprichosa voluntad de los dioses, sino que obedecían a leyes constantes que se contenían en las propias cosas, cuya esencia última los seres humanos podían llegar a descubrir. Pero nada le sorprendió tanto a Grimpow como estudiar las teorías matemáticas de un sabio griego llamado Pitágoras, a quien, según le dijo el hermano Rinaldo, apresaron los persas casi quinientos años antes de Cristo y, llevado a Babilonia, unos magos le enseñaron que los números eran la esencia que explicaba todas las cosas. Supo también que Pitágoras había fundado en Crotona una escuela de jóvenes sabios a los que llamaban los pitagóricos, cuyos conocimientos y enseñanzas se mantenían en el más estricto secreto, y entonces recordó las imágenes que días antes había vislumbrado en sueños mientras dormía en la sala de los peregrinos de la abadía, y en las que había visto multitud de números y fórmulas matemáticas mezcladas con confusas teorías sobre la naturaleza y el universo. Y, sin saber por qué, Grimpow tuvo la sospecha de que la piedra del caballero muerto que él poseía tenía mucho que ver con aquellos misteriosos sabios de la antigüedad.

Lo confirmó una tarde en que nevaba apaciblemente, cuando después del almuerzo fue a ver al hermano Ássben a la enfermería. Hacía días que la abadía parecía haber recobrado su tranquila y silenciosa cotidianidad, alejada del revuelo y los temores que el brutal asesinato del abad había provocado entre los monjes. Todos habían vuelto a sus trabajos y oraciones, incluido el joven monje que tenía rota la pierna por el tobillo, pues cuando Grimpow pasó junto a su camastro comprobó que ya no estaba en la enfermería.

Cruzaba la sala de los monjes enfermos para dirigirse al laboratorio del hermano Ássben cuando oyó tras de sí una voz grave, que le paralizó como un mordisco de serpiente.

—¡Esa piedra puede acabar matándote!

Grimpow giró la cabeza y comprobó que nadie más que el hermano Uberto de Alessandria y él estaban en la sala de la enfermería. Supuso que había sido el monje ciego y centenario quien le había hablado, pues las mantas que lo protegían del frío le impedían ver su rostro.

—¿Qué queréis decir?, no os entiendo —le contestó Grimpow deteniéndose junto al camastro del hermano Uberto de Alessandria.

Su desconcierto flotó en el aire como una nube hechizada, que no se desvaneció hasta que la voz del monje postrado en su lecho hizo añicos el encantamiento.

—A mí no puedes engañarme —dijo—. Desde la primera vez que oí tus pasos en esta sala, donde hasta la podredumbre de la enfermedad es invisible para mí, supe que tenías la piedra contigo. En la negra oscuridad de mi ceguera percibí su luz como el destello de un astro en las tinieblas de la noche. Desde entonces he estado aguardando el momento adecuado para poder hablarte a solas.

—No sé de qué me habláis, tal vez estéis confundido —dijo Grimpow, sin poder creer que el monje ciego pudiese haber adivinado que él llevaba la piedra escondida en la bolsa de lino que le colgaba del cuello, bajo el jubón.

—Te hablo de la piedra de los sabios, del *lapis philosophorum* si deseas llamarla así —dijo con sequedad el monje.

—Yo no tengo ninguna piedra, y mucho menos la piedra filosofal de los alquimistas —insistió Grimpow, al tiempo que se sentaba en el camastro de al lado para poder ver mejor la cara inexpresiva del monje ciego y centenario, casi oculta por sus largas barbas blancas.

—Ahora puedo sentirla más cerca, es inútil que te empeñes en negar la evidencia —dijo complacido.

El hermano Uberto de Alessandria sólo movía los labios al hablar, manteniendo rígido todo su rostro y su cuerpo de manera que cuando se callaba a Grimpow le parecía que estaba conversando con un muerto.

—Creo que deliráis, será mejor que vaya a avisar al hermano Ássben para que venga a daros vuestra medicina —dijo Grimpow para eludir sus palabras.

—Mi único delirio fue haber deseado tanto esa piedra que llegue a enloquecer por ella —replicó con énfasis.

—Ya veo que en verdad habéis perdido el juicio, pues habláis de la piedra filosofal como si se tratara de una hermosa dama a la que le hubieseis entregado vuestro amor.

—No la habría deseado tanto si se hubiese tratado de una mujer. Siempre fui consecuente con mis votos de castidad y jamás me sentí tentado por los placeres de la carne —dijo el monje.

—Sin embargo, si buscasteis la piedra filosofal hasta perder la vista y la razón por ella, no fuisteis tan consecuente con vuestros votos de pobreza. ¿Qué pensabais hacer con el oro que obtendríais en vuestro laboratorio? —preguntó Grimpow para sonsacarle, pues le pareció evidente que si el monje pudo

adivinar que él poseía la piedra de los sabios también debía de saber mucho sobre ella.

—¡El oro no es nada comparado con el poder de Dios! —dijo exaltado, removiéndose por primera vez bajo las mantas. Luego se calmó y prosiguió—: Hubo un tiempo en que yo poseí el *lapis philosophorum* con el corazón puro de un discípulo aventajado. No había pregunta a la que yo no supiese contestar, ni secreto que no pudiese desvelar en mi mente. Era como haber ascendido a los confines del cielo y haberse colocado junto al mismo Dios para recrearse en la contemplación de un universo sin misterios, donde todo era explicable y comprensible, como lo fue en sus comienzos para el Creador.

Su descripción no le pareció a Grimpow desacertada, pues, al estudiar los manuscritos de la biblioteca, él mismo había sentido el poder mágico de la piedra como si le revelase de una sola vez todos los conocimientos de la humanidad, los ya sabidos y los que en el futuro aún se habrían de descubrir. Era pues indudable que el hermano Uberto de Alessandria sabía muy bien de lo que hablaba.

—Entonces, ¿lograsteis alcanzar la total sabiduría? —preguntó Grimpow, mientras miraba por una ventana cómo caía la tarde en el valle, envuelta en colores de fuego.

—No toda, pero sí la suficiente para no desear otra cosa en mi vida. Mientras usé la piedra con el espíritu de alcanzar la sabiduría escribí incansablemente sobre todas las ramas del conocimiento, desde astronomía hasta matemáticas y geometría, filosofía, alquimia, medicina, botánica, mineralogía, armonía... Los más certeros razonamientos y las tesis más complejas estaban al alcance de mi pluma como los frutos de un árbol al alcance de mi mano. Y todo se lo debía a la piedra filosofal. Ella era mi verdadero impulso, y mi única inspiración.

—Al menos llegasteis a ser un sabio, en la biblioteca he visto muchos libros escritos por vos —dijo Grimpow.

—Sí, podría decirse que llegué a ser un sabio que cometió la misma torpeza que el más mezquino de los ignorantes.

—¿Os equivocasteis en algo?

—Me volví ambicioso y deseé usar la piedra para conseguir oro y alcanzar la inmortalidad. La idea de pervivir rodeado de riquezas a todas las épocas venideras, y llegar a presenciar con mis propios ojos el futuro del mundo sin que mi cuerpo envejeciera con el paso del tiempo, me obsesionó tanto que llegué a traicionar todos mis principios y creencias.

—¿Y qué ocurrió entonces? —preguntó Grimpow intrigado.

—Las piedras que conseguía fabricar se deshacían en polvo entre mis dedos cuando las sacaba del matraz. Llevado por mi soberbia y mi codicia, me encerré en el laboratorio de la abadía y pasé días y noches enteros sin dormir, hasta que una mañana, ansioso por anticipar la transmutación, calenté tanto un

alambique que lo hice estallar ante mis ojos, y perdí el maravilloso don de la vista para siempre.

—Lo sé, el hermano Ássben me contó lo que os pasó, pero eso sólo fue un accidente que hubiese podido ocurrirle a cualquier alquimista —dijo Grimpow para consolarlo.

—Es posible —aceptó el monje ciego y centenario—, pero lo único cierto es que mis ojos se secaron, y con ellos todas mis ambiciones. Hace más de veinte años que vivo en este camastro, sin ver más luz que la de mi mente y sin más compañía que la de mis recuerdos. A lo largo de estos años no he hecho otra cosa que pensar en la piedra filosofal para intentar desentrañar su misterio, y ahora sé que es imposible fabricarla en otro laboratorio que no sea el del alma. Si olvidas esto, ella acabará contigo como acabó conmigo y tantos otros que codiciaron poseerla a cualquier precio, pues en ella están el bien y el mal como en todas las cosas de la vida.

—¿Por qué decís que es imposible —fabricar la piedra filosofal en un laboratorio? ¿Acaso no es ésa la razón de ser de la alquimia? —preguntó Grimpow, pues no acababa de comprender su razonamiento.

—Eso es lo que cuentan las leyendas y los confusos manuscritos de quienes jamás llegarán a conocer el verdadero secreto de los sabios. Tú deberías saberlo tan bien como yo —dijo.

—No, no lo sé —admitió Grimpow confundido—. ¿Por qué no me lo decís vos?

El monje ciego pareció dudar, pero al cabo de unos instantes de hondo silencio, dijo:

—La única piedra filosofal que existe y que ha existido siempre es la que hace más de dos mil años estuvo en poder de los magos de Babilonia, de Egipto, de Grecia... Es la piedra que poseyeron los antiguos sabios como Tales de Mileto, Pitágoras, Homero, Parménides, Ptolomeo, Sócrates, Platón, Aristóteles... y todos los discípulos que les sucedieron en sus escuelas y sociedades secretas. Nunca, desde entonces, los seres humanos se esforzaron tanto por explicar el mundo. Nuestro tiempo, sin embargo, es un tiempo oscuro y podrido, dominado por el miedo y las supersticiones, el hambre y la pobreza, la enfermedad y la muerte —proclamó como un profeta abatido.

Oír en boca del hermano Uberto de Alessandria los nombres de los sabios griegos cuyos manuscritos Grimpow también había estudiado en la biblioteca de la abadía le produjo una gran alegría, y le confirmó que la piedra que él poseía tenía mucho que ver con ellos, como ya había supuesto días antes. Así que preguntó:

—¿Y cómo llegó la piedra a manos de esos sabios?

—Si eso se supiera no existiría ningún secreto que desvelar. Y dudo mucho que ellos mismos lo hubiesen sabido alguna vez. La solución a ese enigma está más allá de las estrellas —concluyó el hermano Uberto de Alessandria, y Grimpow nunca más volvió a oír su voz.

El oro de los alquimistas

Los días pasaron con la misma lentitud con que caen las hojas en otoño, y con ellos se fue el invierno, llegó la primavera y comenzó el deshielo que anunciaba el calor del verano. En la abadía ya no había restos de nieve, y en las praderas cercanas no tardaron en brotar los pastos, que pintaron de un verde intenso las laderas de las montañas.

Con la llegada de la primavera también cambiaron las rutinas diarias de Grimpow en la abadía. Seguía estudiando todas las mañanas en la biblioteca junto al hermano Rinaldo, desde prima a tercia, pero luego corría a los establos, ensillaba el caballo del templario, al que decidió llamar Astro por la blancura de su pelaje y el brillo de sus ojos cerúleos, y cabalgaba hasta las cascadas del valle, o subía a los glaciares helados, para otear desde allí el horizonte. Echaba tanto de menos a Dúrlib que no perdía la esperanza de volver a encontrarlo tendiendo sus trampas para cazar conejos en los bosques cercanos, como solía hacer cada mañana cuando vivían en la cabaña. Desde que se separó de su lado, Grimpow no había pasado ni un solo día sin recordarlo. Pensaba que de ese modo jamás se olvidaría de su rostro, como le había ocurrido con el de su madre y el de sus hermanas, a quienes no conseguía ver en su mente por mucho que se esforzara en recordar sus dulces rasgos y sus risas alocadas. Se sentía como un niño huérfano abandonado a su suerte, a pesar de las atenciones y cuidados que todos los monjes de la abadía le prodigaban, especialmente el hermano Brasgdo, el cocinero, que cuidaba de él como si fuese un novicio noble y delicado al que no debía faltarle de nada.

Sin embargo, Grimpow no era más que un muchacho al que la abadía de Brínkdum había dado cobijo entre sus muros de piedra sin exigirle a cambio que profesara los votos de la orden. Los monjes tomaron esta decisión cuando, después del asesinato del abad, se reunieron en la sala capitular para nombrar a su sucesor y debatir otros asuntos de la abadía, entre ellos el futuro de Grimpow como novicio. Algunos monjes sugirieron que vistiera el hábito pardo y respetara la regla de silencio y las horas litúrgicas como cualquiera de los

monjes más jóvenes de la abadía, pero el hermano Rinaldo creyó más oportuno que al menos durante algunos meses Grimpow dedicara su tiempo al estudio en la biblioteca y a servir de ayudante al hermano Ássben en la enfermería, y luego, si era su deseo y su vocación, tomara el hábito de novicio hasta profesar libremente los votos de la orden. La propuesta del hermano Rinaldo fue aceptada por todos y ratificada por el nuevo abad, un monje de aspecto sereno, ojos grises y tonsura blanquecina, muy respetado en la abadía por su sensatez y bondad. Y aunque Grimpow no estuvo presente en las deliberaciones del capítulo, pudo escuchar los debates de los monjes desde una sala contigua, donde el hermano Rinaldo le había revelado la existencia de un punto del muro de piedra al que bastaba acercar el oído para conocer de viva voz cuanto se decía en la sala capitular. Entonces supo Grimpow que en todas las salas de la abadía, incluidos los aposentos del abad, había un punto de sonoridad secreto, que sólo el hermano Rinaldo conocía, y que permitía oír las conversaciones de las salas contiguas sin necesidad de estar presente en ellas. El viejo monje le confesó que así había podido descubrir las intrigas del inquisidor Búlvar de Góztell y sus confesiones sobre el caballero templario y el secreto de los sabios al abad degollado, pues el hermano Rinaldo conocía este insólito recurso acústico desde que se lo reveló antes de morir su antecesor en el cargo de bibliotecario, quien a su vez lo había conocido del anterior, como también éste lo supo de su predecesor, y así hasta la misma creación de la abadía, sobre cuyas cámaras, rincones, pasadizos y agujeros secretos existía constancia en unos planos enrollados que se custodiaban en la sala secreta de la biblioteca. A Grimpow no le cupo duda de que también así debía de haberse transmitido el secreto de los sabios, de uno a otro, generación tras generación, y se preguntó si acaso el caballero muerto en las montañas habría sido el último de ellos, y nadie más que él conocía ahora la existencia de la piedra que llevaba colgada del cuello. Fue así como Grimpow se vio rodeado de secretos, algunos de los cuales no tardó en desvelar, mientras que otros le parecieron tan insondables como la cúpula del firmamento en las noches estrelladas que siguieron.

Tan pronto quedaron despejados los cielos nocturnos de nubarrones y tormentas, el hermano Rinaldo comenzó a salir después del culto de completas para continuar sus observaciones de los astros desde una colina cercana a la abadía. Hacía muchos años que estaba escribiendo un voluminoso tratado astronómico titulado *Theorica Planetarum* y, según le aseguró a Grimpow, quería terminar su magna obra antes de que Dios decidiera llamarlo a su lado. Grimpow lo acompañaba cada noche y le ayudaba a cargar con el astrolabio, un curioso artilugio mecánico hecho de latón que permitía realizar diversas observaciones sobre la posición de los astros en la esfera celeste, y cuyo manejo Grimpow no tardó en aprender siguiendo las demostraciones del viejo monje. El astrolabio del hermano Rinaldo estaba integrado por una anilla de la que

colgaba un disco metálico en cuyo borde había grabada una circunferencia graduada de 0 a 360 grados, y en una banda interior tenía otra circunferencia subdividida en las veinticuatro horas del día, sobre la que se superponía una regla giratoria que permitía apuntar al objeto celeste observado; otros discos se superponían al primero con distintas utilidades según los deseos del astrónomo, conteniendo una escala para medir los ángulos en grados. El astrolabio se sujetaba por la anilla y, suspendido en posición vertical, se dirigía al astro deseado para medir su posición y altura en el horizonte de la noche. Luego de realizar sus observaciones, el hermano Rinaldo confeccionaba unas tablas en las que iba distribuyendo sus anotaciones sobre el astro observado, su posición y la hora, para acabar trasladándolas al día siguiente al manuscrito astronómico que redactaba en latín sobre su pupitre del *scriptorium*, donde otros monjes traducían, copiaban o ilustraban magníficos textos antiguos.

Una noche sin luna, mientras Grimpow contemplaba desde la colina algunas estrellas fugaces que cruzaban el cielo tan veloces como centellas y tan diminutas como luciérnagas, el hermano Rinaldo desenrolló un pergamino que llevaba en la mano. Era un precioso planisferio circular en el que estaba representada la bóveda del cielo.

—Ahí están recogidas todas las estrellas que ahora ven tus ojos. Siéntate y compruébalo tú mismo mirando al cielo y al mapa.

Grimpow hizo lo que el hermano Rinaldo le sugirió y, una vez sentado sobre la húmeda hierba de la colina, alzó con su brazo el planisferio hasta tener a la vista el verdadero cielo estrellado de la noche, y la representación circular que de él le había dado el viejo monje, repleta de puntos fosforescentes como si hubiera atrapado todo el firmamento entre sus manos. Junto a cada punto, igualmente visibles por las luminiscencias de las letras en que estaban escritos, aparecían los nombres de cada estrella, unida por líneas rectas a los demás astros de su constelación. Grimpow no tardó en localizar la intensa luz del planeta Venus en ambos cielos, y luego localizó Saturno, y Júpiter, y las estrellas Betelgeuse y Bellatrix en la constelación de Orión; y la estrella Cástor, al este, y Rígel, al oeste. Y mientras observaba un firmamento real y otro ficticio, Grimpow vio cruzar ante sus ojos decenas de destellos que revoloteaban en el cielo como despistados bichitos de luz.

—¿No es prodigioso? —dijo el hermano Rinaldo, sentándose a su lado.

—¿A qué os referís? —preguntó Grimpow, pues no sabía qué quería decir exactamente el viejo monje.

—A la bóveda del firmamento.

Grimpow había tenido ocasión en noches anteriores de recrearse en la contemplación del cielo estrellado hasta sucumbir al encantamiento de su belleza como un joven enamorado de la doncella de sus sueños. En la biblioteca había aprendido todo cuanto se había escrito sobre la Tierra, el Sol, la Luna, los planetas, los satélites y las estrellas, y sabía cuánto misterio encerraba la oscuridad del universo. Pero sabía también, sin tener aún una noción precisa de

ello, que el ser humano llegaría a comprenderlo un día en toda su plenitud, aunque para ello tuviesen que pasar miles de años. Incluso sabía que, así como el astrolabio permitía calcular la posición de los astros, otras máquinas gigantescas y aún desconocidas llevarían al hombre hasta las estrellas.

—Algún día los hombres viajarán por las esferas celestes con la misma naturalidad con que hoy cabalgan sobre sus caballos —se atrevió a decir sin dejar de mirar al cielo estrellado de la noche.

—Eso que dices es un sacrilegio. Sólo Dios puede habitar en el cosmos etéreo —dijo el hermano Rinaldo, mirando a Grimpow de reojo como si mirara a un endemoniado. Luego meditó un instante y añadió—: Pero quizá tengas razón, hay ojos que pueden ver más allá de nuestro tiempo, adentrándose en el futuro más lejano como hicieron los profetas, y los tuyos parecen gozar de esa naturaleza privilegiada desde que encontraste el cadáver del caballero en las montañas. No sé por qué me sorprendo de lo que dices.

—No es una cuestión de profecía, sino de ciencia —aclaró Grimpow—. Hace algo más de un mes, antes de que acabara el invierno, hablé con el hermano Uberto de Alessandria en la enfermería y me dijo algo que me ayudó a comprenderlo.

—¿Hablaste con él hermano Uberto? Hace años que no habla con nadie, desde que se quedó ciego en el laboratorio de la enfermería. ¿Qué fue lo que te dijo? —preguntó con vivo interés el hermano Rinaldo.

—Me habló de la piedra filosofal y de los sabios, y me aseguró que el misterioso origen de la llamada *lapis philosophorum* estaba más allá de las estrellas.

—Ese viejo centenario sigue siendo un chiflado. ¡Más allá de las estrellas sólo está Dios! —exclamó el monje, molesto por la afirmación de Grimpow.

—Vos mismo me dijisteis en la sala secreta de la biblioteca que resultaba difícil creer en Dios cuando el hombre había comenzado a explicarse a sí mismo y a explicar todo cuanto le rodea —replicó Grimpow.

El hermano Rinaldo se mostró nervioso.

—Que a veces me resulte difícil creer en Dios no significa que llegue a negarlo. Si dejara de creer en él no podría seguir viviendo. La vida de un monje carece de sentido si no reza cada día para alabar la grandeza de Dios.

—Quizá no haya tanta diferencia en lo que hablamos, y lo que para vos es Dios, para mí no es más que sabiduría. Al fin y al cabo, uno y otra tienen el mismo significado, aunque visto de una manera distinta: para vos Dios creó el mundo sin explicarlo, y para mí la sabiduría explica el mundo sin haberlo creado —dijo Grimpow.

—Me parece que durante estas semanas has aprendido más de lo que sería conveniente a un muchacho de tu edad. Pero no olvides que siempre te toparás con una pregunta a la que no le encontrarás respuesta...

Grimpow esperó a que el hermano Rinaldo terminara de hacer una de sus anotaciones en sus tablas estelares para que le dijera qué pregunta era la que no

tenía ninguna respuesta, pero el monje bibliotecario permaneció callado y sumido en sus observaciones del inmenso cielo que los cubría, como si Grimpow no estuviese a su lado.

—¿Cuál es esa pregunta sin respuesta? —insistió ante su silencio.

—¿Dónde está el comienzo, cuál fue el principio? Si no crees en Dios, jamás podrás explicarlo —dijo.

—Pero tampoco creyendo en Dios se responde a esa pregunta, sólo se añade otra: ¿quién creó a Dios? Y si admitimos que a Dios lo han creado los hombres para explicar el mundo, no deja de ser un contrasentido pensar que Dios también les creó a ellos —alegó Grimpow, contento de poder mantener un debate sobre asuntos tan complejos.

—Es cierto, pero al menos Dios sirve de consuelo a mi ignorancia.

—Vuestra ignorancia no os impide apreciar la sinrazón de vuestros argumentos —dijo Grimpow, sabiendo que algo más allá de sí mismo hablaba por él.

Los ojos del viejo monje no ocultaron su cansancio. Hacía al menos dos horas que habían llegado a la colina, y ambos estaban entumecidos por el frío y la humedad del rocío que empapaba la hierba y sus mantos de lana.

De regreso a la abadía, Grimpow pensó que todo cuanto había aprendido en la biblioteca se lo debía al hermano Rinaldo, ayudado por la inexplicable influencia de la piedra, y que tal vez se había excedido en sus afirmaciones. El hermano Rinaldo era sin duda un erudito, aunque permanecía anclado en los conocimientos de épocas pasadas, como una barcaza varada a orillas de un río seco. Sin embargo, lo que Grimpow estaba descubriendo con sus estudios en la biblioteca era que los conocimientos de la humanidad sobre la naturaleza y el cosmos habían evolucionado con el tiempo, pasando de la religión y la superstición a la ciencia y la razón, y que éstas no tenían más límites que los de la imaginación.

—Sí, quizá tengas razón —prosiguió el hermano Rinaldo de Metz—, la mente y la imaginación de los seres humanos son misteriosas y sorprendentes. Sin ellas, nada de lo que el hombre ha conseguido saber sobre sí mismo y sobre el universo hubiera sido posible. Priva a los seres humanos de los sueños y de la imaginación, y tendrás ante ti al más torpe, desvalido y primitivo animal de la Tierra.

Esa noche Grimpow tardó en conciliar el sueño. Desde que el inquisidor Búlvar de Góztell se marchara de la abadía, había pasado a ocupar un jergón en el dormitorio de los monjes novicios, y cuando se acostó todos dormían, temerosos de que pronto volvieran a sonar las campanas de la torre llamando al oficio de prima. En silencio se arrebujó bajo las mantas, y recordó todo cuanto le había ocurrido desde el día en que encontrara al caballero muerto en las montañas y su misterioso amuleto. Ahora sabía mucho más que entonces, no

sólo sobre la naturaleza y el universo, sino también sobre la misteriosa piedra que llevaba colgada del cuello. Había llegado a la conclusión de que esa piedra prodigiosa era más antigua de lo que nadie pudiese nunca imaginar, y que se había ido transmitiendo a lo largo de los siglos, generación tras generación, en el más absoluto secreto, hasta llegar a manos del caballero muerto en las montañas. Incluso dudaba de que ese caballero fuese en realidad un caballero templario, como el inquisidor Búlvar de Góztell le había asegurado al abad antes de que le asesinaran. Grimpow tenía la certeza de que se trataba de un sabio, ajeno a las armas, las guerras y las religiones. Sin embargo, sí le parecía verosímil la leyenda de los nueve caballeros del Templo de Salomón y del valioso objeto que descubrieron y trasladaron a Francia nueve años después de su llegada a Jerusalén, ocultándolo luego a la vista de la humanidad, según el hermano Rinaldo le había contado. La piedra que él poseía guardaba relación con ese hallazgo, de eso estaba seguro, aunque todavía no supiera muy bien cómo. Y le parecía evidente que el Papa y el rey de Francia codiciaban poseer su piedra a cualquier precio, sin renunciar para ello al asesinato. En sus razonamientos, Grimpow también había descartado que la piedra filosofal que los alquimistas pretendían fabricar en su laboratorio fuese la misma que él poseía, aunque las leyendas y los manuscritos que se referían al *lapis philosophrum* podían ser una deformación de la verdadera historia de la piedra de los sabios que él tenía en su poder, y con la que tuvieron mucho que ver los magos de Babilonia, Egipto y Grecia, hacía más de mil años. Entre esas iniciales elucubraciones, sólo le quedaba por comprobar si su piedra podía convertir un metal tan pobre como el plomo en oro, y lo averiguó una tarde en el laboratorio de la enfermería, mientras el hermano Ássben asistía al culto de vísperas.

La tarde en que llevó a cabo su experimento, el hermano Ássben le había mostrado uno de los muchos métodos del proceso alquímico, tomando para ello un viejo manuscrito titulado *Physika kai Mystika*, atribuido a un sabio griego llamado Demócrito, y que el pequeño monje herbolario dejó abierto sobre la mesa del laboratorio para seguir sus instrucciones.

—Nos imaginaremos que estamos en la antigua Grecia y que hemos entrado en el laboratorio de uno de los primeros alquimistas conocidos —dijo el hermano Ássben, mientras preparaba el horno y el matraz en el que se disponía a iniciar la transmutación.

Luego cogió de un estante cuatro botes de cristal y sacó de cada uno de ellos una pequeña cantidad de plomo, estaño, cobre y hierro.

—Éstos son los minerales que nos quedan después de haber restado de los siete metales conocidos los dos metales nobles, el oro y la plata, y el insólito metal de transición, el mercurio.

Introdujo los metales en el matraz, y por efecto del calor del fuego del horno comenzaron a fundirse hasta conformar una pasta negruzca, sin brillo ni apariencia metálica, en la que sólo eran visibles unas diminutas bolitas de hierro que desprendían un intenso olor a chamusquina.

—Una vez que hemos amalgamado los metales hasta lograr un caldo espeso al que los alquimistas llaman «la materia primigenia» —continuó—, que es negra como la noche de la que nace el día...

—O como la oscuridad del cielo de la que surge la luz —dijo Grimpow, recordando el texto del mensaje escrito en signos jeroglíficos de la carta lacrada que portaba el caballero muerto en las montañas.

—Así es, me alegra saber que lo estás entendiendo —dijo el monje herbolario, sin saber que era a otros asuntos a los que Grimpow se refería, y prosiguió—: Pero ahora hemos de ir más allá, y añadiremos a la pobreza de nuestra mezcla de metales un poco de la belleza de la plata.

Y al decir esto cogió otro bote, y con una cucharilla de latón diminuta sacó un poco de polvo de plata y lo introdujo en el matraz, removiendo la pasta con lentitud.

—Ahora esperaremos a que esta semilla de plata haga su efecto y fructifique en el vientre de nuestro matraz como la semilla de una rosa fructifica en la tierra hasta convertirse en flor, y así lo oculto se hará manifiesto —dijo—. Y mientras meditamos en nuestra alma filosófica sobre la simiente que da vida a lo inanimado, añadamos un poco de ese extraño metal que ni es líquido ni es sólido, pero que es capaz de penetrar en todos...

—Mercurio —dijo Grimpow, pues así lo había leído en el manuscrito de la sala secreta de la biblioteca, y el hermano Ássben se sobresaltó como si hubiese pronunciado una blasfemia.

—En efecto, Grimpow —admitió asombrado el monje herbolario, arrugando su bondadosa cara de bufón al tiempo que sumergía la masa pastosa del matraz en un baño de mercurio—. Pero también nos habría servido un poco de estaño fundido, e incluso algunos gramos de arsénico para aclarar el tono de la masa, hasta blanquearla completamente.

Grimpow observó que la pasta negruzca y deforme con que el hermano Ássben dio comienzo al proceso alquímico, fundiendo metales tan pobres como el plomo, el estaño, el cobre y el hierro, se iba convirtiendo poco a poco ante sus ojos en una pieza de plata, tan perfecta como hermosa, que crecía lentamente como el pan se hincha al recibir la fermentación de la levadura.

—Esta plata, que a pesar de su apariencia noble es tan falsa como lo fue Judas, sería capaz de engañar al mismísimo tesorero del Papa en su fortaleza de Aviñón —dijo sonriendo el monje herbolario, orgulloso de la rápida transmutación que había conseguido.

Luego sacó con unas tenazas finas y largas la pieza de plata del matraz y la introdujo en una jofaina llena de agua fría, produciendo un surtidor de vapor que al poco se extinguió con un débil siseo. Envolvió la pieza enfriada en un paño de algodón y la frotó hasta dejarla completamente seca.

—Sólo nos queda intentar la feliz culminación de nuestra Gran Obra —dijo dejando escapar un suspiro de incredulidad—, añadiendo un poco de simiente

de oro e introduciendo esta pieza de plata en el *theion hydor* o «agua divina», a la que muchos alquimistas también llaman «el agua de los dioses».

—¿Eso convertirá la falsa pieza de plata en una auténtica pieza de oro? —preguntó Grimpow, incapaz de aceptar que el hermano Ássben pudiese fabricar la piedra filosofal de los alquimistas en su laboratorio.

El monje herbolario era consciente de sus limitaciones en el arte de la transmutación y, mientras volvía a introducir la falsa pieza de plata en el matraz hasta fundirla de nuevo, añadiéndole luego una insignificante porción de polvo de oro que extrajo de un saquito que guardaba escondido en un cajón de su mesa, admitió:

—Si logro fabricar con las dosis debidas el agua divina, tal vez consiga obrar el prodigio, pero hasta ahora no he obtenido más que una aparente tintura amarillenta, que no pasaría por oro ni ante el más ingenuo de los hombres. Aunque bien es verdad que en algunos de mis intentos de obtener el agua de los dioses con otros ingredientes, he llegado a elaborar un licor verdoso tan saludable y exquisito que el hermano Brasgdo ha llegado a confundirlo con el verdadero elixir de la vida.

Grimpow recordó lo que el hermano Rinaldo le había contado sobre la afición a los licores del hermano Brasgdo, del que sobradamente le constaba su afición al aguardiente, al vino y a la cerveza, mientras el monje herbolario cogía un alambique rechoncho de un banco cercano a la mesa y lo colocaba sobre otro horno encendido. Luego vertió una botella de vinagre en el alambique y poco a poco, a medida que el vinagre comenzaba a bullir, le fue añadiendo algunos pedazos de cal y unos cristales de azufre mezclados con cáscaras de limón, miel de abeja, pimiento picante, nuez moscada y sándalo, hasta inundar el laboratorio con un grato y soporífero olor a delicias de frutas acidas.

Mientras esperaban a que el agua divina adquiriera las cualidades necesarias para obrar el prodigio de la transmutación definitiva de la plata en oro a través de la destilación, el hermano Ássben le contó a Grimpow que un antiguo maestro de alquimistas llamado Zósimo obtenía el agua prodigiosa mediante la destilación de huevos de gallina en el alambique. Y le dijo que él también lo había intentado, pero no había conseguido sino cocerlos, del mismo modo que lo hacía el hermano Brasgdo en su cocina poniéndolos a hervir al baño de María la Judía, una mujer alquimista de la que se decía que gozaba de una gran sabiduría, y a la que se le atribuía la invención del alambique, con el que consiguió fabricar la piedra filosofal hacía más de siete siglos.

—Ahora estoy seguro de que los huevos de los que habla Zósimo en sus obras no son más que símbolos, y nadie más que él y sus discípulos sabían con certeza su verdadero significado —añadió.

Eso era algo que Grimpow ya sabía, pues en los manuscritos que había leído en la biblioteca abundaban las referencias a figuras simbólicas que representaban el proceso alquímico, como el Sol, la Luna, los planetas, los amantes, los dragones o las serpientes. Incluso el símbolo de los alquimistas era

una serpiente que se mordía la cola formando un círculo, y a la que llamaban Ouróboros, idéntica al signo marcado a fuego en el lomo del caballo del supuesto templario muerto en las montañas, y al sello de oro que portaba.

Cuando el agua divina quedó libre de todas sus impurezas, el pequeño monje herbolario volcó en un recipiente el prodigioso líquido del alambique, y con un ceremonial expectante e ilusionado introdujo en él la pieza de plata.

Aguardaron un rato, hasta que pasó el tiempo marcado por cuatro vueltas de un reloj de arena que el hermano Ássben colocó junto al recipiente, y al cabo la pieza de plata falsa fue adquiriendo lentamente un leve color amarillento.

—¿Este es el oro alquímico? —preguntó Grimpow descreído.

—Llamar así a esta plata falsa y amarillenta es concederle una virtud que lamentablemente no posee —dijo decepcionado el monje herbolario.

En ese momento sonaron las campanas de la torre de la abadía llamando al oficio de vísperas, y el hermano Ássben se marchó a la iglesia para ocupar su lugar en el coro, dejando la pieza de plata en el recipiente. Grimpow se quedó solo en el laboratorio, ordenando los botes e instrumentos que estaban desperdigados sobre los bancos y la mesa, y luego aprovechó la oportunidad que la soledad le brindaba para verificar su experimento sin que nadie le observara. Sacó la piedra de la bolsita de lino que le colgaba del cuello y la introdujo en el agua de los dioses que había preparado el monje herbolario con tanto esmero. Entonces la piedra se iluminó como la piedra de un volcán encendido, el agua divina comenzó a bullir de nuevo como el agua de un caldero embrujado, y la pieza de plata amarillenta adquirió un precioso color dorado y refulgente, más intenso que el color dorado del sol que brilla en los cielos.

Poco a poco Grimpow había logrado acostumbrarse a la ausencia de Dúrlib y, aunque no pasara un solo día sin que se acordase de él, se consolaba pensando que si no hubiese sido de ese modo jamás habría aprendido todo lo que entonces sabía. Se decía a sí mismo que si Dúrlib había tomado la decisión de que se separaran había sido precisamente para que él pudiese dedicar su tiempo al estudio bajo las instrucciones del hermano Rinaldo de Metz. Pero algo dentro de Grimpow, más intenso que la fuerza de la razón, le impulsaba a abandonar la abadía de Brínkdum para intentar desvelar lo antes posible el secreto de los sabios.

Hacía días que un novicio llamado Pobé de Lánforg —hijo del conde de Lánforg, dueño y señor de un rico condado situado al sudoeste de la comarca de Úllpens—, con el que Grimpow había entablado una sincera amistad por la proximidad de sus jergones en el dormitorio común, le había propuesto que huyeran juntos de la abadía, prometiéndole que le nombraría su escudero una vez que llegasen al castillo de su padre en las llanuras de Lánforg, donde se proveerían de caballos y armas para emprender las más intrépidas aventuras

por los caminos del mundo. Pobé era un joven novicio inquieto y jocoso, de pelo negro como el carbón y ojos chispeantes como cenizas, a quien su padre le había obligado a tomar los hábitos de la orden a principios de otoño como escarmiento por sus continuas fechorías y su desordenada conducta con las doncellas del castillo. Confiaba el conde en que una estancia prolongada de su hijo menor en la abadía no sólo habría de enseñarle a someterse a una rígida disciplina y a dominar sus impulsos amorosos y guerreros, sino que también podría serle de utilidad para encontrar en la oración y el trabajo el mejor modo de servir a Dios y, de paso, a su noble y numerosa familia, sobrada de damas y caballeros, y escasa de clérigos, obispos o abades.

El novicio Pobé de Lánforg había cumplido ya los diecisiete años, y le aseguraba a Grimpow con desbordado entusiasmo que no habría de terminar la primavera sin que él se hubiese marchado de la abadía, aprovechando la llegada de los peregrinos del nordeste de Alsacia, que cada año cruzaban el paso de las montañas camino de la lejana ciudad de Compostela, pues, según había oído decir, en España aún se combatía a los infieles, y había reyes y nobles necesitados de jóvenes caballeros mercenarios, capaces de conducir a sus ejércitos a la victoria. Según le contaba a Grimpow una noche en que ambos padecían el ingrato mal del insomnio, y permanecían sumidos en el cansino ir y venir de un frágil duermevela, las tierras conquistadas a los musulmanes en España se repartían entre los caballeros que capitaneaban las batallas, y en ellas se elevaban fortalezas cuyas torres alcanzaban el cielo para conmemorar tales hazañas. Pobé de Lánforg no estaba dispuesto a renunciar a tales honores y grandezas, y si Grimpow no le acompañaba, le decía, buscaría otro escudero que gozara por él del privilegio de servirle.

En otro tiempo, Grimpow no habría dudado un instante en convertirse en fiel escudero del fantasioso y prometedor caballero Pobé de Lánforg, pero así como el novicio deseaba dirigirse hacia el sur para alcanzar la gloria eterna de los héroes, Grimpow debía emprender su camino hacia el norte, para ser fiel a su propósito de alcanzar la inmortalidad de los sabios.

—Me marcharé de la abadía esta misma noche, después de que todos los monjes se hayan acostado. Aún estás a tiempo de venir conmigo —le susurró el novicio Pobé de Lánforg al oído una mañana en que Grimpow estudiaba solo en la biblioteca, mientras el hermano Rinaldo trasladaba en el *scriptorium* las notas de sus tablas astrológicas a su manuscrito *Theorica Planetarum*.

—¿Estáis loco? Los salteadores de caminos os apresarán antes de que hayáis abandonado el valle, y si descubren quién sois exigirán un rescate a vuestro padre el conde, bajo amenaza de cortaros la cabeza si no accede a sus exigencias. Conozco bien a esa clase de ladrones asesinos, que no tienen piedad ni con sus propios hijos, podéis creerme —le advirtió Grimpow en voz tan baja que el novicio ni siquiera llegó a oírle.

—No aguanto ni un día más el silencio de este enclaustramiento, que tanto se parece a la tumba de un cementerio. Los maitines y los rezos no se hicieron

para un alma como la mía, que nada anhela más que coger su caballo y su espada, y cabalgar sin rumbo hasta conquistar el corazón de su desconocida amada —dijo Pobé, desesperado y poético como un trovador.

—Aguardad al menos hasta que podáis huir junto a alguna caravana de peregrinos, como teníais planeado. Sabéis que no tardarán en llegar a la abadía, aprovechando el deshielo de las montañas —insistió Grimpow.

Pobé de Lánforg movió de un lado a otro la cabeza.

—Mañana podría ser demasiado tarde. Fuera de estos muros están aguardándome la libertad y la gloria, y no estoy muy seguro de que tan delicadas damas estén dispuestas a concederme una espera más prolongada. Cada día oigo sus dulces voces prometiéndome mil gozos y aventuras, y he decidido entregarme sin demora a sus delicados brazos de diosas, antes de que mi alma se marchite entre los cánticos y oraciones de la abadía —dijo el novicio, haciendo chispear sus ojos como el rescoldo de una hoguera.

No era ésa la primera vez que Pobé de Lánforg le hablaba a Grimpow de los gozos del amor, de la dulzura de los besos y la suavidad de las caricias de una doncella, y las palabras del novicio le recordaron la imagen de las sirenas, sus pechos redondos y desnudos y sus voces hechizadas, que llenaron de ilusiones y deseos sus pensamientos, al punto que también él se sintió tentado de huir con Pobé de Lánforg de la abadía de Brínkdum esa misma noche, para partir lo antes posible en busca de aventuras y amoríos, cuya llamada retumbaba en sus oídos con el estrépito de un trueno en una noche de tormenta. Al fin y al cabo, eso era lo que Grimpow había soñado siempre, convertirse en escudero de un caballero andante y recorrer el mundo de torneo en torneo como los héroes de los romances que cantaban los juglares en las plazas y en los mercados. También ése había sido su propósito con Dúrlib cuando decidieron partir en busca del *finis mundi*, después de encontrar el cadáver del caballero en las montañas, pero, ahora que tenía la oportunidad de huir de la abadía y descubrir una vida nueva repleta de aventuras junto al novicio Pobé de Lánforg, una voz interior le advertía que su destino era otro y que no debía precipitarse en tomar una decisión tan arriesgada y trascendente.

—¿Y adonde pensáis dirigiros? —preguntó Grimpow al fin.

—Iré al sudoeste, y llegaré al castillo de Lánforg para despedirme de mi madre antes de partir hacia España.

—Vuestro padre os mandará de regreso a la abadía escoltado por sus soldados tan pronto os vea aparecer por su fortaleza.

—Te aseguro que ni muerto regresaré a este cementerio.

—Aquí no se está tan mal —alegó Grimpow sinceramente, pues de sobra conocía la dureza de la vida errante.

—Eso lo dices porque tú eres libre como los pájaros, aunque te guste pasarte el día rodeado de manuscritos inútiles, que de nada sirven a la fama de un caballero andante, y mucho menos a los deberes de un buen escudero. Si

vienes conmigo no lo lamentarás jamás —dijo el novicio Pobé de Lánforg, con una arrogancia que se diluyó en súplica.

—Dejadme pensarlo, no estoy muy seguro de que el destino nos lance a vagar por los mismos caminos del mundo, ni de que sean las mismas las aventuras y hazañas que nos aguardan —respondió Grimpow, asaltado por punzantes dudas.

—Tienes hasta después del oficio de completas para decidirte. Si cuando se apague la última antorcha del claustro no estás en las cuadras, supondré que renuncias a ser mi escudero y me marcharé de la abadía sin volver atrás la mirada, para no regresar nunca.

Esa noche nadie durmió en el jergón de paja del novicio Pobé de Lánforg, y cuando antes del amanecer las campanas de la torre de la abadía llamaron al oficio de maitines, Grimpow intuyó que un gran revuelo se formaría en la iglesia tan pronto como todos los monjes vieran su banco vacío en el coro. Por eso corrió a avisar al hermano Rinaldo, antes de que el rumor de un nuevo crimen se propagara entre los asustadizos monjes de la abadía, con la misma rapidez que se propaga el fuego de un rastrojo. Pero cuando Grimpow llegó a la cocina para pedirle al monje cocinero que entrara en la iglesia y le dijera al abad y al hermano Rinaldo que tenía que hablar con ellos en privado de un asunto urgente, ya fue demasiado tarde. Algunos novicios se habían percatado de que Pobé de Lánforg no había pasado la noche en el dormitorio, y estaban aterrados pensando que el fantasma del caballero templario lo había asesinado.

—¡Seguro que lo han degollado como al anterior abad! —exclamó el hermano Brasgdo al ver entrar a Grimpow en la cocina, sin darle tiempo a advertirle de lo ocurrido.

—¿Qué decís? —preguntó Grimpow.

—¿Aún no te has enterado? El joven novicio Pobé de Lánforg ha desaparecido. Nadie lo ha visto desde que anoche terminó el oficio de completas, y esta mañana tampoco ha asistido a maitines. Todos andan buscándolo por la abadía, y todos temen que lo hayan asesinado —dijo, aturrullado, el monje.

Al ver el rostro del hermano Brasgdo más alarmado que si hubiese visto ante sus ojos al fantasma del caballero de las montañas, Grimpow dijo entre bromas:

—Pues ya podéis olvidaros de enterrarlo siendo tan joven, porque Pobé de Lánforg está más vivo y contento que vos mismo.

—¿Cómo dices?

—Se marchó anoche de la abadía para cambiar vuestra orden religiosa por la orden de caballería y los goces del amor —dijo Grimpow entre risas.

El monje cocinero dejó un cazo de leche sobre la mesa, se limpió las manos en su hábito pardo y murmuró con indiferencia:

—Siempre sospeché que ese novicio rebelde era un bastardo... Pero dime, ¿por qué sabes tú que ha huido de la abadía?

—Él mismo me lo dijo. Incluso me propuso que me marchara con él y me convirtiera en su escudero, augurándome que no se conocerían proezas como las nuestras en todos los reinos de la cristiandad.

—Cuando su padre el conde de Lánforg sepa que el hijo pródigo al que deseaba convertir en obispo ha huido de la abadía, el joven Pobé no tendrá otra proeza de la que ocuparse que la de salvar sus huesos del apaleamiento.

—¿Tan severo es el conde de Lánforg? —quiso saber Grimpow, ante las aciagas premoniciones del monje cocinero.

—De él cuentan que era capaz de tumbar a un oso de un puñetazo, y que nadie tuvo jamás el valor de contrariarle sus deseos, por temor a ser ensartado por la afilada hoja de su espada como un espetón de carne ahumada.

Grimpow no supo si el hermano Brasgdo bromeaba, o si exageraba con el propósito de burlarse de su ingenuidad, pues apenas dijo esto entraron en la cocina el abad y el hermano Rinaldo, murmurando algo entre ellos.

—Si en las cuadras falta un caballo, es seguro que se lo ha llevado el novicio —oyó Grimpow que le decía el viejo monje bibliotecario al abad.

Grimpow se acercó a ellos y les contó lo que sabía. El abad frunció el ceño para expresar su contrariedad al oír su relato, pues el duque de Lánforg no sólo era un ferviente devoto de san Dustán, el monje peregrino cuyas reliquias se guardaban en la húmeda y oscura cripta de la abadía, sino que cada año contribuía con sustanciosas donaciones al sustento de los monjes, y la huida del rebelde novicio ponía en serio peligro la continuidad de sus muchas dádivas y visitas.

Los dos monjes abandonaron la cocina en dirección al coro de la iglesia comentando entre ellos lo sucedido, y Grimpow se quedó a solas con el hermano Brasgdo, que se ocupaba en elaborar unos deliciosos quesos de cabra, removiendo sus manos regordetas en un barreño repleto de leche fresca.

—¿Es cierto que el conde de Lánforg visita con frecuencia la abadía? —le preguntó al monje cocinero, mientras se colocaba a su lado y le ayudaba a envolver los quesos en finos paños de lino.

—Acostumbra a venir a la abadía acompañado de su séquito varias veces en primavera y algunas otras en verano, cuando no hace frío en el valle y se hace más llevadera la dolencia de gota que tortura su pierna desde que yo guardo memoria. Siempre le oí decir que cada vez que reza a san Dustán en la cripta de la iglesia abacial y se toma los brebajes de hierbas que el hermano Ássben elabora para él, siente tal mejoría en sus terribles dolores que, de no ser por las muchas obligaciones y quebraderos de cabeza que le impone la defensa de su condado, se vendría a vivir a la abadía para disfrutar cada día de tales milagros.

—¿De veras cree el conde de Lánforg que a san Dustán le preocupan sus ataques de gota? —preguntó Grimpow.

—Aunque tú seas un descreído, por no tacharte de hereje —dijo el hermano Brasgdo mirándolo de reojo con benevolencia—, los milagros de san Dustán

son conocidos en toda la cristiandad, y tendrás ocasión de comprobarlo tú mismo cuando lleguen los primeros peregrinos a la abadía.

Ahora comprendía Grimpow por qué el novicio Pobé de Lánforg tenía tanta prisa por abandonar la abadía, antes de que su padre el conde llegara a ella para hacer sus curas de salud en primavera, pero entonces aún ignoraba que muy pronto también él se marcharía, y que volvería a encontrarlo en el castillo del barón Figüeltach de Vokko, armado de lanza y espada como un noble caballero.

Quiso el sol enamorar a la luna

Los primeros peregrinos del norte comenzaron a hospedarse en la abadía a comienzos del mes de abril, y con ellos llegaron las primeras noticias. Decían que el gran maestre de la Orden del Temple había sido quemado vivo en la hoguera junto a otros caballeros templarios, y que Jacques de Molay había lanzado una maldición contra el Papa y el rey de Francia, asegurándoles que morirían antes de un año. Grimpow no prestó entonces demasiada atención a esas noticias, y tampoco los monjes de la abadía le hicieron comentario alguno sobre ellas, aunque tiempo después supieron la importancia que tenían.

Un día de cielos anubarrados y negruzcos que se resquebrajaban entre las garras luminosas de incesantes truenos y rayos, Grimpow observó desde la ventana de la biblioteca la llegada a la abadía de un grupo de nobles engalanados con ropajes de vistosos colores, seguido de su cortejo de pajes y sirvientes. Atraído por el bullicio bajó al claustro, y desde allí se dirigió a la hospedería para ayudar a Kense y a otros criados, que ya se ocupaban del acomodamiento de los recién llegados en sus aposentos, bajo las órdenes incesantes y apabulladas del hermano Brasgdo. El monje cocinero no paraba de gesticular y bambolear su barriga de un lado a otro, mientras se deshacía en reverencias y saludos ante las damas y doncellas que bajaban de los carros. Grimpow iba a preguntarle qué podía hacer él para ser útil en ese trasiego de idas y venidas de baúles y cofres, cuando vio a una muchacha de ojos tan claros y trasparentes como dos gotas de agua cristalizada, que bajaba de una carreta engalanada con guirnaldas de flores. La muchacha reparó en la presencia del joven que la observaba embobado, y le dedicó una sonrisa que hizo que Grimpow se ruborizara y que sus pensamientos volaran raudos y dispersos como una bandada de pájaros sorprendidos en sus más plácidos sueños. Por primera vez en su vida sentía un palpito amoroso en su interior, un bullir intenso de su sangre desde los pies a la cabeza que le hizo temblar como un junco a merced de un viento huracanado. Y fue en ese instante cuando Grimpow comprendió todo lo que el novicio Pobé de Lánforg le había hablado

sobre el amor y los trastornos del alma que acarreaba, y deseó que aquel mágico encuentro con la muchacha de los ojos de agua se perpetuara hasta la eternidad. Sin embargo, el hermano Brasgdo reparó en el cruce de miradas de los dos jóvenes, y le ordenó a Grimpow que regresara a la biblioteca y se ocupara de sus estudios, antes de que el diablo se cruzara en su camino y lo tentara con sentimientos impuros y pecaminosos. Grimpow obedeció a regañadientes y regresó a la biblioteca, aunque se pasó la tarde mirando alelado al infinito, e inmerso en dulces ensoñaciones mientras merodeaba una y otra vez por la hospedería de nobles, sin conseguir ver de nuevo a la joven divinidad que parecía haber surgido ante sus ojos de la nada para esfumarse luego en el aire como el cadáver del caballero desconocido se desvaneció en las montañas. Y a pesar de que no volvió a verla más, Grimpow pasó las noches que siguieron despierto hasta la madrugada, recreando sus pensamientos en el hermoso rostro de aquella misteriosa muchacha cuya voz le parecía oír en sueños, como si fuese el embriagador canto de la sirena más bella que nadie hubiese visto jamás.

Muchos peregrinos llegaban a Brínkdum en largas caravanas de paso a Santiago de Compostela, cruzando las montañas de los Alpes desde el nordeste hacia el sur y siguiendo la ruta que unía la comarca de Úllpens con el camino que llevaba hasta la lejana abadía francesa de Vezelay, donde se unían a otros peregrinos que bajaban desde Alemania o París, para hacer penitencia y purificar sus pecados postrándose ante la tumba del apóstol compostelano en las aún más lejanas tierras de España. Pero también había peregrinos de las comarcas cercanas qué llegaban a la abadía atraídos por la fama milagrosa de los huesos y la calavera de san Dustán, que se conservaban en un sarcófago de mármol blanco en la cripta de la iglesia abacial. San Dustán fue el primer monje ermitaño que llegó al valle de Brínkdum cuando sólo los lobos y los osos habitaban los bosques, y construyó una pequeña ermita de madera para vivir en ella en soledad, apartado de todo contacto humano. Al decir de las leyendas, su verdadero nombre era Dustán de Guillol, y había peregrinado a Jerusalén en tiempos de la primera cruzada, junto a Pedro el Ermitaño y su ejército de pobres hambrientos, aventureros y fugitivos, que esperaban encontrar en Tierra Santa el fin de sus miserias y la eterna salvación de su alma, aunque para su desdicha sólo encontraron la faz de la muerte escondida tras los siniestros velos de las epidemias, la hambruna y las afiladas espadas de los musulmanes. Dustán de Guillol había sido uno de los pocos supervivientes que regresaron de ese infierno para contar sus penurias, y recorría aldeas y ciudades montado en un burro como su maestro, con el rostro demacrado y los pies descalzos, mientras predicaba la guerra santa contra el infiel con gritos desgarrados que entusiasmaban a cuantos le oían. Pero un día Dustán de Guillol desapareció de los caminos y nadie supo más de él, hasta que un grupo de monjes que cruzaba

las montañas encontró su cochambrosa ermita en medio del bosque, y sus huesos desnudos amontonados sobre su camastro. Deslumbrados por la belleza de las montañas, esos monjes decidieron quedarse en el valle de Brínkdum para custodiar el esqueleto del ermitaño en la cripta de la abadía que se proponían construir para venerarlo, y que pronto alcanzó fama de milagrosa en toda la comarca de Úllpens gracias a las reliquias del santo predicador de las cruzadas que se guardaban en ella. Al principio construyeron la abadía en el mismo lugar en que estaba la ermita, pero las frecuentes avalanchas de nieve obligaron a los monjes a trasladarla a su actual emplazamiento.

A Grimpow no dejaba de sorprenderle que la Iglesia convirtiera en santos a quienes mostraban tanto empeño por matar a sus semejantes, así que a la mañana siguiente, mientras esperaba ver de nuevo desde la ventana de la biblioteca a la muchacha de los ojos de agua entre el bullicioso ajetreo del grupo de peregrinos que se disponía a continuar su camino hacia Compostela, le preguntó al hermano Rinaldo:

—Si Dios proclama en la Biblia el amor entre todos los hombres, ¿por qué la Iglesia predicó las cruzadas para conquistar Tierra Santa matando a los infieles?

Al viejo monje le sorprendió la pregunta de su discípulo, y no ocultó su desagrado al tener que responder a esa espinosa cuestión.

—El hermano Brasgdo me contó que san Dustán se pasó media vida montado en un burro, proclamando por aldeas y ciudades que Dios le había hablado y había inflamado su espíritu para que exhortara a todos los cristianos de la Tierra a liberar los santos lugares de Jerusalén, matando para ello a cuantos infieles se cruzaran en su camino o se opusieran a su propósito —insistió Grimpow.

—El hermano Brasgdo es un deslenguado incapaz de mantener la boca cerrada, a menos que tema que se la cosan por culpa de sus palabras —dijo el viejo monje en tono airado.

—¿Es cierto entonces? —insistió Grimpow, entristecido al ver que la caravana de peregrinos se alejaba de la abadía sin que él hubiese vuelto a ver a la muchacha de los ojos de agua.

El hermano Rinaldo meditó unos instantes. Luego dijo:

—Hace tres siglos, la cristiandad cayó en manos de un fanatismo religioso difícil de justificar, y se propuso recuperar el Santo Sepulcro del poder de los musulmanes que lo pisoteaban sin ningún respeto. Dios así lo quiso.

—¿Y a quién le comunicó Dios su deseo de que se sacrificaran tantas vidas en su nombre? —preguntó Grimpow, a sabiendas de que volvería a poner al hermano Rinaldo en un aprieto.

—Dios le habló a los cristianos a través del papa Urbano II, que era entonces su cabeza visible en la Tierra. Después del primer milenio todos querían acudir a Jerusalén porque creían que allí estaba el reino celestial, pero los peregrinos eran atacados impunemente por los musulmanes, que los mataban y los humillaban sin ningún temor. Entonces el Papa llamó a todos los

nobles y caballeros para que tomaran su espada en defensa de los peregrinos: «¡Id, hermanos en Cristo, id a atacar a los enemigos de Dios que han usurpado el Santo Sepulcro del Señor!», gritó el Papa al proclamar la primera cruzada en el concilio de Clermont, en el año mil noventa y cinco —y al decir esto, el viejo monje pareció recuperar toda la vitalidad y la fuerza de sus tiempos de caballero templario.

—Vos me dijisteis que participasteis en la octava cruzada, ¿tantas hubo? —quiso saber Grimpow.

—Los musulmanes nunca dejaron de hostigar y atacar nuestras fortalezas en Tierra Santa, y fue necesario volver a recuperarlas una y otra vez mediante los poderosos ejércitos que llegaban de todos los reinos de Europa. Fueron casi dos siglos de luchas sangrientas e interminables —dijo el hermano Rinaldo con pesadumbre.

—Por eso vos matasteis a aquellas mujeres y niños, decapitándolos con vuestra espada de caballero templario —dijo Grimpow, a sabiendas de que le estaba clavando al viejo monje un puñal en el corazón, pero necesitaba que él mismo le confirmara la verdad sobre las imágenes que había vislumbrado al tomar en su mano la espada que el criado Kense le había enseñado en la gruta subterránea de la abadía.

El semblante del hermano Rinaldo se transformó en un rictus desolado e incrédulo al oír la afirmación de Grimpow.

—¿Cómo puedes tú saber eso? —murmuró entre el temblor de sus labios, como si hubiese visto en el brillo de los ojos de Grimpow la cara del diablo.

—Kense me condujo hasta la gruta subterránea de la abadía y me mostró vuestra espada y vuestras vestiduras de caballero templario. Cuando cogí la espada vi aquella matanza en mi mente con la misma nitidez con que ahora os veo a vos.

El viejo monje suspiró abatido, pero aun así dijo:

—Responderé a tu pregunta si haces juramento de ser tan sincero como yo al contestar a la que yo te haga.

—Es justo —aceptó Grimpow.

Hubo un breve silencio, que a ambos les pareció eterno.

—En ese tiempo estaba convencido de que alcanzaría el cielo matando a esas criaturas indefensas, porque era la voluntad de Dios acabar con todos los infieles, aunque sólo fueran mujeres y niños —dijo afligido por sus recuerdos.

—¿Tan ciego os volvisteis para creeros tantas mentiras? —le reprochó Grimpow.

—El fanatismo nubla el entendimiento del hombre más cuerdo, pero créeme que pagué con creces mis culpas —concluyó apenado el viejo monje.

Grimpow no compartió su respuesta, pero sus explicaciones le bastaron para averiguar lo que deseaba, así que dijo:

—Podéis hacerme vuestra pregunta.

El hermano Rinaldo carraspeó y, algo más animado al sentirse libre del interrogatorio de Grimpow, le preguntó:

—¿Ayudaste de algún modo al hermano Ássben en su laboratorio para que consiguiera transmutar metales innobles en oro puro? —Y se quedó mirándole fijamente a los ojos como si esperase comprobar en ellos la sinceridad de su respuesta.

—Sí —dijo Grimpow simplemente, esperando que esa breve afirmación le bastase también al monje bibliotecario.

—Pues casi vuelves loco al hermano Ássben, que al ver la pieza de oro en su alambique creyó haber encontrado la fórmula definitiva de la transmutación alquímica, y anda desesperado en su laboratorio intentando repetirla día y noche sin éxito. ¿Cómo lo lograste tú?

Grimpow pensó ocultarle al viejo monje que se había servido de la piedra del caballero muerto en las montañas, pero había hecho un juramento y debía cumplirlo sin reservas. De modo que sacó la piedra de la bolsa de lino que le colgaba del cuello y se la mostró al hermano Rinaldo, que la miró fascinado como si le hubiese mostrado una reliquia de la Veracruz.

—Introduje esta piedra en el agua de los dioses que el hermano Ássben elaboró en el alambique.

—¿Me dejas verla? —le pidió extendiendo su mano.

Grimpow le ofreció la piedra temeroso de lo que pudiese hacer con ella, pero el monje bibliotecario sólo la acercó a sus ojos para verla mejor, y murmuró:

—Así que sólo se trata de esto.

—¿Qué queréis decir?

—Este insignificante mineral es sin duda la verdadera piedra filosofal de la que hablan todas las leyendas y los manuscritos. La única capaz de convertir el plomo en oro y al hombre en sabio —dijo el monje—. ¿Dónde la conseguiste? ¿Estaba en poder del caballero templario? —añadió al tiempo que le devolvía la piedra a Grimpow.

—Así es, la tenía en su mano el caballero muerto en las montañas cuando Dúrlib y yo le encontramos sobre la nieve —confesó—. Dúrlib creyó que se trataba de un simple amuleto y me la dio a mí. Me dijo que esa piedra iría unida a mi destino.

—Y no se equivocó. Dúrlib se convenció pronto de que tu destino era muy distinto al suyo, y por eso se marchó dejándote en la abadía. Aquí has aprendido todo cuanto yo podía enseñarte, y no me cabe duda de que a tu corta edad eres más sabio que muchos sabios a los que he conocido en mi larga vida, pero quizá haya llegado el momento de que emprendas tu propio camino hacia la ciudad de Estrasburgo, y busques allí a ese tal Aidor Bílbicum que aparece en el mensaje del que me hablaste. Tal vez él pueda ayudarte a desvelar el secreto de los sabios, con el que esa misteriosa piedra que posees debe de tener mucho que ver.

—A veces siento como si fuese la misma piedra la que me impulsara a marcharme de la abadía —dijo Grimpow.

—Si te marchas de la abadía y haces lo que de verdad te dicta el corazón, los obstáculos que encuentres en tu camino sólo serán un estímulo para que sigas adelante, pero si te quedas con nosotros y haces lo que no deseas, el menor obstáculo que debas salvar significará tu fracaso. La elección debe ser sólo tuya. Yo aceptaré lo que tú decidas.

Cuando el hermano Rinaldo le dijo al hermano Brasgdo que Grimpow había decidido abandonar pronto la abadía, se sintió tan desolado y entristecido como cuando supo que al abad lo habían asesinado.

—Pensé que Grimpow se quedaría con nosotros como novicio, y que pronto profesaría los votos de la orden. Alguien tan sabio como él podría llegar a ser abad, obispo, o incluso Papa —dijo apenado.

—Tu interés por Grimpow es encomiable, pero a ese muchacho le ha reservado el azar la misión más importante de cuantas puedas imaginar. Grimpow ha aprendido mucho durante estos meses sobre grandes misterios que remontan su origen a los comienzos del mundo, y que aún habrán de desvelarse antes de servir para engrandecer a la humanidad. Su destino está más allá de las estrellas.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el monje cocinero.

—No me hagas preguntas que no puedo contestarte, y cuyas respuestas necesitarían ser explicadas en más de cien noches de vigilia, sin que al final lograras comprender mucho más de lo que ahora oyes.

—No te entiendo, Rinaldo —repitió el hermano Brasgdo.

—Comprender ese misterio te perturbaría más que el desconocimiento que lamentas. Hazme caso y olvida pronto las palabras que has oído de mis labios.

Después de largos y tediosos días de lluvias y tormentas primaverales llegó a la abadía un jinete solitario con aspecto de aventurero, montando un precioso caballo negro cuyo pelaje destellaba como las aguas de un lago bajo la luz de la luna llena. Con un andar parsimonioso y torpe, cabalgaba junto a él una mula cargada con grandes alforjas y talegas, sobre las que estaban atadas las piezas de una vieja armadura. A diferencia de la mayoría de los peregrinos, que llegaban del norte, el jinete provenía del sur.

Grimpow le vio subir por el sendero una mañana que había salido temprano a cazar unos conejos con su arco, y corrió a su encuentro sin dudarlo, situándose sobre un risco que se elevaba junto al camino. Era un hombre joven y fornido, de facciones serenas, en cuya mejilla derecha se abría un hoyuelo cuando hablaba o sonreía. Su vestimenta estaba algo deteriorada, pero había algo en él que le confería el gesto atrevido de un caballero sin tierras ni

posesiones. Una larga espada con puño dorado le colgaba del cinto, y Grimpow pudo ver sobre la mula su escudo, blasonado con un sol sobre campo azul y una luna llena sobre campo negro, símbolos evidentes de su vinculación con la alquimia, que a Grimpow le recordaron un poema que el hermano Ássben le había recitado en el laboratorio de la enfermería cuando realizaban su experimento para transformar el plomo en oro, y que decía así:

Quiso el Sol enamorar a la Luna
y siguió su estela por el infinito cielo.
«Acércate hermosa dama y admira mi valor,
no huyas de mi lado ni desoigas mi voz.
Yo soy el rey del día —dijo el Sol—,
y la luz y el calor mis mejores dones son.»
«Luna reina de la noche soy yo,
y oscuridad y silencio ofrezco al amor.»
«Ámame entonces, Luna deseada,
dulce almíbar de mi amargo penar.»
«Te amaré sin duda, ¡oh Sol dichoso!,
oportuno consuelo a mi eterno vagar.»

Al llegar a su altura, el jinete detuvo sus cabalgaduras y, dirigiendo sus ojos al arco que Grimpow tenía en su mano, le preguntó:

—¿Has cazado algo, muchacho?

—No, aún no he encontrado ningún conejo por aquí, deben de haberse ahogado todos con las últimas lluvias —contestó Grimpow.

—¿Estás seguro de que sabes manejar ese arco? —preguntó el caballero, dejando que una sonrisa se dibujara en sus labios.

Grimpow no contestó a su pregunta. Se limitó a sacar una flecha del carcaj que colgaba de su espalda, la colocó en el arco y apuntó a una flor violeta que mecía la brisa a unos sesenta pasos de distancia. Tensó el arco y, al soltar el bordón, la flecha silbó en el aire, cortando el tallo de la flor como si la hubiese cortado con un afilado cuchillo un ser tan invisible como el viento.

—No está mal —dijo riendo el jinete—. Ahí abajo acabo de cruzarme con un corzo despistado. Tal vez si lo buscas entre aquellos matorrales puedas cazarlo —añadió, a la vez que giraba la cabeza y señalaba un punto indeterminado del valle situado a su espalda.

—Si no os incomoda, os acompañaré a la abadía y le anunciaré al abad vuestra llegada.

—¿Vives en la abadía de Brínkdum?

—Sólo desde hace unos meses. Llegué aquí a comienzos del invierno pasado.

—¿Cómo te llamas?

—Mi nombre es Grimpow, de la aldea de Óbernalt. ¿Y vos, quién sois?

—Me llamo Salietti, Salietti de Estaglia.

Un águila sobrevolaba por encima de los abetos, con sus grandes alas desplegadas y un conejo moribundo entre sus garras.

—¿Sois italiano?

—Así es.

—En la abadía vive un monje ciego y centenario que nació en Alessandria, del condado italiano del Piamonte. Uberto es su nombre —dijo Grimpow.

—He oído hablar de él, y de sus teorías alquímicas —dijo el jinete, aguantando las riendas de su inquieto caballo.

—¿Sois un alquimista? —preguntó Grimpow interesado.

—No, pero mi padre sí lo fue, y a veces me hablaba de algunos monjes que también buscaban el gran secreto de la piedra filosofal. Uberto de Alessandria fue muy conocido entre los alquimistas de su época.

Oír esas palabras en boca de aquel jinete desconocido le produjo a Grimpow un ligero cosquilleo en el estómago.

—¿Y adonde os dirigís? —preguntó para hablar de otra cosa.

—Voy hacia el norte, camino de la ciudad de Estrasburgo. Tengo intención de participar en los torneos de primavera de los castillos de Alsacia, que ha convocado el barón Figüeltach de Vokko en su fortaleza.

—¡Pensáis combatir en las justas! —soltó Grimpow ilusionado, pues por un momento cruzó por su mente la idea de marcharse de la abadía con el jinete recién llegado, y poder llegar a la ciudad de Estrasburgo para buscar a Aidor Bílbicum y entregarle el enigmático mensaje lacrado que portaba el caballero muerto en las montañas.

—Ése es mi deseo, y espero vencer en buena lid a todos los caballeros que enfrenten su lanza a la mía. He oído pregonar a los heraldos de Figüeltach de Vokko que el ganador elegirá a la reina del torneo entre todas las damas que asistan a las justas, y espero encontrar allí a la princesa de mis sueños —dijo sonriendo.

Por un instante Grimpow vio en los ojos del caballero Salietti de Estaglia el rostro del novicio Pobé de Lánforg, a quien también le bullía la sangre con tales afanes caballerescos.

—Entonces necesitaréis un escudero que os sirva fielmente, y os ayude a cargar con vuestras armas en los torneos —sugirió Grimpow sin pensarlo.

—¿Te gustaría venir conmigo?

—Nada desearía más que ser vuestro escudero —respondió entusiasmado.

Salietti le dijo que, si ése era su verdadero anhelo, desde ese mismo instante podía considerarse nombrado en su nuevo cargo. Y dicho esto, se desabrochó el cinto de cuero que ceñía su espada a la cintura, la desenvainó, y con ella le dio a Grimpow un leve golpe en el hombro, mientras decía con fingida solemnidad:

—¡Con este toque de mi espada, que es símbolo de noble sumisión a las leyes de la caballería, te nombro mi escudero!

Luego le entregó la pesada espada para que comenzara a cumplir sin tardanza con sus deberes de portar las armas de un caballero, y al tocarla Grimpow presintió que un mundo nuevo se abría ante sus ojos, envuelto por nebulosas tragedias y apasionantes misterios.

II PARTE

Los castillos del círculo

El árbol de los ahorcados

El día de la partida llegó, y Grimpow y el caballero Salietti de Estaglia fueron despedidos por los monjes de la abadía con silenciosos adioses, empapados en las lágrimas contenidas del hermano Brasgdo. También Grimpow lamentó tener que abandonar los muros de piedra que durante los últimos meses habían sido su refugio, pero sabía que debía continuar la misión inacabada del caballero muerto en las montañas, y la presencia del caballero Salietti le brindaba una oportunidad única para llegar hasta la ciudad de Estrasburgo, que no podía desperdiciar de ningún modo. El hermano Rinaldo no sólo no puso ningún inconveniente a que Grimpow se marchara con el caballero Salietti de Estaglia, sino que se mostró complacido al oír de sus propios labios que ya le había nombrado su escudero, en una breve pero solemne ceremonia. Antes de partir, el viejo monje llamó a Grimpow a la biblioteca y le dijo que el hermano Uberto de Alessandria conocía en la ciudad de Estrasburgo a un posadero llamado Junn el Cojo, que podría ayudarle a encontrar a Aidor Bílbicum.

—Su posada se llama El Ojo del Dragón Verde y queda muy cerca de la antigua plaza de Estrasburgo, en la que ahora están construyendo la nueva catedral. No tendrás dificultades en encontrarla. Dile que vas de parte del hermano Uberto de Alessandria.

Luego condujo al que había sido su discípulo hasta las caballerizas, donde Grimpow vio en la puerta a Kense, que le miraba con ojos apenados como si tampoco él deseara que se marchase de la abadía, pero cuando Grimpow se dispuso a despedirse de él salió corriendo y desapareció tras el cobertizo de las cochineras con el sigilo de una comadreja. Entraron en los establos y el hermano Rinaldo se dirigió directamente hacia el caballo blanco del caballero muerto en las montañas, al que Grimpow había bautizado hacía tiempo con el nombre de Astro.

—El nuevo abad me ha autorizado a regalártelo —dijo el viejo monje—. Si vas a cumplir la misión que su antiguo amo dejó inacabada, será mejor que su caballo también vaya contigo.

Grimpow le agradeció al hermano Rinaldo todo cuanto había hecho por él, y le colocó a Astro las riendas y la silla. El animal relinchó de contento, como si adivinase que ya no volvería a separarse de su nuevo dueño.

—No olvides nunca que la búsqueda de la sabiduría es un largo y tortuoso camino. Ojalá la encuentres algún día, y tengas la dicha de desvelar al fin el secreto de los sabios. Probablemente, cuando eso ocurra, yo ya estaré en el otro mundo, gozando de la paz eterna de los cielos, o ardiendo por los siglos de los siglos en las profundidades del infierno —concluyó el viejo monje, con una sonrisa que hizo centellear sus ojos sin párpados.

El caballero Salietti de Estaglia aguardaba a Grimpow ante las puertas de la abadía, montado sobre su cabalgadura y junto a la mula cargada con la armadura y las provisiones que el hermano Brasgdo les había preparado para su largo viaje, y al ver llegar a su escudero tirando de las riendas de Astro, exclamó entre risas:

—¡Se supone que es el escudero quien debe esperar a su señor!

—En esta ocasión deberéis disculparlo, señor Salietti, y considerarme a mí el responsable de la tardanza de vuestro paje —dijo el hermano Rinaldo, riendo también.

De un salto se subió Grimpow a lomos de Astro, y dijo orgulloso:

—Podemos partir cuando gustéis, mi señor Salietti.

Un silencioso coro de monjes les dijo adiós sacudiendo al aire sus brazos, y de los ojos del hermano Brasgdo se escaparon unas lágrimas que él intentaba contener arrugando su cara regordeta, mientras acariciaba su pata de conejo con las manos.

Acababan de ponerse en marcha cuando la voz del pequeño monje herbolario, a quien Grimpow había echado de menos en su despedida, se alzó entre los frailes que ya se retiraban a sus ocupaciones.

—¡Esperad un momento! —gritó. Luego, el hermano Ássben corrió hasta ellos y, entregándole una pequeña bolsa de cuero, le dijo a Grimpow en voz baja—: Es posible que a ti te sea más útil que a mí; y después de mucho cavilar he llegado a la conclusión de que quizá la pieza de oro que encontré en mi laboratorio sea más tuya que mía. La he vuelto a fundir y la he convertido en pequeñas pepitas doradas que tal vez te hagan falta en tu viaje.

—Sois muy generoso —dijo Grimpow agradecido.

—No más de lo que tú lo fuiste conmigo —añadió el monje herbolario, y se quedó mirando cómo los dos jinetes se alejaban de la abadía, sin que su sonrisa de alegre y bondadoso bufón desapareciera de su rostro.

Cuando comenzaron a ascender hacia las montañas para cruzar los Alpes occidentales por una estrecha garganta situada al nordeste, un manto de nubes cubrió el sol oscureciendo las cimas aún nevadas hasta dejarlas envueltas en sombras. Por última vez miró Grimpow hacia atrás desde su montura, y supo que entre los muros de piedra rojiza de la abadía quedaba encerrado su pasado, como un sueño inquietante y agridulce que sólo pervive en la memoria. Allí había visto por última vez a su querido amigo Dúrlib, allí se había ocultado del malvado inquisidor Búlvar de Góztell, allí habían asesinado al abad, y allí había aprendido todo cuanto ahora sabía, incluida la leyenda del secreto de los sabios y el posible origen templario del caballero muerto en las montañas. Ahora todos esos sentimientos y recuerdos quedaban atrás, y sólo debía mirar hacia delante para continuar su camino sin tropiezos y averiguar quién era Aidor Bílbicum, qué significaba el texto del mensaje lacrado, qué era exactamente la piedra filosofal que él poseía y qué relación tenía con el secreto de los sabios que el Papa y el rey de Francia tanto deseaban poseer.

—¿Te preocupa algo, Grimpow? —le preguntó Salietti, que cabalgaba a su lado con la majestuosidad de un monarca sin reino.

—No, sólo pensaba que jamás volveré a ver este valle —contestó.

—¡Oh, vamos, no digas eso! El futuro es incierto y caprichoso como una tormenta de verano. Tal vez algún día regreses a la abadía —dijo Salietti.

Pero Grimpow sabía que jamás regresaría.

—Ni siquiera me habéis preguntado qué fue lo que me dio el monje herbolario al despedirme hace un rato —comentó Grimpow para cambiar el rumbo de su diálogo.

—No me gusta inmiscuirme en los asuntos de mi escudero —murmuró Salietti.

—Creo que será mejor que guardéis vos esta bolsita de cuero —le ofreció.

Salietti extendió su mano y cogió la bolsa mirándola con curiosidad.

—¿De qué se trata?

—Vedlo vos mismo.

Salietti soltó las riendas de su caballo y deshizo el nudo de la cinta que cerraba la bolsa. La abrió y hurgó en ella con sus dedos hasta sacar un puñado de pepitas de oro, tan pequeñas y redondas como granos de maíz tostado.

—¡Por las barbas ahumadas de un alquimista! —exclamó, soltando un largo silbido que propagó el eco de las montañas—. Aquí hay una pequeña fortuna —añadió contento.

—Podéis considerarla vuestra. Al fin y al cabo, vos sois el caballero, y yo sólo soy vuestro escudero. No estaría bien que fuese yo quien portara vuestras riquezas —explicó Grimpow irónico.

—Un buen caballero jamás privaría de sus posesiones a su escudero, aunque, si te complace que sea yo quien custodie esta bolsa de oro, nunca hallarías mejor guardián para tan noble misión, querido Grimpow. Te juro por

mi honor y por las fauces del mítico Cancerbero que defenderé tu oro con mi espada y, si fuese preciso, con mi propia dignidad de caballero —dijo Salietti, al tiempo que guardaba la bolsa bajo su jubón.

—¿Qué os parecería si comprásemos en Úllpens ropas adecuadas a vuestra alcurnia y una nueva armadura? Esa que poseéis, más abollada y oxidada que las cacerolas de la cocina del hermano Brasgdo, no es digna de un caballero como vos, y además desmerece el orgullo de un rico escudero como el vuestro —dijo Grimpow riendo.

—Aceptaría encantado, siempre que no te empeñes también en que cambie por otra más noble mi espada. Ésta, a la que llamo Atenea por las muchas veces que me salvó la vida, es la mejor espada que pudo soñar nunca un buen caballero andante —dijo Salietti llevándose la mano al cinto.

—¿Conocéis la mitología griega? —preguntó Grimpow al oír el nombre de la diosa de la guerra.

—Cuando tenía tu edad tuve un maestro que me enseñó muchas cosas interesantes —dijo indiferente.

—Atenea era la diosa de la guerra para los griegos —dijo Grimpow.

—Pero también era considerada la diosa de la razón, presidía las artes y la literatura, y tenía mucha relación con la filosofía —discursó Salietti, y a Grimpow no le cupo duda alguna de que su nuevo amigo y «señor» era más sabio de lo que decía, aunque fuese también más pobre que un mendigo.

Siguieron ascendiendo y cruzaron verdes prados en los que, en verano, los pastores trashumantes encendían sus hogueras para proteger a los rebaños de la codicia de los lobos, dejaron a un lado altas cascadas de agua que se precipitaban como largas colas de caballo a un abismo de rocas y espuma blanca, rodearon helados glaciares en los que se abrían enormes grietas y abismos insondables y caminaron a pie tirando de las riendas de sus cabalgaduras por estrechos desfiladeros sin fondo, hasta que al fin pasaron bajo las cimas puntiagudas de las montañas y al otro lado de una abrupta garganta apareció la ciudad de Úllpens, rodeada de murallas que se alzaban sobre una extensa llanura.

Aún no había caído el sol cuando llegaron a las puertas de la ciudad. Algunos carros cargados de heno cruzaban el puente fortificado sin que los soldados apostados sobre la pequeña torre de guardia les cortaran el paso. Tampoco a ellos les preguntó nadie adónde iban ni de dónde venían, aunque el abad de Brínkdum, por sugerencia del hermano Rinaldo de Metz, les había proporcionado un salvoconducto dirigido al obispo de Estrasburgo que les permitiría entrar y salir sin dificultad de cualquier ciudad o castillo en que necesitasen hospedaje.

Las calles de Úllpens estaban desoladas a esa hora de la tarde, y sólo cerca de la plaza oyeron un griterío que el caballero Salietti atribuyó a los mercaderes

que a grandes voces pregonaban las virtudes de sus baratijas desde sus destartalados tenderetes.

Grimpow también lo creía así, pero su espanto alcanzó la dimensión de un delirio cuando entraron en la plaza y vio a su amigo Dúrlib colgado como un espantajo del árbol de los ahorcados de Úllpens, mientras la multitud congregada alrededor reía y gritaba, presa de la excitación y la locura de presenciar el espectáculo de una ejecución pública. El cuerpo semidesnudo y ensangrentado de Dúrlib se balanceaba en pequeños círculos como un péndulo, sus ojos aún abiertos estaban desorbitados, y la lengua le colgaba de la boca abierta como si se burlara de sus verdugos. Grimpow cerró los ojos y contuvo su horror apretando los puños hasta clavarse las uñas en la palma de sus manos.

—¿Conocías a ese hombre? —le preguntó Salietti, aturdido por el repentino llanto de su escudero.

A duras penas consiguió Grimpow decirle que ese pobre desdichado al que acababan de ahorcar era Dúrlib, que había sido para él como un padre, antes de que se quedase a vivir en la abadía de Brínkdum.

—Marchémonos de aquí, ya no podemos hacer nada por ayudarle —dijo Salietti afectado por el dolor de Grimpow.

Grimpow se sentía incapaz de moverse, por más que deseara coger la espada de Salietti y espolear su caballo para acometer a aquella multitud que no dejaba de gritar y de reír ante la macabra escena del cuerpo sin vida de su amigo.

—Vamos, Grimpow, creo que aún tienes muchas cosas que contarme —dijo Salietti, tirando de las riendas de Astro.

Salieron de la plaza por un callejón bajo y arqueado, y pasaron junto a una vieja iglesia en ruinas. Más adelante, en una callejuela estrecha de pequeñas casas que dejaban ver en las fachadas su armazón de madera, encontraron una taberna abierta donde una mujer delgada y con el rostro devorado por la viruela limpiaba unas jarras de barro sobre un mostrador mugriento. Salietti bajó de su caballo y le pidió a Grimpow que descabalgara. Luego cogió las riendas de Astro y las ató, junto a las de su montura y las de la mula cargada con la armadura, en una argolla de hierro que colgaba junto a la puerta.

La mujer les miró con desconfianza. Se limpió las manos en un trapo y les preguntó cómo era que no estaban en la plaza disfrutando del ahorcamiento.

—Toda la ciudad está reunida allí, revoloteando alrededor del cadáver como cuervos en busca de carroña —dijo la mujer—. Ver morir a los demás les parece divertido, y así se olvidan de que también a ellos les llegará la hora de rendirle cuentas al Cielo —añadió con voz nasal.

Salietti le indicó a Grimpow que se sentara a una mesa situada bajo una ventana y le pidió a la mujer un poco de aguardiente. Luego dijo:

—¿Qué hizo ese hombre para que lo hayan ajusticiado con tanto revuelo?

A la mujer pareció agradarle la curiosidad de Salietti.

—Por lo que yo sé, llevaba varias noches borracho, alardeando aquí y allí de poseer el tesoro de un misterioso caballero al que había encontrado muerto en las montañas, cerca de la abadía de Brínkdum, y cuando unos soldados del conde fueron a prenderlo, desenvainó su espada, y a uno le cortó una oreja, a otro un brazo, y por si fuera poco mató a otro de ellos. Algunos dicen que no era más que un ladrón, que hace unos meses llegó a Úllpens derrochando monedas de plata acuñadas por esos siervos del diablo a los que llaman templarios, y que se volvió loco al perder su fortuna con tan poco seso y menos provecho —dijo la mujer sin emoción alguna, mientras llenaba de aguardiente un vaso pequeño. Luego alzó la cabeza señalando hacia Grimpow, y preguntó—: ¿Qué le ocurre al muchacho?

—Sólo está un poco indispuesto. Esto le ayudará a recuperarse pronto —respondió Salietti al tiempo que le ofrecía a su escudero el aguardiente.

Grimpow bebió el licor con desgana, sin dejar de pensar en Dúrlib y en su desdichado destino, que le había jugado la mala pasada de acabar con su vida en el árbol de los ahorcados de Úllpens, el mismo al que él siempre se refería en sus exabruptos y exclamaciones. Veía la imagen de su cuerpo colgado del árbol una y otra vez como una pesadilla interminable, mientras pensaba en las muchas veces que él mismo le había anunciado su muerte sin que Grimpow le creyese, y recordó lo que le dijo el día en que le conoció y huyó con él de la taberna de su tío Félsdron: «Mi libertad sólo me servirá para acabar ahorcado un día en la plaza de cualquier aldea miserable». Y Dúrlib no se había equivocado, aunque Grimpow no pudiese comprender entonces qué había podido ocurrirle después de que abandonara las montañas con las monedas de plata y las joyas del caballero muerto que encontraron en la nieve. A Grimpow le hubiese gustado que todo hubiera sido como le anunció al hermano Brasgdo el día en que Dúrlib estuvo en la abadía para decirle que se marchaba, que iría a ver el mar y comprobar si de verdad existían las sirenas. Pero ese hermoso sueño ya nunca sería posible. Grimpow conocía a Dúrlib, y sabía que a veces se emborrachaba y provocaba peleas y disputas entre las víctimas de sus patrañas, aunque jamás pudo imaginar que llegara a perder el juicio hasta enloquecer, después de haber perdido también las joyas y las monedas de plata.

Con el desasosiego que estos pensamientos le causaban, Grimpow oyó que Salietti le preguntaba a la mujer de la cara picada si conocía algún lugar donde él y su escudero pudieran pasar la noche y darles algo de comer a sus caballos.

—Los caballos y la mula podrían quedarse en las cuadras y, si vos lo deseáis, podéis quedaros en una habitación del desván. También os podría ofrecer algo de cenar y hacerle un buen caldo al muchacho para que acabe de resucitar; no parece que el aguardiente le haya hecho mucho efecto a vuestro escudero.

Salietti mostró su acuerdo con la tabernera y miró a Grimpow esperando que aceptase pasar la noche en aquel apestoso y mísero tugurio. Grimpow

mostró su conformidad con un leve asentimiento, deseando quedarse pronto a solas con su sufrimiento y poder dormirse cuanto antes para calmarlo.

La habitación de la taberna era un cuchitril situado en el desván bajo un empinado techo de vigas mohosas a causa de las goteras, y sin más mobiliario que una banqueta y un par de camastros tan duros como el suelo. Para su suerte, Grimpow no tardó en quedarse dormido, después de que la señora de la taberna le subiera una sopa caliente de pan y ajo con un par de huevos chamuscados. Ni siquiera se enteró de que Salietti salió de la habitación tan pronto él se hubo acostado.

A la mañana siguiente, mientras Grimpow seguía abatido y ocultaba su rostro bajo la manta, Salietti le contó que después del anochecer había ido a ocuparse de que alguien enterrara el cadáver de Dúrlib, para evitar que lo dejaran colgado en la plaza durante días y se pudriera a la intemperie picoteado por los cuervos. Convencer al sepulturero le costó dos pepitas de oro y casi toda la noche en vela, pues tuvo que esperar a que la plaza quedara desierta para cortar la cuerda del siniestro árbol de los ahorcados y cargar el cuerpo sin vida de Dúrlib en una carreta hasta llevarlo al cementerio, situado detrás de unas casuchas adosadas a las murallas.

Según había averiguado, era cierto que Dúrlib llevaba algunos meses entrando y saliendo de la ciudad de Úllpens vestido como un hidalgo dispuesto a entregar su fortuna al azar de los juegos de dados y cartas, emborrachándose en las tabernas y los burdeles, y provocando violentas disputas con sus rivales. La historia que contaba sobre un caballero que había encontrado muerto en las montañas de la abadía de Brínkdum durante el invierno llegó a oídos del obispo, quien, alertado de la huida de un caballero templario perseguido por el inquisidor Búlvar de Góztell, mandó a los soldados del conde de Úllpens que lo hicieran preso, matando Dúrlib a uno de ellos cuando iban a prenderlo, e hiriendo gravemente a otros dos antes de caer desfallecido sobre el suelo a causa de la intensidad de los lances del combate y el número de soldados que le rodeaban. El conde ordenó que le diesen cien latigazos en la plaza y lo ahorcaran luego en el árbol que siempre servía de patíbulo para las ejecuciones públicas de los asesinos y ladrones de la comarca de Úllpens.

Grimpow no pudo evitar sentirse culpable de la muerte de su amigo. Si no hubiesen encontrado al caballero muerto en las montañas nada habría ocurrido, como tampoco habría sucedido nada si, en lugar de quedarse en la abadía, Grimpow hubiese partido con Dúrlib hacia Estrasburgo, como era su propósito después de leer el mensaje lacrado que portaba el caballero muerto. Se reprochó haber aceptado que se separasen, y que a causa de ello Dúrlib se hubiese sentido derrotado por su soledad, buscando refugio al sinsentido de su vida en el juego y las borracheras que su pequeña fortuna le permitía. Entonces Grimpow deseó deshacerse de la piedra del caballero muerto que llevaba colgada del cuello como si fuese una maldición que ya había causado la muerte del caballero de las montañas, la del abad de Brínkdum y la de su buen amigo

Dúrlib. Pero algo dentro de Grimpow se resistía a creer que la piedra fuese la verdadera causante de tantas desgracias. También pensó que si Salietti y él hubiesen llegado antes a Úllpens tal vez habrían podido ayudarle, pero cuando le habló de su mala suerte a Salietti, expresando en voz alta sus reflexiones, éste le contestó:

—El azar es un misterioso juego de dados como el que tanto le apasionaba a tu amigo Dúrlib. Un juego incierto e irremediable, que comenzamos a jugar nada más nacer y cuya tirada repetimos cada vez que respiramos, sin saber si la suerte será propicia a nuestros deseos, a nuestros desvelos, a nuestras ilusiones o nuestros sueños. Y en ese juego embaucador y fantástico, que nos hace olvidar nuestros propios miedos, avanzamos cada día, eligiendo o desechando los números de la fortuna o la desdicha, aun a pesar de que todo empeño por evitar las trampas del destino sea inútil como el llanto ante la muerte.

—Al menos el llanto es un consuelo —replicó Grimpow, mientras Salietti abría el portón del ventanuco y dejaba entrar en la buhardilla unos rayos de sol que, aunque tímidos y deslucidos, consiguieron deslumbrar a Grimpow.

—Entonces hazlo, llora la muerte de tu amigo hasta que no te quede ni una sola lágrima en los ojos. Pero cuando acabes piensa que has de seguir viviendo, y alégrate pensando que también tu amigo Dúrlib seguirá vivo en tu recuerdo.

Grimpow se levantó de un salto del camastro, dispuesto a bajar a las cuadras para preparar sus monturas y partir de inmediato hacia la ciudad de Estrasburgo.

—Iré a ensillar los caballos —dijo.

—Aguarda un momento —le detuvo Salietti alzando el brazo—. Si vamos a continuar juntos nuestro viaje es necesario que antes hablemos con franqueza de hombre a hombre, olvidándonos de que yo soy un caballero y tú eres mi escudero. Desde ahora no habrá más diferencia entre nosotros que aquella que nos convenga a ambos para seguir adelante —y al decir esto se quedó en silencio, esperando con las cejas alzadas en un gesto de interrogación a que Grimpow le manifestara su conformidad con esa propuesta.

—De acuerdo —aceptó Grimpow con más ánimo, sentándose de nuevo sobre el camastro.

Salietti se sentó frente a él y le miró con fijeza a los ojos.

—¿Quién era de verdad tu amigo Dúrlib? —preguntó.

Grimpow le dijo que Dúrlib era un ladrón y un embaucador, y le contó cuándo y cómo le conoció, y por qué pasaban los inviernos en las montañas de la abadía de Brínkdum.

Salietti asintió, dándose por satisfecho con sus explicaciones.

—¿Y qué historia es esa que contaba tu amigo sobre el caballero que había encontrado muerto en las montañas? —añadió.

Entonces Grimpow le habló del cadáver que encontraron en la nieve, del pequeño tesoro que llevaba en su alforja: las monedas de plata, las joyas y las alhajas, las dagas con puños incrustados de zafiros y rubíes, el mensaje lacrado

y el sello de oro; y le dijo que el cuerpo de aquel caballero muerto sobre la nieve desapareció ante sus ojos de un modo tan súbito como incomprensible. Luego le explicó que él había conseguido descifrar los extraños signos del mensaje lacrado, y le habló del propósito de Dúrlib y de él de buscar a Aidor Bílbicum en la ciudad de Estrasburgo, y de todo cuanto ocurrió después de la llegada a la abadía del inquisidor Búlvar de Góztell y los soldados del rey: la huida de Dúrlib, el asesinato del abad, su aprendizaje en la biblioteca y su conversación con el monje ciego y centenario Uberto de Alessandria, que llevaba más de veinte años postrado en su lecho.

—¿Y qué ocurrió con la piedra? —soltó al pronto Salietti.

—¿Qué piedra? —respondió Grimpow, fingiendo ignorar de qué le hablaba.

—Hemos hecho juramento de ser sinceros... —dijo Salietti frunciendo el ceño, e invitando a Grimpow con su gesto a que no le ocultara la verdad.

Grimpow sacó la pequeña piedra de la bolsita de lino que llevaba colgada del cuello y se la ofreció.

—No estoy muy seguro de que esto sea exactamente una piedra —dijo para justificar sus dudas.

Salietti tomó la piedra entre sus manos y Grimpow noto que no cambiaba de color, ni adquiría la tonalidad rojiza y destellante que él había visto en ella al tocarla por primera vez con sus dedos.

—El hermano Uberto de Alessandria fue quien me dijo que habías encontrado el *lapis philosophorum*, o la piedra filosofal de los sabios, si prefieres llamarla así —dijo Salietti.

—¿El hermano Uberto? —preguntó Grimpow sin disimular su sorpresa, y cayó en la cuenta de que Salietti le dijo cuando llegó a la abadía que conocía al monje ciego y que, además, el sol y la luna que blasonaban su escudo eran claros signos alquímicos que no pasarían desapercibidos a ningún iniciado—. Entonces vos... digo, tú... tú... —titubeó Grimpow a medida que elevaba su voz para expresar su enfado—, tú no eres un caballero, sino un embaucador como Dúrlib, un pícaro deslenguado dispuesto a engañarme.

Salietti soltó una carcajada.

—No creo ser más bribón que tú, pues tampoco me habías hablado de tus misteriosas intenciones. Pero no debes preocuparte por mí, sólo he venido para ayudarte.

—¿Te mandó llamar el hermano Uberto? —quiso saber Grimpow con premura.

—Fue el hermano Rinaldo de Metz quien me mandó un criado de su confianza con un mensaje en el que me pedía que fuese a la abadía de Brínkdum, para desde allí viajar contigo a Estrasburgo. El hermano Uberto había hablado con él, después de muchísimos años de silencio, y ambos decidieron que no podías partir solo en busca del secreto de los sabios. Cuando te encontré en el camino de la abadía supe que eras tú el muchacho del que

ellos me habían hablado, aunque no imaginaba que tú mismo me lo pondrías tan fácil, manifestándome sin reparos tus ansias por convertirte en mi escudero.

—¿Y por qué ellos te eligieron a ti? —preguntó Grimpow, aún desconcertado.

—Como te dije cuando nos conocimos, y en eso no te mentí, mi padre siempre fue un buen amigo del monje Uberto de Alessandria, pues ambos compartieron muchos de sus descubrimientos y experimentos alquímicos desde que fue su discípulo en la universidad de Padua. Mi padre solía venir cada dos años a visitarlo a la abadía después de que se quedara ciego, acompañado por mí desde que tengo uso de razón. El hermano Uberto y el hermano Rinaldo me conocían bien, y sabían que yo había estudiado en Padua y en París, a pesar de mi vocación por las armas, y del título de duque que recibí de mi abuelo Iacopo de Estaglia, tras la renuncia de mi padre a aceptar una herencia cargada de deudas. Por esas razones, los dos monjes decidieron de común acuerdo que yo podía ser la persona idónea para acompañarte y protegerte en tu viaje.

—Supongo que al menos sabrás algo sobre el secreto de los sabios —dijo Grimpow, contento de que el hermano Uberto y el hermano Rinaldo lo hubiesen elegido a él para acompañarlo en su viaje.

Salietti se puso en pie y miró por el ventanuco el cielo azul de la ciudad de Úllpens, haciendo girar la misteriosa piedra entre sus dedos.

—No mucho más de lo que tú sabes. ¿Tienes contigo ese enigmático mensaje? —preguntó.

Grimpow abrió un bolsillo disimulado entre las costuras de su jubón, sacó el mensaje doblado del caballero muerto en las montañas y se lo ofreció. Salietti lo miró con detenimiento y pasó la piedra sobre él como si esperase comprender los extraños signos en los que estaba escrito.

—Es increíble que llegaras a interpretar tú solo este lenguaje cifrado —murmuró pensativo, después de comprobar que él no conseguía descifrar el significado del mensaje a pesar de tener la mágica piedra en sus manos.

Grimpow se limitó a encogerse de hombros, y luego dijo:

—Fue la piedra la que me permitió descifrarlo, de eso sí estoy seguro, pero no me preguntes por qué, pues no sabría qué contestarte.

—¿Y estás seguro de lo que dice aquí? —insistió Salietti.

—«En el cielo están la oscuridad y la luz. Aidor Bílbicum. Estrasburgo.» No lo he olvidado desde la primera vez que lo leí. Supongo que el hermano Rinaldo te habrá informado de que desde que encontré esa piedra poseo la rara habilidad de comprender cualquier lengua por antigua que sea.

—Algo me dijo al respecto, pero resulta difícil creer que este mineral tan insignificante pueda obrar en ti tales prodigios —dijo Salietti, al tiempo que le devolvía la piedra y el mensaje.

—El hermano Rinaldo está convencido de que el caballero muerto en las montañas era un caballero de la Orden del Temple, y que esta piedra es una parte del secreto que los nueve caballeros templarios descubrieron en el Templo

de Salomón de Jerusalén hace doscientos años y que luego trasladaron a Francia, escondiéndolo en algún lugar desconocido.

—Es muy posible —aceptó Salietti sin mucha convicción—. Pero eso es precisamente lo que tendremos que averiguar.

La mujer de la taberna les indicó dónde podrían encontrar a un mercader de tejidos para cambiar su pobre vestuario por otro más adecuado a la nobleza del duque de Estaglia y su escudero. Salietti le pagó su amabilidad y el hospedaje con una pepita de oro, devolviéndoles la mujer algunas monedas de plata, después de besarle la mano a Salietti como si fuese la reliquia embalsamada de un santo milagroso.

Ataviados con elegantes botas, cinturones, camisas, calzas y jubones capaces de deslumbrar al mismo sol que iluminaba sus pasos por las calles, se presentaron en la más renombrada armería de Úllpens, donde les recibió un hombre rechoncho, de cara tan grasienta y brillante como la calva de su cráneo, al que todos llamaban maese Ailgrup.

—¡Bienvenido, señor! —dijo maese Ailgrup, reclinando con dificultad su cuerpo redondo en una profunda reverencia—.

Decidme lo que deseáis y haré cuanto esté en mi mano por serviros.

Salietti correspondió a la cortesía del maestro armero con una leve inclinación de su cabeza.

—Necesito una buena armadura para combatir en las justas —dijo mientras deslizaba su mirada por un conjunto de armaduras de gran belleza, cuyas placas lisas y bruñidas pendían de grandes paneles de terciopelo rojo adosados a las paredes. Grimpow también miraba boquiabierto una nutrida colección de espadas que reposaban en unas vitrinas acristaladas, cuando Salietti alzó su brazo y señaló una armadura elaborada con ligeras planchas de acero que brillaban como los rayos de una luna plateada. Tenía un yelmo rematado por un sol del que colgaba un crestón amarillento como un chorro de oro, y estaba provisto de una visera curva con amplios respiraderos.

—Entonces tened la certeza de que habéis acudido a la mejor armería de Úllpens. Nuestras corazas de acero no sólo son apreciadas por garantizar la integridad del caballero que la porta, sino que son admiradas como verdaderas obras de arte.

—Probadme esa armadura de ahí, maese Ailgrup. Parece la más sólida y ligera para combatir en los torneos —dijo Salietti sin remilgos, señalando uno de los paneles.

—Sin duda sabéis lo que buscáis, señor... —se interrumpió el maestro armero.

—Salietti, Salietti de Estaglia, pero si lo deseáis podéis llamarme duque —dijo Salietti sin arrogancia.

—Si pensáis participar en las justas de los castillos de Alsacia, señor Salietti, la armadura que habéis elegido os ayudará a alcanzar la gloria de la victoria. Seréis la admiración de todas las damas y la envidia de los más valerosos caballeros —dijo, adulador, maese Ailgrup—. Os aseguro que en toda la ciudad de Úllpens no hallaréis otra armadura más original y novedosa, tan liviana como una pluma y tan resistente como un diamante —añadió, a la vez que cogía un palo largo rematado por un gancho y descolgaba una a una las placas de la armadura elegida por Salietti.

Luego las fue depositando sobre una mesa de grandes dimensiones mientras describía con detalle las virtudes de cada pieza de la armadura, desde el yelmo que protegía la cabeza y la visera que cubría el rostro, el barbote que recubría la barbilla y la boca, el gorjal que guardaba la garganta hasta el peto, los brazales, los guanteletes o los escarpines. Un verdadero galimatías de piezas, correas y ajustes, que Grimpow debía conocer como escudero cuando llegase el momento de ayudar a Salietti a vestirse de caballero armado para combatir en los torneos. Y mientras el maestro Ailgrup colocaba con paciencia y esmero cada pieza de la armadura sobre el cuerpo de Salietti sin que Grimpow perdiera detalle de su destreza, le preguntó:

—¿Pensáis uniros también al ejército de Figüeltach de Vokko?

Salietti y Grimpow se miraron sin comprender.

—¿Al ejército de Figüeltach de Vokko? —preguntó Salietti titubeante.

—Ya veo que hasta Italia no han llegado los rumores de la guerra —dijo maese Ailgrup, tan locuaz como un barbero.

—Debo confesaros que no, y, que yo sepa, los heraldos de Figüeltach de Vokko sólo anunciaron la celebración de las justas de los castillos de Alsacia para celebrar como todos los años las fiestas de la primavera, invitando a todos los caballeros del norte de Italia que desearan participar en sus famosos torneos —dijo Salietti.

Maese Ailgrup bajó la voz, sabedor del interés que sus palabras despertarían en su noble cliente.

—Mi señor duque de Estaglia, será mejor que estéis prevenido. Este año las justas no son más que una excusa para reunir en la fortaleza del codicioso barón Figüeltach de Vokko a todos los caballeros posibles y exigirles que se unan sin excusas a su nueva cruzada.

La palabra «cruzada» retumbó en la mente de Grimpow y le hizo aguzar el oído, pues el maestro armero hablaba con tanta levedad que apenas podía oír su voz, mezclada a veces con un lejano sonar de martillos golpeando metales sobre un yunque.

—¿Acaso piensa Figüeltach de Vokko capitanear un nuevo ejército para reconquistar Tierra Santa? —preguntó descreído Salietti.

Una risita cursi se escapó de los labios inflados de maese Ailgrup.

—¡Oh, no, señor Salietti! —dijo—. En esta ocasión no será una cruzada contra los infieles de Oriente, sino contra los herejes de los castillos del Círculo

de Piedra, al otro lado de la frontera que separa los territorios de Figüeltach de Vokko con Alemania. —Hizo una pausa para forzar la colocación de una placa sobre el hombro derecho de Salietti, respiró como si se asfixiara, y continuó—: Según mis confidentes, todos nobles caballeros como podéis imaginar por la naturaleza de mi oficio, el propio rey de Francia asistirá a los torneos, y allí proclamará la Santa Cruzada contra los castillos protectores de los proscritos caballeros del Temple.

Al oír esto, Grimpow recordó cuanto el hermano Rinaldo le había contado en la abadía de Brínkdum sobre los castillos del Círculo de Piedra, y el refugio que el duque Gulf y sus fieles caballeros prestaban a los templarios huidos de toda Francia tras la persecución ordenada por el rey Felipe el Hermoso. Y tuvo que morderse la lengua para no intervenir en la conversación, al recordar que su humilde condición de ignorante escudero le obligaba a permanecer en completo silencio. Grimpow confió sin embargo en que Salietti no permaneciera callado como un pasmarote, y no desperdiciara la ocasión de sonsacar cuanto pudiese al armero Ailgrup, aprovechando su carácter afable y peligrosamente indiscreto.

—¿También en esto andan metidos los rebeldes templarios? Pensaba que el rey Felipe ya había acabado con ellos y con sus diabólicas herejías tras la redada de París, hace seis años —dijo Salietti, dándole alas de águila real a maese Ailgrup para que les contara todo cuanto sabía sobre la guerra que se avecinaba.

—Las noticias que llegan de París —dijo el armero, y bajó tanto el tono de su voz que Grimpow tuvo que acercarse aún más a Salietti para entender lo que decía— aseguran que el gran maestre del Temple, junto a otros de sus preceptores y comendadores, fue quemado en la hoguera frente a Notre-Dame, y que antes de morir lanzó una terrible maldición al Papa y al rey de Francia, asegurando que ambos morirían antes de un año. Por eso los rumores señalan que no es a los templarios huidos a quienes busca el rey Felipe, sino el secreto que los nueve caballeros del Templo de Salomón encontraron en Jerusalén hace dos siglos, porque sólo ese secreto puede conjurar la maldición.

—¿Y qué tienen que ver los castillos del Círculo de Piedra con el secreto de los templarios? —inquirió Salietti, fingiendo desconocer detalles de ese asunto, mientras se acomodaba la armadura sacudiendo los brazos y las piernas.

Maese Ailgrup cogió el yelmo y, le alzó la visera.

—Hay quienes creen que los nueve caballeros que encontraron el tesoro en el Templo de Salomón lo trajeron a Francia y lo ocultaron en la fortaleza situada en el centro mismo de la circunferencia formada por los castillos del Círculo de Piedra. Nueve caballeros y nueve castillos inexpugnables —dijo el armero, guiñándole un ojo a Salietti para sugerir el doble sentido de sus palabras.

—Entiendo. ¿Dónde mejor que en los nueve castillos del Círculo de Piedra se podría custodiar un secreto tan valioso y codiciado? —concluyó Salietti para

hacer ver a maese Ailgrup que había comprendido sus insinuaciones, y que no necesitaba oír ninguna respuesta a su pregunta.

El maestro armero alzó el yelmo y lo colocó sobre la cabeza de Salietti, cuyo aspecto, ataviado con su reluciente armadura de caballero, era tan majestuoso como en tiempos lejanos debió de serlo el del primer duque de Estaglia. Luego dijo:

—Ahora, señor Salietti, estáis en condiciones de decidir en qué bando pensáis combatir con vuestra nueva e impecable armadura. —Y una sonrisa de complacencia y malicia se dibujó en su rostro.

La maldición del ermitaño

Para llegar hasta Estrasburgo aún les quedaban varias jornadas de camino. Salietti ardía en deseos de combatir en las justas de primavera convocadas por Figüeltach de Vokko en su fortaleza, y de vez en cuando miraba su nueva armadura cargada a lomos de la mula, como si augurara que aquellas pulidas placas de metal, que destellaban bajo el sol como el oro de los alquimistas tras el cristal de un alambique, habrían de salvarle la vida. El anuncio que maese Ailgrup le había hecho de la cruzada que el rey de Francia se proponía proclamar contra los castillos del Círculo de Piedra no dejaba de inquietarle. Sobre todo después de saber que el secreto de los sabios que Grimpow y él buscaban podía encontrarse oculto en la fortaleza del duque Gulf, o en cualquiera de los ocho castillos restantes del Círculo de Piedra que lo protegían, como al parecer señalaban todos los rumores. Salietti no era tan ingenuo como para dar crédito a las habladurías, pero lo que le había dicho maese Ailgrup no dejaba de ser razonable: «Nueve caballeros para nueve castillos». ¿Qué sentido podía tener si no que el propio rey de Francia encabezara una nueva cruzada contra los castillos del Círculo de Piedra, conociendo su leyenda de inexpugnables? Y si era así, y el secreto de los sabios estaba realmente oculto en alguna de esas fortalezas, ¿qué significado tenía la misteriosa piedra que Grimpow poseía, y quién era el caballero que murió en las montañas y cuyo cadáver se desvaneció sobre la nieve como un espectro invisible? Y aún más, ¿qué significaba el enigmático mensaje lacrado y quién era Aidor Bílbicum? Todos estos interrogantes asaltaban los pensamientos de Salietti mientras cabalgaban en silencio por las llanuras de Úllpens, hasta que detuvo su caballo, y dijo:

—Creo que debemos comenzar por el principio.

Grimpow detuvo a Astro a su lado y miró a Salietti sin comprender lo que quería decir.

—No te entiendo. ¿Pretendes que regresemos de nuevo a la abadía de Brínkdum? —preguntó riendo.

—Me refiero al secreto de los sabios. Buscamos algo que no sabemos lo que es, ni para qué sirve, ni dónde puede estar escondido —reflexionó en voz alta, y comenzó a cabalgar de nuevo.

—Creo que tu razonamiento ha sido muy inteligente —bromeó Grimpow.

—Pero ¿qué es lo que sí sabemos? —dijo Salietti, indiferente al sarcasmo de su nuevo amigo, y su pregunta quedó colgada en el aire como el azor que planeaba en círculos sobre ellos.

—Que poseemos un misterioso objeto capaz de obrar prodigios imposibles de explicar —destacó Grimpow como primera certeza.

—Un misterioso objeto que se parece mucho a una piedra —añadió Salietti.

—Una piedra que parece remontar su origen a los principios de la humanidad —continuó Grimpow.

—Una humanidad que un día descubrió en el *lapis philosophorum* la sabiduría —prosiguió Salietti con lo que parecía un ingenuo y divertido juego de palabras enlazadas, cuya rapidez iba creciendo en cada turno.

—Una sabiduría que cultivaron los sabios.

—Unos sabios que transmitieron sus conocimientos a los iniciados.

—Unos iniciados que guardaron sus conocimientos en secreto —dijo Grimpow.

—Un secreto que hace dos siglos descubrieron los nueve caballeros.

—Nueve caballeros que fundaron la orden de los templarios.

—Templarios que el rey de Francia persiguió hace seis años como proscritos —destacó Salietti.

—Proscritos que se refugiaron en los castillos del Círculo.

—Castillos del Círculo a los que se dirigía el caballero muerto.

—Caballero muerto que huía del inquisidor Búlvar de Góztell y que portaba un sello de oro, una misteriosa piedra y un pergamino.

—Pergamino que contiene un mensaje.

—Mensaje que habla de Aidor Bílbicum y de la ciudad de Estrasburgo —dijo Grimpow.

—Ciudad de Estrasburgo a la que nos dirigiremos nosotros después de participar en los torneos.

—Torneos que ha convocado Figüeltach de Vokko para que el rey de Francia proclame su nueva cruzada.

—Cruzada que aspira a apoderarse del secreto de los sabios —advirtió Salietti.

—Secreto de los sabios relacionado con nuestra piedra, que también buscamos nosotros y que supuestamente está custodiado por los nueve castillos del Círculo.

—Círculo que con este divertimento de palabras acabamos de cerrar dejando claro lo poco que sabemos y lo mucho que aún ignoramos —concluyó Grimpow, y ambos se echaron a reír como ninguno de ellos recordaba haberlo hecho desde hacía mucho tiempo.

La llanura de Úllpens estaba cubierta por extensos viñedos y cultivos de trigo, y pequeñas aldeas salpicaban el paisaje a orillas de un ancho río que trascurría zigzagueando entre espesas alamedas como una larga serpiente de agua en movimiento. A uno y otro lado del horizonte el terreno se ondulaba en suaves colinas, sobre cuyas cimas se alzaban pequeños castillos de piedra rojiza que desde la lejanía parecían perezosos y adormilados vigías de los caminos. Muchos señores de la comarca de Úllpens participarían como cada año en los torneos de las fiestas de primavera de los castillos de Alsacia, y algunos ya se habían puesto en marcha hacia la fortaleza de Figüeltach de Vokko, acompañados por sus damas, escuderos y criados, y cargados con sus pabellones, armas y estandartes. El equipaje de Grimpow y Salietti, sin embargo, era escaso, y sólo la mula cargada con la armadura, el escudo, el estandarte y las galas de la cabalgadura con el blasón del duque de Estaglia constituía su cortejo.

Se detuvieron al llegar a una encrucijada de caminos que seguían la dirección de los cuatro puntos cardinales, y en cuyo centro había una ermita sin guarda ni puertas que servía como lugar de oración a los caminantes y peregrinos. Era una iglesia diminuta y alargada, con un pórtico arqueado que sostenían dos columnas redondas. Junto a la ermita había un pozo y un abrevadero para los caballos. El viejo ermitaño que cuidaba la capilla estaba tomando el sol sentado en un banco de piedra, y sostenía en su mano izquierda un largo bastón que se curvaba en el extremo a modo de báculo, pero tenía cortada su mano derecha a la altura de la muñeca.

El viejo ermitaño les sonrió al verlos, dejando al descubierto el único diente que le colgaba de su dentadura. Vestía un largo sayal harapiento ceñido a la cintura por un cíngulo de esparto, estaba descalzo y parecía estar más loco que cuerdo.

—¡Huid, huid, ahora que aún estáis a tiempo de evitar la cólera de Dios, hijos malditos del diablo, o entrad en esta santa ermita para postraros de rodillas ante la cruz del martirio y suplicar a la divina clemencia del Señor el perdón de vuestros pecados! —gritó mientras Grimpow y Salietti se acercaban al abrevadero para dar de beber a los caballos.

El viejo ermitaño se puso en pie y, alzando su báculo al cielo, continuó su letanía dando grandes voces, mientras les miraba desafiante.

—¡Las trompetas del Apocalipsis resuenan en el cielo, y en la Tierra los gusanos se retuercen bajo las tumbas para esconderse de la luz que lo ve todo! ¡El fuego eterno está listo para prender en vuestras almas! ¡Arderéis en el infierno! ¡Traidores de la fe! ¡Esclavos de la lujuria! ¡Servidores de la gula y de la avaricia! ¡Escuchad el anuncio del fin! ¡La guadaña de la muerte hará rodar vuestra arrogancia de dioses por el fango, y vuestras cabezas serán aplastadas sin piedad bajo los cascos de vuestros caballos! ¡De nada os servirán vuestras

lanzas ni vuestras espadas ¡Las profecías se cumplirán! ¡Arrepentíos y rezad conmigo! —concluyó, postrándose de rodillas ante ellos en un estado de éxtasis fingido, mientras mascullaba entre los labios una plegaria incomprensible.

Salietti dirigió una mirada compasiva al viejo ermitaño, y le habló a Grimpow en voz baja.

—Sólo está representando su comedia como falso profeta para ganarse una sustanciosa limosna —dijo.

Hubo un tiempo en que también Grimpow había fingido junto a Dúrlib ser ciego o lisiado para conseguir una limosna a las puertas de las iglesias o en las plazas de los mercados, y sabía que a causa de la pobreza y el hambre muchos picaros y bribones vagaban hambrientos por caminos y aldeas, y no dudaban en recurrir a cualquier ardid o patraña para llevarse un pedazo de pan a la boca. Pero en la mirada ida de aquel ermitaño a Grimpow le pareció vislumbrar una tristeza que empequeñecía todas sus demás miserias.

—No era a nosotros a quienes hablaba —dijo.

Salietti miró a su alrededor.

—¿A quién si no? Aquí no hay nadie más que la mula y los caballos.

—Le hablaba a los caballeros templarios. Tal vez en su delirio nos haya confundido con ellos.

—¿Y qué te hace pensar eso? —preguntó Salietti intrigado.

—Las palabras que ha pronunciado.

—No sé a qué te refieres. Lo que ha dicho no es más que lo que diría un profeta apocalíptico.

—Lo que ha dicho es todo aquello de lo que acusaron a los caballeros templarios para condenarlos como herejes —dijo Grimpow, entusiasmado con su razonamiento—. Por eso nos aconsejó al vernos que huyésemos ahora que aún estábamos a tiempo de evitar la persecución, y por eso hablaba de los hijos malditos del diablo, de los gusanos que se esconden de la luz que lo ve todo, del fuego del infierno en el que arderán sus almas, de los traidores de la fe, de los esclavos de la lujuria, de los servidores de la gula y la avaricia, de la muerte que hará rodar su arrogancia de dioses por el fango, y de que sus cabezas serán aplastadas por sus propios caballos, sin que les sirvan de nada sus lanzas y sus espadas —explicó.

Salietti se sintió aturdido por la contundencia de su interpretación.

—Tienes razón, Grimpow, los templarios fueron acusados de adorar al diablo, de esconderse bajo tierra como gusanos para celebrar sus ritos ocultándose de los ojos del Dios que todo lo ve, de ser traidores de la fe, de haber cometido el pecado de la lujuria realizando actos obscenos entre ellos, de comer carne en vigilia y de haber acumulado riquezas hasta llegar a creerse dioses.

—Y es cierto que han sido aplastados por el mismo Papa y el mismo rey que, como sus caballos, antes les rindieron pleitesía —añadió Grimpow—, sin que sus lanzas y sus espadas les sirvieran para salvarse de arder en la hoguera.

Grimpow descabalgó de su caballo Astro, lo dejó bebiendo en el abrevadero y se acercó al anciano que seguía postrado de rodillas ante ellos con la mirada perdida en el infinito. Le ayudó a levantarse y caminó junto a él hasta el banco de piedra situado junto a la ermita. Muy cerca, una morera extendía su amplia sombra sobre el suelo, y entre sus ramas se oía un nutrido piar de pájaros.

—¿Cómo os llamáis? —le preguntó Grimpow al viejo ermitaño.

—¡Qué importa mi nombre! —dijo desganado.

Al ayudarle a que se sentara en el banco de piedra, Grimpow se dio cuenta de que bajo la nuca tenía marcada con un hierro incandescente una cruz ochavada como la que había visto en la capa blanca y en la espada del hermano Rinaldo de Metz en la gruta subterránea de la abadía.

—¿Sois un caballero templario? —le preguntó.

—¿Acaso la Orden del Temple existe ya? —respondió el anciano mirando al vacío.

Después de sentarse a su lado, Grimpow contempló el muñón de su mano derecha: un amasijo de piel arrugada y podrida.

—¿Cómo perdisteis vuestra mano? —insistió Grimpow.

—Ellos me la cortaron para que no pudiese empuñar más una espada —contestó el anciano.

Salietti se acercó sigilosamente y se quedó de pie frente a ellos dándole la espalda al sol que comenzaba a declinar por el oeste. Grimpow le hizo un gesto con los ojos para que no lo interrumpiera, y él asintió.

—¿Quiénes son ellos? —continuó Grimpow.

—Los verdugos del rey de Francia —dijo el anciano.

—¿Os torturaron?

El viejo ermitaño asintió humillado.

—No tuvimos oportunidad de defendernos. Entraron al alba en la Torre del Temple de París como zorros en un corral, nos apresaron a todos y se llevaron nuestros documentos y tesoros. Ahora ya no queda nada más que los cadáveres calcinados de cientos de templarios que ardieron en las hogueras y ni siquiera fueron enterrados en tierra sagrada como hubiese sido su deseo. —El viejo ermitaño hablaba solo, llevado por la marea de sus tristes recuerdos, y Grimpow dejó que continuara—: A mí me separaron del resto y me metieron en una mazmorra llena de agua e infestada de ratas, donde permanecí encerrado sin ver la luz durante años, sometido a los más horribles tormentos. Decían que yo sabía cosas que ellos deseaban conocer y estaban dispuestos a arrancármelas con las tenazas de la Inquisición.

—¿Cómo conseguisteis escapar de vuestro cautiverio?

—Pensaron que me había vuelto lo bastante loco para que nadie me creyese, y el inquisidor Búlvar de Góztell, de quien yo había sido senescal mientras estuvo en la Orden del Temple, decidió ser benévolo conmigo y me dejó escapar después de que yo les entregara lo que querían. Desde entonces he vagado sin rumbo hasta que encontré refugio en esta ermita abandonada y sin

más dueño que los peregrinos, y aquí aguardaré el fin de mis días, cuya llegada ansío tanto como el desierto aguarda el frescor de la lluvia —dijo con voz débil—. Levantaron contra nosotros las peores calumnias que puedan concebirse y asesinaron a nuestros hermanos sólo porque querían conocer nuestro secreto.

Salietti se sobresaltó como si un chispazo le hubiese sacudido el cuerpo, pero no movió ni un párpado.

—¿De qué secreto habláis? —preguntó.

—Del que la leyenda asegura que encontraron los nueve caballeros en Jerusalén antes de fundar la Orden del Temple, hace más de doscientos años.

Los ojos de Salietti no dejaban de mirar a Grimpow, temiendo que el viejo ermitaño regresara a su anterior estado de locura.

—Supongo que vos conocíais ese secreto —insinuó Grimpow.

—No —dijo, y se calló como si no deseara seguir hablando más de unos recuerdos que tantos sufrimientos le habían causado.

—¿Queréis decir que no existía ningún secreto? —intervino Salietti.

—Quiero decir que los nueve caballeros del Temple no descubrieron ningún secreto, sólo se limitaron a transportar algo desde Jerusalén hasta París por encargo de una sociedad secreta de sabios, a cambio de importantes sumas de oro. Su misión sólo fue proteger el valioso contenido de una misteriosa carreta de los asaltos de los musulmanes, y garantizar su llegada a Francia. Ni siquiera sabían lo que transportaban. Nadie lo supo nunca.

Salietti pareció desanimarse con la respuesta del viejo mendigo, pero lo que decía confirmaba las sospechas de Grimpow sobre que el caballero muerto en las montañas no era un templario huido, sino un sabio perseguido.

—¿Cómo llegasteis vos a saber eso?

—En la fortaleza del Temple de París existían antiguos pergaminos que así lo confirmaban: cartas, pactos, recibos de pago. Yo era el encargado de custodiarlos, hasta que ellos me torturaron y les confesé dónde estaban escondidos.

—¿Aparecía en esos pergaminos el nombre de esa sociedad secreta de sabios? —quiso saber Salietti, sorprendido por su casual encuentro con el viejo ermitaño.

—Ouróboros —dijo, recreándose en la pronunciación de la palabra.

«¡Sí!», gritó Grimpow para sus adentros, y también vio que los ojos de Salietti se agrandaban, como si supiese tan bien como él de qué estaba hablando el viejo ermitaño.

—¿Os referís a la serpiente que se muerde la cola? —preguntó Grimpow.

El anciano asintió.

—¿Y llegasteis a conocer a algún sabio de esa sociedad secreta? —continuó.

—Nadie los conoce, son tan invisibles como fantasmas. Pueden estar en cualquier parte y pasar desapercibidos ante los ojos más avispados. Son como sombras, como espectros silenciosos.

—¿En los documentos que vos llegasteis a conocer se hablaba del lugar donde está escondido el secreto de los sabios? —inquirió Salietti.

—No, esos pergaminos sólo hablaban de un simple pacto comercial entre los nueve caballeros y la enigmática sociedad llamada Ouróboros. De ese secreto se cuentan muchas historias, pero nadie ha conseguido aún encontrarlo, ni averiguar de qué se trata, ni dónde está escondido.

—Entonces, ¿por qué lo busca el rey de Francia? —preguntó Grimpow.

—Cree que si se apodera de ese secreto no habrá en toda la Tierra ningún poder que pueda equipararse al suyo, y que incluso alcanzará la inmortalidad, conjurando así la maldición que el gran maestre del Temple Jacques de Molay le lanzó en la hoguera antes de morir. Ya sé que también vosotros buscáis ese secreto, puedo leerlo en vuestro pensamiento. Son muchos los que lo buscan desde hace siglos, y muchos también los que perdieron su vida en el empeño por desvelar el misterio. Todos se han olvidado de la vieja maldición, pero ella está ahí, acechando como una fiera entre las tinieblas para devorar sin piedad a los curiosos que se atreven a perturbar su eterno sueño.

—¿La maldición? ¿Os referís a la maldición del gran maestre del Temple?—preguntó Salietti.

El viejo ermitaño abrió los ojos y los hizo girar hasta dejarlos en blanco.

—No, la maldición de la que os hablo es tan antigua como el tiempo. ¡Malditos los que osen penetrar en la esencia del secreto, porque las puertas que consigan abrir se cerrarán para siempre tras ellos! —gritó sin dejar de mirar al vacío.

Salietti y Grimpow se cruzaron una pregunta mentalmente, sobre cómo podrían encontrar el secreto de los sabios, y el viejo ermitaño pareció comprenderlos sin necesidad de que pronunciaran una palabra.

—Si queréis llegar hasta él tendréis que aprender a interpretar el lenguaje de la piedra —respondió sin mirarlos.

—¿La piedra filosofal, es a ella a la que os referís, al *lapis philosophorum*? —preguntó Grimpow.

Pero el viejo ermitaño entornó los ojos y se puso a balbucear un sinfín de palabras sin sentido, como si hubiera entrado en un trance que lo devolvería pronto a su antiguo estado de locura, del que tal vez, pensó Salietti, no había salido nunca.

Luego se puso en pie y se dirigió apoyándose en su báculo a la iglesia, gritándoles de nuevo:

—¡Huid, huid, ahora que aún estáis a tiempo de evitar la cólera de Dios, hijos malditos del diablo, o entrad en esta santa ermita para postraros de rodillas ante la cruz del martirio y suplicar a la divina clemencia del Señor el perdón de vuestros pecados!

Grimpow y Salietti vieron su sombra adentrarse en el pórtico de la iglesia como si se adentrara en un túnel donde no existiera el tiempo, y su voz se

ahogó en el silencio como el día comenzaba a ahogarse en las sombras de la noche.

El bandido sanguinario

Al anochecer acamparon en un páramo inmenso desposeído de toda vegetación y arbolado, y en el horizonte de los cuatro puntos cardinales nada existía que no fuera una larguísima línea recta en la que se unían la negritud del cielo y los confines de la Tierra. La bóveda celeste era visible en toda su extensión como una media esfera hueca y transparente que se alzara sobre la meseta hasta perderse en la infinitud de un firmamento plagado de estrellas. No había luna, y a su alrededor todo era devorado por la oscuridad. Sin encender fuego, cenaron unas longanizas algo resecas, unos pedazos de pan y queso, y unos racimos de uvas que habían cortado durante la mañana en los extensos viñedos por los que cruzaron.

Sobre ellos destellaban las constelaciones como enjambres de luciérnagas paralizadas de súbito en sus incansables vuelos nocturnos. Salietti colocó una alforja bajo la cabeza de Grimpow y le cubrió el cuerpo con una manta. Una brisa leve proveniente del norte recorría, invisible, la llanura, arrastrando un murmullo de sonidos confusos y lejanos, que se mezclaban con el chirrido de los grillos y el croar de las ranas en unas charcas cercanas.

—El hermano Uberto de Alessandria me dijo que las respuestas a las preguntas sobre el secreto de los sabios están más allá de las estrellas —dijo Grimpow sin dejar de contemplar el hermoso e inmenso cielo de la noche que tenía ante sus ojos.

—Bueno, eso sólo es una metáfora, una manera de referirse al misterio que envuelve todo lo que nos es desconocido. El hermano Uberto era muy aficionado a desvelar los enigmas del cosmos y de la materia, y se pasaba las horas mirando al cielo y al interior de sus alambiques intentando resolverlos. Es lógico que él crea que más allá de las estrellas están las respuestas a todas las preguntas que los humanos consideramos inalcanzables. Pero tampoco debes sorprenderte por eso, Grimpow, la Tierra que pisamos también llegó de las estrellas hace millones de siglos, y aún sigue aquí, girando cada día alrededor del Sol para nuestro propio asombro. Recuerdo que cuando yo era un

muchacho como tú, mi padre solía decirme que no hay nada más misterioso que el universo, y yo miraba embobado cada noche al cielo, mientras aprendía a localizar a Mercurio, a Venus, a Júpiter y a Saturno entre las constelaciones del Zodiaco, e imaginaba que, un día, yo mismo llegaría a tocar las estrellas con mis manos —dijo Salietti, apuntando a Venus con Atenea como si el astro que parpadeaba allá arriba, entre las estrellas, fuese la punta destellante de su espada.

—No sé —titubeó Grimpow—, cuando hablé en la enfermería con el hermano Uberto de Alessandria tuve la impresión de que él sabía mucho más sobre la piedra filosofal de lo que me dijo.

—No sé a qué te refieres —murmuró Salietti.

Grimpow sacó la piedra y la contempló de nuevo como si fuese la primera vez que la veía.

—El hermano Uberto supo que yo poseía esta piedra sin que la hubiese visto antes. Adivinó que desprendía una insólita luz y logró verla a pesar de su ceguera —explicó.

—Tal vez sólo se trató de una simple intuición, de una capacidad sensorial adquirida por él en la profunda oscuridad de sus pensamientos a lo largo de tantos años sin ver nada. Muchos ciegos han llegado a desarrollar un oído tan fino que hasta pueden oír desde lejos las pisadas del gato más discreto y silencioso.

—Creo que era algo más que eso. Y ahora que lo pienso, casi juraría que el hermano Uberto fue uno de esos sabios custodios del secreto del *lapis philosophorum*.

—¿Por qué crees eso? —preguntó Salietti, mirando con vivo interés el color rojizo que iba adquiriendo la piedra que Grimpow sostenía en sus manos, bajo el infinito firmamento de las estrellas.

—Cuando hablé con él me dijo cosas a las que entonces yo no di importancia, pero que sólo un sabio perteneciente a esa sociedad secreta llamada Ouróboros podría conocer.

—Esa sociedad secreta es tan antigua que puede que ni siquiera exista ya —sugirió Salietti, dejando escapar un bostezo de cansancio y de sueño.

—Algo me dice que ese grupo de sabios aún sigue existiendo en alguna parte, y que el hermano Uberto de Alessandria tuvo mucho que ver con ellos.

—Mi padre me hablaba con frecuencia de él cuando yo era niño —dijo Salietti, meditabundo—. Se conocieron en la Universidad de Padua, donde el hermano Uberto impartía clases de filosofía y astronomía sosteniendo revolucionarias tesis sobre la infinitud del universo, que contradecían las teorías aristotélicas de las esferas y el geocentrismo de Ptolomeo. El monje de Alessandria, como mi padre le llamaba, aseguraba sin reparos que la Tierra era redonda y que todos los planetas giraban alrededor del Sol, lo que le supuso no pocos enemigos en el seno de la Iglesia, empeñada en sostener que la Tierra era el centro del universo y que todos los cielos giraban alrededor de ella. Durante

muchos años viajó por España, donde fue maestro de reyes y príncipes, vivió en París como profesor de la universidad y luego se marchó a Inglaterra, llegando a escribir en Londres más de cincuenta libros sobre todas las ramas del conocimiento. También viajó por Asia y África, dominando todas las lenguas y escrituras de aquellos territorios exóticos, y a punto estuvo de morir descuartizado a manos de unas tribus salvajes. Todos lo tenían por un gran sabio, sin duda, hasta que al cumplir los setenta años fue acusado de herejía por el Santo Oficio, llevado a Roma y sometido ajuicio. Y de no haber sido porque se retractó a tiempo de sus ideas, no te quepa duda de que lo hubiesen quemado en una hoguera para que ardiera vivo como los pecadores muertos arden eternamente en el infierno. Humillado y cansado se refugió en la abadía de Brínkdum, y su nombre quedó desde entonces en el más completo olvido —concluyó Salietti, dejando escapar un suspiro.

Después de oír a Salietti, Grimpow dio un respingo y se sentó sobre el duro suelo del páramo.

—¡Claro! —exclamó ante la mirada atónita de Salietti—. Ahora lo veo con nitidez.

Salietti se incorporó también y clavó sus ojos en los de Grimpow.

—¿Tú no serás otro alucinado? —preguntó aturdido.

—¿No lo entiendes? El hermano Uberto tuvo durante muchos años esta misma piedra en sus manos. Él fue el encargado de guardarla junto al sello de oro de la sociedad secreta de los sabios con el símbolo del Ouróboros, y cuando llegó el momento de entregarla a su discípulo para que fuese el nuevo guardador del secreto, se resistió a desprenderse de ella. Él mismo me lo dijo en la enfermería de la abadía sin que yo me diese cuenta entonces de lo que quería decirme. Se vio tentado de alcanzar la inmortalidad rodeado de riquezas, y traicionó los principios y creencias que antes tanto había respetado. Luego se arrepintió y devolvió la piedra a su cauce secreto. Pero se empeñó inútilmente en fabricar otra piedra igual a ésta en su laboratorio como pretendían los alquimistas, aun a sabiendas de que eso ya no era posible. Por eso me dijo que esta piedra podía llegar a matarme, como a él llegó a cegarle la vista y la razón.

—Tal vez el hermano Uberto se refiriera a la misma maldición de la que nos habló esta mañana el viejo ermitaño —dijo Salietti.

—También yo he pensado lo mismo. Desde que encontré esta piedra no han sucedido a mi alrededor más que desgracias: la muerte del caballero que la portaba en las montañas, mi separación de Dúrlib, su ejecución en la horca como él siempre me había anunciado, el asesinato del abad de Brínkdum, la guerra que se avecina contra los castillos del Círculo de Piedra, la ceguera del hermano Uberto —dijo Grimpow, abatido por tanta desdicha.

—Si lo ves de ese modo tendrás que culpar a esa misteriosa piedra de todas las desgracias que han afligido a la humanidad desde que comenzó a habitar este prodigioso planeta —dijo Salietti sonriendo—. El caballero muerto en las montañas murió congelado por el frío, al abad de Brínkdum lo degolló un

esbirro del inquisidor Búlvar de Góztell para que no pudiese contar a nadie las intenciones del Papa y del rey de Francia de apoderarse del secreto de los sabios, tu amigo Dúrlib murió ahorcado como temía porque ése es el final más probable de los ladrones que matan con su espada a los soldados de los nobles, aunque sea para defenderse, y la guerra que se anuncia sólo es consecuencia de la desmedida ambición de señores tan poderosos como el rey y el barón Figüeltach de Vokko. En cuanto a la ceguera del hermano Uberto sólo fue un accidente, y fueron los cristales de su alambique y no tu piedra los que le dejaron ciego. No hay ninguna maldición tras todos esos acontecimientos, que hubiesen ocurrido de igual modo aunque tú no hubieses encontrado la piedra.

—Quizá tengas razón y todo haya sido fruto del azar, pero creo que algo de verdad hay también en las palabras que el viejo ermitaño dijo sobre la maldición que arrastrarán de por vida los que osen penetrar en la esencia del misterio.

—A juzgar por su evidente locura, no creo que nada de lo que nos dijo el ermitaño sobre esa maldición, los templarios y la sociedad secreta de sabios llamada Ouróboros sea cierto. Probablemente oyese hablar de las leyendas y fantasías que cuentan los juglares por las plazas de las aldeas, y él mismo las creyera en su desvarío como si realmente fuesen ciertas —murmuró Salietti, volviendo a tumbarse y a mirar el cielo.

—Yo no pienso que nos mintiera —opinó Grimpow—. El Ouróboros es el signo del sello de oro y del lacre del pergamino que portaba el caballero muerto en las montañas, y el viejo ermitaño tenía grabada a fuego bajo la nuca la cruz ochavada de los templarios, de eso estoy seguro.

—¿La viste tú? ¿Por qué no me comentaste ese detalle? —preguntó Salietti, incorporándose de nuevo.

—Creía que tú también la habías visto. Y el horrible muñón de su mano hablaba por sí solo de las torturas a que le sometieron.

—Sí, los verdugos de la Inquisición se han ganado una merecida fama de asesinos, y no hay invención alguna en los crueles tormentos con que interrogaron a los caballeros de la Orden del Temple —añadió Salietti.

—Al menos ahora sabemos que los templarios no tuvieron nada que ver con el secreto de los sabios, que no fuera trasladarlo desde Jerusalén hasta París para protegerlo de los asaltos de los musulmanes.

—Si eso es cierto, parece claro que fueron los miembros de esa sociedad secreta de sabios quienes lo encontraron en Jerusalén —apuntó Salietti.

—Y sólo ellos sabían dónde lo escondieron en Francia —añadió Grimpow.

—Pero, según tu teoría, al menos uno de ellos conservó la piedra que tú posees ahora, y la transmitió a su discípulo antes de morir, y éste al suyo, hasta que llegó a manos del hermano Uberto de Alessandria.

—Así es, y el caballero muerto en las montañas debía de ser el último poseedor de la piedra, y probablemente un antiguo discípulo del hermano

Uberto, o un discípulo del discípulo de éste —dijo Grimpow, intentando ordenar sus reflexiones en voz alta.

—¿Y si ese tal Aidor Bílbicum de Estrasburgo fuese el sabio que debía recibir la piedra para seguir ocultándola? —sugirió Salietti, tan empeñado como Grimpow en buscar respuestas a sus muchas preguntas.

—Es posible —admitió Grimpow—. Pero entonces, ¿qué sentido tiene que el caballero de las montañas fuera perseguido por el inquisidor Búlvar de Góztell?

—A buen seguro que los astutos perros de presa del rey de Francia consiguieron descubrir el rastro de la sociedad secreta de los sabios en sus despiadados interrogatorios a los caballeros templarios, como apuntó el viejo ermitaño cuando nos habló de los pergaminos que él guardaba en la Torre del Temple de París —dijo Salietti.

—Lo que parece seguro es que ese viejo ermitaño no estaba tan loco como parecía. ¿Recuerdas qué dijo sobre lo que debíamos hacer para encontrar el secreto de los sabios? —preguntó Grimpow.

—Nos dijo que deberíamos aprender a interpretar el lenguaje de la piedra —murmuró Salietti vencido por el sueño.

—Eso es —dijo Grimpow, mirando la luz rojiza que destellaba en su mano—. Pero ¿cuál es ese lenguaje, y cómo podremos aprender a interpretarlo? —preguntó, sin tener otra respuesta que los placenteros ronquidos del noble duque de Estaglia, que dormía profundamente al lado de su amigo.

Antes del alba las estrellas aún pigmentaban el cielo de la noche, pero lentamente una luz pálida y celeste fue creciendo por occidente hasta hacerlas desaparecer. Luego el sol asomó su poderosa esfera de fuego sobre el horizonte, y cuando se pusieron de nuevo en marcha, sus rayos dorados reinaban sobre la inmensidad del páramo que se extendía a sus pies como un océano de tierra estéril y parda. Durante muchas leguas cabalgaron en línea recta hacia el norte, mientras Salietti le hablaba a Grimpow de su vida de estudiante en las universidades de Padua y París, con el entusiasmo de quien añora un pasado feliz que ya sólo pervive en el recuerdo.

A media mañana el paisaje comenzó a cambiar frente a ellos, adivinándose en la lejanía un perfil de altas colinas y profundos bosques que no tardaron en alcanzar bajo un calor sofocante. Cabalgaban alejados de senderos y caminos para evitar encontrarse con las caravanas de peregrinos que descendían hacia el sur y las comitivas de los caballeros que se dirigían hacia la fortaleza del barón Figüeltach de Vokko para participar en las justas de primavera de los castillos de Alsacia.

Un aire fresco que agitaba acompasadamente las copas de los árboles los recibió al penetrar en las sombras de un tupido bosque de hayas y matorrales. Nada rompía el silencio, ni siquiera el silbido de los pájaros o el corretear de las

ardillas sobre la hojarasca que cubría el suelo. Incluso los pasos de sus cabalgaduras parecían ahogarse en la densa calma que los envolvía. Hasta que una voz grave sonó sobre sus cabezas como si fuese el mismo Dios quien les hablaba.

—¡Detened vuestros caballos y tirad al suelo vuestras armas, si no queréis recibir una flecha envenenada entre los ojos!

Sorprendidos por la voz de origen desconocido, Salietti y Grimpow tiraron de las riendas de los caballos y se detuvieron al instante. Salietti se desabrochó el cinto y dejó que su espada envainada cayera al suelo acariciando el costado de su caballo, mientras Grimpow se deshacía de su arco y de su carcaj dejándolos caer junto a las patas de Astro.

Los ojos de Salietti escrutaron entre las ramas de los árboles, sin conseguir ver otra cosa que las copas mecidas por el viento.

—¡Ahora bajad de los caballos y apartaos de ellos! —volvió a gritar la voz.

Hicieron lo que se les ordenaba, y Salietti gritó al vacío:

—¿Tanta es vuestra valentía que tenéis que ocultar vuestro rostro entre las sombras del bosque?

Durante un momento no hubo ninguna respuesta a la pregunta de Salietti, como si aquella voz incierta sólo hubiese sido un espejismo, o un rumor que arrastrara el viento. Pero al poco, un grupo de forajidos armados con arcos que superaba la docena fue cayendo de los árboles cercanos, y los fue rodeando hasta formar un círculo cerrado en torno a ellos. Eran hombres rudos de pobladas barbas y mirada huraña, que vestían calzas y jubones harapientos.

Uno de los bandidos se adelantó al grupo de salteadores y se acercó a Salietti. Tenía una larga barba pelirroja, un ojo de color azul y otro de color negro, su nariz era grande y redonda, picada de viruela, y su cuerpo era robusto como un roble.

—Decidme quién sois y qué os trae al bosque de Oppernái —dijo con la misma voz grave que los recibió a su llegada.

—Mi nombre es Salietti de Estaglia, y quien me acompaña es Grimpow, mi escudero. Vamos hacia la fortaleza del barón Figüeltach de Vokko, para participar en los torneos de primavera de los castillos de Alsacia.

—El camino del norte queda a varias leguas de aquí. Si sois un caballero, ¿por qué cabalgáis atravesando los campos como un proscrito?

—Nos perdimos anoche y no volvimos a encontrar el camino —explicó Salietti, sin apartar los ojos de los bandidos que tomaban las riendas de sus caballos y recogían las armas del suelo.

—¡Pues para nuestra suerte elegisteis la ruta adecuada, mi señor Salietti! —dijo el bandido soltando una carcajada—. Si portáis joyas o monedas de plata y oro será mejor que me las entreguéis, antes de que me disponga a sacaros por la fuerza hasta los piojos que se esconden entre vuestros cabellos. Nos quedaremos todo lo que llevéis encima como pago de vuestro tributo por

cruzar este bosque de Oppernái sin licencia de su dueño —dijo el robusto salteador, guiñando su ojo azul de un modo incontrolado.

—Nuestra única fortuna son nuestros caballos, nuestra mula y nuestras armas, si nos priváis de ellas nos condenaréis a la más completa miseria —dijo Salietti.

—Siempre podréis uniros a nuestra banda —ironizó el bandido—. Aquí son bien recibidos todos los mendigos y miserables de vuestra nueva condición. Y ahora quitaos las ropas y dejadlas junto a ese árbol —añadió con una mueca de hosquedad, apenas visible tras sus pobladas barbas rojas.

—¿Pretendes que nos desnudemos? —preguntó Grimpow indignado, a pesar de no sorprenderle los métodos que usaban los salteadores de caminos para desvalijar a sus víctimas.

—Si prefieres que lo haga yo, pequeño mocoso, además de arrancarte la camisa y el jubón con mis propias manos, te despellejaré como a un conejo y clavaré los jirones de tu pellejo en los árboles para atraer a los osos y a las hormigas —dijo bravucón el que parecía ser el jefe de los salteadores.

Salietti le hizo un gesto a Grimpow para que obedeciera al bandido, y ambos comenzaron a despojarse de sus lujosos atuendos hasta quedar completamente desnudos. A Grimpow no le preocupaba que le encontraran encima el sello de oro, ni el mensaje lacrado, ni la bolsa con las pepitas doradas que el hermano Ássben le había dado al partir de la abadía, pues Salietti los había escondido dentro de la silla de su caballo en un lugar difícil de localizar. Pero cuando uno de los bandidos se dio cuenta de la bolsa de lino que le colgaba del cuello, se acercó a Grimpow y de un tirón se la arrancó sin miramientos.

—¿Qué llevas aquí dentro? —preguntó dejando ver su dentadura sucia y mellada.

—Sólo es un amuleto que hace años mi madre me colgó del cuello para protegerme de malos espíritus como los vuestros. Si te lo quedas, caerá sobre ti una terrible maldición que hará que arrastres tu gorda barriga por la tierra como una lagartija apestosa —soltó Grimpow para intentar asustar al salteador.

El bandido, impresionado por la ingenua amenaza de Grimpow, le acercó la bolsa al salteador pelirrojo y éste la abrió con recelo.

—¡Bah! Sólo se trata de una piedra y de un poco de romero. Mi abuela también solía conjurar la mala suerte con esos fetiches, y acabó ardiendo en una pira de leña junto a otras viejas brujas de su aldea, acusadas de ser las responsables de una epidemia que mató a todos los cerdos, ovejas, vacas y cabras de la comarca —murmuró despectivo, lanzándole de nuevo a Grimpow la bolsa con el romero, y quedándose con la piedra—. Espero que llevéis encima algo más valioso que esto —añadió mirando la piedra con curiosidad—, si no queréis que Drusklo os queme las plantas de los pies en la hoguera de nuestro campamento, hasta que se os pongan tan al rojo vivo como las mismas brasas

que arden en ella —dijo riendo, y las carcajadas del bandido resonaron en el bosque, provocando un coro de jocosos murmullos entre sus compañeros.

—¿Drusklo? ¿Has dicho Drusklo, Drusklo el Sanguinario? —preguntó Grimpow al oír ese nombre.

—Has oído bien, muchacho, ¿acaso le conoces? —inquirió el bandido pelirrojo.

—No, no —negó Grimpow—, pero su fama en la comarca de Úllpens es tanta que hasta los juglares alaban y recitan sus matanzas como si fuesen las hazañas de un héroe legendario —añadió, inquieto por su futuro y el de su piedra, mientras un par de forajidos recogían las vestiduras— de Salietti y las registraban escrupulosamente hasta en los pliegues más recónditos, sin encontrar nada en ellas.

Luego cogieron las ropas de Grimpow, y apenas uno de ellos sacudió las calzas, cayó al suelo la pequeña daga con zafiros y rubíes que Dúrlib le había dado en las montañas después de encontrarla en la alforja del caballero muerto.

—¡Vaya, vaya, vaya, aquí hay un pequeño tesoro! —exclamó el bandido que sostenía la daga ante sus ojos, deslumbrado por las joyas incrustadas en el puño.

—¡Dame esa daga! —le gritó el pelirrojo, a la vez que de un manotazo le arrebataba el arma de las manos. El bandido recreó la vista en la daga, y alzándola luego hasta mirar fijamente a Grimpow, preguntó —: ¿De dónde has sacado esta joya?

Salietti se anticipó y contestó por Grimpow:

—Se la di yo mismo a mi escudero para que la guardase, por si necesitaba defenderse de alguna alimaña al entrar en el bosque —mintió.

—Esta daga perteneció a algún infiel de los que mataban los caballeros de las cruzadas en Tierra Santa —le contestó el bandido—. Las conozco bien, pues yo mismo viajé en busca de fortuna a aquellas tierras del diablo cuando era joven, y sólo gracias a la divina providencia logré salvar mi cuello de las afiladas dagas de los ashashins, tras una terrible emboscada. Drusklo se alegrará al ver este botín, vuestros caballos y vuestra pulida armadura, y hasta es posible que sea generoso con vosotros y os perdone la vida, a cambio de cortaros los dedos y las orejas —dijo, volviendo a reír como un borracho.

El cabecilla de la banda de forajidos les ordenó que se vistiesen con las botas y las calzas. Luego les dio un brusco empujón en la espalda y les dijo que se pusiesen en marcha, sin que sus hombres dejaran de apuntarles con las flechas de sus arcos. Salietti fingía mostrarse dócil y asustadizo como un bellaco, y le guiñó un ojo a Grimpow para indicarle que ya buscaría algún modo de recuperar todo cuanto les habían robado los forajidos.

Durante un rato caminaron semidesnudos en dirección oeste, hacia donde el sol declinaba con lentitud, tapado por unos nubarrones grises que anunciaban una lejana tormenta. Sin embargo, el bosque se fue haciendo a cada paso más denso e impenetrable, hasta que acabó cubriendo por completo sus

cabezas con una tupida malla de ramas entrelazadas. Los bandidos les prohibieron hablar entre ellos, pero Salietti se acercó a Grimpow y le preguntó en un susurro si era cierto que conocía a ese salteador de caminos llamado Drusklo el Sanguinario. Grimpow asintió para no llamar la atención de los bandidos, que seguían de cerca sus pasos y cada uno de sus movimientos. De sobra sabía Grimpow quién era Drusklo el Sanguinario. Ese terrible apodo no sólo no desmerecía su fama de bandido despiadado, sino que era fiel reflejo de la crueldad con que destripaba a sus víctimas, abriéndoles la barriga de arriba abajo con su afilado cuchillo de carnicero, y dejando luego que se desangraran como cerdos. Su amigo Dúrlib había pertenecido a la banda de Drusklo, y había terminado abandonándola por las diferencias surgidas entre ellos a causa del carácter cada vez más violento y sanguinario de sus acciones, que acabaron en un duelo a espada en el que Drusklo resultó malherido y juró vengarse de Dúrlib, a pesar, de que éste le perdonara la vida cuando lo tenía desarmado y a merced de su espada. Desde entonces no habían vuelto a encontrarse. Dúrlib le había contado a Grimpow que cuando Drusklo era un muchacho mató de un flechazo en el corazón a su señor, por haberlo abofeteado durante una cacería de zorros porque soltó los perros antes de que se lo ordenaran. Consiguió escapar y se refugió en el bosque, pero cuando regresó esa noche a la aldea de sus padres, los encontró junto a sus dos hermanos pequeños, colgados ante la puerta de su miserable casa, con los ojos arrancados y las tripas fuera del abdomen. Enloquecido, Drusklo se unió a una banda de campesinos rebeldes y con el tiempo se convirtió en el jefe de un nutrido grupo de ladrones, mendigos, frailes renegados, asesinos y proscritos. Asaltaban iglesias, abadías, aldeas, granjas y pequeños castillos, quemaban haciendas y cultivos, y aterrorizaban a caminantes y peregrinos, descuartizándolos sin piedad y abandonando sus cuerpos al borde de los caminos.

En un claro del bosque ardía una hoguera, y hasta ellos llegó el olor a carne quemada de un par de ciervos que se asaban sobre el fuego. Alrededor se veían, algunas chozas hechas con pieles y ramas secas, y muchos hombres armados con largos palos y grandes arcos salieron a su encuentro al verlos llegar semidesnudos y asustados. Algunos reían y se burlaban del aspecto de los recién llegados, y otros los miraban con la curiosidad de unos seres primitivos que jamás vieron a un noble maniatado, seguido de su escudero.

Salietti supuso que el primero que se acercaba a ellos era Drusklo, pues llevaba prendida a la espalda una raída capa de seda de color granate y portaba sobre su enmarañada cabellera una destartalada corona de latón oxidado que le confería un aire altanero de rey destronado. Tenía una parte de su rostro quemada, aunque sus profundas cicatrices quedaban disimuladas tras una espesa barba blanquecina. Antes de verlo, Grimpow llegó a pensar que sería más joven, tal vez como Dúrlib, pero su aspecto era el de un hombre envejecido, cuyos músculos todavía mantenían el vigor de una juventud perdida. Sus ojos

eran tan fríos y negros que parecían escupir a la cara todo el odio que Drusklo había albergado desde que asesinaran a su familia.

—¿Os consideráis un rey y tratáis de este modo a un caballero? —le espetó Salietti tan pronto se encontró frente a él.

—Las leyes de este reino nada tienen que ver con las normas de la caballería. En este bosque no hay más reglas que las de las alimañas, y ahora vos sois como un ciervo acorralado que sólo espera ser devorado por los lobos. Y eso somos nosotros, lobos que devoran a los hombres que osan entrar en el bosque de Oppernái donde, como podéis ver, yo soy el rey de la manada, y ellos mis fieles vasallos —dijo Drusklo con sarcasmo, repartiendo la mirada entre los bandidos que le rodeaban.

El bandido pelirrojo le ofreció a Drusklo la daga con un gesto de miedo y sumisión.

—Sólo les hemos encontrado esto encima, y esta piedra que llevaba el muchacho colgada del cuello —dijo, mostrándole el extraño mineral a su jefe.

Drusklo no hizo caso a la piedra, pero miró la daga sin disimular su admiración por las joyas que adornaban el puño.

—¿De dónde sois? —preguntó el bandido sin levantar la vista del arma.

—Mi nombre es Salietti, duque de Estaglia.

—¿Sois italiano?

—De la región del Piamonte.

—¿Y qué os trae a estas tierras tan lejanas de las vuestras?

—Vamos hacia la fortaleza del barón Figüeltach de Vokko para participar en los torneos de primavera de los castillos de Alsacia, si vos no tenéis inconveniente.

Drusklo apartó los ojos de la daga, apuntó con ella al corazón de Salietti y se quedó ensimismado durante un instante. Luego apoyó la punta del arma sobre el pecho del duque hasta hundirle la piel sin causarle herida, y lo miró fijamente a los ojos.

—Tal vez podamos llegar a un acuerdo.

Salietti deslizó su mirada hacia Grimpow sin comprender qué acuerdo podía llegar a ofrecerle Drusklo el Sanguinario, pero Grimpow se limitó a permanecer en silencio, como correspondía a un fiel escudero ante los graves asuntos que debe resolver su señor.

—Si deseáis que negociemos como caballeros, y no como las bestias de las que antes me hablasteis para amedrentarnos, deberéis ordenar a vuestros hombres que nos desaten y nos devuelvan nuestras vestiduras.

El despiadado jefe de los bandidos le hizo un gesto al pelirrojo para que cortara las ligaduras de las manos de sus rehenes, y otro forajido se apresuró a entregarles sus jubones, cintos y camisas.

—¿Y qué hay de mi espada, de mis caballos y mi armadura? —preguntó Salietti después de acomodarse su jubón y acariciar la piel de sus muñecas, al fin libres de ataduras.

—De esos detalles hablaremos más tarde. Ahora decidme, ¿qué sabéis de la guerra de la que tanto murmuran todos los caminantes y peregrinos del norte?

—Según mis noticias, el barón Figüeltach de Vokko, aliado con el rey de Francia y con las bendiciones del papa Clemente, se propone asaltar los castillos del Círculo para prender a todos los templarios huidos que han encontrado refugio en las fortalezas del duque Gulf de Östemberg y sus fieles caballeros. En los torneos de primavera piensa convocar a todos los nobles de los territorios vecinos a su cruzada, y posiblemente hasta el propio rey de Francia asista a ellos.

—¿Y vos tenéis intención de uniros a los ejércitos del barón Figüeltach de Vokko para asaltar los castillos del Círculo de Piedra?

El rostro de Salietti se contrajo como si Drusklo el Sanguinario le estuviese sometiendo a un acertijo de cuya respuesta dependiese su vida. De la guerra que se anunciaba no sabía más que lo que maese Ailgrup, el maestro armero de Úllpens, le había contado, pero el dilema que debía resolver en segundos era si contestaba afirmativamente a la pregunta sobre su intención de unirse al ejército que el barón de Vokko estaba reclutando, sin saber qué respuesta deseaba oír el bandido.

—Sí, sin duda —dijo Salietti resuelto—. Con ese propósito vengo desde tan lejos. Mi ducado en el Piamonte es un ducado sin fortuna, y espero ganar fama, honores y riquezas combatiendo en las justas y en la cruzada contra los castillos del Círculo —añadió.

—He oído decir que el barón Figüeltach de Vokko se propone otorgar su perdón a todas las bandas de forajidos que se unan a su ejército para combatir a los protectores de los templarios —dijo Drusklo ante la mirada expectante de sus hombres.

—Entonces, ¿qué os impide acudir a la fortaleza durante las justas, implorarle al barón el indulto de vuestras fechorías y ofrecerle vuestros servicios y los de vuestra banda? —preguntó Salietti, que aún no había captado las intenciones del bandido.

Drusklo se mesaba la barba, inquieto, como si lo que iba a decir le causara una honda repulsión. Pero al cabo, confesó:

—Cuando apenas era un muchacho, maté a su abuelo, y aún hoy los soldados del barón Figüeltach de Vokko nos persiguen por bosques y montañas. No estoy muy seguro de que esté dispuesto a aceptar que formemos parte de su ejército de mercenarios.

Los ojos de Salietti expresaron su contrariedad.

—De eso hace ya mucho tiempo y, por lo que yo sé, el barón Figüeltach de Vokko carece de escrúpulos y recelos, llegado el momento de establecer alianzas que tengan para él alguna utilidad.

—Ése es precisamente el trato que quiero proponeros —dijo Drusklo, a quien los años, las miserias de su vida de proscrito y su propia crueldad parecían haber desgastado hasta consumirlo de cansancio.

—¿Podéis ser más explícito? No os comprendo, —contestó Salietti.

Drusklo se mostraba nervioso y poco habituado a humillarse.

—Si vos me juráis sobre vuestra espada que le transmitiréis mi mensaje al barón Figüeltach de Vokko tan pronto lleguéis a su fortaleza, os dejaré que continuéis vuestro camino por el bosque de Oppernái sin daño alguno para vos ni para vuestro escudero.

—¿Qué debo decirle al barón en vuestro nombre? —inquirió Salietti con sequedad.

—Decidle simplemente que imploro humildemente su perdón, y que sólo mis hombres y yo somos capaces de trepar los grandes riscos de los castillos del Círculo para instalar sobre ellos las catapultas. Él sabrá comprender lo útiles que podemos llegar a ser para él y para su ejército, si quiere ganar esa guerra.

Grimpow hubiera deseado que la respuesta de Salietti fuese negativa, y que no aceptara ningún tipo de alianza con el sanguinario bandido. Incluso esperaba que Salietti, el orgulloso duque de Estaglia, saliese de aquel atolladero como correspondía a un caballero digno y valeroso, usando su espada para dejar claro quién imponía allí las condiciones.

—¿Y qué pasará con mis armas y con nuestras cabalgaduras? —preguntó Salietti antes de contestar.

—Vuestra espada y vuestra armadura, así como vuestros caballos y vuestra mula, podréis llevároslas con vos.

—¿Y mi daga y la piedra del muchacho? —insistió Salietti.

—La daga me la quedaré yo, y os juro que os la devolveré si volvemos a vernos combatiendo contra los castillos del Círculo bajo los estandartes del barón. En cuanto al asunto de la piedra, deberéis resolverlo con Blakestown. Es ley entre los proscritos que las piezas sin valor del botín son para el que las consigue, y sólo puede quitárselas contra su voluntad quien lo venza en duelo, a menos que éste rechace batirse —dijo, mirando al bandido pelirrojo.

El bandido de ojos azul y negro abrió su boca y soltó una estrepitosa carcajada.

—Si el noble caballero Salietti de Estaglia desea que su escudero recupere este amuleto tendrá que quitármelo él mismo —dijo desafiante.

Y al decir esto un clamor de voces y gritos estalló en las gargantas de los bandidos, animando a Blakestown el Pelirrojo para que le rompiera los huesos al caballero italiano que había osado entrar en sus bosques.

—Elige el arma —aceptó Salietti, resignado a una paliza segura.

—Lucharemos con nuestros palos, vuestras espadas son para los caballeros, y ésta es una disputa de villanos.

Los gritos aumentaron, un par de bandidos entregaron sus largos palos a los dos contendientes, y entre todos crearon un pequeño círculo alrededor. Pero antes de que se dispusieran a acometerse, Grimpow saltó al centro del círculo y gritó:

—¡La piedra es mía, soy yo quien debe reclamarla y defenderla!

Los bandidos se quedaron mudos al oír al muchacho, hasta que uno de ellos dijo algo relativo a su estatura y todos se desternillaron de risa.

—El muchacho tiene razón —dijo Drusklo el Sanguinario—. Si el amuleto era suyo, él es el único que puede reclamarlo, y para ello no necesita en este bosque el permiso de su señor, pues no hay entre nosotros normas de vasallaje que impidan a un escudero ser tan libre como un caballero. ¡Que elija el muchacho el reto, y sea la suerte la que decida el destino de esa piedra!

Grimpow miró a Salietti y, con los ojos, le imploró que no interviniera en su disputa.

—Colgaremos la piedra de la rama más baja de aquel árbol —dijo Grimpow señalando frente a él—, y será de aquel que consiga cortar primero la cuerda con una flecha disparada a cincuenta pasos de distancia.

Blakestown mostró sus dientes amarillos al sonreír, y aceptó el reto de Grimpow con satisfacción.

La línea de hombres que formaba un círculo se abrió en silencio hasta formar dos líneas paralelas. Drusklo cogió la piedra, la ató en la punta de una fina cuerda y la colgó de una rama del árbol que el intrépido escudero había señalado, mientras Salietti recogía el arco y el carcaj de manos de un bandido jorobado y se lo entregaba a Grimpow.

Drusklo regresó al corro de bandidos contando cincuenta pasos y, arrastrando un palo sobre la tierra, trazó una línea perpendicular a su posición. La piedra oscilaba a lo lejos como un péndulo diminuto, y la cuerda que la sostenía en el aire apenas era visible desde la distancia.

—El primero en disparar su arco será Blakestown, como corresponde al retado. Si corta la cuerda la piedra será suya, y si no fuese así, el muchacho tendrá la oportunidad de recuperarla —proclamó Drusklo apartándose a un lado.

El bandido pelirrojo se situó ante la línea, cerró su ojo azul y elevó su arco a la altura de los hombros. Respiró hondo y lo tensó ante la mirada impaciente de sus compañeros. Salietti cruzó los dedos en un involuntario acto de superstición, y Grimpow cerró los ojos. El bordón sonó como la cuerda sorda de una mandolina y una flecha silbó en el aire perdiéndose entre la maleza, sin haber tocado ni la cuerda ni la piedra.

Los bandidos lamentaron estrepitosamente que el Pelirrojo errara en el blanco, comentando entre ellos lo cerca de la cuerda que había pasado el dardo, cuya estela de viento llegó incluso a mover el blanco. Blakestown sacudió el aire con un manotazo para expresar su enfado, y Salietti y Grimpow suspiraron aliviados.

Llegó el turno de Grimpow, y cuando se colocó en posición de tiro ante la línea trazada sobre la tierra, sintió sobre sí el peso de todas las miradas. Un silencio que parecía haber detenido el tiempo sobrevoló el bosque, y Salietti le lanzó un guiño para transmitirle seguridad en el disparo. Grimpow alzó el arco hasta situar su centro ante su único ojo abierto, y comenzó a tensarlo

lentamente hasta que la cuerda y la piedra aparecieron con nitidez en su punto de mira. Contuvo la respiración durante un instante y soltó el bordón, oyendo sus vibraciones retumbar en su oído. La flecha salió disparada con tal fuerza que se hizo invisible para Grimpow, pero a cincuenta pasos de distancia vio caer la piedra del árbol como si fuese la almendra más hermosa que nadie hubiese encontrado nunca. Y los gritos de júbilo de Salietti resonaron sobre los lamentos de los bandidos, mientras Drusklo el Sanguinario le devolvía a Grimpow la piedra que estaba unida a su destino.

Llamas sobre Cornill

Abandonaron el bosque de Oppernái después de una suculenta comida de ciervo asado y setas hervidas, sin más pérdida en su equipaje que la preciosa daga del caballero muerto en las montañas. Salietti estaba convencido de que volverían a encontrarse de nuevo con el bandido Drusklo el Sanguinario, y que entonces tendría la oportunidad de recuperar la preciosa daga del caballero muerto.

—¿Piensas llevarle al barón Figüeltach de Vokko el mensaje del bandido más sanguinario que jamás haya aterrorizado estas tierras? —le preguntó Grimpow mientras cabalgaban con calma entre montículos de maleza salpicados de grandes árboles, intentando encontrar de nuevo el camino del norte, que no debía de estar ya muy lejos de ellos.

—Le di a Drusklo mi palabra de caballero, y un caballero que se precie de serlo no puede dejar de cumplir un juramento.

—¡Pero ese bandido es un asesino! —protestó Grimpow—. Si nos ha dejado salir del bosque con vida ha sido porque espera obtener el perdón del barón a pesar de haber matado a su abuelo.

—Tal vez también yo pueda sacar algún provecho de mi conversación con el barón Figüeltach de Vokko, y sonsacarlo para obtener alguna información sobre su propósito de asaltar los castillos del Círculo.

—¿De veras crees que la guerra comenzará después de los festejos?

—Pronto lo sabremos.

Durante un buen rato cabalgaron en fila y en silencio, y a medida que avanzaban el paisaje mudaba su aspecto como mudan de piel los reptiles, tornándose en colores de tierra y de cultivos, de bosques y montes, de ciénagas y páramos. Grimpow se preguntaba qué les aguardaría al llegar a la fortaleza del barón Figüeltach de Vokko, y si algún día conseguirían atravesar también las puertas de la ciudad de Estrasburgo. Ni siquiera sabía si aún seguiría vivo Junn el Cojo, el amigo del hermano Uberto, cuya posada se llamaba El Ojo del

Dragón Verde. Estaba seguro de que hacía muchísimos años que el hermano Uberto de Alessandria no salía de la abadía, y era probable que su amigo ya no viviese en la ciudad de Estrasburgo como el viejo monje creía. El ajetreo de los últimos días casi había conseguido que Grimpow se olvidase de que debía buscar el secreto de los sabios, y la única pista de la que disponían Salietti y él estaba escrita en el mensaje lacrado del caballero muerto en las montañas. Si Junn el Cojo les ayudaba a encontrar en Estrasburgo a Aidor Bílbicum, tal vez se desvelara al fin todo el misterio, y su misión terminara entregándole el mensaje, el sello de oro y la piedra. Él sabría lo que debía hacer con ella, como debieron de saberlo todos los sabios que la poseyeron antes que Grimpow, y el mismo caballero que la portaba cuando le encontró muerto en las montañas. Desde aquel día Grimpow supo que había algo mágico en ella, algo que no era de este mundo, algo enigmático y prodigioso capaz de convertir en sabio a un muchacho como él. Pero también sabía que, a pesar de los muchos conocimientos sobre la naturaleza y el cosmos que había adquirido en la biblioteca de la abadía de Brínkdum, aún le quedaba mucho por aprender y descubrir. A veces incluso dudaba de que realmente existiese algún secreto que desvelar, que no fuese la verdadera esencia de la piedra que él poseía. ¿Acaso no era la piedra misma todo un enigma? ¿Quiénes, dónde, cómo y cuándo la encontraron? ¿Por qué emanaba una extraña luz de ella? ¿Por qué le permitía comprender lenguas desconocidas y aprender todo cuanto leía? ¿Cómo transformaba los metales pobres en oro? ¿Se trataba realmente de la piedra filosofal? ¿Era su piedra el verdadero y único *lapis philosophorum* de las leyendas y los tratados de alquimia? ¿Quién era el caballero muerto que la poseía y que desapareció en la nieve como desaparece un sueño? ¿Por qué era perseguido por el inquisidor Búlvar de Góztell? ¿Era ese caballero un miembro de la sociedad secreta de sabios llamada Ouróboros? ¿Tenían algo que ver con esa sociedad los caballeros de la Orden del Temple? ¿Por qué querían apoderarse de la piedra el Papa y el rey de Francia? ¿Por qué querían asaltar junto con el barón Figüeltach de Vokko los castillos del Círculo? ¿Quién era Aidor Bílbicum? ¿Qué significaba la frase escrita en el mensaje: «En el cielo están la oscuridad y la luz»?

Todas estas preguntas se atropellaban unas con otras en su mente cuando alcanzaron una loma desde la que se podía ver el camino del norte zigzagueando de nuevo entre extensos viñedos y suaves colinas.

Una densa humareda se alzaba en la lejanía hasta confundirse con las nubes grises que reposaban apelmazadas en el horizonte. El viento soplaba revuelto desde el oeste imitando murmullos de voces inquietantes, y el cielo poseía el brillo metálico de un atardecer deslucido y frío. Salietti se alarmó y se irguió sobre el caballo, oteando en la distancia en busca de alguna señal que le permitiese averiguar lo que ocurría.

—Hay fuego en la aldea de Cornill, y presiento que el aire arrastra lamentos de muerte y gritos de batalla. Vayamos hasta allí para ver qué ocurre —dijo,

sentándose de nuevo sobre su cabalgadura y picando espuelas para hacerla galopar colina abajo.

Grimpow le imitó, espoleando a su caballo Astro y tirando de la mula para forzarla a seguir sus pasos. Aguzó el oído y oyó a lo lejos el doblar de las campanas de la torre de una iglesia tocando a rebato, mientras le palpitaba el corazón tan aprisa como al pobre animal que se debatía colina abajo, hostigado por sus gritos y silbidos.

—¡Arre, arre! ¡Arre mula!

Tan pronto llegaron a las cercanías de la humareda, comprobaron que muchas casas y establos de la aldea de Cornill ardían entre afiladas lenguas de fuego que se agitaban sobre los tejados de paja como fantasmas en una macabra danza del infierno. Algunos hombres y mujeres intentaban inútilmente apagar aquel devastador incendio, lanzando baldes de agua que otros sacaban penosamente de un pozo. Salietti acercó su caballo hasta un hombre calvo y fuerte ataviado con un mandil de herrero, cuya piel brillaba de sudor bajo un cielo de humo negro, y le habló a gritos para que le oyese en medio del estrépito.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó.

—Un grupo de soldados del barón Figüeltach de Vokko entró en la aldea antes del atardecer, buscando la posada en la que se hospedaba un hombre llamado Gurielf Lábox, que hace sólo unos días llegó a Cornill acompañado por su hija. Los sacaron a golpes de la casa, los maniataron, los metieron en un carro y se los llevaron, incendiando la aldea y nuestros campos en su huida.

—¿Sabéis por qué los hicieron presos?

—El capitán de los soldados nos dijo que quemaban nuestras casas por haber dado cobijo en la aldea a un mago, a uno de esos adoradores de las estrellas a los que persigue la Inquisición —dijo el hombre con aspecto de herrero, apartándose con su brazo desnudo el sudor que le goteaba por la frente.

—¿Hay en la aldea algún amigo de ese hombre, alguien que le conociese bien? —quiso saber Salietti entre el pataleo inquieto de su caballo, asustado como Astro y la mula por la cercanía del fuego.

—Preguntadle al párroco de la iglesia, quizá él pueda deciros algo.

Las casas ardían a ambos lados de la calle y los caballos se resistían a avanzar entre los desfiladeros de fuego que les rodeaban. Muy cerca, tras los tejados, asomaba la torre de la iglesia de Cornill envuelta en nubes de humo y ceniza. Las llamas crepitaban en el aire, mientras el anochecer se inflamaba con el color del fuego de un crepúsculo siniestro. Grimpow miraba apenado los movimientos desesperados de los hombres, mujeres y niños que se afanaban por evitar que aquellas hogueras de destrucción acabaran con todo cuanto poseían. El fuego siempre había sido para él un motivo de admiración y regocijo en la cabaña de las montañas. Incluso había aprendido con el hermano Ássben en su laboratorio de la abadía de Brínkdum las virtudes del fuego

alquímico, capaz de fundir los metales y prepararlos para la transmutación que los elevaría de la impureza a la perfección. Pero el fuego que ahora contemplaba era un fuego despiadado y devastador, capaz de devorar entre sus llamas todos los sueños de los hombres.

—¿Por qué quieres saber quién era el hombre que se han llevado de la aldea los soldados de Figüeltach de Vokko? — le preguntó Grimpow a Salietti camino de la iglesia.

—Si como dice el herrero lo hicieron preso por adorar a las estrellas, debe de tratarse de algún sabio astrónomo, y no de un nigromante, aunque la Iglesia prefiera llamarlos brujos y magos para acusarlos de herejes y justificar su persecución.

—¿Estás pensando que ese astrónomo puede tener algo que ver con el secreto de los sabios? —inquirió Grimpow para conocer los pensamientos de Salietti, que parecían coincidir plenamente con los suyos.

—No tendría nada de extraño que así fuese, teniendo en cuenta que ese secreto es precisamente lo que desean descubrir el Papa y el rey de Francia, y a buen seguro que ése es también el motivo por el que han detenido a ese sabio al que acusan de nigromante. Y puesto que nosotros buscamos lo mismo, no estará de más que averigüemos cuanto nos sea posible sobre quién es Gurielf Lábox. Si lo han llevado a la fortaleza del barón Figüeltach de Vokko, quizá podamos hablar con él y obtener alguna pista fiable sobre esa sociedad secreta de sabios llamada Ouróboros —dijo.

Y, sin saber por qué, Grimpow sospechó en ese momento que su buen amigo y señor Salietti de Estaglia no había sido con él todo lo sincero que debía.

En la plaza de la iglesia, el párroco daba órdenes a un grupo de campesinos para que apartaran las vigas que ardían junto a un muro lateral del viejo edificio de madera y piedra. Era un hombre delgado de tez pálida y grandes ojeras, vestido con un largo hábito negro ceñido a la cintura por un cíngulo blanco de varios nudos, que gritaba y hacía continuos aspavientos con las manos, presa de la desesperación.

Por fortuna, la iglesia parecía haber quedado a salvo de la voracidad de las lenguas de fuego. Salietti saltó de su caballo y ayudó a los hombres a retirar las vigas desprendidas del techo de unas casas que ya habían sido pasto de las llamas. Luego se acercó al párroco e hizo ante él una leve reverencia.

—Ahora no puedo atenderos, volved en otro momento —dijo el clérigo sin prestarle atención al caballero que le saludaba.

Indiferente al desdén del párroco, Salietti se acercó aún más a él.

—Sé que debéis atender a vuestros feligreses en horas tan difíciles para ellos, pero debo hablaros de algo urgente.

El párroco alzó la cabeza y miró a Salietti.

—¿De qué queréis hablarme? —preguntó.

—Del sabio Gurielf Lábox.

—Acaban de llevárselo junto a su hija los soldados del barón Figüeltach de Vokko.

—Lo sé —dijo Salietti muy seguro de sí mismo—. Precisamente he venido hasta Cornill con intención de advertirle que iban a detenerlo por orden del inquisidor Búlvar de Góztell.

Las palabras de Salietti dejaron estupefacto a Grimpow, pues no sabía si eran fruto de su invención, o si realmente era verdad lo que decía.

—Como vos mismo podéis ver, habéis llegado tarde a este espectáculo de fuegos y desgracias. Pero decidme, ¿quién os envía? —preguntó el párroco.

—Siento no poder decíroslo, es parte del secreto.

—¿El secreto? —repitió el párroco a modo de interrogación, frunciendo el ceño.

Salietti asintió, y Grimpow temió que volviera a encontrarse en un apuro, pues ignoraba hasta dónde podía conducirlos esa nueva patraña, si es que lo era.

—Ya os entiendo —dijo el párroco pensativo. Mantuvo brevemente la mirada fija en los ojos de Salietti, y al cabo preguntó—: ¿Sois amigo de Gurielf Lábox?

—Digamos que quiero ayudarle, pero para ello necesito saber si encontró en esta aldea lo que buscaba.

El párroco miró a la mula y el blasón del escudo de Salietti que estaba atado en sus lomos, y contempló con detenimiento el sol sobre un cielo azul y la luna llena sobre un cielo negro pintados en él.

—Vuestro escudo es un misterio —murmuró.

—No para los que saben comprender —dijo Salietti, enigmático.

Las dudas del clérigo parecieron desvanecerse.

—Dejad aquí vuestras cabalgaduras y acompañadme adentro, será mejor que hablemos en la sacristía.

Dejaron atados los caballos y la mula de unas argollas que colgaban junto al pórtico de la iglesia y entraron en la húmeda oscuridad del templo sagrado de Cornill, por cuyas ventanas sin vidrieras aún entraban infinitas pavesas, que revoloteaban en el aire como diminutas golondrinas negras. Era una iglesia antigua de medianas dimensiones, con una nave central y dos más pequeñas a ambos lados, separadas por gruesas columnas y amplias arcadas, y repletas de pequeñas capillas de vírgenes y santos. La luz de unos cirios encendidos ante el altar mayor rasgaba la oscuridad e iluminaba el escuálido cuerpo de un Cristo crucificado que parecía surgido mágicamente de las sombras.

El interior en penumbras de aquella iglesia se le antojó a Grimpow tan lleno de símbolos y misterios como los manuscritos de los alquimistas. Cada imagen, cada cuadrado, cada escultura y cada capitel de las columnas tenían un significado que la mayoría de las gentes ignoraban, pero que el párroco, como todo buen erudito, probablemente conociera como Grimpow conocía el insólito lenguaje de la alquimia.

Ya en la capilla, una estancia abovedada de techos bajos y pequeñas ventanas cerradas en uno de sus muros de piedra, el párroco encendió las velas de un candelabro de cuatro brazos situado sobre una mesa. A un lado colgaban los ornamentos sagrados que vestía el clérigo para celebrar la misa, adornados con ribetes bordados en oro, y sobre un aparador de madera tallada reposaba una bandeja con una jarra de cobre. El párroco sacó de un cajón tres cubiletes del mismo metal y vertió el líquido de la jarra en ellos.

—Es un licor de ciruelas hecho por mí, muy suave y saludable en horas como éstas, cuando las sombras se adueñan del mundo y nos acechan los terrores de la noche —dijo al ofrecerles los cubiletes a sus imprevistos invitados.

Salietti bebió un largo trago hasta dejar vacío el cubilete, mientras el párroco y Grimpow bebieron pausadamente del suyo, recreando el paladar en el agradable sabor de las ciruelas.

—Negras son las horas que se anuncian, sin duda —confirmó Salietti—. Supongo que no ignoráis las intenciones del barón Figüeltach de Vokko de asaltar los castillos del Círculo —dijo Salietti después de relamerse los labios.

El párroco chasqueó la lengua y asintió.

—En toda Alsacia no se habla de otra cosa. Los pregoneros del barón van de aldea en aldea y de ciudad en ciudad anunciando el reclutamiento de soldados para su ejército a cambio de buenas ganancias y privilegios. Hasta prometen el indulto de sus crímenes a los rebeldes y bandidos que se ocultan en bosques y montañas si se unen a sus tropas de mercenarios. Creo que nunca se ha visto desde las Cruzadas un ejército tan numeroso como el que Figüeltach de Vokko se propone reunir para asaltar la fortaleza del duque Gulf de Östemberg —dijo el clérigo, animado por el licor.

—Sí, el rey de Francia se ha aliado con el barón porque cree que en los castillos del Círculo está escondido el secreto de los templarios —soltó Salietti para granjearse la confianza del párroco.

—Creía que era porque el duque Gulf ha dado protección en sus castillos a los caballeros de la Orden del Temple, incumpliendo la bula del papa Clemente que ordenaba perseguirlos y entregarlos a la Inquisición —dijo el clérigo.

—Un reducido grupo de templarios huidos y desalentados por la humillación y la derrota de su orden no justifica una guerra. Ésa es sólo la excusa que el rey de Francia necesita para entrar en la fortaleza del duque Gulf de Östemberg, y buscar en sus pasadizos subterráneos el secreto que tanto anhela poseer —razonó Salietti—. Por eso también han detenido a Gurielf Lábox, pues creen que algunos sabios como él conocen dónde está escondido el secreto.

—¿Me juráis que seréis discreto con lo que me dispongo a contaros? —dijo el párroco.

—No hallaréis entre las tumbas del cementerio de Cornill un cadáver menos hablador que yo, os lo juro por mi honor de caballero —apostilló Salietti,

llevándose los dedos índice y pulgar cruzados en forma de cruz a los labios, y besándolos como si besara un crucifijo.

—¿Y vuestro escudero? —dijo el párroco, dirigiendo hacia Grimpow una sutil mirada de desconfianza.

—Podéis confiar en Grimpow tanto como en mí, que soy su señor, pues entre él y yo no existen secretos —dijo Salietti con la misma solemnidad que su juramento.

El párroco volvió a llenar los cubiletes de bronce con el licor de la jarra y bebieron de nuevo, deleitándose con su exquisito sabor como si degustasen un néctar de dioses.

—Hace unas semanas vino a verme desde París un anciano al que yo no conocía, portando una carta sellada con el lacre de la sede papal de Aviñón y dirigida a este humilde párroco de la aldea de Cornill que soy yo. Podéis imaginaros mi estupor y mi alegría al verla. En ella me confirmaban la visita del caballero Gurielf Lábox, portador de la misiva, y me ordenaban que le permitiese acceder a todos los archivos de la parroquia, en la que podría moverse con total libertad según su antojo a cualquier hora del día o de la noche, sin que yo le molestase ni le hiciese ninguna pregunta. Sólo debía ayudarle en lo que necesitara o me pidiese. También me rogaban que le buscase un alojamiento a él y a su hija, pues su estado de salud era precario y ella debía ocuparse de cuidarlo. Por último me ordenaban que mantuviese esa carta y los motivos que la justificaban en el más absoluto secreto, como también vos me habéis advertido. Supongo que vos sabréis de qué se trata, y qué buscaba en los archivos de la iglesia ese noble anciano, con el que, debo confesarlo, ahora me une un sincero aprecio —concluyó el párroco.

Salietti tomó un nuevo trago de licor y carraspeó para sacudirse el nudo que se le había formado en la garganta.

—Como podréis suponer por la naturaleza secreta de mi misión, no puedo hablaros de ello, pero puesto que el caballero Gurielf Lábox ha sido hecho preso sin que sepamos aún si encontró en esta iglesia lo que buscaba, creo que deberíais mostrarme los documentos del archivo que él examinaba, para poder hacer mi informe al Papa antes de partir mañana hacia la fortaleza del barón Figüeltach de Vokko e intentar rescatar al preso de las garras de sus captores.

—Si lo deseáis los pondré a vuestra disposición ahora mismo, y podréis estudiarlos durante el tiempo que gustéis, mientras yo regreso a la plaza para atender a los aldeanos que han perdido sus casas en el incendio —sugirió el párroco.

Y al decir esto cogió el candelabro y les hizo una señal para que le siguieran a una estancia contigua a la sacristía, a la que se accedía por una pequeña arcada sin puerta.

El archivo de la iglesia de Cornill no era más que un habitáculo cuadrado de apenas tres cuerpos de largo por dos de ancho, con un pequeño escritorio

situado en el centro y con un anaquel que llegaba al techo en una de las paredes.

—Ahí tenéis todos los documentos que ha generado esta parroquia desde su construcción en tiempos de los visigodos —dijo el clérigo, dejando el candelabro sobre la mesa—. Hay cartapacios repletos de actas de bautismos, matrimonios, defunciones, compras, donaciones, gastos de reformas, visitas de nobles y reyes, nombramientos de párrocos y enterramientos. Como podéis ver, el paso de los hombres por este mundo es efímero, y si no fuese por la redención eterna que nos espera en el Reino de los Cielos, nuestra vida quedaría reducida a un montón de documentos que un día alguien quemará, como los soldados de Figüeltach de Vokko han quemado las casas de esta aldea. Podéis mirar en ellos cuanto os plazca. Os veré luego —dijo, y salió del archivo murmurando en voz baja, como si recitara una plegaria—: Pobre Gurielf Lábox.

Grimpow ardía en deseos de quedarse a solas con Salietti para que le explicase cómo había conseguido sacarle al párroco de la iglesia qué hacía Gurielf Lábox en la perdida aldea de Cornill, y si había mentido al decir que su misión era advertirle de que iban a detenerlo. Así que, tan pronto oyó los pasos del clérigo perdiéndose al fondo de la sacristía, le preguntó:

—¿Sabías que Gurielf Lábox había llegado a esta aldea como legado del Papa y que iban a detenerlo?

—No tenía la menor idea de ese asunto —admitió Salietti, abstraído en un voluminoso libro que acababa de coger del estante y en el que figuraban los nombramientos de todos los párrocos de la iglesia desde hacía más de tres siglos.

—Entonces, ¿cómo conseguiste persuadir al párroco para que creyera que tú eres también un enviado de Su Santidad?

—Pensé que si le hablaba del secreto me evitaría tener que darle explicaciones, y que el párroco no dudaría de que teníamos algo que ver con la misión que trajo hasta esta aldea a Gurielf Lábox. Al fin y al cabo, estoy convencido de que ese anciano buscaba lo mismo que nosotros —contestó, mientras hojeaba las páginas del libro con rapidez, deslizando su dedo índice sobre una interminable relación de nombres.

—Creía que el Papa también se había aliado al rey de Francia en la búsqueda del secreto de los sabios.

—Y así es, pero aunque jueguen juntos esta partida de ajedrez, cada uno intentará ganarla por su cuenta. Probablemente los espías del Papa hayan averiguado que en esta iglesia se esconde algo suficientemente valioso como para que alguno de sus expertos en resolver enigmas viniese a buscarlo.

—¿ Gurielf Lábox?

—El mismo.

—¿Habrá encontrado aquí el secreto? —preguntó Grimpow incrédulo.

—Eso es lo que estoy intentando rastrear, si es que dejas por un momento de importunarme con tu retahíla de preguntas. Coge uno de esos libros de

visitas de nobles y reyes, y comprueba si algún nombre te dice algo —dijo Salietti, enojado y tenso como Grimpow no lo había visto antes.

Examinaron todos los documentos que dormitaban en el archivo cubiertos por una pátina de polvo y olvido, sin que encontrasen nada que pudiese ayudarles a saber lo que buscaba Gurielf Lábox.

—Es posible que ese sabio ni siquiera mirase estos documentos —dijo Grimpow desalentado.

—Pero algo debía de buscar aquí, eso es evidente. Si no es así, ¿para qué vino a esta aldea con la carta de la sede papal de Aviñón dirigida al párroco?

—Es posible que lo que buscaba esté en la iglesia —sugirió Grimpow.

—Tienes razón, Grimpow, vayamos a echar un vistazo —dijo Salietti, pero antes de cerrar el libro que revisaba vio que la punta de una pequeña hoja de pergamino asomaba entre sus páginas—. ¿Qué es esto? —preguntó mirando el texto que la hoja tenía escrito con una perfecta caligrafía:

Si pasas al Valle de Sol,
se abrirá la cripta sin cadáver
en la que duerme la historia.
Viaja a la ciudad del mensaje
y pregunta allí por quien no existe,
entonces oirás la voz de las sombras.

—Habla de una cripta, que debe de estar en esta iglesia —dijo Grimpow—. Y la ciudad del mensaje puede ser Estrasburgo. Quizá era esto lo que Gurielf Lábox buscaba.

—O quizá Gurielf Lábox esperara a alguien y le dejara esta nota escrita, temiendo que a él pudiese ocurrirle algo —razonó Salietti.

—Si fuese como dices, se me ocurre pensar que estas palabras estaban dirigidas al caballero muerto en las montañas, que portaba un mensaje con el nombre de la ciudad de Estrasburgo.

—¿Y quién puede ser quien no existe? —preguntó Salietti pensando en Aidor Bílbicum, cuyo nombre también aparecía en el mensaje lacrado que portaba el caballero muerto en las montañas.

—Busquemos la cripta de la iglesia. Sospecho que si pasamos ese enigmático Valle de Sol, llegaremos a conocer mucho más de la historia que aún parece dormitar en una tumba. Luego viajaremos hasta la ciudad de Estrasburgo, que es la ciudad que aparece en el mensaje. Allí preguntaremos por quien no existe, y tal vez oigamos la voz de las sombras. Todo encaja —dijo Grimpow.

Cuando entraron en la nave lateral de la iglesia desde la sacristía, se sintieron rodeados por un mar de confusión dispuesto a engullirlos como las tempestades del océano engullen un navío entre sus olas gigantescas. A su alrededor todo estaba tan silencioso como oscuro, y al acercar la luz del

candelabro a las imágenes de las vírgenes y santos que reposaban en las hornacinas con una quietud y una palidez de cera, percibieron el peso helado de sus miradas como si fuesen fantasmas. Recorrieron sin hablar las tres naves de la iglesia, mirando cada baldosa del suelo, cada rincón y cada hueco; revisaron las sepulturas de algunos nobles que flanqueaban el presbiterio, las pilas de agua bendita, la capilla de bautismo, los pulpitos y los altares, pero no encontraron nada que llamase su atención, hasta que tras el altar mayor vieron unas estrechas escaleras que bajaban a la cripta.

—Ahí deben de estar enterrados los párrocos de la iglesia —dijo Salietti, frunciendo el ceño para expresar que no era de su agrado bajar hasta las tumbas a esas horas de la noche.

Tampoco a Grimpow le agradaba especialmente entrar en un lugar tan lúgubre sin más luz que la del candelabro, pero desde que viera las calaveras amontonadas ante la entrada secreta de la biblioteca de la abadía de Brínkdum, pocas cosas había que pudiesen asustarle.

—Las criptas siempre fueron lugares adecuados para ocultar misterios, será mejor que bajemos —dijo Grimpow sin mucho entusiasmo.

Salietti acercó el candelabro a la estrecha entrada de la cripta, y su tenue luz iluminó la bóveda y los peldaños que descendían en espiral hasta un pozo de tinieblas.

—Yo iré delante —dijo Salietti, y bajó la cabeza para que no golpeara en el bajo techo de la escalinata.

Al llegar a la cripta, la llama de las velas se agitó como si un ser invisible hubiese lanzado un soplo para apagarlas, y sus sombras temblaron en las húmedas paredes de roca.

El techo abovedado seguía siendo bastante bajo, pero al menos podían permanecer erguidos sin temer que sus cabezas golpearan en él. Un corredor tenebroso se abría ante ellos y giraba a la derecha siguiendo la línea curva de una circunferencia. Grimpow imaginó que la cripta estaba situada bajo el ábside de la iglesia.

A su derecha se abrían sucesivos arcos sustentados en columnas, y en cada arco eran visibles unos sarcófagos de mármol colocados de forma radial y perpendicular a la circunferencia que trazaba el pasadizo. Salietti dirigió la luz del candelabro a cada uno de los sarcófagos, sobre los que reposaban las esculturas de ocho hombres vestidos con lujosas túnicas. Todos tenían largos cabellos y largas barbas, y sus brazos estaban cruzados sobre el pecho como si estuviesen felizmente dormidos. En ellos no había ninguna inscripción, ningún nombre, ni ninguna fecha del enterramiento.

—Son tumbas de hace siglos —dijo Salietti.

Cuando terminaron de recorrer la circunferencia, una idea asaltó la mente de Grimpow.

—¡La base de la cripta es un octógono! —exclamó, recordando el dibujo de la imposible cuadratura del círculo que el hermano Rinaldo de Metz le había mostrado en la sala secreta de la abadía de Brínkdum.

Le explicó a Salietti el significado del octógono y de los castillos del Círculo, tal como el hermano Rinaldo se lo había contado a él, y añadió que muchas fortalezas y capillas de los caballeros templarios tenían forma octogonal para representar la fusión entre el cielo y la Tierra, la armonía entre lo divino y lo humano, que comparten un único centro común en el universo.

—Pero esta iglesia nunca fue una iglesia de los caballeros del Templo de Salomón —matizó Salietti.

—Por eso debe de tener alguna relación con el secreto de los sabios. Y eso debía de ser exactamente lo que investigaba el anciano Gurielf Lábox —dijo Grimpow, volviendo a adentrarse instintivamente en uno de los arcos y dirigiéndose al centro circular de la cripta.

Salietti le siguió, alumbrando sus pasos con la luz del candelabro, y Grimpow no pudo contener su alegría al ver una inscripción tallada en el círculo central de la cripta, rodeado de las ocho tumbas como si fuesen ocho caballeros que la custodiasen sin escudos ni armas.

—¡Aquí está! —gritó, sintiendo el asombro de Salietti a su lado.

Ambos clavaron los ojos en los signos tallados dentro de un círculo sobre el suelo de roca. Eran el mismo tipo de signos que aparecían en el mensaje lacrado del caballero muerto y Grimpow no tuvo ninguna dificultad en interpretarlos.

—¿Qué significan esos símbolos? —preguntó Salietti, impaciente.

Grimpow llevaba en sus manos un trozo de pergamino y un carboncillo que había cogido del archivo de la iglesia, se acercó a la luz del candelabro, y escribió:

PASA AL VALLE DE SOL
ISTERIMOS

—Éste es el mismo Valle de Sol del que habla la nota de Gurielf Lábox, si es que fue él quien la escribió —dijo.

—Es posible que sólo se trate de un epitafio común a todas estas tumbas sin nombre —dijo Salietti, aún aturdido por su descubrimiento.

—Pero está escrito con los mismos símbolos que aparecen en el mensaje lacrado del caballero muerto en las montañas —arguyó Grimpow.

Salietti se quedó abstraído mirando la inscripción tallada en la roca. Luego dijo:

—Tal vez en esta cripta no estén enterrados los antiguos párrocos de la iglesia, sino ocho sabios custodios del secreto. Por eso sus tumbas son tan antiguas y carecen de nombres y fechas de los enterramientos.

—¿Estás pensando que el secreto de los sabios puede estar bajo esta roca? —preguntó Grimpow.

—Sólo es una hipótesis, aunque esa inscripción, PASA AL VALLE DE SOL, parece referirse al tránsito al Más Allá después de la muerte. El Valle de Sol puede ser algo parecido al Edén o al Paraíso, donde según todas las religiones van las almas de los muertos, y donde reina una luz eterna y dorada. Y pudiera ser también que ISTERIMOS no fuese más que el nombre del sabio que escribió ese epitafio —especuló Salietti.

—O tal vez ese Valle de Sol sea el lugar en que está escondido el secreto de los sabios, y sólo pasando por él sea posible encontrarlo —apuntó Grimpow.

—En cualquier caso, está claro que se trata de un nuevo enigma, difícil de interpretar. Me pregunto si Gurielf Lábox habría conseguido abrir la cripta antes de que lo prendieran los soldados del barón Figüeltach de Vokko.

—Eso no lo sabremos nunca a menos que hablemos con él —dijo Grimpow.

—Confío en que los verdugos de la Inquisición no consigan arrancarle lo que sabe. Si lo torturan y habla de lo que buscaba en esta iglesia, los esbirros del barón o del rey de Francia no tardarán en volver.

Permanecieron ensimismados en sus propios pensamientos y temores, intentando dar pronto una explicación razonable a aquella misteriosa inscripción. Grimpow incluso llegó a pensar que ese Valle de Sol quizá sólo fuese una metáfora como la empleada por los alquimistas, y que ahora el Sol, en lugar del oro alquímico, fuese la luz de la sabiduría, como rezaba la frase del mensaje del caballero muerto en las montañas, que decía: «En el cielo están la oscuridad y la luz», y cuyo significado tampoco había conseguido aún descifrar. Pero si de algo estaba convencido era de que en aquella cripta había algo más que esa inscripción tallada en la roca.

—¿Y si se tratase de un criptograma? —especuló Salietti de súbito.

Grimpow recordó cuanto el hermano Rinaldo de Metz le habló en la abadía de Brínkdum sobre los mensajes cifrados usados desde la antigüedad para ocultar misterios.

—¿Te refieres a una escritura en clave?

—Exactamente.

—Pero la inscripción ya está escrita en un lenguaje jeroglífico que nadie que no lo conozca puede llegar a descifrar —dijo Grimpow.

—A veces los mensajes ocultos están protegidos por varios sistemas de escritura en clave. Éste podría ser uno de esos casos en los que para llegar a la solución final del enigma es necesario resolver todos los criptogramas que lo protegen.

En ese momento llegó hasta ellos el barullo de un tropel de gente entrando a la iglesia.

—Los aldeanos están entrando en la iglesia. Posiblemente muchos de ellos pasen la noche en ella para protegerse de la intemperie ante el incendio de sus casas. Vayámonos de aquí antes de que despertemos demasiado la curiosidad de estas gentes —dijo Salietti.

—Pero ¿y la inscripción?

—Seguiremos analizándola arriba, en la sacristía. Ahora vayámonos, rápido.

Volvieron a subir las estrechas escaleras de la cripta y corrieron a la sacristía, situada muy cerca de ellos, a la derecha del altar mayor. Al fondo de la iglesia, junto al portón de entrada, un grupo de personas rodeaba al párroco, que daba instrucciones para que colocaran los bancos de la nave central a modo de improvisados camastros, separando a las mujeres y los niños del grupo de los hombres. Algunos llevaban mantas y pieles, y todos parecían deshechos por el cansancio y la tristeza.

En la sacristía, Salietti volvió a servirse un cubilete de licor mientras Grimpow hojeaba un libro titulado Manual de los oficios divinos, escrito por un fraile llamado Guillermo Durando, en el que no encontró nada que le resultara interesante. Ambos intentaban encontrar una solución al enigma de la cripta. Aquella inscripción podía significar cualquier cosa, pero también podía significar exactamente lo que decía: PASA AL VALLE DE SOL. Esta parte de la inscripción tenía sentido en sí misma, sobre todo teniendo en cuenta que la cripta es un lugar de enterramiento y que la muerte, según todas las creencias, es el paso a la vida eterna, como Salietti había razonado. Sin embargo, la palabra ISTERIMOS no significaba nada que ellos pudiesen comprender. Era cierto que podía tratarse del nombre del autor del epitafio, pero también podía ser la clave para averiguar el significado completo del criptograma, como Aidor Bílbicum parecía ser la clave para comprender el mensaje del pergamino del caballero muerto en las montañas. Grimpow se sentía perdido entre la maraña de sus razonamientos, y en su mente repetía una y otra vez la palabra ISTERIMOS como el golpeteo incesante de los latidos de su corazón.

La entrada del párroco en la sacristía sacó a Grimpow de sus cavilaciones. Les preguntó si habían encontrado algo interesante en los archivos, y Salietti negó con la cabeza.

—En esos documentos no hay nada más que nombres y cuentas de la iglesia. Sería más fácil encontrar la aguja de un curtidor en el pajar de un granjero —dijo.

—Eso mismo le advertí a Gurielf Lábox cuando le mostré el archivo. En esos anaqueles no hay más que nombres y números, le dije, pero él se empeñó en examinar cada documento como si buscase el misterio del Santo Grial —apostilló el párroco con una sonrisa.

—¿Os dice algo la palabra ISTERIMOS? —preguntó Grimpow, dejando a un lado la obligación de silencio que le imponía su condición de escudero.

El párroco repitió la palabra en voz alta y frunció el ceño para expresar su extrañeza.

—¿Es un nombre griego, quizá? —preguntó, quedándose pensativo como si hubiese entrado en un trance placentero. Pero al cabo contestó—: No, no lo he oído nunca, ni creo que ese nombre aparezca en los documentos que se guardan en el archivo.

—¿Quiénes están enterrados en los ocho sarcófagos que rodean el círculo central de la cripta? —inquirió Salietti, como si fuese un inquisidor amable.

El párroco miró hacia abajo, cogió el cíngulo de su hábito y sus manos juguetearon con los nudos.

—Está iglesia no es distinta a cualquier otra —dijo—. En todas las iglesias, santuarios, capillas, ermitas o catedrales encontraréis algo que nadie sabe explicar y cuyo verdadero origen y significado sólo lo conocen quienes las construyeron. La cripta de esta iglesia ya estaba ahí muchos años antes de que se elevara sobre ella el templo cristiano, y esas tumbas tienen al menos tres siglos de antigüedad.

—No hay ningún nombre escrito en las lápidas y, a juzgar por las esculturas que reposan sobre ellas, tampoco parece que sus moradores fuesen de origen noble. Además, carecen de escudos, de armaduras y armas, y su apariencia es la de unos eruditos sumidos en un dulce sueño —dijo Salietti.

Súbitamente recordó Grimpow al caballero muerto en las montañas, y recordó también que al ver la serenidad que expresaba su rostro helado llegó a pensar que quizá la muerte sólo fuese un plácido y eterno sueño.

—En ningún documento de los archivos se hace mención al nombre de esos difuntos. Yo mismo lo comprobé cuando hace cinco años me hice cargo de la parroquia —alegó el párroco.

—¿Y qué me decís de la inscripción tallada en el círculo central de la cripta? —preguntó Grimpow.

—Gurielf Lábox se pasaba en la cripta horas enteras, intentando descifrar esa inscripción. Que yo sepa nadie lo ha conseguido hasta ahora. Son unos signos extraños y antiguos, que pueden significar cualquier cosa. Hasta puede tratarse de simples marcas de los canteros que construyeron esta iglesia que, como es sabido, rubrican sus obras con signos de sus logias.

—No, esos signos ocultan un misterio, de eso estoy seguro, y Gurielf Lábox tenía la misión de descifrarlo —le aseguró Salietti.

—Tal vez con vuestros rezos y el descanso consigáis dar luz a esas intrigas que tanto os inquietan —dijo el párroco.

Luego se disculpó con Salietti por no poder ofrecerle un aposento adecuado a su condición de caballero en el que pasar con dignidad la noche, y lamentó que el fuego hubiese destruido la posada de la aldea, pues era la casa en la que se hospedaban Gurielf Lábox y su hija, y fue la primera en ser incendiada. Pero

les ofreció como albergue el granero de la iglesia, que estaba a espaldas de la sacristía y no había sido afectado por las llamas, y hasta allí se encaminaron después de recoger sus cabalgaduras, que les esperaban impacientes y hambrientas en la plaza.

Cuando despertó después de oír el canto de un gallo que anunciaba el alba, una nueva palabra se repetía en la mente de Grimpow como si hubiese estado pensando en ella durante toda la noche: MISTERIOS. De un salto se puso en pie y sacudió a Salietti para arrancarlo de su profundo sueño.

—¿Qué ocurre? —preguntó Salietti removiéndose en su lecho de paja.

—¡Misterios! —exclamó Grimpow ilusionado.

—Sí, sí, ya sé que estamos rodeados de misterios. Tampoco yo he dejado de pensar en ellos, y apenas si he logrado dormir a pierna suelta un par de horas en toda la noche —balbució Salietti, aún somnoliento.

—¿No lo entiendes? Misterios es el anagrama de ISTERIMOS, sólo hay que cambiar la letra M de lugar y colocarla al comienzo de la palabra, y el resultado es MISTERIOS.

Salietti se incorporó como si le hubiesen echado encima un balde de agua fría.

—¿Has descifrado el criptograma? —preguntó incrédulo, abriendo sus ojos de par en par.

—Creo que sí —dijo Grimpow.

Cogió el trozo de pergamino en el que había hecho sus anotaciones la noche anterior, y volvió a mostrarle el texto de la inscripción a Salietti.

PASA AL VALLE DE SOL
ISTERIMOS

—Si ISTERIMOS lo sustituimos por MISTERIOS... —dijo.

—Seguimos teniendo dos enigmas que resolver: PASA AL VALLE DE SOL y MISTERIOS —le interrumpió Salietti, apartando con su mano la cabeza de su caballo, empeñado en lamerle la cara.

—Pero al menos sabemos que en el VALLE DE SOL están los MISTERIOS. Sólo tenemos que averiguar dónde está ese lugar, y seguro que allí encontraremos el secreto de los sabios que buscamos.

—Si es que antes no lo ha encontrado Gurielf Lábox y a estas horas ya lo están buscando sus captores, el barón Figüeltach de Vokko y el rey de Francia. Partamos ahora mismo hacia la fortaleza del barón, antes de que sea demasiado tarde —dijo Salietti, cogiendo su espada del suelo y ciñéndosela al cinto.

Se disponían a abandonar el granero de la iglesia de Cornill cuando una idea le cruzó a Grimpow ante los ojos como un flechazo.

—Un momento —dijo—. El VALLE DE SOL no existe.

Salietti se detuvo con brusquedad y se giró sobre sus pasos.

—¿Y cómo puedes asegurar eso? —preguntó confundido por la súbita afirmación de Grimpow.

—Porque si invertimos el orden de la palabra SOL, podemos obtener también LOS, y entonces el criptograma dice: PASA AL VALLE DE LOS MISTERIOS.

—¡El Valle de los Misterios! —exclamó Salietti—. No suena mal, es posible que hayas dado con la solución del enigma. Vayamos pues a buscar ese valle.

—No creo que sea tan sencillo —dijo Grimpow.

—Yo tampoco, pero aquí ya no hacemos nada.

—Me refería al criptograma.

—El criptograma ya lo has resuelto, y está claro su significado: PASA AL VALLE DE LOS MISTERIOS. Ahí es donde debemos buscar el secreto de los sabios. Tal vez ese tal Aidor Bílbicum de Estrasburgo nos pueda decir algo al respecto, si conseguimos hablar con él.

Grimpow no prestaba atención a las palabras de Salietti.

—Debe de haber algo más escondido entre las letras de este criptograma. Quienes lo hicieron protegieron el enigma con los signos, y ocultaron en él un complicado mensaje que debía ser descifrado por completo para comprender su verdadero significado —reflexionó en voz alta.

—Pero ahora está claro. El mensaje oculto tiene sentido: PASA AL VALLE DE LOS MISTERIOS.

Entonces recordó Grimpow el texto del mensaje del caballero muerto en las montañas; «En el cielo están la oscuridad y la luz», y vio un destello de luz en medio de la oscuridad.

—¡Lo tengo, lo tengo! —gritó.

—¿Aún hay más? —preguntó Salietti, dejando las riendas de su caballo y mirando aturdido a su inteligente amigo.

—Sí, hay algo más. El misterio está en PASA AL VALLE.

—¡Eso ya lo has dicho antes! —protestó Salietti—. Me temo que este criptograma te está trastornando el juicio. Dejémoslo ya, y salgamos de este granero.

Los ojos de Grimpow estaban clavados en el texto original del criptograma que él mismo había copiado en el trozo de pergamino.

—Quiero decir que las palabras AL y VALLE, también son anagramas, y no significan lo que parecen.

Salietti intentó cambiar mentalmente el orden de las letras de AL y VALLE para encontrar otras palabras con un significado distinto, pero Grimpow se anticipó en la solución del enigma.

—La palabra AL también puede ser LA, y la palabra VALLE puede ser LLAVE.

—¡Es fantástico! —dijo Salietti, entusiasmado con las conclusiones de Grimpow.

Entonces, debajo de su anotación del criptograma original PASA AL VALLE DE SOL ISTERIMOS, Grimpow escribió:

PASA LA LLAVE DE LOS MISTERIOS

Y tuvo la certeza de que aquel oscuro criptograma había quedado definitivamente resuelto.

—¿Y dónde está la llave de los misterios, y por dónde hay que pasarla? —preguntó Salietti, desencantado de nuevo ante lo que creía que era otro difícil y confuso enigma.

—¡Es nuestra piedra! —afirmó Grimpow sin dudarlo.

—¿La piedra? —repitió Salietti.

—Sí, la piedra filosofal. El *lapis philosophorum* de los sabios es la llave de todos los misterios de la naturaleza y del cosmos. Tenemos que pasar nuestra piedra, la llave de los misterios, sobre la inscripción tallada en la cripta.

—¡Eres genial, Grimpow! —le halagó Salietti por su perspicacia.

—No soy yo, es la piedra —dijo Grimpow, convencido de la debilidad de sus méritos.

La llave de los misterios

En la iglesia no había nadie. Los bancos de la nave central habían vuelto a ser colocados en orden, y un fuerte olor a incienso purificaba el aire entre los destellos de los cirios encendidos en el altar. Buscaron al párroco en la sacristía pero tampoco estaba allí, así que cogieron un candelabro, prendieron las velas para iluminar su camino hacia las tenebrosas profundidades de la cripta y salieron de la sacristía preguntándose qué nuevo misterio les aguardaría al pasar la piedra sobre la inscripción, y si acaso encontrarían allí el secreto de los sabios.

Situados de nuevo sobre la inscripción tallada en el círculo central de la cripta, Grimpow sacó la piedra de la bolsa de lino que le colgaba del cuello, se agachó hasta colocarse en cuclillas y acercó la piedra a los signos escritos sobre el círculo. Entonces, aquel prodigioso mineral comenzó a mudar su color lentamente, hasta adquirir la apariencia de un carbón encendido. Con suavidad pasó la piedra sobre la inscripción repitiéndose mentalmente las palabras: PASA LA LLAVE DE LOS MISTERIOS, y los signos tallados sobre el círculo se mudaron en signos rojizos e incandescentes, de un color tan insólito e intenso, que parecían escritos a fuego.

Sin embargo, nada ocurrió ante ellos.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Salietti inquieto, pues esperaba que si, como creían, su piedra era la verdadera y única piedra filosofal, el mítico y auténtico *lapis philosophorum* de los sabios, la llave de los misterios que decía el criptograma, algo sorprendente y mágico debía ocurrir ante sus ojos al pasar la piedra sobre la inscripción.

—No lo sé. No sé qué más podemos hacer —dijo simplemente Grimpow, haciéndose eco de su propio desencanto.

—Tal vez nuestra piedra filosofal no sea la llave de los misterios, como tú habías pensado —lamentó Salietti.

—¡O tal vez no sea sólo la inscripción sobre lo que hay que pasar la piedra! —replicó Grimpow, sintiendo un súbito chispazo en su mente.

Instintivamente alzó los ojos a la bóveda que quedaba a dos palmos de la cabeza de Salietti y a algunos más de la suya, y lo vio allí, en el centro en que confluían las nervaduras radiales del techo abovedado de la cripta.

—¡El Ouróboros!

El signo de la serpiente que se muerde la cola, el mismo signo del sello de oro y del mensaje lacrado que portaba el caballero muerto en las montañas, estaba tallado sobre la inscripción de la cripta sin que hasta ese instante se hubiesen dado cuenta de ello.

—Déjame la piedra, yo la pasaré por el signo del Ouróboros con sólo alzar mi brazo —dijo Salietti, más animado.

Pero al pasar la piedra sobre el signo tampoco ocurrió nada.

—Lo intentaré yo —dijo Grimpow, volviendo a coger la piedra de manos de Salietti.

Y tan pronto situó la piedra bajo el signo del Ouróboros, un rayo de luz que parecía fuego celestial surgió del centro de la bóveda de la cripta y se proyectó sobre la inscripción. A su lado oyeron el crujido de una roca, y al girar la vista vieron que uno de los sarcófagos giraba sobre su centro, como si se abriese ante ellos la oscura puerta del mismísimo infierno.

—Está claro que esa piedra, o lo que sea el *lapis philosophorum* de los sabios, te eligió a ti —dijo Salietti.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Grimpow.

—Que sólo en tus manos esta piedra manifiesta su esencia mágica. Ella te necesita para ser lo que es, y resulta evidente que es ella la que elige a su poseedor —dijo Salietti con énfasis.

—¿Y si otro la hubiese encontrado? —inquirió Grimpow.

—Creo que no habría encontrado más que una piedra rojiza sin ningún valor.

Entonces Grimpow recordó una a una las palabras que el hermano Rinaldo le dijera en la sala oculta de la biblioteca de la abadía de Brínkdum: «Un Elegido posee la inquietud del aprendizaje y del conocimiento como una fuerza interior capaz de desvelarle la realidad del mundo, para crear los eslabones de una cadena de sabiduría que está fuera y más allá de la humanidad, y que lo conducirá a desvelar el secreto de los sabios. Ese maravilloso tesoro que nadie ha visto aún, y cuyas puertas están cerradas para muchos, sólo es accesible a quienes lo buscan siguiendo los signos y los caminos adecuados».

—¿Crees... crees que allí puede estar el secreto de los sabios? —titubeó Grimpow sobrecogido por la emoción.

—Si no miramos dentro no lo sabremos nunca —dijo Salietti, y, acercando la luz del candelabro al sarcófago abierto, introdujo su cabeza en un agujero negro y siniestro.

—¿Puedes ver algo? —preguntó Grimpow.

—Aquí no hay ni un solo hueso —dijo Salietti, mientras palpaba con sus manos temiendo encontrarse con un esqueleto deshecho. Pero luego añadió—: Aguarda un momento, aquí parece que hay algo.

—¿Qué es? ¡Vamos, dímelo! —dijo Grimpow impaciente.

—Creo que sólo se trata de un viejo manuscrito —murmuró Salietti sin mucho entusiasmo, al tiempo que sacaba la cabeza del sarcófago y le ofrecía a Grimpow un libro antiquísimo cubierto de polvo.

Grimpow sopló sobre la cubierta, y una espesa nube de polvo grisáceo flotó ante sus ojos. Luego pasó la manga de su jubón sobre el viejo manuscrito, y las cubiertas doradas brillaron con una intensidad mágica. Era un libro de una belleza excepcional, con broche de oro y refuerzos, también dorados, en la encuadernación. En el centro tenía dibujado el Ouróboros, la serpiente que se mordía la cola, y sobre él, un título escrito con los mismos signos jeroglíficos que Grimpow ya conocía. El Ouróboros también era igual al del sello de oro y al del mensaje lacrado del caballero muerto en las montañas, e idéntico al signo sobre el que tuvo que pasar la llave de los misterios para conseguir que se abriera el sarcófago.

—¿Qué dice el título del manuscrito? —quiso saber Salietti.

—¡*La esencia cósmica de la piedra*! —exclamó Grimpow lleno de satisfacción, pues el viejo manuscrito que tenía en sus manos podría permitirles al fin averiguar qué era exactamente la piedra filosofal que él poseía, y contener las claves para encontrar el secreto de los sabios, dondequiera que estuviese escondido.

Salietti tampoco disimuló su alegría por su hallazgo, y sonreía de contento, una vez que supo la trascendencia que el título del viejo manuscrito podía tener en su búsqueda.

—¿Aparece el nombre de su autor en la cubierta? —preguntó, inquieto.

—Creo que bajo el título del manuscrito aparece el nombre de alguien llamado Muciblib Rodia. O al menos eso es lo que he leído —dijo Grimpow.

—Ese nombre tiene sonoridad de una lengua extraña, pero hay algo en él que no acaba de convencerme.

Salietti le pidió a Grimpow el trozo de pergamino y el carboncillo que le había servido para anotar sus deducciones sobre la inscripción tallada en la cripta, y escribió el nombre que su amigo le había dicho:

MUCIBLIB RODIA

—Creo que esta vez has olvidado algo importante —dijo Salietti, disimulando una sonrisa maliciosa.

—Dímelo tú —le pidió Grimpow para no soportar un nuevo enigma y una nueva intriga.

—Debiste leerlo al revés.

Grimpow hizo lo que Salietti le recomendaba, y su sorpresa fue tal, que gritó de alegría.

—¡Aidor Bílbicum! ¡Está escrito por Aidor Bílbicum!

—Así es —dijo Salietti, con el orgullo de su descubrimiento danzándole en los ojos.

—¿Qué te ha hecho pensar que se trataba de un nuevo criptograma? —preguntó Grimpow.

—Llámale simple intuición, si quieres —le respondió con displicencia—. Y ahora echémosle una ojeada al manuscrito, antes de que las velas del candelabro se consuman y nos quedemos sin luz.

No era un manuscrito voluminoso, pues sólo tenía ocho gruesas páginas de pergamino, pero con sólo echarle un vistazo a sus signos, Grimpow se dio cuenta de que aquel viejo libro era más hermoso y enigmático que todos los tratados herméticos escritos por los alquimistas.

—Lee algo de esos signos en voz alta, así sabremos al menos de lo que trata el manuscrito —le pidió Salietti.

Grimpow abrió el libro y comenzó su lectura:

> La primera vez que hablé con aquel misterioso sabio pensé que estaba loco. Le conocí por caprichos del universo en uno de mis viajes al otro lado del mar, cuando navegábamos en una robusta galera a vela que comerciaba con sedas y especias de aquellas exóticas costas. Esa noche soplaba una cálida brisa de poniente, y la quietud de las olas invitaba a permanecer en la cubierta del navío, contemplando la

estrellada cúpula del firmamento y sus prodigiosos brillos. Sin duda la ausencia de luna me deparaba una ocasión propicia para que mis ojos se recrearan una vez más en las constelaciones del Zodiaco, y me dispuse a localizarlas sin demora apuntando al cielo con mi báculo. Acababa de situar el signo de Aries en el cuadrante del oeste, pues estaba próximo el equinoccio de primavera, cuando presentí tras de mí la presencia de alguien que me observaba. Giré mi cabeza para descubrir la faz de mi inusitado acompañante, y entonces le vi como si imposibles rayos de luna iluminaran su rostro, o como si la misma luna estuviera prendida en sus ojos. Era un hombre de normal estatura, pobladas barbas y largos cabellos, que me miraba expectante, confiado quizá en que fuese yo quien iniciara el ritual de la cortesía, y le diera luego razón de mis observaciones y hallazgos en la majestuosa bóveda de la noche. Y a presentarme me disponía, cuando él mismo pronunció mi nombre y me dijo que si yo lo deseaba él podía llevarme hasta un castillo que alzaba sus murallas entre las estrellas que con tanto afán observaba. No me sorprendió que conociera mi nombre, pues siendo pasajero como yo de aquella galera bien pudo oírlo de alguno de los marineros, o de mí mismo al presentarme a los jefes de la tripulación antes de zarpar del puerto y dar comienzo a nuestra travesía. Pero al oír sus palabras creí que aquel hombre deliraba como un alucinado a causa de las muchas jornadas que llevábamos navegando por aquellos mares, expuestos a la impiedad del sol, el vaivén de la nave y el brusco azote de los vientos. Le sonreí para disimular mi estupor ante la insensatez de su ofrecimiento, pues no sólo me pareció descortés hacerle evidente su desvarío, sino que temí de su locura algún arrebato de ira que acabara lanzándome sin compasión por la borda, para servir de cebo a la voracidad de los tiburones que tan abundantes son en esas profundas aguas. Opté por seguirle la corriente y dejarme arrastrar por la apacible marea de su fantasía, y le contesté que con gusto aceptaría un vuelo tan arriesgado y novedoso, de no ser porque tenía que arribar a la costa para visitar a un buen amigo y gran conocedor de los cielos, con el que pensaba discutir algunos asuntos relativos a los movimientos planetarios y sus órbitas elípticas alrededor del Sol. Pensé que con tal explicación, por demás cierta, mi acompañante se daría por satisfecho y me permitiría continuar con mis ocupaciones, dejando para mejor oportunidad la visita a las estrellas que sin rubor me proponía. Mas, en contra de mis previsiones, se mostró comprensivo con mis excusas, y me alabó por ser tan excelsos los motivos que las justificaban, pues también a él esos asuntos le ocupaban su tiempo, y creía estar en disposición de ilustrarme, si yo así lo deseaba, sobre la composición química de los cuerpos celestes o la medición de las distancias estelares. Acepté complacido su sugerencia, que no exigía ningún abandono de la

> galera ni ningún vuelo disparatado por los cielos nocturnos, y que a juzgar por el enunciado de su disertación se me antojó más adecuada al origen de nuestro diálogo. Mi interlocutor comenzó entonces un locuaz discurso sobre el universo, sustentado en teorías y fundamentos tan sólidos y originales que no pude por menos que atenderlo embobado. Y tal fue mi sorpresa al oírlo que fui yo quien creyó enloquecer de súbito o ser víctima de una despiadada alucinación, pues jamás en parte alguna del mundo, de las muchas que había visitado siguiendo los impulsos de mi pasión por la astronomía, había oído exponer ideas tan avanzadas y ciertas sobre la ciencia de los astros. De manera que me rendí ante el resplandor de su erudición, y le rogué que me permitiera gozar de su compañía durante el tiempo de nuestro viaje, e incluso acompañarlo como su ayudante a cualquier lugar que fuese. El misterioso sabio acogió con gozo mis palabras, y continuamos en agradable plática hasta bien entrada la madrugada. Me informó entonces de que también él tenía propósito de alcanzar las costas hacia las que navegábamos, pues pensaba explorar en esas tierras un paraíso desconocido habitado por seres sorprendentes y mágicos. Al oír esto dudé una vez más de su cordura, pero habían sido tan gratas y espléndidas sus anteriores disertaciones que olvidé pronto mis recelos y continué atento a su narración hasta que sentí en los ojos el punzante escozor del cansancio y la plácida invitación del sueño. Nos despedimos al instante, no sin prometernos antes que, al día siguiente, continuaríamos disfrutando de nuestra apasionante charla. Luego, ya en el camarote de popa, me entregué al dulce abrazo de la somnolencia, dejé volar bien alto mis ensoñaciones cósmicas, y me quedé profundamente dormido. Y muy cerca de las estrellas, aún oí el acompasado chapoteo de las olas que acariciaban el cascarón de la galera, entre hermosos rumores de algas, sirenas y caracolas...

—Hasta ahora sólo parece la historia de un viaje fantástico —dijo Salietti.

—Sospecho que ése es sólo el principio, y que este viejo manuscrito de Aidor Bílbicum cuenta la historia de la piedra, del secreto de los sabios y de cómo desvelarlo. Aunque también me ha parecido leer entre líneas que para ello tendremos que resolver aún muchos enigmas. Quizá si encontramos a Aidor Bílbicum en Estrasburgo, él pueda ayudarnos a salir de este laberinto.

—Entonces regresemos a la iglesia, la luz de las velas se está apagando y todavía hemos de encontrar la forma de volver a cerrar este sarcófago. Por el camino hacia la fortaleza del barón Figüeltach de Vokko me contarás qué es eso de la esencia cósmica de la piedra, de la que trata este manuscrito. Yo no puedo comprender los signos jeroglíficos en los que está escrito, y que tú consigues leer como si fuese la lengua que oíste hablar desde tu nacimiento.

Grimpow pasó la llave de los misterios por el signo del Ouróboros situado en el centro de la bóveda de la cripta, tal como había hecho para abrir el sarcófago, y la tumba se cerró con un zumbido sordo, devolviendo a la oscuridad al esqueleto invisible que les había entregado su valioso tesoro. Pero si de algo estaba seguro Grimpow era de que ese esqueleto invisible ya no tenía que guardar ningún secreto.

No podrían decir lo mismo del párroco de Cornill, a pesar de su amabilidad y su disposición a ayudarles en su incierta búsqueda, pues temían que hubiese mandado aviso con algún mensajero a la fortaleza de Figüeltach de Vokko y que pronto llegaran sus esbirros a la aldea para detenerlos como habían hecho con Gurielf Lábox y su hija. Pero sus temores se disiparon al encontrarlo de nuevo en la sacristía, preparando sus ornamentos litúrgicos para la misa del mediodía, sin que lo afligiera ninguna preocupación, ni ocultara algún remordimiento.

—¿Han dado fruto vuestros rezos en la iglesia? ¿Habéis encontrado lo que buscabais en la cripta? —les preguntó mientras se colocaba un escapulario alrededor del cuello.

—¡En la cripta de esta iglesia no hay más que huesos de muertos! —dijo Salietti con voz destemplada.

El párroco se colocó una casulla y se removió en ella como si le picara el cuerpo.

—Si buscabais oro, mejor habríais hecho en buscarlo en las arcas del Papa en Aviñón, o en el laboratorio de un alquimista —dijo riendo.

Pero su rostro se transformó tan pronto se clavaron sus ojos en el puñado de pepitas doradas que Salietti le ofrecía.

—¿Habéis encontrado un tesoro? —preguntó pasmado.

—No, qué más quisiéramos nosotros. Este oro os lo envía el Papa, para agradeceros vuestra ayuda y vuestra discreción. Con él podréis arreglar la iglesia, socorrer a los aldeanos más necesitados y ayudarles a reconstruir las casas devastadas por el incendio.

El párroco iba a coger las pepitas de oro de manos de Salietti cuando éste las retiró súbitamente de su alcance.

—Antes deberéis hacer un juramento —dijo con severidad.

—¿Un juramento?

—Deberéis jurar ante la cruz que cuelga en vuestro pecho que no hablaréis con nadie de Gurielf Lábox ni de nosotros... —Hizo una pausa—. Oídme bien, con nadie, por más que creáis que conoce nuestro secreto.

El párroco cogió el crucifijo, se lo llevó a los labios y lo besó con devoción.

—¡Lo juro! —dijo precipitadamente.

—Si faltáis a vuestro juramento, que Dios os llene las tripas de gusanos hasta que os devoren vivo las entrañas, y si lo respetáis, que os colme de dichas

durante una vida tan larga y saludable como le plazca concederos —dijo Salietti, a la vez que le entregaba al párroco el puñado de pepitas de oro.

—Id sin cuidado, os aseguro que los gusanos no devorarán mi cuerpo hasta que me haya muerto, y ni aun así diré jamás que os he visto en parte alguna, ni a vos ni a vuestro escudero.

Noticias inquietantes

Después de abandonar la aldea de Cornill bajo un sol que empalidecía tras un velo de nubes esponjosas, comieron sobre sus caballos unos pedazos de jamón de jabalí y una hogaza de pan que les había regalado el párroco, junto a un odre lleno de su sabroso licor de ciruelas. El paisaje que les envolvía era de suaves colinas recubiertas de encinas y malezas, y el camino del norte discurría suavemente entre la fresca sombra de los árboles que lo bordeaban.

Mientras comían sin detenerse, dieron un detallado repaso a los últimos acontecimientos de su viaje, que comenzaba a dar los primeros frutos de su incierta búsqueda. Ahora tenían en su poder no sólo la piedra filosofal, el *lapis philosophorum*, o la llave de los misterios, como rezaba la inscripción de la cripta de la iglesia de la aldea de Cornill, sino también el misterioso manuscrito de Aidor Bílbicum, La esencia cósmica de la piedra, que habría de servirles para comprender muchos enigmas que hasta entonces ignoraban. Pero también sabían que la piedra, el manuscrito y el secreto de los sabios eran codiciados por el Papa y el rey de Francia, y que cada uno deseaba poseerlos antes que el otro, con la urgencia de quien presiente una muerte cercana. La maldición que el gran maestre del Temple Jacques de Molay les había lanzado desde la hoguera, asegurándoles que morirían antes de un año, los había precipitado a buscar sin descanso el secreto que se atribuía a los templarios, con el claro propósito de evitar una muerte anunciada y alcanzar de paso la inmortalidad. El secreto de los sabios era el único conjuro posible para la maldición que el último caballero templario quemado en la hoguera había inoculado en sus venas, como el mordisco envenenado de una serpiente en su agonía.

—Antes vivir eternamente que morir con prontitud —dijo Salietti que habrían pensado el Papa y el rey de Francia al conocer la maldición del templario.

Y sabedores de que el tiempo corre más deprisa que un caballo desbocado, los dos hombres más poderosos de la Tierra habían dispuesto que sus mejores espías buscasen el secreto de los sabios, para evitar que fuese el otro quien lo

encontrase primero. Grimpow supuso que por esa razón el Papa había enviado a Gurielf Lábox a la aldea de Cornill, y que por esa razón, también, el rey habría ordenado al barón Figüeltach de Vokko que lo detuviese. Sin embargo, el Papa y el rey de Francia ignoraban que eran el caballero Salietti de Estaglia y su joven escudero quienes poseían la piedra, y que si algo parecía claro era que sin la llave de los misterios resultaba imposible desvelar el secreto de los sabios, cualquiera que fuese el lugar en que estuviera escondido. Así lo confirmaba sin duda el propio manuscrito de Aidor Bílbicum sobre la esencia cósmica de la piedra, y nadie más que él sabía tanto sobre ella y sobre el secreto.

En la primera parte del manuscrito, que Grimpow le había leído a Salietti en la cripta de la iglesia de Cornill, Aidor Bílbicum narraba su encuentro con un misterioso sabio, a quien había conocido en uno de sus viajes a Oriente pocos años antes de la primera cruzada de Tierra Santa. Según relataba Aidor Bílbicum en otras páginas de su manuscrito, ese misterioso sabio sin nombre le había desvelado sorprendentes misterios sobre la naturaleza y el cosmos, que ningún ser humano podía entonces imaginar, y le había entregado una extraña piedra caída de las estrellas, con la que no sólo se podía convertir el plomo en oro, sino que permitía alcanzar la total sabiduría y la inmortalidad. Pero también le había mostrado en una gruta subterránea del Templo de Salomón en Jerusalén un insólito objeto, que al contacto con la piedra permitía realizar prodigios inimaginables. Poco tiempo después, ese misterioso sabio sin nombre desapareció, y Aidor Bílbicum no volvió a verlo nunca más. A su regreso a Francia, Aidor Bílbicum fundó en secreto una pequeña escuela de sabios, a la que puso por nombre Ouróboros, eligiendo el signo de una serpiente que se muerde la cola formando un círculo, como símbolo de infinitud y confusión. Pasado el tiempo, Aidor Bílbicum volvió a Jerusalén y, junto a otros siete sabios de su escuela a quienes les mostró el insólito objeto que allí se encontraba oculto, proyectó trasladarlo a Francia para estudiarlo con atención. Por aquel entonces, también se hallaban en Jerusalén nueve caballeros franceses y flamencos que habían viajado a Tierra Santa para proteger y auxiliar a los peregrinos, y a los que el rey Balduino II les había dado refugio en los establos del Templo de Salomón. Puestos en contacto con ellos, Aidor Bílbicum y sus discípulos les encomendaron la tarea de proteger con sus espadas el traslado del mágico objeto envuelto en pieles de cordero hasta París, a cambio de entregarles importantes sumas de oro. Siete de los nueve caballeros aceptaron la misión, pues era su propósito regresar a Francia para fundar una orden de caballería que protegiera a los peregrinos de Tierra Santa del ataque de los musulmanes, y, llegado el día, partió una caravana de Jerusalén con destino a un lugar incierto de París. Una vez allí, y asombrados por el infinito poder de aquel objeto prodigioso, Aidor Bílbicum y sus discípulos decidieron ocultarlo en lugar seguro y mantener en secreto su existencia, sin que nadie más que ellos conociera la naturaleza mágica de aquel prodigio. Los años pasaron, y uno a uno fueron muriendo los siete sabios de la sociedad Ouróboros, siendo

enterrados en una vieja cripta octogonal de la aldea de Cornill, donde Aidor Bílbicum había nacido.

—Pero en el archivo de la iglesia de la aldea de Cornill no figuraba su nombre. Yo miré el cartapacio de nacimientos y bautismos desde la primera página —alegó Salietti.

—Es posible que Aidor Bílbicum no fuese su verdadero nombre, sino un seudónimo tras el que ocultar su verdadera identidad —sugirió Grimpow.

—Sí, es posible —dijo Salietti—. Pero continúa, la historia que cuentas sobre Aidor Bílbicum me parece interesante.

—Sólo quedaba él con vida —prosiguió Grimpow—, pues como poseedor de la extraña piedra que el misterioso sabio le diera, no sólo se había convertido en un gran sabio, sino que su cuerpo gozaba de la inmortalidad de los dioses. Pero Aidor Bílbicum también sabía que debía transmitir la piedra a uno de sus discípulos, como le había advertido el misterioso sabio, pues, si no lo hacía así, la piedra lo destruiría y lo arrastraría a la muerte. Aidor Bílbicum buscó entonces a un joven, a quien le enseñó todo cuanto él sabía, revelándole el lugar donde estaba escondido el mágico objeto, del que le habló ampliamente para que supiera de su existencia. Llegó el momento en que Aidor Bílbicum, cansado de su inmortalidad, decidió poner fin a su vida y descansar en paz eternamente, y entregó la piedra a su discípulo, pidiéndole que enterrase su cuerpo junto a su manuscrito en el mismo sarcófago de la cripta de la aldea de Cornill donde también reposaban los siete sabios de la sociedad secreta Ouróboros. Por eso son ocho las tumbas de la cripta, y por eso el manuscrito estaba en una de ellas. El sarcófago que abrimos debía de ser el de Aidor Bílbicum —añadió Grimpow.

—¡Pero entonces Aidor Bílbicum está muerto! —exclamó Salietti, algo confuso, pues en el sarcófago de la cripta de Cornill no había ningún esqueleto.

—A juzgar por lo que dice el manuscrito, parece que así es.

—Eso significa que no lo podremos encontrar en Estrasburgo, y que el mensaje del caballero muerto en las montañas carece de sentido. Un muerto no puede Leer un mensaje de otro muerto, y mucho menos en una ciudad distinta al lugar en que uno de ellos está enterrado desde hace siglos —reflexionó.

—Quizá el texto del mensaje sólo sea una contraseña, o un nuevo criptograma. No sé —admitió Grimpow mientras pensaba cómo salir de la maraña de ideas que se agolpaban en su pensamiento—. En cualquier caso, el manuscrito explicaba dónde está escondido el secreto de los sabios, pero parece que le falta la última página y un fantástico mapa. Aidor Bílbicum pensó que quizá llegaría un tiempo en que fuese conveniente que el prodigioso objeto hallado en el Templo de Salomón volviera a ser encontrado por otros sabios, y dejó escrito el modo de buscarlo, aunque lo hizo con la escritura jeroglífica de la sociedad secreta Ouróboros, y protegiéndolo, además, con un sinfín de enigmas. Todo está aquí, salvo el mapa y esa última página que te he dicho —aseguró Grimpow, señalando el libro que sostenía en sus manos mientras cabalgaban.

—Pero si Aidor Bílbicum no está en Estrasburgo, ¿qué podemos buscar allí? —dijo Salietti.

—El verdadero principio del fin —dijo Grimpow—. Si buscamos a Aidor Bílbicum a pesar de que esté muerto, tal vez podamos encontrar en Estrasburgo las claves para desvelar los enigmas que encierra este manuscrito. Eso es lo que debe significar la nota que Gurielf Lábox dejó escrita en el archivo de la iglesia de Cornill. Sólo viajando a la ciudad del mensaje y preguntando allí por quien no existe, podremos oír la voz de las sombras —añadió.

—¿Qué puede decirnos esa voz? —preguntó Salietti.

—Si no me equivoco —dijo Grimpow—, cómo desvelar el misterio de la esencia cósmica de la piedra.

Camino de la fortaleza del barón Figüeltach de Vokko dieron alcance a las comitivas de algunos caballeros que también se dirigían hacia el norte para participar en los torneos de primavera de los castillos de Alsacia. Grimpow se sintió fascinado por el colorido y la majestuosidad de los cortejos y sus caravanas. Los carruajes de las damas y sus doncellas estaban engalanados con guirnaldas de flores y cintas de seda, las puntas de las lanzas destellaban bajo un sol intenso, y multitud de banderines y estandartes ondeaban sobre las monturas de un nutrido grupo de soldados y caballeros.

El paso de los caballos de Grimpow y de Salietti era más rápido que el de los cortejos de los nobles, y pronto adelantaron a las carretas cargadas de sirvientes, pabellones, armaduras, armas y provisiones. Algunos niños los saludaron con alborozo al pasar junto a ellos, sacudiendo al aire sus manos, y al llegar a la altura de las carrozas Grimpow observó cómo algunas jóvenes doncellas cuchicheaban entre ellas, ocultando sus rostros ruborizadas ante las amables reverencias de Salietti. Los soldados, sin embargo, los miraron recelosos y despectivos, y los caballeros se mantenían erguidos y arrogantes sobre sus monturas mientras conversaban animadamente entre ellos, indiferentes o ajenos a su presencia.

Sólo un caballero de noble porte que cabalgaba en solitario a la cabeza del cortejo, seguido a corta distancia por su escudero, les saludó cortésmente cuando se disponían a rebasarlo. No era un anciano, pero tampoco podía decirse que fuese un hombre joven: tenía los ojos grises, una nariz recta, cabellos recortados en la nuca, de un curioso color ceniciento como sus cejas y su barba recortada, y estaba tocado con un gorro afilado del que sobresalía una pluma de faisán. Sus vestiduras eran elegantes, aunque parecieran deslucidas a causa del polvo que las cubría, y el puño de su espada era robusto y dorado en las puntas.

—El blasón de vuestro escudo me resulta conocido. ¿Os dirigís a la fortaleza del barón Figüeltach de Vokko? —le preguntó a Salietti.

Salietti tiró de las riendas de su caballo para acomodar el paso al del caballero, y se adelantó a Grimpow, que acomodó el suyo al del otro escudero, un joven de tez oscura que se limitó a mirarlo con indiferencia.

—Ese es en efecto mi destino, como supongo que también será el vuestro, señor...

—Rhádoguil, Rhádoguil de Cúrnilldonn. ¿Y vos, cómo os llamáis? —preguntó el caballero.

—Salietti de Estaglia, nieto del duque Iacopo de Estaglia.

—Así que sois extranjero.

—Sí, nacido en la región italiana del Piamonte.

—¿Y habéis cruzado las afiladas montañas de los Alpes para acudir a los torneos?

—Para un caballero deseoso de aventuras y hazañas, las montañas alpinas son como gigantes a los que hay que vencer en duras batallas —dijo Salietti.

El caballero rió ostentosamente.

—Tenéis razón, amigo mío. Y puesto que habláis de aventuras, de hazañas y batallas, decidme si es también vuestra intención combatir en la nueva cruzada del barón Figüeltach de Vokko y del rey de Francia contra los castillos del Círculo.

—Aún no tenía noticias de la guerra que se anuncia cuando salí del Piamonte, y algo he oído sobre esa cruzada durante el camino, pero no acabo de comprender muy bien las razones que la justifican. Según yo sé, el barón se ha aliado con el rey de Francia para dar caza a los templarios huidos que encontraron refugio en las fortalezas del duque Gulf de Östemberg y de sus fieles caballeros. ¿Me equivoco? —dijo Salietti.

—¡Bah! ¡Paparruchas! —dijo despectivo el caballero—. El rey de Francia sabe muy bien lo que busca tan lejos de su lujoso palacio en París. Y aunque parece mantener sus intenciones escondidas en los pliegues de su mente retorcida, todos saben que desea arrasar los castillos del Círculo como ya hiciera hace seis años con la Torre del Temple en París, para saquearlos y buscar en ella el secreto de los templarios.

—Pero el secreto de los templarios sólo es una leyenda. ¿Quién puede asegurar que esté escondido en la fortaleza del duque Gulf de Östemberg? —inquirió Salietti, fingiendo no creer en esa apasionante historia, que él mismo y Grimpow estaban desvelando y que, según sus averiguaciones, no se trataba del secreto de los templarios sino de los sabios.

El caballero se removió sobre la silla de su cabalgadura y acomodó la vaina de su espada a la nalga.

—Amigo mío —dijo—, cuando un gran maestre de la Orden del Temple, al que acusan de haber mantenido tratos con el diablo y de dominar las artes de la nigromancia, les anuncia al rey y al Papa mientras agoniza entre las llamas de una hoguera que morirán antes de un año, algo de verdad hay en su amenaza.

—¿Y si la maldición del gran maestre del Temple, Jacques de Molay, es falsa? Las gentes son muy dadas en estos tiempos a inventar historias de magia y hechizos, que luego llegan a creerse como si fueran ciertas —dijo Salietti.

—Si dais crédito a mi palabra, podéis tener la certeza de que esa maldición es tan real como que ahora habláis conmigo. Yo mismo presencié su ejecución en la hoguera el día dieciocho de marzo pasado, ante el atrio de Notre-Dame, en la isla de los Judíos de París, y oí cómo el gran maestre del Temple proclamaba su maldición con voz severa y fuerte. Cuando el gran maestre de la Orden del Temple, Jacques de Molay, agonizaba entre el crepitar de las llamas que lo devoraban, y todos los allí presentes pensábamos que iba a exhalar el último suspiro, alzó la voz y gritó: «¡Yo maldigo a mis asesinos y los emplazo para que antes de que transcurra un año rindan cuenta de sus crímenes contra la Orden del Temple ante el sagrado tribunal de Dios!». Y su maldición ya ha comenzado a cumplirse.

—No os entiendo —dijo Salietti, desconcertado por las últimas palabras de Rhádoguil de Cúrnilldonn.

—Según les comunicó ayer mismo un mensajero a los caballeros que cabalgan a nuestras espaldas, el papa Clemente V murió hace sólo unos días en el castillo de Roquemaure, cerca de Aviñón.

—¿Qué decís? —preguntó Salietti alarmado.

—Exactamente lo que habéis oído. Al parecer se sintió indispuesto, comenzó a sufrir intensos dolores y acabó retorciéndose y vomitando sangre como si le hubiesen reventado las entrañas.

—Entonces la maldición se ha cumplido fielmente —dijo Salietti, presa del desconcierto.

—¿Acaso lo dudabais? —preguntó el caballero con aire misterioso.

—Bueno, no tengo ninguna confianza en los asuntos de maldiciones, hechizos y sortilegios —admitió Salietti, pensativo.

El caballero volvió a reír.

—Yo tampoco, amigo mío, yo tampoco. Lo que ha matado al Papa no ha sido un hechizo, sino un veneno —murmuró sin inmutarse.

El asombro de Salietti crecía por momentos, pues no sabía a ciencia cierta si lo que el caballero le decía era porque realmente lo sabía o porque él así lo suponía.

—¿Cómo podéis asegurar eso? —preguntó Salietti.

—Porque sólo una pócima emponzoñada puede causar una muerte tan sangrienta y horrible, y porque está claro como el agua que se trata de una venganza.

—Una venganza... ¿Una venganza de quién? Hace seis años que los caballeros templarios que lograron librarse de las mazmorras y de la hoguera abandonaron Francia, huyendo los del sur hacia España y Portugal, y los del norte hacia los castillos del Círculo de Piedra y Alemania.

—Aún quedan templarios rebeldes en Francia, dispuestos a reclamar el honor de su orden. El rey Felipe lo sabe, y tras la muerte del papa Clemente está más asustado que un cerdo en época de matanza. Teme correr la misma suerte, y sabe que si no encuentra a tiempo el secreto de los templarios, el deseado elixir de la vida que proporciona la inmortalidad según cuentan las leyendas, es muy posible que antes de la próxima primavera esté muerto.

Salietti no disimuló su asombro al oír las palabras del caballero, que parecían tan sensatas como verdaderas.

—Tengo entendido que el rey de Francia asistirá a los torneos de primavera de los castillos de Alsacia —dijo.

—Ése era su propósito, y ya estaba en camino. Pero, según informó ayer el mensajero a esos caballeros —aclaró mirando hacia atrás para señalar a los nobles del cortejo—, tan pronto tuvo noticias de la muerte del Papa regresó a París de nuevo, con el rabo metido entre las piernas como un perro humillado.

—¿Esos caballeros? ¿Es que vos no formáis parte de su mismo cortejo? —preguntó Salietti.

—¡Oh, no! Creía que os lo había dicho —dijo el caballero, excusando su olvido—. Mi escudero y yo cabalgamos solos hacia la fortaleza del barón Figüeltach de Vokko. Ayer, antes del atardecer, dimos alcance a esta caravana, y nos unimos a ellos para pasar la noche.

—¿Vais a participar en las justas?

—No, no tengo costumbre de batirme en duelos. Mi escudero y yo teníamos una misión que cumplir, que ahora sólo podremos llevar a cabo en parte.

—¿Por qué me habláis de todo esto? Si las cosas son como decís estáis poniendo en peligro vuestra vida —se atrevió a decir Salietti, temiendo que Rhádoguil de Cúrnilldonn fuese un templario disfrazado de noble caballero, que tenía la misión de asesinar al rey de Francia si hubiese asistido a los torneos.

—No os inquietéis, ya os dije que el blasón de vuestro escudo me era conocido.

Sopló el viento y comenzó a caer la noche. El cielo continuaba despejado, aunque algunos cúmulos de nubes, inflados y esponjosos como flores de algodón apelmazadas, se asomaban tras las cumbres de unas montañas cercanas.

Hay magia en las estrellas

La fortaleza del barón Figüeltach de Vokko se alzaba sobre unos montes que dominaban toda la llanura de Alsacia. Era un sobrecogedor y gigantesco castillo, repleto de atalayas inaccesibles, poternas, barbacanas, matacanes y altísimas torres almenadas, muchas de las cuales eran redondas y estaban cubiertas con tejados que parecían negras caperuzas de ceniza. La puerta principal estaba rodeada por dos torres panzudas, y la protegían un gran rastrillo y un puente levadizo que cruzaba el foso, donde unos heraldos del barón, rodeados de estandartes y de un grupo de músicos, daban la bienvenida a los cortejos de los caballeros que llegaban ante las murallas y les asignaban un par de criados: uno para que llevase a los nobles y damas a sus aposentos y otro para que se ocupase de conducir los carros y las cabalgaduras a los establos.

En el interior del castillo la actividad era aún más intensa. Cientos de caballeros y soldados ataviados con cotas de malla y yelmos destellantes se movían de un lado a otro entre las murallas y las torres, y por todos los rincones ardían grandes antorchas y pebeteros, cuyas lenguas de fuego parecían querer huir con el viento.

Acababan de entrar en la fortaleza cuando Grimpow tuvo que dar un salto acrobático para evitar que un caballero que cubría su rostro con un yelmo aterrador le aplastara bajo los cascos de su caballo encabritado. Grimpow no podía dejar de mirar a un lado y a otro, fascinado por el bullicio reinante, mientras un criado los conducía a pie por una amplia explanada a sus aposentos, y otro se llevaba los caballos y la mula cargada con la armadura a las cuadras.

—¿Quién es ese caballero que hostiga de ese modo a su caballo? —preguntó Salietti al paje que les acompañaba y cargaba, como Grimpow, con un par de alforjas.

—Nadie lo sabe, salvo el heraldo que lo recibió esta mañana en la entrada al castillo. El caballero le mostró su título de nobleza con el yelmo cubriéndole el rostro, y le expresó su deseo de mantener la incógnita de su identidad hasta que

terminen los torneos —respondió—. Desde que llegó no ha hecho otra cosa que entrar y salir de la fortaleza, para que nadie le reconozca y todos se pregunten quién es. Cada año llegan a los torneos de los castillos de Alsacia muchos nobles aventureros sin fortuna, que llaman la atención de esa y otras maneras más insólitas y extravagantes —dijo lamentándose—. Pero estoy seguro que vos no sois como ellos, a vos sólo hay que veros para saber que seréis uno de los aspirantes a ganar en los lances de las justas, y quizá podáis ser quien elija a la reina del torneo.

—Y tú, ¿cómo te llamas? —le preguntó Salietti al paje, un muchacho orejudo y con dientes de roedor, un poco mayor que Grimpow.

—Podéis llamarme Guishval, señor.

—Guishval —repitió Salietti silabeando la palabra—. No es mal nombre para un muchacho tan despierto como tú.

En el tono adulador de Salietti advirtió Grimpow que había encontrado sin proponérselo a quien sería su mejor informador sobre todo lo que ocurría entre las sólidas murallas de la fortaleza del barón Figüeltach de Vokko.

—Si necesitáis cualquier cosa no tenéis más que pedírmela —dijo Guishval. Y al pasar junto a un pozo, exclamó—: ¡Mirad, ahí está mi señor Figüeltach de Vokko!

Junto al pozo, un noble ricamente ataviado daba órdenes a sus caballeros. Era un hombre más joven de lo que Grimpow había imaginado. No tenía barba, y su melena negra se movía levemente con el viento. Sus ojos poseían el fulgor de un ser despiadado, y su voz y sus gestos eran severos como su mirada. Un largo manto de terciopelo negro adornado con cenefas de oro colgaba de sus hombros, y, sobre su blusón blanco, un oso rampante bordado en negro le cubría el pecho. Llevaba una gran espada ceñida a la cintura, cuyo puño destellaba como si un manojo de piedras preciosas se hubiese fundido con el acero.

Hicieron una reverencia al llegar a su lado y continuaron cruzando el patio de armas. Pasaron junto a los cobertizos y las cocinas, y entraron en una torre custodiada por dos soldados ataviados con cota de malla y yelmo, que apartaron sus lanzas a su paso. En sus escudos tenían pintado como blasón el mismo oso rampante que ondeaba al viento en todos los estandartes de la fortaleza. Luego ascendieron por unas escaleras estrechas hasta el primer piso de la torre, y al fin llegaron a una sala de gruesos muros y bajos techos, en la que se alineaban una veintena de confortables camastros con jergones de paja a los pies. La sala parecía tan bulliciosa como el patio, pues muchos participantes en las justas ya habían llegado al castillo, y acomodaban sus alforjas y ropajes junto a los camastros que les habían sido asignados.

—Éstos son vuestros aposentos, el camastro para vos y el jergón de paja para vuestro escudero —explicó Guishval sin necesidad, pues a Grimpow le pareció evidente que él habría de dormir en el suelo—. Sobre ese banco podréis dejar las alforjas, y ahí tenéis un balde con agua; las letrinas las encontraréis

abajo, al fondo del patio. Mi señor el barón desea que os sea grata la estancia en su fortaleza. La cena será dentro de dos horas, en el gran salón de armas. Al amanecer los heraldos anunciarán los emparejamientos de los contendientes, y luego se celebrarán las justas —recitó el criado, como si fuese el pregonero del reino.

—Bien, Guishval, eres muy amable —volvió a halagarlo Salietti.

El criado se dispuso a marcharse y esbozó una reverencia.

—Aguarda un momento —dijo Salietti, bajando la voz para no ser oído por los otros caballeros, que se estaban lavando o cambiando las ropas empolvadas del viaje.

—Dime, Guishval, ¿has visto alguna vez el brillo de una pepita de oro?

Guishval miró con gesto confundido a Salietti, y luego miró a Grimpow, como si le preguntara por la cordura del caballero al que servía.

—No, señor —dijo con timidez—. El único oro que he visto en mi vida es el del sello de mi señor barón, y el de las joyas y brazaletes que lucen las damas del castillo.

—Tal vez yo podría regalarte alguna pepita de oro, en pago por tus servicios —murmuró Salietti al oído de Guishval.

El criado se sobresaltó como si le hubiesen clavado un puñal en la espalda.

—¿Qué he de hacer? —preguntó con los ojos abiertos de par en par.

—De momento, bastará con que me digas si hace unos días trajeron presos a la fortaleza a un hombre anciano y a su hija —soltó Salietti sin titubear.

Antes de responder, Guishval paseó la mirada a un lado y a otro para asegurarse de que nadie les observaba.

—No sé si debo hablaros de ello. Si mi señor el barón llegara a saber que me he ido de la lengua, no dudaría en cortármela para echársela a sus perros —dijo asustado.

—Puedes confiar en que nunca lo sabrá, te lo juro por mi honor de caballero —lo tranquilizó Salietti.

—Ese anciano y su hija llegaron hace dos días a la fortaleza, escoltados por los soldados del barón. Podéis creerme si os digo que jamás vieron mis ojos una joven más bella —dijo Guishval.

—¿Están encerrados en las mazmorras del castillo? —insistió Salietti, ansioso por conocer la respuesta.

—No, señor —balbució el criado—. El anciano llegó muy enfermo, lo encerraron en un cuartucho de la torre de la guardia y murió anoche. Esta misma mañana bajaron su mortaja al osario que hay junto a las mazmorras, sin dedicarle ninguna misa ni ceremonia, y allí dejaron el cadáver como si fuese el de un proscrito. Según las habladurías de los soldados, se trataba de un mago o de un nigromante.

Ahora fue Salietti quien se sintió desgarrado por un puñal invisible. Y aunque se esforzó por disimular el desconsuelo que inundó su alma, hundiéndolo en la más profunda melancolía, Grimpow supo por el brillo

acuoso de sus ojos que el anciano Gurielf Lábox no era para Salietti un simple desconocido. Entonces confirmó que había algo que Salietti le ocultaba, como ya había sospechado cuando llegaron a la aldea de Cornill y un herrero les dijo que los soldados de Figüeltach de Vokko se habían llevado preso a un mago adorador de las estrellas llamado Gurielf Lábox.

—¿Sabe su hija que el anciano ha muerto?

—Creo que sí, pues, desde que falleciera su padre anoche, no ha parado de llorar, desconsolada. Se llama Weienell.

—¿Dónde está esa dama ahora?

—Está encerrada bajo llave en una alcoba de la torre del homenaje. Mi señor, el barón de Vokko, se quedó prendado de su belleza al verla, y sospecho que está intentando conquistar su amor, a pesar de haberla hecho su prisionera.

Grimpow notó que el corazón de Salietti volvía a sobresaltarse.

—¿Quién guarda la llave de esa alcoba? —preguntó angustiado.

—La llave la guarda mi señor el barón en un pequeño cofre de su gabinete.

Salietti sacó dos pepitas de oro de la bolsa que llevaba oculta bajo el cinto y se las entregó disimuladamente al criado.

—Gracias, Guishval, por tu ayuda. Procura que nadie te las encuentre encima, pues pensarían que se las has robado a alguien. Pero aún necesitaré que me prestes otros servicios.

—Si me necesitáis, sólo tenéis que mandarme aviso con vuestro escudero a los establos, y estaré presto a serviros, señor —dijo el criado con alegría, y sin dejar de hacer reverencias mientras se marchaba.

Cuando Grimpow y Salietti se quedaron solos, pusieron en orden sus alforjas y se lavaron las manos y la cara en el balde de agua. Salietti se desnudó, sacudió sus ropas cubiertas de polvo y las dejó sobre el camastro. De una alforja sacó unas calzas nuevas, una camisa y un elegante jubón que compraron en la ciudad de Úllpens, y volvió a vestirse como si fuese a la ceremonia de investidura de un caballero.

—Creo que no fuiste sincero conmigo en la buhardilla de la taberna de Úllpens, cuando después de encontrar a Dúrlib ahorcado nos juramos no tener secretos entre nosotros —dijo Grimpow molesto.

A Salietti le cogieron por sorpresa las palabras de su amigo, que en aquella sala fingía ser su escudero.

—No sé de qué me hablas, Grimpow. Sabes sobre mí tanto como yo sé de ti —le respondió en voz baja mientras se ceñía al cinto su espada.

—Te hablo de Gurielf Lábox y de su hija. Tú les conocías. Por eso nuestra llegada a la aldea de Cornill no fue casual. Tú sabías que ellos estaban allí, aunque no imaginaras que iban a ser detenidos por los soldados del barón, ¿verdad? —inquirió Grimpow enérgico.

Salietti le miró a los ojos con ternura.

—No puedo hablarte de eso ahora, Grimpow, pero no es lo que estás pensando.

No supo por qué, pero Grimpow no pudo evitar que unas lágrimas corrieran libres por sus mejillas. Quizá fuese la causa el agotamiento del viaje, la tensión vivida desde hacía meses, la influencia de la mágica piedra que poseía, el miedo a las incertidumbres que aún les aguardaban en la fortaleza del barón, la muerte del anciano que él ni siquiera conocía, el misterio del secreto de los sabios que aún debían desvelar, o, sencillamente, que de nuevo se sentía vilmente traicionado por quien él creía que era su mejor amigo.

—¡Oh, vamos, Grimpow, no pretendo hacerte daño! Es sólo que no puedo hablarte de ello en este momento. Es una larga y complicada historia, pero te aseguro que te lo contaré todo más tarde. Ahora tenemos otros asuntos más importantes de los que ocuparnos.

Las palabras de Salietti le consolaron, y Grimpow volvió a sentirse más animado. Incluso pensó que estaba siendo injusto con él al manifestarle sus reproches, pues Salietti podía tener sus razones para no haberle contado todo sobre su vida, su pasado o sus intenciones al acompañarle en su viaje en busca del secreto de los sabios. Al fin y al cabo, pensó, en la mente de cada hombre hay rincones reservados sólo para sus pensamientos más ocultos, sus deseos, sus sueños o sus maldades.

—Lo siento, no era mi intención hacerte ningún reproche —dijo.

Salietti aceptó sus disculpas con una sonrisa y le guiñó un ojo.

—No te preocupes. Anda, termina de lavarte, iremos a dar una vuelta por la fortaleza antes de la cena. Espero que hoy podamos comer algo caliente y sabroso.

—¿Tienes previsto algún plan para llegar hasta la hija de Gurielf Lábox? —preguntó Grimpow, sabedor de que ése era ahora el único pensamiento que bullía en la mente de Salietti.

—Aún no, antes tengo un asunto urgente que tratar con el barón Figüeltach de Vokko. ¿Lo has olvidado?

—¿Piensas transmitirle el mensaje del bandido Drusklo el Sanguinario?

—Hice un juramento, y un caballero de honor siempre cumple sus promesas. Además, es posible que mientras hablo con él pueda quitarle la llave de la alcoba que guarda en el cofre de su gabinete.

—¡Pero te vas a meter tú solo en la boca del lobo! —exclamó Grimpow, preocupado por las intenciones que adivinaba en los ojos de Salietti.

—Sólo así podré saber cómo están de afilados sus colmillos.

Salietti se acercó al banco en que habían dejado las alforjas, y de una de ellas sacó un mazo de gruesas cartas que Grimpow no había visto hasta entonces.

—¿Piensas jugar a los naipes con el barón? —preguntó.

—No —dijo Salietti echándose a reír—. Se trata de unas curiosas cartas pintadas con distintos motivos alegóricos, que en algunos países de Oriente se usan para adivinar el futuro. Muchos nobles y muchas damas se muestran débiles ante las incertidumbres de su propio destino, y desean conocerlo y

anticiparse a su devenir como si de ese modo pudieran evitarlo. Figüeltach de Vokko es uno de ellos, siente verdadera pasión por las prácticas adivinatorias. Pero estoy seguro de que nunca ha oído hablar de la adivinación mediante este sencillo juego de cartas. Pienso regalárselas para ganarme su confianza.

—¿Y qué haré yo mientras tanto?

—Tengo un encargo para ti. ¿Llevas aún encima el carboncillo y el trozo de pergamino que cogiste de la sacristía de la iglesia de Cornill?

—Sí, los guardo en esa alforja.

—Cógelos, he de escribir algo importante.

Grimpow cogió el carboncillo y cortó un trozo del pergamino que Salietti le pedía, pues no quería desprenderse de sus anotaciones sobre la enigmática inscripción de la cripta que tanto le había costado descifrar. Salietti le pidió que se diera la vuelta y se inclinara para que su espalda le sirviera de escritorio, aunque Grimpow imaginó que también lo hizo para que él no pudiese ver lo que escribía.

—No te apures, te dejaré leerlo cuando lo escriba —dijo Salietti adivinando sus pensamientos.

Se apoyó sobre la espalda de Grimpow y, con una caligrafía más propia de un monje copista que de un caballero andante, escribió:

Hay magia en las estrellas
y hechizo en las noches de luna llena.
Contémplalas y encontrarás en ellas tus sueños.

—¿Es para ella? —preguntó Grimpow después de que Salietti le dejase leer el mensaje que había escrito.

—Así es.

—¿Se trata de un nuevo criptograma, de otro mensaje en clave? —dijo.

—No exactamente, pero ella lo entenderá.

—¿Y no vas a poner tu nombre?

—Mi nombre no le diría nada —dijo Salietti, hastiado de las preguntas de su escudero—. Y ahora escúchame atentamente. Mientras yo intento hablar con el barón, tú irás a los establos simulando que sólo vas a ocuparte de nuestros caballos. Allí te harás el encontradizo con Guishval, y sin que nadie te vea le darás otra pepita de oro. Le dirás que se la regalo yo, con el ruego de que, cuanto antes, le haga llegar este mensaje a la hija del anciano Gurielf Lábox.

De todos los enigmas, misterios y secretos que había conocido y aún le quedaban por conocer desde que encontrara al caballero muerto en las montañas, ninguno le intrigaba tanto a Grimpow en ese momento como el asunto que Salietti se traía entre manos. Y mientras caminaban bajo la luz de las antorchas entre multitud de soldados, caballeros, escuderos, criados, carros y

cabalgaduras que iban y venían desde las múltiples dependencias habilitadas en la fortaleza para acoger a todos los participantes en las justas, Grimpow se preguntaba una y otra vez quién sería realmente Gurielf Lábox, por qué buscaba en la iglesia de Cornill el secreto de los sabios, qué relación tenía con Salietti, y qué impulsaba a su amigo a preocuparse tanto por su hija cautiva. Tampoco dejaba de darle vueltas al texto del mensaje que Salietti le había entregado para que Guishval se lo hiciese llegar, y se preguntaba si acaso no tendría algo que ver con la hermosa dama, de la que Salietti, como el barón, también se habría enamorado. Pero si era así, dónde, cómo y cuándo la había conocido, pues desde que partieron juntos de la abadía de Brínkdum no habían hablado con más damas ni mujeres que la dueña de la mugrienta taberna de la ciudad de Úllpens.

La carta de la muerte

Después de deambular durante un buen rato por húmedos pasadizos y estrechas escaleras acaracoladas, Salietti llegó hasta el gran salón de armas del castillo. Un numeroso grupo de nobles y damas, elegantemente ataviadas con delicados vestidos y tocados, formaba un corro alrededor del barón Figüeltach de Vokko, que conversaba animadamente con ellos. Todo estaba dispuesto para la cena, y muchos caballeros ocupaban sus asientos en las largas mesas que llenaban el recinto, adornado con vistosos tapices, ostentosos trofeos de caza, largos estandartes que colgaban del techo y multitud de escudos de armas cruzados por lanzas y espadas. La iluminación de las lámparas y de los pebeteros semejaba unos soles repletos de cirios encendidos, y en uno de los muros laterales ardía una gran chimenea, en la que podía asarse un venado entero.

Salietti se acercó a un caballero que daba órdenes a unos heraldos vestidos de gala y le preguntó:

—¿Sois vos el alcaide de la fortaleza?

—Así es —dijo con una leve reverencia, a la que correspondió Salietti con el esbozo de otra—. Decidme en qué puedo ayudaros, caballero...

—Me llamo Salietti de Estaglia. Veréis, sé que en estos momentos el barón se encuentra muy ocupado con sus obligaciones de anfitrión de los torneos. Pero ¿tendríais la bondad de decirle que deseo hablar en privado con él de un asunto urgente, que a buen seguro le interesará conocer?

—Le anunciaré vuestros deseos al barón, mi señor, tan pronto nos sentemos a la mesa, quedaos tranquilo —dijo el alcaide, y con otra reverencia se retiró hacia otro grupo de heraldos que aguardaban sus órdenes.

Salietti se sintió contento de haber lanzado el cebo tal y como se había propuesto, y se dijo a sí mismo que ya sólo le quedaba esperar a que el barón mordiese el anzuelo. Pensó entonces que quizá Rhádoguil de Cúrnilldonn, el caballero que Grimpow y él habían encontrado en el camino de la fortaleza y que le había hablado tan abiertamente del envenenamiento del papa Clemente

V y de los temores del rey de Francia de correr la misma suerte, quizá hubiese llegado ya al castillo, y lo buscó entre los invitados. Creyó reconocerlo en un caballero de igual aspecto que bebía con fruición de una jarra de cerveza, pero cuando se acercó a él con el propósito de saludarlo y sentarse a su mesa, comprobó que se había confundido. Un paje se dio cuenta de que Salietti andaba despistado, y le indicó el lugar en que debía sentarse, junto a un grupo de jóvenes caballeros que alardeaban de sus habilidades con la lanza y la espada, entre bromas y risas estridentes.

Unas trompetas anunciaron el comienzo de la cena, y un tropel de sirvientes comenzó a salir de las cocinas, cargando bandejas repletas de faisanes, corderos y ciervos asados, ensaladas, frutas, pasteles. Ante tales manjares, el apetito de Salietti se despertó después de largos días de malcomer durante el viaje, y se dedicó en cuerpo y alma a devorar con ferocidad cuanta comida caía en sus manos, sin prestar atención al jolgorio de los jóvenes caballeros que le acompañaban. Imaginó que, sentados en aquellas mesas, estarían todos los nobles de Alsacia, de Lorena, de Borgoña, y observó sus rostros, sus dentaduras, sus barbas, sus miradas, sus risas y sus gestos, como si toda la estancia se hubiese quedado de súbito en silencio y las imágenes pasaran ralentizadas ante sus ojos, hasta que su mirada se cruzó con los ojos del barón Figüeltach de Vokko, que lo miraban fijamente mientras escuchaba lo que el alcaide de la fortaleza, sentado a su derecha, le susurraba al oído. Salietti esbozó un saludo inclinando la cabeza, que el barón correspondió intrigado. A la izquierda del barón estaba sentado un fraile dominico, que tenía una barba rojiza y el rostro marcado por profundas cicatrices, y Salietti no dudó de que debía de tratarse del malvado inquisidor Búlvar de Góztell.

Antes de que terminara la cena, el barón tomó la palabra y con grandilocuentes gestos realizó una arenga a sus caballeros para que participaran en la guerra contra los castillos del Círculo, hablándoles de las herejías de los templarios y de la necesidad de quemarlos a todos en la hoguera. Luego unos saltimbanquis entraron en la gran sala de armas lanzando largas lenguas de fuego por la boca, a la vez que realizaban sorprendentes saltos y acrobacias al ritmo de una música trepidante de trompetas y tambores. Los caballeros alzaron sus jarras y lanzaron largos brindis al aire, y las damas aplaudieron entre cuchicheos y risas, sorprendidas por el espectáculo.

Salietti se dio cuenta de que el barón se levantaba de su mesa y salía por detrás del estrado hacia sus aposentos.

Figüeltach de Vokko está impaciente por conocerme, se dijo Salietti, para sus adentros, y pronto mandará a uno de sus heraldos para que venga a verme y me conduzca hasta su gabinete, continuó recreándose con sus elucubraciones de adivino.

El heraldo no tardó en acercarse a la mesa.

—Excusadme, señor, el barón desea veros en privado. Tened la bondad de seguirme —dijo el heraldo al oído de Salietti.

—¡Pasad, pasad, y sed bienvenido! —dijo el barón Figüeltach de Vokko al ver entrar a Salietti en la amplia sala en que esperaba, deambulando inquieto delante de un lujoso tapiz con un oso rampante bordado, al que flanqueaban las cabezas disecadas de dos ciervos enormes.

Salietti se inclinó en el umbral de la puerta, al tiempo que sonreía amablemente. Y aunque simuló sentir respeto y admiración por el hombre que tenía ante sí, lo cierto es que una incontenible sensación de desprecio y rabia lo embargó.

—El alcaide me ha informado que deseabais hablar conmigo en privado de algo que consideráis de mi interés.

—Así es, señor. Mi nombre es Salietti, nieto del duque Iacopo de Estaglia, de la región italiana del Piamonte.

El barón hizo un gesto de asentimiento.

—Mucha ha de ser la importancia de lo que tenéis que decirme si habéis hecho un viaje tan largo y penoso para venir a comunicármelo.

—Bueno, eso es algo que sólo a vos os corresponderá valorar. Mi primer propósito al venir hasta vuestra fortaleza es participar en los torneos de los castillos de Alsacia, cuya fama y renombre, como bien sabéis, llega cada año al norte de Italia.

—Cierto. Cada año son más los caballeros de Trieste, Padua o Bolsano que acuden a celebrar con nosotros las justas de las fiestas de primavera, y ello nos complace de veras —dijo el barón, mostrándose cordial y hablador, pero Salietti sabía que esa amabilidad suya sólo era la estrategia de un villano.

—Durante el viaje, algunos caballeros cuyo cortejo también se dirigía a vuestra fortaleza me han informado de que tenéis intención de asaltar pronto los castillos del Círculo para capturar a los rebeldes templarios a los que vuestro eterno enemigo el duque Gulf de Östemberg ha dado asilo, en contra de las bulas dictadas por el papa Clemente V, tristemente fallecido hace unos días.

—Todos lamentamos su pérdida. Y en cuanto a mi propósito de asaltar los castillos del Círculo, no os han engañado —dijo el barón con arrogancia.

—Espero que me permitáis unirme a vuestro ejército.

El barón se acercó a Salietti y le pasó el brazo por el hombro.

—Claro, sin duda seréis bien recibido entre mis caballeros, y os aseguro que juntos lograremos una victoria que cantarán los trovadores en sus romanzas mientras tengan memoria, pero hasta ahora aún no he oído nada de vuestros labios que haya despertado vivamente mi interés, como me anunciasteis —dijo el barón sutilmente.

Salietti captó la indirecta y decidió no dar más rodeos.

—Tenéis razón, pero estoy seguro de que el tercer motivo de mi visita os colmará de satisfacción. ¿Os dice algo el nombre de Drusklo el Sanguinario?

El barón dio un respingo, que enseguida intentó disimular.

—Decidme antes por qué me hacéis esa pregunta.

—Me hizo su prisionero en el bosque de Oppernái.

—¿Os dejasteis atrapar por ese bandido y sus secuaces?

—Una espada puede servir de poco frente a una banda de proscritos armados con arcos. Ni siquiera pude verlos escondidos entre los árboles. Pero cuando Drusklo supo que me dirigía a vuestra fortaleza, me dejó en libertad a cambio de que le jurara que os solicitaría en su nombre el perdón de sus crímenes.

—¡Ese bandido no sólo es un sanguinario, sino un insolente! ¿Cómo se atreve a pedirme el perdón después de haber asesinado a mi abuelo? Mi padre se pasó años intentando darle captura, y desde que él murió tampoco yo he dejado de buscarle para vengarme por él —dijo ofuscado y resentido.

—Ahora tenéis la oportunidad de vengaros. Él cree que puede seros útil en el asalto a los castillos del Círculo. Hacedle venir ofreciéndole el indulto si se une a vuestro ejército, y ahorcadlo tan pronto esté en vuestras manos, colgándolo como un trofeo de la torre más alta de la fortaleza —dijo Salietti mostrándose despiadado.

El barón se quedó pensativo, pero Salietti no supo si fue porque pensaba que Drusklo el Sanguinario podía serle realmente útil o porque se estaba recreando en la idea de ajusticiarlo.

—Dejadme que lo medite, no quisiera precipitarme en mi decisión.

—Sólo tendréis que mandarle un mensajero al bosque, y en unos días le tendréis humillado a vuestros pies. Yo he cumplido con mi juramento, pero antes de marcharme aún quisiera dejaros un obsequio.

—¿Un obsequio? —preguntó Figüeltach de Vokko con viva curiosidad.

—Sé de vuestra afición por las prácticas adivinatorias, y he pensado que os agradaría conocer estas cartas. Quedaos con ellas, tal vez os sirvan para eludir los designios del destino que no os sean favorables —dijo Salietti, sacando el mazo de naipes de debajo de su jubón.

Figüeltach de Vokko iba a coger las cartas cuando Salietti fingió que se le escapaban de las manos y las dejó caer disimuladamente al suelo. El barón se agachó para recogerlas y Salietti se deshizo en disculpas, mientras con una mano cogía las cartas y con la otra palpaba sobre la mesa, abría un pequeño cofre y buscaba la llave de la alcoba en la que estaba encerrada la hija de Gurielf Lábox. Pero no la encontró.

Una vez recogieron las cartas del suelo, el barón las examinó una a una con inusitada curiosidad.

—¿Sois adivino? —preguntó admirado por la belleza de los naipes.

—La adivinación del futuro es en mí una facultad innata, que yo mismo me he ocupado de desarrollar desde mi infancia —explicó Salietti, divirtiéndose con su engaño.

—¿Dónde las habéis conseguido? —preguntó secamente.

—Se las compré a un buhonero en la ciudad de Venecia, adonde viajé el pasado otoño. El mismo buhonero que me las vendió me explicó su significado y me habló de su origen. Al parecer las encontró junto a un pergamino que hablaba de ellas entre las ruinas de un país lejano, mientras hurgaba entre las tumbas de una necrópolis, en busca de las joyas con que aquellas gentes enterraban a sus muertos. Me aseguró que esas cartas poseen poderes inexplicables, como si tuvieran invisibles ojos capaces de ver más allá de la realidad y del tiempo. Si queréis, puedo mostraros cómo se interpretan.

Las rudas manos del barón fueron deslizando las cartas una a una entre sus dedos, como si quisiera habituarse a su tacto. Durante un rato permaneció en silencio, ocultando la fascinación que sentía al tener esas exóticas cartas en su poder.

—¿Estáis seguro de que éste es un método apropiado para adivinar el futuro?

—No sólo el futuro, barón, también el pasado —matizó con firmeza Salietti—. Sentaos y permitidme que os lo demuestre.

Figüeltach de Vokko y Salietti se acomodaron en la mesa sobre la que el barón despachaba los asuntos cotidianos con sus vasallos, mientras la luz de unas antorchas lanzaba furtivas sombras sobre sus cabezas.

Salietti repartió las veintidós cartas sobre la mesa, creando cuatro filas horizontales de cinco unidades cada una, precedidas y seguidas de una sola carta colocada en el centro. Sus respectivas figuras quedaban ocultas hacia abajo, de manera que, vistas desde arriba, todas parecían iguales. En el reverso de cada carta se cruzaban dos espadas de plata sobre un sol poniente, tendido ante un cielo azul y limpio.

La expectación del barón le hizo olvidar que aún debía cumplimentar a sus invitados antes de que se retiraran a descansar a sus aposentos.

—Levantad la carta que más os agrade —rogó Salietti con cortesía.

Figüeltach de Vokko deslizó su mirada por la superficie de la mesa como si buscara un enigma velado entre aquellas imágenes repetidas, que aún permanecían mudas ante sus ojos.

Pero al fin se detuvo en una carta, la cogió decidido y la volteó sobre el mismo lugar en que estaba depositada.

—¡Los enamorados! —exclamó Salietti, al ver las figuras de un hombre y una mujer cogidos de la mano bajo un sol radiante—. No habríais podido comenzar de mejor modo.

—¿Me sonreirá la suerte en el amor? —preguntó el barón alelado.

—No lo dudéis. Ésta es una carta espléndida, que augura alegría, bienestar y pasión. Aunque vuestro amor no sea correspondido ahora, según veo en el desencanto de vuestros ojos, este naipe pregona a grandes voces que esos conflictos amorosos se desvanecerán muy pronto, dando paso a un amor imperecedero. En poco tiempo, vuestra felicidad no podrá ser más elevada.

El barón sonrió satisfecho y eligió una nueva carta. Era la imagen hermosamente pintada de una pirámide partida en la cúspide por un rayo, cuya visión pareció sumir a Salietti en un profundo trance.

Ante el silencio de Salietti, el barón preguntó impaciente:

—¿Qué veis?

Salietti aún tardó en contestar, pero al cabo dijo con voz misteriosa:

—Veo que la tierra temblará bajo la intensa luz de vuestra espada, que como un rayo caído del cielo fulminará inaccesibles torres y murallas. Y os veo a vos, alzándoos victorioso tras cruentas batallas que cambiarán el curso de la historia. El pasado sólo será un triste recuerdo comparado con la gloria que os aguarda. Ahora coged otra carta que diste al menos dos filas, contadas en cualquier dirección, de la primera, y mostrádmela.

El barón, con el rostro iluminado por la dicha, cogió y volteó su tercera carta, y en ella vio una rueda de carro con raros signos adheridos alrededor que no comprendió. Salietti se anticipó a su pregunta y dijo:

—Ésta es la rueda de la fortuna. Parece que esta noche la suerte os es propicia.

—¿Y cuál es su significado? —quiso saber Figüeltach de Vokko, sin demora.

El rostro de Salietti insinuó la bondad de su respuesta.

—Algo buscáis con insistencia que se oculta a vuestros ojos; algo que os fue injustamente negado hace mucho tiempo. No sé —titubeó—. Tal vez un precioso tesoro... ¡No! —rectificó Salietti sacudiendo la cabeza, después de un largo y reflexivo silencio—. Creo que es algo más valioso.

—¿Más valioso que un tesoro? —preguntó el barón sin disimular su ansiedad.

—Sí, es algo pulido y brillante que muchos hombres desean poseer y buscan desesperadamente, pero que sólo llegan a encontrar algunos elegidos.

Los ojos del barón se agitaron en sus órbitas.

—¿Habéis dicho algunos elegidos?

—Sí —afirmó Salietti, como si sus palabras llegaran a arrebatarle las fuerzas—. No sé quiénes son, pero están aquí, en la carta, en uno de estos símbolos incomprensibles. Quizá vos sepáis mejor que yo de lo que os hablo. Intentad recordarlo —añadió.

El barón se esforzó por recordar, pero no sabía quiénes podían ser los elegidos, a menos que se tratase de los templarios.

—¡Ya lo veo con nitidez! —exclamó Salietti sobresaltado, atrayendo de nuevo la atención del barón—. Eso que buscáis es algo perfecto, algo que no puede igualarse a ninguna otra forma imaginable. Es un gran objeto de un metal más precioso que el oro.

—¿Y lo encontraré? —preguntó el barón conteniendo la respiración.

—Coged otra carta a vuestro antojo, en ella encontraremos la respuesta a vuestra pregunta —dijo Salietti, mientras se recreaba en el papel de adivino que con tanto agrado había asumido.

El barón dudó qué carta coger, y su mano se movió sobre la mesa con indecisión. Cuando al fin la detuvo sobre la escogida, volteó la carta y vio que en ella estaba pintado un cruce de caminos entre una densa arboleda. Se sentía fascinado ante aquellas cartas prodigiosas.

—Dejadme ver —dijo Salietti para aumentar la tensión del momento. Luego prosiguió—: Cuando pudisteis escoger el camino adecuado para encontrarlo elegisteis el camino que os alejaba de él. Aunque veo que también ahora os asaltan las dudas.

—Pero decidme, ¿encontraré ese tesoro? —insistió el barón con brusquedad, creyéndose sin reparo los augurios del falso adivino.

—Lamento deciros que jamás lo encontraréis, porque ese tesoro no está en el lugar donde suponéis, ni en ningún otro que podáis encontrar.

—¡Destruiré sus castillos hasta dar con el último agujero en que puedan haberlo escondido esos malditos templarios! —gritó el barón, arrastrado por su propia desesperación.

—No sé de qué habláis, pero coged otra carta si queréis saber algo más sobre vuestro futuro —dijo Salietti.

La mano de Figüeltach de Vokko titubeó en el aire y fue a posarse sobre la última carta de la segunda fila, como si quisiera terminar de una vez con la fatalidad que se le anunciaba.

—Malos presagios se cruzan ahora en vuestro destino —murmuró Salietti con aire misterioso.

—¿Qué queréis decir? Sed más explícito —exigió el barón, frunciendo el ceño.

—Esta es una carta de guerras y desolación. Debéis guardaros de exponeros al peligro, pues se anuncian terribles batallas que sembrarán los campos de cadáveres. Aunque también veo que dispondréis de un gran ejército.

—Más de quince mil hombres —dijo el barón con arrogancia.

—Sin embargo, son pocos los jinetes que vislumbro —añadió Salietti para sonsacarlo.

—Cerca de cinco mil hombres armados a caballo y más de quinientos caballeros ya han partido hacia las fronteras del norte, para esperar a mi ejército y dar comienzo a la guerra. ¿Acaso os parecen insuficientes para asaltar los castillos del Círculo?

—Intuyo que necesitaréis más que eso para lograr vuestro objetivo.

—También dispondremos de maquinarias de guerra jamás vistas en estas tierras, y de un grupo de mercenarios llegados del sur a los que no hay rocas ni murallas que se les puedan oponer.

—Será mejor que cojáis otra carta, tal vez ella pueda sacarnos de la oscuridad que ahora os envuelve. Elegid la que más os plazca —sugirió Salietti.

El barón cogió airado la carta solitaria de la última fila, y descubrió con horror que en ella estaba pintada la figura de la muerte.

Lanzas y espadas

Al despertar, Grimpow se sintió contento de que Salietti estuviera en su camastro, pues no le había vuelto a ver desde que la noche anterior se marchara para hablar con el barón Figüeltach de Vokko.

—¿Dónde estuviste anoche? Cuando me dispuse a dormir aún no habías regresado —le preguntó a Salietti, al tiempo que se desperezaba.

—Fue una noche larga y muy provechosa para mí, créeme —dijo Salietti en voz baja—. Cené copiosamente y pasé con el barón largas horas, conversando sobre su futuro y sus intenciones de atacar los castillos del Círculo de Piedra. Una parte del ejército ya está cerca de las fronteras del norte, y esperarán allí la llegada del barón con sus soldados y caballeros, tan pronto terminen los torneos. Conseguí pronto ganarme su confianza, y me dio información muy valiosa, aunque no encontré la llave de la alcoba donde tiene encerrada a la hija de Gurielf Lábox. Tenías que haber visto su cara mientras le hablaba de sus proyectos de guerra y del valioso objeto que buscaba sin encontrarlo.

—¿Le hablaste del secreto de los sabios? —le preguntó Grimpow mientras se lavaba la cara en el balde de agua que les había sido asignado.

—Con tanta claridad como te hablo ahora a ti. Me preguntó si él lo encontraría pronto.

—¿Y qué le dijiste?

—Le dije la verdad, que nunca lo encontrará, pues no está donde él sospecha, y aun lo busca por caminos equivocados. Pero cuando su cara de alimaña se quedó pálida como la cera fue cuando él mismo escogió la carta de la muerte.

—¿La muerte? —inquirió Grimpow.

—Sí, es una carta a la que se le atribuyen distintos significados según las supuestas visiones del adivino. Le dije que para él esa carta significaba una sombra de incertidumbre, pues podía llegar a encontrar la muerte en las batallas que se avecinaban. Pero en ese momento no le mentí.

—No te entiendo.

—Si ataca pronto a los castillos del Círculo de Piedra, su muerte será tan segura como mi palabra, y no habrá adivino ni fuerza oculta que pueda evitarla.

—Yo también hice anoche algunas averiguaciones interesantes en las cocinas —dijo Grimpow con aires de suficiencia.

—Me alegra saber que no perdiste el tiempo mientras yo me jugaba la vida engañando al barón con mis cartas. ¿Le entregaste el mensaje a Guishval, como te encargué? —quiso saber Salietti, mientras se vestía de nuevo con las ropas del viaje y dejaba las galas para las celebraciones de la noche.

—Vayamos a desayunar algo, yo no cené copiosamente como tú, y el hambre se está comiendo mi estómago.

Mientras caminaban, Grimpow le contó a Salietti lo que había hecho la noche anterior. Le dijo que había buscado a Guishval en los establos, y que allí le había encontrado junto a otros jóvenes criados del barón, que bebían a escondidas unas jarras de cerveza mientras cuidaban a los caballos.

—Al verme se alegró tanto que parecía que había visto a su ángel de la guarda. Le entregué la pepita de oro como tú me habías encargado y le expliqué lo que debía hacer con el mensaje. Guishval se guardó el oro al instante, pero me dijo que no sabía cómo hacerle llegar la misiva a la cautiva, pues un soldado vigilaba constantemente la puerta de la alcoba, advertido por el barón de que respondería con su vida si alguien lograba franquearla. Se me ocurrió entonces que la cautiva debía cenar, y que habría alguien en las cocinas encargado de llevarle el alimento, a lo que Guishval me respondió que era una sirvienta que él conocía, y que nunca traicionaría las órdenes del barón por mucho oro que se le ofreciera. Y añadió que si yo me atrevía, él podía ocuparse de distraer a la sirvienta cuando estuviese preparando la cesta, mientras yo ocultaba el mensaje entre la comida. Así lo hicimos, y durante un buen rato Guishval me contó que era hijo del halconero del barón, y que no había secreto alguno del arte de la cetrería que él no dominara. De este modo pasamos el tiempo, merodeando por las cocinas principales, sin dejar de mirar la cesta que aguardaba sobre una mesa. Hasta que al fin llegó la sirvienta, una mujer madura y gruesa, de cara rosada y gesto agrio y malhumorado, y se puso a preparar la comida: un pescado, pan, algo de queso y una jarra de agua. Cuando la cocinera se disponía a marcharse, Guishval se acercó a ella, apartándola de la cesta con alguna ocurrencia suya, y aproveché el momento para esconder la misiva.

—¿Y dónde la escondiste? —preguntó Salietti, temeroso de que el mensaje no hubiese llegado a su destino.

—Lo dejé flotando sobre el agua de la jarra.

—¡La echaste en el agua! —exclamó —Salietti espantado, consiguiendo llamar la atención de unos caballeros que caminaban cerca de ellos.

—No se me ocurrió otro lugar mejor —dijo Grimpow bajando de nuevo la voz—. La escritura del carboncillo no la diluye el agua —aclaró.

—Pudiste camuflarla entre la miga del pan —murmuró Salietti.

—Así lo pensé primero, pero luego caí en la cuenta de que su tristeza por la muerte de su padre quizá la hubiese privado del apetito, y que ni siquiera probase la comida —justificó su decisión.

Salietti se quedó pensativo.

—Sí, quizá no haya sido tan disparatada tu idea. La sed es más difícil de adormecer, por muchos que sean nuestros pesares, y si Weienell bebió agua de la jarra, a buen seguro que se encontró con la misiva —reconoció Salietti cuando llegaron al gran patio de los establos, donde unos sirvientes ofrecían un rápido desayuno a los caballeros y sus escuderos.

Cogieron unas piezas de pan y carne asada, y se apartaron a un rincón para degustarlas.

—¿Y qué más averiguaste? —preguntó Salietti, desgarrando un pedazo de carne entre los dientes.

—El inquisidor Búlvar de Góztell está en la fortaleza —dijo Grimpow.

—Lo sé, le vi ayer durante la cena en la sala de armas, sentado a la derecha del barón. Supe que era él por la descripción que me había dado el hermano Rinaldo de Metz, antes de que partiéramos de la abadía. No creo que haya muchos rostros tan siniestros como el de ese fraile dominico.

—También averigüé que Gurielf Lábox murió cuando era interrogado por el inquisidor Búlvar de Góztell. No soportó las torturas del verdugo —añadió Grimpow, sin que le agradase hablar de ese terrible asunto.

—¿Estás seguro de eso? —inquirió Salietti horrorizado.

—Lo saben todos los criados del castillo. Dicen que en los corros de los soldados no se hablaba ayer de otra cosa. Aseguran que los gritos del anciano se oían en toda la torre de la guardia. Luego se hizo el silencio, y al día siguiente sacaron el cadáver y lo enterraron en las mazmorras.

—¡Ese Búlvar de Góztell es un asesino! —soltó Salietti, mordiéndose la lengua para no proclamarlo a gritos ante los caballeros que llenaban el patio de los establos.

—Uno de los criados me contó que él mismo había presenciado la discusión del fraile dominico con su señor Figüeltach de Vokko, porque el inquisidor también quería interrogar a la hija del anciano, acusándola de ser una hechicera, mientras que el barón se oponía rotundamente a ello. Por eso la tiene encerrada en una alcoba cercana a sus aposentos. Todos los que la han visto parecen asombrados por su extraordinaria belleza, y las lenguas maledicientes murmuran que ha hechizado al señor de la fortaleza, valiéndose de la magia negra para adueñarse de su espíritu.

—Esos rumores los habrá propagado el inquisidor Búlvar de Góztell deliberadamente, para intentar debilitar al barón y lograr así que entregue a la dama a sus verdugos —razonó Salietti.

—¿Crees que Gurielf Lábox habrá confesado bajo tormento lo que buscaba en la iglesia de la aldea de Cornill?

—Creo que no; si lo hubiese hecho, el fraile dominico no estaría aquí ahora.

—Pero Gurielf Lábox era portador de una carta con el sello del Papa, ¿cómo podía un inquisidor perseguirlo? —dijo Grimpow para aclarar sus pensamientos.

—Esa carta era falsa —dijo Salietti, mirando al suelo—. Ahora recojamos los caballos y mi armadura.

Grimpow iba a preguntarle a Salietti cómo conocía él ese detalle cuando sonaron las trompetas en las torres, y el retumbar de los tambores anunció a lo lejos que las justas comenzaban.

Los pabellones de los caballeros contendientes se erguían sobre la llanura como grandes setas de colores adornadas con vistosos estandartes y flamantes escudos de armas. Decenas de armaduras destellaban sobre las inquietas cabalgaduras, que no dejaban de relinchar y patalear, en espera de que diera comienzo el torneo. Una bruma transparente flotaba sobre las murallas, del castillo, y en las gradas, el barón Figüeltach de Vokko y el inquisidor Búlvar de Góztell, acompañados por los nobles más influyentes y las damas más distinguidas de Alsacia, presidían los festejos bajo un pabellón cubierto con lujosos terciopelos de color púrpura. Todos comentaban en pequeños corros los prodigios de los que habían sido testigos durante la copiosa cena de la noche anterior, y algunos aseguraban que el rey de Francia había abastecido las arcas del barón con miles de piedras de oro puro. El barón había prometido repartir sus tesoros entre todos los caballeros que se sumaran a su ejército para conquistar los castillos del Círculo de Piedra, y muy pocos querían quedarse al margen de tan sustancioso reparto. Así que toda la llanura bullía de caballeros ansiosos por demostrar sus habilidades con la lanza y la espada en los lances del torneo, y ganarse un puesto de honor junto al barón Figüeltach de Vokko. También estaba en juego la elección de la reina de las justas de primavera de los castillos de Alsacia, y muchos jóvenes deseaban gozar del privilegio de coronar a su amada.

Cuando llegaron al campo de justas, el torneo aún no había empezado. Los heraldos comenzaban a llamar por sus nombres y títulos a los primeros contendientes, y Salietti y su escudero aún debían esperar su turno dentro de la empalizada reservada a los caballeros. Salietti estaba radiante con la armadura que les vendió maese Ailgrup en la ciudad de Úllpens, y a quien Grimpow creyó distinguir entre la multitud que se agolpaba en las gradas. Cientos de sirvientes, criados, aldeanos y campesinos contemplaban el espectáculo desde las inclinadas laderas de las murallas, formando una algarabía festiva y alegre.

La muchedumbre estalló en vítores cuando las trompetas anunciaron la primera justa. Dos jinetes salieron al campo, luciendo sus blasones en las galas que vestían sus caballos y en sus escudos. Llevaban las viseras de los yelmos izadas, y las lanzas de punta roma colocadas en posición vertical sobre las monturas. Se situaron en sus posiciones enfrentadas, bajaron sus viseras y sus

lanzas, y entre un clamor de gritos picaron espuelas y lanzaron sus caballos al galope hasta que se embistieron violentamente en el centro del campo, dividido por una valla de madera de baja altura para evitar que los caballos chocaran en el envite. El impacto fue brutal, y uno de los caballeros consiguió derribar a su adversario en el primer lance del combate, dejándolo tan malherido que hubo de ser retirado del campo con la ayuda de varios escuderos. El caballero ganador se dirigió a la tribuna real y alzó su lanza en señal de triunfo entre el griterío de sus seguidores. Su blasón era un águila duplicada en colores rojo y azul. Luego, con paso lento de su cabalgadura, se retiró del campo de justas y se dirigió hasta su pabellón para aguardar una segunda ronda de combates.

Los caballeros siguieron enfrentándose de dos en dos, sin que rara vez soportaran sobre sus monturas más de un par de envites de sus contrincantes, y las damas ofrecían hermosos pañuelos de seda a los ganadores de cada contienda, que éstos paseaban con orgullo prendidos de las puntas de sus lanzas como si fuesen preciadas reliquias.

Entre la multitud que gritaba en las laderas, Grimpow logró ver al criado Guishval, por el que sentía una especial simpatía desde que ambos lograran hacer llegar hasta la alcoba de la hija de Gurielf Lábox el mensaje de Salietti. Guishval había conseguido un lugar privilegiado en la ladera, frente a la tribuna del barón, situándose a la altura del centro del campo de justas para no perderse el espectacular choque de las lanzas, y aclamaba al vencedor de cada contienda con el entusiasmo de un joven escudero que aguarda ilusionado el triunfo final de su señor. Grimpow le hizo un gesto con la mano y, al verle, Guishval abandonó su puesto como si hubiese recordado de súbito que tenía algo importante que decirles.

Pasó su cuerpo bajo la empalizada que los rodeaba, y cuando llegó junto a ellos, Guishval miró al caballero Salietti con admiración y dijo entre ahogos:

—¿La habéis visto, señor?

Salietti se sobresaltó.

—¿A quién?

—A la dama cautiva. Está allí, junto al barón —dijo señalando hacia la tribuna del campo de justas.

Salietti y Grimpow giraron al mismo tiempo sus cabezas. Entre el barón y el alcaide de la fortaleza estaba sentada una joven dama con el pelo negro recogido en un moño adornado por una diadema, que parecía tener la mirada perdida en el infinito a causa de su tristeza. El barón, sin embargo, parecía encantado de tenerla a su lado, y se esforzaba en animarla comentándole los lances del torneo.

—¿Estás seguro de que es ella? —preguntó Salietti, aún descreído, pues jamás sus ojos se habían posado en un rostro tan hermoso y delicado. También Grimpow recreó su mirada en la joven Weienell, y comprendió por qué todos los caballeros del torneo parecían haber sucumbido ante tanta belleza. Luego miró a Salietti, y vio en su cándida expresión la misma imagen del amor que él

había descubierto en la abadía de Brínkdum, cuando se encontró de súbito frente a la muchacha de los ojos de agua.

—¿Acaso conocéis vos a una dama más bella? Ya os dije que no hallaríais otra igual en toda Alsacia, ni en todo el reino de Francia —dijo orgulloso Guishval.

Salietti se mostraba desconcertado.

—Entonces, si de verdad esa joven es la hija de Gurielf Lábox, estoy seguro de que leyó mi misiva. Por eso le habrá pedido al barón que le permitiera acompañarlo durante la celebración de los torneos. Sabe que el mensaje que encontró en la jarra de agua sólo puede ser de alguien que quiere ayudarla, y el único modo de salir de la alcoba en la que estaba encerrada era mostrándose complaciente con los deseos del barón, a pesar del dolor que siente por la muerte de su padre y la presencia en la tribuna del inquisidor Búlvar de Góztell —dijo.

—Me alegra haberos sido útil una vez más, mi señor —dijo Guishval sonriente.

—Sí, Guishval, no puedes imaginarte cuánto. Hablaremos luego, y recuérdame que te debo otra pepita de oro.

Guishval le dijo a Grimpow que si al terminar el torneo lo deseaba, le llevaría a ver los halcones y los azores del barón. Y ya se marchaba a la ladera cuando un nuevo caballero entró en el campo de justas.

—Guardaos de la espada del jinete que está entrando en la liza —le susurró al oído de Salietti.

Salietti miró hacia la entrada del campo y vio la imponente figura de un caballero ataviado con negras galas de combate, que llevaba pintada sobre su escudo una torre cruzada por el ala de un cuervo, y cuyo yelmo también estaba rematado por la diminuta cabeza de un pajarraco. Su caballo iba enjaezado con un largo faldón negro que le cubría hasta la cabeza y sólo dejaba ver los ojos grandes y negros del animal.

—¿Quién es ese caballero? —preguntó Salietti intrigado.

—Es el temible Váldigor de Róstvol. De él se cuentan historias que dejarían helado al caballero más hábil y atrevido. Ahora es la mano derecha del barón y gran amigo del inquisidor Búlvar de Góztell, quienes no sólo le han ofrecido grandes sumas de oro para que se una a ellos en la guerra contra los castillos del Círculo, sino que han llegado a prometerle la propia fortaleza del duque Gulf como recompensa.

Váldigor de Róstvol derribó a su oponente con la misma facilidad con que se derriba a un espantapájaros, y se paseó por el campo de justas exhibiendo orgulloso su triunfo y las enseñas de su estandarte. Los soldados lo aclamaban, los caballeros le rendían honores, las damas le manifestaban su admiración con disimuladas sonrisas de complicidad, y el propio barón mostró desde la tribuna su satisfacción por el triunfo de su aliado, mientras Salietti se removía nervioso

bajo su armadura, como si estuviese a punto de sufrir un ataque del mal de San Vito de los que tanto afligían a Kense, el criado de la abadía de Brínkdum.

—¿Cuántas justas quedan para que llegue nuestro turno? —le preguntó a Grimpow, justo en el momento en que las trompetas llamaban a los siguientes contendientes.

—Dos justas más y tendrás ocasión de batirte. Tu rival es el caballero que ayer estuvo a punto de aplastarme con su caballo, y el mismo que ocultaba el rostro tras su yelmo.

—Entonces vengaré esa afrenta con el primer golpe de mi lanza —dijo Salietti riendo, sin dejar de mirar a la hermosa dama que languidecía de melancolía en la tribuna del barón, muy cerca del inquisidor Búlvar de Góztell, que la miraba con odio y desconfianza.

Antes de que les llamasen los heraldos, Salietti se subió a su caballo, engalanado con el sol sobre cielo azul y la luna sobre cielo negro en cuadros alternos de su blasón. Luego se colocó el yelmo rematado también por un sol y un ramillete de plumas doradas como el oro, y cuando le pidió a su amigo que le entregara su robusto escudo blasonado y la lanza, Grimpow se sintió orgulloso de ser su escudero.

Grimpow cogió las riendas de la cabalgadura y la condujo hasta la entrada del campo de justas. Los heraldos pronunciaron el nombre del duque de Estaglia, y Salietti miró hacia la tribuna para intentar adivinar en el rostro de Weienell si se sobresaltaba al oírlo. Pero la joven se mantuvo indiferente a las voces de los heraldos y al bullicio, y mantuvo la mirada fija en el campo aún vacío. Las trompetas sonaron, y Salietti y el caballero desconocido tomaron posiciones el uno frente al otro, haciendo relinchar a sus caballos. Ambos picaron espuelas y se embistieron al galope, con la lanza en ristre y la mirada oculta tras las viseras de sus yelmos. Las puntas de sus lanzas impactaron en los escudos con un estruendo de gong, y saltaron hechas astillas por los aires sin que ninguno de los contendientes fuera derribado de su montura. Un grito prolongado se escapó al unísono de las bocas de la multitud, mientras los dos caballeros enfrentados regresaban a sus posiciones de partida. Grimpow le entregó a Salietti una nueva lanza, y entonces vio que el rostro de Weienell cambiaba de color, y que sus ojos se clavaban en el sol y la luna pintados en el escudo de Salietti, como si reconociera su significado y viera en ellos la única luz de su esperanza. Salietti irguió a su caballo hasta que sacudió las patas en el aire y repitió el envite, esta vez con menos fortuna para el caballero desconocido, que recibió tal golpe en la cabeza con la lanza de Salietti, que a punto estuvo de arrancársela de cuajo antes de que su cuerpo diera de bruces sobre la tierra. Grimpow comenzó a dar saltos de alegría, Guishval gritaba entusiasmado desde la ladera, y la hermosa hija de Gurielf Lábox sintió que la sangre volvía a correrle por las venas cuando vio que el caballero que había vencido en esa justa se acercaba a la tribuna, se alzaba la visera del yelmo y le pedía que rodeara la punta de la lanza con su velo.

El caballero vencido aún seguía tendido en el suelo sin que ningún escudero saliera en su ayuda, y Grimpow corrió a auxiliarlo para evitar que el yelmo lo asfixiase. Le ayudó a desprenderse de él, y cuando su rostro quedó al descubierto, Grimpow comprobó, admirado, que era el joven Pobé de Lánforg, el novicio que había huido de la abadía.

—¿Estáis herido? —le preguntó.

Pero Pobé de Lánforg se limitó a mirarle como si viese visiones a causa del golpe que había recibido en la cabeza y, al poco de abrir los ojos, cayó desmayado entre los brazos de Grimpow.

Salietti aún participó en otra justa después del mediodía, de la que también resultó vencedor, a pesar de haber estado a punto de caer de su caballo a causa de un tropiezo del animal en el mismo momento que chocaban brutalmente las lanzas en los escudos. Pero logró mantenerse firme sobre la montura y aseguró su participación en las justas que, al día siguiente, decidirían al único vencedor del torneo.

La reina de los torneos

Después de las justas de la tarde se celebró un banquete en el gran salón de armas de la fortaleza. El barón Figüeltach de Vokko no ocultaba su satisfacción por tener a su lado a la hermosa joven Weienell, y conversaba animadamente con Váldigor de Róstvol y con Búlvar de Góztell sobre la brillantez de las lizas y los preparativos de la guerra, mientras Salietti merodeaba por los alrededores del barón, esperando tener la oportunidad de hablar con la hija de Gurielf Lábox, para decirle que muy pronto la liberaría de su cautiverio.

Grimpow pasó el tiempo con Guishval en los corrales donde las aves de caza del barón dormitaban con la cabeza cubierta por capuchones de cuero, y se quedó admirado ante la majestuosidad de los halcones, las águilas reales y los azores que el padre de Guishval adiestraba. Incluso se sorprendió cuando Guishval se colocó un grueso guante de cuero negro en su mano izquierda y sacó de su jaula a un hermoso halcón peregrino al que le quitó la capucha para que pudiera ver a Grimpow con sus vivaces ojos del color de la miel.

—Éste es mi favorito —dijo Guishval, pasando su mano por las suaves plumas del animal—. Cuando termine el torneo lo dejaremos volar desde la torre —añadió.

El halcón movió el cuello desconfiado, pero también dejó que Grimpow le acariciara la cabeza y el grueso pico, las potentes garras y las alas alargadas y puntiagudas. Grimpow siempre había soñado con poseer un día un ave rapaz como ésa, y se sintió feliz junto a Guishval, a quien ya consideraba como un nuevo amigo. Por primera vez desde hacía mucho tiempo volvía a encontrarse con un muchacho de su edad, alguien que era como era él mismo antes de que encontrara la piedra del caballero muerto en las montañas de Brínkdum: un joven alegre, vivaz, divertido y travieso, que no sabía leer ni escribir, un joven que jamás había visto un manuscrito iluminado ni sabía el nombre de ningún sabio que lo hubiese escrito, pero que sonreía incansablemente por el simple contento de estar vivo. Y Grimpow pensó que también él debía sentirse afortunado porque, de algún modo mágico, sus sueños infantiles de ser

escudero se habían hecho realidad. Ahora era el escudero de su señor Salietti de Estaglia, y ambos participaban en las justas de primavera de los castillos de Alsacia con la intención de ganarlas y elegir a la reina de los torneos; ni siquiera se acordaba de la piedra del caballero muerto en las montañas de Brínkdum, ni de la búsqueda del secreto de los sabios que aún les aguardaba.

Luego Grimpow se entretuvo en el patio de los establos del castillo, ganando apuestas de tiro con arco a otros jóvenes escuderos que veían asombrados cómo acertaba cada vez en el blanco: un pollo desplumado que se balanceaba de un madero como un ahorcado.

—¿Dónde has aprendido a usar el arco de ese modo? —le preguntó un escudero de pelo rubio y abundantes pecas en el rostro.

—Lo aprendí en las montañas, cazando conejos —respondió Grimpow con indiferencia.

—Creo que serías un buen arquero. ¿No has pensado nunca en ingresar como soldado en algún ejército?

—El barón seguro que te acogería entre su más selecto grupo de arqueros —añadió otro de ojos apagados y nariz aguileña.

—Yo soy escudero, no sabría hacer otra cosa —dijo Grimpow, al tiempo que elevaba el arco ante sus ojos. Luego tensó el bordón con las pupilas fijas en el blanco, lo soltó, y la flecha cruzó el aire con un silbido de látigo hasta atravesar la pechuga del pollo que colgaba del árbol.

—Pues si manejaras la lanza y la espada como manejas el arco no tardarías en convertirte en caballero. Yo mismo espero llegar a serlo algún día, con el beneplácito de mi señor —dijo el rubio.

—Lo pensaré —murmuró Grimpow sin convicción, extendiendo la mano para que los escuderos que lo acompañaban le entregaran las monedas que habían apostado, en la ingenua creencia de que Grimpow fallaría un tiro a más de cien pies de distancia.

El de la mirada triste y nariz aguileña intentó imitar la puntería de Grimpow, pero falló su disparo y provocó las carcajadas de sus amigos.

—¿Has oído hablar de la guerra que se avecina? —le preguntó a Grimpow, ajeno a las risas que lo envolvían.

—Supongo que lo mismo que vosotros —dijo Grimpow.

—Yo no me creo esa historia que cuentan sobre el fabuloso tesoro de los caballeros templarios —dijo otro escudero más alto y rubicundo.

A Grimpow se le agrandaron los sentidos al oír esto.

—¿Qué historia es ésa? —preguntó como si no supiese de lo que hablaba, devolviendo su arco a uno de los muchachos y sentándose sobre unas piedras situadas junto a ellos.

—Dicen que unos caballeros de la Orden del Temple encontraron hace mucho tiempo un valioso tesoro en Tierra Santa y lo ocultaron en la fortaleza del duque Gulf de Östemberg —explicó el rubio, y bajó la voz como si temiera que alguien le oyese—. El barón Figüeltach de Vokko desea apoderarse de ese

tesoro, y por eso van a asaltar los castillos del Círculo de Piedra del otro lado de la frontera, tan pronto terminen las justas. Ésa es la razón de que todos estemos aquí, y de que el temible Váldigor de Róstvol, del que las malas lenguas aseguran que era amigo de los templarios, se haya unido al barón.

—¿Y tú cómo puedes saber eso? —gruñó Guishval.

—Se lo he oído decir a mi señor después de las últimas justas de la tarde. También le oí decir que el caballero Váldigor de Róstvol ha jurado por su honor que ganará el torneo, y nombrará reina de los festejos de primavera a la bella dama que el barón tiene cautiva. Todos los caballeros se han enamorado de ella como si fuese la princesa de sus sueños —dijo el escudero entre las risas picaras de sus compañeros.

—¡Váldigor de Róstvol sólo es un bravucón que jamás podrá vencer a mi señor Salietti de Estaglia! —soltó Grimpow.

—Apuesto lo que quieras a que Váldigor de Róstvol derriba a tu señor Salietti en el primer lance del torneo —dijo con arrogancia el rubio, poniéndose en pie para dejar ver que era mucho más alto que Grimpow.

Grimpow iba a responder a ese reto, pero el escudero se acercó a él y le dio un empujón en el pecho que le hizo caer de espaldas sobre una boñiga de caballo.

—Con el arco serás muy valiente, pero con los puños no eres más que un cobarde —dijo el escudero, lanzando al aire un escupitajo de desprecio.

Los puños de Grimpow se crisparon, e impulsado por la ira se incorporó y se abalanzó sobre el muchacho rubio, aferrándose ambos en un violento abrazo que acabó haciéndolos rodar por el suelo. Los demás muchachos hicieron corro en torno a los luchadores entre gritos y risas, mientras Guishval se afanaba por sacar a Grimpow de ese atolladero. Pero en ese instante pasó ante ellos un joven caballero que, al ver la disputa de los escuderos, decidió zanjarla antes de que la sangre aflorara en sus rostros.

—¡Pobé! —gritó Grimpow al ver al joven caballero que acababa de quitarle de encima a su enemigo.

Pobé de Lánforg, el novicio que escapó de la abadía de Brínkdum, se quedó helado al oír su nombre. Y al ver la cara del muchacho que le tendía una mano para que le ayudase a levantarse del suelo, exclamó:

—¡Grimpow! ¡Eres tú!

Grimpow asintió, tan mudo de asombro como el joven caballero.

—¿Qué hacías ahí, enzarzado en trifulcas de plebeyos? — le preguntó Pobé de Lánforg, aún descreído ante su encuentro.

—Sólo estábamos divirtiéndonos —respondió Grimpow, mirando de reojo a Guishval y a los demás muchachos que, atemorizados ante la presencia del caballero, se apartaron a un lado sin decir palabra.

—Creía que te había visto en el campo de justas, después de ser derribado de mi cabalgadura en la liza, pero cuando desperté en un pabellón del campo junto a un médico que quería practicarme una sangría, pensé que todo había

sido una alucinación mía a causa del fuerte golpe que recibí en la cabeza —dijo Pobé riendo.

—Pues ya veis, soy yo mismo en carne y hueso —añadió Grimpow riendo también.

El antes novicio y ahora caballero Pobé de Lánforg se apartó un paso para mirar a Grimpow de arriba abajo.

—¡Pero cómo es posible! Ni siquiera viéndote frente a mí puedo creerlo. ¡Jamás podría haber imaginado que volveríamos a encontrarnos!

—El destino no quiso que emprendiéramos juntos el mismo camino, pero ha sido benévolo al permitir que nuestras vidas se cruzaran de nuevo.

—Ven, acompáñame, y cuéntame qué ocurrió en Brínkdum cuando el abad y el hermano Rinaldo de Metz descubrieron que el rebelde novicio Pobé de Lánforg había huido de la abadía —dijo, echándole su brazo sobre los hombros.

Grimpow comenzó a caminar junto al joven caballero Pobé de Lánforg y le contó animadamente lo ocurrido.

—Muchos monjes y novicios de la abadía, incluido el hermano Brasgdo, el cocinero, llegaron a temer que os hubiera asesinado el fantasma del caballero que vagaba por las montañas, pero el abad y el hermano Rinaldo sospecharon enseguida que habíais huido, llevándoos el caballo que faltaba en las cuadras. Cuando le expliqué al monje cocinero vuestros deseos de servir a la orden de la caballería y entregaros a los gozos del amor, puso el grito en el cielo, asegurando que erais un bastardo —dijo Grimpow riendo a carcajadas—. Luego el hermano Brasgdo me habló de la severidad de vuestro padre el conde de Lánforg, y me aseguró que no tardaríais en regresar a la abadía, molido a palos por vuestra rebeldía.

—Mi padre me perdonó al fin mis fechorías de joven alocado, aunque se negó a que le acompañase, a él y a mis hermanos, a estos torneos de los castillos de Alsacia, desde donde partirán junto al barón Figüeltach de Vokko para asaltar la fortaleza del duque Gulf en la que se esconden los templarios. Pero con la complicidad de un sirviente de mi madre que siempre me tuvo especial estima, conseguí cargar una vieja armadura en uno de los carros y llegar escondido hasta aquí en un carruaje de su cortejo. Por eso no quería que nadie conociese mi identidad, hasta poder demostrar a mi familia que podía combatir en las justas como cualquier caballero. Mi padre, que estaba sentado en la tribuna cerca del barón, descubrió mi ardid una vez que fui derribado en el torneo, pero ahora se muestra tan orgulloso de mí como del resto de mis hermanos —relató.

—Entonces, ¿vos también vais a participar en la guerra? —preguntó Grimpow.

—Sí, al fin podré realizar mis sueños de caballero, blandiendo mi espada en las batallas —proclamó con aires de trovador, al tiempo que se llevaba la mano a la empuñadura de la espada que le colgaba del cinto—. Pero ¿y tú? Aún no me has contado cómo es que estás en esta fortaleza.

Durante su largo paseo por distintos patios y corredores del castillo débilmente iluminados por antorchas, Grimpow le contó al joven caballero Pobé de Lánforg cómo conoció a su señor Salietti de Estaglia.

—Mi señor Salietti tenía intenciones de participar en las justas de primavera de los castillos de Alsacia, para visitar luego al obispo de la ciudad de Estrasburgo y reunirse más tarde con el ejército del barón para combatir también en la guerra, así que decidí partir con él —mintió con desgana.

—Entonces podremos seguir viéndonos, y si alguna vez tienes deseos de servir a otro caballero, no te olvides de que ardo en deseos de que seas mi escudero —dijo Pobé de Lánforg, animoso.

—Lo tendré en cuenta —respondió simplemente Grimpow, apenado al pronto por los gratos recuerdos de su estancia con los monjes de la abadía.

Llegaron cerca del portón de entrada a la torre del homenaje, en cuyo gran salón de armas se celebraba el banquete de los nobles, y el caballero Pobé hizo ademán de despedirse. Pero recordó algo, y dijo:

—¡Ah! ¿Recuerdas al inquisidor Búlvar de Góztell, el fraile dominico que llegó a la abadía persiguiendo al caballero templario que degolló al abad de Brínkdum?

—Sí, me ha parecido verle sentado en la tribuna junto al barón durante las justas —murmuró Grimpow con un hilo de voz.

—He tenido la oportunidad de saludarle, y al decirle que yo había sido novicio en la abadía de Brínkdum se mostró muy complacido de conocerme, y no cesó de hacerme preguntas sobre los monjes y sus costumbres, sobre todo del hermano bibliotecario Rinaldo de Metz, del que llegó a decirme que es un maldito hereje al que un día quemará en la hoguera, si es que sus muchos años no lo matan antes.

—¡Ésa es una injuria que el hermano Rinaldo de Metz no merece! —protestó Grimpow.

El joven caballero Pobé de Lánforg se sintió turbado ante el ímpetu de las palabras de Grimpow.

—Nunca comprendí el motivo de tus simpatías por ese viejo monje. De todos modos, le diré al fraile dominico que tú también estás aquí, estoy seguro de que le interesará hablar contigo —dijo.

Grimpow titubeó al oír las intenciones del joven caballero Pobé de Lánforg.

—Mejor que no lo hagáis. Yo también huí de la abadía sin permiso de los monjes, y no quisiera que el inquisidor me obligase a volver a Brínkdum de nuevo —se justificó.

—Tienes razón. Seguramente te ordenaría que regresaras de inmediato con los monjes, para tenerte allí de espía —dijo Pobé de Lánforg riendo—. Ahora tengo que marcharme, confío en que volvamos a vernos pronto.

Y girándose sobre sus talones, el caballero Pobé de Lánforg se dirigió a la entrada de la torre, donde, entre risas y cuchicheos, dos jóvenes damas, tan

bellas como las sirenas que Grimpow había visto en un libro prohibido de la abadía de Brínkdum, le aguardaban.

Mientras, en el gran salón de armas de la fortaleza, un grupo de juglares tocados con refinados sombreros de largas plumas interpretaba suaves romanzas con sus laúdes, vihuelas, címbalos y flautas, y los nobles y damas danzaban ante ellos con gran regocijo de todos los caballeros.

Salietti no dejó de merodear discretamente en torno a la hermosa Weienell y al barón Figüeltach de Vokko durante toda la noche, hasta que aprovechó una ocasión en que la hija del asesinado Gurielf Lábox se quedó sola y la abordó sin tapujos.

—Hay magia en las estrellas —dijo extendiéndole su mano con una leve reverencia, como signo inequívoco de que debía concederle el siguiente baile.

—Y hechizo en las noches de luna llena —respondió la joven Weienell, ruborizada y sorprendida ante la súbita presencia del caballero desconocido, pensando que se trataba, sin duda alguna, del mismo que le había hecho llegar a su alcoba un mensaje oculto en una jarra de agua.

La joven tenía el cabello recogido en la nuca, y de la frente se le escapaban unos mechones que contrastaban con la ternura de su mirada. Tenía los ojos pigmentados con el verdor de las esmeraldas y unos labios finos que prometían desvelar a quien los besara el delicado sabor de las cerezas. Su voz era cálida como un soplo de brisa, y su orgullo parecía sólido como una fortaleza. Y desde ese mágico instante Salietti soñó con besos de trovador, mariposas de colores, guiños de luna y destellos de luciérnagas.

—Mañana mismo os liberaré de vuestro cautiverio —murmuró en voz baja, mientras ambos dejaban llevar sus cuerpos por el ritmo cadencioso de la melodía, como si representaran el sutil cortejo amoroso de los faisanes.

—¿Quién sois? —preguntó la joven, dejando abiertos sus labios con una amable sonrisa que intentaba disimular su aturdimiento.

—Consideradme un buen amigo, que ha sufrido tanto como vos la muerte de vuestro padre —dijo Salietti emocionado, sintiendo el delicado tacto de la piel de Weienell en su mano.

—¿Cómo os llamáis?

—Me llamo Salietti de Estaglia.

Los ojos de la joven se humedecieron por las lágrimas, y destellaron como si en ellos brillasen todas las estrellas del firmamento.

—Contened vuestro llanto, os lo suplico —le rogó Salietti—. Nadie debe sospechar que deseo ayudaros.

—¿Cómo pensáis hacerlo? El barón no se aparta de mi lado ni un instante, y por las noches uno de sus soldados custodia la puerta de mi alcoba como si guardara un tesoro.

—No debéis sorprenderos por eso. Vos sois la más preciada joya que un caballero pueda soñar —dijo Salietti sonriendo, incapaz de disimular el amor que comenzaba a sentir por la joven.

—Prefiero morir mil veces antes que seguir cautiva en esta fortaleza —masculló Weienell bajando el tono de su voz, al darse cuenta de que el barón Figüeltach de Vokko y el inquisidor Búlvar de Góztell les observaban.

—Limitaos a fingir que no os desagrada la compañía del barón, y rogadle vos misma que os permita mañana acompañarle a las justas y a las celebraciones. Yo me ocuparé del resto —concluyó Salietti, muy seguro de sí.

—Guardad cuidado, quienquiera que seáis —le susurró Weienell al oído, acentuando con una leve genuflexión el final de la música.

Salietti se apresuró a retirarse, pero, antes de que se apartara del lado de la joven, el barón Figüeltach de Vokko y el inquisidor Búlvar de Góztell ya estaban junto a ellos.

—Permitidme que os presente al legado del Papa e inquisidor de Lyon, Búlvar de Góztell, que nos honra con su presencia en los torneos —dijo Figüeltach de Vokko.

Salietti inclinó el cuerpo en señal de respeto, y el fraile dominico le ofreció el lujoso anillo que adornaba su mano para que lo besara.

—El barón me ha hablado maravillas de vos, y me ha dicho que también pensáis uniros a nuestro ejército en la santa cruzada contra los templarios rebeldes que se esconden como ratas en los castillos del Círculo —dijo con voz grave.

—También yo he oído contar vuestras hazañas como inquisidor, y me alegra saber que sois implacable contra las herejías que recorren el mundo —mintió con descaro Salietti, sintiendo el peso de la mirada de Weienell sobre la suya—. Y ahora, si me disculpan, voy a retirarme a mis aposentos, mañana me aguardan duros combates y no quiero dejar de tener la oportunidad de elegir a la reina del torneo —añadió, y se dispuso a marcharse.

—¡Aguardad un instante! —dijo el barón, cogiéndolo cordialmente de un brazo y apartándolo a un lado.

—¿Vos me diréis? —preguntó Salietti, con el alma partida en dos al ver que Weienell se quedaba a solas con el inquisidor.

—¿Le habéis hablado de mí a la dama? —preguntó Figüeltach de Vokko.

—No os quepa duda, barón. Le he aconsejado que se muestre amable y dócil con quien es ahora su único protector —dijo Salietti.

—¿Creéis de veras que me amará, como auguraron vuestras prodigiosas cartas? —insistió el noble.

—Dadle tiempo, su corazón está aún roto por la muerte de su padre, pero pronto se repondrá de su tristeza y descubrirá ante ella al gran amor de su vida. No dudéis en distraerla, y procurad que asista mañana a las últimas justas. Ello le ayudará a salir de su letargo —discursó Salietti, consciente del doble juego de sus palabras.

El inquisidor Búlvar de Góztell no llegó a conocer la conversación del barón con Salietti, pero tampoco estaba convencido de que aquel caballero italiano fuese realmente quien decía.

A la mañana siguiente aún fue mayor el número de espectadores que llegaron a la fortaleza, deseosos de presenciar los torneos. Era domingo, y las gentes de todas las aldeas cercanas habían abandonado sus rutinas y trabajos para acudir en tropel a presenciar el espectáculo, ocupando cualquier lugar libre desde el que fuese visible el campo de justas. Las gradas y las laderas de las murallas estaban atestadas de hombres, mujeres, niños y ancianos, y entre la multitud deambulaba una cohorte de equilibristas, saltimbanquis, titiriteros, comediantes, bufones y juglares, que hacían las delicias de nobles y villanos. Los más comían y bebían, reían o cantaban a coro, mientras algunos lisiados y vagabundos pedían limosna y eran expulsados de allí por los soldados. En cada liza, la victoria del caballero más fuerte o astuto era celebrada con vítores y aplausos, mientras el derrotado abandonaba el campo por sus propios pies o sobre parihuelas, entre insultos, gritos y largos silbidos. Salietti había salido airoso de las eliminatorias y se había granjeado las simpatías de muchos asistentes por su habilidad con el caballo y la lanza, pero nadie como el caballero Váldigor de Róstvol había provocado el "delirio de la multitud. Ambos fueron proclamados por los heraldos los mejores caballeros de las justas, y al fin llegó el esperado momento de la última liza, de la que saldría el único vencedor del torneo.

El caballo de Salietti se había agotado en los feroces envites de las lizas anteriores, y en el último momento decidieron sustituirlo por Astro, el caballo blanco de Grimpow, al que engalanaban con los faldones blasonados del duque de Estaglia cuando los heraldos anunciaron con grandes voces que en breves momentos tendría lugar la última justa del torneo.

—¿Crees que Búlvar de Góztell podrá reconocer al caballo que él mismo llevó hasta la abadía de Brínkdum cuando perseguía a su jinete? —preguntó Grimpow, preocupado.

—Con las galas que le cubren hasta la cabeza ni tú mismo podrías reconocerlo —contestó Salietti, cuyo pensamiento parecía perdido entre nebulosas preocupaciones. No sólo pensaba en vencer a Váldigor de Róstvol y ganar el torneo, sino, sobre todo, en liberar a Weienell de una vez y para siempre de las sucias garras del barón. Pero no le dijo nada a Grimpow para no inquietarlo también a él.

—No he podido hablarte antes de ello, pero anoche me encontré con el caballero que tú venciste en tu primera justa, ese cuya identidad nadie conocía y que ocultaba su rostro bajo el yelmo. Se llama Pobé de Lánforg, hijo del duque de Lánforg, y era novicio en la abadía de Brínkdum, de donde escapó pocas semanas antes de que tú llegaras —explicó.

Salietti cogió la montura de su caballo y la colocó sobre Astro.

—¿Y qué ocurre con ese novicio, caballero, o lo que quiera que sea? —preguntó, impaciente por conocer lo que Grimpow deseaba decirle.

—Pues que estaba en la abadía cuando el inquisidor Búlvar de Góztell llegó persiguiendo al caballero muerto en las montañas y asesinó al abad de Brínkdum —dijo en voz baja—. Al verlo en la fortaleza, Pobé de Lánforg se presentó a él, y durante su conversación el fraile dominico no cesó de hacerle preguntas sobre los monjes, especialmente sobre el hermano Rinaldo, y a estas horas es posible que también le haya dicho al inquisidor que yo estuve con él en la abadía, estudiando con el viejo monje bibliotecario.

—¿Por qué piensas en eso ahora? —dijo Salietti, sin darle importancia a los temores de Grimpow.

—Porque acabo de ver a Pobé de Lánforg hablando con el inquisidor de Lyon en la tribuna, y ambos miraban hacia nosotros como dos linces pueden mirar a su presa.

Salietti giró la cabeza hacia la tribuna y vio a un joven caballero que conversaba con el legado del Papa.

—Ahora no podemos hacer nada —dijo sin manifestar sus temores.

Salietti pensó que si el fraile dominico podía sospechar de ellos, ahora no sólo tendría que encontrar la forma de liberar a Weienell de las garras del barón Figüeltach de Vokko, sino que además tendría que buscar el modo de librarse ellos mismos de los hierros candentes del inquisidor Búlvar de Góztell. Y por más vueltas que le daba a la cabeza, no sabía cómo iba a lograr esa hazaña.

—Deseo que seas el ganador del torneo, pase lo que pase después —dijo Grimpow emocionado.

—Pondré todo mi empeño en conseguirlo, mi querido amigo. Lo haré por ti y por Weienell, aunque sea lo último que haga en esta vida. Ahora ayúdame a montar a Astro, y cumple con tus obligaciones de escudero —le ordenó, removiéndole el pelo con su mano de acero.

Un heraldo del barón convocó a los dos últimos contendientes del torneo, pronunciando con pompa sus nombres y títulos de nobleza, y los dos caballeros entraron triunfalmente en la liza entre un clamor de trompetas y redobles de tambores. La gente gritaba emocionada, acompañando con aplausos el lento paso de las cabalgaduras mientras daban una vuelta de honor al campo de justas para rendir sus lanzas ante el barón Figüeltach de Vokko. Y la joven Weienell a duras penas pudo contener las lágrimas al ver detenerse ante la tribuna al caballero que le había prometido liberarla de su cautiverio, pues en lo más hondo de su corazón intuía que algo la unía a él desde su infancia, aunque su memoria no alcanzase a recordarlo.

Cuando los caballeros se situaron frente a frente cesó el estrépito y se hizo un silencio tan profundo que podía oírse la respiración agitada de los caballos entre el golpeteo metálico de las armaduras. Los animales bufaban y se removían inquietos, clavando sus patas en la tierra bajo nubecillas de polvo,

mientras aguardaban a que su jinete picara espuelas para lanzarse a galope tendido contra su oponente.

El caballero Salietti de Estaglia tiró de las riendas de su cabalgadura, la hizo alzarse sobre sus patas traseras y, tras un largo relincho de Astro puesto en pie, lo espoleó con fuerza hasta lanzarlo desbocado contra su rival, que desde su posición también partió enfurecido a su encuentro. Los ojos de todos estaban puestos en el centro del campo de justas, esperando que se produjese el brutal impacto de las lanzas en las defensas de los caballeros. Váldigor de Róstvol mantenía su lanza firme frente a su objetivo, y cuando golpeó el escudo de Salietti la lanza se partió en dos con el estruendo de un árbol abatido por un rayo. Grimpow, Weienell y Guishval cerraron los ojos desde sus respectivas posiciones, temiendo que Salietti hubiese sido derribado. Sin embargo, no pareció afectado por el golpe. Seguía erguido sobre su caballo, con su lanza intacta y amenazante.

Los dos caballos continuaron veloces hasta el final del campo de justas y volvieron grupas al instante. El escudero de Váldigor de Róstvol le entregó una nueva lanza, y éste la enristró al tiempo que espoleaba con saña a su caballo. De nuevo los caballeros se enfrentaron con brutalidad, pero esta vez Salietti acertó en el envite y consiguió derribar limpiamente a Váldigor de Róstvol, que al caer de su montura produjo el estrépito de cien cacerolas destrozadas.

Hubo un instante de bullicio alocado en la multitud, y Grimpow gritaba y daba saltos de contento, pero al ver que Váldigor de Róstvol, aun magullado y maltrecho, se incorporaba y desenvainaba con furia su espada, la expectación creada acalló las bocas de los que gritaban y los sumió de nuevo en un estado de hondo silencio. Salietti bajó de su caballo, enarboló su espada y acometió a Váldigor de Róstvol con intensos golpes de su brazo, mientras éste respondía al ataque con la rabia de un animal herido. La pelea sobre el campo fue larga y encarnizada, sin ninguna concesión al desmayo ni a la tregua, a pesar de que ambos caballeros parecían agotados y heridos por los cortes de las espadas. Ambos se afanaban por infligir al otro un golpe decisivo, aunque no mortal, que era contestado con inusitado brío por el contrario. Hasta que Salietti hizo girar en el aire a su espada Atenea y arremetió con tal fuerza contra Váldigor de Róstvol que la espada de éste se partió en dos, y su cuerpo se derrumbó sobre la tierra como una marioneta a la que le cortan los hilos invisibles que la sostienen.

Los nobles y villanos que abarrotaban el campo de justas también se quedaron abatidos por la derrota de su héroe. Nadie se atrevía a decir nada, y sólo Grimpow daba brincos y gritos de contento. Saltó la valla de madera que cercaba el campo de justas y corrió hasta el lugar en que su caballo Astro olisqueaba tranquilo la tierra del campo. Lo acarició y le dijo algo en voz baja que nadie más oyó. Luego le entregó las riendas a Salietti, y vio los hilos de sangre que corrían por sus manos.

—¿Estáis herido? —preguntó, asumiendo su condición de escudero.

—No es nada, muchacho, no es nada —dijo Salietti, agotado.

Salietti envainó su espada y se acercó a la tribuna presidida por el barón Figüeltach de Vokko y el inquisidor y legado del Papa Búlvar de Góztell.

El silencio y la expectación volvieron a apoderarse del campo de justas, en espera de la elección de la reina de los torneos de primavera de los castillos de Alsacia. Cada año, la reina de los torneos era agasajada como una verdadera diosa durante varios días de festejos, y su elección era tan esperada como las cosechas de trigo en tiempos de hambruna.

—¡Como ganador del torneo, a vos, caballero Salietti de Estaglia, os corresponde el honor de elegir a la que será nuestra reina de los festejos de primavera! —proclamó con solemnidad el barón.

Las trompetas sonaron, la multitud gritó de júbilo durante un buen rato, pero al redoblar los tambores volvió a dominar un profundo silencio.

—¡Podéis decir el nombre de la dama de vuestra elección y traerla a la tribuna para ser coronada reina! —gritó el barón, sosteniendo entre sus manos una corona de oro repleta de piedras preciosas.

—Mi señor, la dama de mi elección no puede ser otra que aquella cuya belleza ha deslumbrado a todos los caballeros que han participado en las justas y a vos mismo. Al elegirla a ella, creo hacerme eco del sentir de todos los presentes, y espero que sea también un orgullo para vos oír su delicioso nombre, que no es otro que ¡Weienell! —gritó Salietti mirando a la multitud que lo envolvía, y que al oír el nombre de la elegida lo coreó a grandes voces sin dejar de repetirlo.

Grimpow sonrió para sus adentros al comprobar las dotes de embaucador de las que hacía gala Salietti, cuyo aspecto era ahora como el de un faisán que muestra orgulloso el mejor colorido de su plumaje. Tan sensatas fueron las palabras de su amigo, que el propio Figüeltach de Vokko se sintió halagado por la elección, pues pensaba que el caballero y adivino italiano había nombrado a su amada reina de los festejos de primavera para animarla a quedarse en la fortaleza. Pero la joven Weienell parecía tan aturdida como emocionada.

—¡Subid entonces a esta tribuna y colocadle vos mismo esta corona real! —dijo satisfecho el barón.

Salietti se desprendió del yelmo, le devolvió a Grimpow las riendas de Astro y se dirigió a la tribuna, aclamado por la multitud. Pero cuando el barón iba a entregarle la corona, el inquisidor Búlvar de Góztell gritó:

—¡Quizá el caballero Salietti de Estaglia deba explicarnos antes de dónde ha sacado esa cabalgadura!

El campo de justas volvió a enmudecer, y todos miraron al caballo que el fraile dominico señalaba con la mano extendida. Grimpow se acercó a Astro y lo acarició para tranquilizarlo, como si el propio animal reconociese la voz temible del inquisidor.

—¿Qué insinuáis? —preguntó el barón, que no comprendía adonde quería llegar el fraile dominico con sus exigencias.

—Lo comprobaréis vos mismo si alguno de vuestros soldados retira las galas de ese caballo —dijo arrogante Búlvar de Góztell.

Salietti intentó tranquilizar a Grimpow y a Weienell con la mirada, mientras un soldado se acercaba a Astro y, a pesar de las protestas de Grimpow, le arrancaba los faldones blasonados que cubrían el cuerpo del animal.

La multitud comenzó a impacientarse, pues no entendía nada de lo que ocurría, cuando el inquisidor Búlvar de Góztell contempló las marcas a fuego del caballo y volvió a hablar.

—¡Ahí tenéis la prueba! ¡Salietti de Estaglia es...! —Pero antes de que el inquisidor terminara la frase, el silbido de una flecha lanzada desde algún lugar oculto cruzó el aire como un rayo invisible y fue a clavarse en el pecho del barón Figüeltach de Vokko.

La muchedumbre se quedó paralizada, como si la flecha que nadie había visto lanzar y que había herido de muerte al barón los hubiese adormecido también a ellos, o los hubiese intimidado al punto de temer que un nuevo dardo se les clavase en el pecho o entre los ojos si se movían. Los caballeros empuñaron sus espadas, pero ninguno se atrevió a desenvainarla por temor a ser blanco de los arqueros escondidos en algún lugar de las torres o de las murallas de la fortaleza.

Salietti no sabía de dónde había salido la flecha que hirió de muerte a Figüeltach de Vokko, pero aprovechó el momento de desconcierto para sacar el puñal que ocultaba bajo su armadura, y con un rápido movimiento de la mano puso su afilada hoja bajo el cuello del legado del Papa. Con un silbido llamó a su caballo, y luego ordenó a uno de los soldados que acercara a la tribuna el caballo del barón.

—¿Sabes montar? —le preguntó a Weienell.

En lugar de contestarle, la joven se rasgó el vestido y saltó desde la tribuna a la montura.

Grimpow tardó en comprender lo que ocurría, pero al ver a Weienell montada en el caballo del barón dio un salto acrobático sobre Astro y se dispuso a huir tan pronto Salietti se lo ordenara.

Con el cuerpo del inquisidor Búlvar de Góztell como escudo, Salietti bajó de la tribuna y le ordenó que subiera al caballo. Luego advirtió a los caballeros y a la multitud que cualquiera que se moviese podría ser blanco de las flechas y, acto seguido, subió a la grupa de su caballo, cogió las riendas y, manteniendo al legado del Papa ante sí, gritó:

—¡Si alguien nos sigue, le cortaré el cuello a este cerdo!

Al fin, la verdad

Huyeron del campo de justas a galope tendido, preguntándose en silencio quién habría disparado la flecha que hirió de muerte al barón. Y cuando cruzaban un río de aguas profundas cercano a la fortaleza, Salietti detuvo su caballo y lo acercó al borde del puente de piedra. Grimpow y Weienell se situaron a su lado, adivinando las intenciones de su amigo.

—¿Qué pensáis hacer? —balbució tembloroso el inquisidor Búlvar de Góztell, cuyo rostro se había contraído de miedo.

—¡Espero que sepáis nadar! —respondió Salietti, y de un empujón lanzó al fraile dominico al río, como si se hubiera deshecho de un saco de escoria.

—¡Vayámonos, antes de que nos den alcance los soldados del barón! —dijo Grimpow, mientras el legado del Papa se debatía en el agua, dando zarpazos al aire para evitar que se lo tragara la corriente.

Volvieron grupas, espolearon sus caballos y cabalgaron veloces por la orilla del río para no dejar rastro alguno de su huida.

Cuando los tres jinetes llegaron a las cercanías de la ciudad de Estrasburgo, ya había comenzado a anochecer. Un crepúsculo de cielos rojizos ardía en el horizonte y una bruma grisácea flotaba sobre el Rin como el vapor de un caldo espeso. En un recodo del río se detuvieron y bajaron de sus caballos. Weienell se sentó sobre la hierba húmeda de la orilla sin decir nada, cubrió su rostro con ambas manos y lloró desconsolada la muerte de su padre.

Salietti se acercó a ella, la tomó de la mano para que se pusiera en pie y la abrazó con ternura.

—Tu padre fue un gran amigo del mío, y ambos han perdido la vida por buscar la sabiduría —le susurró al oído—. Cuando tú apenas eras una niña, yo viví algunos años en la casa de tus padres en París, y solía soportar con resignación tus travesuras mientras estudiaba en el desván. Aún recuerdo aquella casa repleta de viejos libros, y las noches que tu padre y yo pasamos mirando el cielo estrellado del barrio de los escribanos de París. Tú eras demasiado pequeña para poder acordarte, pero tu padre solía decirme entonces

que había magia en las estrellas, y hechizo en las noches de luna llena, y que si las contemplaba, encontraría en ellas mis sueños.

Weienell se pasó la manga de su vestido por los ojos y miró a Salietti.

—A mí también solía decirme esas mismas palabras cada noche, al acostarme —dijo con una leve sonrisa que volvió a iluminar su mirada—. Por eso, cuando encontré el mensaje dentro de la jarra de agua, supe que alguien muy cercano a él quería ayudarme. Hasta llegué a pensar que el mensaje lo había escrito él mismo, y que aún estaba vivo. Pero nunca habría podido imaginar que serías tú, aquel joven que jugaba conmigo en mi infancia y cuyo nombre había olvidado completamente, quien me liberaría del barón y de ese inquisidor asesino —dijo entre sollozos, abrazándose de nuevo a Salietti.

Grimpow también sintió que unas lágrimas le resbalaban por las mejillas.

—Alguien tendrá que acabar explicándome todo este embrollo —dijo, dejando escapar un suspiro.

—Ya te advertí que era una larga y complicada historia, Grimpow —dijo Salietti—. Pero sentémonos sobre esas rocas, supongo que Weienell y tú arderéis en deseos de conocerla, y mejor será que os la cuente sin demora, antes de que anochezca.

Se sentaron a orillas del río, bajo unos olmos altísimos y sobre unas rocas cubiertas de musgo, en espera de que el negro manto de la noche los cubriera al entrar en la ciudad de Estrasburgo.

—Mi padre se llamaba como mi abuelo, Iacopo de Estaglia —comenzó a decir Salietti ante la mirada expectante de Weienell y de Grimpow—. Mi abuelo siempre deseó que mi padre fuese un intrépido caballero, digno de heredar su arruinado ducado del Piamonte, para devolverle el esplendor que los Estaglia habían gozado en otros tiempos. Sin embargo, mi padre sintió desde niño una intensa vocación por el estudio, y muy pronto destacó por sus conocimientos en todas las áreas del saber, desde la aritmética hasta la filosofía, la física o la astronomía; y al cumplir los quince años se marchó a Padua, muy a pesar de las protestas de mi abuelo, para estudiar en su recién fundada universidad, que, apartada de las influencias del Papa, gozaba de gran libertad académica. Allí conoció a un monje, también nacido en el Piamonte, llamado Uberto de Alessandria, de cuya amistad con mi padre ya te hablé en la taberna de la ciudad de Úllpens —dijo mirando a Grimpow—. Convertido en discípulo del sabio monje, ambos viajaron incansablemente, hasta que mi padre se instaló en París y conoció a la que luego sería mi madre. Lo cierto es que al poco nací yo, y me pusieron por nombre Salietti, trasladándonos a vivir a Lyon, en cuya universidad mi padre impartía clases de filosofía, y, con frecuencia, acompañado por mí, visitaba al monje Uberto de Alessandria en la abadía de Brínkdum, donde éste se había refugiado para huir de la Inquisición. —Y Grimpow recordó que también algo de esto le había contado ya Salietti, cuando hablaron de las sospechas que Grimpow tenía de que el monje ciego y centenario hubiese sido un poseedor de la piedra—. Mi padre también quiso

hacer de mí un joven sabio, y tiempo más tarde, cuando cumplí los dieciséis años, me envió de nuevo a París como discípulo de un estudioso del cosmos llamado Gurielf Lábox, a cuyo cargo me dejó —dijo Salietti mirando a Weienell con una sonrisa—. Pero viendo mi padre que por mis venas corría la sangre de los verdaderos Estaglia, al cumplir los dieciocho años decidió mandarme a vivir con mi abuelo, para que él se ocupase de instruirme como a un caballero apasionado por las armas, al tiempo que proseguía mis estudios en la cercana ciudad de Padua, donde continué viviendo hasta que tras la muerte de mi abuelo heredé su ducado por renuncia de mi padre.

Llegados a este punto, Salietti hizo un inciso y dijo: —Os he contado todo esto porque sólo así podréis comprender lo que a continuación me dispongo a relataros, y que es lo que realmente importa.

»A finales del pasado invierno —prosiguió Salietti—, estando yo en mi palacete del ducado de Estaglia en el Piamonte italiano, recibí un extraño mensaje sin ninguna marca ni sello en el lacre que lo cerraba. Lo abrí con verdadera curiosidad, temiendo que se tratara de alguna broma de mis amigos de Padua, y comprobé con estupor que se trataba de una misiva del hermano bibliotecario de la abadía de Brínkdum, llamado Rinaldo de Metz, quien decía escribirme por encargo del hermano Uberto de Alessandria, ante la imposibilidad de hacerlo éste de su propio puño y letra, por encontrarse ciego y postrado en su cama desde hacía más de veinte años, como yo sabía. En su misiva, el hermano Rinaldo de Metz me comunicaba el fallecimiento de mi padre en las montañas cercanas a la abadía...

—¿Tu padre era el caballero que yo encontré muerto en las montañas? —preguntó Grimpow admirado.

—Así es, Grimpow —aceptó Salietti con pesar—, lamento no habértelo dicho antes, pero ahora entenderás por qué me vi obligado a mentirte.

—¡Entonces tu padre era el poseedor de la piedra! —exclamó Grimpow, a punto de sufrir un desmayo.

Y al oír la palabra «piedra», Weienell puso cara de no entender de lo que hablaban, a pesar de que había comprendido todo cuanto Salietti les había relatado.

—¿De qué piedra habláis? ¿Qué tiene que ver esa piedra con tu padre y con el mío? —preguntó, deseosa de conocer algo de lo que su padre nunca le había hablado.

—Lo entenderéis todo si dejáis que continúe —dijo Salietti, intentando poner un poco de orden en el revuelo que sus palabras habían causado.

—De acuerdo, prosigue con tu historia —aceptó Grimpow, a la vez que sacaba la piedra de la bolsa de lino que le colgaba del cuello y se la ofrecía a Weienell, que la tomó en su mano con la delicadeza de quien recibe a su cuidado una joya preciosa y delicada.

—Como os decía, en esa misiva el hermano Rinaldo de Metz me comunicaba la muerte de mi padre, y me urgía a trasladarme sin tardanza a la

abadía de Brínkdum, aprovechando el deshielo de las montañas, para ocuparme de un asunto de trascendental importancia. Yo sabía que en primavera se celebraban en la fortaleza del barón Figüeltach de Vokko los torneos de los castillos de Alsacia, y puesto que me iba a dirigir hacia el norte, cargué mi armadura en una mula con el propósito de aprovechar mi viaje para buscar fama y fortuna en esas tierras, ensillé mi caballo y emprendí rápidamente el camino hacia la abadía. Después de una semana de viaje por las afiladas cimas de los Alpes, llegué a Brínkdum y te encontré a ti en el camino de la abadía, ansioso por convertirte en escudero de algún caballero andante...

Grimpow volvió a interrumpirlo.

—Entonces, cuando llegaste a Brínkdum aún no sabías qué misión tendrías que emprender, y aun así ya me nombraste tu escudero —dijo.

—Vi en tus ojos tantas ganas de aventuras que me pareció divertido seguirte el juego —se justificó Salietti, riendo.

—¿Te divertiste a mi costa?

—Sólo al principio. Cuando entré en la abadía y me llevaste ante el hermano bibliotecario Rinaldo de Metz, él me condujo ante el hermano Uberto de Alessandria, que seguía postrado en el mismo lecho de la enfermería donde yo le había visto en mi juventud. El hermano Rinaldo me dejó a solas con el hermano Uberto, y fue tanta la emoción del monje ciego al sentir mi presencia a su lado que sus ojos se humedecieron como si volviesen a llenarse de lágrimas a pesar de su ceguera. Me dijo que había sentido la muerte de mi padre como la de un hijo de su propia sangre, y que debía hablarme de un secreto que muy pocos conocían. Fue entonces cuando me explicó que mi padre era poseedor de una piedra prodigiosa, a la que las leyendas llamaban la piedra filosofal, el *lapis philosophorum*, pero que realmente era mucho más que eso. Me dijo que también él había poseído esa piedra, que había recibido de su maestro, y que había sido él quien se la había entregado a mi padre cuando era su discípulo en Padua. Esa piedra, me explicó, permitía alcanzar la sabiduría e incluso la inmortalidad, pero nadie debía poseerla mucho tiempo, para que también otros percibieran sus prodigios, y poco a poco fueran desvelando los misterios de la naturaleza y el cosmos. Y añadió que los poseedores de la piedra y otros sabios cercanos a ellos habían formado parte a lo largo de los siglos de una sociedad secreta llamada Ouróboros, que ahora estaba en riesgo de desaparecer, pues la piedra había caído en manos de un muchacho llamado Grimpow que vivía en la abadía.

Grimpow sintió deseos de volver a interrumpir a Salietti, pero el relato de su amigo le parecía tan apasionante que aguardó a oír lo que aún tenía que decir.

—Me habló entonces de que tú habías encontrado el cadáver de mi padre en la nieve, y que un ladronzuelo con el que tú vivías en una cabaña de las montañas te había dado la piedra creyendo que se trataba de un amuleto. Luego me dijo que el cadáver de mi padre se había esfumado sobre la nieve, porque

todos los que han poseído la piedra, o mueren con ella en sus manos, se marchan de este mundo sin dejar rastro de sus cuerpos para vivir eternamente en un castillo que alza sus murallas celestes en las estrellas, donde al fin gozan del eterno don de la inmortalidad.

—¡Ése es el mismo castillo de las estrellas del que habla Aidor Bílbicum en su manuscrito! —exclamó Grimpow, volviendo a desorientar a Weienell, que seguía fielmente el relato de Salietti.

—El hermano Uberto me dijo que aún había un objeto más prodigioso que la piedra, que unos antiguos sabios de la sociedad Ouróboros habían encontrado en el Templo de Salomón de Jerusalén, y que por su encargo habían trasladado unos caballeros templarios hasta Francia, donde fue finalmente escondido por los sabios para que nadie ajeno a la sociedad Ouróboros pudiese encontrarlo jamás. A lo largo de los tres últimos siglos, todos los sabios de la sociedad Ouróboros han sabido de la existencia de ese secreto, que sus primeros maestros escondieron por su prodigioso poder, aunque dejaron algunas pistas escritas en clave que permitirían encontrarlo algún día para bien de toda la humanidad.

»El hermano Uberto me aseguró entonces que ese momento había llegado, pues la ignorancia y la superstición se habían adueñado del mundo, y era necesario desvelar el secreto para que la sabiduría acabara con el oscurantismo religioso y fanático de la Iglesia, que no sólo perseguía y ordenaba quemar en la hoguera a los sabios, sino que se había propuesto adueñarse de la piedra y del prodigioso objeto del que me hablaba. Por eso habían hecho preso y torturado a un sabio que, bajo terribles tormentos, había dado el nombre de mi padre como último poseedor de la piedra y responsable de la sociedad Ouróboros. El encargado por el Papa de descubrir el secreto de los sabios, me dijo, era el inquisidor de Lyon, Búlvar de Góztell, un traidor de los templarios que había inculcado en el rey de Francia la idea de que eran éstos quienes escondían el secreto en los castillos del Círculo. Mi padre pudo huir a tiempo de Lyon y se dirigió a la abadía de Brínkdum para intentar refugiarse, pero se perdió entre la niebla y se extravió en las montañas muriendo de frío. Después me dijo que yo debía continuar la misión de mi padre y recuperar la piedra, pues sin ella era imposible desvelar el secreto.

Grimpow comenzaba a confirmar sus temores de que Salietti le estuviese traicionando.

—¿Pensabas quitarme la piedra? ¿Ésa era la misión que debías cumplir? —preguntó, enfadado y ofendido, a Salietti.

Salietti agachó la cabeza, humillado, y Grimpow cogió la piedra de manos de Weienell y la colocó con brusquedad en las de Salietti.

—¡Puedes quedártela, puedes quedarte esta maldita piedra para siempre! —gritó Grimpow entre sollozos, y comenzó a llorar desconsolado.

No era ésa la primera vez que Grimpow se sentía traicionado. Por esa razón no pudo contener las lágrimas al descubrir cuáles eran las verdaderas

intenciones de Salietti, y el modo en que lo había engañado cuando le dijo en la taberna de la ciudad de Úllpens que debían hablar sinceramente de amigo a amigo, pues ya no habría ningún secreto entre ellos. También Dúrlib era su amigo, y le dejó abandonado en la abadía de Brínkdum como si sus sentimientos no importaran, o como si él fuese un muchacho insensible al sufrimiento. A Grimpow la misteriosa piedra que acababa de entregarle a Salietti le importaba bien poco. Se la habría entregado de buen grado si se la hubiese pedido, e incluso le habría entregado su propia vida si hubiese sido necesario. Él lo habría dado todo por un amigo, pero ahora comprobaba de nuevo que quienes creía sus amigos no estaban dispuestos a hacer lo mismo por él, y se sintió el ser más desdichado de la Tierra.

—¡Tú me engañaste! —chilló Grimpow dominado por la ira.

—Era necesario que lo hiciera —reconoció Salietti con levedad.

—Y ahora que tienes la piedra en tu poder, ¿qué piensas hacer? ¿Me matarás como mataron al abad de Brínkdum o a Gurielf Lábox? ¿Me entregarás al inquisidor Búlvar de Góztell para que me torture y me queme vivo en una hoguera? ¿Es eso lo que pensabas hacer conmigo después de arrebatarme la piedra de los sabios? Yo pensaba que eras mi amigo —concluyó Grimpow sin dejar de sollozar.

Weienell vio en los ojos de Salietti lo mucho que apreciaba a Grimpow, y decidió no intervenir en esa disputa. Salietti se acercó a Grimpow para consolarlo, pero éste se alejó de su lado.

—¡Oh, vamos, Grimpow, lo siento, lo siento de veras, perdóname! Si te engañé fue por tu propia seguridad. ¿Cómo iba yo a pensar en hacerte algún daño? —inquirió Salietti apenado—. Al principio sí era mi misión apoderarme de la piedra y deshacerme de ti, pero cuando te conocí y comprobé lo mucho que sabías sobre todos los grandes misterios de la vida, me di cuenta de que esa piedra formaba parte de tu alma, y cambié de opinión. No sé por qué, pero supe que sin ti la misión que el hermano Uberto de Alessandria me encomendaba para desvelar el secreto de los sabios me resultaría una tarea imposible. Yo mismo te lo dije, ¿no lo recuerdas? En la cripta de la iglesia de Cornill te dije que la piedra te había elegido a ti, y por eso me propuse cuidarte y ayudarte a encontrar el secreto para que fueses tú, y no yo, quien continuara la misión que mi padre, como poseedor de la piedra, había dejado inacabada. El hermano Uberto me contó que también le había enviado un mensaje a un sabio, del que no me dijo el nombre para protegerlo, con el que debía encontrarme en la iglesia de la aldea de Cornill, donde él estaría esperándome. Él debía ayudarme a desvelar el secreto de los sabios, y las primeras pistas de las que ellos tenían noticias por algunos manuscritos antiguos señalaban que en esa iglesia debía comenzar la búsqueda del secreto. Yo ni siquiera sabía qué debía buscar allí cuando llegamos y vimos el incendio de las casas. Entonces temí que hubiese ocurrido algo, y cuando el herrero nos dijo el nombre del anciano que los

soldados del barón se llevaron preso junto a su hija, no me cupo duda de que se trataba del viejo amigo de mi padre con el que yo mismo había vivido en París.

El rostro de Salietti parecía haber envejecido durante el tiempo en que estuvo contándoles esa historia, y el de Grimpow se sintió algo más reconfortado.

—Ahora ya lo sabéis todo —dijo, tan cansado como cuando terminó la última justa del torneo.

Weienell se acercó a Grimpow y le cogió la mano.

—Mi padre nunca me habló de la piedra, ni de esa sociedad llamada Ouróboros, ni del secreto de los sabios. Él siempre fue muy reservado con sus estudios y descubrimientos. Pero con motivo de algunos de sus viajes, sí le oí decir una vez a mi madre que hubo un tiempo en que solía reunirse con otros hombres sabios en esos castillos del Círculo de los que habéis hablado.

—¿Sabes si tu padre encontró algo en la iglesia de la aldea de Cornill? —preguntó Grimpow, con el corazón aún encogido, mientras se limpiaba las lágrimas de los ojos con la manga de su jubón.

—No lo sé —dijo Weienell—. Mi padre no quería que yo le acompañase en ese viaje desde París, pero estaba muy enfermo y yo me empeñé en ir con él para cuidarle. Mi madre había muerto hacía algunos años, y desde que se quedó solo su corazón se había debilitado mucho, y apenas salía de nuestra casa. Cuando recibió el mensaje del que tú has hablado —dijo refiriéndose a Salietti—, pareció rejuvenecer de súbito, y sólo recuerdo que me dijo: «Muy pronto, la luz del conocimiento volverá a iluminar el universo de los hombres».

—Él sabía que en la iglesia de Cornill estaba escondido el manuscrito de Aidor Bílbicum que nosotros encontramos en la cripta, por eso me dejó el mensaje entre los archivos de la parroquia, eso es seguro —afirmó Salietti.

—Pero sin la piedra era imposible abrir el sarcófago, el padre de Weienell no habría podido encontrar nada hasta que tú llegaras a la aldea y se la entregaras —razonó Grimpow.

—Entonces la parte del manuscrito de Aidor Bílbicum que falta debe de estar en alguna parte. Vayamos a Estrasburgo, tal vez en esa ciudad esté lo que buscamos —dijo Salietti, poniéndose en pie decidido.

—¿Quién es Aidor Bílbicum? —preguntó Weienell, temiéndose que aún le quedaban muchos detalles de esa historia por conocer.

—Sube a tu caballo, te lo explicaremos por el camino —dijo Salietti, cuando el negro manto de la noche ya los cubría.

La posada de Junn el Cojo

Junn el Cojo ya dormía cuando oyó unos fuertes golpes en la puerta principal de su posada. Se levantó a tientas, encendió una vela que iluminó su alcoba, se colocó el calzado que igualaba sus piernas y fue a ver quién importunaba su descanso a esas horas de la noche. Abrió una ventana de la fachada principal de la casa, junto a la que colgaba una plancha de latón que tenía pintada la cabeza de un dragón verde, y miró a los recién llegados con ojos encogidos y desconfiados. En la calle todo estaba oscuro, y sólo divisó la difusa imagen de tres jinetes erguidos sobre sus caballos que lo observaban inmóviles frente a él.

Grimpow iba a decirle que los enviaba el hermano Uberto de Alessandria, pero Salietti se adelantó a sus palabras.

—¿Ya no eres capaz de reconocer a los amigos, querido Junn? —dijo Salietti al ver asomar la diminuta cabeza del posadero por la ventana abierta.

—Salietti, ¿eres tú? —murmuró Junn desde lo alto sin disimular su alegría.

Grimpow volvió a sorprenderse al comprobar que Salietti también conocía a Junn el Cojo, pero en esta ocasión no desconfió de las intenciones de su amigo.

—¿Quién podría molestarte a estas horas que no fuera un caballero andante que ha trasnochado y que no tiene un lugar donde dormir, ni monedas para pagar una posada decente? —declamó Salietti como si interpretara una comedia.

—Espera un instante, amigo mío, te abro enseguida el portón de la bodega para que entréis los caballos.

Junn volvió a cerrar la ventana y corrió cuanto le permitía su cojera por los pasillos y las escaleras de la casa hasta llegar al patio de la bodega donde se apilaban un sinfín de barriles de roble, que almacenaban vino suficiente para soportar varios años sin cosecha. Abrió las dos hojas del portón del patio, y dijo:

—Vamos, entrad rápido adentro, antes de que todos los vecinos se despierten y curioseen desde sus casas, preguntándose por los motivos de este jaleo.

Salietti tiró de las riendas de su caballo y, tan pronto entró en el patio, corrió para ayudar a Junn a cerrar el portón de la bodega. Luego los dos amigos se abrazaron, y Salietti dijo:

—Ven, antes de nada quiero presentarte a mis amigos.

—Ya veo que no vienes solo —dijo Junn, siguiendo con dificultad los rápidos pasos de Salietti.

Grimpow y Weienell saltaron de sus cabalgaduras y se colocaron frente a Salietti en espera de las presentaciones, y Junn se mostró risueño y complacido ante la inesperada visita de los recién llegados. Los saludó cordialmente y dijo:

—Pasemos a la taberna, tomaremos un poco de vino mientras me contáis a qué se debe esta agradable sorpresa. También prepararé algo de comida, probablemente tengáis hambre, y no es de buen gusto irse a dormir mientras se oyen las protestas de un estómago descontento —añadió riendo.

La taberna estaba en penumbras y desprendía un olor agridulce, mezcla de mosto y cebada. Junn colocó la vela que portaba sobre una mesa cubierta por una gruesa pátina de mugre, e invitó a sus acompañantes a que se sentaran alrededor. Luego tomó del mostrador unas jarras, las llenó de vino y se las dio a Salietti para que las sirviera. Junn entró en la cocina, y al poco regresó con una bandeja de queso, acompañado de grandes pedazos de pan de centeno.

—Y ahora cuéntame, Salietti, ¿en qué puedo ayudaros?

Salietti tomó un pedazo de queso y otro de pan, y comenzó sus explicaciones.

—Antes quiero transmitirte los saludos de alguien a quien también tú conoces, el hermano Uberto de Alessandria —dijo.

—Fue él quien nos aconsejó que viniésemos a verte —dijo Grimpow, deseoso de conocer pronto qué relación tenía Salietti con el posadero.

Junn esbozó una mueca de satisfacción al recordar imágenes de otros tiempos.

—¡El viejo Uberto aún vive! Hace más de veinte años que no le he vuelto a ver. ¿Dónde está ahora?

—En la abadía de Brínkdum —aclaró Salietti sin darle detalles de su postración y su ceguera.

—¿Y tu padre, cómo se encuentra el incansable Iacopo de Estaglia? —quiso saber Junn.

—Murió el invierno pasado —dijo Salietti—. Pero si no te importa, de eso te hablaré en otro momento.

—Lo siento, lo siento de veras, y supongo que tendrás tus motivos para no querer hablarme de ello ahora —dijo Junn apenado—. Aún me acuerdo del día en que me regaló unas botas como éstas —añadió, mostrando bajo la mesa su pierna más corta—, provistas de un taco de madera para aliviar mi cojera. Nunca he conocido a nadie con más ingenio que tu padre. Pero dime, ¿qué asunto os trae a la ciudad de Estrasburgo?

Grimpow y Weienell permanecían en silencio, devorando el queso y el pan entre pequeños sorbos de vino.

—Necesitamos que nos des hospedaje en tu posada y que nos ayudes a encontrar en la ciudad a un hombre llamado Aidor Bílbicum —dijo Salietti.

—¿Aidor Bílbicum? —repitió pensativo el posadero—. No recuerdo haber oído nunca ese nombre.

—Creemos que formaba parte de una sociedad secreta de sabios llamada Ouróboros —dijo Grimpow.

—Eso lo hará algo más difícil —murmuró Junn, rascándose la cabeza—. En Estrasburgo son muchos los gremios de artesanos y mercaderes que se reúnen en logias secretas para tratar sus asuntos, sobre todo desde que comenzaron a construir la nueva catedral. Además están los joyeros, los metalúrgicos, los alquimistas, los magos y los nigromantes, y, desde hace unos años, los templarios. Ninguno de esos grupos desea que se conozcan los nombres de quienes pertenecen a sus sociedades herméticas. A muchos de sus miembros les va la vida en ello, y utilizan nombres imaginarios para comunicarse sus reuniones y misterios.

—Sabemos que no será fácil encontrarle, y aún hay otro detalle que debes conocer. Aidor Bílbicum está muerto, murió hace casi dos siglos, según la información de que disponemos —dijo Salietti.

—¡Entonces sólo podrás encontrarlo en el cementerio! —exclamó Junn riendo su ocurrencia, que provocó una sonrisa de cortesía en Weienell.

—Hemos pensado que si preguntamos por él, alguien puede interesarse por saber quién le busca y por qué —apuntó Grimpow.

—También debo advertirte que nos persiguen los soldados del barón Figüeltach de Vokko —destacó Salietti—. Es posible que nuestra presencia en tu posada pueda traerte algún problema.

Junn se removió en su asiento y abrió sus diminutos ojos, atraído por la historia que Salietti le contaba.

—Sabes que haría cualquier cosa por tu padre y por ti —dijo, sirviéndose acto seguido otra jarra de vino.

—Lo sé, Junn, lo sé. De todos modos, lo más probable es que a estas horas nuestros perseguidores crean que nos hemos refugiado en los castillos del Círculo, pensando que yo soy un caballero templario.

—¿Tú, un Caballero templario? —preguntó descreído el posadero.

—Eso al menos cree un inquisidor llamado Búlvar de Góztell, al que encontramos en la fortaleza de Figüeltach de Vokko durante los torneos de primavera de los castillos de Alsacia —aclaró Grimpow.

Salietti le contó a Junn las peripecias de su viaje desde que llegaron a la fortaleza del barón Figüeltach de Vokko, y su propósito de liberar a Weienell de su cautiverio.

—Si han herido de muerte al barón, sólo pueden haberlo hecho los templarios como venganza por sus intenciones de asaltar los castillos del Círculo junto al ejército del rey de Francia —dijo Junn al oír el relato de Salietti.

—De eso no me cabe ninguna duda, pues las plumas de la flecha eran negras y blancas, como los colores del estandarte de la proscrita Orden del Temple —arguyó Salietti.

—Está bien —dijo Junn—. Dejemos para mañana estos asuntos, antes de que logren perturbarnos el sueño. Estaréis cansados del viaje y, además, ya es tarde. Seguidme, os llevaré a vuestros aposentos.

Junn volvió a coger la vela que aún ardía sobre la mesa y los condujo por un corto pasillo hasta la oscura escalera que subía a las habitaciones de la posada. Con la misma vela que llevaba en la mano, Junn fue encendiendo pequeñas bujías que colgaban del techo, y las tinieblas que los envolvían se transformaron en un amplio pasillo repleto de puertas a ambos lados.

—Te daré la misma habitación en la que se hospedaba tu padre cuando venía a Estrasburgo. Quizá tú también la recuerdes, aunque eras demasiado inquieto para fijarte en esas cosas. A él le gustaba porque desde la ventana se ve el río y las tres torres del puente, y al salir el sol sus rayos entran hasta el mismo lecho —dijo.

Junn fue acomodando a cada uno de sus invitados en la habitación que le correspondía, entregándoles una vela encendida, y se despidió de ellos deseándoles un grato descanso en su casa. Luego regresó a su alcoba, se metió en su camastro y al poco se quedó dormido.

Sin embargo, los nuevos moradores de la posada El Ojo del Dragón Verde tardaron en conciliar el sueño. Grimpow apagó la vela de un soplo y permaneció con los ojos abiertos en la oscuridad como si el mundo entero fuera visible para él sin necesidad de la luz. Ahora estaba en Estrasburgo y un tiempo nuevo comenzaba a deslizarse por el lento reloj de su vida. No importaba lo que hubiera dejado atrás: la cabaña de las montañas, su amigo Dúrlib, la abadía de Brínkdum, los monjes, las largas horas de estudio en la biblioteca, las noches contemplando el cielo junto al hermano Rinaldo, las comidas del amable y asustadizo hermano Brasgdo, los experimentos alquímicos del hermano Ássben y las misteriosas palabras del monje ciego y centenario, Uberto de Alessandria. Por un instante imaginó lo que habría sido de su vida si hubiese continuado con Dúrlib vagando por los caminos, o si hubiese decidido quedarse en la abadía de Brínkdum como novicio para profesar los votos religiosos de la orden. Pero en pocos meses había aprendido que la existencia, como los ciclos de la naturaleza, está llena de contrastes que se alternan, cambian y se repiten hasta conformar un círculo mágico difícilmente explicable. Estaba seguro de que aún tenía mucho que aprender, y muchos enigmas que descifrar antes de encontrar y desvelar el secreto de los sabios. La prodigiosa piedra que poseía así se lo hizo ver desde el primer momento en que la tuvo en sus manos, y ahora se sentía tan unido a ella que parecía formar parte de su mente y de su cuerpo.

También Salietti parecía dormir en su cómodo aposento de la posada de Junn el Cojo, pero su imaginación vagaba por inhóspitos campos de batalla, terrores de hombres y amores cercanos. Temía el trágico futuro que les aguardaba en los castillos del Círculo de Piedra, pero a la vez sentía la presencia de Weienell a pocos pasos de él, y creía poder oír su agitada respiración en la espera de un encuentro prometido y añorado. Y Weienell, con los ojos cerrados y la mente aún despierta, recordaba tumbada en la alcoba su reciente pasado y la imagen de su padre, el sufrimiento de su cautiverio y la tristeza de su muerte. Sin embargo, un pálpito de esperanza se agitaba en su pecho por la libertad recuperada y su encuentro con Salietti, cuyo amor intuía eterno. Y cuando Weienell oyó que la puerta de su aposento se abría, y que Salietti pronunciaba en voz baja su nombre para evitar que se asustara, supo que esa noche sin luna sus cuerpos desnudos se fundirían sobre su lecho, entre inacabables caricias e infinitos besos.

A la mañana siguiente, Junn el Cojo les trajo noticias tan frescas como las truchas y el pan recién horneado que les sirvió en el desayuno. Estaban sentados en la taberna, aún adormilados por el sueño, cuando el posadero dijo:

—Las noticias corren como el viento del norte en la ciudad de Estrasburgo.

—¿Qué nuevas nos traes? —preguntó Salietti.

—En toda la ciudad no se habla de otra cosa que de la flecha que hirió al barón.

—¿Aún sigue con vida? —preguntó Weienell, con la esperanza de que el barón Figüeltach de Vokko no hubiese muerto, pues, a pesar de haberla tenido cautiva en su fortaleza, fue él quien evitó que el inquisidor Búlvar de Góztell la entregase a sus verdugos.

—Por fortuna para él, la flecha se le clavó en el hombro izquierdo, muy cerca del corazón, pero sin llegar a dañarlo. Sólo está malherido, y muy furioso con el caballero italiano que ganó el torneo y que, además, le arrebató a la dama de sus sueños. Hasta aseguran que algunos juglares ya preparan sus romances sobre estos hechos, para recitarlos por aldeas, plazas y mercados, como una de las más hermosas baladas que se conozcan.

Grimpow y Weienell miraron a Salietti, pues no se lo imaginaban como héroe de un drama amoroso cantado por los juglares.

—¿Se sabe quién disparó la flecha que hirió al barón? —preguntó Grimpow, a quien esa duda no dejaba de rondarle en la cabeza con el ruidoso aleteo de un abejorro molesto.

—No, pero nadie duda de que fue un caballero templario disfrazado de aldeano que merodeaba por una de las torres del castillo. Al parecer atacó a uno de los arqueros del barón, se vistió con sus ropas de soldado y se apostó en un minarete de la torre que quedaba frente a la tribuna.

—¿Han conseguido apresarlo? —insistió Grimpow.

Junn hizo una mueca con los labios.

—Aún no, y probablemente no lo consigan hasta que los ejércitos del barón y del rey de Francia arrasen los castillos del Círculo, adonde suponen que ha huido.

—Yo sé quién disparó la flecha que hirió al barón Figüeltach de Vokko —dijo Salietti, consiguiendo atraerse todas las miradas.

—¿Viste a alguien disparar el arco? —preguntó Junn.

—No, pero hablé con él cuando estábamos cerca de la fortaleza del barón y adelantamos a los cortejos de unos nobles que llevaban nuestro mismo camino.

—¿Te refieres al caballero Rhádoguil de Cúrnilldonn? —dijo Grimpow.

—Sí, el mismo que me informó de la muerte del papa Clemente V por envenenamiento, y del miedo del rey de Francia a que se cumpliera la maldición que el gran maestre del Temple proclamó en la hoguera instantes antes de morir entre las llamas, emplazándolos a ambos ante el tribunal de Dios en poco tiempo. Rhádoguil de Cúrnilldonn me dijo que iba a la fortaleza del barón porque tenía una misión que cumplir. No debe de ser casualidad que su escudero llevara cruzado en la espalda un gran arco y, junto a su montura, un carcaj lleno de flechas rematadas por plumas blancas y negras. Posiblemente pensaran asesinar al rey Felipe IV durante los torneos, y al regresar éste a París, decidieran acabar con su aliado Figüeltach de Vokko para no hacer su viaje en vano —relató Salietti.

—También hasta Estrasburgo han llegado los rumores de esa maldición, y las noticias de la muerte del Papa. No me sorprendería que, muy pronto, ambos formen parte de otra trágica y misteriosa leyenda —apostilló Junn.

—Además, ese caballero te dijo que el blasón de tu escudo le era conocido, ¿lo recuerdas? —añadió Grimpow.

—Sí, es cierto —confirmó Salietti.

Junn se rascó la barbilla.

—Los templarios siempre fueron buenos conocedores de la alquimia y de los alquimistas. Y si ese caballero del que habláis era un templario, sabría que el sol de tu blasón representa el oro, y la luna, la plata. Hasta es posible que conociera a tu padre o a tu abuelo, el duque de Estaglia, pues la desaparecida Orden del Temple tenía contactos y aliados en todas las partes del mundo. Por eso será difícil que acaben definitivamente con ellos.

—¿Y qué se dice en la ciudad del comienzo de la guerra? —preguntó Weienell.

—Ante la imposibilidad de hacerlo él mismo a causa de su herida, el barón Figüeltach de Vokko ordenó ayer a Váldigor de Róstvol que se pusiese a la cabeza de sus soldados y caballeros y partiera esta madrugada hacia las fronteras del norte, donde los aguarda el numeroso ejército del rey de Francia. Su propósito es iniciar esta misma noche el asedio a los castillos del Círculo.

—Más de cinco mil jinetes armados y cientos de caballeros están deseosos de arrasar los castillos del Círculo para apoderarse de sus tesoros y secretos,

como ya hiciera el rey de Francia en la fortaleza del Temple de París —apostilló Salietti.

—Si Figüeltach de Vokko y el rey de Francia desean entrar en la fortaleza del duque Gulf de Östemberg, antes tendrán que acabar con sus fieles caballeros de los castillos del Círculo, y eso no podrán conseguirlo.

Todos se quedaron en silencio, como si una sombra de inquietud sobrevolase el techo ahumado de la taberna.

—Entonces, la guerra ya ha comenzado —dijo Grimpow cabizbajo.

—Me temo que sí, muchacho, y poco podemos hacer nosotros por evitarla —afirmó Junn.

Salietti se puso en pie.

—Ocupémonos ahora de lo que hemos venido a buscar, aún tenemos que encontrar a quien no existe y oír la voz de las sombras —dijo Salietti, usando las mismas palabras que Gurielf Lábox, el padre de Weienell, le dejara escritas en un cartapacio del archivo de la iglesia de Cornill.

—Ya veo que hablas con el mismo lenguaje misterioso que tu difunto padre —concluyó Junn, riendo.

Pensaron que sería peligroso caminar juntos por las bulliciosas calles de Estrasburgo, pues, según las noticias de Junn, todos en la ciudad ya sabían que fueron tres jinetes: una hermosa dama, un caballero italiano y su joven escudero, los que habían huido de la fortaleza del barón Figüeltach de Vokko después de que los templarios intentaran asesinarle. De modo que decidieron crear dos grupos, y dividir la ciudad en sectores para no repetir sus pesquisas en los mismos lugares. Salietti y Weienell irían al barrio de los artesanos y mercaderes, mientras que Grimpow y Junn recorrerían las plazas y las obras de la nueva catedral para hablar con los maestros albañiles y los canteros, además de visitar a algunos alquimistas que Junn conocía en la zona de los canales.

La voz de las sombras

La ciudad de Estrasburgo aún conservaba su original majestuosidad y esplendor, a pesar de los saqueos y los incendios que en otros tiempos la habían asolado a causa de los conflictos sucesorios y fronterizos. Parecía surgida de la espesa bruma que durante los inviernos cubría el río que la cruzaba, y en cuyas orillas abundaban grandes casas con estructuras de madera y tejados de pizarra que se extendían hasta las mismas murallas de la ciudad, presididas por tres colosales torres levantadas sobre un delta del Rin como si fuesen sus guardianes. Muchos puentes cruzaban de un lado a otro los canales de agua, y sobre ellos transitaban las cabalgaduras y los carruajes que cada día acudían a la ciudad desde las aldeas más lejanas para vender sus mercaderías en sus ferias y mercados.

Durante dos días Salietti y Weienell recorrieron sin descanso la ciudad de norte a sur y de este a oeste, adentrándose en los barrios de los curtidores de pieles, de los orfebres, de los escribanos, de los herreros, tejedores, carpinteros, zapateros o joyeros. A cuantos hombres y mujeres se cruzaban en su camino les preguntaban si conocían a Aidor Bílbicum, pero sólo obtenían por respuesta severas miradas de desconfianza y rotundas negativas, que en algunos casos adquirían matices despectivos y groseros. Parecía como si todos se asustaran al oír ese nombre, o temieran comprometer su vida si hablaban con los forasteros.

Tampoco Junn y Grimpow consiguieron obtener ninguna pista del hombre que buscaban.

—Si como Salietti y tú decís ese tal Aidor Bílbicum no existe, no sé cómo esperáis encontrarlo. ¿Y si nadie le conoce? ¿Y si nadie sabe nada de él? —le dijo Junn a Grimpow, resoplando de cansancio, después de haber hablado con un boticario que tenía su casa en una esquina de la plaza de la catedral, y cuya botica, situada en la planta baja, olía a azufre y estaño quemado, hierbas medicinales, especias, ungüentos y jarabes, como el laboratorio en que el hermano Ássben hacía sus experimentos alquímicos en la abadía de Brínkdum. A Grimpow no le cupo duda de que ese boticario era también un alquimista, y

pensó que tal vez él pudiese darles alguna pista sobre Aidor Bílbicum, que les permitiera al fin oír la voz de las sombras de la que hablaba la nota que Gurielf Lábox le dejara a Salietti en la iglesia de Cornill. Pero al boticario no sólo no le sugirió nada ese nombre, sino que llegó a temer que Junn fuese un espía de la Inquisición, a pesar de que se conocían desde hacía años, y se mostró muy parco en sus palabras.

—Si nadie sabe nada de él, jamás podremos encontrar lo que buscamos —dijo Grimpow.

—¿Y qué es lo que buscáis, además de a ese sabio que no existe? —preguntó Junn frunciendo el ceño.

—La sabiduría, Junn, la sabiduría —respondió Grimpow, mirando con verdadero asombro la magnífica catedral de Estrasburgo, bajo la que trabajaban cientos de aprendices, oficiales y maestros constructores, intentando terminar el rosetón de la fachada. Grimpow sabía que para elevar aquel templo descomunal de inigualable belleza era necesario aplicar complejos conocimientos físicos y sorprendentes cálculos matemáticos, que las logias de constructores mantenían en el más estricto secreto, y que sólo eran conocidos por hombres sabios a los que llamaban arquitectos. Y al mirar las altas esculturas que adornaban el pórtico central, tuvo el presentimiento de que tal vez, en la oscuridad de aquellos portentosos muros de piedra, llegase a oír la voz de las sombras.

En la plaza de la catedral hablaron con unos canteros que tallaban grandes bloques de piedra junto a altísimos andamios de los que pendían multitud de poleas, carruchas y cuerdas para elevarlos hasta la segunda planta, por encima de las bóvedas. Ninguno de ellos había oído nunca el nombre de Aidor Bílbicum, pero Grimpow se dio cuenta de que en los bloques de piedra cada cantero tallaba unos signos distintos a los otros, como si fuesen marcas personales que les permitían identificar sus obras. Esos signos no sólo le recordaron los signos que aparecían en el mensaje que portaba el padre de Salietti cuando murió en las montañas, sino que estaba seguro de que el lenguaje jeroglífico que usaban los sabios de la sociedad secreta Ouróboros había sido elaborado trasladando el alfabeto a un número de símbolos distintos copiados de los canteros, cada uno de los cuales se correspondía con una determinada letra. Y eso significaba que los sabios de la sociedad secreta Ouróboros estaban muy vinculados con los constructores de las catedrales, pensó Grimpow.

También visitaron el barrio de los canales, donde muchos molinos de agua giraban sus palas al aire como brazos de gigantes, sin que allí consiguieran averiguar nada. Aidor Bílbicum era tan invisible como un fantasma.

La noche les sorprendió cuando regresaban a la posada para volver a encontrarse con Weienell y Salietti. Junto a un ancho canal de agua se cruzaron con una fúnebre procesión rodeada de antorchas. Sobre un destartalado catafalco de madera, un grupo de hombres con los rostros enmascarados

paseaba un esqueleto cubierto por negros velos de seda que dejaba ver la horrible faz de una calavera. Un ensordecedor ruido de bombos y tambores acompañaba al cortejo, seguido por una muchedumbre enmascarada que saltaba y gritaba agitando al aire sus antorchas.

—Celebran la Noche de los Sortilegios, y entierran el esqueleto del invierno un mes después del equinoccio para honrar la plenitud de la primavera —dijo Junn, deteniendo sus pasos para contemplar el bullicioso ir y venir de antorchas y rostros enmascarados que danzaban y saltaban a su alrededor. Grimpow se entretuvo mirando a unos acróbatas que danzaban haciendo girar bolas de fuego prendidas de largas cadenas como si fuesen pequeños soles en continuo movimiento, y ni siquiera se dio cuenta de que se había separado de Junn. Y cuando quiso buscarlo, mirando de puntillas sobre las cabezas de la multitud, no le encontró.

Fue entonces cuando Grimpow se dio cuenta de que una mujer joven, cuyo rostro se ocultaba tras un manto que le cubría la cabeza, se dirigía hacia él. Tenía una mirada intensa y perturbadora, y unos grandes aros se balanceaban junto a sus ojos, tan negros como la noche.

—Acércate, muchacho, y déjame leer el futuro en tus manos, pues sólo yo sé ver en ellas lo que el destino te guarda —dijo la joven con una voz endulzada que llegó a hipnotizarlo.

Grimpow se aproximó aún más a ella y le extendió una mano. No supo por qué, pero en ese instante se sintió atraído por aquella voz como si hubiese oído el canto de las sirenas del que le había hablado el hermano Rinaldo de Metz en la abadía de Brínkdum. También recordó a Salietti, y el modo en que se reía cuando le describió la cara de estupidez del barón Figüeltach de Vokko mientras le hablaba de su futuro con el extraño juego de cartas que poseía. Y, sin embargo, ahora era él mismo quien se dejaba seducir por una idea tan absurda como llegar a conocer el porvenir escrito de un modo invisible en su mano. Entonces intentó resistirse y marcharse corriendo de aquel lugar hechizado, pero, al sentir el delicado tacto de los dedos de la joven sobre su piel, un intenso escalofrío le sacudió el cuerpo, despertando en él desconocidas ensoñaciones y deseos.

—Tienes manos de príncipe —dijo la mujer en un susurro—, pero no veo en ellas un origen de nobleza.

—Soy miembro de una caravana de pastores trashumantes —mintió Grimpow, seducido por los negros ojos que lo miraban sin parpadear.

—Vienes de muy lejos, y hay en ti aromas de hierba y de flores que se confunden con el olor del humo y de las hogueras —afirmó la joven inhalando el aire, como si en él pudiera adivinar el lugar del que Grimpow provenía.

Grimpow permaneció en silencio, absorto en la contemplación de la joven que parecía ver en las líneas de su mano los indescifrables surcos de su pasado.

—Hay también en ti antiguas tristezas, pesares de difuntos y amargos llantos olvidados.

La joven deslizaba su dedo índice sobre la mano de Grimpow con la levedad de una caricia, produciéndole un hormigueo gozoso, y Grimpow se preguntó si acaso serían así de dulces las caricias del amor, de las que el novicio Pobé de Lánforg tanto le había hablado, y que él mismo tanto ansiaba conocer.

—Mi madre murió hace mucho tiempo —volvió a mentir Grimpow, sintiendo que el vello se le erizaba.

—Sin embargo, no es la soledad quien te acompaña. Los que ahora van contigo te protegen y se deslizan por tu historia como un nudo corredizo que va y viene por la cuerda de una existencia afortunada.

—No te entiendo —dijo Grimpow.

—Son muchos los que velan por ti, aunque no siempre estén contigo para ayudarte —explicó la mujer. Luego forzó un largo silencio, cerró los ojos como si quisiera ver más allá de la realidad, y al cabo dijo—: En tu mente se agolpan confusas preguntas sin respuesta, y tú esperas poder encontrarlas en la contemplación del universo.

A medida que hablaba, el rostro de la joven adquiría facciones más graves y profundas.

—¿Quién sois? ¿Qué deseáis de mí? —balbució Grimpow aturdido.

A pesar del estruendo de los tambores, Grimpow creyó que toda la ciudad había enmudecido y que sólo era audible para él la voz de la joven desconocida. Incluso el alocado bullicio de gentes con antorchas y rostros enmascarados que danzaban a su alrededor se le antojó silencioso y mudo como si fuese un espejismo. Veía sus desmedidos gestos, sus precipitadas carreras y los aspavientos de sus manos bajo la luz de las antorchas; sin embargo, no oía nada que no fueran las palabras susurradas y embriagadoras de aquella joven desconocida.

—Ve a la catedral y da tres golpes en el portal de la derecha, donde están las esculturas de las tres vírgenes sabias —dijo la joven, sin soltarle la mano—. Una persona a la que andas buscando quiere hablar contigo. Pero ve solo, si alguien te acompaña o te sigue no volverás a encontrarle. —Y al decir esto deslizó su mano sobre la de Grimpow como si quisiera ofrecerle una última caricia y se perdió entre la alocada muchedumbre que danzaba a su alrededor.

Desde el canal, Grimpow podía ver la silueta de la catedral de Estrasburgo débilmente iluminada por la luz de la luna. Intentó buscar a Junn, pero la multitud que le rodeaba era un impenetrable amasijo de cuerpos sin rostro que parecían haber enloquecido en el fragor de un rito demoníaco, consentido por el obispo como desahogo de las almas pecaminosas.

Se alejó de la muchedumbre a empujones y se adentró en unas calles solitarias y oscuras, mientras pensaba si no le habrían tendido una trampa para adueñarse de la piedra. Preguntar por Aidor Bílbicum en toda la ciudad les pareció el único modo de encontrar a quien no existe, pero no era menos cierto

que de ese modo estaban pregonando a grandes voces que ellos eran quienes poseían la piedra y buscaban el secreto de los sabios. Y si, como Junn les había asegurado, en Estrasburgo había más sociedades secretas de las que ellos pudiesen imaginar, cualquiera podía haberse dado cuenta de su ardid e intentar apoderarse de la piedra con una argucia como la que ellos habían empleado. En todas partes abundaban los picaros, y sólo tenían que mostrarle su deseo de hablar con él de Aidor Bílbicum para emboscarlo y arrancarle cuanto sabía sobre la piedra y el secreto de los sabios.

Con estas incertidumbres merodeando en su pensamiento, Grimpow llegó ante el pórtico de la catedral sin más luz que la de unas antorchas que ardían en las esquinas de la plaza. Miró a su derecha y vio esculpidas las figuras de tres mujeres que permanecían de pie junto a un hombre, y que debían de ser las vírgenes sabias que le indicara la mujer desconocida. Se acercó al portal y lo golpeó con fuerza tres veces seguidas, siguiendo el ritmo de los intensos latidos de su corazón. No sabía lo que podía aguardarle dentro de la catedral, pero ya no podía volver sobre sus pasos. Si se marchaba ahora era posible que no volviera a tener la oportunidad de oír la voz de las sombras, y su búsqueda del secreto de los sabios quedaría interrumpida para siempre.

La puerta se abrió con un chirrido oxidado sin que nadie saliese a su encuentro. Grimpow aguardó un momento, inclinando la cabeza para mirar en las tinieblas que se adivinaban tras la puerta, pero no apreció señales de que alguien estuviese aguardándolo. Entonces vio un leve destello de luz que comenzó a parpadear en el interior de la catedral y entró decidido a pesar del temblor que sacudía sus piernas. Debía haber avisado a Salietti, pensaba para sí, aunque la mujer había sido muy explícita en su advertencia: si alguien le acompañaba o le seguía, no volvería a encontrarle.

La débil llama de un cirio encendido iluminaba el centro de la nave rodeada de penumbras. Grimpow se aproximó a la luz y su rostro se hizo visible bajo la alta bóveda de la catedral. Entonces oyó la voz que surgía de las sombras.

—¿A quién buscas? —preguntó la voz de un hombre, retumbando entre el silencio.

Grimpow, tranquilizado y satisfecho al oír la voz que provenía de las sombras, miró a su alrededor, intentando inútilmente localizar su origen.

—Busco a Aidor Bílbicum —dijo simplemente.

Volvió a oírse la voz, como si el eco prolongara sus palabras:

—Aidor Bílbicum no existe ya, murió hace siglos.

—Lo sé —admitió Grimpow.

—Creía que era Iacopo de Estaglia quien vendría.

—Iacopo de Estaglia murió el invierno pasado en las montañas cercanas a la abadía de Brínkdum —explicó Grimpow con serenidad.

Hubo un instante de quietud, que Grimpow aprovechó para hacer una pregunta:

—¿Quién era la mujer que me dijo que viniese?

—Una joven disfrazada de hechicera, para pasar desapercibida en la Noche de los Sortilegios —respondió la voz de las sombras, y acto seguido inquirió—: ¿Para qué deseabas ver a Aidor Bílbicum?

—Tengo un mensaje para él.

—Puedes decírmelo a mí —dijo la voz, y a Grimpow le pareció que era la voz de un anciano venerable.

—En el cielo están la oscuridad y la luz.

—¿Pasaste al Valle de Sol?

—Sí, en la cripta de la iglesia de Cornill.

—¿Cómo lograste hacerlo?

—Pasé la llave de los misterios sobre la inscripción y sobre el signo.

—¿Y qué ocurrió?

—Se abrió la cripta sin cadáver donde duerme la historia.

Grimpow sabía que la voz que le hablaba era la de un ser humano que no quería revelar su imagen, y no la de un fantasma, pero algo le hacía desear salir cuanto antes de aquella catedral vacía.

—¿Tienes la piedra contigo? —preguntó la voz.

—Sí —confesó Grimpow sin titubear—. ¿La deseáis vos? —añadió.

—No, la piedra te eligió a ti —contestó la voz.

—¿Y qué he de hacer?

—Interpretar las señales del secreto como has venido haciéndolo hasta ahora. Detrás de ese cirio encontrarás el texto completo de la página que le faltaba al manuscrito de Aidor Bílbicum.

—¿Dónde estaba escondido?

—Lo encontré en el taller de un escribano de esta ciudad, hace mucho tiempo.

—Gurielf Lábox también ha muerto —dijo Grimpow.

—Entonces ya sólo somos dos los que aún quedamos con vida —afirmó la voz de las sombras—. Por eso eres tú quien debe encontrar el secreto de los sabios y hacer que llegue a conocimiento de otros, para que sea la luz de la sabiduría la que ilumine a la humanidad, y no la oscuridad de la superstición y la ignorancia.

Grimpow se acercó al candelabro que sostenía el cirio, y tras él, sobre el suelo de piedra de la catedral, encontró una hoja de pergamino. La acercó a la llama y leyó el texto completo:

Sigue el recorrido del signo
y busca la cámara sellada,
donde el tiempo es vida y es muerte.
Pero sólo si alcanzas la inmortalidad
lograrás ver el Camino Invisible.
Él te conducirá hasta la isla de Ipsar,

habitada por seres fantásticos y monstruos;
enfréntate al diablo,
y a sus pies hallarás las últimas palabras.
Luego cruza las columnas del tránsito
y entra en el laberinto.
Allí siembra la semilla
y verás crecer la flor.

—¡Pero esto es un nuevo criptograma! —exclamó Grimpow, sin que la voz de las sombras le contestara.

Metidos en un barril

De regreso a la posada de Junn por las estrechas y oscuras calles que rodeaban la catedral de Estrasburgo, Grimpow se cruzó con algunos soldados que parecían estar celebrando a su modo la Noche de los Sortilegios. Uno de ellos entonaba una melodía que Grimpow había oído cantar alguna vez a su amigo Dúrlib en la cabaña de los bosques de Úllpens, y los otros caminaban oscilando sus cuerpos, con los yelmos ladeados sobre sus cabezas y las espadas colgadas de su cintura rozando el suelo. Pasó a su lado sin mirarlos, temeroso de que alguno pudiera reconocerlo, pero los soldados llevaban tal borrachera que sólo veían las casas moviéndose arriba y abajo como si navegaran en medio de un mar encrespado y turbulento.

En la taberna situada en la planta baja de la posada, varios grupos de campesinos, artesanos y canteros bebían vino en gigantescas jarras que llevaban a sus bocas con gesto decidido, hasta que el vino se desparramaba por las comisuras de sus labios.

Grimpow entró en silencio, bajó los escalones que separaban la taberna de la calle, y vio detrás del mostrador a Junn, que conversaba con un hombre de, aspecto rudo y andrajoso. Al verlo entrar, Junn dejó por un instante la compañía del hombre y se acercó a Grimpow.

—Empezaba a temer que te hubiese ocurrido algo —murmuró mientras se limpiaba las manos en un paño grasiento que le colgaba de la cadera.

—¡He encontrado a quien no existe! —dijo Grimpow, deseoso de contarle a alguien lo que le había ocurrido.

—¿A Aidor Bílbicum? ¿Tú solo? —preguntó Junn descreído.

Grimpow contestó con otra pregunta.

—¿Dónde están Weienell y Salietti?, necesito verlos cuanto antes —dijo azorado.

—Cuando llegué a la taberna y les dije que te habías perdido entre la muchedumbre que celebraba la Noche de los Sortilegios en el barrio de los canales, salieron a buscarte, pero no deben tardar en regresar. Será mejor que

subas a la posada y los esperes en tu cuarto. Junto a la escalera encontrarás una vela —dijo Junn, regresando junto al hombre con el que hablaba.

Grimpow abrió una puerta destartalada que había muy cerca del mostrador, anduvo a ciegas por un angosto pasillo y palpó sobre un hueco abierto en la pared hasta que encontró la lámpara. Encendió el cabo de la vela, y con un soplo leve apagó el fósforo. La vela creó a su alrededor una aureola de luz que le iluminaba el rostro entre penumbras y, acompañado por sus propias sombras proyectadas en las paredes, subió hasta su cuarto. Abrió la puerta, entró con sigilo y echó el cerrojo al cerrarla.

Con la vela encendida prendió otra que había en el suelo, junto al camastro. Luego se sentó en el poyete de la ventana, y sacó de debajo de su jubón la hoja que la voz de las sombras le había dejado en la catedral. Se disponía a leer de nuevo su enigmático texto cuando un par de golpes leves sonaron en la puerta. Sintió que el corazón le daba un vuelco, y al abrir vio frente a él los rostros desencajados de Weienell y Salietti.

—¿Se puede saber dónde te habías metido? Nos has dado un susto de muerte —dijo Salietti visiblemente enojado.

Grimpow no hizo caso a las protestas de su amigo.

—¡He encontrado a quien no existe, y he oído la voz de las sombras! —soltó de corrido, con una sonrisa satisfecha en los labios.

—¿Cómo? —preguntó Weienell.

—Ahora os contaré lo ocurrido, pero antes mirad esto —dijo Grimpow ilusionado, ofreciéndoles la página que le faltaba al manuscrito de Aidor Bílbicum.

Salietti se olvidó de su enfado, cogió la página de pergamino y la acercó a la luz de la vela, mientras Weienell miraba con curiosidad por encima de su hombro.

—¿Y qué significa este texto? Todo él parece estar escrito en clave —murmuró Salietti, sin comprender nada de lo que leía.

—¿Y qué esperabas? Aidor Bílbicum ya lo advertía en su manuscrito, ¿recuerdas? «Aquel que busque el secreto de los sabios ha de ver entre las tinieblas que dominan el caos de los enigmas indescifrables» —recitó Grimpow de memoria.

—Grimpow tiene razón —dijo Weienell—. Ahora al menos sabéis a qué enigmas debéis enfrentaros para encontrar lo que buscáis.

Salietti miró a Weienell a los ojos.

—Querrás decir lo que buscamos. Tú también formas parte de esto, se lo debemos a tu padre y al mío —dijo.

—Entonces déjame ver detenidamente ese misterioso texto —dijo Weienell aceptando el reto de Salietti, y contenta de sentirse uno más entre ellos. Y después de contemplar el criptograma, añadió—: Creo que en este texto hay tres etapas con distintos enigmas cada una. La primera se corresponde con esta parte:

Sigue el recorrido del signo
y busca la cámara sellada,
donde el tiempo es vida y es muerte.
Pero sólo si alcanzas la inmortalidad
lograrás ver el Camino Invisible.

»La segunda etapa, —continuó—, está recogida en estas líneas de aquí:

Él te conducirá hasta la isla de Ipsar,
habitada por seres fantásticos y monstruos;
enfréntate al diablo,
y a sus pies hallarás las últimas palabras.

»Y la tercera y última —dijo muy segura de sí— es esta otra:

Luego cruza las columnas del tránsito
y entra en el laberinto.
Allí siembra la semilla y
verás crecer la flor.

Salietti no pudo disimular que estaba enamorado de Weienell, y sus palabras fueron tan dulces como el almíbar.

—De acuerdo, tenemos delante de nosotros todos los enigmas que hemos de resolver para encontrar el secreto de los sabios, pero ahora, ¿cómo interpretamos todo esto? —dijo.

—Comenzando por el principio —dijo Weienell—. Mi padre siempre decía que ése es el mejor modo de enfrentarse a un misterio.

—Entonces lo primero que tenemos que averiguar es dónde está la cámara sellada, en la que el tiempo es vida y es muerte —apuntó Salietti.

—Y para ello hemos de seguir el recorrido del signo —añadió Weienell, comenzando a apasionarse con ese texto repleto de enigmas, que a buen seguro debían de tener una solución lógica.

—Yo creo saber dónde está la cámara sellada donde el tiempo es vida y es muerte —dijo Grimpow—. Lo estuve pensando mientras venía hacia aquí. El signo no puede ser otro que el Ouróboros, la serpiente que se muerde la cola, y si seguimos su recorrido lo que obtenemos es... —se interrumpió, en espera de que Weienell o Salietti completaran su razonamiento.

Ambos se quedaron pensativos, y fue Weienell quien anticipó la respuesta.

—¡Un círculo! El signo del Ouróboros traza un círculo en su recorrido desde la cabeza hasta la cola que se muerde la serpiente —exclamó complacida.

Salietti se sintió orgulloso de Weienell.

—¡La cámara sellada está en los castillos del Círculo! —concluyó Grimpow, y todos se felicitaron por su acertada interpretación, aunque una sombra de inquietud se dibujó en el rostro de Salietti.

Grimpow despertó sobresaltado. Estaba empapado en sudor y en su mente aún bullían las imágenes deslavazadas de un sueño inacabado y extraño. Había tenido una terrible pesadilla, en la que había visto con total nitidez el cuerpo ensangrentado de Salietti, tendido entre cientos de cadáveres. Grimpow permanecía en pie, a su lado, mirando cómo se acercaba el inquisidor Búlvar de Góztell y le arrebataba la piedra de las manos sin que él hiciese nada por impedírselo. El fraile dominico reía a carcajadas y ordenaba a sus soldados que llevasen al muchacho ante los verdugos. Entonces se vio a sí mismo atado a un potro de tortura, y su propio grito de horror lo arrancó del sueño, mientras sudaba y jadeaba como un moribundo.

El taco de madera que igualaba las piernas de Junn golpeaba el suelo del pasillo con un martilleo cadencioso que llegó a oídos de los que aún dormían en la posada. Grimpow salió de su camastro de un salto, descerrajó la puerta y vio que Salietti también se asomaba al pasillo desde la alcoba de Weienell.

—¿Ocurre algo, Junn? —preguntó Salietti al posadero, que parecía visiblemente nervioso y asustado.

—¡Tenéis que marcharos de Estrasburgo sin pérdida de tiempo! Ese inquisidor llamado Búlvar de Góztell ha llegado a la ciudad acompañado por unos esbirros del barón, y os están buscando. Incluso han detenido a algunos maestros constructores de la catedral y a algunos magos y alquimistas para interrogarlos, pensando que os hayan podido dar cobijo en sus casas.

—Debí haber matado a ese fraile dominico cuando lo tuve en mis manos —masculló Salietti entre dientes.

—Bajaré al patio de la bodega para preparar los caballos —dijo Grimpow, mientras se vestía con precipitación en la misma puerta del cuarto.

—No podréis salir de la ciudad a caballo. Hay soldados que registran a todos los que entran o salen por los puentes fortificados. Prepararé mi carreta con vuestros caballos y os ocultaré en unos toneles vacíos que guardo en la bodega.

—Si tú consigues sacarnos de la ciudad, podremos continuar solos nuestro camino hacia los castillos del Círculo, una vez que nos hayamos alejado de sus puertas —dijo Salietti.

—¿Los castillos del Círculo? Piensas huir de una hoguera para meterte en el mismísimo infierno. El asalto a los castillos ya ha comenzado, y he oído decir que, aunque herido, el barón Figüeltach de Vokko se ha puesto a la cabeza de su ejército junto a Váldigor de Róstvol. Ya han conseguido tomar tres de los castillos del oeste, y los fieles caballeros del duque Gulf que los defendían se han retirado a su fortaleza.

—Intentaremos llegar por el desfiladero del este. Si partimos ahora, antes del anochecer estaremos allí —insistió Salietti.

Antes del mediodía, Junn había preparado el tiro con los tres caballos de sus huéspedes y con el suyo, emparejándolos de dos en dos, y había colocado el falso cargamento de vinos sobre el cajón de la carreta. Se trataba de una partida de seis barriles, tres de ellos normales y otros tres preparados con un doble fondo lo suficientemente amplio como para ocultar en su interior a una persona sentada en cuclillas. Después, Grimpow, Weienell y Salietti se fueron metiendo uno a uno en el interior de los barriles, con la desazón de quien teme ser en terrado vivo en un sarcófago panzudo y redondo. Junn cubrió los toneles con sus respectivas tapas y las selló con grasa para que parecieran herméticamente cerrados. Luego se subió al pescante, arreó a los caballos y salió del patio de la posada.

La carreta cruzó aprisa el barrio de los artesanos y la desolada calle de los escribanos y libreros, en otros tiempos célebre y bulliciosa, y vacía desde que comenzaran las persecuciones de la Inquisición. Al poco pasó junto al cementerio de Estrasburgo, dejando a su derecha una larga hilera de cipreses, largos y delgados como las agujas de las torres que se divisaban sobre sus copas.

Más adelante cruzó el puente fortificado con tres arcos ojivales y tres torres almenadas que se elevaban sobre el delta del Rin, y se dispuso a salir de la ciudad por la puerta del nordeste, custodiada por una patrulla de soldados armados con lanzas y espadas. Junn detuvo la carreta detrás de otros carros que eran registrados meticulosamente por los centinelas de las torres, se bajó del pescante con dificultad a causa de su cojera, y simuló comprobar el estado de su cargamento de barriles. Miró a un lado y a otro, y como quiera que los soldados continuaban entretenidos con la inspección de los carros que le precedían, cargados de trigo, de heno, de verduras, de aves y de cerdos, fingió que tiraba de las cuerdas que sujetaban la mercancía a la que le hablaba.

—Guardad silencio y contened la respiración tanto como podáis, vamos a salir de Estrasburgo y los soldados van a registrar el carro —dijo Junn en voz baja.

Apenas terminó de decir esto cuando vio que el sargento de la guardia, un hombre corpulento de rostro rojizo y avinagrado, se acercaba al carromato acompañado por dos de sus soldados. Junn se dirigió a ellos haciendo más ostensible su cojera.

—¡Pero si es el lisiado de Junn el Cojo! ¿Acaso te manda el barón para que refresques con tus vinos aguados la sed de sus soldados? —dijo con sorna el sargento al reconocer al recién llegado, y acto seguido se quitó el yelmo y se pasó el antebrazo por la frente para limpiarse el sudor.

En el interior de los barriles cerrados, Grimpow, Weienell y Salietti contuvieron la respiración al oír la ronca voz del guardián, y cerraron los ojos

para conjurar el miedo que sentían entre la espesa oscuridad de sus escondrijos de madera.

—En los tiempos que corren, el barón Figüeltach de Vokko tiene asuntos más importantes que atender, antes que ocuparse de saciar tu sed con mi vino, viejo bribón —exclamó Junn satisfecho con su buena estrella, pues el sargento de la guardia con el que hablaba solía visitar con frecuencia su taberna.

—Vamos, muéstrame lo que llevas ahí dentro, y dime quién es el destinatario de un cargamento tan preciado —dijo el sargento al llegar a la parte trasera de la carreta.

—Llevo un encargo de seis barriles de mi mejor vino para un comerciante de telas de la vecina ciudad de Ísbroden, aunque si abres los barriles perderé la mercancía por el camino. Están sellados para evitar que se derrame el líquido divino —dijo Junn entre risas disimuladas—. Pero si deseas comprobar la calidad de su contenido puedes quedarte con uno de estos odres que llevo de muestra, y con los que a mi regreso pienso celebrar el negocio alegrando mi propio gaznate —añadió mientras destapaba las lonas del carro y dejaba a la vista los seis barriles y los dos odres de vino.

El sargento se rascó la cabeza como si pensara algo, o eso al menos le pareció a Junn.

—A ver, comprobemos lo que dice este cojo y astuto estafador de borrachos —dijo al fin el sargento, haciendo una señal a sus soldados para que cogieran el pellejo lleno de vino.

Uno de los soldados entregó su lanza al otro, cogió el odre, lo destapó y bebió un largo trago.

—Es bueno —dijo simplemente el soldado, y le ofreció el odre de vino al sargento.

Este le imitó, alzó el odre como si alzara el pellejo inflado de un cordero, y se deleitó con un largo trago. Luego se pasó la mano por la comisura de los labios hasta apurar la última gota de vino que resbalaba por ellos y dijo:

—Nos quedamos el regalo, y ahora sube al carro y lárgate de aquí antes de que decida quedarme también con tus barriles.

La conversación fue oída por los que se ocultaban en la panza de los barriles, y todos dejaron escapar un suspiro de alivio.

Junn se subió al pescante, y se dispuso a arrear los caballos sin más dilaciones, pero antes le preguntó al sargento:

—¿Qué ocurre en Estrasburgo, que hay tanto jaleo por las calles?

—Están buscando a tres proscritos que huyeron de la fortaleza del barón Figüeltach de Vokko después de que un arquero escondido le hiriera de muerte. Dicen que uno de ellos es el caballero que venció en los torneos de primavera de los castillos de Alsacia, y que la dama que le acompaña es una hermosa hechicera.

—¿Y tú te crees esas leyendas? —preguntó Junn.

—Yo no me creo nada más que lo que ven mis ojos, y cuando estoy borracho, ni siquiera eso —dijo el sargento soltando una carcajada que sonó dentro de los barriles como el rugido de una tormenta.

Junn arreó a los caballos y al poco pasó por debajo de la última torre del puente fortificado, dejando atrás la ciudad de Estrasburgo, y sus temores a ser descubiertos.

Tomaron el camino de la vecina ciudad de Ísbroden, que llevaba al norte, y cuando se hubieron alejado lo suficiente del puente fortificado, Junn detuvo la carreta junto a un páramo rodeado de altas malezas. Se bajó del pescante y se apresuró a quitar las lonas que cubrían los barriles. Luego se subió al cajón de la carreta y quitó la falsa cubierta del primer tonel, ayudado por unos brazos que empujaban desde dentro. Weienell, algo desorientada por el ajetreo del viaje, asomó la cabeza a la luz del sol que brillaba sobre ellos, se puso en pie y saltó del barril ayudada por Junn.

—¡Pensé que no saldría nunca de este pozo oscuro! —exclamó después de aspirar el aire como si fuese la primera vez que lo respiraba.

—Vamos, ayúdame a destapar los otros barriles —dijo Junn.

Salietti y Grimpow saltaron de sus escondrijos con la misma alegría que unas crías de zorro al descubrir la salida de su madriguera. Retiraron sus caballos del tiro de la carreta dejando sólo el caballo de Junn, y le agradecieron cuanto había hecho por ellos. Pero antes de marcharse Salietti sacó la bolsa de cuero en la que guardaba las pepitas de oro y le entregó un puñado de ellas a Junn.

—Quizá debas pasar algún tiempo fuera de Estrasburgo. Esto te ayudará a vivir sin apuros hasta que puedas regresar de nuevo, sin temer que el inquisidor Búlvar de Góztell te ase vivo en una parrilla como si fueses un cordero —dijo.

—Sabes que no necesitas pagarme por mi ayuda. Tu padre y tú habríais hecho lo mismo por mí. Pero tampoco despreciaré el oro que me ofreces para evitarme una muerte tan lenta y horrible como la que ese fraile dominico me daría. Iré al sur, a Mulhouse, a visitar a mi hermano, al que no veo desde hace años. Supongo que aún estará vivo, y si no es así, tal vez me quede allí una temporada para ayudar a su familia. Tenía once hijos y no era más que un porquero.

Todos le abrazaron, y Junn les deseo buena suerte en su búsqueda de la sabiduría, aunque él no alcanzase a comprender cómo podrían encontrar un tesoro tan impalpable.

La cámara sellada

Desde la salida del desfiladero podía divisarse la densa humareda que surgía de los tres castillos del Círculo situados al oeste. Miles de jinetes, diminutos como una plaga de hormigas, se movían por el valle avanzando hacia la fortaleza del duque Gulf de Östemberg sin que nadie les saliese al encuentro para impedir su avance.

—El ejército del barón Figüeltach de Vokko ha arrasado los primeros castillos del Círculo y ha abierto una gran brecha por la que se dispone a asediar la fortaleza del duque. Si no nos damos prisa, ellos llegarán antes de que nosotros podamos atravesar sus puertas —dijo Salietti erguido sobre su caballo, mientras Grimpow y Weienell contemplaban la belleza del valle que ahora tenían ante sus ojos.

La hierba cubría una extensa pradera, cruzada de este a oeste por las transparentes aguas de un caudaloso río, y de ella emergían ocho titánicos peñascos rematados en sus cumbres por los castillos del Círculo. En el centro, sobre una alta meseta bordeada por lisas paredes de roca, se alzaba la gran fortaleza del duque Gulf de Östemberg, envolviendo una intrincada ciudadela entre sus torres y murallas.

Espolearon sus caballos y descendieron al valle con la rapidez de una estampida, antes de que unos caballeros del barón que les habían visto galopar desde la lejanía se lanzaran en su persecución.

El único acceso posible a la meseta peñascosa sobre la que se levantaba la fortificación del duque Gulf de Östemberg estaba orientado hacia el este, donde la elevación del terreno descendía vertiginosamente hasta fundirse con el valle. Un foso ancho y profundo protegía esta zona de las murallas, dominadas por un castillete elevado ante el puente levadizo. Detrás se ubicaban dos torres enormes y panzudas, separadas por un amplio arco abierto en la muralla, que albergaba el rastrillo y las dos gruesas puertas de entrada a la pequeña fortaleza situada en la parte más baja de la roca. En la bóveda y en los muros del túnel que unía la primera y la segunda puerta, un conjunto de trampas e ingeniosos

dispositivos de defensa estaba listo para detener al enemigo que hubiera logrado llegar con vida hasta allí, superando los primeros obstáculos de la entrada: cadenas cruzadas para impedir el paso de las cabalgaduras, troneras para arqueros y agujeros en la bóveda para bombardear a los atacantes con aceite hirviendo y pesados misiles de piedras redondas. Superada esta primera línea de defensa, un empinado camino conducía hasta la entrada a la verdadera fortaleza, cuyas torres y murallas se alzaban sobre los precipicios de la inmensa roca. Una fortaleza sobre otra fortaleza.

Sin embargo, los recién llegados a la cima de la colina por el camino que serpenteaba desde el valle no tuvieron dificultad alguna para entrar en el castillo del duque Gulf de Östemberg. Tan pronto los centinelas de las torres que flanqueaban la entrada vieron que se trataba de un caballero y dos jóvenes escuderos que huían de una avanzadilla de guerreros del barón Figüeltach de Vokko, hicieron sonar las trompetas y toda la guardia se dispuso a abrir las distintas puertas del castillete y a bajar el puente levadizo.

Ya dentro de la pequeña fortaleza inferior, Salietti se presentó al capitán de la guardia y solicitó ser recibido de inmediato por el duque. Pero aún le explicaba los motivos de su visita al capitán cuando se acercó a ellos un caballero a quien Salietti y Grimpow ya conocían.

—Después de vuestra precipitada huida del campo de justas del barón Figüeltach de Vokko, no esperaba volver a veros, y menos aún aquí, en este refugio de templarios que ahora hierve en el fragor de la guerra —dijo a sus espaldas una voz grave.

Los recién llegados giraron sus cabezas y vieron tras ellos al enigmático caballero Rhádoguil de Cúrnilldonn, con quien Salietti había compartido parte de su viaje en las cercanías de la fortaleza del barón Figüeltach de Vokko. Él fue quien le dijo que el papa Clemente V había muerto envenenado, y quien le contó que tenía una misión que cumplir en la fortaleza del barón que no era combatir en las justas. Por eso Salietti sospechó que sólo él o su escudero pudieron disparar la flecha con los colores del Temple que hirió al barón Figüeltach de Vokko, y que les permitió a ellos huir de su fortaleza llevándose como rehén al inquisidor Búlvar de Góztell.

El caballero Rhádoguil de Cúrnilldonn vestía una cota de malla cubierta por un largo blusón blanco, ceñido a la cintura por la correa de su espada. Sobre el pecho llevaba bordada la gran cruz roja de la Orden del Temple, y una larga capa le caía de los hombros con la misma cruz bordada al lado izquierdo. Grimpow lo observó con detenimiento, y recordó que unas vestiduras iguales a ésas fueron las que encontró en la gruta subterránea de la abadía de Brínkdum, cuando el criado Kense le mostró la espada templaría que había usado el hermano Rinaldo de Metz en las cruzadas.

—¿Qué os trae por aquí? —preguntó el caballero templario, después de extender su brazo para saludar a Salietti y hacerle una señal al capitán con su mano para que les dejara hablar a solas.

—Tuvimos que huir de Estrasburgo para evitar que el inquisidor Búlvar de Góztell nos apresara —explicó Salietti, mientras se reponía de su sorpresa.

—De no haber sido porque vos os colocasteis delante de mi blanco, yo mismo habría acabado con ese fraile dominico clavándole una flecha entre los ojos. ¿Qué hicisteis con él, después de llevároslo del campo de justas como rehén?

—Lo tiré a las aguas del Rin, confiado en que se lo tragaría la corriente —dijo Salietti, lamentando no haber acabado de una vez y para siempre con el malvado inquisidor.

—Habríais hecho mejor clavándole vuestro puñal en el corazón —soltó el templario con una carcajada, al tiempo que echaba su pesado brazo sobre el hombro de Salietti.

Weienell y Grimpow permanecían junto a los caballos, contentos de haber llegado a la fortaleza antes de que les dieran alcance los jinetes del barón Figüeltach de Vokko. Ambos estaban deseosos de comenzar su búsqueda de la cámara sellada en la fortaleza del Círculo, donde el tiempo era vida y era muerte según rezaba el manuscrito de Aidor Bílbicum, y no sabían si llegarían a encontrarla antes de que los ejércitos del barón y del rey de Francia asaltaran la fortaleza para arrebatarles el secreto de los sabios, que anhelaban poseer tanto como ellos. Durante el camino hacia los castillos del Círculo, Grimpow le había contado a Weienell la leyenda de los nueve caballeros templarios y del mágico objeto que hacía dos siglos transportaron desde el Templo de Salomón de Jerusalén hasta Francia, y ahora le explicaba los rumores que aseguraban que el secreto de los sabios estaba oculto en la fortaleza del duque. Sin embargo, ellos sabían que lo que quiera que fuese lo que se escondía entre esas murallas no debía de ser el secreto de los sabios, pues según el manuscrito de Aidor Bílbicum aún tenían que llegar a la misteriosa isla de Ipsar, habitada por seres fantásticos y monstruos, para enfrentarse al diablo y encontrar a sus pies las últimas palabras, y sabían que también tendrían que cruzar las columnas del tránsito para entrar en el laberinto, y sembrar allí la semilla que les permitiría ver crecer la flor. Grimpow no había dejado de pensar en el significado de ese complejo criptograma, aunque sospechaba que si lograban alcanzar la inmortalidad en la cámara sellada que buscaban, podrían ver al fin el Camino Invisible que les conduciría hasta el secreto de los sabios. Su mayor inquietud, no obstante, era la pesadilla que lo había despertado con un sobresalto durante la noche anterior en la posada de Junn, y en la que había visto el cuerpo de Salietti ensangrentado entre cientos de cadáveres. Algo dentro de sí mismo que no sabría explicar le hacía temer que esa pesadilla fuese mucho más que un mal sueño.

—He visto que los primeros castillos del Círculo ya han sido arrasados por el ejército del barón y del rey de Francia —dijo Salietti.

—Para nuestra desgracia así ha sido, efectivamente, a pesar de la feroz resistencia de los caballeros y los soldados del duque Gulf. Pero mil hombres

poco pueden hacer frente a más de seis mil jinetes armados y unas máquinas de guerra descomunales. Por fortuna todos los habitantes de los castillos están ahora a salvo en esta fortaleza inexpugnable —comentó sin mucho entusiasmo Rhádoguil de Cúrnilldonn—. Y ahora venid conmigo, os llevaré ante el duque Gulf de Östemberg, que siente gran curiosidad por conoceros. Está en la torre del homenaje de la fortaleza, observando con sus caballeros el avance de las tropas del barón por el valle y preparando las defensas para el largo asedio que nos aguarda.

—¿Sabe algo sobre mí el duque Gulf de Östemberg? —preguntó Salietti, mirando de nuevo al caballero templario con estupor.

—Desde luego, y, según me ha comentado, él mismo llegó a conocer a vuestro padre Iacopo de Estaglia, pues era gran amigo del suyo —dijo el caballero templario, volviendo a dejar helado a Salietti—. Cuando llegué a la fortaleza después de intentar acabar con la vida del barón Figüeltach de Vokko, ante la imposibilidad de asesinar al rey de Francia, le relaté cuanto había presenciado sobre vuestra huida del campo de justas y el rescate de la hermosa joven que os acompaña. Al veros hace un momento desde la torre espoleando vuestra cabalgadura como si os persiguiese el mismo diablo, bajé de inmediato para que os abriesen las puertas sin demora. Podéis creerme si os digo que el duque Gulf también se siente muy complacido por poder recibiros en su castillo, aunque sea en momentos tan trágicos como éstos.

Salietti no ignoraba que su padre había viajado con frecuencia a Estrasburgo, pues él mismo lo había acompañado en algunos de sus viajes cuando era un joven estudiante. Pero nunca había imaginado que su padre y el duque Gulf se conocieran. Si era así, se dijo, probablemente tuviese razón Weienell cuando les dijo a Grimpow y a él que su padre solía reunirse con otros sabios en los castillos del Círculo de Piedra.

Ascendieron a la fortaleza superior por un camino tan estrecho que a duras penas podían pasar dos caballos juntos. Traspasaron el túnel de entrada después de que la guardia elevara el rastrillo y entraron en un amplio patio de armas. Multitud de soldados y caballeros subían y bajaban de las murallas, tomando posiciones en sus puestos de defensa ante la inminente llegada del ejército del barón y del rey de Francia al pie de la colosal roca. Dejaron los caballos en el patio, cogieron sus alforjas y subieron a la torre.

Desde las altas almenas de la torre del homenaje, el duque Gulf de Östemberg miraba con gesto amargo y preocupado el imparable avance de sus enemigos. Los tres castillos del Círculo de Piedra situados al oeste habían sido rápidamente tomados por los caballeros del barón Figüeltach de Vokko, y ahora ardían frente a sus ojos como grandes antorchas encendidas en el horizonte. Sus caballeros y vasallos habían buscado refugio en la fortaleza, y se repartían por todos los rincones, preparando flechas, afilando espadas o llenando barriles de agua para apagar los incendios.

El barón Gulf de Östemberg apenas sería unos años mayor que Salietti, pero sus ojos azules y su barba blanquecina y recortada le conferían un aire de majestuosa serenidad y sabiduría.

—Llegáis en horas trágicas, que mancharán con sangre imborrable la barbarie de la ignorancia —dijo el duque Gulf al ver llegar a Salietti y a los dos jóvenes que le acompañaban, precedidos de Rhádoguil de Cúrnilldonn.

—Si hay que defender vuestra fortaleza de las bestias que la amenazan, me alegra haber llegado a tiempo de poder combatir con mi espada a vuestro lado y al de vuestros caballeros —respondió Salietti, inclinando el cuerpo en una leve reverencia.

Weienell y Grimpow se quedaron algo retrasados, en espera de que Salietti los presentara.

—Sed entonces bienvenido a los castillos del Círculo de Piedra, como siempre lo fue vuestro padre Iacopo de Estaglia, aunque él jamás esgrimió otra espada que no fuese la de su afilada sabiduría.

—Ignoraba que mi padre hubiese visitado alguna vez vuestra fortaleza —dijo Salietti.

—Vuestro padre fue gran amigo del mío y de otros sabios que se reunían en una sala de este castillo varias veces al año, aunque de eso haga ya mucho tiempo —explicó el duque con añoranza de un tiempo lejano y dichoso.

Al oír hablar de una sala en la que se reunían los sabios, Salietti, Grimpow y Weienell sintieron que un escalofrío les recorría la piel. Creían que la cámara sellada era algo que ellos tendrían que esforzarse en descubrir, y sin embargo parecía estar al alcance de su mano sin tener que buscarla.

—Me ha dicho el caballero Rhádoguil de Cúrnilldonn que vos mismo llegasteis a conocer a mi padre —prosiguió Salietti con sus indagaciones.

—Yo aún era un muchacho cuando vuestro padre me regaló un curioso artilugio de cristal que convertía en grandes las cosas diminutas y que, colocado perpendicularmente a los rayos del sol, hacía arder cualquier objeto sobre el que se dirigiese su maravillosa luz azulada —dijo el duque sonriendo.

—Entonces también debisteis conocer a un sabio llamado Gurielf Lábox —destacó Salietti, ante los ojos expectantes de Weienell.

—Así es, él era otro de los sabios con los que se reunía mi padre en la sala de la que os hablo —confirmó el duque.

Salietti les hizo una indicación a Weienell y a Grimpow para que se acercaran y se los presentó al duque. Luego le habló de la muerte de su padre en los bosques nevados de Úllpens, y de la muerte del padre de Weienell a manos del inquisidor Búlvar de Góztell. El duque les expresó a ambos sus condolencias y añadió:

—Estoy seguro de que este encuentro en momentos tan dramáticos para los castillos del Círculo no es fortuito, y al menos servirá para honrar el recuerdo de nuestros padres. Acompañadme, quiero mostraros la sala en la que se

reunían esos hombres sabios y contaros una historia de la que nunca le he hablado a nadie.

El duque Gulf dejó al mando de sus tropas al caballero Rhádoguil de Cúrnilldonn y abandonó la torre acompañado por los recién llegados. Bajaron en silencio hasta salir al patio de armas, donde continuaba el bullicioso ir y venir de los soldados por las almenas de las torres, vigilando los lentos movimientos de miles de jinetes que se acercaban a la fortaleza por el oeste del valle. Gulf de Östemberg era consciente de que no debía abandonar su puesto en la torre como señor del castillo que muy pronto sería asediado por un ejército implacable, pero creía que había llegado el momento de cumplir un antiguo juramento, y un intenso y profundo sentimiento de amistad, cuyo origen incierto no podía determinar, lo impulsó a descender hasta la sala en la que en otro tiempo se reunían los sabios, y en la que él no había vuelto a entrar desde que muriera su padre. También Weienell y Salietti pensaban que algo los unía con el duque Gulf de Östemberg, algo tan imperceptible como la historia común de sus padres y su inquietud por la sabiduría. Sin embargo, muy pronto comprenderían que todos ellos estaban unidos por la olvidada leyenda de un mismo secreto.

Al fondo del patio de armas el duque Gulf descerrajó una puerta de hierro empotrada en un pequeño arco, cogió una antorcha que colgaba de una argolla en el muro, la prendió, y todos bajaron por unas estrechas escaleras acaracoladas que desembocaban en una pequeña sala de forma circular. La sala estaba completamente vacía, y su techo era una bóveda semiesférica que en otro tiempo debió de simular la bóveda del cielo. Pero en aquella sala había algo que no tardó en llamar la atención de Grimpow, de Weienell y de Salietti, tan pronto entraron en ella. Frente al arco de la entrada, y en el centro del muro circular, destacaba el relieve de unas grandes letras talladas en la roca y escritas en latín:

TEMPUS ET VITA
TEMPUS ET MORTIS

«Tiempo y vida, tiempo y muerte», pensaron los tres acompañantes del duque para sus adentros, sin que les cupiese duda de que muy cerca de ellos tenía que estar la cámara sellada donde el tiempo es vida y es muerte, según decía la hoja del manuscrito de Aidor Bílbicum.

El duque Gulf también se dio cuenta enseguida de que el texto tallado en la roca había llamado poderosamente la atención de sus tres acompañantes, especialmente del muchacho llamado Grimpow, que miraba las letras escritas en latín como si pudiese ver más allá de su aparente significado.

—Es de esa misteriosa inscripción de lo que deseaba hablaros, antes de que sea demasiado tarde —dijo el duque con voz solemne. Y ante el silencio expectante de sus acompañantes, prosiguió—: Uno de mis antepasados más lejanos, Atberol de Östemberg, fue discípulo en su juventud de un sabio

llamado Aidor Bílbicum, que hace dos siglos viajó a Oriente llevado por su pasión por la astronomía, y donde al parecer un misterioso sabio le entregó una piedra prodigiosa a la que las leyendas llamaban el *lapis philosophorum*, desvelándole a la vez el lugar del Templo de Salomón de Jerusalén en que estaba escondido un objeto maravilloso cuyo poder era tan asombroso que podría llegar a ser codiciado por todos los reyes y emperadores de la Tierra, si llegasen a saber de su existencia. Atberol de Östemberg acompañó a Aidor Bílbicum a aquellos lejanos territorios antes de que comenzaran las cruzadas de Tierra Santa, y junto a otros sabios de una sociedad secreta llamada Ouróboros encargaron a nueve caballeros, que se llamaban a sí mismos templarios por hospedarse en los establos del Templo de Salomón, que protegieran del asalto de los musulmanes y bandidos el traslado de una carreta cargada con ese objeto maravilloso hasta Francia, pagándoles su misión con abundantes piezas de oro puro. Una vez en Francia la sociedad secreta de sabios llamada Ouróboros escondió el mágico objeto en un lugar desconocido, y los nueve caballeros templarios fundaron la poderosa Orden del Temple, en honor al Templo de Salomón de Jerusalén, en el que durante muchos años habían vivido como monjes soldado encargados de proteger a los peregrinos...

—Hasta donde nos habéis contado, y salvo que vuestro antepasado Atberol de Östemberg fue uno de los fundadores de la sociedad secreta de sabios llamada Ouróboros, esa historia nos es conocida, pues así la cuenta el propio Aidor Bílbicum en un manuscrito titulado La esencia cósmica de la piedra —le interrumpió Salietti—. Pero continuad, pues creo que vos conocéis los eslabones que faltan en la cadena de esa fantástica leyenda.

—En efecto, la historia se convirtió en leyenda cuando los caballeros de la Orden del Temple alcanzaron tanto poder y riquezas que despertaron la envidia de papas, reyes y emperadores. Todos llegaron a creer que en verdad los nueve caballeros del Templo de Salomón de Jerusalén habían encontrado un tesoro de valor incalculable. Pero antes os diré que mi antepasado Atberol de Östemberg, como discípulo más querido del sabio Aidor Bílbicum, fue el encargado de ocuparse a su muerte de su enterramiento en una cripta desconocida...

Salietti volvió a interrumpirlo.

—Esa cripta está en la iglesia de Cornill, al norte de la ciudad de Úllpens —dijo.

—Ya veo que no me he equivocado al suponer que erais vosotros los poseedores de la piedra, y a buen seguro que os interesará saber lo que aún tengo que deciros.

»Mi antepasado Atberol de Östemberg también recibió la piedra de Aidor Bílbicum, y después de enterrar el cuerpo de su maestro junto al manuscrito que conocéis, ocultó en algún misterioso lugar de este castillo las claves que conducen hasta el secreto de los sabios. Atberol de Östemberg no le dijo a nadie dónde había escondido esas claves, pero, una vez que sus hijos tuvieron uso de razón para discernir lo que oían, les hizo jurar que jamás contarían esa historia a

nadie, a menos que un hombre sabio llegara a la fortaleza sin ningún motivo aparente que justificara su visita. Entonces habrían de traerlo a esta sala y dejarlo solo el tiempo que necesitase, no debiendo sorprenderse si no volvían a verlo salir de nuevo.

Estas palabras alarmaron a Grimpow, pues no alcanzó a comprender qué quería decir exactamente el duque con que no volvieran a ver a quien se quedaba a solas en esa sala, llegando incluso a imaginar que pudiese desaparecer de súbito, como desapareció ante sus ojos el cuerpo del padre de Salietti cuando él lo encontró muerto en las montañas.

—Pero Atberol de Östemberg también les hizo jurar a sus hijos —continuó el duque— que la historia que él les había contado se la contarían a sus hijos, exigiéndoles el mismo juramento, a fin de que siempre existiera un duque de Östemberg que conociese esa historia y permitiera a los futuros poseedores de la piedra encontrar el secreto de los sabios cuando llegase el momento. Sé que mi padre, como los vuestros, fue uno de esos sabios, y que la sociedad secreta Ouróboros celebraba en esta sala sus reuniones. Yo le hice a mi padre el mismo juramento que Atberol de Östemberg exigió a sus hijos, y ahora lo he cumplido —concluyó el duque Gulf.

—¿Teméis que el barón Figüeltach de Vokko pueda asaltar la fortaleza y encuentre las claves sobre el secreto de los sabios que vuestro antepasado escondió? —preguntó Salietti.

—El barón Figüeltach de Vokko y el rey de Francia sólo persiguen una quimera, movidos por su ambición y por su temor a la muerte. Ellos creen que aquí se oculta el tesoro de la leyenda de los templarios y eso es lo que buscan. Estoy seguro de que algún sabio templario debió de hablarles de esta sala ante el insufrible dolor del tormento de los verdugos del Papa y del rey de Francia. Os confieso que yo mismo, tentado por esa leyenda, he buscado el tesoro por todos los rincones del castillo, y no he encontrado nada que no sea ese enigmático texto escrito en latín que habla del tiempo, de la vida y de la muerte. Entre estos muros vacíos no hubo más que sabiduría, y a vosotros, como poseedores de la piedra, os corresponde encontrar lo que quede de ella. Ahora os ruego que me disculpéis. El ejército capitaneado por el barón Figüeltach de Vokko se encuentra ya a las puertas de la fortaleza, y hemos de darle el recibimiento que merece su osadía. Confío en que volvamos a vernos pronto —concluyó el duque, disponiéndose a regresar a la torre del homenaje.

—Aguardad —dijo Salietti—. Yo iré con vos. Como os dije antes, uniré mi espada a la vuestra para defender los castillos del Círculo de esas bestias. Yo no soy un sabio, jamás lo fui y no creo que jamás llegue a serlo. Mi lugar como caballero está en la batalla, ése fue siempre mi único sueño.

Weienell y Grimpow se sintieron confundidos y desolados. Si Salietti no les acompañaba y ellos llegaban a entrar en la cámara sellada, era posible que no volviesen a verle nunca.

Tiempo y vida. Tiempo y muerte

Cuando se quedaron solos en la sala que en otros tiempos fue lugar de reunión de los sabios de la sociedad secreta Ouróboros, Grimpow cogió la antorcha y recorrió los muros buscando alguna fisura en ellos. Pero las paredes de roca de la sala eran tan lisas y pulidas que parecían hechas de una sola pieza. Weienell le seguía los pasos, aunque en ese momento pensaba en las veces que su padre debió de ocupar un sitio en aquella sala misteriosa, intercambiando sus propios conocimientos y descubrimientos astronómicos con otros sabios como los padres de Salietti y del duque Gulf de Östemberg. Y se preguntaba si acaso su padre y los otros sabios llegaron a saber alguna vez que se reunían junto a la cámara sellada de la que hablaba el manuscrito de Aidor Bílbicum.

—La cámara sellada donde el tiempo es vida y es muerte tiene que estar aquí, de eso estoy seguro. Ése es el sentido del texto en latín tallado en la roca. Pero no sé cómo se abrirá esa cámara —dijo Grimpow, acercando la luz de la antorcha a la inscripción y leyéndola de nuevo en voz alta.

TEMPUS ET VITA
TEMPUS ET MORTIS

—«Tiempo y vida, tiempo y muerte» —repitió Weienell tan intrigada como Grimpow por comprender el verdadero significado de aquellas enigmáticas palabras.

Grimpow le entregó la antorcha a Weienell, sacó la piedra de la bolsa de lino que le colgaba del cuello y pasó sobre el texto la llave de los misterios como hiciera sobre la inscripción tallada en la cripta de la iglesia de Cornill. Creía que el sistema de apertura de aquella cámara sellada sería igual al del sarcófago en que Salietti y él encontraron el manuscrito de Aidor Bílbicum en la cripta, pero pronto comprobó que no era la llave de los misterios la que podía abrir los muros de roca que los rodeaban como un círculo impenetrable.

—Seguramente Atberol de Östemberg, el antepasado del duque Gulf, era tan astuto e ingenioso como su maestro, e ideó un sistema de protección de su enigma aún más complejo y sofisticado que el criptograma que Salietti y yo resolvimos en la oscura cripta de la iglesia de Cornill —dijo Grimpow, como si se hablara a sí mismo—. Pero tengo la impresión de que las palabras TEMPUS ET VITA, TEMPUS ET MORTIS, no tienen un significado distinto al que expresan.

—Yo tampoco creo que este texto contenga anagramas, y que cambiando el orden de sus letras se obtenga un texto distinto. La solución a este enigma parece estar en su mismo significado —dijo Weienell.

Entonces se dio cuenta de que en el interior de la O de la palabra MORTIS había un pequeño signo del Ouróboros.

—¡Mira eso! Es el signo del Ouróboros —exclamó Weienell, acercando aún más la antorcha para que las sombras del relieve de la letra no les impidieran verlo con detalle.

Grimpow se puso de puntillas para apreciar mejor aquel signo del Ouróboros, y comprobó que se trataba de un relieve en negativo de la serpiente que se muerde la cola, igual a la grabada en el lacre del mensaje que portaba el caballero muerto en las montañas. Entonces una idea chispeó en su mente, permitiéndole de nuevo ver la luz en medio de la oscuridad.

—¡El sello! ¡La clave para abrir esta cámara está en el sello de oro! Por eso la hoja del manuscrito de Aidor Bílbicum habla de la cámara sellada —exclamó entusiasmado.

—¿Y de qué sello de oro hablas tú? —preguntó Weienell, que no acertaba a comprender a qué podía referirse Grimpow.

—Del sello que llevaba el padre de Salietti en su alforja cuando yo le encontré muerto en las montañas de Úllpens, muy cerca de la abadía de Brínkdum —dijo mientras abría la alforja que le colgaba del hombro y sacaba el sello de oro con el signo del Ouróboros—. La cámara fue sellada con este mismo sello, y sólo él puede conseguir que vuelva a abrirse. Por eso el padre de Salietti, Iacopo de Estaglia, llevaba la piedra, el mensaje y el sello de oro. Nadie que no poseyera esos tres objetos podría encontrar nunca el secreto de los sabios. La piedra, la llave de los misterios —explicó—, permitía abrir la cripta donde dormía la historia de la sociedad secreta Ouróboros, el mensaje cifrado contenía la clave para buscar a quien no existe y oír la voz de las sombras, y este sello es el único que puede abrir la cámara sellada donde el tiempo es vida y es muerte. ¿Lo entiendes ahora? —preguntó.

Weienell asintió sin mucho convencimiento. Pero antes de que pudiese decir algo, Grimpow acercó el sello de oro al pequeño signo del Ouróboros grabado en la roca, y un zumbido sordo hizo temblar el suelo de la sala, mientras ante ellos giraba el bloque de piedra en que estaba tallado el texto TEMPUS ET VITA, TEMPUS ET MORTIS, y les abría la puerta de la cámara sellada.

La primera en entrar fue Weienell, que portaba la antorcha, y se sintió maravillada ante la belleza de aquella misteriosa cámara, cuya puerta volvió a cerrarse bruscamente una vez que pasó Grimpow a su interior. Era una gran sala octogonal completamente decorada en sus lados por ocho pinturas distintas. En los vértices de cada lado del octógono había ocho pebeteros que Weienell encendió con la antorcha, mientras miraba admirada el techo. La sala estaba cubierta por la representación de una bóveda celeste plagada de estrellas y parecía tan transparente como el infinito cielo de la noche.

Pero antes de que pudiesen recrearse en la contemplación de aquella cámara prodigiosa, una compuerta se abrió en uno de los lados y comenzó a salir un torrente de arena muy fina, que se esparcía sobre el suelo como si fuese un torrente de agua dorada.

—¡Es una trampa! ¡La cámara sellada es una trampa! —gritó Grimpow aterrado, al darse cuenta de que aquella arena fluida como oro líquido acabaría enterrándolos vivos si no conseguían descifrar pronto el enigma que ocultaba.

Weienell miró hacia el agujero abierto, e intentó tranquilizar a Grimpow a pesar de su propio miedo.

—Ahora comprendo el texto en latín de la entrada, y las palabras de Aidor Bílbicum al decir en su manuscrito que en la cámara sellada el tiempo es vida y es muerte —dijo Weienell—. Esta cámara es como un reloj de arena que mide nuestro tiempo para resolver el enigma. Si lo conseguimos antes de que transcurra ese tiempo salvaremos la vida, pero si no lo logramos, el transcurrir del tiempo significará nuestra muerte. «Tempus et vita, tempus et mortis». Por eso el duque Gulf dijo que su antepasado les advirtió de que no debían sorprenderse si no volvían a ver salir a quien se quedara a solas en la sala donde se reunían los sabios —añadió, esbozando un gesto trágico en su rostro.

Grimpow también comprendió el significado que Weienell le atribuía al texto de la entrada escrito en latín, y miró el espacio del suelo que la arena ya había cubierto. Calculó que aún disponían de al menos dos horas antes de que la arena les llegase a la cintura. Pero Grimpow también recordó la maldición de la que les hablara el ermitaño que Salietti y él encontraron en una pequeña capilla situada en un cruce de caminos a la salida de la ciudad de Úllpens, cuando les dijo: «Malditos los que osen penetrar en la esencia del misterio, porque las puertas que consigan abrir se cerrarán para siempre tras ellos». Y temió que aquella maldición, como la que el gran maestre de los templarios lanzara desde la hoguera contra el Papa y el rey de Francia, hubiera comenzado a cumplirse.

En el centro de la cámara destacaba una gran mesa, también octogonal, sobre cuya superficie estaba pintada la Rosa de los Vientos. En cada uno de los ocho lados de la mesa había una figura de piedra sentada sobre un sillón de respaldo alto, también de piedra. Eran las imágenes talladas a tamaño natural de ocho sabios vestidos con amplias togas, que tenían ambas manos apoyadas sobre la mesa, y entre ellas sostenían una gran letra de bronce. Weienell

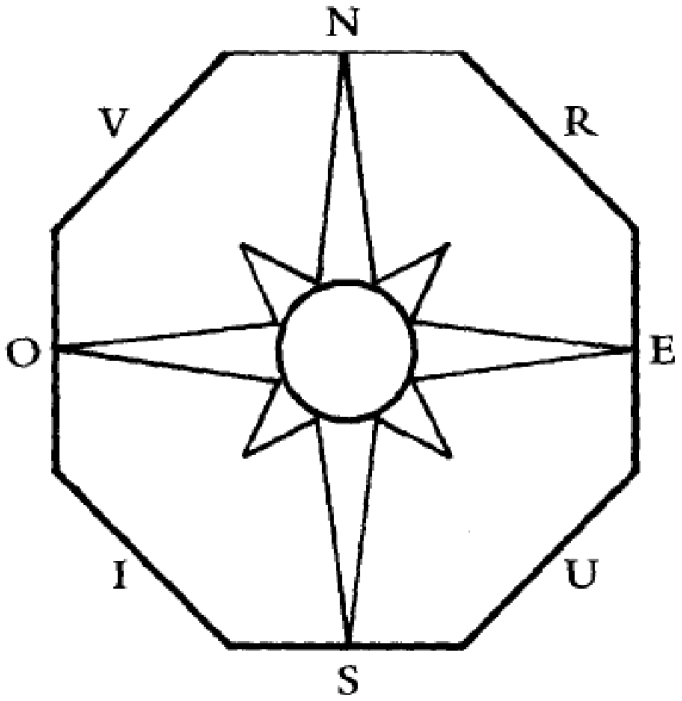
contempló aquellas esculturas como si fuesen seres de carne y hueso a los que sólo les faltase un soplo de vida para que comenzaran a moverse, y hasta buscó entre ellas el rostro de su padre. Pero aquellas caras de ojos profundos y largas barbas no le recordaron a nadie que ella hubiese conocido. Tampoco Grimpow logró reconocer a ninguno de los sabios, a pesar de que también buscó en ellas la imagen imborrable del rostro helado del caballero muerto que encontró en la nieve, y que resultó ser el padre de Salietti. Sin embargo, entre las ocho figuras, había una cuyas facciones se asemejaban mucho a los rasgos del duque Gulf, aunque correspondieran a las de un hombre anciano.

—Creo que estas estatuas de piedra representan las imágenes de los ocho fundadores de la sociedad secreta Ouróboros, que encontraron y escondieron el secreto de los sabios —especuló Grimpow más calmado, comenzando a intentar darle un sentido razonable a aquella escena que parecía detenida en el tiempo. Un tiempo paralizado en aquellas imágenes de piedra, que sin embargo no dejaba de correr para ellos dentro del insólito reloj de arena en que se había convertido la cámara sellada, en la que podían hallar la vida o la muerte. Pero al menos ya sabían que todo dependía de que consiguieran resolver a tiempo el complicado enigma que conformaban todos los elementos presentes en aquella misteriosa sala.

—Si queremos salir de aquí con vida, debemos analizar cada uno de los elementos posibles del enigma para seguir un método que nos ayude a resolverlo —propuso Grimpow.

—Entonces comencemos por el principio, como siempre me aconsejó mi padre. Está claro que en el centro de la cámara tenemos la mesa octogonal con la figura de un sabio sentado a cada lado. Y es evidente también que cada uno de ellos sostiene una letra en su mano.

—Es cierto —dijo Grimpow, dándose cuenta de que Weienell era más sabia de lo que él suponía—. Había pensado que quizá esas letras se correspondieran con las iniciales de sus nombres, pero no veo entre ellas ninguna letra A de Aidor Bílbicum, ni de Atberol de Östemberg, que son los dos únicos nombres de los primeros miembros de la sociedad Ouróboros que conocemos. Haré un dibujo de la mesa y de las letras que cada sabio sostiene, quizá ello nos ayude a ver más claro entre las tinieblas de este enigma —observó Grimpow, mientras sacaba un trozo de pergamino y un carboncillo de su alforja y comenzaba a dibujar un boceto de la composición de la mesa.



—Sobre la mesa está pintada la Rosa de los Vientos que señala los cuatro puntos cardinales —dijo Weienell—, y si te fijas bien podrás comprobar que el sabio sentado al norte sostiene la letra N, el sabio que está sentado al sur sostiene la letra S, el que está sentado al este posee la letra E, y el que está sentado al oeste tiene entre sus manos la letra O —concluyó Weienell, sintiéndose orgullosa de su razonamiento.

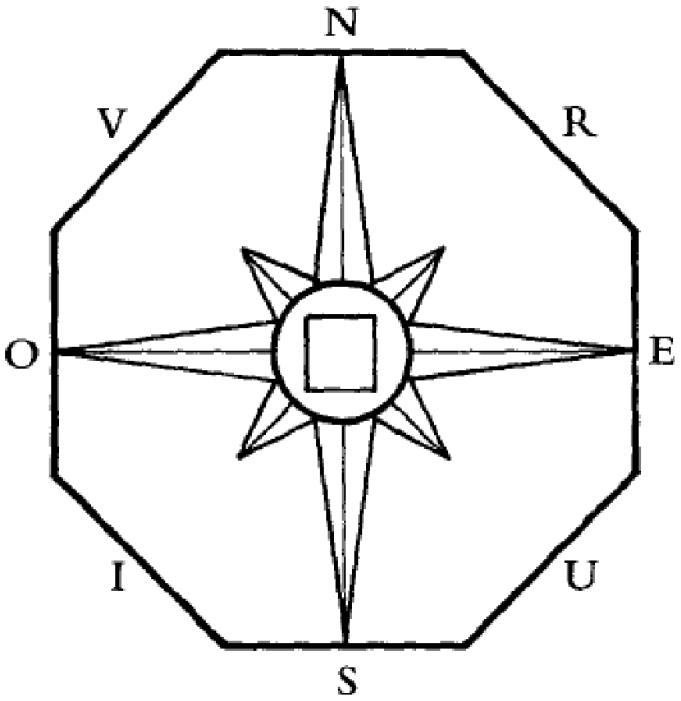
—Es fantástico, Weienell, no me había dado cuenta de ello —admitió Grimpow—. Parece claro que los sabios nos quieren orientar en nuestra búsqueda.

—Luego están las pinturas que decoran cada uno de los lados del octógono que forman los muros de la sala —señaló Weienell, mientras Grimpow elaboraba su dibujo—. Y si comenzamos por la que se corresponde con el norte que señala la Rosa de los Vientos, donde está la Estrella Polar que sirve de guía a los navegantes, y seguimos de izquierda a derecha, que es el sentido en que gira la Tierra sobre su eje, según las teorías astronómicas de los sabios de Ouróboros, podemos observar que la primera pintura es una masa informe y negruzca que parece flotar en medio de la nada; en la segunda, un grupo de planetas gira en un universo imaginario; en la tercera sólo hay estrellas; en la cuarta, una bola de fuego parece representar al Sol; en la quinta escena, hay un jardín precioso lleno de vida; en la sexta, hay dibujada una preciosa rosa; en la séptima, un hombre semidesnudo y con rostro primitivo observa sentado la rama partida de un árbol que arde, y en la octava, aparece una serpiente que se muerde la cola —concluyo Weienell.

Grimpow había memorizado cada una de las ocho escenas que Weienell había descrito tan atinadamente, y comenzó a vislumbrar una posible solución a aquel inmenso y confuso jeroglífico.

—Y sobre nosotros tenemos la cúpula del cielo —dijo, al tiempo que avanzaba en su dibujo de la mesa donde estaban sentados los sabios.

Grimpow se acercó a Weienell y le mostró de nuevo el resultado de su boceto.



Los ojos de ambos vagaron por aquel dibujo impreciso, pero suficiente para permitirles analizarlo con detenimiento, a pesar de que sabían que el río incesante de arena comenzaba a inundar la cámara sellada y llegaba a cubrirles los tobillos. Durante un buen rato permanecieron en silencio, observando y meditando sobre todos los elementos del enigma que los envolvía como un velo de tinieblas donde jamás entraría la luz. Pero Grimpow tuvo una idea y le propuso a Weienell que le ayudase a comprobar su sentido.

—Estoy pensando que quizá la clave esté en las letras que sostienen los sabios en sus manos —dijo, y se acercó al que sostenía la letra O y que señalaba el oeste de la Rosa de los Vientos. La cogió y comprobó que estaba suelta sobre las manos frías de la estatua de piedra.

Weienell admiró a Grimpow por su perspicacia.

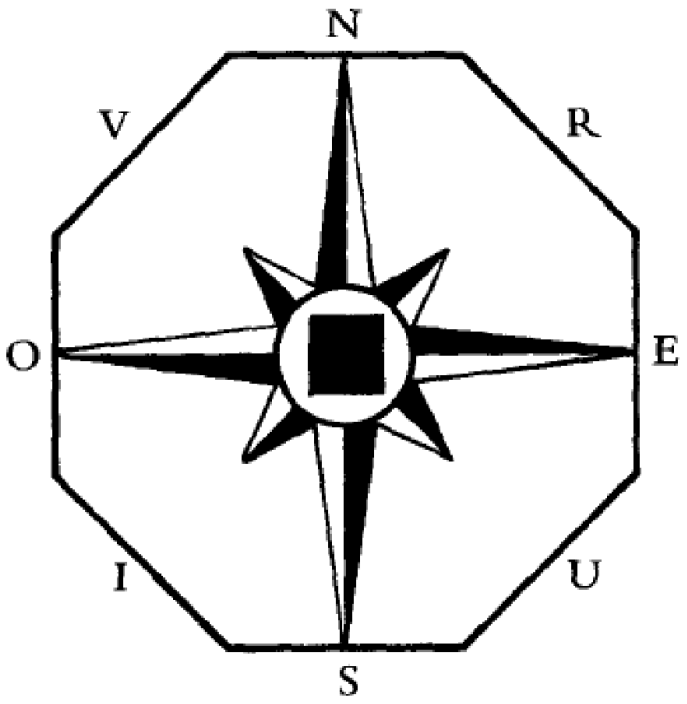
—¿Y qué crees que puede significar eso? —preguntó.

—Que estas letras deben ser retiradas de las manos de los sabios una a una siguiendo un orden lógico —razonó Grimpow, ilusionándose con la posible viabilidad de su razonamiento.

—Es posible que cada letra tenga alguna correspondencia con la escena de la pintura que hay tras ella en cada uno de los muros del octógono que forma la cámara sellada.

—Ponme un ejemplo —pidió Weienell, algo confundida.

—Fíjate en el dibujo terminado que he hecho de la mesa —dijo, situando de nuevo el trozo de pergamino ante los ojos de Weienell.



—La Rosa de los Vientos señala al norte —prosiguió—, y el sabio sentado en ese lado de la mesa octogonal sostiene la letra N, como tú apreciaste. Busquemos en la pintura que hay tras de ella alguna palabra que tenga como inicial la N. Sólo es una idea, pero tal vez así podamos encontrar algo. Repíteme la descripción que hiciste de la primera escena.

Weienell alzó los ojos del dibujo y volvió a mirar la pintura situada al norte, detrás del sabio que sostenía la letra N.

—Se trata de una masa informe y negruzca que parece flotar en medio de la nada —dijo pensativa.

—Según mi teoría, has dicho dos palabras que contienen la N: «negruzca» y «nada» —destacó Grimpow, escribiendo ambas palabras en su trozo de pergamino.

—Ahora veamos la siguiente escena pintada, siguiendo de derecha a izquierda el sentido de rotación de la Tierra sobre su eje. ¿Cómo la describiste?

—Un grupo de planetas parece girar en un universo imaginario.

—Bien, creo que este método puede funcionar. Has dicho «planetas» y «universo», pero si observamos el dibujo, comprobamos que ninguno de los

sabios sostiene la letra P, aunque uno de ellos sí tiene entre sus manos una letra U —y Grimpow anotó «universo».

—¡Es cierto! —exclamó Weienell sintiendo de nuevo la sangre correr por sus heladas mejillas. La arena comenzaba a cubrirles las rodillas.

—Ahora describe la siguiente escena.

—En la tercera pintura sólo hay estrellas —dijo precipitadamente, sabiendo que el tiempo seguía corriendo en el implacable reloj de arena en que estaban encerrados.

—Entonces lo tenemos fácil, pues sólo está la letra E, que también sostiene uno de los sabios, exactamente el situado en el punto cardinal del este que señala la Rosa de los Vientos sobre la mesa octogonal —dijo Grimpow, escribiendo en sus notas la palabra «estrella», y consciente de que su orientación en la solución de ese complicado enigma no había sido equivocada, aunque aún no supiese adonde les conduciría.

—En la cuarta, una bola de fuego parece representar al Sol —dijo Weienell, entusiasmada con sus interpretaciones de las pinturas que decoraban la cámara sellada.

—Has dicho «bola», «fuego» y «sol», pero de esas tres palabras, sólo la S de «sol» está entre las letras que sostienen los sabios, en este caso la del sabio situado al sur en la Rosa de los Vientos. —Y la palabra «sol» se sumó a las notas de Grimpow.

—La quinta escena representa un precioso jardín lleno de vida.

—Tampoco la J de «jardín» está entre las manos de los sabios. ¡Pero sí está la V de «vida»! —exclamó Grimpow, escribiendo la palabra «vida» e intuyendo que su método para descifrar el enigma era, sin duda, el acertado.

—En la sexta pintura hay dibujada una hermosa rosa.

Y Grimpow escribió rápidamente «rosa», deseoso de llegar al final, pues la arena seguía entrando en la cámara sellada, y comenzaba a acercarse peligrosamente a la altura de la mesa octogonal. Si la arena llegaba a cubrir las letras que los sabios sostenían en sus manos, todos sus esfuerzos serían ya inútiles, y sólo les quedaría aguardar a que la arena los enterrase vivos también a ellos.

—La séptima es un hombre semidesnudo y con rostro primitivo, que observa sentado la rama partida de un árbol que arde —dijo Weienell, alarmada por la dificultad que adivinaba en aquel jeroglífico.

También Grimpow se sobresaltó.

—Has dicho «hombre», «rostro», «primitivo», «rama» y «árbol», pero ninguna de las primeras letras de esas palabras está entre las letras que sostienen los sabios. Sólo hay una R de «rostro» y «rama», pero antes ya elegimos la R de «rosa». Tenemos que buscar otra interpretación que encaje en nuestro método —dijo Grimpow, inquieto ante la posibilidad de que todo cuanto habían logrado hasta ese momento no les sirviese de nada.

Weienell cerró los ojos para concentrarse. Pero no conseguía encontrar ninguna palabra que comenzara por la letra I, y tuviese sentido.

—Sólo nos quedan una I y una O, y está claro que la última pintura, la de la serpiente que se muerde la cola, es el signo del Ouróboros, cuya letra O sostiene el sabio situado en el punto cardinal del oeste en la Rosa de los Vientos. De manera que sólo nos queda la letra I —repitió nervioso.

Weienell volvió a mirar la séptima escena repitiendo mentalmente la letra I una y otra vez. Y al fin exclamó:

—¡Inteligencia! ¡El hombre primitivo pintado observa la rama del árbol partido que arde, y descubre el fuego porque es un ser inteligente! —concluyó a gritos.

—¡Sí, sí! Lo tenemos, lo tenemos —dijo Grimpow, y le mostró a Weienell la relación de palabras que habían resultado de su interpretación de las pinturas jeroglíficas que decoraban la cámara sellada, donde el tiempo era vida y era muerte.

NADA
UNIVERSO
ESTRELLAS
SOL
VIDA
ROSA
INTELIGENCIA
OURÓBOROS

—¡Es la historia de la sabiduría humana, es la historia de la piedra, del *lapis philosophorum*, de la llave de los misterios y de la sociedad secreta de los sabios que la guardaron y escondieron! —gritó Grimpow emocionado—. ,En esas palabras están resumidos millones de años de misterio: de la Nada surgió el Universo, que se pobló de Estrellas, y entre ellas está el Sol, que hizo nacer la Vida, simbolizada en la Rosa como la más hermosa flor que haya existido, y cuya belleza el hombre es capaz de apreciar por su Inteligencia, que es lo que han cultivado los sabios en su sociedad secreta Ouróboros. Y si unimos las letras iniciales de cada una de esas palabras resulta:

NUESVRIO

Y al decir esto, Grimpow fue retirando una a una las letras de bronce que sostenían los sabios en sus manos y las fue situando frente a ellos sobre el suelo de arena que ya casi enterraba la mesa octogonal de la Rosa de los Vientos. Pero nada ocurrió, salvo que la arena comenzó a salir con más intensidad y rapidez. Weienell le pidió a Grimpow que colocase rápidamente las letras en su sitio, y

cuando hubo dejado en manos de cada sabio las letras que sostenían, la salida de arena volvió a ralentizarse siguiendo el ritmo cadencioso de un reloj mortal.

Ambos pensaban angustiados, temiendo que aquellos instantes fuesen los últimos que les quedasen de vida, hasta que Weienell se acercó al sabio que sostenía la letra U y comenzó a componer la mágica palabra que les permitiría salir de la cámara sellada donde el tiempo era vida y era muerte:

UNIVERSO

Grimpow abrazó a Weienell y juntos alzaron los ojos a la bóveda del cielo que los cubría, y contemplaron maravillados la infinita belleza de la cúpula celeste pintada en el techo, mientras el centro de la mesa octogonal se abría como por encantamiento, y de sus entrañas surgía un pequeño cofre dorado, en cuyo interior encontraron el mapa más fantástico que Grimpow y Weienell hubiesen imaginado nunca.

La puerta de la cámara sellada volvió a abrirse, y Grimpow recordó el texto de la hoja que le faltaba al manuscrito de Aidor Bílbicum y que le había entregado en la catedral de Estrasburgo la voz de las sombras:

Sigue el recorrido del signo
y busca la cámara sellada,
donde el tiempo es vida y es muerte.
Pero sólo si alcanzas la inmortalidad
lograrás ver el Camino Invisible.

Y ahora el Camino Invisible estaba ante sus ojos repletos de lágrimas.

El asalto a la fortaleza

El ejército del barón Figüeltach de Vokko y del rey de Francia tomaba posiciones alrededor de la meseta rocosa para asediar la fortaleza de los castillos del Círculo, impidiendo que nadie pudiese entrar o salir de ella. También cortaron el acceso al río que cruzaba el valle, apostando un grupo de caballeros sobre un puente de piedra.

Al pie de la inmensa roca, los soldados levantaban las tiendas y las máquinas de guerra mientras se producían las primeras escaramuzas desde las murallas del castillo con una avanzadilla de escaladores que intentaba acceder a algunos salientes de las paredes de la montaña, más cercanos a la entrada inferior de la fortaleza. Los arqueros del duque Gulf de Östemberg dispararon sus arcos y ballestas desde las almenas, e hicieron retroceder a los primeros atacantes. Algunos resultaron muertos en el intento, y muchos de ellos heridos, antes de que consiguieran parapetarse entre las rocas.

Salietti acompañaba al duque Gulf y a sus caballeros en las almenas de la torre del homenaje. Todos vigilaban los movimientos de las huestes del barón Figüeltach de Vokko, que a centenares comenzaban a ascender a pie por el noroeste de la montaña, donde no alcanzaban los arcos ni las ballestas disparados desde la fortaleza, a pesar de que de vez en cuando, y siguiendo las órdenes de Rhádoguil de Cúrnilldonn, cientos de flechas salían disparadas de las murallas y ascendían en el aire para caer trazando una parábola como una lluvia de aguijones envenenados.

—¿Habéis conseguido ver el Camino Invisible? —les preguntó Salietti a Grimpow y a Weienell tan pronto llegaron a su lado, sonriendo como dos niños felices.

—No sé si hemos alcanzado la inmortalidad, pero al menos hemos conseguido salir con vida de la trampa oculta en la cámara sellada —dijo Weienell.

Se apartaron a un rincón de la torre. Weienell le contó a Salietti la sorpresa que Grimpow y ella se encontraron cuando al fin lograron entrar en la cámara

sellada donde el tiempo era vida y era muerte, y le relató cómo resolvieron el enigma que les había permitido volver a salir de aquel mortífero reloj de arena, y ver al fin el Camino Invisible.

—¡Está aquí! —dijo Grimpow ilusionado, mostrándole a Salietti el insólito mapa que guardaba el cofre surgido de la mesa octogonal de la cámara, después de que Weienell compusiera la palabra «Universo» con las letras que sostenían los sabios.

—¡Pero aquí no hay ningún camino que pueda llevaros a encontrar el Camino Invisible! —exclamó Salietti.

Weienell frunció el ceño, olvidándose del Camino Invisible.

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué hablas de llevaros a encontrar el Camino Invisible en lugar de llevarnos? ¿Acaso tú no eres uno de nosotros? —preguntó, desazonada por la respuesta que adivinaba.

—He decidido permanecer aquí, junto al duque Gulf y sus caballeros, hasta que termine esta guerra —dijo Salietti, y un destello de tristeza brilló en sus ojos.

—¡Pero está guerra no es tuya! ¡No puedes abandonarnos ahora! Hemos venido hasta aquí para buscar la cámara sellada —protestó Grimpow, incapaz de aceptar que tuviera que volver a separarse de su mejor amigo.

Salietti se acercó a Grimpow y le colocó su mano sobre el hombro.

—Tú has sido el mejor escudero que un caballero pueda haber deseado nunca, Grimpow, y Weienell es para mí el más hermoso sueño que podría encontrar contemplando las estrellas o las noches de luna llena. Pero esta guerra es tan mía como del duque Gulf de Östemberg. Su padre, como el mío, fue un gran sabio, y ésta es una guerra de la ignorancia y la superstición contra el conocimiento y la sabiduría. El ejército del barón Figüeltach de Vokko y del rey de Francia que asedia la fortaleza no tiene otra intención que apoderarse del secreto que nuestros padres, el mío, el del duque Gulf y el tuyo, Weienell, guardaron y protegieron para engrandecer un día a la humanidad. Ellos sólo lo buscan para satisfacer su propia codicia y sus ansias de poder. Si me marchara de aquí sin haber luchado por el mismo ideal por el que murieron mi padre, el tuyo y tantos otros, me sentiría el ser más rastrero de la Tierra.

En ese instante se acercó a ellos el duque Gulf, con el gesto grave de quien intuye el trágico destino que le aguarda a un caballero.

—Me alegra comprobar que lo que quiera que hayáis encontrado en la sala de los sabios no ha impedido que os volviese a ver de nuevo —dijo el duque Gulf.

Grimpow se acercó aún más al duque y le ofreció el mapa del Camino Invisible que Weienell y él habían encontrado en la cámara sellada de su fortaleza.

—Este mapa os pertenece. Lo escondió vuestro antepasado Atberol de Östemberg y vos sois su único dueño. Eso es lo que buscan el barón Figüeltach de Vokko y el rey de Francia, y lo que esperan encontrar después de asaltar los

castillos del Círculo de Piedra. Tal vez si se lo ofrecéis, podáis evitar esta guerra —dijo.

El duque Gulf cogió el mapa, lo miró con curiosidad durante un momento y sonrió, impresionado por las palabras del muchacho que le hablaba.

—Querido Grimpow, ¿quién puede llegar a convencer a una horda de fanáticos ansiosos de muerte de que sus ideas son equivocadas? Si yo le ofreciese este mapa al barón Figüeltach de Vokko y al propio rey de Francia asegurándoles que en este hermoso pergamino está el camino que conduce al tesoro que buscan, posiblemente se burlarían de mí y no me creerían por mucha verdad que hubiera en mis palabras. Este mapa fue ideado y fue escondido por sabios a quienes jamás les importaron las riquezas porque para ellos no había mayor tesoro que el de la sabiduría. Weienell y tú, a pesar de vuestra edad, habéis demostrado que sois los únicos que merecéis poseer este mapa para llegar a encontrar el secreto de los sabios, y salvar a la humanidad de la ignorancia que la ahoga entre el fango de unas creencias falsas. Desde que yo era un niño, mi padre me enseñó que la Tierra giraba alrededor del Sol y que esa revolucionaria teoría podía demostrarse, a pesar de que la Iglesia se empeñase en negarlo y quemase en la hoguera a quien se atreviese a proclamar esa herejía. Buscad la luz, Grimpow, buscad la luz en la oscuridad de las tinieblas, Weienell y tú podéis encontrarla —dijo, cuando una lluvia de flechas despiadadas comenzó a caer sobre la torre.

Al amanecer, un terrible estrépito de rocas y fuego despertó a los habitantes de la fortaleza. El ejército del barón había conseguido alcanzar durante la noche la cima oeste de la montaña, y había instalado gigantescas catapultas bajo las murallas. Y antes de mediodía, las gigantescas máquinas de guerra comenzaron a lanzar una avalancha de rocas y bolas de fuego sobre el castillo del duque Gulf de Östemberg, haciendo que temblaran sus sólidas torres y murallas como si las sacudiera un cataclismo. Los escaladores también lograron tomar las repisas de las paredes de la meseta aprovechando la oscuridad, y centenares de soldados y caballeros ascendían por largas escalinatas de cuerda desde el valle. Las flechas incendiarias cruzaban el cielo como veloces centellas asesinas, y las sombras de la muerte sobrevolaban la fortaleza, deseosas de cubrirla con sus siniestros velos de tragedia. El asalto a los castillos del Círculo de Piedra había comenzado.

Salietti buscó a Grimpow y a Weienell en la sala donde se habían refugiado la esposa y las hijas pequeñas del duque Gulf, acompañadas por sus damas, doncellas y jóvenes de la corte, que entretenían el lento y angustioso paso de las horas conversando mientras hilaban y bordaban delicados tapices como si no ocurriese nada. Sin embargo, la precipitada entrada de Salietti en el salón de la fortaleza provocó que todas las damas se sobresaltaran y quedaran paralizadas un instante, sin poder disimular sus verdaderos temores. Todas sabían lo que

les ocurriría si los soldados del barón Figüeltach de Vokko y del rey de Francia lograban asaltar la fortaleza. Sabían que no habría piedad para ellas, y preferían mil veces acabar con su vida antes que caer en manos de unas bestias asesinas. Ninguna de ellas estaba dispuesta a huir por los pasadizos secretos del castillo que llevaban a varias leguas de distancia hacia el oeste, camino de la ciudad de Metz. Entre los muros de los castillos del Círculo de Piedra había transcurrido su vida, y allí tenían todo cuanto daba sentido a su existencia. Si sus caballeros estaban dispuestos a morir en la defensa de la fortaleza, ellas seguirían el mismo destino por dramático que fuese. Sólo esperaban el aviso del duque Gulf para ingerir una pócima que las dormiría para siempre, y al ver entrar a Salietti temieron que había llegado el momento de despedirse del mundo y de sus afectos.

Weienell, asustada, se echó en brazos de Salietti, cuyo rostro crispado expresaba su angustia.

—¿Dónde está Grimpow? —le preguntó.

—Está ahí, en una sala contigua, entreteniendo a los más pequeños con historias de dragones y seres fantásticos. Se había empeñado en combatir a tu lado con su arco, pero al fin logré convencerle de que aún no tiene edad para la guerra —respondió Weienell.

Salietti llevó a Weienell a un rincón de la amplia estancia y le habló en voz baja.

—Tenéis que huir de aquí sin demora. El ejército del barón está a punto de alcanzar las murallas, y muy pronto arrasarán la fortaleza hasta que no quede el menor rastro de ella sobre las rocas del valle —dijo.

—Pensaba que este castillo era inexpugnable —balbució Weienell con gesto preocupado.

—Y lo era. Pero no para unas máquinas de guerra tan poderosas como las del barón Figüeltach de Vokko y el rey de Francia.

—¿Qué harás tú? —preguntó Weienell, sin desear oír la respuesta.

—Mi lugar está junto al duque Gulf, como tu padre y el mío estuvieron al lado del suyo en sus reuniones secretas en la sala de los sabios.

—¡Pero morirás, moriréis todos! —dijo Weienell entre sollozos.

La mano de Salietti acarició las mejillas de su amada.

—Por eso no podéis quedaros en la fortaleza. Si yo muero en esta guerra sin sentido, mi muerte al menos servirá para honrar la muerte de nuestros padres, y sus enemigos sólo habrán conseguido el éxito de una nueva matanza. Pero tu muerte y la de Grimpow no sólo serían inútiles, sino que impedirían que el secreto de los sabios llegue a desvelarse para dar comienzo a una nueva era en la que la sabiduría renazca de sus cenizas y conduzca a la humanidad hacia un futuro que es ahora inimaginable. Tu padre y el mío lo sabían, por eso creían que había llegado el momento de encontrar el secreto de los sabios que ocultó la antigua sociedad Ouróboros, y así lograr salir de una vez y para siempre de la ignorancia que domina el mundo. Ellos pagaron con su vida sus conocimientos,

y sólo Grimpow y tú podéis culminar lo que ellos no consiguieron llevar a cabo a pesar de sus deseos. Ahora tenéis el mapa del Camino Invisible, él os guiará como hasta ahora nos había guiado el manuscrito de Aidor Bílbicum.

—¿Y hacia dónde podemos ir Grimpow y yo? Aún no hemos podido interpretar el mapa del Camino Invisible, y no sabemos en qué dirección nos llevará —dijo Weienell, resignada a separarse de Salietti aunque ello le partiese el alma.

—En los sótanos de la fortaleza hay pasadizos secretos que comunican los castillos del Círculo de Piedra entre sí y cruzan el valle en todas las direcciones. Id por el que lleva hacia el oeste, y cuando salgáis de nuevo al exterior seguid esa dirección hasta que encontréis el camino de la ciudad de Metz. Si partís ahora llegaréis a sus puertas antes de que anochezca. Una vez allí no tardaréis en ver la torre octogonal de una capilla abandonada de la perseguida Orden del Temple. Fingid que a Grimpow lo aqueja alguna dolencia y preguntad cerca de allí por un médico llamado Humius Nazs. Es muy amigo del duque Gulf, sólo tenéis que decirle que él os envía para que os dé refugio en su casa. Podéis confiar plenamente en él.

—¿Y cuándo volveremos a verte? —quiso saber Weienell, incapaz de disimular su tristeza.

—Esperadme allí dos días, y si al amanecer del tercer día no he llegado, no aguardéis más tiempo y marchaos hacia donde el mapa del Camino Invisible os guíe. Llevaos esta bolsa de oro con vosotros, yo aquí no lo necesitaré, y a vosotros os puede sacar de algún apuro. Ahora avisa a Grimpow y bajad rápido al patio de armas, donde ya os aguardan vuestros caballos. Yo os llevaré hasta los pasadizos y luego regresaré a la batalla —dijo Salietti.

Grimpow no pudo comprender que Salietti decidiera permanecer en la fortaleza de los castillos del Círculo de Piedra, ante el inminente asalto de las murallas por las huestes del barón Figüeltach de Vokko y del rey de Francia. La pesadilla que tuvo en la posada de Junn el Cojo aún se repetía en su mente, y temía que fuese el fatal augurio de la muerte de su amigo. Las imágenes de su sueño eran tan claras como el agua de un manantial, y en ellas veía con absoluta nitidez el cuerpo ensangrentado de Salietti, rodeado por cientos de cadáveres. Si su amigo se quedaba en la fortaleza junto al duque Gulf y sus caballeros, lo más probable era que muriera junto a ellos en la batalla. Pero por más que le rogó a Salietti que se marchara con él y con Weienell para continuar juntos la búsqueda del secreto de los sabios, no consiguió que cambiase su decisión de defender aquel castillo en el que durante más de dos siglos se habían reunido los sabios de la sociedad Ouróboros.

En el patio de armas, Salietti sujetaba los caballos por las riendas, aunque a duras penas podía contenerlos ante el estrépito y las llamas de fuego que los envolvían. Por las galerías de las murallas corrían arqueros que vaciaban en un instante el carcaj que portaban, y por todos lados multitud de soldados lanzaban baldes de agua sobre los cobertizos y las galerías incendiadas. Los

caballeros del duque Gulf estaban reforzando las murallas y las torres del oeste, y ya mantenían los primeros combates a espada con los enemigos que habían conseguido trepar hasta las almenas con garfios y escalas. Un rumor sordo y tenebroso como el rugido de un monstruo despiadado sobrevolaba de vez en cuando el castillo, y al poco una gran masa de roca envuelta en fuego impactaba sobre las murallas o los tejados, haciéndolos saltar en pedazos.

En los sótanos descendieron por un largo y profundo túnel iluminado con grandes antorchas, hasta que llegaron a una gran gruta circular de techos altísimos repletos de estalactitas que brillaban sobre sus cabezas como si fuesen estrellas. En el suelo de la gruta había una Rosa de los Vientos hecha con lascas de piedras de colores, similar a la que habían encontrado en la cámara sellada, que señalaba las ocho direcciones por las que transcurrían los pasadizos secretos de la fortaleza. Cada uno de ellos conducía a cada uno de los ocho castillos del Círculo que rodeaban la fortaleza del duque Gulf de Östemberg, y aún continuaban su recorrido más allá hasta salir del valle. Grimpow se preguntó quién pudo haber excavado bajo tierra aquellos largos caminos como si fuesen las oscuras galerías de una gigantesca madriguera.

—¿Por qué no huyen todos por estos agujeros y abandonan la lucha antes de que los caballeros del barón y del rey de Francia consigan asaltar la fortaleza? —preguntó Grimpow, en un último intento de convencer a Salietti de que huyera con ellos.

—Mi querido amigo, un caballero no siempre puede elegir su destino —dijo Salietti, acercándose a Grimpow y dándole un largo abrazo.

Luego se acercó a Weienell y la besó en los labios, dejando que sus respiraciones se mezclaran y se confundieran como si ambos desearan intercambiar sus almas a través de sus bocas. Salietti presentía que ese beso podía ser el último recuerdo que le quedase de su amada.

—Debéis marcharos ya —dijo apenado, apartándose de los brazos de Weienell—. Id hacia la ciudad de Metz, siguiendo siempre hacia el oeste. Y no lo olvidéis, si al amanecer del tercer día no he llegado a la casa de Humius, partid sin demora siguiendo el Camino Invisible.

Y al decir esto golpeó los cuartos traseros de los caballos, para que ni Grimpow ni Weienell viesen las lágrimas que se le escapaban de los ojos.

El duque Gulf y sus caballeros aún combatían en las murallas del oeste cuando Rhádoguil de Cúrnilldonn llegó hasta ellos dando gritos de alarma. Un numeroso grupo de mercenarios capitaneados por Váldigor de Róstvol —el caballero a quien Salietti venciera en la última justa de los torneos de los castillos de Alsacia— había conseguido conquistar las barbacanas de la fortaleza inferior y se disponían a tomar el castillete que protegía las puertas, para abrir el paso hacia la fortaleza superior a miles de soldados que

aguardaban ante el foso, provistos de gigantescos arietes y altísimas torres de asalto.

Salietti los encontró en el gran patio de armas y se unió a varios centenares de caballeros, muchos de ellos templarios, que junto al duque Gulf se dirigían a la fortaleza inferior para reconquistar las barbacanas y el castillete que protegían las puertas. Si los mercenarios de Váldigor de Róstvol lograban bajar el puente levadizo, la fortaleza inferior estaría perdida para siempre.

Los arqueros se habían replegado hacia la segunda línea de murallas, pero aún contenían con sus flechas el avance de los asaltantes, que a decenas subían por las escalas y accedían a las barbacanas, aunque muchos de ellos eran devueltos al abismo entre chillidos de espanto, con una flecha clavada en el pecho, en el cuello o en los ojos.

El duque Gulf ordenó abrir la poterna y cientos de sus caballeros se precipitaron con furia hacia los asaltantes, enarbolando al aire sus espadas y embrazando con fuerza sus escudos. Salietti no tardó en acometer a los primeros mercenarios que encontró a su paso ante la poterna, y de un solo golpe de su espada Atenea les partió los yelmos y les destrozó el cráneo, convirtiendo sus rostros en un reguero de sangre. A su lado, muchos caballeros del duque se derrumbaban abatidos por las flechas y las espadas de los sitiadores, cuyos gritos de rabia retumbaban entre las murallas. El duque Gulf de Östemberg blandía su espada trazando molinetes en el aire que destrozaban de un tajo los cuellos de sus enemigos, mientras el caballero templario Rhádoguil de Cúrnilldonn se batía sin desmayo junto a él. Pero cuando reconoció la torre cruzada por el ala de un cuervo que blasonaba el escudo de Váldigor de Róstvol —a quien el barón Figüeltach de Vokko y el rey de Francia le habían prometido la fortaleza de los castillos del Círculo de Piedra si llegaban a conquistarla—, el duque Gulf se abrió paso a golpes de espada entre la multitud enardecida que le rodeaba y lo enfrentó con tal ímpetu que Váldigor de Róstvol trastabilló y cayó al suelo. La espada del duque se elevó en el aire e impactó sobre el escudo del caballero como un rayo lanzado desde el cielo anubarrado. Váldigor de Róstvol, aún sentado en el suelo, aprovechó el fallido golpe en su escudo para lanzar su espada a la desguarnecida cintura de su atacante, y la clavó en el estómago del duque con tal saña que la hundió hasta el puño éntrelos intersticios de la armadura. Salietti vio los ojos desorbitados del duque Gulf y el último hálito de vida que se le escapaba con la sangre que borboteaba de su boca en el instante en que caía muerto ante las puertas de su fortaleza.

Salietti lanzó al aire un grito de dolor y se estremeció como si hubiese sentido penetrar en sus propias entrañas el acero helado de la espada de Váldigor de Róstvol. Enloquecido por el odio, se deshizo uno tras otro de los atacantes que se interponían entre él y el caballero Váldigor de Róstvol, y fue a su encuentro.

—¡Pagaréis la muerte del duque de Östemberg con vuestra vida! —gritó Salietti cuando ambos se encontraron frente a frente bajo la poterna del castillo.

Váldigor de Róstvol no tardó en reconocer el sol y la luna que blasonaban el escudo del caballero que lo desafiaba.

—¡Sois vos, Salietti de Estaglia! —masculló entre dientes el capitán de los asaltantes.

—La última vez que os tuve a merced de mi espada os perdoné la vida. Ahora podéis daros por muerto —dijo Salietti.

—¡Fanfarroneáis como un ingenuo escudero! —exclamó Váldigor de Róstvol soltando una risotada—. Entonces me humillasteis, es cierto, pero ha llegado el momento de vengar vuestra afrenta con mi espada.

Y al decir esto lanzó un golpe con todo el vigor de su brazo al yelmo de Salietti, que éste atajó fríamente interponiendo su espada. Los mandobles se sucedieron con rapidez, pero la ira desbordada de Salietti hizo retroceder a su contendiente hasta que su espalda chocó con la muralla. Váldigor de Róstvol conseguía eludir los golpes que Salietti descargaba sin tregua sobre su deshecho escudo, pero el sudor comenzó a aflorar en su frente como si viese ante sí el rostro de la muerte.

—¿Aún creéis que podréis disfrutar de vuestra conquista y adueñaros de esta fortaleza después de matar con vuestras manos al señor de los castillos del Círculo de Piedra? —preguntó Salietti, en el mismo instante que desarmaba al caballero Váldigor de Róstvol con una rápida cabriola de su espada.

Váldigor de Róstvol, aterrado, iba a decir algo, pero, en una lenta sucesión de imágenes que le parecieron interminables, vio cómo Salietti aferraba la espada con ambas manos, la elevaba a la altura de los hombros y giraba su cintura para iniciar un movimiento rotatorio que acabaría cortándole de cuajo la cabeza. Entonces sintió que una afilada hoja de acero le cruzaba limpiamente el cuello sin producirle ningún dolor, y que su cabeza se descolgaba de sus hombros y golpeaba el suelo dentro del yelmo, vislumbrando tras de sí un pastoso torrente de sangre que acabó apagando la luz de sus ojos.

III PARTE

El camino invisible

En el Cielo están la Oscuridad y la Luz
ARTE
CÁMARA SELLADA
COLUMNAS DEL TRÁNSITO
II
ISLA DE IPSAR
El Camino Invisible

La oscuridad y la luz

Grimpow y Weienell viajaron hacia el oeste durante todo el día, sin detenerse a comer o a descansar, y sin apenas hablar entre ellos. Ambos estaban entristecidos y preocupados por la suerte que pudiese correr Salietti en la defensa de la fortaleza de los castillos del Círculo de Piedra, y temían que no volviesen a verle nunca más. Ni siquiera haber salido con vida de la cámara sellada y haber encontrado el fantástico mapa del Camino Invisible les animaba a comentar sus pensamientos. Ahora Salietti no estaba con ellos, y eso era lo único que les importaba. Iban a ser dos largos días y dos largas noches de espera y de incertidumbres, de miedos y esperanzas, hasta saber si Salietti llegaría sano y salvo, antes del amanecer del tercer día, a la casa del médico llamado Humius, situada en la ciudad de Metz a la que ellos se dirigían.

Después de despedirse de Salietti en los sótanos de la fortaleza del duque Gulf de Östemberg se adentraron en un largo pasadizo subterráneo, alumbrándose en la oscuridad con antorchas. Era un túnel abovedado de paredes de roca en las que brillaban extensas manchas de agua, y en el que reverberaba el eco de los cascos de los caballos como si fuese el único sonido que existiera en aquel mundo subterráneo y tenebroso que parecía no tener fin. Sólo de vez en cuando oían a su paso el revolotear de algunos murciélagos que abandonaban precipitadamente sus guaridas, espantados por el fulgor de las llamas de las teas encendidas. Grimpow imaginó que así de oscuro y siniestro debía de ser el reino de Hades, el dios de la mitología griega sobre el que había leído en la biblioteca de la abadía de Brínkdum, que era hermano de Zeus y de Poseidón. Los tres dioses se habían repartido el mundo después de vencer a los Titanes, y a Zeus le correspondió el cielo, a Poseidón, el mar, y a Hades se le asignó el imperio del mundo subterráneo, los infiernos. Pensó que quizá ésas fuesen también las intenciones del rey de Francia y del barón Figüeltach de Vokko al asaltar los titánicos castillos del Círculo de Piedra. Probablemente el rey de Francia pensara adjudicarse el prodigioso objeto al que las leyendas atribuían el poder de la inmortalidad, y el barón Figüeltach de Vokko se

contentase con anexionar a sus dominios el hermoso valle de los castillos del Círculo de Piedra, cuya fortaleza le había prometido a su aliado, el caballero Váldigor de Róstvol, que de ese modo se convertiría en señor del mundo subterráneo por el que cabalgaban. Lo que no podía saber es que el caballero Váldigor de Róstvol había sido decapitado por la espada de Salietti, y que su alma ardía ya en los infiernos.

La pálida luz del sol poniente los deslumbró a la salida del pasadizo, oculta entre altas y espesas malezas al pie de una montaña rocosa poblada por robles gigantescos. Un caudaloso río se veía a lo lejos, destellante como un espejo de plata, y junto a él se divisaban, recortados al oeste en el horizonte, los tejados y las torres de una pequeña ciudad amurallada.

Entraron en Metz por la puerta del oeste, custodiada por dos torres redondas elevadas sobre el puente que cruzaba el río. Algunos campesinos regresaban de sus labores caminando delante de los mulos cargados con haces de trigo. Cruzaron las puertas de la ciudad y no tardaron en ver sobre los tejados de las casas las torres de la catedral y de algunas iglesias sobre cuyos campanarios habían anidado las cigüeñas. En una plaza bordeada de elegantes mansiones con arcadas encontraron a un grupo de damas que se dirigían entre cuchicheos a la catedral para asistir al culto de vísperas. Las mujeres, ataviadas con elegantes trajes de delicados colores, miraron con curiosidad a los jóvenes forasteros mientras continuaban murmurando entre ellas. Weienell se acercó a la pequeña comitiva de damas y les preguntó por la casa del médico Humius Nazs, alegando que necesitaban verlo para que atendiese a su hermano, aquejado de vértigos y vómitos, mientras Grimpow simulaba sentirse tan indispuesto como un infestado de peste negra. Las mujeres se alarmaron, temiendo sufrir el contagio de alguna enfermedad incurable, pero una de las damas, una mujer elegante de pelo negro y ojos alegres, les dijo que salieran de la plaza por el callejón situado junto a la catedral y que continuaran por la calle de la derecha hasta llegar a la capilla de los templarios. Luego debían proseguir por la estrecha callejuela situada frente a la torre y llamar en la puerta de la cuarta casa que encontraran a la izquierda.

El recuerdo del monje bibliotecario de la abadía de Brínkdum, el hermano Rinaldo de Metz, había estado presente en los pensamientos de Grimpow desde que cruzaron el puente del río y entraron en la ciudad. Pero su imagen de anciano erudito y sus ojos sin pestañas se avivaron en la mente de Grimpow cuando llegaron ante la capilla cerrada de la proscrita Orden del Temple. Los muros del pequeño templo estaban intactos y en su torre eran visibles unas campanas que hacía años que no volteaban al viento llamando a los caballeros templarios de Metz a los oficios divinos. Grimpow tocó las piedras de la capilla y pudo imaginar dentro de ella al viejo monje Rinaldo de Metz cuando apenas era un muchacho como él, convertido en un joven templario que un día lejano

partió a Oriente para defender los santos lugares de Jerusalén contra los infieles. Entonces pensó que un nuevo círculo comenzaba a cerrarse en su vida, el que había comenzado a trazarse con el monje bibliotecario que fuera su maestro en la abadía de Brínkdum, y con cuyo pasado volvía a reencontrarse en la misma ciudad en que el hermano Rinaldo de Metz había nacido hacía más de ochenta años.

La casa de Humius estaba muy cerca de la capilla templaría, como Salietti les había advertido. Era una casa de fachada reducida a un par de ventanas situadas sobre la puerta, pero cuyas dependencias se ennoblecían y ensanchaban al entrar en un amplio patio interior repleto de jazmines y enredaderas. Weienell llamó a la puerta con el puño, mientras Grimpow sostenía las riendas de los caballos.

Les abrió un hombre anciano de cabellos blancos y larga barba, que no pudo evitar sorprenderse al ver a los dos jóvenes plantados ante su casa. El médico Humius tuvo la impresión de que uno de ellos era una joven muy hermosa, pero a juzgar por el gorro que le cubría el pelo no supo si se trataba de un caballero o de una dama hasta que oyó su voz.

—El duque Gulf de Östemberg os ruega que nos acojáis en vuestra casa por unos días —dijo Weienell, aspirando el olor a flores y a ungüentos medicinales que emanaba del patio.

—Si os envía el duque Gulf de Östemberg podéis consideraros en vuestra casa —les dijo el anciano sin pensar su respuesta y sin hacerles ninguna pregunta.

Humius les invitó a que pasaran al patio con los caballos y los condujo hasta una puerta que daba acceso a una pequeña cuadra. Les ayudó a desensillar las cabalgaduras y llenó una artesa de forraje y otra de agua.

—Con esto, los caballos tendrán bastante comida y agua para esta noche. Y ahora venid conmigo a la cocina, vosotros también parecéis cansados y hambrientos. Le anunciaré a mi mujer vuestra llegada para que os prepare unos aposentos y añada dos platos más en la cena. Se llama Mahusle, y estoy seguro de que se alegrará de vuestra visita.

A Grimpow el rostro y la voz de aquel anciano amable no le resultaron desconocidos. Tal vez fuese debido a su propia sugestión al haber recordado al hermano Rinaldo de Metz, o tal vez porque la verdadera imagen del viejo monje bibliotecario se había desdibujado en su memoria hasta confundirlo, lo cierto es que Grimpow hubiese jurado que el parecido entre ambos era como el de dos gotas de agua, si no fuera por la espesa barba que ocultaba buena parte de la cara de Humius.

Durante un buen rato Grimpow no dejó de observar al médico mientras les hablaba, como si la expresión de aquellos ojos grises y melancólicos pudiese resolver sus dudas.

—En la abadía de Brínkdum conocí a un monje nacido en esta ciudad hace más de ochenta años —se atrevió a decir Grimpow al fin, cuando regresaron al patio.

El médico frunció el ceño.

—Esta ciudad ha dado al mundo monjes, predicadores, abades, obispos, nobles, caballeros, bandidos y algún que otro profeta que anda vagando por los caminos como un alucinado —dijo Humius sonriendo.

—Se llamaba Rinaldo, Rinaldo de Metz —añadió Grimpow.

El anciano se removió inquieto y se rascó la nariz.

—Mi hermano mayor también se llama Rinaldo, pero hace mucho tiempo que no tengo noticias de él.

—El monje del que os hablo ingresó en la Orden de los Caballeros del Templo de Salomón cuando aún era un muchacho algo mayor que yo, por consejo de un tío suyo que era comendador del Temple en la encomienda de esta ciudad, y se marchó a Oriente antes de ser nombrado caballero —añadió Grimpow, a sabiendas de que ese dato transformaría el semblante del médico.

—¿Cómo has conocido esos detalles? —preguntó Humius sorprendido.

—El mismo me habló de ello en la abadía de Brínkdum. Era el monje bibliotecario, y durante algunos meses también fue mi maestro. Creedme que le guardo un gran afecto —explicó Grimpow.

Humius se sentó en un banco situado en el centro del patio, como si conocer aquella noticia le hubiese debilitado y necesitara reposar su cuerpo antes de poder aceptarla. Weienell permanecía en silencio, pensando en los caprichosos lazos que crea el azar, uniendo vidas y destinos que parecían no tener ningún vínculo entre ellos, como a ella misma le había ocurrido con Salietti.

—Siempre creímos que Rinaldo había muerto en la última cruzada. Así nos lo dijeron algunos caballeros templarios que regresaron a Metz después de la pérdida de Tierra Santa. Me resulta difícil creer que aún esté vivo, pues jamás volvimos a tener noticias suyas —dijo emocionado.

—Está vivo y con mucha salud a pesar de sus años, puedo asegúroslo. Vuestro hermano Rinaldo me contó en la abadía que había vivido en Tierra Santa desde que cumpliera los dieciséis años, defendiendo las fortalezas templarías de Safed, Trípoli, Damasco, Gaza, Galilea, Damieta y Acre, y que había participado en la séptima y octava cruzadas junto al rey de Francia Luis IX, que iba al frente de los ejércitos cristianos y que murió de peste negra a las puertas de la ciudad de Túnez en el año mil doscientos setenta, junto a otros miembros de la familia real. También me dijo que al regresar a Europa se sentía asqueado de tanta sangre derramada en el nombre de Dios, y decidió recluirse en la abadía de Brínkdum, al este de los Alpes, para dedicar su vida a la oración y al estudio.

—Jamás imaginé al verte ante la puerta de mi casa que fueses portador de tan gratas noticias —dijo Humius contento.

—También para mí ha sido una sorpresa descubrir vuestro parecido con el de vuestro hermano Rinaldo. Por eso os he hablado de él.

Mahusle, la esposa de Humius, era una anciana de pequeña estatura y rasgos delicados a pesar de las arrugas que le surcaban el rostro. Sus ojos eran negros, con una profundidad de abismos misteriosos que a Grimpow le recordaron los ojos de su madre.

—Venid a la cocina, ya están listas vuestras alcobas y tengo preparadas unas deliciosas gachas de pollo para la cena, que devolverán la alegría a vuestras entristecidas miradas —dijo.

Durante la comida Weienell les habló a Humius y a Mahusle de la situación de los castillos del Círculo de Piedra y del comienzo del asalto a la fortaleza del duque Gulf de Östemberg por el poderoso ejército del rey de Francia y del barón Figüeltach de Vokko. También les habló de la muerte de su padre Gurielf Lábox, de la persecución del inquisidor Búlvar de Góztell, de su huida de la ciudad de Estrasburgo, de Salietti de Estaglia y de su decisión de unirse a los fieles caballeros del duque Gulf para defender su fortaleza. Por eso Grimpow y ella deberían esperarlo en la ciudad de Metz hasta el amanecer del tercer día, y si Salietti no llegaba, ellos deberían continuar solos su camino.

—Vais en busca del secreto de los sabios, ¿no es cierto? —preguntó Humius, y esta vez fueron Grimpow y Weienell los sorprendidos.

—¿Cómo habéis podido adivinarlo? —inquirió Grimpow.

—No lo he adivinado, simplemente lo he sabido. Iacopo de Estaglia y Gurielf Lábox fueron grandes amigos míos. Todos pertenecíamos a la sociedad secreta Ouróboros, y solíamos reunimos con el padre del duque Gulf y otros sabios en los castillos del Círculo de Piedra para intercambiar nuestros conocimientos y nuestros descubrimientos sobre los misterios de la naturaleza y el cosmos, hasta que hace años comenzaron las persecuciones y los crímenes. Nosotros soñábamos con un mundo pacífico gobernado por reyes y príncipes sabios, pero el poder siempre prefirió la ignorancia a la sabiduría —dijo Humius—. Y mucho me temo que si el rey de Francia y el barón Figüeltach de Vokko consiguen conquistar los castillos del Círculo de Piedra, todos nuestros anhelos y esperanzas se esparcirán en el aire como pavesas que revolotean sobre los fuegos de la barbarie.

Aún conversaron largo rato sobre la historia de la esencia mágica de la piedra que contaba Aidor Bílbicum en su manuscrito, y de los enigmas que protegían el secreto de los sabios, y que Grimpow y Weienell habían comenzado a descifrar desde que entraron en la cámara sellada. Enigmas hechos por sabios, les dijo Humius, que sólo podrían ser resueltos por quienes poseyeran la inquietud de la sabiduría y el conocimiento.

A pesar de sus temores sobre lo que pudiese ocurrirle a Salietti, Grimpow y Weienell se ocuparon durante los días que siguieron en intentar descifrar el mapa del Camino Invisible que habían encontrado en la cámara sellada donde el tiempo era vida y era muerte, pues pronto comprobaron que aquel nuevo reto requeriría de todo su ingenio e imaginación si querían seguir adelante y llegar a encontrar el secreto de los sabios.

Humius había salido para atender a un enfermo de fiebres tifoideas en las afueras de la ciudad de Metz, y su esposa Mahusle hacía rato que se había marchado al mercado para comprar algunas verduras y algo de carne para la comida. Grimpow y Weienell estaban solos en la casa, sentados a una mesa en la cocina.

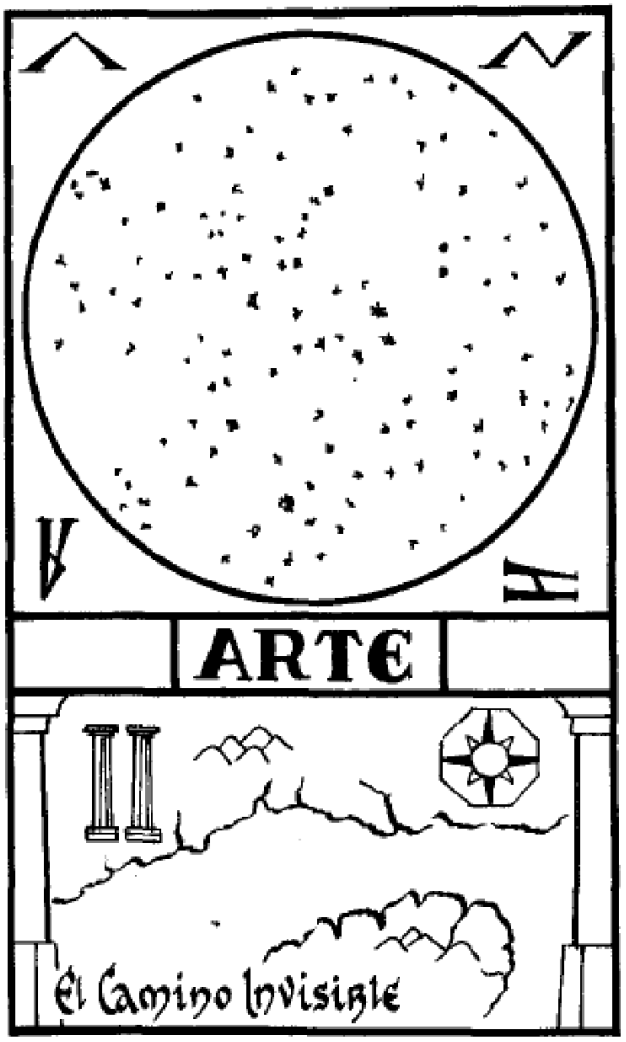
Grimpow sacó de su alforja el mapa del Camino Invisible y lo extendió sobre la mesa. Aquel insólito pergamino de preciosos colores les parecía a ambos el mapa más fantástico y misterioso que hubiesen podido imaginar nunca, y no les cupo duda de que el secreto de los sabios estaba bien protegido por una larga cadena de enigmas enlazados de cualquier osado o curioso que pudiese desear encontrarlo. Por ello decidieron afrontar el nuevo reto al que se enfrentaban siguiendo un método que les ayudase a ordenar las ideas que bullían en sus mentes.

—Haré un boceto del mapa para luego ir descomponiendo las distintas piezas que lo integran —dijo Grimpow, tomando el carboncillo y la hoja de pergamino en la que había hecho todas sus anotaciones anteriores.

Cuando lo hubo terminado escribió sobre el dibujo el texto de la frase que bordeaba la bóveda celeste, y ambos contemplaron el boceto en silencio durante un buen rato.

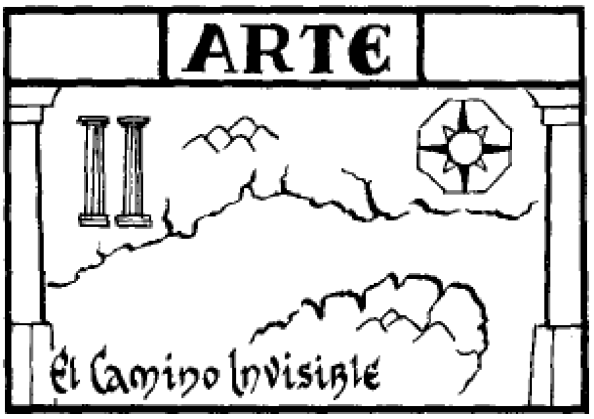
Al cabo de una profunda reflexión sobre los distintos elementos del pergamino, Grimpow fue el primero en hacer su planteamiento. Le había llamado especialmente la atención el planisferio repleto de estrellas pintado en el mapa, y estaba convencido de que la clave de aquel conjunto de enigmas estaba oculta entre las estrellas. Recordó las palabras del viejo monje ciego y centenario Uberto de Alessandria, cuando en la enfermería de la abadía de Brínkdum le dijo que las respuestas a las preguntas sobre el secreto de los sabios se encontraban más allá de las estrellas. Tampoco le cabía duda de que la frase que aparecía envolviendo la esfera celeste era la misma que estaba escrita en el mensaje lacrado del caballero muerto en las montañas, y que su significado no era otro que la luz que les alumbraría el Camino Invisible estaba en el cielo, envuelta por la oscuridad de su propio misterio. Y por último pensó que aquella esfera celeste era similar a las cartas estelares que el hermano Rinaldo de Metz elaboraba en las noches despejadas de la abadía de Brínkdum, para completar su obra magna sobre el universo, y que había titulado *Theorica Planetarum*.

En el cielo están la oscuridad y la luz



—Quizá tengas razón, pero tú has comenzado el análisis del mapa desde arriba, y a mí me parece que deberíamos empezar desde abajo —opinó Weienell, cuyos hermosos ojos brillaron como las estrellas que miraba sobre el pergamino.

—¿Y qué te sugiere la parte inferior del mapa? —preguntó Grimpow, doblando su dibujo y dejándolo del siguiente modo:



—Me parece claro que en la parte inferior del mapa están representadas las tres etapas que llevan hasta el secreto de los sabios. La primera, la cámara sellada con la mesa octogonal y la Rosa de los Vientos, donde el tiempo era vida y era muerte, ya la hemos superado con acierto. Hemos visto el Camino Invisible, que está ante nosotros, y él nos debe conducir a la isla de Ipsar, habitada por seres fantásticos y monstruos, para enfrentarnos al diablo y hallar a sus pies las últimas palabras, según el manuscrito de Aidor Bílbicum. Y si te fijas bien en el mapa, verás que la isla de Ipsar se encuentra al oeste de la cámara sellada, según señala la Rosa de los Vientos, es decir, al oeste de los castillos del Círculo de Piedra, que es la misma dirección que nosotros hemos seguido desde que salimos de la fortaleza del duque Gulf de Östemberg. Luego la primera conclusión que podemos extraer es que la isla de Ipsar se encuentra al oeste, y ésa debe seguir siendo la orientación de nuestro Camino Invisible.

—De acuerdo —aceptó Grimpow—. Tu razonamiento me parece que es bastante acertado, pero entonces, ¿qué significado tiene la palabra ARTE situada en el centro del mapa? —inquirió, dejando la iniciativa a Weienell, que había demostrado poseer una extraordinaria capacidad deductiva.

—Posiblemente que el secreto de los sabios, o el lugar en que está escondido, tiene mucho que ver con el arte.

—¡El arte sólo puede encontrarse en las iglesias y en las catedrales! —exclamó Grimpow, admirado por su propia conclusión.

—Sí, yo también lo había pensado así —dijo Weienell animada, después de comprobar que, sin apenas darse cuenta de ello, estaban comenzando a encontrar la luz en medio de la oscuridad del Camino Invisible.

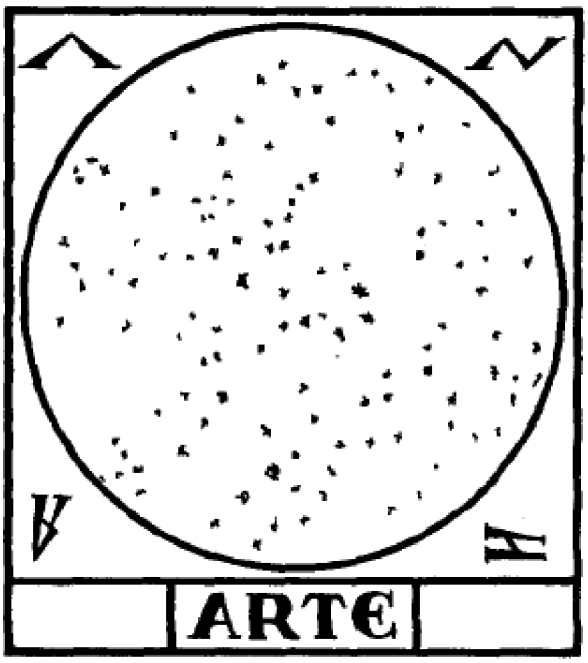
—Luego nuestra segunda conclusión podría ser que debemos buscar una iglesia o una catedral situada al oeste.

—Sin duda —dijo Weienell—, pero Francia está repleta de iglesias y catedrales. Puede haber cientos de ellas. En todas las aldeas y poblados hay ermitas e iglesias, y rara es la ciudad, por pequeña que sea, que no posee una catedral. En la plaza de esta misma ciudad de Metz hay una, ayer pasamos por delante de ella.

—Eso nos permite pensar que la clave siguiente debe de estar en la parte superior del mapa, entre las estrellas de la esfera celeste —razonó Grimpow.

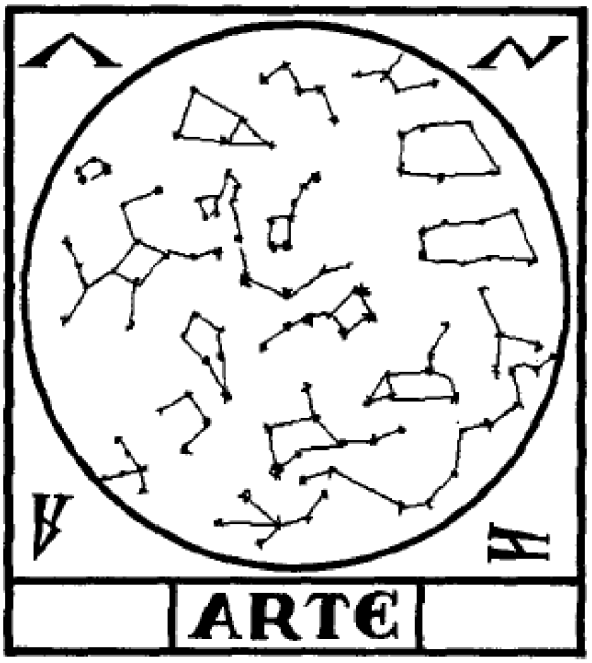
Grimpow clavó sus ojos sobre la representación que había hecho del cielo en su dibujo y se mantuvo ensimismado y en silencio durante un buen rato, recordando las noches que había pasado junto al hermano bibliotecario Rinaldo de Metz en la colina de la abadía de Brínkdum contemplando la cúpula del cielo, mientras el viejo monje elaboraba sus cartas y sus tablas estelares. Y recordó cuando le mostró la primera carta estelar, y le dijo que en aquel dibujo estaba representado el cielo de la noche que tenía ante sus ojos.

En el cielo están la oscuridad y la luz



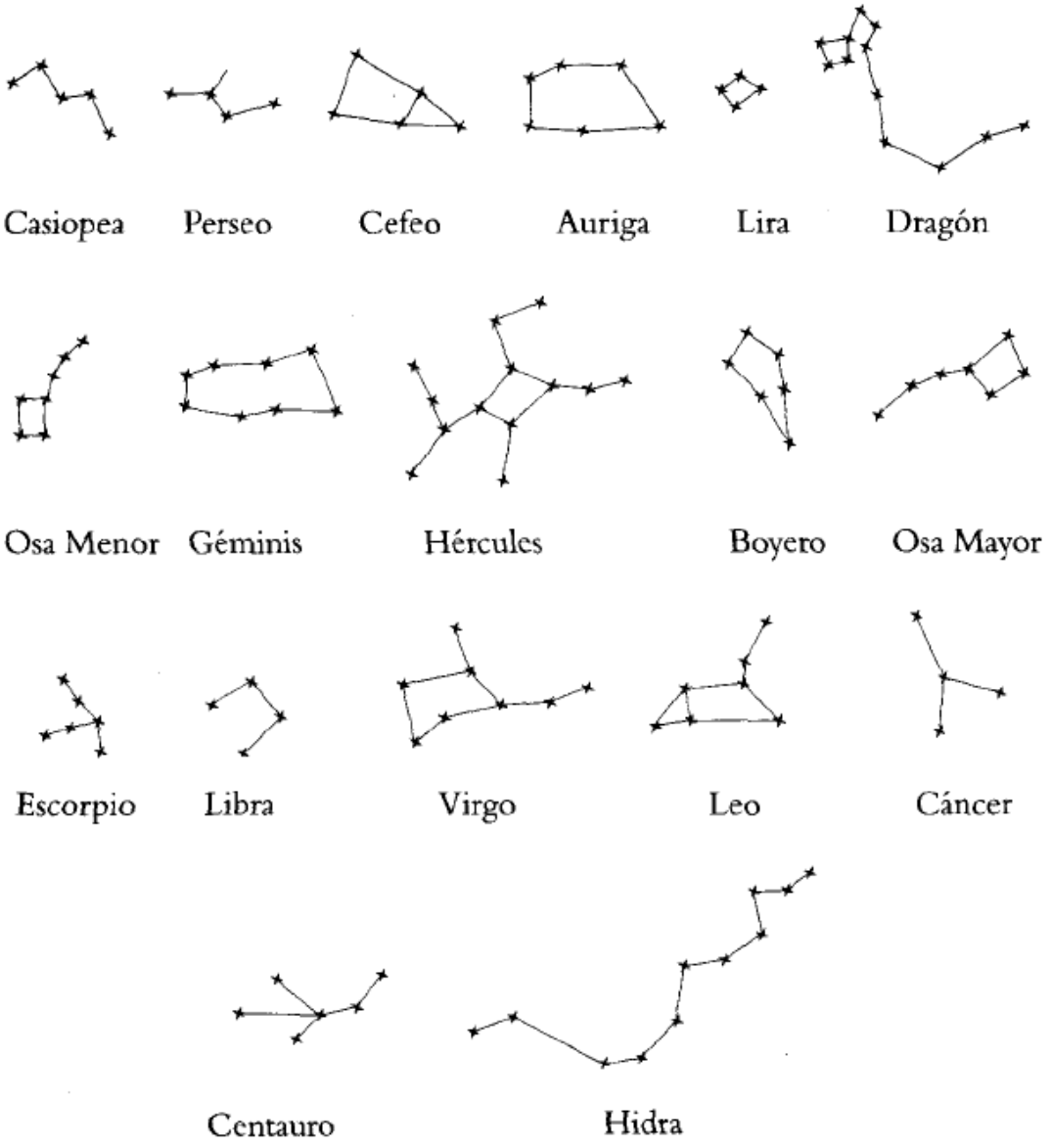
—¡Son constelaciones reales! ¡En la bóveda celeste del mapa están pintadas algunas constelaciones de estrellas, y por eso el camino que lleva hasta el secreto de los sabios es invisible! —exclamó Grimpow, volviendo a mirar su dibujo.

En el cielo están la oscuridad y la luz



Entonces cogió el carboncillo y comenzó a unir los puntos de las estrellas con finas líneas rectas hasta que la maraña que tenía ante sus ojos quedó agrupada en perfectas y definidas constelaciones.

—¡Es maravilloso, Grimpow! Es cierto que en el cielo estaban la oscuridad y la luz, pero tú estás consiguiendo encontrar la luz de las estrellas, haciendo visible el Camino Invisible —dijo Weienell asombrada, mientras Grimpow dibujaba cada constelación del mapa estelar, escribiendo bajo ellas sus nombres.



—¡Ahora sí que nos enfrentamos a un complicado jeroglífico! No sé cómo podremos salir de este embrollo, ni cuál de estos caminos llevará hasta el secreto de los sabios —exclamó Grimpow cuando hubo terminado de dibujar las constelaciones y de situar el nombre de cada una bajo ellas.

—Yo tampoco sé cómo podremos interpretar este nuevo enigma, debo admitirlo, pero no estoy dispuesta a darme por vencida —dijo Weienell.

Al anochecer del segundo día decidieron consultar a Humius, pues se sentían incapaces de resolver aquel nuevo enigma oculto entre estrellas. Habían pasado horas interminables realizando combinaciones con las iniciales de cada constelación, buscando anagramas y dobles sentidos a las palabras, pero no encontraron nada que les llamase la atención o despertara su interés.

Grimpow le explicó a Humius todas las claves que habían seguido desde que Salietti y él pasaron al Valle de Sol y abrieron la cripta de la iglesia de Cornill donde dormía la historia del secreto de los sabios escrita por Aidor Bílbicum. Le dijo que habían viajado a la ciudad del mensaje y que en la catedral de Estrasburgo había oído la voz de las sombras, y que habían seguido el recorrido del signo y habían encontrado la cámara sellada donde el tiempo era vida y era muerte, y después de haber logrado sobrevivir a aquella trampa mortal convertida en reloj de arena habían conseguido ver el Camino Invisible pintado en el mapa que allí se encontraba, y que ahora le mostraba.

Luego Weienell tomó la palabra e informó a Humius de sus avances en la resolución del enigma del Camino Invisible, diciéndole que también habían averiguado que la isla de Ipsar, habitada por seres fantásticos y monstruos, y a la que debían llegar para enfrentarse al diablo y hallar a sus pies las últimas palabras, se encontraba al oeste de los castillos del Círculo de Piedra, y que el secreto de los sabios tenía mucho que ver con el arte de las iglesias y las catedrales. Asimismo le informó de que Grimpow había encontrado la luz en la oscuridad del cielo, y había hecho visible el Camino Invisible al agrupar las estrellas del mapa en las constelaciones que aparecían en su dibujo, pero por más que habían pensado sobre ello no conseguían averiguar cuál de todos los caminos que trazaban las constelaciones debía conducirlos a desvelar el secreto de los sabios.

—Debo confesaros que yo soy médico, y que mis conocimientos sobre astronomía son limitados. Tu padre, sin embargo, no habría tenido ninguna dificultad en descifrar este enigma de estrellas y constelaciones. Él fue un gran astrónomo —dijo mirando a Weienell—. Sin embargo, recuerdo que en alguna ocasión le oí hablar sobre una teoría que estaba investigando en la Universidad de París, y según la cual algunas de las más importantes catedrales de Francia seguían el mismo recorrido sobre la Tierra que las estrellas de la constelación de Virgo en el cielo.

—¿La constelación de Virgo? —preguntó Weienell, mientras Grimpow dibujaba esa constelación en su pergamino de notas.

—Así es. Por lo que yo sé, Virgo ha sido siempre representada en los signos del Zodiaco como una hermosa joven que sostiene en sus manos una gavilla de trigo.

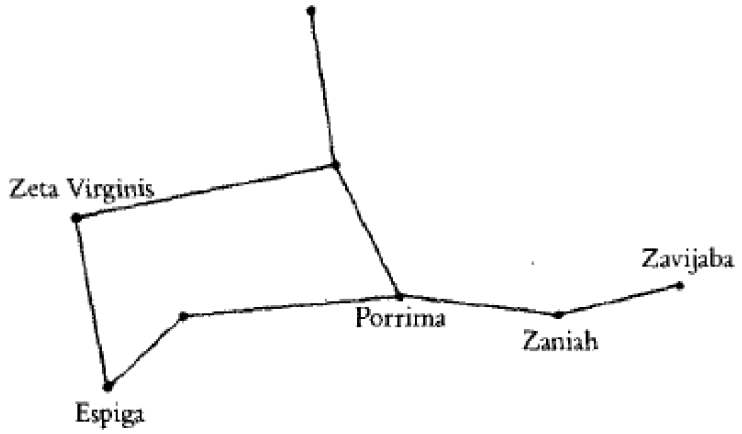
—¡Por eso a su estrella más luminosa se le llama Espiga! El hermano Rinaldo de Metz me habló de esa estrella cuando contemplábamos el cielo en las noches sin luna de la abadía de Brínkdum —aclaró Grimpow.

—Los primeros sabios de la sociedad Ouróboros estuvieron muy vinculados a la construcción de las catedrales. Sólo ellos poseían los conocimientos necesarios para crear tales maravillas —prosiguió Humius.

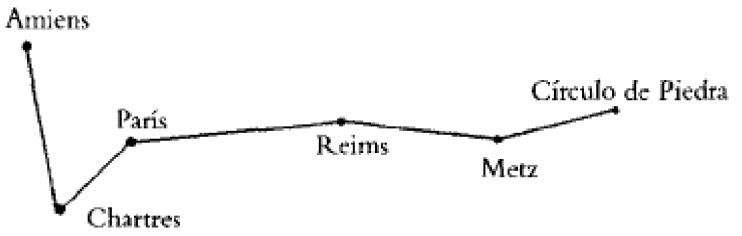
—Tal vez el secreto de los sabios esté escondido en alguna de ellas —opinó Grimpow.

—En el lenguaje de los antiguos sabios nada es lo que parece ser, y las catedrales son un inmenso misterio en sí mismas —continuó el médico—. Su majestuosidad, sus naves y altas bóvedas, sus torres, sus pórticos, sus rosetones y sus vidrieras están repletos de pinturas y esculturas, de símbolos y alegorías, que no podrían ser descifrados en siglos. Las catedrales de Reims, París, Chartres y Amiens son las más grandiosas de Francia, y todas ellas quedan al oeste. Creo que vuestras deducciones no han sido equivocadas —concluyó Humius.

Luego se levantó de la mesa de la cocina y fue a su gabinete. No tardó en regresar con un mapa de Francia en el que aparecían las cuatro ciudades de las que acababa de hablarles. Lo desplegó sobre la mesa, cogió el carboncillo y el pergamino en que Grimpow realizaba sus anotaciones, y comenzó a trazar la constelación de Virgo.



Weienell y Grimpow le miraban con curiosidad, intentando adivinar lo que se proponía hacer Humius con aquellas estrellas unidas por líneas imaginarias. Y después de hacer algunas comprobaciones sobre el mapa de Francia, Humius trazó un nuevo dibujo que dejó alelados a los jóvenes que le miraban.



—¡El Camino Invisible! —exclamó Grimpow después de oír las palabras del anciano y observar los dos dibujos que había realizado.

—¡Es increíble! —apostilló Weienell sin poder dar crédito a la magia con que el Camino Invisible se había hecho completamente visible ante sus ojos.

—Ahora ya sabéis hacia dónde deberéis seguir mañana vuestro camino en busca del secreto de los sabios —dijo Humius con humildad.

—¡París! —exclamó Weienell.

—¡Claro! —apostilló Grimpow, comprendiendo inmediatamente por qué había llegado Weienell a esa conclusión.

Juntos de nuevo

Salietti llegó a la ciudad de Metz malherido y con abundantes quemaduras en la cara y en los brazos. A pesar de su estado, aún aguardó junto a su caballo a que cayera la noche antes de adentrarse en la maraña de callejuelas que conducía hasta la casa del médico Humius. En sus oídos aún retumbaban el estruendo de las rocas al caer sobre las murallas y las torres de la fortaleza, mezclado con los gritos de los muertos en su agonía. Temblaba a causa de la fiebre, y en su delirio llegó a pensar que lo ocurrido no había sido más que una pesadilla, un mal sueño del que no lograría despertar nunca. Ni siquiera sabía si alguien más había sobrevivido a la masacre. Todo fue tan rápido e inesperado... Y pensando esto se quedó dormido de agotamiento. La luna parecía deslizarse con prisas detrás de un manto de nubes tenue y deshilachado, y algunas lechuzas ululaban entre los árboles bajo los que Salietti se agazapó al anochecer, ocultándose como un reo que hubiese huido del patíbulo.

Cuando despertó al cabo de algunas horas repletas de sobresaltos y pesadillas, las estrellas parpadeaban tímidamente en la oscuridad de la noche. A lo lejos se oían los ladridos de un perro, y el viento hacía temblar las ramas del árbol que Salietti tenía ante sus ojos. Se incorporó, se subió con dificultad a su caballo y tomó la senda que llevaba a la ciudad de Metz. Cruzó el puente y cabalgó lentamente por un entramado de callejuelas estrechas y empedradas, sin más compañía que las sombras de la noche y el sonido hueco de los cascos de su caballo.

—¡Los han matado a todos! —logró decir con voz débil cuando Humius le abrió la puerta de su casa.

—¿Quién sois? ¿Qué os ha ocurrido? —preguntó desconcertado el médico.

—Avisad a Weienell y a Grimpow —balbució Salietti, y cayó de bruces en el suelo, desmayado ante su caballo.

Weienell y Grimpow no tardaron en llegar. Los fuertes golpes en la puerta de la casa los habían despertado y aguardaban impacientes delante de sus alcobas las noticias de Humius sobre los motivos de tanta alarma. Incluso

llegaron a pensar que eran los soldados del rey los que llamaban, y por un momento temieron que Búlvar de Góztell hubiera encontrado su nuevo escondrijo y fuesen a apresarlos. Pero a Weienell le pareció reconocer la voz de Salietti, y ella y Grimpow corrieron escaleras abajo para ver qué ocurría.

—Alguien pregunta por vosotros, y parece malherido. Debe de ser Salietti —dijo Humius nervioso.

—¡Sí, es Salietti, es Salietti! —exclamó Grimpow al ver a su amigo tendido junto a la puerta.

Weienell se acercó al cuerpo inerme de Salietti y lo besó en la frente mientras sollozaba y le acariciaba los cabellos.

—Metámoslo adentro, rápido —dijo el médico.

Weienell y Humius cogieron con gran dificultad el pesado cuerpo de Salietti y lo metieron en la casa.

—Será mejor que lleves su caballo al establo —le dijo Humius a Grimpow, que intentaba ayudar sosteniendo la cabeza de su amigo.

Condujeron al herido hasta una habitación situada en el patio, cercana a la entrada, y lo tumbaron sobre una mesa alargada. Alrededor, algunos estantes dejaban ver gruesos tratados de medicina, y junto a una hornacina había abundantes instrumentos quirúrgicos, que brillaron al encender Humius unas lámparas de aceite.

Después de despojar al herido de su armadura, el médico cogió un afilado escalpelo y rajó el jubón de Salietti. Sus ropas estaban empapadas en sangre reseca y negruzca. Humius las apartó con cuidado de la piel del herido y dejó al descubierto un profundo corte de espada que le rozaba el cuello y llegaba hasta el hombro.

—Aprovecharé que está inconsciente para coserle la herida, antes de que llegue a despertar —dijo Humius, cogiendo de la alacena los útiles necesarios para proceder a cerrar la piel abierta de Salietti.

—Yo os ayudaré —respondió Weienell, al tiempo que se recogía las mangas de su camisón y se lavaba las manos en una pileta de agua situada bajo la ventana.

La esposa de Humius entró en la habitación y miró compasiva al hombre que yacía en la camilla.

—Prepararé agua caliente y unas compresas limpias —dijo la mujer, y volvió a salir de la habitación con el mismo sigilo con que había entrado.

Weienell se secó las manos en un paño que colgaba junto a la pileta de agua y preguntó angustiada:

—¿Creéis que es grave la herida?

—Creo que no, aunque ha perdido mucha sangre y se encuentra muy debilitado por haber viajado hasta aquí en tan lamentable estado. Además parece tener una fiebre muy alta —dijo después de posar su mano sobre la frente de Salietti.

El rostro de Grimpow, que acababa de entrar en el cuarto, se ensombreció como si la luz de las lámparas de aceite se hubiese agrisado a causa de unas sombras siniestras y fantasmagóricas. Sus peores presagios cuando se marcharon de la ciudad de Estrasburgo se habían cumplido, y el asalto a los castillos del Círculo había concluido con una despiadada masacre. Sin embargo, se sintió afortunado al saber que Salietti aún estaba vivo.

—Si le hubiésemos entregado la piedra y el mapa del Camino Invisible al inquisidor Búlvar de Góztell, quizá nada de esto habría ocurrido —dijo Grimpow, con la mirada fija en la herida abierta que el médico se disponía a cerrar.

Después de que Weienell lavara las heridas, Humius clavó con precisión la punta de una aguja con forma de garfio en la piel de Salietti, la empujó hasta que logró hacerla asomar por el interior de la herida y tiró de ella como si remendara un grueso trozo de cuero. Luego dijo:

—Los habrían matado a todos aunque le hubieras entregado el secreto de los sabios. Ya ocurrió antes y volverá a ocurrir en el futuro. A los asesinos como ese fraile dominico lo que menos les importa es el motivo por el que matan, no puedes sentirte culpable por ello.

—Me apena pensar que el duque Gulf y sus caballeros hayan muerto por defendernos de la superstición y de la ignorancia.

—Nuestra causa es la causa, de toda la humanidad, Grimpow, no debes olvidarlo. Jamás hemos hecho daño a nadie, y todos nuestros desvelos se centran en alcanzar un mundo más sensato y justo, gobernado por la sabiduría y no por la ambición. No puedes reprocharte que otros sólo quieran satisfacer su codicia y su perversidad, sin importarles el daño que puedan causar para lograrlo. Si el rey de Francia y el barón Figüeltach de Vokko, alentados por ese inquisidor malvado, han ordenado asesinar a todos los habitantes de los castillos del Círculo, no es a ti a quien le corresponde cargar con esos crímenes, sino a ellos. A nosotros ya nos basta con tener que escondernos.

—Mucho me temo que aún habrá de morir mucha más gente antes de que todo este horror termine —dijo Weienell apesadumbrada, mientras limpiaba la sangre que manaba de la herida de Salietti.

—Sí, lamentablemente así será —confirmó el médico.

La puerta volvió a abrirse y de nuevo entró la esposa de Humius en la habitación. Se acercó a Weienell y le entregó unas compresas de paño y unas vendas que desprendían intensos aromas a hierbas hervidas.

—Ahora traeré un caldo que he puesto al fuego; al herido le ayudará a recuperarse, y a vosotros os ayudará a volver a conciliar el sueño —dijo Mahusle, y salió en silencio de la estancia.

La espora de Humius era poco habladora y, aunque acostumbraba a ayudar a su marido cuando atendía a sus pacientes, rara vez se inmiscuía en sus asuntos si no era para sugerir un ungüento o una pócima que pudiera aliviar el padecimiento del enfermo. Humius había sido un gran viajero en su juventud, y

había estudiado medicina con sabios de muy lejanos lugares. Durante mucho tiempo fue médico personal del duque Gulf, hasta que sus muchos años le aconsejaron que volviese a vivir en la tranquila ciudad de Metz, donde había nacido, para esperar allí el fin de sus días.

Después de cerrar la herida, el viejo médico aplicó unas pomadas sobre las quemaduras que se repartían por el rostro y el cuerpo magullado de Salietti. Luego lo envolvió en los paños aromatizados con hierbas que había preparado Mahusle, y Weienell y Grimpow le ayudaron a cargar con el enfermo hasta otra habitación contigua, donde había un lecho amplio y confortable.

—Yo velaré su sueño en lo que queda de noche —dijo Weienell, tomando entre las suyas la mano de Salietti. Y mientras Humius y Grimpow volvían a sus aposentos, Weienell pensó en lo paradójicos que son los afanes de los hombres, pues mientras muchos sabios como Humius se esforzaban por salvar la vida de sus semejantes, otros se empeñaban en matarlos.

El día amaneció lluvioso y algo frío a pesar de lo avanzado de la primavera. En el patio de la casa, alrededor del pozo, algunos gorriones inflaban y hacían vibrar sus plumas para sacudirse las gotas de agua que mojaban sus alas. Mahusle trajinaba en la cocina, junto a unas ollas que burbujeaban sobre las llamas de un fogón encendido, mientras Humius, Weienell y Grimpow desayunaban unos pedazos de pan con pescado salado, acompañados de un gran tazón de leche. Habían pasado dos días desde que Salietti llegara, y todos esperaban que despertara de su letargo y les diera detalles sobre lo ocurrido en la fortaleza del duque Gulf. También temían que los soldados del inquisidor Búlvar de Góztell pudieran haberlo seguido hasta allí y los hicieran presos a todos. Por eso permanecían en silencio, cabizbajos y ensimismados en sus pensamientos.

Grimpow pensaba en la ciudad de París y en lo que allí pudiese aguardarles. Tenía claro que él y Weienell no se habían equivocado al concluir que en esa ciudad estaba la isla de Ipsar, habitada por seres fantásticos y monstruos, donde debían enfrentarse al diablo para hallar a sus pies las últimas palabras, según rezaba el manuscrito de Aidor Bílbicum. El mapa del Camino Invisible que Humius les había dibujado siguiendo la línea inferior de estrellas de la constelación de Virgo coincidía plenamente con la línea que unía los castillos del Círculo de Piedra con las ciudades de Metz, Reims, París, Chartres y Amiens. Si su teoría no era equivocada, todo en el mapa del Camino Invisible apuntaba a que en la catedral o en alguna iglesia de esas cuatro ciudades debía encontrarse el secreto de los sabios. Y su próximo destino para encontrarlo estaba en la isla de Ipsar. Cuando Humius les dijo que París era una de las ciudades del Camino Invisible, le bastó alterar mentalmente el orden de las letras de la palabra «Ipsar» para darse cuenta de que también podía formarse la palabra «París». Y aunque Grimpow ignoraba que en París hubiese alguna isla,

Weienell le aclaró que en medio del río Sena que cruzaba la ciudad había un gran islote sobre el que estaba construida la catedral de Notre-Dame. Sin embargo, Grimpow no dejaba de preguntarse qué seres fantásticos y monstruos podían habitar en esa isla, y cómo podrían llegar a enfrentarse al diablo para hallar a sus pies las últimas palabras.

Weienell también pensaba en París. Era su ciudad, la ciudad en la que había nacido y en cuya universidad su padre había impartido clases de astronomía durante toda su vida. Multitud de recuerdos acudieron a su mente, atropellándose como un reguero de emociones y sentimientos que la abrumaban. Desde que abandonó su casa en París para acompañar a su padre enfermo a la aldea de Córnill, su vida se había transformado como el plomo de los alquimistas, pasando de las más negras pesadumbres hasta el dorado color de sus sentimientos por Salietti. Y ahora lo tenía de nuevo a su lado.

—Supongo que aún quedará un poco de pescado para aliviar el hambre de un moribundo —dijo Salietti, apareciendo de súbito en la cocina como un resucitado.

Weienell sonrió al verlo y se levantó de la mesa para abrazarlo.

—Aún deberías permanecer en reposo un par de días —dijo Humius.

—Si sigo acostado en ese camastro sólo conseguiré adelantar la hora de mi muerte, y aún confío en poder escapar de sus afiladas garras hasta que la vejez me postre sumiso a sus pies —replicó Salietti, contento de estar vivo y de reencontrarse con Grimpow, que también lo abrazó con cuidado de no hacerle daño en las heridas.

—Salietti, te presento al médico Humius, también él fue amigo de nuestros padres, y ha sido él quien ha curado tus heridas y nos ha acogido en su casa. Ésta es su esposa Mahusle —dijo señalando a la anciana que sonreía a su lado—, cuyos ungüentos y caldos poseen la virtud de devolverle la salud a cuantos la han perdido, como tú mismo has podido comprobar.

—Estoy en deuda con ambos por su generosa hospitalidad —dijo Salietti, expresando su gratitud con un gesto respetuoso de sus ojos.

Humius y su esposa Mahusle reclinaron la cabeza en señal de cortesía.

—Humius es un gran sabio, y nos ha ayudado a descifrar el enigma del Camino Invisible. Ahora sabemos que debemos ir a París —dijo Grimpow con precipitación, deseoso de informar a su amigo Salietti de sus avances en la búsqueda del tesoro de los sabios.

—Luego le hablarás de ello, Grimpow, ahora deja que Salietti se siente con nosotros y nos cuente el trágico fin de los castillos del Círculo de Piedra —dijo Humius.

Salietti tenía el brazo izquierdo en cabestrillo, sujeto por una venda que le rodeaba el pecho y los hombros, y se acomodó a la mesa con lentos movimientos de su cuerpo. Hubiese preferido hablar de cualquier otra cosa para evitar tener que recordar el horror que había vivido en la fortaleza del duque Gulf de Östemberg, después de que el ejército del rey de Francia y del

barón Figüeltach de Vokko lograran asaltar sus torres y murallas, pero sabía que Humius era un buen amigo del duque Gulf, y a buen seguro que deseaba conocer lo ocurrido.

Weienell y Grimpow se sintieron horrorizados al oír el relato de Salietti, a quien los ojos le brillaban como si volviese a revivir la tragedia, mientras el médico Humius se estremeció al oír cómo había muerto su amigo el duque Gulf de Östemberg, a quien él mismo le había salvado la vida cuando apenas era un niño y enfermó de tuberculosis.

—Como pudimos nos replegamos de nuevo al interior de la poterna, —prosiguió Salietti— rodeados de mercenarios que habían conseguido sobrepasar la línea de murallas del castillete, y regresamos a la fortaleza superior para reorganizar nuestras defensas. El caballero templario Rhádoguil de Cúrnilldonn se hizo cargo de capitanear a los monjes soldado de la proscrita Orden del Temple refugiados en los castillos del Círculo y a los fieles caballeros del difunto duque Gulf de Östemberg, dispuestos a morir antes que permitir el asalto de la fortaleza del que hasta hacía un instante había sido su valeroso señor.

»Durante esa noche hubo una pequeña tregua, que aprovechamos para descansar un poco y preparar gigantescos pebeteros de aceite ardiendo en cada almena de la muralla del oeste y de las torres del castillo. Toda la fortaleza parecía arder como una colosal pira de fuego, y los propios sitiadores creyeron que habíamos preferido perecer en la hoguera de nuestras herejías antes que entregarles los tesoros que buscaban.

»Al amanecer del día siguiente, el sol también ardía en el este, iluminando los campamentos de los sitiadores, que pronto comenzaron a lanzar aullidos de guerra y a removerse en el valle como un hormiguero dispuesto a devorar a dentelladas la hasta entonces inexpugnable fortaleza de los castillos del Círculo de Piedra. Un ensordecedor zumbido de trompetas, gritos y tambores se elevó hacia las torres y alcanzó tal vigor que el espanto y el horror se clavaron en los rostros de cuantos contemplábamos atónitos los movimientos de los sitiadores, que comenzaron a aproximarse en número de miles a las paredes de roca del oeste, trepando a través de cientos de escalas y cuerdas las lisas paredes de la montaña, mientras decenas de bolas de fuego y piedra caían sobre nuestras cabezas desde las catapultas instaladas bajo las murallas. Nuestros arqueros conseguían detener el avance de cientos de soldados que caían muertos o heridos al abismo como si cayesen en el infierno, pero eran tantos y tan bien pertrechados que muy pronto comenzaron a escalar las murallas y las torres, sin que ni siquiera el aceite hirviendo consiguiera detenerlos.

»Las monstruosas catapultas de que disponían los sitiadores lograron abrir muchos agujeros en las murallas, y en menos tiempo del que se tarda en contarlo, nos vimos rodeados por cientos de soldados y caballeros del ejército del barón y del rey de Francia, que habían conseguido entrar en la fortaleza derribando las puertas del este. Durante muchas horas luchamos

denodadamente con hachas, espadas, flechas y lanzas, hasta que los fieles caballeros del duque y los templarios fueron cayendo uno a uno, y sólo quedamos menos de un ciento, intentando defender el patio de la torre del homenaje en la que se refugiaban las mujeres y los niños. —Y en este punto, Salietti detuvo su relato y dejó escapar un suspiro, como si volviesen a faltarle las fuerzas para mantenerse erguido.

—Si te sientes mal no es necesario que sigas hablando —dijo Humius—, podemos imaginarnos lo que ocurrió luego.

Salietti se repuso, y continuó:

—No, no podéis imaginar aquel horror ni siquiera aunque yo os lo cuente. Una multitud de cadáveres cubrían el suelo de la fortaleza, y los que aún peleábamos sabiendo que la muerte era nuestra única alternativa posible, lo hacíamos pisoteando sus cuerpos ahogados en charcos de sangre. Lo último que recuerdo es un hondo dolor en el cuello y un fuerte golpe sobre mi yelmo, y la imagen de un caballero del barón Figüeltach de Vokko situado a mi espalda, que reía a carcajadas al verme caer muerto a sus pies. «¡Matadlos a todos!», fue lo último que le oí gritar entre el estruendo de nuestra derrota.

»Cuando desperté había caído la noche y mi cuerpo ensangrentado estaba rodeado por cientos de cadáveres. Me sentía tan aturdido que creí despertar de una terrible pesadilla en medio del Apocalipsis, y entonces me di cuenta de que me encontraba muy cerca de la puerta que conducía a los pasadizos secretos por los que huisteis vosotros y en cuya entrada yo había dejado mi caballo. Aproveché el desconcierto y la locura de los asaltantes que accedían en masa a la torre del homenaje para saciar sus ansias de pillaje y bajé las escaleras hasta llegar a la losa de piedra cerrada que me permitiría salir con vida de aquella siniestra masacre.

La barcaza del trovador

El viaje hasta París lo hicieron sin sobresaltos. Partieron antes del amanecer de un día anubarrado que amenazaba lluvias y vientos tempestuosos, pero que al fin despuntó benévolo y despejado, pues el viento cambió su dirección hacia el este, y las nubes corrieron en el cielo como si también ellas huyeran hacia algún lugar remoto y desconocido.

Antes de partir, mientras Weienell y Salietti preparaban su escaso equipaje en las alforjas de cuero, Grimpow cogió de una mesa de la cocina un cuchillo, largo y afilado.

—¿Para qué necesitas ese cuchillo? —le preguntó Humius.

—Si volvemos a encontrarnos con los soldados del inquisidor Búlvar de Góztell quiero vender cara mi vida, antes de que me corten el pescuezo como a un cordero indefenso —dijo Grimpow en tono jocoso.

Salietti alzó la cabeza de los enseres que metía en sus alforjas y miró a Grimpow, divertido.

—Si hemos de confiar nuestras vidas a tu destreza en el manejo de ese cuchillo, ya podemos darnos por muertos. Será mejor que no olvides tu arco ni el carcaj con las flechas —dijo riendo.

—Al menos intentaré que alguna de las bestias del inquisidor me acompañe en ese último viaje a las oscuridades de una tumba —replicó Grimpow.

Todos estallaron en risas, cuando Mahusle, la esposa de Humius, entró en el patio.

—¿Tanto os divierten los peligros que aún habréis de afrontar en la búsqueda del secreto de los sabios a la que habéis decidido entregar vuestra vida? —dijo, algo irritada por la conducta infantil de su esposo.

—Querida Mahusle, es preferible reírse mil veces de la vida antes de que ella decida carcajearse de nosotros, pintando en nuestros labios la fría sonrisa de la muerte —replicó el médico, al tiempo que se acercaba a su esposa y la besaba levemente en la frente.

—No es necesario que te lleves ese cuchillo —dijo Salietti, lanzándole a Grimpow la daga que el bandido Drusklo el Sanguinario le había arrebatado en el bosque de Oppernái.

—¡Has conseguido recuperar la daga! —exclamó Grimpow aturdido.

—No podía permitir que una daga que perteneció a mi padre se quedara en manos de un asesino.

—¿Eso quiere decir que Drusklo también combatía?

—Sí, era uno de los mercenarios que asaltaron la barbacana. Lo vi después de acabar con Váldigor de Róstvol, y mientras luchaba contra él le pedí que me devolviera la daga como me había prometido si hacía llegar su mensaje al barón Figüeltach de Vokko, pero me contestó que no combatíamos en el mismo bando, y que si la quería tendría que matarlo. Y así lo hice.

Cuando terminaron de empaquetar sus escasas pertenencias, ensillaron los caballos en la pequeña cuadra de la casa del médico, colocaron las alforjas y unas mantas enrolladas a la grupa y se despidieron de Humius y de Mahusle, quienes les aconsejaron que se cuidaran de los enemigos de la sabiduría y les desearon toda la suerte que el cielo y las estrellas pudieran ofrecerles en el camino visible que ahora emprendían, para encontrar al fin el secreto de los sabios.

Se alejaron de la ciudad dirigiéndose al sudoeste, y pronto dejaron atrás la puerta sur de la ciudad de Metz. A su alrededor se extendían verdes e interminables llanuras moteadas por el color rojo de las amapolas, que en el horizonte se transformaban en una dentada cadena de montañas.

Cabalgaban a buen paso, a pesar de que las heridas de Salietti aún no habían cicatrizado y el trote de su caballo le hacía sentir como si decenas de agujas se le clavaran en la piel de su cuello. Pero Salietti no deseaba demorar más tiempo su llegada a París, si ése era el lugar señalado en el mapa del Camino Invisible como su próximo destino. La guerra contra los castillos del Círculo había terminado, y pronto el ejército del rey de Francia regresaría a la ciudad de su monarca para rendirle honores y festejar su victoria entre desfiles callejeros, algarabías y borracheras. Sin embargo, Salietti suponía que el rey Felipe IV no iba a poder celebrar nada más que una nueva y brutal matanza, pues su perro de presa, el inquisidor Búlvar de Góztell, regresaría de la guerra sin los tesoros ni el objeto prodigioso capaz de procurarle a su rey la inmortalidad que tanto ansiaba, y que el fraile dominico le había prometido para conjurar la maldición del gran maestre de la Orden del Temple que ardió en la hoguera. Una guerra inútil para un propósito inútil, pensó Salietti cuando a media tarde pasaban por las cercanías de la ciudad de Verdún.

Habían decidido cabalgar alejados de aldeas, poblados y ciudades, y de los senderos y caminos por los que transitaban los mercaderes, monjes, peregrinos, mendigos y bandidos que viajaban desde el norte de Alsacia a París, aprovechando las bonanzas de la primavera, porque no deseaban correr riesgos que volviesen a poner en peligro sus vidas y su secreta misión.

Al anochecer del segundo día de viaje divisaron en el horizonte la pequeña y tranquila ciudad de Châlons, donde un camino partía hacia el norte, hasta Reims, y hacia el oeste proseguía el camino que llevaba hasta París. Châlons estaba situada a orillas del caudaloso río Marne, y la bordeaban un sinfín de marismas atestadas de aves acuáticas que al ocultarse el sol chillaban y revoloteaban sobre los humedales en grandes y ruidosas bandadas. Las torres de una iglesia y de la catedral destacaban sobre los tejados de sus casas entramadas, otorgándole un aire noble de ciudad próspera y elegante.

—Supongo que estaréis seguros de que es París, y no la ciudad de Reims, donde el mapa señala nuestro próximo destino. En Reims también hay una gigantesca y magnífica catedral, y en ella se han coronado los últimos reyes de Francia con toda la pompa y beato de su corte. No sería un mal lugar para esconder un valioso tesoro —dijo Salietti, después de que Weienell y Grimpow le explicaran cómo habían conseguido descifrar con la ayuda de Humius el enigma del planisferio y las constelaciones del Camino Invisible.

—El manuscrito de Aidor Bílbicum es muy claro al respecto, dentro de su hermetismo y su aparente confusión, y la tercera etapa de la búsqueda del secreto de los sabios la sitúa en la isla de Ipsar, cuyas letras también forman la palabra «París». Si recuerdas el texto de Aidor, dice que el Camino Invisible nos conduciría a la isla de Ipsar, habitada por seres fantásticos y monstruos...

Salietti interrumpió a Weienell.

—¡Pero en la isla de París no existen esos seres fabulosos de los que habla el manuscrito de Aidor Bílbicum! —exclamó.

—Tal vez nos sorprendamos al verlos —dijo Weienell, reservándose sus propias suposiciones.

—Me pregunto dónde encontraremos al diablo y cómo habremos de enfrentarnos a él para hallar a sus pies las últimas palabras —dijo Grimpow, expresando en voz alta sus pensamientos.

—Hasta ahora hemos conseguido resolver acertadamente los enigmas anteriores, y tampoco antes de enfrentarnos a ellos sabíamos lo que nos aguardaba. Seguramente lo sepamos cuando llegue la hora —dijo Weienell.

—Sí, pero cada nuevo enigma es mucho más complicado que el anterior, y ahora no tenemos a Humius para que nos ayude a desvelarlos. Sin él no sé cómo hubiésemos logrado averiguar que el Camino Invisible estaba oculto entre las estrellas de la constelación de Virgo, y que el trazado inferior de esa constelación se corresponde con la situación de los castillos del Círculo y con las ciudades de Metz, Reims, París, Chartres y Amiens, como aparecen en el mapa de Francia —alegó Grimpow, que sentía un gran respeto por los razonamientos y los análisis con que Weienell se enfrentaba a los criptogramas encadenados del manuscrito de Aidor Bílbicum.

—Si la teoría de mi padre que nos contó Humius es cierta, en alguna de las catedrales de esas ciudades debe de estar escondido el secreto de los sabios, y en el manuscrito de Aidor Bílbicum están las claves para poder encontrarlo. Lo único que hemos de hacer es interpretarlas adecuadamente.

—Sólo espero que no se trate de una nueva trampa como la que nos sorprendió en la cámara sellada —dijo Grimpow.

—Al menos ahora me tenéis a mí para defenderos ante cualquier peligro, aún puedo empuñar una espada. Pero mucho me temo que mi sesera no os servirá de gran ayuda en el descubrimiento de los enigmas con que los sabios protegieron su secreto —intervino Salietti.

—No te preocupes por eso ahora. Estamos muy contentos de que estés de nuevo con nosotros, a pesar de tus torpezas —dijo Grimpow riendo.

—Sí, es cierto —añadió Weienell, ofreciéndole su mano a Salietti con una sonrisa, que pronto se mudó en inquietud al ver a un grupo de personas encapuchadas no muy lejos de ellos.

Salietti les hizo un gesto con la mano para que bajaran la voz.

—Creo que son frailes mendicantes —sugirió Grimpow, achicando los ojos para verlos mejor en la incipiente oscuridad de la noche.

—Me acercaré para averiguar quiénes son —dijo Salietti, picando las espuelas de su caballo y adelantándose hasta alcanzar a la comitiva, mientras Weienell y Grimpow se agazapaban junto a las altas malezas que los rodeaban.

Era un pequeño grupo de leprosos que caminaban sin rumbo después de haber sido expulsados por el obispo de su refugio en unas cuevas cercanas a la ciudad de Reims.

A una señal de Salietti, Weienell y Grimpow salieron de la espesura y avanzaron con lentitud. Los leprosos alzaron los ojos al descubrir la presencia de los dos jóvenes jinetes que acompañaban al caballero que acababa de saludarlos, sin dejar que les viesen sus rostros desfigurados, ocultos bajo sus mugrientos mantos con capucha.

—¿Y por qué os ha expulsado el obispo de vuestro poblado? —preguntó Salietti en voz alta.

Ante el silencio de los hombres, una mujer robusta que sólo dejaba ver bajo la capucha sus ojos entristecidos, dijo:

—El obispo de Reims asegura que nuestra enfermedad es un castigo divino por nuestros pecados, y nos ha acusado de practicar la brujería para contagiar con nuestro mal incurable a todas las gentes temerosas de Dios que acuden a la catedral, y ante cuyas puertas pedíamos limosna. Quemaron cuanto teníamos en nuestras cuevas, y nos amenazaron con matarnos si regresábamos.

—¡Malditos sean esos hijos del infierno! —exclamó Salietti lleno de ira.

—¿Habéis encontrado soldados del rey hacia el oeste? —preguntó Weienell.

—No, hasta allí no han llegado aún, pero hemos oído en una iglesia de Châlons que una parte del ejército del rey ya regresa a París después de haber conquistado los castillos del Círculo de Piedra, y los soldados están arrasando

todas las aldeas y poblados que encuentran a su paso para alimentarse con el trigo y el ganado de los campesinos —relató un hombre que parecía ser el jefe del grupo.

—Si los mercenarios del rey que regresan a París os dan alcance, os matarán y os robarán los caballos para comérselos —dijo otro hombre más confiado, pues no le cupo duda alguna de que los desconocidos que hablaban con ellos también huían de alguien o de algo.

—¿Cuál es el camino más seguro para llegar hasta París? —preguntó Salietti.

—Si teméis algún peligro, el camino más rápido y fiable es por el río. En el embarcadero de Châlons podréis encontrar una barcaza que os lleve hasta la confluencia del río Marne con el Sena. Cada noche parten algunas de ellas cargadas de mercaderes y peregrinos, y os dejarán a las mismas puertas de la ciudad.

Salietti se disponía a despedirse y a desear buena suerte a los leprosos cuando el hombre añadió:

—Preguntad en el embarcadero por Azkle el Trovador, es un poco brusco de modales y canta peor que una rana sorda, pero nadie conoce el río como él. Decidle que vais de mi parte, y os prestará sin hacer preguntas la ayuda que necesitéis.

Grimpow y Weienell sonrieron en sus monturas y se miraron entre sí, sorprendidos por la amabilidad de aquel leproso desconocido que les ofrecía su ayuda.

—¿Y quién sois vos? —inquirió Salietti.

—Bastará con que le digáis que sois amigos de Préstdal.

—Y vosotros, ¿adónde os dirigís? —quiso saber Weienell.

—Vamos hacia el sudeste. Unos monjes franciscanos están construyendo en las afueras de la ciudad de Toul un hospicio para leprosos, y esperamos encontrar allí el asilo que en Reims nos niegan.

Salietti sacó de su bolsa un puñado de pepitas de oro y se las ofreció al hombre sin rostro que tenía ante él.

—Esto os ayudará a que los frailes franciscanos de Toul os abran las puertas de su hospicio sin demora.

Los leprosos miraron la mano abierta de Salietti, fascinados por el brillo del oro.

—¡Oh, señor, cómo podremos devolveros una limosna tan generosa! —murmuró el leproso, alargando su mano descarnada y plagada de úlceras.

—Ya lo habéis hecho. Id en paz, y que Dios os acompañe.

Ante el embarcadero, el río Marne transcurría plácidamente bajo la luna llena que se reflejaba en sus aguas. Varios grupos de hombres, y algunas mujeres y niños que, a juzgar por los sombreros y el báculo con una calabaza que cada uno portaba, debían de ser peregrinos que se dirigían a Compostela para postrarse de hinojos ante las reliquias del apóstol Santiago, aguardaban

ante los atraques del muelle a que salieran las embarcaciones que los llevarían hasta París, para emprender desde allí junto a otras caravanas un duro y penoso camino tan lleno de incertidumbres y peligros como el que ellos habían emprendido para buscar el secreto de los sabios. Al verlos, Grimpow recordó al novicio Pobé de Lánforg, que tanto había soñado con lograr memorables hazañas en las lejanas tierras de España, y se preguntó si acaso habría muerto en la guerra de los castillos del Círculo y su alma vagaba perdida por los bosques como un alma en pena a las que tanto temía el hermano Brasgdo, el monje cocinero de la abadía de Brínkdum.

Descabalgaron de sus monturas y Salietti se acercó a un estibador que cargaba unas cestas repletas de vasijas de barro protegidas con paja en una embarcación panzuda provista de un mástil con dos amplias velas embadurnadas de mugre.

—¿Podéis decirme cuál es la barcaza de Azkle el Trovador?

El hombre le miró y continuó con sus ocupaciones.

—¿Quién pregunta por él? —dijo malhumorado, y Salietti pensó que ya lo había encontrado.

—Un amigo de Préstdal.

—¿Y para qué le buscáis? —inquirió el estibador.

—Eso se lo diré a él.

—Lo tenéis delante de vos.

—Necesito que nos llevéis a mi familia y a mí hasta París, aquí tenéis el pago adelantado de nuestro pasaje —dijo Salietti cogiendo la áspera mano de Azkle el Trovador y colocando en ella tres pepitas de oro—. Una por cada pasajero —añadió.

—Enseguida prepararé la rampa para que metáis vuestros caballos en la bodega. Vos y vuestra familia podéis navegar en cubierta —dijo amablemente el huraño Azkle.

Al abandonar el embarcadero, las altas torres de la catedral de Châlons, iluminadas por la luz de la luna como si fuesen dos flechas lanzadas al firmamento, quedaron tras la brillante estela de la barcaza. Salietti y Weienell se dispusieron a dormir, colocando sus cabezas sobre las alforjas y protegiéndose con una manta de la fría humedad que empapaba la cubierta, mientras Grimpow se quedaba asomado a la borda, contemplando cómo la quilla de la barcaza cortaba el agua ante sus ojos y los engullía un mar de tinieblas.

Y al poco de zarpar, Azkle el Trovador comenzó a cantar unas romanzas, animando con su ronca voz a un alocado coro de ranas.

Las últimas palabras

La travesía duró toda la noche y parte de la mañana, pero antes de mediodía desembarcaron en París. Lucía un sol generoso, y el color cerúleo del cielo poseía una intensidad mágica que impregnaba de brillos y embrujo las turbias aguas del Sena. El puerto estaba situado junto a las dos islas de París, situadas entre dos brazos del río que formaban un ocho deslavazado. A Grimpow no le cupo duda de que una de aquellas dos islas era a la que el manuscrito de Aidor Bílbicum llamaba la isla de Ipsar, y supuso que sería la mayor, sobre la que se elevaba la catedral de Notre-Dame, cuyo aspecto desde el Sena era el de un gigantesco crustáceo con dos inmensas cabezas correspondientes a cada una de las dos torres, infinitas patas formadas por los arbotantes adosados a las naves laterales, y un caparazón repleto de espinas puntiagudas que cerraban las cúpulas.

En el puerto fluvial de París, decenas de naves de todos los tipos y tamaños se alineaban unas tras otras envueltas por la frenética actividad de los estibadores que cargaban mercancías en las bodegas, o de los barqueros que preparaban los aparejos y las velas yendo de un lugar a otro sobre las cubiertas.

Muchos de ellos giraron sus cabezas al ver pasar a los tres jinetes que acababan de cruzar la pasarela de la panzuda barcaza de Azkle el Trovador, sintiéndose turbados al recrear su mirada en la dama que tiraba de las riendas de su caballo con tanta hermosura y encanto. Y es que, a pesar de que Weienell cubría sus cabellos con un gorro sin alas para intentar pasar inadvertida, su belleza era tal que resultaba imposible sustraerse a la tentación de contemplar aquellos ojos grandes y verdes, que destellaban como reflejos de sol en el mar.

Ya fuera de los muelles del Sena, Weienell propuso que fueran hasta su casa, cerrada desde que ella y su padre se marcharan a la aldea de Cornill, para dejar allí los caballos, darse un buen baño de agua caliente y cambiarse de ropas. Pero a Salietti le pareció imprudente que Weienell entrase en su casa a plena luz del día acompañada de dos forasteros y sin la compañía de su padre.

—No me extrañaría que el inquisidor Búlvar de Góztell cuente con algún espía entre tus vecinos para que dé la voz de alerta a los soldados del rey tan pronto te vean llegar de nuevo a tu casa. Si al malvado fraile dominico le ardían las entrañas por su deseo de entregarte a los verdugos en la fortaleza del barón Figüeltach de Vokko, estoy seguro de que le vendería su alma al diablo si supiera que de ese modo podría encontrarnos, ahora que sus esperanzas de encontrar el tesoro de los templarios o el secreto de los sabios se le han esfumado de las manos.

—¿Qué podemos hacer entonces? —preguntó Grimpow, deseoso de seguir su aventura.

—Propongo que busquemos la posada que me ha recomendado Azkle el Trovador y dejemos allí los caballos. Pasaremos más desapercibidos sin ellos. Y luego, cuando haya anochecido, iremos a la casa de Weienell sin ser vistos, aunque pasar allí la noche podría ser tanto como encerrarnos nosotros mismos en una trampa, tan incierta e invisible como el camino del mapa que llevamos encima. Si los soldados del rey nos buscaran allí, no podríamos volver a escapar.

—Quizá no sean infundados tus temores. Pero alguna vez tendré que regresar a mi casa, allí está todo cuanto mi padre y yo poseíamos —dijo Weienell, pensativa y melancólica a causa de los recuerdos que afloraron de súbito en su mente.

—Aunque sea duro admitirlo, no debes olvidar que ahora no eres más que una proscrita, y que han puesto precio a tu cabeza. Tendremos que andar con mucho cuidado en esta gigantesca ciudad, donde cualquier sombra puede despertar una sospecha, y en la que tras cualquier rostro puede esconderse un enemigo —dijo Salietti sin ánimo de herir aún más los sentimientos de su amada.

—Nos marcharemos de París tan pronto nos enfrentemos al diablo en la isla de Ipsar y hallemos a sus pies las últimas palabras. Aún hemos de seguir nuestra búsqueda del secreto de los sabios. No es momento para lamentaciones —dijo Grimpow, intentando que Weienell recobrase el ánimo.

—Tienes razón, Grimpow. Lo haremos como ha propuesto Salietti.

Las calles de París eran un hervidero humano que a Salietti le trajo vivos recuerdos de su juventud, y a Grimpow le recordó la Babel bíblica de la que una vez le había hablado el hermano Brasgdo. El monje cocinero de la abadía de Brínkdum le dijo entonces que Dios castigó la soberbia de los hombres que se habían propuesto construir una torre que alcanzara el cielo, confundiendo sus lenguas de manera que no pudieran entenderse entre ellos y evitar así que los humanos accedieran a la divinidad. Y después de ver en la distancia las torres de las iglesias y de la catedral de Notre-Dame, que como la mítica Torre de Babel se alzaban desafiantes al cielo, Grimpow se preguntó si acaso Dios no

habría vuelto a condenar a los hombres al caos y al estrépito que ahora lo envolvía en el barrio de los mercaderes, muy cerca de las orillas del Sena. Grimpow no había visto nunca nada igual a aquel armonioso amasijo de casas gigantescas y apelmazadas, y dudaba de volver a verlo alguna vez después de que abandonaran aquella ciudad prodigiosa. Cientos de personas deambulaban de un lado a otro rodeados por el bullicio y la algarabía de los campesinos que en los mercados callejeros voceaban las inigualables delicias de sus frutas y verduras, de los pescadores que elogiaban la plateada frescura de las escamas de sus pescados, de los carniceros que exhibían como trofeos los cuerpos despellejados y sanguinolentos de sus mejores corderos, de los mercaderes de especias que pregonaban a gritos las virtudes milagrosas de sus hierbas, brebajes y pócimas, inflamando el aire con mil aromas embriagadores.

Una vez que dejaron los caballos en las cuadras de la posada que Azkle el Trovador le había recomendado a Salietti, muy cerca del barrio de los Inocentes, deambularon por una enredada trama de callejuelas que Weienell parecía conocer como las líneas de la palma de su mano. Pasaron ante un pequeño cementerio cuyas tumbas y cipreses asomaban sobre un muro bajo, dejaron atrás las calles de los orfebres y los tejedores, y llegaron de nuevo a la orilla derecha del Sena. Grimpow llevaba cruzada al pecho la alforja en la que portaba el mapa del Camino Invisible, el manuscrito de Aidor Bílbicum, sus notas y su carboncillo, y Salietti escondía entre sus ropas la bolsa con las pepitas y el sello de oro de la sociedad secreta Ouróboros.

Weienell les indicaba el camino sin titubear, y muy pronto cruzaron el puente que llevaba a la isla de Ipsar. A la derecha asomaban las torres de una fortificación siniestra, en cuyas mazmorras eran torturados los herejes apresados por la Inquisición desde hacía años. Sin embargo, a la izquierda se alzaban las majestuosas torres cuadradas de la catedral de Notre-Dame, como si en aquella pequeña isla se hubiera reservado un lugar para el infierno y otro para el cielo.

Embobado ante el esplendor artístico de la fachada principal de la catedral, Grimpow presintió que aquella maravilla guardaba entre sus piedras más secretos de los que ellos buscaban, y recordó las palabras del ermitaño cuando les dijo que si querían encontrar el secreto de los sabios debían aprender a interpretar el lenguaje de las piedras. No le pareció una labor imposible, pero temió que no les resultaría fácil acabar descifrando los últimos enigmas encadenados del manuscrito de Aidor Bílbicum. Habían logrado ver el Camino Invisible y el mapa les había conducido hasta la isla de Ipsar, pero Grimpow no había logrado ver aún los seres fantásticos y los monstruos que allí habitaban.

Y, como si Weienell le estuviera leyendo el pensamiento, le dijo, señalando con su mano hacia las cornisas más altas de la catedral:

—Grimpow, aquí tienes los seres monstruosos de los que habla el manuscrito.

Grimpow miró donde Weienell le señalaba y entonces los vio allá arriba, posados sobre las cornisas como seres fabulosos que contemplaran desde las alturas las miserias de los hombres. Había dragones, aves, diablos y fieras de fauces abiertas y aterradoras que parecían transformadas de súbito en piedra como si fueran los guardianes de aquellas alturas inalcanzables, o hubiesen sido expulsadas de un reino que no era el suyo y se resistieran a marcharse.

—Ahora lo entiendo. Los seres fabulosos y los monstruos que según el manuscrito de Aidor Bílbicum habitan en esta isla de Ipsar son las gárgolas, simples esculturas de piedra que representan el mal y por eso se encuentran fuera de la catedral —dijo Salietti.

—Entonces, ¿a qué esperamos? Busquemos al diablo que se ha colado ahí dentro, a ver lo que encontramos bajo sus pies. Espero que ese demonio sea tan poco peligroso como esos monstruos que nos miran desde lo alto —dijo Grimpow, satisfecho de haber dado un paso más en la búsqueda del secreto de los sabios.

Ante las puertas de la catedral se agolpaba un enjambre de ciegos, tullidos y lisiados, que mendigaban una limosna a cuantos llegaban, y bajo los pórticos laterales unos saltimbanquis hacían malabares con bolas de fuego. Grimpow les miró como si le recordasen un tiempo lejano en su memoria y sintió compasión por ellos.

En la catedral el silencio era tan intenso como la luz multicolor que se filtraba por las vidrieras. La puerta principal estaba orientada al sol poniente, y a esa hora de la tarde el sol comenzaba a iluminar el gran rosetón de la fachada como si fuese un crisol de fuego. Era evidente que en aquellos vitrales se contaban multitud de historias cuyo verdadero significado sólo conocerían quienes las pintaron, y que el interior de aquella catedral podía encerrar infinitos misterios que jamás llegarían a ser descifrados. Los vitrales de colores eran como un gran libro abierto en el que no era necesario saber leer para ver lo visible, pero que a la vez ocultaban multitud de mensajes cifrados que sólo podrían ser leídos por quienes dispusieran de las claves para hacerlo.

Grimpow, sin embargo, confiaba en poder descifrar pronto el enigma que los había llevado hasta allí, y comenzó a mirar a uno y otro lado, deslumbrado por la inconmensurable belleza que le rodeaba. Tenía claro que cada escultura y cada pintura que había a su alrededor estaba poseída por la genialidad del ARTE como la más clara expresión de la capacidad creativa de los seres humanos, tal y como sugería el criptograma del Camino Invisible al contener esa mágica palabra en el centro del mapa, bajo el planisferio, pero ahora estaba apreciando también el ARTE invisible de las geometrías y las matemáticas que él había aprendido a comprender y a descifrar con el monje bibliotecario Rinaldo de Metz, en la abadía de Brínkdum, y que saltaban a la vista como un estallido de ingenio y de sabiduría en cada muro lateral abierto a la luz de las vidrieras, en cada columna gigantesca y en las inmensas bóvedas ojivales que flotaban en lo alto como si fuesen ingrávidas.

Junto a una capilla en la que ardían decenas de cirios y velas, Weienell le tocó con levedad el brazo a Grimpow para que despertara de la profunda ensoñación en que se había sumido.

A su lado, Salietti no dejaba de mirar los rostros de cuantos rezaban en la gran nave central o en las innumerables capillas laterales, ya fuesen nobles, plebeyos, mercaderes, burgueses, peregrinos, monjes o clérigos, y permanecía vigilante ante cualquier gesto o movimiento que le pudiese parecer sospechoso.

—Venid, creo que sé dónde puede encontrarse el diablo que buscamos. Cuando yo era niña y venía con mi madre a la catedral, pasaba asustada junto a él como si temiese que pudiera apoderarse de mi alma si le miraba a los ojos. Casi nadie se atreve a hacerlo. Tal vez por eso el manuscrito de Aidor Bílbicum exija vencer ese miedo enfrentándose a él para poder hallar a sus pies las últimas palabras.

Recorrieron el coro y el altar, y, bajo la estatua de un hombre de rostro ingenuo que sostenía un libro entre las manos, Salietti descubrió tres palabras que le llamaron la atención por la forma en que estaban dispuestas una debajo de la otra, sin que aparentemente tuviesen ningún sentido. Le hizo a Grimpow una señal para que se acercara sin llamar la atención y éste copió en su pedazo de pergamino la inscripción.

SOL
AFABLE
ARA

—¿Te dicen algo esas palabras? —preguntó Salietti.

Grimpow meditó un instante mientras intentaba establecer alguna conexión entre aquellas palabras aisladas, sin conseguir encontrar ninguna.

—No, no veo qué relación puedan tener ni qué pueden significar. En esta catedral hay guardados más misterios de los que nosotros buscamos, de eso estoy seguro.

—Yo tampoco logro averiguar qué pueden significar esas palabras —advirtió Weienell.

—¿Y si se tratara de las últimas palabras del manuscrito de Aidor Bílbicum? —sugirió Salietti.

Weienell negó con la cabeza.

—El manuscrito dice que hemos de enfrentarnos al diablo para hallar a sus pies las últimas palabras. El personaje de esta escultura no es un diablo.

—Según la Iglesia, el diablo puede disfrazarse de mil formas diferentes para tentar a los incautos. Tal vez el manuscrito de Aidor Bílbicum no deba ser interpretado tan literalmente como lo hemos hecho hasta ahora —insistió Salietti en su teoría.

—Hasta ahora no nos hemos equivocado con nuestras interpretaciones, pero Salietti puede tener razón. Acuérdate de la cámara sellada y de la

expresión «Tempus et vita, tempus et mortis», que resultó ser una trampa mortal —opinó Grimpow, y al cabo de un breve silencio, añadió—: Claro que también es posible que estas palabras sólo sean una leyenda del autor de la escultura, un simple divertimento con el que distraer la curiosidad de quienes la contemplen. En la catedral de Estrasburgo vi como los canteros tallaban sus signos en las piedras, o esculpían sus nombres, o algunas palabras que tenían para ellos un especial significado y que nadie más sabría comprender —opinó Grimpow.

—Vayamos entonces a ver al diablo del que os hablaba, y si allí no encontramos nada interesante seguiremos intentando desvelar este otro misterio inesperado —concluyó Weienell con la sensatez que en ella era habitual.

Weienell les llevó en silencio hasta un rincón apartado de todas las miradas, en el que sobre una piedra había un pequeño diablo de ojos saltones, nariz aplastada y una boca grotescamente grande. Su rostro podía parecer cómico, pero había algo en él que causaba terror cuando se le miraba directamente a los ojos.

—Ahí está. Tal vez éste sea el diablo al que hemos de enfrentarnos —dijo Weienell, sintiendo un intenso repelús.

—¿Y qué hacemos ahora? Ese diablo no se mueve, ¿cómo vamos a enfrentarnos a él? —dijo Salietti entre bromas, aferrando el puño de su espada.

—Quizá el sentido de ese enfrentamiento sea más simbólico que real —aclaró Weienell.

—Yo también estaba pensando en eso —apuntó Grimpow.

—Será mejor que lo averigüéis vosotros solos, yo me quedaré aquí al lado, vigilando por si alguien se acerca —dijo Salietti, apartándose algunos pasos de ellos.

—Es sólo una idea, pero creo que enfrentarnos al diablo es tanto como decirnos que le venzamos, y consigamos moverlo de su sitio —razonó Grimpow.

—No es una hipótesis desafortunada —aceptó Weienell—. Ahora sólo nos queda determinar quién de los dos se enfrentará a este diablo.

—Déjame hacerlo a mí —pidió Grimpow—. Creo que si logro vencerlo terminaré con muchos miedos absurdos que no han dejado de inquietarme desde que Dúrlib y yo encontramos la piedra en la mano del padre de Salietti, cuando murió en los bosques de Úllpens —dijo Grimpow.

Weienell mostró su conformidad con un gesto, y Grimpow se acercó lentamente a la imagen de aquel diablo esculpido en la piedra como si fuese a cobrar de súbito una vida impensada. Extendió la mano y palpó el rostro frío del diablo para cerciorarse de que sólo se enfrentaba a un pensamiento de temor, tan irreal como una quimera. Luego se aproximó más y rodeó al diablo con sus brazos como si quisiera emprender una lucha grecorromana con él. Apretó con todas sus fuerzas y agitó el cuerpo de un lado a otro como si

quisiera descoyuntar los miembros de aquella figura de piedra, hasta que sonó un chasquido. Grimpow soltó la escultura, y la imagen del diablo giró sobre su eje hasta darles la espalda. Y, donde antes el diablo tenía sus pies, ahora aparecía un cuadrado perfecto tallado sobre la piedra, repleto de letras desordenadas.

—¡Las últimas palabras son un nuevo enigma! —exclamó Weienell entusiasmada.

O	S	R	E	V	I	N	U	L	E	D
R	O	B	A	L	A	N	U	Y	O	P
M	E	I	T	E	D	N	O	I	T	S
E	U	C	A	N	U	S	E	O	L	O
S	S	O	I	D	N	E	A	R	I	T
R	E	V	N	O	C	E	S	O	N	A
M	U	H	R	E	S	L	E	I	S	A
A	G	I	P	S	E	A	N	U	N	E
A	M	R	O	F	S	N	A	R	T	E
S	O	G	I	R	T	E	D	O	N	A
R	G	N	U	O	M	O	C	I	S	A

—Pero no tardaremos en descifrarlas —dijo Grimpow con un ánimo renovado, al tiempo que sacaba de la alforja el pedazo de pergamino y el carboncillo y copiaba entre sus notas las últimas palabras, tal como estaban escritas bajo los pies del diablo.

Salietti no podía creer que a los pies de aquel diablo hubiesen encontrado las últimas palabras, tal como aseguraba el manuscrito de Aidor Bílbicum, aunque no pudo disimular su contrariedad al comprobar que se trataba de un nuevo enigma que aún debían interpretar para poder pasar las columnas del tránsito, entrar en el laberinto y sembrar allí la semilla para ver crecer la flor, como última etapa de su búsqueda. Grimpow y Weienell tampoco sabían hacia qué lugar los conducirían las últimas palabras, en las que suponían que se encontraba escrito en clave el lugar definitivo donde se ocultaba el secreto de los sabios. Así que, sin abandonar la catedral, se sentaron en un banco ante la capilla de una virgen negra, y Weienell y Grimpow concentraron toda su atención en resolver aquel cuadrado perfecto y enigmático, mientras Salietti vigilaba que nadie se acercara.

Con las pupilas de sus ojos clavadas en aquella amalgama de letras desordenadas y sin aparente sentido, pasaron largo rato. Grimpow fue el primero en encontrar una palabra con entidad propia dentro del cuadrado.

Estaba en el ángulo izquierdo de la parte superior y había sido escrita de derecha a izquierda.

—¡Aquí pone «Universo»! —exclamó ilusionado por el comienzo del fin que ya se anunciaba en ese criptograma, y acto seguido escribió en sus notas:

UNIVERSO

—Esa fue la palabra clave que nos permitió salir con vida de la cámara sellada —dijo Weienell sin contener su entusiasmo, al comprobar nuevas coincidencias que le parecían realmente mágicas.

—Pues aquí parece repetirse de nuevo, y me pregunto cuál será el motivo —añadió Grimpow.

—¡También está la palabra «tiempo», escrita de derecha a izquierda como la anterior! —proclamó Weienell, a quien sus descubrimientos en aquel cuadrado de letras misteriosas no dejaban de sorprenderle, pues se iban haciendo tan visibles ante sus ojos como el mapa del Camino Invisible.

—La palabra «tiempo» era la clave para entrar en la cámara sellada —advirtió Grimpow, añadiéndola a sus notas.

TIEMPO

—Y aquí está la palabra «Dios» —prosiguió Weienell, mientras Grimpow también la anotaba.

DIOS

E inmediatamente exclamó:

—Y las palabras «ser humano» son otras. Parece que vamos por buen camino —dijo, y escribió la palabra sin entretenerse en más comentarios.

SER HUMANO

Durante un instante permanecieron en silencio, como si hubiesen agotado todas las posibilidades que aquel cuadrado de letras desordenadas les ofrecía, pero Weienell no tardó en descubrir otra.

—¡Trigo, he encontrado la palabra «trigo»! Y Grimpow la añadió a su lista.

TRIGO

—¡Es fantástico! Está también la palabra «espiga», el nombre de la estrella más brillante de la constelación de Virgo donde estaba oculto el Camino Invisible que traza la ruta desde los castillos del Círculo hasta la ciudad de

Amiens —exclamó Grimpow sin poder dar crédito a aquella conexión de palabras, que completó escribiendo «espiga» en sus notas.

ESPIGA

Salietti se acercó a ellos para saber cómo llevaban sus averiguaciones y advertirles que no alzaran la voz, pues hablaban demasiado alto y alguien podía llegar a oírles.

—Hemos encontrado esta relación de palabras —dijo Weienell, dejando de nuevo alelado a Salietti, a quien no le cabía duda de que sus dos amigos eran dos grandes sabios, y regresó a su puesto de vigilancia junto a un pulpito para no distraerlos en sus averiguaciones.

—¿Qué significarán las últimas palabras? —se preguntó Grimpow a sí mismo en voz alta, mientras subrayaba en el cuadrado de letras cada una de las palabras que habían encontrado.

Las mentes de Weienell y Grimpow se esforzaban por encontrar lo antes posible algún sentido sensato a las palabras escondidas en el cuadrado de letras, pero todo era tan confuso que sus ideas se dispersaban en una maraña de posibilidades para las que necesitarían horas, si no días, en poder evaluar.

O	S	R	E	V	I	N	U	L	E	D
R	O	B	A	L	A	N	U	Y	O	P
M	E	I	T	E	D	N	O	I	T	S
E	U	C	A	N	U	S	E	O	L	O
S	S	O	I	D	N	E	A	R	I	T
R	E	V	N	O	C	E	S	O	N	A
M	U	H	R	E	S	L	E	I	S	A
A	G	I	P	S	E	A	N	U	N	E
A	M	R	O	F	S	N	A	R	T	E
S	O	G	I	R	T	E	D	O	N	A
R	G	N	U	O	M	O	C	I	S	A

—Creo que debemos preguntarnos qué es exactamente lo que buscamos —propuso Weienell, esforzándose en seguir un método adecuado a sus razonamientos.

—Lo que buscamos es el secreto de los sabios —dijo Grimpow sin dudar.

Weienell sonrió ante la evidencia de la respuesta de Grimpow.

—No me refería a eso. Quiero decir que debemos comenzar por buscar algo más concreto. Lo que ahora nos interesa saber más que ninguna otra cosa es

dónde están las columnas del tránsito que hemos de cruzar para entrar en el laberinto y sembrar allí la semilla para ver crecer la flor.

—¿Te refieres a un lugar concreto?

—Exactamente. Ese lugar debe de estar entre estas misteriosas palabras, y debemos buscar un nombre que sea concluyente —aclaró Weienell.

—Según el Camino Invisible, ese lugar debe encontrarse aquí en París, en Chartres, en Amiens o en Reims, pero la ciudad de Reims ya la dejamos atrás.

—Y en París ya estamos, de modo que debemos buscar Amiens o Chartres —dijo Weienell, y antes de que pudiese decir algo más, Grimpow le mostró de nuevo las siete palabras.

UNIVERSO
TIEMPO
DIOS
SER HUMANO
ESPIGA
TRIGO

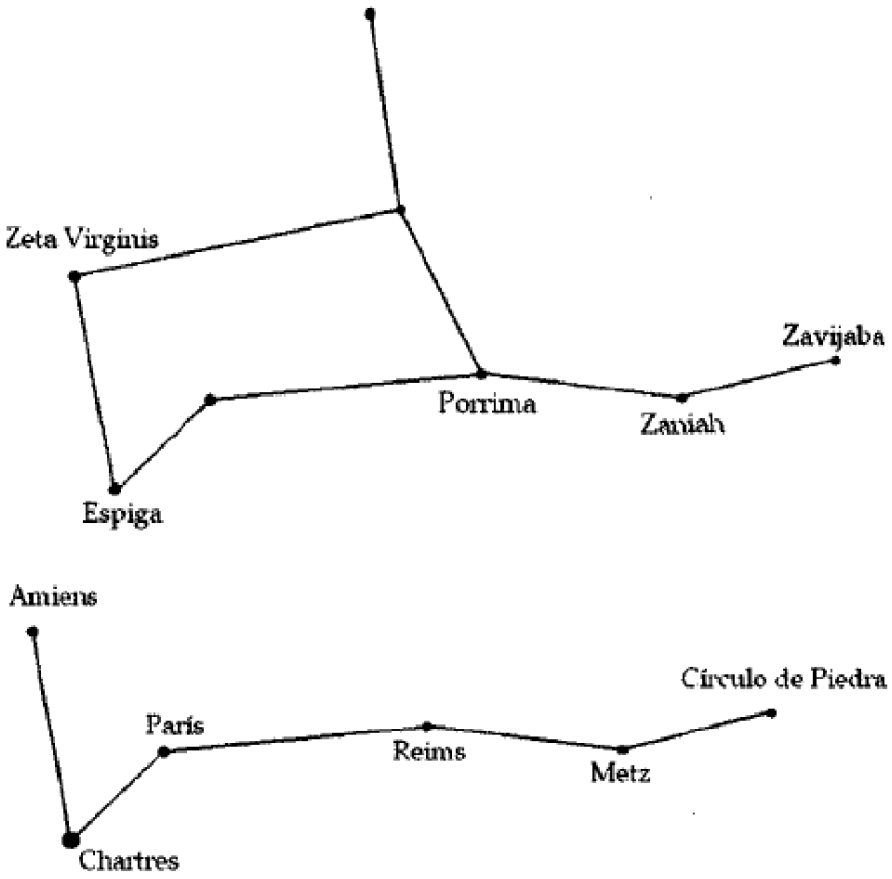
—¡Cogiendo letras aisladas de cada una de ellas se puede componer la palabra Amiens! —exclamó Grimpow.

Weienell miró las palabras durante un instante, y al poco dijo:

—Es cierto, Grimpow, pero me temo que tomando letras sueltas como tú propones también podemos formar las palabras París y Reims, y Char... Un momento —se interrumpió Weienell, como si algo le hubiese sorprendido de un modo inesperado, y luego prosiguió—: La palabra Chartres no puede formarse escogiendo letras aisladas de las siete palabras del cuadrado, como ocurre con París, Reims y Amiens. En ninguna de ellas está la letra C.

A Grimpow lo asaltó un pensamiento, que expresó como si un fogonazo de luz le hubiese cruzado por su mente.

—Eso puede significar que la ciudad en que está oculto el secreto de los sabios es la que su nombre no puede componerse con las siete palabras del cuadrado, y ésa es precisamente Chartres, y si recuerdas el trazado del Camino Invisible —dijo buscando la nota del dibujo que les hizo Humius—, la posición de la ciudad de Chartres en la Tierra se correspondía con la posición de la estrella más luminosa de la constelación de Virgo, que es Espiga, cuya palabra aparece completa en el cuadrado de letras —concluyó, mostrándole a Weienell el dibujo que les hiciera el médico Humius.

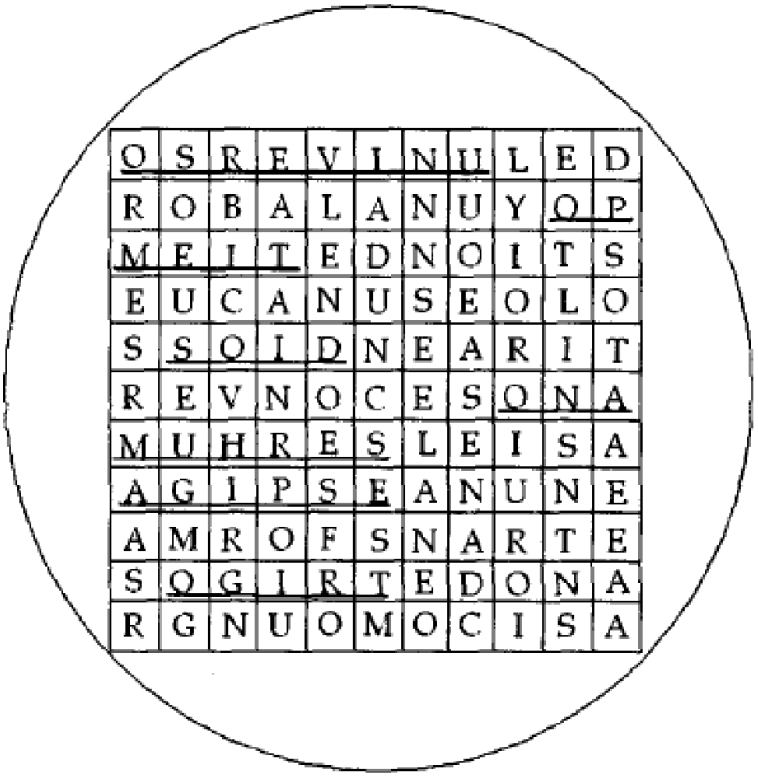


—Es posible, pero también puede significar que el lugar en que no está escondido el secreto de los sabios es precisamente el correspondiente a la ciudad que falta, es decir Chartres, y que aún hemos de buscar en las otras tres. Y si consideramos que estamos en París, el secreto aún puede estar aquí, en Reims o en Amiens, que es la última ciudad que también señala el Camino Invisible.

Las últimas palabras de Weienell confundieron a Grimpow tanto como las últimas palabras del manuscrito de Aidor Bílbicum, y por un momento tuvo la sensación de que habían llegado a un punto insoluble, en el que no harían sino dar vueltas en círculo alrededor del cuadrado de letras. Y pensando esto cayó en la cuenta de que el viejo monje Rinaldo de Metz también le hizo un dibujo en la biblioteca de la abadía de Brínkdum, con un círculo que representaba el cielo, y en su interior un cuadrado que representaba la Tierra, y de algún modo —pensó Grimpow— aquellas siete enigmáticas palabras parecían sugerir esa doble división entre el círculo y el cuadrado, entre lo celestial y lo terrestre, pues el Universo, el Tiempo y Dios pertenecían a esas nebulosas del espacio celeste, mientras que el Trigo, la Espiga y el Ser Humano formaban parte de las certezas de la vida terrenal.

Así que decidió hablarle de ello a Weienell, por si esas cavilaciones les ayudaban a orientarlos entre la oscuridad que de nuevo los envolvía.

Weienell prestaba atención a los hechos que su sabio amigo le narraba, sin dejar de mirar de reojo el cuadrado de letras, al que Grimpow envolvió en un círculo para ilustrar sus explicaciones.



—El hermano Rinaldo de Metz me dijo que la cuadratura del círculo era imposible, porque ello supondría tanto como unir el cielo y la Tierra, y a Dios con el hombre —concluyó Grimpow, desalentado por la encrucijada sin salida en la que se encontraban.

Pero después de oír a Grimpow, los ojos de Weienell centellearon como si el cielo representado en el círculo se hubiese fundido con la Tierra, y dijo:

—¡Ése es exactamente el significado de este misterioso cuadrado de letras! Las palabras que hay en él no sólo son las palabras aisladas «Universo», «tiempo», «Dios», «ser humano», «espiga» y «trigo».

Grimpow la contempló admirado.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, incapaz de comprender la idea que Weienell intentaba transmitirle.

—Que las últimas palabras de las que habla Aidor Bílbicum en su manuscrito son un texto completo. Comencé a sospecharlo al comprobar que las siete palabras que hemos subrayado en el cuadrado de letras estaban todas escritas de derecha a izquierda, y lo he confirmado al oír cuanto ese monje bibliotecario te dijo sobre la imposible cuadratura del círculo.

Y tomando de manos de Grimpow el trozo de pergamino y el carboncillo, Weienell comenzó a escribir las últimas palabras de los sabios de la sociedad Ouróboros, al tiempo que le explicaba que el texto del cuadrado de letras estaba

escrito al revés de abajo arriba, empezando por el ángulo inferior derecho, y decía exactamente esto:

ASÍ COMO UN GRANO DE TRIGO
SE TRANSFORMA EN UNA ESPIGA,
ASÍ EL SER HUMANO SE CONVERTIRÁ EN DIOS.
SÓLO ES UNA CUESTIÓN DE TIEMPO,
Y UNA LABOR DEL UNIVERSO.

—Lo que las últimas palabras significan es que llegará un momento en que realmente se producirá la cuadratura del círculo, cuando el ser humano alcance la divinidad convirtiéndose en Dios. Si lo piensas detenidamente, el ser humano imaginó a Dios para explicarse a sí mismo, para explicar el mundo y el cosmos, y cuando alcance la total sabiduría, el ser humano y Dios se fundirán en uno solo, y el círculo quedará definitivamente cerrado y unido para siempre al cuadrado. Mi padre me habló alguna vez de esto —dijo Weienell.

—¿Y cuándo ocurrirá eso? —preguntó Grimpow estupefacto.

—Cuando el paso del Tiempo y la labor del Universo lo permitan, tal vez siglos, miles, millones de años tal vez, pero el proceso de transformación ya ha comenzado, y a nosotros nos corresponde evitar que vuelva a detenerse a causa de la ignorancia.

Grimpow se quedó mudo de asombro, incapaz de decir nada, pues ahora comprendía por qué el signo de la sociedad secreta Ouróboros era una serpiente que se muerde la cola, representando con el único animal capaz de anillarse sobre sí mismo, el comienzo y el fin de la sabiduría.

Se habían apartado algunos pasos de la capilla, y evitaron situarse cerca de los feligreses y peregrinos que rezaban postrados de rodillas en la nave central.

A Salietti le resultaba imposible entender cómo Weienell y Grimpow habían logrado desvelar el misterio de las últimas palabras, por más que sus dos amigos se esforzaron en que lo comprendiera.

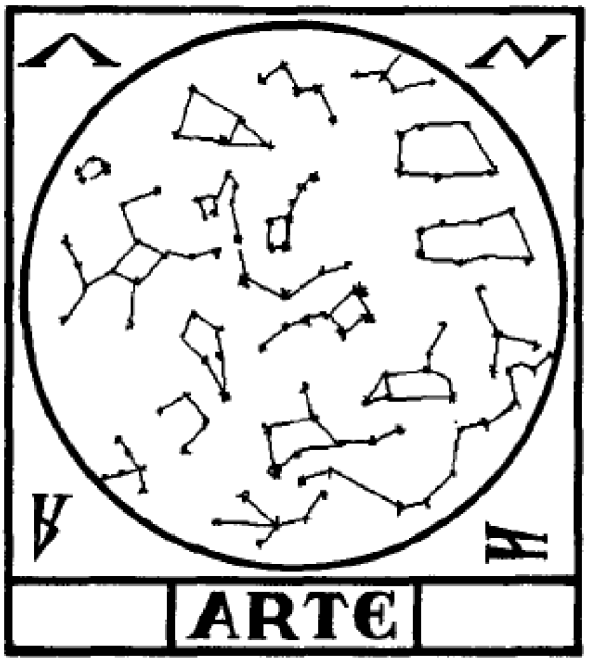
—Pero entonces, ¿dónde están las columnas del tránsito? —preguntó, impaciente por marcharse de la catedral y abandonar París cuanto antes. Cada hora que pasaba era más probable que los primeros soldados del ejército del rey llegaran a la ciudad, y no le sorprendería que el inquisidor Búlvar de Góztell regresara con ellos para informar personalmente al rey de su fracaso en traerle el secreto de los sabios que le haría inmortal.

—Aún no hemos averiguado si están aquí mismo, en París, o en Reims, en Chartres o en Amiens —dijo Weienell—. Pero parece seguro que en una de las catedrales de esas ciudades tiene que estar oculto el secreto de los sabios.

—¿Y cómo pensáis averiguarlo? —quiso saber Salietti, sin dejar de mirar de reojo a un grupo de peregrinos que acababa de entrar en la catedral por una

puerta lateral situada frente a ellos, entonando a coro unos cánticos de alabanza.

—Si la clave no estaba en las últimas palabras que hallamos a los pies del diablo, es posible que se encuentre entre los signos que rodean las cuatro esquinas del planisferio del Camino Invisible. Aún no nos hemos ocupado de analizarlos —dijo Grimpow, volviendo a mostrarles sus notas.



Luego dibujó los cuatro símbolos uno a uno, aislándolos del planisferio y situándolos aleatoriamente agrupados.

—Tenemos que buscar por todos los rincones de la catedral estos signos, aislados o juntos, y en cualquier orden en que puedan encontrarse. La clave del lugar donde está escondido el secreto de los sabios tiene que estar en ellos, es el último eslabón que nos falta para cruzar las columnas del tránsito, entrar en el laberinto y sembrar la semilla para ver crecer la flor. Ésa es la última etapa del manuscrito de Aidor Bílbicum y tiene que estar en alguna parte. Nos separaremos y cada uno de nosotros recorrerá una nave de la catedral, hasta que volvamos a coincidir aquí de nuevo —dijo con firmeza.

—No creo que debamos separarnos —dijo Weienell, temerosa de quedarse a solas entre los cristos, vírgenes y santos que parecían mirarlos desde sus hornacinas de piedra como seres venidos de otro mundo, a pesar de su apariencia humana.

—Por separado pasaremos más desapercibidos y multiplicamos por tres las posibilidades de encontrar estos signos en la inmensidad de esta catedral. Es una pura cuestión matemática» y el hermano Rinaldo de Metz me enseñó en la abadía de Brínkdum que los números ayudan a encontrar la solución de todos los misterios del cosmos —intentó convencerle Grimpow.

Weienell y Salietti no mostraron ningún desacuerdo con Grimpow, que parecía haber asumido la responsabilidad de la búsqueda del secreto de los sabios como un sargento de arqueros asume la estrategia de su ataque. Al fin y al cabo, él era ahora el poseedor de la piedra, y quien la había encontrado en los bosques de la comarca de Úllpens cuando aún era un niño. De eso hacía ya un tiempo, y la labor del universo había hecho que, sin darse cuenta de ello, se convirtiera en un joven intrépido y sabio.

Recorrieron todas las capillas de la catedral, el coro, el altar mayor, cada columna, cada escultura, cada pintura y cada vidriera, observando con detalle multitud de historias bíblicas representadas en ellas. Pero junto a uno de los pulpitos Que flanqueaban el presbiterio, Grimpow creyó ver una sombra que se ocultaba después de haber estado observándolo sin que él se percatara de su presencia. Armado de valor se asomó al pulpito subiendo una pequeña escalinata y no encontró a nadie. Pensó que se trataría de un espejismo provocado por su propia sugestión y sus temores a ser apresado por los esbirros de Búlvar de Góztell, y se marchó de allí para regresar con Weienell y Salietti sin haber conseguido averiguar nada que antes no supiera.

De nuevo se encontraron ante la puerta principal de la nave central, desalentados por el fracaso de sus pesquisas. La catedral estaba repleta de signos y símbolos, pero ninguno que se pareciese a los que ellos buscaban. Y si no conseguían averiguar pronto en cuál de las cuatro ciudades se hallaban las columnas del tránsito, los perros de presa del inquisidor Búlvar de Góztell podrían volver a seguirles el rastro, y tendrían que arriesgarse a pasar media vida viajando de París a Reims, o de París a Amiens o a Chartres, sin que al final lograran salir de ese círculo infinito y peligroso.

—Vayamos a Amiens, su catedral es impresionante, y además es la última ciudad que señala el mapa del Camino Invisible. Si sólo nos queda una etapa que cumplir para entrar en el laberinto, está claro que las columnas del tránsito deben estar en esa ciudad —dijo Salietti.

—¿Y si no es allí donde están las columnas del tránsito? ¿Y si están aquí mismo, en París, en esta catedral, junto a nosotros, sin que nos hayamos dado cuenta de su cercanía? —inquirió Grimpow, cuya mente no cesaba de buscar una respuesta definitiva a esa pregunta.

Ante las dudas de Grimpow y Salietti, Weienell decidió intervenir.

—Si consideramos el mapa del Camino Invisible, creo que podremos llegar a una primera conclusión: las columnas del tránsito están al oeste de la isla de Ipsar y fuera de ella. Así que no creo que el secreto de los sabios esté escondido en esta catedral. Tampoco creo que se encuentre en Reims, pues esa ciudad está

situada al este de París, así que sólo nos quedarían Amiens y Chartres, situada una al noroeste de París, y la otra al sudoeste. De manera que si consideramos la acertada teoría de Salietti, Amiens es la última ciudad del mapa del Camino Invisible y el secreto de los sabios podría encontrarse allí, pero si atendemos a la opinión de Grimpow, Chartres se corresponde en el Camino Invisible con la estrella Espiga de la constelación de Virgo, y además la palabra «espiga» aparece entre las últimas palabras del cuadrado de letras que acabamos de descifrar. La cuestión es saber con certeza a cuál de esas dos ciudades debemos dirigirnos para cruzar las columnas del tránsito y entrar en el laberinto.

En ese momento los rayos del sol poniente se filtraron por las vidrieras del gran rosetón de la fachada de la catedral, iluminándolo como el horno de un alquimista ilumina su alambique.

—¡La clave estaba ahí y no la hemos visto antes! —exclamó Grimpow, mirando el prodigioso espectáculo de luz y color que los rayos del sol creaban en el rosetón.

Weienell y Salietti miraron las vidrieras iluminadas como si no se hubiesen percatado hasta ese instante de su mágica presencia, pero no vieron en ellas cuál de sus muchas imágenes podría ocultar la última clave del enigma que intentaban descifrar.

—¿Te refieres a las vidrieras del rosetón? —preguntó Weienell, deseosa de resolver aquel misterio.

—No —dijo Grimpow mientras tomaba el pergamino de sus notas y el carboncillo—. Me refiero al mapa del Camino Invisible.

—Será mejor que te expliques —dijo Salietti con impaciencia.

Y Grimpow se explicó volviendo a dibujar los signos que rodeaban el planisferio del mapa.

ARTE

—Sabíamos que el secreto de los sabios tenía mucho que ver con la palabra ARTE que aparece en el centro del mapa del Camino Invisible, bajo el planisferio. Y también habíamos llegado a la conclusión de que el ARTE está dentro de las catedrales...

—¿Y adonde nos lleva ese razonamiento? —lo interrumpió Salietti.

—A que el ARTE está dentro de la catedral de...

Una flor en el laberinto

Después de salir de la catedral de Notre-Dame por el pórtico central, regresaron a la posada y recogieron sus caballos. Luego desandaron de nuevo el camino sobre sus cabalgaduras, cruzaron la orilla izquierda del río por un pequeño y estrecho puente y se encaminaron hacia el barrio de la universidad de la Sorbona, muy cerca de cuya plaza se encontraba la casa de Weienell y de su padre.

A esa hora del atardecer, las calles por las que transitaron eran frecuentadas por jóvenes estudiantes que entraban y salían de las tabernas entre risas y jolgorios, conversaban en pequeños corros en las esquinas o cortejaban a las doncellas junto a las ventanas de las casas. La mayoría de ellos hablaban en latín, y por esa razón el barrio en que vivían era conocido en todo París como el Barrio Latino.

La noche se cerró sobre ellos mientras cabalgaban al paso por la plaza de la Sorbona, débilmente iluminada por antorchas repartidas en las fachadas de un modesto edificio que albergaba la universidad en la que el sabio Gurielf Lábox había impartido durante muchos años sus magistrales lecciones de geometría, aritmética y astronomía. Salietti recordó sus dos años de estudiante en las aulas de aquella universidad, y Weienell se estremeció al pasar de nuevo por los mismos lugares que su padre y ella misma tantas veces habían recorrido desde que podía recordar. Ahora, sin embargo, Weienell se sentía asustada, y a cada paso temía que alguien la reconociera y quisiese saber por qué su padre y ella habían desaparecido un buen día de su casa sin dar noticias a nadie de su marcha, y sin que volviera a saberse nada más de ellos.

En los callejones por los que se adentraron apenas ardía alguna lámpara de aceite o alguna antorcha, de manera que era difícil que alguien pudiese reconocer a la joven y hermosa Weienell Lábox en medio de aquella densa penumbra. Algunos carros cargados de ganado pasaron junto a ellos, produciendo un ruidoso traqueteo sobre los adoquines que los obligó a detener sus monturas y a pegarse a las paredes de las casas para no ser atropellados por

las patas de las mulas o las toscas ruedas de madera, que amenazaban con estallar en mil pedazos bajo el peso de la carga.

Antes de llegar a su casa, Weienell les señaló al final de la calle una puerta adornada por dos columnas que soportaban un dintel de piedra.

—No imaginaba que vivieses en una casa tan acomodada —dijo Grimpow al ver la fachada.

—Mi abuelo fue un escribano muy apreciado en la corte del rey, y logró hacer alguna fortuna para que mi padre, su único hijo, pudiese estudiar y tener una vivienda decente.

—En el desván de esa casa pasé dos de los más hermosos años de mi vida —dijo Salietti con melancolía.

—¿Dónde guardas la llave? —preguntó Grimpow a Weienell, imaginando que aún tenían que desvelar ese insospechado misterio.

—La que llevábamos con nosotros al partir hacia la aldea de Cornill se quedó en la posada con nuestro equipaje cuando fuimos apresados por los soldados del barón Figüeltach de Vokko, pero mi padre dejó una llave en un hueco que hay oculto tras el emblema del gremio de los escribanos tallado en la cornisa de piedra que hay sobre la puerta.

—Quedaos aquí, y estad alerta por si hemos de salir huyendo al galope. Yo me acercaré con el caballo y cogeré la llave. No os mováis hasta que os abra la puerta y haya comprobado que no hay ningún peligro, ¿de acuerdo? —dijo Salietti en voz baja.

Weienell y Grimpow asintieron, pero cuando Salietti se disponía a dirigirse a la casa, una luz se encendió de súbito tras una de las ventanas y le hizo detener sus pasos como si esa luz hubiese paralizado a su caballo.

—¡Hay alguien en la casa! —exclamó.

—¡La luz se ha encendido en el gabinete de mi padre! —dijo Weienell alarmada.

—¿Alguien más tenía una llave de esa puerta? —preguntó Grimpow, uniendo su desconcierto al de sus amigos.

Weienell negó con la cabeza, incapaz de hablar, y Grimpow pensó contarles en ese momento la sensación que había tenido dentro de la catedral de Notre-Dame de que una sombra le observaba desde el pulpito, pero al instante se arrepintió de su propósito, diciéndose a sí mismo que todo había sido fruto de su propia sugestión, y que si les hablaba de ello sólo conseguiría preocupar a Weienell más aún de lo que ya estaba.

Salietti acercó su caballo al de Weienell y le ofreció su mano.

—Ya os advertí que sería muy peligroso venir hasta aquí —alegó Salietti—. Alguien ha debido de apoderarse de vuestra casa, confiado en que ni tu padre ni tú regresaríais nunca —añadió invadido por la rabia.

—¿Y quién podía saber eso? —preguntó Weienell después de salir de su aturdimiento.

—El fraile dominico Búlvar de Góztell y alguno de sus espías o lacayos. Si quieres puedo llamar a la puerta y averiguarlo, pero eso sería tanto como pregonar a gritos que tú, o alguien muy cercano a tu padre y a los sabios de la sociedad secreta Ouróboros anda merodeando de nuevo por París —arguyó Salietti.

—No, creo que sería una gran torpeza que fuésemos nosotros quienes pusiéramos de nuevo a los esbirros de ese inquisidor asesino sobre nuestra pista —dijo Weienell, decidida a no compadecerse de sí misma.

—Entonces marchémonos de París para siempre. Ya nada nos retiene aquí —dijo Grimpow.

—¿Y adonde iremos después de que termine nuestra búsqueda en Chartres? No podemos pasarnos el resto de nuestra vida como proscritos, huyendo de un lugar a otro y temiendo ser apresados en cualquier momento —dijo Weienell.

—Nos iremos a Italia. Yo venderé el palacete de mi abuelo Iacopo de Estaglia en el Piamonte y compraremos una casa en Florencia, una república libre y próspera apartada de las influencias de papas y emperadores, y donde podremos comenzar una nueva vida sin miedo al terror de los inquisidores ni a la codicia del poderoso rey de Francia. Ahora formamos una familia, y Grimpow necesita un hogar en el que vivir y una universidad libre en la que estudiar y comenzar a fundar una nueva sociedad secreta de sabios, que se seguirá llamando Ouróboros.

La puerta sur de las murallas de París era un hervidero de carruajes, carromatos, cabalgaduras y caminantes. Cuando ellos abandonaron la ciudad para ver los perfiles de las almenas y las torres recortadas en el oscuro horizonte de la noche, Grimpow ni siquiera miró atrás, distraído como estaba en la contemplación de las muchas caravanas de peregrinos que iniciaban su viaje a Compostela aprovechando la proximidad del verano. La brisa era cálida a pesar de que soplaba desde el norte, y el cielo estaba despejado, repleto de estrellas que Grimpow unió imaginariamente en la negritud de la bóveda celeste hasta crear con ellas infinitos caminos, como cuando dibujó las constelaciones del planisferio del mapa del Camino Invisible. Y mientras cabalgaban camino de la ciudad de Chartres aprovechando la dulce quietud de la noche, Grimpow veía brillar sobre sus cabezas las constelaciones de Casiopea y la Osa Menor al norte, y bajo ésta la larga cola de Dragón y la Osa Mayor, y al sur Virgo, y la estrella Espiga, que señalaba en el cielo la situación de Chartres en la Tierra, y bajo ella las constelaciones de Libra, Escorpio y Centauro, y Géminis, Cáncer e Hidra al este.

Cenaron y descansaron durante algunas horas en la sala de una hospedería de peregrinos que encontraron a varias leguas de París, y con las primeras luces del alba se pusieron de nuevo en camino. La ciudad de Chartres aún quedaba a

una jornada a caballo, y querían llegar a la catedral antes de que anocheciese y cerrasen sus puertas. Los tres jinetes sabían que su viaje en busca del secreto de los sabios llegaba a su fin, y que luego comenzarían una nueva vida muy lejos de Francia, en la ciudad de Florencia, donde nadie les conocería ni podría sospechar jamás que ellos eran los únicos poseedores de la piedra filosofal, del *lapis philosophorum*, de la mágica llave de todos los misterios. Pero ni Grimpow ni Weienell ni Salietti sabían qué iban a encontrar en Chartres, si es que era cierto que en la catedral de esa ciudad estaba oculto el secreto de los sabios. Se les hacía difícil imaginar un objeto, un artilugio o un ingenio prodigioso como relataba el manuscrito de Aidor Bílbicum. Lo único que todos ellos tenían por seguro es que no se trataba del Santo Grial de las leyendas, ni del Arca de la Alianza, ni de ningún documento sobre los dioses de la antigüedad o las religiones. Pero entonces, ¿qué podía ser, de qué podía tratarse? ¿Qué fue lo que los nueve caballeros del Templo de Salomón transportaron hacía doscientos años desde Jerusalén a Francia por encargo de la sociedad secreta de sabios llamada Ouróboros, y que había sido tan codiciado por el papa Clemente V y el rey de Francia, ambos dispuestos para conseguirlo a llevar a cabo matanzas tan despiadadas como la de los caballeros de la Orden del Temple y los castillos del Círculo de Piedra? ¿Sería capaz realmente el secreto de los sabios de proporcionar la inmortalidad a quien lo encontrase? ¿Sería un inmenso tesoro de oro, piedras preciosas y alhajas de los exóticos países de Oriente que convertiría a sus poseedores en los hombres con más riquezas de la Tierra? ¿Podría tratarse de algún tipo de arma inimaginable, capaz de destruir a cualquier enemigo por poderoso y temible que fuese, como aseguraban muchas leyendas?

Esta y otras cadenas de preguntas bullían en el pensamiento de Grimpow, de Weienell y de Salietti, aunque ninguno de ellos las expresara en voz alta. Incluso se preguntaban qué ocurriría una vez que desvelasen el secreto de los sabios, y cómo lo llevarían con ellos hasta Florencia para ocultarlo de nuevo. Mas, fuera lo que fuese el secreto de los sabios, Grimpow sabía que todas esas preguntas encontrarían sus propias respuestas una vez que desvelasen el último misterio de la catedral de Chartres, porque como había podido comprobar en su largo viaje, plagado de multitud de complejos enigmas encadenados, todo es explicable y comprensible cuando se dispone de las claves para hacerlo. Pero Grimpow también se decía a sí mismo que, después de las tragedias y los momentos de dicha que había vivido desde que un día ahora lejano encontrara la piedra en manos de un caballero muerto sobre la nieve que cubría las montañas de la comarca de Úllpens, era posible que no lograra cruzar las columnas del tránsito ni entrar en el laberinto, y todo quedase en una quimera que sólo le habría servido para comenzar a vivir con la inquietud del aprendizaje y del conocimiento, como si la búsqueda del secreto de los sabios no fuese al final sino la búsqueda de uno mismo, la búsqueda de la propia

identidad humana en el confuso laberinto de la vida, que como una fructífera semilla haría crecer en su interior la flor de la sabiduría.

Otra reflexión que no escapó a las consideraciones que Grimpow hacía para sus adentros era que habían pasado doscientos años desde que Aidor Bílbicum y los primeros sabios de la sociedad Ouróboros escondieran su secreto, y desde entonces podían haber sucedido en el tiempo muchos e impensados acontecimientos que ellos ahora ignoraban. Los siglos cambian el curso de la historia con la misma facilidad que una devastadora tormenta modifica el cauce de un río, y hasta era posible que los mismos sabios de la sociedad Ouróboros que escondieron el secreto lo hubiesen cambiado de lugar, o lo hubiesen destruido, o que todo el misterio de los sabios no fuese más que una nueva leyenda como las muchas que los viejos contaban a los más jóvenes en las frías noches de invierno junto a las hogueras, o como las que evocaban los trovadores en sus épicos cantares y en sus romances.

Las esbeltas y puntiagudas torres de las iglesias y de la catedral de Chartres se alzaban al cielo anaranjado del horizonte que ardía entre los fuegos del crepúsculo, tiñendo de color dorado los campos de trigo que se extendían a su alrededor.

A pesar de la época del año y de los muchos peregrinos que acudían a la catedral de Chartres, la ciudad mostraba ese atardecer una calma insólita que favorecía las intenciones de los tres jinetes que cabalgaban por un camino empedrado rodeado de arboledas, y desde el que podían divisar las remansadas aguas del río, los abundantes molinos que giraban sus aspas sobre las orillas, las curtidurías de piel y de cuero, los puentes de madera, los lavaderos que, como pequeñas chozas, se repartían bajo los olmos, las casas, las iglesias y la misma catedral, que asomaba sobre la ciudad como un gigante de piedra.

Accedieron a la plaza de la catedral después de dar un rodeo por un pequeño barrio de pintorescas casas entramadas, donde pronto encontraron una cuadra en la que dejar los caballos para que comieran y descansaran de su largo y agotador viaje. El muchacho encargado del establo se ocupó de los caballos sin decir nada, pues era sordo desde su nacimiento, y sólo realizaba gestos mímicos con las manos, a la vez que emitía un gorgojeo incompresible seguido de una interminable sonrisa, que se acentuó aún más al ver en su mano la pepita de oro que el caballero le había ofrecido.

Frente al pórtico principal de la catedral, lo primero que les sorprendió fue comprobar que las puertas de la fachada del oeste estaban cerradas. Miraron alrededor para ver si alguien podía informarles del motivo que justificaba un hecho tan poco común en plena primavera, y se acercaron a un anciano de pobladas barbas que cruzaba ante ellos. Salietti se interesó por la causa de que no hubiesen visto a nadie por las calles, y también le preguntó por qué las

puertas de la catedral estaban cerradas. El anciano les dijo que era día de fiesta en Chartres, y todos sus habitantes, nobles o villanos, participaban en una romería campestre que se celebraba hasta la madrugada a las afueras de la ciudad, bajo las alamedas del otro lado del río, entre hogueras, banquetes, borracheras, músicas, bailes y jolgorios. Pero también les dijo que encontrarían abierto el pórtico norte de la catedral, al que llamaban el Pórtico de los Iniciados.

Estas palabras despertaron la curiosidad de Grimpow, y sin pensarlo le preguntó al anciano:

—¿Y por qué el pórtico se llama de ese modo tan extraño? —dijo fingiendo ignorar quiénes era los Iniciados.

—Ésa fue siempre la puerta por la que entraban a la catedral los gremios de los constructores, albañiles, canteros, aprendices, oficiales y maestros, y no puede ser cerrada nunca aunque la catedral esté vacía —les explicó el anciano, haciendo una reverencia para despedirse y seguir su camino hacia el río.

Grimpow sentía que algo extraño lo impulsaba a moverse con naturalidad en aquel sorprendente recinto de piedra, como si no fuera ésa la primera vez que él se encontraba ante la catedral, o como si la hubiese visto muchas noches mientras dormía, y todos los símbolos y secretos que allí se guardaban le fuesen conocidos, aunque las imágenes que ahora conseguía vislumbrar se dispersaran en su mente como una maraña de sueños inacabados.

Mientras Weienell y Salietti conversaban entre ellos sobre su futuro en la próspera república italiana de Florencia, Grimpow se acercó al pórtico de la catedral para contemplar las esculturas que flanqueaban las robustas puertas de la entrada orientada al oeste, y comprobó que a su izquierda tenía las figuras de dos hombres y una mujer situadas en pie sobre distintos pedestales, y a su derecha se encontraban, en idéntica posición erguida, las figuras de tres hombres y una mujer. Todos ellos sostenían en sus manos un grueso libro, y alguno de ellos un rollo de pergamino. Al verlos, a Grimpow no le cupo duda alguna de que se trataba de una clara representación de los sabios de la sociedad secreta Ouróboros, que custodiaban con los libros, las únicas armas de la sabiduría, la entrada a la catedral donde se ocultaba el secreto de los sabios.

—Demos una vuelta alrededor de la catedral y busquemos el pórtico situado al norte. En algún lugar deben de estar las columnas del tránsito que hemos de cruzar para entrar en el laberinto —propuso Salietti, decidido a encontrar lo antes posible el secreto de los sabios, o lo que quiera que estuviese allí escondido, aprovechando la calma y la soledad de la que gozaban.

Rodearon la catedral dirigiéndose al pórtico sur, observando en cada detalle la magnificencia de aquella hermosa construcción que en verdad parecía una obra de los dioses, donde la piedra poseía su propio lenguaje, como les dijera el ermitaño que encontraron en la ermita de las afueras de Úllpens. Un lenguaje escrito con los signos del arte y de la imaginación humana, capaz de crear la belleza más sublime e imperecedera.

Al poco de iniciar su recorrido, y en la esquina que formaba el atrio escalonado del pórtico sur con la fachada, encontraron una pequeña escalera semioculta en el suelo que descendía hasta un portón de hierro.

—Ahí debe de estar la cripta —apuntó Salietti, acercándose e intentando abrir la puerta cerrada sin conseguirlo, mientras Grimpow recordaba la lúgubre y misteriosa cripta de la iglesia de la aldea de Cornill, en la que habían conseguido pasar al Valle de Sol y abrir el sarcófago en el que dormía el manuscrito de Aidor Bílbicum que contaba la historia de la piedra.

Grimpow deseó con toda su alma que las columnas del tránsito que aún debían pasar antes de entrar en el laberinto no se encontraran allí, en el mundo subterráneo de los muertos, donde todo era tan siniestro y oscuro como en el Hades de la mitología griega.

Dieron la vuelta por la fachada del este, atentos a cualquier signo o señal que pudiese guiarlos en su búsqueda, y continuaron concentrados en la observación de cada rincón, de cada columna y capitel, de cada bajorrelieve tallado en los tímpanos, y de cada escultura de las muchas que adornaban la catedral como seres petrificados para la eternidad.

Al llegar al pórtico norte —el mismo que el anciano les había dicho que se llamaba el Pórtico de los Iniciados— encontraron una puerta abierta que daba acceso al interior de la catedral.

—Por esta puerta podremos entrar —dijo Salietti.

Y en ese instante Weienell reparó en que junto al pórtico había dos columnas con un relieve grabado en unas hornacinas apoyadas sobre los capiteles y, bajo ellos, una extraña inscripción escrita en latín.

—¡Mirad esto! —exclamó, segura de que había encontrado lo que buscaban.

Grimpow y Salietti dirigieron de inmediato sus miradas hacia los capiteles de aquellas dos columnas delgadas, y contemplaron las dos escenas esculpidas en la piedra, que comenzaba a hablarles con su silenciosa voz y su hermético lenguaje.

—En la primera escena del bajorrelieve se puede ver claramente un arca transportada por una carreta de bueyes, y en la segunda, un hombre cubre el arca con un velo en medio de un campo rodeado de cadáveres —dijo Weienell describiendo lo que veía.

—Y uno de esos cadáveres parece un caballero vestido con cota de malla —añadió Salietti.

—Ésa es la historia del traslado que los nueve caballeros del Templo de Salomón hicieron del secreto de los sabios, oculto en una carreta desde la ciudad de Jerusalén a Francia, por eso el hombre de esa escena cubre el arca con un velo, y por eso las leyendas aseguran que se trataba del tesoro de los templarios. Aidor Bílbicum lo cuenta así en su manuscrito sobre la historia de la piedra —adujo Grimpow.

—Y debajo de las escenas de la carreta y el arca hay una inscripción escrita en latín —advirtió Salietti.

—¿Qué puede significar ese texto? —preguntó Weienell.

—No logro entender muy bien lo que dice —respondió Salietti.

Grimpow tomó su pergamino de notas y el carboncillo, y copió la inscripción.

HIC AMITITUR ARCHA CEDERIS

—Así escritas, esas palabras no tienen un significado claro en latín, HIC significa aquí, en este lugar; AMITITUR parece ser una caprichosa palabra que no existe en latín a pesar de su sonoridad, aunque podría tratarse de un derivación de *amitto*, cuyo verdadero significado es enviar lejos, y también podría traducirse por abandonar u ocultar; a la vista de la imagen del relieve parece evidente que ARCHA es «arca»; pero la palabra CEDERIS es más confusa, y tampoco le encuentro un sentido claro, a menos que CEDERIS sea una forma de referirse a cedo, que significa «ceder», o se trate de *foederi*, en cuyo caso la traducción correcta sería «alianza» —destacó Salietti, que conocía sobradamente su lengua materna.

—Entonces, según tu teoría, esa inscripción parece estar escrita en un latín poco habitual, y podría significar que aquí se envió desde lejos el arca cedida o el Arca de la Alianza —resumió Weienell.

Salietti se quedó ensimismado, intentando encontrar otro sentido más acertado a aquella confusa inscripción, y al cabo dijo:

—No estoy muy seguro, pero creo que ésa podría ser una interpretación muy aproximada.

—Si consideramos que, como nos dijera el médico Humius en su casa de Metz, en el lenguaje de los antiguos sabios nada es lo que parece ser, no me extraña que esa inscripción simule estar escrita en latín y se asemeje a esa lengua para que sólo quienes deban comprender su verdadero significado lleguen a interpretarla. Y según tu teoría, con la que yo estoy de acuerdo, esa inscripción podría decir, sin decirlo exactamente, que en este lugar está oculto el secreto de los sabios que fue enviado desde muy lejos —discursó Grimpow.

—Yo también estoy de acuerdo con vuestros razonamientos. Los relieves esculpidos sobre los capiteles de estas columnas reflejan sin lugar a dudas el dramático viaje de los nueve caballeros templarios que transportaron el secreto de los sabios desde Jerusalén a Francia. Y ése es precisamente el tránsito que simbolizan las columnas que aparecen con ese nombre en el mapa del Camino Invisible y en el manuscrito de Aidor Bílbicum. Así que crucemos las columnas del tránsito y entremos en el laberinto para sembrar la semilla y ver crecer la flor.

Cuando entraron por el Pórtico de los Iniciados, la debilitada luz del ocaso aún iluminaba las infinitas vidrieras que rodeaban las altas naves de la catedral de

Chartres, formando un traslúcido tapiz de delicados matices rojos, amarillos, azules, negros y verdes, que representaban infinitas escenas de la Biblia y de la vida cotidiana. Ante aquella interminable sucesión de luces e imágenes inigualables, Grimpow comprendió por qué la palabra ARTE del mapa del Camino Invisible formaba parte de la palabra CHARTRES, y sintió maravillado que la piedra que llevaba colgada del cuello comenzaba a adquirir el color rojizo de un carbón encendido, como ya le ocurriera una noche en las cercanías de la abadía de Brínkdum, después de que encontrara al caballero muerto en las montañas.

—El laberinto del que habla el manuscrito de Aidor Bílbicum puede ser el laberinto de imágenes representadas en estos vitrales prodigiosos. Creo que debemos darnos prisa, antes de que se ponga definitivamente el sol, si queremos averiguar dónde hay que sembrar la semilla para ver crecer la flor —dijo Weienell, decidida a escudriñar hasta la última escena bíblica representada en las vidrieras.

Comenzaron por el rosetón del pórtico norte, que representaba a una virgen rodeada de reyes y profetas, y continuaron por la nave lateral del este, examinando una a una cada vidriera de abajo arriba, como si las imágenes ascendieran de la tierra al cielo, y de derecha a izquierda, tal como estaba escrito el texto de las últimas palabras que habían hallado a los pies del diablo en la catedral de París. En cada vidriera se representaban un gran número de figuras humanas y divinas, elementos abstractos y motivos ornamentales de formas vegetales enmarcados en incontables círculos, cuadrados, triángulos y octógonos, alineados en una exuberante exhibición de luces celestiales y colores infinitos.

Grimpow llevaba la piedra en la mano y sentía su calor y su luz rojiza como una señal inequívoca de que el secreto de los sabios estaba muy cerca de él, escondido en alguna de aquellas columnas colosales, u oculto bajo alguna losa de piedra de las que cubrían el suelo de la catedral.

Bajo los arcos ojivales de aquellas bóvedas de sabiduría y misterio, Weienell y Salietti también intuían la cercana presencia de algo mágico y prodigioso, de algo sorprendente e inimaginable, capaz de iluminar para siempre el oscuro universo de su tiempo y el del porvenir. Al fin y al cabo, las palabras Universo y Tiempo no habían aparecido por puro azar en los enigmas que habían resuelto hasta llegar a Chartres.

Fue Weienell la primera en ver unos destellos de luz dorada en el enlosado de la catedral, en la nave sur, y comprobar que tampoco la palabra «espiga» había aparecido caprichosamente en la constelación de Virgo que señalaba el Camino Invisible, cuya estrella más brillante en el cielo se correspondía con la posición de Chartres en la Tierra. Ni tampoco había sido fortuito que también la palabra «espiga» apareciese entre las últimas palabras del cuadrado de letras que habían encontrado bajo los pies del diablo en la catedral de París, pues ante ellos contemplaban una losa blanca distinta a todas las que formaban el

pavimento de piedra de la catedral, y que tenía incrustada una espiga de metal tan dorado como el oro de los alquimistas.

Weienell se estremeció de emoción al verla.

—¡La espiga que da nombre a la estrella más brillante de la constelación de Virgo, y que aparecía en el cuadrado de las últimas palabras, también está en la catedral de Chartres! —exclamó.

—Entonces quizá ésa sea la señal definitiva de que el secreto de los sabios está escondido bajo esta losa de piedra. Tal vez esta espiga indica el lugar exacto en que hay que sembrar la semilla para ver crecer la flor —dijo Salietti, tan sorprendido como Weienell.

Grimpow no dijo nada, se agachó y acercó la piedra que llevaba en la mano a la espiga dorada que destellaba ante sus ojos con la última luz del día, que ya daba paso a las tinieblas de la noche.

Todos esperaron expectantes que se produjese el prodigio, y aquella losa blanca abriera bajo sus pies algún pasadizo secreto que los condujera al fin hasta el secreto de los sabios, como les había ocurrido en la cripta de la iglesia de Cornill o en la cámara sellada de los castillos del Círculo. Pero la espiga y la losa permanecieron tal como estaban, y nada ocurrió que no fuera la desilusión que expresó el rostro de Salietti.

—Quizá no sea tan sencillo como pensábamos —dijo Grimpow sin desanimarse.

—Iré a encender unas velas, antes de que la oscuridad sea total aquí dentro y ni siquiera podamos ver nuestras propias sombras —dijo Salietti, dirigiéndose acto seguido hacia el presbiterio, donde ardían unos cirios ante el altar.

Pero cuando se adentró en la nave central vio algo que llamó poderosamente su atención. El suelo de piedra se transformaba ante sus pies en una amplia sucesión de círculos concéntricos formados por losas de un color pardusco, distintas al resto del pavimento.

Alterado por su descubrimiento corrió hasta el altar y cogió unas velas, las prendió en la llama de los cirios encendidos, y regresó donde Grimpow y Weienell le aguardaban.

—¡He encontrado el laberinto! —exclamó sin poder contener su entusiasmo—. Venid, está aquí al lado, en la nave central, muy cerca de la entrada principal —añadió cogiendo la mano de Weienell y tirando de ella como si quisiera raptarla.

Grimpow les siguió, y sus pensamientos volaron con la altura de un águila majestuosa mientras intentaba imaginar qué ocurriría en el laberinto. En la biblioteca de la abadía de Brínkdum había estudiado con el hermano Rinaldo de Metz los significados de esos símbolos antiquísimos, sobre los que había antecedentes históricos tan remotos como los laberintos de la isla de Lemnos, el de Clusium o el de Creta. Un laberinto era un lugar de confusión, una trampa en la que se podía entrar pero resultaba imposible salir, a menos que se dispusiera del hilo de Ariadna de la mitología griega. Los latidos de su corazón

se aceleraban por momentos, y la luz de la piedra que llevaba en la mano, la luz de la piedra filosofal, la luz del *lapis philosophorum*, la luz de la llave de todos los misterios, comenzaba a adquirir una intensidad mágica.

Detuvieron sus pasos ante la primera línea circular del laberinto, en cuyo borde se abrían incontables semicírculos que le daban un aspecto dentado.

—Sí, esto es sin duda un laberinto, aunque no sea exactamente como yo lo imaginaba. Esperaba una sucesión intrincada de pasadizos subterráneos imposibles de diferenciar —admitió Weienell, esparciendo su mirada sobre el pavimento de la catedral.

—Yo también esperaba un laberinto más complejo, debo reconocerlo. Creía que debíamos encontrar la entrada de algún pasadizo subterráneo, y sin embargo este laberinto está a ras del suelo, sin muros ni pasadizos visibles —dijo Grimpow.

—Me parece que se trata de un único pasillo abierto, que, siguiendo el recorrido de los círculos concéntricos y de las múltiples circunvalaciones de su trazado, lleva directamente al centro del laberinto —señaló Salietti.

—¡La flor! —gritó Grimpow, incapaz de contener su alegría—. La flor está en el centro del laberinto —añadió perplejo, y de inmediato tomó su pergamino de notas y dibujó el trazado que acaba de recorrer con su mirada, y los tres contemplaron asombrados los pétalos de la flor que destacaba en el centro de aquel insólito e intrincado camino, encerrado dentro de un círculo.

—Busquemos la entrada del laberinto —propuso Weienell, comenzando a recorrer el borde dentado del círculo hasta llegar a un punto en que había una abertura que daba acceso al camino pintado en el suelo de la catedral.

Todos sintieron una profunda emoción al intuir la cercanía del secreto de los sabios, como si la mágica presencia de algo prodigioso fuese perceptible por todos sus sentidos, a pesar de estar aún oculto. El camino para llegar a la flor de la que hablaba el manuscrito de Aidor Bílbicum estaba al fin ante ellos, y ahora sólo tenían que recorrerlo para sembrar la semilla, que no podía ser otra que la

piedra que Grimpow llevaba en la mano, pues su forma se asemejaba a la de una exótica simiente. Pero ¿dónde tendrían que sembrarla?, y ¿qué ocurriría luego?, se preguntaban, intrigados por el misterio.

—Entremos y recorramos el laberinto hasta llegar al centro, allí pensaremos cómo sembrar la semilla para ver crecer la flor —dijo Grimpow.

Weienell y Salietti le miraron dejando traslucir en el brillo de sus ojos todo el afecto y el respeto que sentían por él. Ninguno de los dos había imaginado nunca que pudiesen llegar a conocer alguna vez a un muchacho tan despierto y tan sabio como Grimpow, y ambos se sentían orgullosos de tenerlo como su mejor amigo.

—Debes entrar tú solo en el laberinto, Grimpow —dijo Weienell tomando su mano con ternura—. Las líneas del laberinto trazado en el suelo son estrechas, para indicar que el camino que lleva al centro de la flor sólo puede ser recorrido de uno en uno, como si el peregrino que se adentra en él hiciese un largo viaje al interior de sí mismo y llegase a descubrir el ser genial que habita en su interior, y al que no puede igualarse ninguna otra maravilla del universo.

—Weienell tiene razón. Tú encontraste la piedra de los sabios, y ella te eligió a ti, ¿lo recuerdas? Eres tú el único que puede desvelar su secreto.

—¡Pero todos hemos llegado juntos hasta aquí! Esta piedra misteriosa os pertenece a vosotros tanto como a mí —protestó Grimpow, sintiéndose incapaz de asumir solo la responsabilidad de entrar en el laberinto y desvelar el secreto de los sabios.

—Nosotros sólo te hemos acompañado para que tú culminaras la misión que habían comenzado nuestros padres. Se lo debíamos a ellos y a su sueño. Pero ni Salietti ni yo podemos sentir la influencia de la piedra con la intensidad que tú. En nuestras manos esa piedra no es más que eso, un simple mineral de aspecto extraño. Sin embargo, en tus manos esa piedra se transforma en algo tan prodigioso como la luz rojiza que ilumina su interior.

—Vamos, Grimpow, entra en el laberinto, nosotros te esperaremos aquí y no pensamos perderte de vista ni un instante —dijo Salietti para tranquilizarlo.

Grimpow respiró hondo y se situó ante la entrada del laberinto. Titubeó durante un momento, y luego comenzó a andar con lentitud entre las líneas que señalaban el recorrido. A pocos pasos el camino trazado sobre el suelo de la catedral de Chartres giraba a la izquierda, y proseguía su recorrido hasta conducirlo al otro lado del laberinto. Poco a poco Grimpow se fue sintiendo más tranquilo, percibiendo una extraña sensación de intensidad en la luz de la piedra que llevaba en su mano, y que parecía iluminar su mente y su alma de un modo que jamás había conocido. Y a medida que avanzaba por el laberinto dibujado en el suelo girando a uno y otro lado, yendo hacia el este desde el oeste, para luego ir siguiendo el camino hacia el sur, o hacia el norte, iba recordando mentalmente el texto de la nota que Gurielf Lábox le había dejado a Salietti en la iglesia de Cornill, y el texto del manuscrito de Aidor Bílbicum que

allí encontraron cuando partieron en busca del secreto de los sabios, y lo fue recitando mentalmente como si se tratara de un bello poema escrito por un trovador.

Si pasas al Valle de Sol,
se abrirá la cripta sin cadáver
en la que duerme la historia.
Viaja a la ciudad del mensaje
y pregunta allí por quien no existe,
entonces oirás la voz de las sombras.
Sigue el recorrido del signo
y busca la cámara sellada,
donde el tiempo es vida y es muerte.
Pero sólo si alcanzas la inmortalidad
lograrás ver el Camino Invisible.
Él te conducirá hasta la isla de Ipsar,
habitada por seres fantásticos y monstruos;
enfréntate al diablo,
y a sus pies hallarás las últimas palabras.
Luego cruza las columnas del tránsito
y entra en el laberinto.
Allí siembra la semilla
y verás crecer la flor.

Y en un rápida sucesión de imágenes repasó su vida desde que, siendo apenas un muchacho, se marchara de la aldea en la que había nacido, y recordó el rostro amable de su madre al despedirlo, a su amigo Dúrlib, al caballero muerto en las montañas de la comarca de Úllpens, a los monjes de la abadía de Brínkdum y cuanto con ellos había aprendido. Y se sintió afortunado de haber conocido a Salietti y haber partido con él en busca del secreto de los sabios. Juntos habían pasado al Valle de Sol y habían encontrado en la cripta de la aldea de Cornill el manuscrito de Aidor Bílbicum que contaba la historia de la piedra. Y juntos habían rescatado a Weienell de las garras del barón Figüeltach de Vokko, y con ella habían viajado a la posada de Junn el Cojo en la ciudad de Estrasburgo, donde con su ayuda habían encontrado a quien no existe y habían oído la voz de las sombras, huyendo luego del inquisidor Búlvar de Góztell a los castillos del Círculo de Piedra. Y Weienell y él habían alcanzado la inmortalidad al lograr sobrevivir a la trampa de la cámara sellada, en la que el tiempo era vida y era muerte, como Salietti había logrado salvar su vida de la masacre del duque Gulf y sus fieles caballeros, brutalmente derrotados por los ejércitos de la ignorancia. Pero a pesar de ello siguieron el Camino Invisible que los llevó a la isla de Ipsar, en la ciudad de París, habitada por seres fantásticos y monstruos, y a los pies del diablo hallaron las últimas palabras de los sabios,

que hablaban de la cuadratura del círculo y de la unión del ser humano con Dios. Y ahora acababan de cruzar las columnas del tránsito, y él había entrado en el laberinto. Sólo le quedaba sembrar la semilla y ver crecer la flor.

Situado en el centro del laberinto, Grimpow contemplaba los pétalos de la flor que tenía ante sí. La luz de su piedra era tan intensa que parecía puro fuego, aunque su tacto fuese tan cálido como una dulce caricia.

Grimpow no sabía dónde debía sembrar la mágica semilla que tenía en su mano, pero antes de pensar en ello miró al lugar desde el que Weienell y Salietti lo observaban. Estaban muy cerca de él y sin embargo los veía como si los separara un abismo, o como si la realidad dentro de aquel laberinto fuese distinta a todo lo que había fuera de sus límites. Luego cogió su pergamino de notas y dibujó la flor.

Al terminar su dibujo se dio cuenta de que en el centro de la flor había un pequeño orificio, abierto sobre el enlosado de la catedral y no más grande que su propia piedra. Se agachó con lentitud y colocó la piedra en él sin dudarlo. Entonces se produjo el prodigio, y la luz rojiza de la piedra se transformó en una luz azulada tan intensa que incluso llegó a deslumbrarlo. Y como una chispa incandescente que se propaga tan veloz como una estrella fugaz surca el cielo, la intensa luz se extendió de súbito por todo el trazado de la flor, y prosiguió su recorrido iluminando cada línea trazada en el enlosado, zigzagueando en cada recodo del laberinto hasta que todo él pareció arder en medio de un insólito fuego azulado. Y todas las vidrieras de los muros que envolvían el laberinto se iluminaron como si el sol se hubiese encendido en medio de la noche, y la negra cúpula de la catedral se pobló de diminutas estrellas y pequeños planetas en movimiento, como si el mismo universo hubiese sido creado en ese instante. Y Grimpow vio asombrado que sobre la flor del laberinto flotaba una hermosa esfera celeste envuelta por delgados velos de bruma, y dentro de ella se sucedían una infinitud de números y fórmulas matemáticas, de imágenes de tiempos pasados y futuros, de signos y símbolos inimaginables e incomprensibles. Le bastaba pensar en algo que él ignoraba

para encontrar en la esfera celeste la respuesta, aunque no lograse interpretarla. Pero comprendió pronto que todos los enigmas de la naturaleza y del cosmos estaban allí, ante sus ojos, y que todo podía ser comprendido y explicado si se poseían las claves para desvelar su misteriosa esencia. La misma esencia cósmica de su piedra, de la piedra filosofal, del *lapis philosophorum*, de la llave de todos los misterios, que serviría a la humanidad para alcanzar la total sabiduría que aquella esfera prodigiosa, y el oscuro e infinito firmamento en que giraba, encerraban desde hacía miles de millones de años, cuando sólo existía la nada.

Se sentó en el frío suelo de la catedral y permaneció largas horas contemplando ensimismado la armonía del pequeño universo que había surgido mágicamente de la luz de su piedra al contacto con la flor del laberinto, y volvió a vislumbrar con claridad las mismas imágenes que en la abadía de Brínkdum había creído ver entre sus confusas ensoñaciones. Y vio estallidos celestes que multiplicaron por millones las estrellas en el firmamento, cataclismos planetarios que transformaron continentes y océanos en hermosos paisajes sin tiempo hielos eternos que cubrieron el mundo bajo cielos ennegrecidos por impenetrables cenizas, epidemias que asolaron la Tierra, máquinas monstruosas y despiadadas que lanzaban lenguas de fuego entre explosiones de horror, guerras que exterminaron a millones de hombres, mujeres y niños. Pero, en el interior de aquella fascinante esfera celeste, Grimpow también vio inigualables obras de arte, maravillosos objetos e inverosímiles artilugios de incontables utilidades y formas, fantásticas ciudades con palacios de cristal repletos de luces que titilaban en la oscuridad de la noche y alcanzaban el cielo, gentes de estilizado aspecto ataviadas con extrañas y atrevidas vestiduras, que deambulaban entre miles de veloces y destellantes carros metálicos en continuo movimiento, enormes artefactos que volaban como gigantescos y exóticos pájaros plateados, y gigantescas flechas de fuego que cruzaban el firmamento y alcanzaban lejanas galaxias, perdidas en la enmarañada infinitud del universo.

Grimpow sabía que había encontrado el secreto de los sabios en aquel prodigioso universo de luz que al contacto con la piedra permitía alcanzar la total sabiduría y tal vez la inmortalidad. Pero sabía también que el secreto de los sabios era un continuo y maravilloso misterio que no había sido desvelado más que en sus comienzos, y que aún pasarían miles de años antes de que la humanidad lograra descifrar completamente ese enigma infinito. Ni siquiera llegó a conocer qué mágico artilugio era capaz de crear las maravillas que tenía ante sus ojos, pero no le importó. Probablemente los sabios de la sociedad Ouróboros tampoco lo supieron nunca, porque, como le había asegurado el monje ciego y centenario Uberto de Alessandria, la respuesta a esa pregunta estaba más allá de las estrellas, y ése era un nuevo Camino Invisible que ningún hombre solo podría recorrer jamás. Como aseguraban las últimas palabras de los sabios que Weienell y él encontraran a los pies del diablo, se trataba de una cuestión de Tiempo y una labor del Universo, en la que habría de implicarse

toda la humanidad. Pero el mapa de ese nuevo Camino Invisible estaba allí y estaba en su piedra. Ellos comenzarían a interpretarlo, y desde ahora buscarían en la naturaleza y el cosmos la esencia mágica de la piedra y del alma humana, que un día se fundiría con Dios.

Lo despertaron unos rayos de sol que entraron al amanecer por las vidrieras del rosetón situado sobre la puerta este de la catedral de Chartres. Grimpow estaba tumbado sobre el enlosado del laberinto, en el centro de la flor, y tenía la piedra de los sabios en la mano, iluminada por un intenso color azul como si fuese una preciosa joya. Weienell le acarició la frente y le ayudó a levantarse.

—Todo ha desaparecido de nuevo —dijo Grimpow, cansado, mirando hacia la cúpula de la catedral, donde hacía apenas unas horas había visto una prodigiosa esfera celeste flotando en un infinito firmamento de estrellas.

—Ahora ese universo de sabiduría está en tu mano —dijo Salietti.

—Y comenzará un tiempo nuevo que iluminará para siempre el universo de los hombres. Ése fue siempre el sueño de nuestros padres y de todos los sabios de la sociedad secreta Ouróboros, y tú eres ahora su único heredero —afirmó Weienell con ternura.

Salietti iba a decir que debían partir cuanto antes hacia Florencia, pero un rumor de cánticos y gentes acercándose a la catedral los alarmó. Los habitantes de Chartres habían terminado la romería nocturna y acudían todos a la catedral para asistir al oficio de prima.

Las grandes puertas del pórtico principal de la catedral de Chartres se abrieron de par en par al nuevo día, y una procesión alegre y festiva entró en la nave central, mientras Grimpow, Weienell y Salietti la abandonaban sigilosamente por el mismo Pórtico de los Iniciados por el que habían entrado. Y apenas acababan de pasar por delante de la fachada oeste con intención de dirigirse hacia el establo en que habían dejado sus caballos cuando la voz de un anciano que daba gritos entre la multitud despertó su curiosidad. Prestaron atención a lo que decía, y Grimpow pensó que aquella voz no le era desconocida.

Oíd mis palabras,
incrédulos que pobláis la Tierra,
gentes que receláis
ante cualquier prodigio,
descreídos y escépticos
a quienes la magia
nunca perturba ni inquieta.
Prestad atención y creedme,
pues la historia que aquí se cuenta,
además de hermosa, es cierta.

Aguzad vuestros sentidos,
abridlos a la grandeza,
y dejad que la imaginación os guíe,
sin engaños ni vilezas,
hasta un castillo en las estrellas...

Dramatis personae

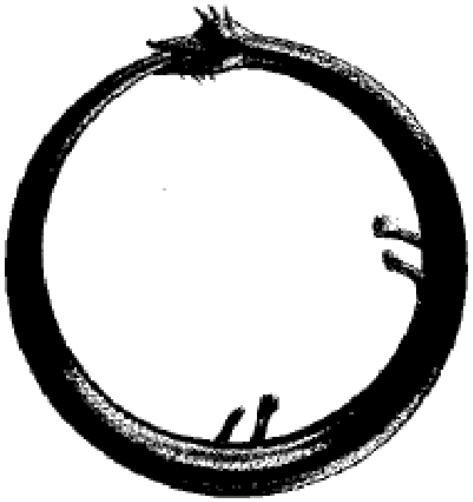
Grimpow, joven protagonista.
Dúrlib, amigo de Grimpow.
Kense, criado de la abadía de Brínkdum.
Hermano Brasgdo, monje cocinero.
El abad de Brínkdum.
Búlvar de Góztell, inquisidor de Lyon.
Rinaldo de Metz, monje bibliotecario.
Hermano Ássben, monje herbolario.
Uberto de Alessandria, monje ciego y centenario.
Pobé de Lánforg, novicio.
Salietti de Estaglia, caballero andante.
Maese Ailgrup, maestro armero de Úllpens.
El ermitaño.
Drusklo el Sanguinario, bandido.
Párroco de la aldea de Cornill.
Gurielf Lábox, sabio.
Aidor Bílbicum, sabio.
Rhádoguil de Cúrnilldonn, caballero templario.
Figüeltach de Vokko, barón de Alsacia.
Guishval, escudero del barón.
Weienell, hija del sabio Gurielf Lábox.
Váldigor de Róstvol, caballero aliado del barón.
Junn el Cojo, posadero de Estrasburgo.
Gulf de Östemberg, duque de los castillos del Círculo.
Humius Nazs, médico de Metz.
Mahusle, esposa de Humius.
Azkle el Trovador, barquero de Châlons.

Agradecimientos

Quiero expresar mi gratitud y cariño a mis buenos amigos José Ángel Sanz Morales y Manoli Campoy Ramón, por las inolvidables noches que Loli y yo pasamos junto a ellos contemplando maravillados el cielo con su prodigioso telescopio. La idea de escribir esta novela surgió en el Mirador de las Estrellas de su fantástica terraza, abierta al universo.

También agradezco especialmente a mi amigo Fernando Gómez Lobato que me prestara sus grandes dotes de pintor para convertir el mapa críptico del Camino Invisible en una obra de arte medieval, como tantas veces yo la había imaginado.

GRIMPOW



Un secreto, un elegido

www.grimpow.com